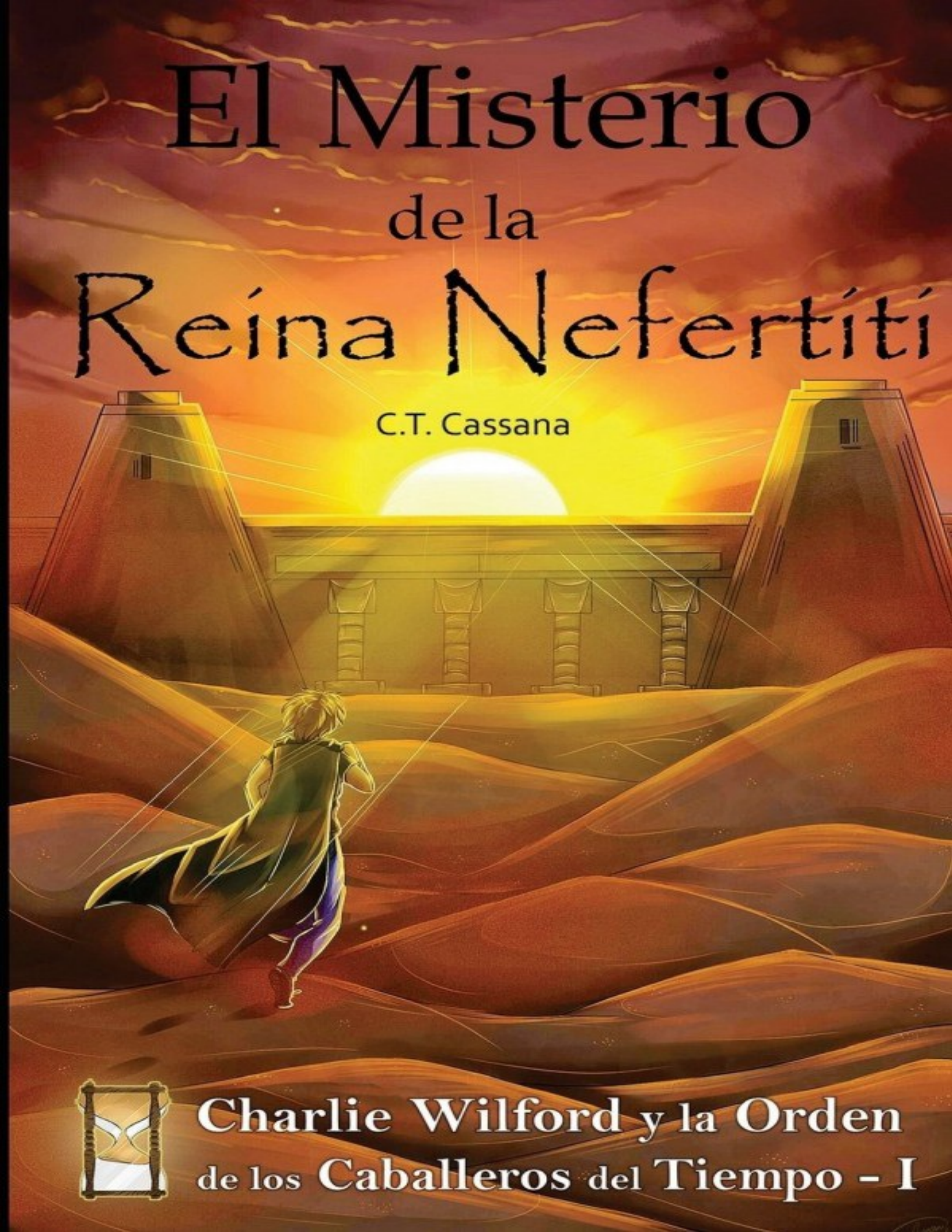
El Misterio de la Reina Nefertiti

C.T. Cassana



Charlie Wilford y la Orden de los Caballeros del Tiempo - I

Charlie Wilford y la Orden de los Caballeros del Tiempo - I

EL MISTERIO DE LA REINA NEFERTITI

C.T. Cassana

Texto © C.T. Cassana, 2010
Todos los derechos reservados
Ilustración: Nemesisilit

Para mi madre y mi marido,
las personas que más me han ayudado en la vida.

Y para Ignacio, Diego y Sofía,
las personas que la han hecho infinitamente mejor.

Índice

CAPÍTULO I: La Orden de los Caballeros del Tiempo

CAPÍTULO II: Otra mudanza caótica

CAPÍTULO III: Horatio Conwell

CAPÍTULO IV: ¡Pillado!

CAPÍTULO V: ¡Pues vaya un tesoro!

CAPÍTULO VI: Pero, ¿dónde estará la maldita anilla?

CAPÍTULO VII: ¿Ustedes ya se conocían?

CAPÍTULO VIII: 51° 45′ 3.82″ N, 1° 15′ 7.59″ W

CAPÍTULO IX: ¡Bienvenidos a *Jurassic Park*!

CAPÍTULO X: La Gran Reina Nefertiti

CAPÍTULO XI: El cocodrilo y el gato

CAPÍTULO XII: Esto ya no es un equipo

CAPÍTULO XIII: Anjesenpaatón

CAPÍTULO XIV: *Yersinia pestis*

CAPÍTULO XV: *"La flauta mágica"*

CAPÍTULO XVI: Millas y leguas

CAPÍTULO XVII: E. Milford

CAPÍTULO XVIII: Charlot D'Artagnan

CAPÍTULO XIX: Un terrible suceso

CAPÍTULO XX: La vajilla egipcia

CAPÍTULO XXI: Santa Helena

CAPÍTULO XXII: *In Memoriam*

CAPÍTULO I: La Orden de los Caballeros del Tiempo

Cuenta una antigua leyenda que hace mucho, mucho tiempo, existió un príncipe piadoso y justo llamado Olwelin. A pesar de su juventud, el príncipe era un gran estudioso y un poderoso mago que dominaba las Artes Mágicas, la Alquimia y la Astronomía.

En aquellos tiempos oscuros, la crueldad y la desgracia habían devastado el continente europeo. Poblaciones enteras fueron diezmadas por plagas y enfermedades, innumerables guerras fratricidas asolaron todo a su paso y largos periodos de hambruna terminaron por borrar la compasión del corazón de los hombres, empujándoles a cometer actos terribles para sobrevivir.

Hastiado ante tanta desdicha, Olwelin juró que no descansaría hasta encontrar una fórmula que aliviara el sufrimiento y la necesidad de su pueblo. Cuando le vieron encerrarse en la torre del castillo y trabajar sin descanso noche tras noche, sus cortesanos supusieron que el príncipe intentaba hallar la piedra filosofal, una sustancia mítica capaz de transmutar en oro el vulgar metal; o tal vez el elixir de la vida, una poción mágica que proporcionaba la inmortalidad. Sin embargo, el verdadero propósito de Olwelin no era otro que inventar un ingenio con el que reescribir la Historia para hacerla más justa y humana.

Una noche serena y estrellada, el buen príncipe reunió a sus caballeros más fieles y valerosos en la Sala del Trono, donde les anunció que había concluido sus trabajos con éxito. Ante la sorpresa de todos, Olwelin les explicó que su descubrimiento jamás proporcionaría oro ni inmortalidad, aunque sí traería paz, confraternidad y justicia para su pueblo. No obstante, para conseguirlo, precisaba la ayuda de todos ellos y, considerándoles los mejores hombres de su reino, les invitaba a unirse una orden secreta cuya finalidad era cumplir tan noble propósito.

Tal honor, sin embargo, conllevaba importantes renuncias y sacrificios pues, desde el momento en que aceptaran formular el juramento de adhesión, se comprometían a no volver a tener contacto con sus familias, a no beneficiar a éstas ni a sí mismos con el poder que se les iba a encomendar, a acatar ciegamente un estricto reglamento que aún desconocían y a someterse a un nuevo orden jerárquico que se les comunicaría sólo después de su ingreso en la orden. El incumplimiento de este juramento suponía la muerte o, lo que era peor, un encierro de por vida lleno de humillaciones y padecimientos.

Uno a uno, los hombres formularon el juramento, siendo investidos como Caballeros de la Orden del Tiempo. Después, el príncipe detalló las normas de la Orden, la misión que les encomendaba y les proporcionó a cada uno de ellos un objeto mágico para que pudieran llevarla cabo.

Esa misma noche, Olwelin usó su magia para viajar al futuro y de ese modo descubrió los increíbles adelantos científicos y tecnológicos que desarrollaría la Humanidad. Su espíritu científico se maravilló al ver que la Medicina progresaría hasta lograr que los hombres se

mantuvieran jóvenes, incluso a edad anciana; que se erigirían y habitarían grandes edificios imposibles de imaginar en su época; que se construirían unos ingenios increíbles llamados 'máquinas' que harían los trabajos más penosos y permitirían a los hombres recorrer distancias enormes e incluso volar.

Tras aquel primer viaje, y después comprobar que los caballeros del tiempo cumplían lealmente su cometido, Olwelin realizó otros tantos viajes, siempre con el ansia de ampliar sus conocimientos. Gracias a ellos, pudo aplicar algunos avances científicos en ingenios que había fabricado para mejorarlos y hacerlos indestructibles.

En ninguna de sus visitas el príncipe sintió curiosidad por saber cómo se desarrollarían los acontecimientos desde los tiempos de su reinado hasta la época que estaba visitando. Pero una tarde, cuando se encontraba en la biblioteca de una gran urbe para consultar unos libros de Biología y Botánica, Olwelin entró por error en la zona en la que se hallaban los libros de Historia y se sintió tentado de saber en qué fecha finalizaría su reinado. Para su sorpresa, su nombre tan sólo aparecía en una larga lista sucesoria, si bien no se mencionaba ningún dato relevante sobre él ni sobre su reinado. Entonces buscó en otros libros y no encontró en ellos nada más sobre su figura, aunque sí supo de sucesos terribles que viviría la humanidad, matanzas inconcebibles, genocidios, guerras sangrientas, injusticias, traiciones, asesinatos... Acontecimientos horribles que tendrían lugar en distintos lugares del mundo y en diversas épocas.

Durante largas horas, Olwelin examinó decenas de libros que relataban aquellos hechos, ilustrando muchos de ellos con imágenes que mostraban el sufrimiento y la crueldad de las que era capaz la raza humana.

El corazón del ingenuo príncipe se quebró aquella tarde. Sólo entonces comprendió que, por muchos siglos que trascurrieran, la naturaleza de los hombres no podría cambiar jamás, pues en ella conviven importantes virtudes y grandes miserias, capaces de corromper el alma o de engrandecerla.

Desconsolado, Olwelin regresó a su época, consciente de que sus creaciones eran demasiado peligrosas si caían en manos de hombres irresponsables, codiciosos u obsesionados con su propia gloria. El hecho de arrebatárselas a los caballeros a los que se las había confiado no serviría de nada, pues eran indestructibles, y más tarde o más temprano alguien terminaría apoderándose de ellas. La única solución, por tanto, era lograr mantenerlas siempre en buenas manos.

Una vez más reunió a sus hombres, esta vez para compartir con ellos sus temores y para anunciarles que la misión de la Orden del los Caballeros del Tiempo había cambiado. Ya no importaba reescribir el pasado, pues los renglones de la Historia indefectiblemente acabarían por torcerse. Ahora su único objetivo sería mantener la existencia de su invento en el más estricto secreto, bajo el control férreo de la Orden, y hallar los mecanismos que garantizaran la supervivencia de la sociedad eternamente.

Los caballeros cumplieron los deseos del príncipe, incluso tras la muerte de éste, pues no en vano habían sido escogidos entre los mejores. Los objetos que Olwelin había creado pasaron

de padres a hijos y la Orden pervivió hasta nuestros días en el mayor de los secretos. Su misión no cambió nunca, aunque sí su reglamento, que las nuevas generaciones de caballeros fueron amoldando a los nuevos tiempos y a sus propios intereses.

Muchos de aquellos objetos siguen hoy bajo su poder, pero no todos. Unos cuantos consiguieron escapar al control de la Orden y desaparecieron para siempre; pues, tal y como el propio príncipe Olwelin había aprendido, el corazón de los hombres alberga miserias capaces de torcer los propósitos más nobles.

CAPÍTULO II: Otra mudanza caótica

Aunque Franz Schneider sabía que poseía uno de los objetos más valiosos del mundo y que muchos hombres estarían dispuestos a matar por él, nunca pensó que aquello llegaría a ocurrir. Y mucho menos aquella misma noche.

Pero, en cuanto vio a un hombre seguirle a lo lejos, presintió lo peor y supo que le habían descubierto.

Franz sintió que una ola de pánico se apoderaba de él. Sin mirar atrás aceleró el paso intentando llegar a su casa cuanto antes para ponerse a salvo.

A duras penas consiguió dominar sus nervios y abrir la puerta de su casa. Una vez la cruzó y la cerró tras de sí, se quedó paralizado, con la espalda pegada a ella.

"¿Y si ha entrado?", pensó. "¿Y si está acechándome esperando a que delate dónde lo oculto para matarme?"

Una gota de sudor resbaló por su frente sin que Franz se atreviera a apartarla. Todos sus pensamientos estaban concentrados en detectar el más ligero sonido o cualquier cambio que se hubiera producido en su lujoso apartamento.

Después de permanecer allí durante varios minutos que le parecieron horas, consiguió reunir el suficiente valor para caminar hasta el vestidor que había junto a su dormitorio. Tras mirar furtivamente a su alrededor para asegurarse de que no había nadie, movió el pequeño retrato de su padre que había en la pared, dejando a la vista un pequeño teclado. Aún temeroso, marcó el código de seguridad y un enorme panel de madera se abrió suavemente dando paso a una segunda cámara que contenía un único objeto.

Franz suspiró lentamente y alargó el brazo disponiéndose a coger, por fin, su salvavidas. Pero entonces, tal y como había sospechado, una sombra se abalanzó fieramente sobre él.

• • •

Desde la cama, Charlie miró el calendario que aún seguía colgado en la pared y la fecha rodeada en color rojo: 21 de noviembre de 2013, el día de la mudanza. Luego miró a su alrededor y vio la habitación vacía y las cajas amontonadas a un lado. Realmente le fastidiaba tener que marcharse de allí.

Todo comenzó con el nombramiento de su madre, Maggie Wilford, como Directora de Conservación del Museo Británico de Londres. Lamentablemente, los responsables del museo consideraban que una persona con semejante responsabilidad debía residir en una zona próxima a éste. Y así, los Wilford se vieron obligados a mudarse a la gran ciudad, dejando atrás su preciosa casa de Cambridge con su enorme jardín, en el que Charlie tenía su propia caseta de juegos.

"Seguro que ni siquiera podré tener mi propio refugio" se lamentó.

Como si adivinara su pensamiento, Marcus, su padre, se sentó en la cama con la excusa de arroparle.

–En la nueva casa estaremos bien. Es más antigua que ésta y está peor conservada. El jardín también es más pequeño –le dijo, como si quisiera dar primero las malas noticias–, pero la casa en sí es más grande. El desván es bastante tenebroso y oscuro, un lugar enorme, con un montón de recovecos y rincones. No me imagino a tu hermana Lisa subiendo hasta allí arriba, así que parece el lugar perfecto para instalarte y tener tus cosas –afirmó con gesto cómplice.

Charlie se animó un poco al escuchar a su padre, aunque disimuló dejando escapar un largo suspiro de resignación.

–La casa perteneció a la familia Conwell –continuó Marcus–, una familia de importantes arqueólogos e historiadores que siempre estuvo muy vinculada al Museo Británico. El último en vivir en ella fue Solomon, un hombre huraño y solitario, pero un erudito en Historia y Arqueología que trabajó en el museo. Tenías que haber visto la biblioteca, era una verdadera joya. Su hijo nos ha vendido la casa a un precio irrisorio. Hasta que tu madre y yo no hemos firmado el contrato de compra-venta, no estábamos seguros de que aquello no fuera más que una broma.

Charlie escuchó desinteresadamente las explicaciones sin saber aún que aquella información le sería realmente valiosa tan sólo unas semanas más tarde.

–No me importa la casa, papá –contestó–. Lo que me fastidia es que ahora tendremos que ir a un nuevo colegio, hacer nuevos amigos…

–Lo sé, Charlie, llevas razón –admitió Marcus–. Vosotros no sacáis ninguna ventaja de todo esto, pero se trata de apoyar a mamá. Ha trabajado muy duro para llegar hasta aquí, es el sueño de su vida. ¿Cómo podríamos quedarnos a vivir aquí mientras ella está en Londres? Sólo la veríamos los fines de semana y a la larga sería malo para todos nosotros. Es mejor que todos estemos juntos, ¿no te parece?

–Sí, supongo que sí.

Marcus se inclinó sobre su hijo y le dio un beso en la frente. Luego apagó la pequeña lámpara azul que había en la mesilla y salió de la estancia dejando la puerta entreabierta.

Charlie se quedó en la cama, tratando de imaginar cómo sería aquella casa y su nueva vida en ella. Sin embargo, lo que ni él ni ningún otro miembro de su familia podían sospechar era el modo en el que aquella vieja mansión cambiaría su destino.

Para siempre.

• • •

Franz Schneider apenas sintió el pinchazo que le inoculó la toxina mortal. Sin duda, su atacante era un profesional. La toxina le causó una muerte rápida e indolora, y además era indetectable. Cuando la policía suiza examinara su cadáver, concluiría que el señor Schneider había fallecido debido a un súbito ataque al corazón. Ni siquiera detectarían el pinchazo del cuello, realizado con una microaguja dérmica experimental que no dejaba ningún tipo de huella.

En cuanto Franz Schneider se hubo desplomado en el suelo, su atacante, Max Wellington, se concentró en quitarle el sencillo anillo que llevaba puesto en su mano derecha. Pero, justo cuando estaba a punto de finalizar la maniobra, un fuerte golpe en la cabeza le dejó inconsciente, tendido junto al cadáver del señor Schneider.

• • •

Aquella era tercera mudanza de la familia Wilford y, según Marcus, no había ningún motivo para confiar en que no se produciría algún desastre. Aunque no era un hombre pesimista, su experiencia en los traslados familiares siempre había sido catastrófica.

En la primera mudanza, cuando se instalaron en El Cairo, la compañía aérea extravió todas sus maletas y jamás se recuperaron. En la segunda, cuando se fueron a vivir a Cambridge, se perdieron varias cajas con libros y notas que Marcus había recopilado durante largos años de estudio e investigación arqueológica. Una verdadera tragedia.

En esta tercera ocasión, sólo Dios sabía qué podía pasar. Por ese motivo, Marcus vigiló celosamente los movimientos de los operarios y se aseguró de que todos los bultos se cargaban dentro del camión.

Después de dar un último vistazo a la casa, los Wilford se subieron al coche y escoltaron al camión de mudanzas hasta Londres sin perderlo de vista en ningún momento.

Tras pasar por delante del Museo Británico, el convoy avanzó unos metros y se adentró en una callejuela en cuya entrada un cartel oxidado advertía que no tenía salida. A ambos lados de la calle había una hilera de elegantes mansiones de estilo victoriano, de color blanco e idénticas entre sí. En el centro había una estrecha franja arbolada que terminaba en una pequeña rotonda, en la que dos Castaños de Indias se disputaban el escaso terreno disponible.

Marcus aparcó justo en la rotonda. Allí, solitaria y orgullosa, se erguía una vieja mansión de ladrillo rojo con un aspecto lúgubre y en un estado de aparente abandono, hasta el punto de que a Charlie le sorprendió que su madre hubiese aceptado comprar algo así.

El niño salió del coche para observarla con detenimiento. Aunque no era fea, había que admitir que su fachada era extraña, con una mitad curva y la otra recta. No tenía un solo adorno y parecía llevar abandonada mucho tiempo. Nada en su apariencia, sencilla y casi inocente, hacía sospechar el poderoso secreto que aquella destartalada mansión guardaba en su interior.

–¿Qué os parece, chicos? –preguntó Marcus.

–Da pena, papá –afirmó Lisa con rotundidad–. Es la más fea de toda la calle y la más vieja.

Luego se giró hacia una de las casas blancas por las que acababan de pasar.

–Aquella de ahí está en venta –dijo señalándola con el dedo–. Podíais haberla comprado en lugar de ésta.

–Cariño –respondió su padre mientras se desabrochaba el cinturón–, esta casa ha sido una verdadera ganga.

Maggie se bajó del coche con una amplia sonrisa, como si no le importase en absoluto el comentario de su hija. Suavemente introdujo la mano en el bolsillo y sacó una llave con la que abrió la puerta de la vivienda. Charlie la vio perderse en su interior y se dispuso a seguirla. De pronto, su madre volvió a salir a la calle con una expresión de incredulidad y enojo. Su rostro empezó a enrojecer y el gesto se fue tornando cada vez más furibundo.

Charlie conocía de sobra esa expresión: cuando su madre se ponía así era como una olla a presión humana a punto de estallar.

Marcus bajó del coche. Él también conocía aquella expresión y, sin duda, sabía que había problemas. Nada que no debiera haber previsto; a fin de cuentas, estaban de mudanza.

Entretanto, Maggie había entrado de nuevo en la vivienda. Sus furiosas pisadas recorriéndola de un lado a otro se oían desde fuera y no auguraban nada bueno.

–¡Maldita sea! –se la oyó exclamar–. Pero, ¿cómo se atreve a hacernos esto ese maldito presuntuoso? ¡Ese niñato arrogante! ¡Ese vividor! ¡Ese hortera inculto!

Charlie no entendió demasiado bien el significado de todos aquellos calificativos. Ni siquiera tenía la certeza de si se trataban de insultos, porque los insultos que usan los mayores a veces suenan tan refinados, que es difícil saber si se está faltando a alguien o si se le está haciendo un cumplido. Con lo fácil que sería decir “estúpido come mocos” o “gallina meapilas”. Algo así no deja lugar a dudas.

Lo que sí estaba claro es que su madre estaba enfadada, incluso furiosa. Y que por suerte no era con él, aunque de eso nunca se podía estar totalmente seguro.

–¡Maldito imbécil!– volvió a gritar Maggie.

Charlie reparó que a su madre se le empezaban a entender los insultos, así que la situación debía de ser bastante seria.

–¿Qué ocurre?– preguntó Marcus al tiempo que subía los peldaños de la entrada de la casa.

–¡Ese maldito hortera ha dejado todo aquí! No ha pintado la casa como acordamos, ni se ha llevado los muebles. ¡Está todo aquí! Y ahora, ¿¿¿cómo hacemos la maldita mudanza???

• • •

Aunque Max Wellington tenía los nervios de acero, no pudo evitar sentirse aterrado al ver el cuerpo sin vida de Franz Schneider tendido junto a él. Indudablemente algo había salido mal. Intentó incorporarse, pero le dolía terriblemente la cabeza y se sentía aturdido. A duras penas logró sentarse y, a pesar del riesgo que corría, se tomó unos instantes para analizar la situación.

Los rayos de sol entraban por el amplio ventanal de la habitación contigua. Max miró su reloj de pulsera y se sobrecogió al ver la hora local: diez y media de la mañana. Había permanecido allí tendido más de once horas.

Sus ojos registraron el cuerpo de Franz Schneider y la estancia en la que se encontraban. El anillo de aquel desdichado había desaparecido y, lo que era peor, la cámara de seguridad estaba

vacía.

Sin duda alguien le había seguido. Suponer que tanto él como quien le había golpeado la cabeza habían dado con Franz Schneider al mismo tiempo y que simplemente sus caminos se cruzaron por casualidad en aquel vestidor, era del todo impensable.

Aunque el botín se había esfumado, el hecho de que Max conservase su propia vida dejaba clara una cosa: su atacante era uno de sus hermanos, uno de los miembros de la Orden de los Caballeros del Tiempo. Un miembro poco honorable, dispuesto a conseguir sus trofeos jugando sucio, pero no lo suficientemente loco como para arriesgarse a quitarle la vida a uno de los suyos.

Max no llegó a verle, por lo que no tenía ningún indicio de quién podría haber sido, aunque lamentablemente había varios caballeros de los que sospechaba. Llegar a descubrir de quién se trataba sería bastante complicado, ya que su atacante mantendría aquel botín en secreto.

El timbre del lujoso apartamento interrumpió sus pensamientos. Parecía que el señor Schneider tenía visita. A esas alturas del día no sólo estarían echando de menos a su víctima, sino que en breve también empezarían a echarle en falta a él. En unas horas Max debía presidir el consejo de dirección de Aurum, su grupo empresarial, en Manhattan, a miles de kilómetros de allí.

Aún aturdido, buscó el pequeño maletín que había traído consigo. Por suerte su contrincante no se lo había llevado, posiblemente suponiendo que pertenecía al desdichado señor Schneider. Max lo abrió y comenzó a sacar el sofisticado equipo de limpieza que transportaba en él. Debía borrar en tiempo récord cualquier huella que delatara su presencia en el apartamento del señor Schneider la pasada noche.

• • •

Al rato de ver a sus padres hablar nerviosamente por sus móviles con el antiguo propietario, con la agencia inmobiliaria y suplicar a los operarios de mudanzas que esperasen un poco hasta que la situación se aclarase, Charlie supuso que los mayores se estaban poniendo de acuerdo para arreglar el problema, cualquiera que éste fuera. Así que se deslizó por el interior de la casa con la sana intención de comprobar si las cosas eran tan graves como parecían. Su madre insistió en que esperase en el coche, pero resultaba demasiado aburrido y siempre podría excusarse diciendo que necesitaba ir al baño.

El niño recorrió la casa con una mezcla de curiosidad, excitación y desconfianza, como un explorador que se interna en la selva virgen por primera vez. Tal y como Marcus había asegurado, era enorme, aunque por dentro también parecía bastante vieja y sombría. El aire era denso y húmedo, con un olor a rancio y moho que un fuerte perfume a naftalina no conseguía enmascarar. En la primera planta estaba el salón, la biblioteca, la cocina y un aseo; en la segunda, tres habitaciones y dos baños; y en la tercera, un enorme y prometedor desván, por el que Charlie apenas tuvo tiempo de curiosear. Todas las habitaciones tenían las paredes forradas de tela en colores granate, mostaza o verde aceituna con grandes dibujos en relieve y viejas marcas de humedad. Todas ellas estaban abarrotadas de muebles de una madera muy oscura y objetos que, a pesar de aparentar ser buenos e incluso antiguos, parecían sacados de una película de Sherlock Holmes y no iban en absoluto con el estilo de su madre. Estaba claro: a Maggie no le gustaba el

modo en el que le habían decorado la casa. Ella prefería los sitios bonitos y elegantes, luminosos y con pocos muebles, siempre de colores claros o blancos. Aquella debía ser la causa de su enfado.

Antes de que alguien pudiese echarle de menos, Charlie salió sigilosamente a la calle para comprobar cómo seguían las cosas. Empezaba a tener hambre y, aunque no le disgustaba la idea de acabar en un Mc Donald's, parecía ser el único en darse cuenta de que casi era la hora de comer.

–¿Qué pasa, papá? –preguntó acercándose a Marcus, que seguía paseando de un lado a otro de la acera mientras hablaba nerviosamente por su teléfono móvil.

–Espera un momento –respondió su padre tapando el micrófono con la mano.

El camión de mudanzas ya no estaba, pero nadie parecía haber reparado en ello. Lisa escuchaba música sentada en la parte trasera del coche con los auriculares puestos. Charlie se acercó a ella y tiró con suavidad de uno de ellos ante la cara de enojo de su hermana.

–¿Dónde está el camión?– inquirió el niño.

–Se ha marchado –respondió ella con desgana–. Volverá esta tarde, si es que nos quedamos en esta casa. Claro, que no sé dónde van a dejar nuestras cosas si está toda llena de muebles. A lo mejor con todo este lío compran la casa de enfrente y devuelven ésta.

Charlie se sentó junto a su hermana y se metió el auricular en una oreja. La música era bastante buena y, estaba tan a gusto, que no sintió que se quedaba profundamente dormido.

• • •

Cuando Charlie se despertó, se encontró tumbado de lado sobre un sofá de piel marrón oscuro de la biblioteca, respirando aquel peculiar olor a aire encerrado y naftalina. Se sentía atontado, un poco confuso y bastante acalorado. De un manotazo apartó el abrigo con el que su padre le había arropado y se incorporó despacio, despegando el moflete sudoroso del cuero.

Su mirada recorrió toda la estancia mientras iba recobrando el pulso. En todas las paredes había estanterías repletas de libros desde el suelo hasta el techo, así que, si el camión de mudanzas no volvía, al menos su padre tendría con qué consolarse.

El sofá estaba a un lado de la habitación, delante de uno de los estantes. Tenía botones forrados cosidos por todo el respaldo formando pequeños hoyuelos y estaba tan viejo, que la piel se veía agrietada y arañada por todas partes. Seguro que si saltaba sobre él, nadie le regañaría.

En el lado izquierdo, una gran puerta de cristal con un curioso escudo familiar en el centro comunicaba con el jardín. Justo delante del ventanal había un escritorio bastante grande lleno de cajoncitos, ideal para guardar algunas de sus cosas.

Aquel sitio no estaba mal, si no fuera por los retratos de dos viejos señores que le miraban desde la pared con gesto severo y áspero. Charlie les observó unos instantes, primero a uno y luego al otro, y no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la espalda desde la nuca hasta la rabadilla. A pesar de tratarse de dos simples cuadros, su mirada era tan punzante que parecía que esos hombres eran de carne y hueso.

"Horatio Conwell" y *"Solomon Conwell"* leyó en unas diminutas placas que había adosada al pie de cada óleo mientras intentaba dilucidar cuál de los dos resultaba más antipático. "Diablos, ni que yo tuviera la culpa de que os hayan dejado aquí colgados."

Entonces se levantó de un salto y se sonrió al pensar que a esos dos cascarrabias les habían dejado realmente colgados, abandonados en aquella vieja casona. Aquellos cuadros no le gustarían nada a su madre, así que ya se encargaría ella de remediarlo.

Luego abrió la pesada puerta de madera y salió en busca de algo que comer, sintiendo aún las miradas de aquellos horribles vejestorios clavadas en su nuca.

• • •

Las cosas habían evolucionado bastante durante su siesta. Los operarios de la mudanza estaban de regreso y se afanaban en meter el contenido del dentro de una de las habitaciones de la vivienda. Parecía que las únicas casas elegantes de las que Lisa podría disfrutar serían las de sus vecinos, si es que conseguía que alguno de ellos la invitase alguna vez a merendar.

–Hola, papá –saludó acercándose a Marcus–. ¿Nos quedamos?

–Sí, cariño. Nos quedamos con todo. Con la casa, la biblioteca y los muebles. ¡Una verdadera ganga!

–¿Mamá ya no está enfadada? –quiso asegurarse Charlie antes de ir en su busca.

–Un poco. Esto va a ser un lío hasta que pongamos la casa en marcha, pero ya verás cómo se le pasa.

Estaba claro, su madre seguía enfadada. Mejor sería dejarla tranquila hasta que hubiera pasado el peligro.

–Papá, tengo hambre. ¿Puedo comer algo? –preguntó el niño.

–Tienes unos refrescos y unos sándwiches en la cocina. Coge lo que quieras.

Charlie se acomodó en la mesa de la cocina y empezó a comer con voracidad los bocadillos que sus padres le dejaron reservados, mientras veía a los tres operarios de la empresa de mudanzas meter todos los bultos y cajas de la familia en su nuevo hogar.

• • •

Tras el consejo de dirección de Aurum, Max debía asistir a otro importante encuentro aquel día. Una reunión secreta de gran importancia, de la que sólo unos pocos hombres en la Tierra tenían noticia: la reunión mensual de la Orden de los Caballeros del Tiempo.

Max se arregló siguiendo la estricta etiqueta que marcaba la ocasión y se apresuró para viajar hasta la sede de la Orden y residencia de Emanuel Gentile, su Gran Maestre: una antigua y discreta villa situada a las afueras de Roma.

Llegaba con bastante anticipación para entrevistarse a solas con el señor Gentile y ponerle al tanto de lo acontecido en las últimas veinticuatro horas. Max también quería estar presente cuando los demás caballeros llegasen allí, para estudiar sus reacciones cuando le vieran allí e intentar

detectar quién pudo agredirle la pasada noche.

–Me alegro de verte –le saludó Emanuel Gentile dándole un caluroso abrazo, un gesto que sólo se permitía cuando ambos estaban a solas.

Max le sonrió con gesto grave y, mientras daban un largo paseo por el jardín, le relató a su anfitrión lo sucedido. El Gran Maestre le escuchó sin interrumpirle en ningún momento. Cuando Max hubo terminado, permaneció aún unos minutos en silencio, caminado a su lado.

–Lo sucedido es terrible –dijo por fin.

Max asintió con un ligero movimiento de cabeza.

–Me temo que no nos queda mucho tiempo –prosiguió el anciano–. Pronto debo nombrar un sucesor y mi decisión debe ser ratificada por el Gran Consejo. Son tiempos difíciles y cada vez me resulta más difícil imponer mi criterio sin tener que hacer frente a una fuerte oposición.

Max permaneció en silencio. Sabía que la posición del señor Gentile se había debilitado considerablemente en los últimos tiempos. Las familias rivales que ansiaban sucederle habían ido ganando apoyos en el seno de la Orden y del Gran Consejo, comprando favores y corrompiendo a algunos de sus miembros. Pero Max no lo mencionó en ningún momento. Su amigo y mentor no necesitaba oír que su debilidad era cada vez más evidente a los ojos de los demás.

–Apenas confío en un puñado de hombres, y sólo a ti desearía nombrarte mi sucesor. Pero sé que si te propongo me encontraré una férrea resistencia, hasta el punto de que quizás no pueda vencerla. Por ello, es preciso dilatar el proceso sucesorio tanto como sea posible.

–Lo entiendo –respondió Max–. Y agradezco tu confianza.

–Mientras tanto, has de convertirte en el mejor candidato de todos, alguien con quien nadie pudiera competir, un caballero al que ningún otro pudiera hacer sombra. Posees todas las cualidades que un Gran Maestre requiere: inteligencia, virtud, templanza, valentía, diplomacia, discreción… Pero otros caballeros tienen mayor rango que tú. Y es imprescindible que consigas mejorar tu situación.

Max sabía que su amigo no pretendía reprocharle lo sucedido, aunque no pudo evitar sentirse avergonzado por lo que había ocurrido.

–Y debes darte prisa, hijo. Me empiezan a fallar las fuerzas. Estoy cansado y no querría irme de este mundo sin saber que dejo el destino de la Humanidad en buenas manos.

• • •

Al caer la noche los Wilford se tomaron un respiro para cenar juntos. Maggie improvisó unos suculentos *spaghetti* con tomate, e incluso se las apañó para encontrar las cajas en las que estaban sus platos y cubiertos para servir la cena en ellos.

–No pienso comer con la vajilla ni con los cubiertos de unos desconocidos –la oyó decir entre gruñidos Charlie–. Me siento como una ‘okupa’ en mi propia casa.

Una reacción extraña, pensó Charlie, si se tenía en cuenta que todas las cosas que allí había y

que estaban utilizando, eran de esos mismos desconocidos. Pero las madres suelen tener reacciones incomprensibles la mayor parte del tiempo.

–Mamá –se atrevió a preguntar–, ¿qué vamos a hacer ahora con todas estas cosas? ¿Las vamos a tirar?

–¡De ninguna manera, cariño! –contestó Maggie con cara de sorpresa–. Muchas de ellas son auténticos tesoros y supongo que es una suerte que nos las podamos quedar. Pero el hombre que nos vendió la casa debió de habérselas llevado. Es lo que acordamos.

–¿Y qué vamos a hacer con nuestras cosas? –añadió Lisa–. A mí me gustan más que todas estas tan viejas.

–Esperaremos a que mañana llegue un documento en el que el antiguo propietario declara que renuncia a todas ellas y que todo lo que contiene la casa pasa a ser propiedad nuestra –explicó su madre–. Con ello seremos los dueños legítimos de todo lo que hay aquí y entonces podremos decidir si nos quedamos con todo, o si vendemos o tiramos algo.

–¿Quieres decir que nos quedamos con todo por el mismo precio? –preguntó Charlie.

–Sí, cariño –respondió Marcus–. Todo por el mismo precio.

–¡Menudo chollo! –exclamó el niño–. Aquí hay cosas tan viejas que incluso pueden ser antiguas. Ese tío es bobo.

–Ese tío es un caradura –afirmó Maggie–. Debió dejar la casa vacía, pintada y limpia; y por su culpa tardaremos mucho más en instalarnos. Además, es un desalmado. Ha abandonado aquí todas las pertenencias de su padre y de su abuelo, el gran Horatio Conwell, sin importarle lo más mínimo que queden en manos de unos extraños. ¡Se ve que lo único que le preocupa es el dinero y no ha querido gastarse un solo penique para salvaguardar la memoria de su familia!

Charlie reparó en que su madre parecía admirar al tal Horatio. Por lo visto, aquellos viejos carcamales de la biblioteca no parecían disgustarle tanto, después de todo.

• • •

A pesar de todas las vidas que había segado, Max Wellington nunca tuvo problemas de conciencia. No se consideraba a sí mismo un asesino implacable ni un ser despiadado: él era un distinguido miembro de la Orden de los Caballeros del Tiempo, descendiente directo de uno de los hombres elegidos por el mismísimo príncipe Olwelin y un firme candidato para convertirse en el próximo Gran Maestre.

Al igual que hicieran sus antepasados, Max se debía por completo a la Orden y a su sagrada misión de proteger y custodiar los objetos mágicos que el príncipe había creado. Los caballeros debían proteger a la humanidad de sí misma, de su naturaleza débil y egocéntrica; y aquellos objetos poseían un poder tan grande que sólo podría desencadenar los anhelos más perversos y las debilidades más ruines de cualquier hombre, incluso del más recto. Por eso, sólo debían estar en manos de individuos especialmente educados para la sagrada tarea de custodiarlos, siguiendo el rígido código moral de la Orden y sometidos al voto de total obediencia a su Gran Maestre y al

Gran Consejo que la gobernaban.

El cumplimiento de esta noble tarea era la razón de ser de todo caballero, no importaba el precio que hubiese que pagar ni que para ello fuera preciso violar leyes o cometer actos aparentemente repugnantes. Su misión estaba por encima de su familia, de sus intereses y de su propia vida.

Así había sido durante siglos y así debía seguir siendo.

CAPÍTULO III: Horatio Conwell

En pocas semanas Charlie vio cómo se iba dulcificando el aspecto oscuro y siniestro de su casa. Los Wilford contrataron a unos pintores que arrancaron las telas de las paredes y las pintaron de colores claros y luminosos. Algunos muebles fueron trasladados al desván hasta que se decidiera lo que se iba a hacer con ellos y su lugar fue ocupado por otros más modernos y funcionales.

Maggie resultó ser una entendida en piezas únicas y antiguas, y decidió conservar muchos más muebles de los anteriores propietarios de los que a Charlie le hubiese gustado. De todas formas, había que reconocer que su madre tenía especial talento para lograr que su casa fuera un lugar alegre y bonito en el que vivir.

Marcus se instaló sin dificultad en la biblioteca, que lamentablemente mantuvo intacto su aspecto original aunque con mayor concentración de libros por metro cuadrado. Incomprensiblemente, los retratos de los viejos gruñones permanecieron en el mismo sitio, como si sus padres hubieran decidido rendirles un ridículo tributo. Cada vez que Charlie entraba en la estancia, no podía evitar mirarles de reojo y sentir los mismos escalofríos que el primer día, especialmente cuando pasaba por delante del retrato del tal Horatio Conwell. Desde la pared, los dos carcamales le sonreían con gesto victorioso, sabedores de que ya no serían desterrados al desván, vigilando cada uno de sus movimientos, como si estuvieran dispuestos a regañarle en cualquier momento. Definitivamente, esos dos debían de haber sido un verdadero latazo, tanto, que al antiguo propietario de la casa no le quedaron ganas de llevarse nada que pudiese recordarle a ellos.

Por suerte, el desván se ajustó exactamente a lo que su padre le contó la noche anterior a la mudanza y no tardó en convertirse en el refugio personal de Charlie. Al principio la entrada le estaba vetada, hasta que se decidiera qué se iban a hacer con todos los trastos y muebles que estaban allí almacenados. Pero, según iba pasando el tiempo, la ingente tarea de clasificar lo que había guardado y pensar qué se hacía con ello, se convirtió en una obligación difusa y poco apremiante para la que nunca se encontraba el momento adecuado.

Así que los padres de Charlie terminaron por permitirle que entrara y campase a sus anchas sin mayor problema, a lo sumo con alguna vaga advertencia de que tuviera cuidado más tranquilizadora para quien la formulaba que para quien la escuchaba.

Aquel lugar olvidado tenía todo lo que un niño de once años podía soñar: viejos muebles repletos de objetos raros y de épocas pasadas, un gran armario lleno de ropa ajada por el tiempo, libros metidos en cajas de madera, baratijas, cartas, mapas antiguos e incluso un globo terráqueo con fronteras y países que dejaron de existir mucho tiempo atrás.

Pero, lo mejor de todo, es que él era el rey absoluto de aquel lugar y que ningún otro miembro de la familia parecía tener el más mínimo interés en husmear entre todas aquellas cosas. En poco

tiempo, incluso, se montó su propio despacho en un viejo escritorio abandonado, muy parecido al que su padre tenía en la biblioteca, pero adornado con un bloque frontal con cajones en cuya base había una pequeña esfinge alada.

Al ver que Charlie pasaba cada vez más tiempo en el desván y que se había montado su propio rincón, Maggie hizo un intento de organizarlo y adecentarlo un poco, pero el niño consiguió disuadirla con ayuda de su padre.

–Vamos, Maggie. Si lo ordenas a tu manera, le quitarás todo el encanto –le dijo Marcus asiéndola del brazo para sacarla de la estancia.

Una lluviosa tarde de otoño, Charlie se afanaba en reunir sus cromos que andaban desperdigados por los numerosos cajones de su escritorio. Apenas había conseguido encontrar unos cuantos, así que se lanzó a mirar en los cajones que había en la parte más alta. Para poder ver bien qué había en el fondo de uno de ellos, se puso de puntillas y se inclinó hacia adelante, apoyando el peso de su cuerpo en la pequeña esfinge alada que había en la base.

De pronto, se escuchó un quejido sordo y la estatuilla cedió y se desprendió de su sitio, dejando una pequeña ranura a la vista.

"¡Ya la he fastidiado!", pensó al ver el estropicio.

Estaba seguro de que su madre le regañaría por haber roto una antigüedad; en cuestión de muebles, no era una persona de fiar. Aunque aquella era una mesa vieja que sólo él usaba, seguramente ella la encontraría tan valiosa como el viejo sofá de la biblioteca o los retratos de los dos vejestorios.

El niño cogió la figurilla e intentó colocarla en su posición inicial, pero ésta se caía una y otra vez.

"¡Maldita sea!"

Tendría que bajar a por el tubo de pegamento que su padre guardaba en su mesa y en la que, sin ninguna duda, todavía estaría trabajando. Si se lo pedía o si le veía cogerlo, Marcus sabría inmediatamente que había roto algo, así que valía la pena hacer otro intento antes de ir a buscarlo.

De nuevo trató de encajar la esfinge, que le miraba sonriente con sus pequeñas alas de madera pegadas al cuerpo, y la apretó con todas sus fuerzas contra la ranura. Pero la estatuilla volvió a caerse.

Intentando no desanimarse, acercó la lámpara que había sobre el escritorio a la abertura para comprobar si había algo que la obstruía y descubrió una minúscula pieza rectangular de madera dentro de ella. Con determinación, metió el dedo e intentó sacarla, sin conseguir moverla. Entonces la empujó hacia abajo como si fuera la tecla de un piano, cuando un chasquido fuerte y seco estuvo a punto de provocarle un ataque al corazón.

• • •

Desconcertado, Charlie contempló el pequeño hueco negro que tenía ante sí, sin terminar de creer lo que acababa de ocurrir. La pequeña pieza de madera que había pulsado instantes antes

era, en realidad, un resorte para abrir una compuerta secreta en el frontal de su escritorio.

Sentía que las pupilas de sus ojos estaban completamente dilatadas y que el corazón le golpeaba el pecho velozmente. Aquello era lo más emocionante que le había pasado desde que estaba en esa casa.

Lentamente acercó un dedo a la abertura y tiró del panel hacia fuera, dejando a la vista un pequeño compartimento con un sobre oculto en su interior.

–¡Ahí va, mi madre! –exclamó excitado–. ¡Un escondite secreto!

Con cuidado alargó la mano y extrajo el sobre, acercándolo a la luz para inspeccionarlo con detenimiento. Era de papel del bueno, como el que sus abuelos solían usar. El color blanco original se había amarilleado por el paso del tiempo y estaba precintado con un sello de lacre en el que había grabado el dibujo de un reloj de arena. En el dorso del sobre había una frase manuscrita con una caligrafía de estilo elegante y antiguo, que le recordó a la letra de su abuela Louise.

–*"Et modo quae fuerat somnium, facta via est"* –leyó en voz alta–. ¡¿Latín?! ¡Pues sí que empezamos bien!

Entonces sostuvo la carta con ambas manos, sopesando por un momento si debía abrirla o no. El hecho de que alguien se tomara tantas molestias en esconderla la hacía tremendamente interesante y tentadora, pero la cita en latín le confundía. ¿Y si se la cargaba por abrir una carta para que luego estuviera todo en latín? El niño la levantó y la acercó a lámpara, intentando vislumbrar lo que había en su interior.

–No se ve nada. No sé por qué les gustará tanto usar este papel –dijo en alusión a todos los adultos en general.

Entonces recordó que en su escritorio escondía una pequeña cuchilla con la que podría despegar el sello de lacre con cuidado, sin que se rasgara el papel, de modo que luego podría volver a pegarlo sin que se notara. Y si no, podría llevarse la carta al cole y tirarla en alguna papelera cuidando que nadie le viera. En especial la cotilla de Lisa.

–Asunto arreglado –sentenció, mientras sacaba la cuchilla y realizaba la operación con precisión.

Una vez abierto el sobre, extrajo un papel que, por fortuna, estaba escrito en inglés. El niño lo leyó en voz alta:

"En el ocaso de mi vida, escribo estas líneas para legaros a vosotros –mis descendientes–, mis posesiones más queridas.

De todas ellas, sin duda, la más valiosa es el nombre de mis antepasados, que recibí de mi padre sin mácula y sin mácula dejo, confiado en que sabréis preservarlo del mismo modo y que haréis uso de él con el orgullo y decoro debidos.

La búsqueda permanente del conocimiento y de la verdad siempre han sido atributos propios de nuestra familia, así como el valor necesario para perseguir ambos en cualquier

circunstancia. Ello nos ha reportado momentos de alegría y de aflicción pero, sobre todo, una sólida y merecida reputación de personas honorables. Disfrutad también de ella y mantenedla intacta, para que los que os siguen la aprecien y la disfruten de igual manera.

He dejado dispuesto que el grueso de mi fortuna y mis propiedades queden en la familia, siendo esta casa la más querida de todas. Conservadla siempre ligada a los Conwell, así como el grandioso tesoro que oculta. Su apariencia es sencilla pero su valor es incalculable, pues os permitirá vivir mil vidas en una, protagonizar aventuras imposibles y ampliar inmensamente vuestros conocimientos.

Sé que estaréis a la altura para hallarlo y, cuando lo hagáis, sabed que seréis sus dueños legítimos y vitalicios. No obstante, debéis entender que su valor es tan extraordinario que muchos querrán arrebatároslo, seréis objeto de envidias y no estará exento de peligros ni responsabilidades. Es por ello que no debéis confiar en nadie; sino que deberéis disfrutarlo en total secreto y con absoluta discreción, haciéndolo siempre de forma honorable y moral, tal y como corresponde en un miembro de nuestra familia.

Seguid, pues, adelante y demostrad que sois dignos miembros de ella.

Os deseo suerte y fortuna,

Horatio Conwell"

–¡Demonios, un tesoro! –exclamó Charlie estupefacto–. ¿Estará hablando en serio?

Charlie reparó que la carta estaba firmada por el viejo del retrato que había en la biblioteca y fechada el 9 de septiembre de 1969. Luego releyó los últimos párrafos y comprobó que, a pesar de lo rebuscada que era, había entendido la misiva perfectamente. Hablaba de un tesoro, de un tesoro extraordinariamente valioso para ser exactos. Tardó unos segundos en tranquilizarse y en empezar a preguntarse cómo podría encontrarlo, cuando vio que junto a la carta había una segunda hoja con unos versos en latín que leyó con bastante dificultad.

¡Latín! ¡Qué tío tan pesado!– exclamó moviendo la cabeza con disgusto–. Con lo fácil que hubiera sido meter un mapa…

En ese momento oyó la voz de su madre llamándole para que bajara a cenar.

–¡Ya voooooy!– contestó el niño.

Tomó de nuevo el sobre para guardar la carta y, al hacerlo, vio que en su interior había quedado una llave de metal oscurecida por el tiempo, de unos ocho centímetros de largo y con un elaborado motivo vegetal en la cabeza. Junto a ella encontró un anillo ancho de plata, con tres ondas grabadas en su superficie. El niño sacó ambos objetos y los acercó a la luz para verlos con mayor detenimiento.

Maggie le llamó otra vez, pero esta vez el tono de su voz sonaba algo menos amistoso. Charlie sabía que debía recoger y bajar cuanto antes, o ella subiría a buscarle.

–¡Ahora mismo bajo! –gritó.

A toda prisa metió todo en el sobre y lo guardó en el interior del compartimiento secreto. Luego arrancó un trozo de hoja de uno de sus cuadernos, la dobló cuanto pudo y la metió a presión junto a la esfinge en la ranura del escritorio. La figurita le miró con sonrisa cómplice, esta vez sin moverse de su sitio, como si todo aquello no hubiera sido más que una argucia para que Charlie descubriese su secreto.

El niño salió del cuarto y bajó las escaleras ruidosamente para que su madre supiera que estaba de camino. Mientras, en su cabeza, se sucedían las preguntas. ¿Por qué el tal Horatio se tomó tantas molestias para esconder una carta si quería que la encontrase su familia? ¿Por qué guardó dentro un anillo y una llave? ¿Qué clase de tesoro es sencillo en apariencia pero de valor incalculable? De pronto le asaltó la terrible idea de que el antiguo propietario lo hubiese encontrado ya. Sintió que un sudor frío se apoderaba de él y que el corazón se le aceleraba de nuevo.

Tal vez por eso vendió la casa y no se molestó en llevarse nada de lo que había en ella, pues ya tenía lo que necesitaba… Pero, si era así, ¿por qué dejar allí la carta para que cualquiera pudiera encontrarla? Aquello no tenía mucho sentido y desde luego no le ayudaría a mantener en secreto la existencia del tesoro.

Tal vez el descendiente de Horatio no era tan listo como el viejo esperaba. Puede que sólo le importase el dinero y no todo ese rollo de la familia y el apellido. Así que, el muy bobo, les vendió la casa con todo lo que contenía dentro, sin saber que había perdido la ocasión de encontrar un tesoro.

Charlie se sintió más tranquilo. Tenía dos teorías y unos versos en latín que le ayudarían a comprobar cuál de ellas era la correcta. Siempre el dichoso latín.

• • •

Antes de sentarse a cenar, Charlie fue un momento a la biblioteca. Al pasar por delante del retrato de Horatio Conwell, el niño levantó tímidamente la mirada y tuvo la sensación de que el viejo parecía más enfadado que nunca.

–Me parece que he encontrado tu secretito –dijo en voz baja.

–¿Cómo dices? –le preguntó Marcus, que aún seguía trabajando en su escritorio.

–Nada, papá, te preguntaba si sabes si hay por aquí un diccionario de latín que sea facilito.

–Desde luego, hay varios. ¿Para qué lo quieres?

–¿Eh?, bueno –contestó el niño un tanto confuso. Estaba tan excitado con todo aquello, que había olvidado preparar una excusa–. Es para el cole, quería buscar la frase esa que dijo César cuando se fue al Malecón.

–Charlie, el Malecón es una zona de La Habana. Aquella frase la pronunció César cuando cruzó el río Rubicón. Me parece que vas a tener que decirle a mamá que te cuente la historia de nuevo –respondió su padre, mientras apoyaba su mano en el hombro de su hijo y le conducía con suavidad hasta la cocina.

Justo antes de salir de la estancia, Charlie sintió la necesidad de girarse un momento para volver a mirar el cuadro del carcamal y le pareció que esta vez el hombre le sonreía con aire de recochineo.

• • •

Maggie era una excelente narradora de historias. Cuando los niños eran pequeños empezó a relatarles los cuentos clásicos con los que ella, como tantas otras personas, se había criado. Como no los recordaba con demasiado detalle, adquirió un par de libros con los relatos más populares como *"Caperucita Roja", "Hänsel y Gretel"* o *"Pulgarcito"*. Pero, al leérselos a sus hijos a la hora de la cena o justo antes de dormir, no fue capaz de hacerlo literalmente.

–¡Dios Santo, Marcus! –exclamaba horrorizada–. ¡Estos cuentos son una barbaridad! Yo no recordaba lo crueles que podían llegar a ser. ¡Cómo voy a contarles que Caperucita y su abuela le abren la barriga al pobre lobo mientras duerme para meterle piedras! ¡O ese en que el padre abandona a sus propios hijos en el bosque porque comen mucho!

Así que Maggie decidió sustituir los cuentos clásicos por otro tipo de historias, a su entender mucho más instructivas. Historias de héroes y villanos, de conquistadores y conquistados, de valientes guerreros que luchaban contra malvados tiranos, de épocas y lugares lejanos. Personajes de ficción como Caperucita, los Tres Cerditos o el Gato con Botas fueron reemplazados por otros reales, como Cleopatra y Marco Antonio, Julio César, Napoleón Bonaparte, el almirante Nelson, Shackelton, Madame Curie o Alejandro Magno. Todos ellos se mezclaban en una amalgama de épocas, nombres y lugares que Maggie intentaba ordenar con la ayuda de un mapamundi situado frente a la mesa de la cocina.

–Querida –dijo Marcus mientras cenaban aquella noche–, creo que Charlie quiere que le cuentes la historia de Julio César.

–Bueno –explicó Charlie–, en realidad preferiría oír la historia de esta casa. Llevamos meses viviendo aquí y no sabemos nada de ella.

–Pero creí que querías escuchar la otra para contarla mañana en clase –repuso Marcus.

–Da igual, papá, ya lo miraré en los libros de la biblioteca. Siempre dices que tenemos que aprender a buscar en los libros. Y la otra la hemos oído muchas veces –contestó el niño.

–Sí –añadió Lisa–. Cuenta la historia de la casa, mamá. Por una vez Charlie y yo estamos de acuerdo en algo.

–Bueno, sólo sé algunos detalles acerca de ella –dijo Maggie–. Un prometedor arquitecto, llamado Edmund J. Jones, la construyó en 1905 para su esposa. Por desgracia, ella murió al dar a luz a su primer hijo, así que el señor Jones quedó totalmente abatido y nunca quiso habitar la casa. Durante años permaneció vacía, en un estado de total abandono, hasta que en 1925 fue adquirida por Horatio Conwell.

Charlie dio un respingo nada más oír el nombre. Era el viejo del cuadro y el autor de la carta que había encontrado en el desván. Maggie le miró sorprendida unos instantes y luego prosiguió su relato.

–Horatio Conwell era un prestigioso profesor de Historia Antigua de Oxford pero, al morir su padre, tuvo que abandonar la docencia y trasladarse a Londres para hacerse cargo de los negocios familiares. Fue un hombre de gran talento también para estos asuntos, así que hizo una gran fortuna sin perder su reputación de caballero y hombre honorable.

»Pero su verdadera vocación era el mundo académico, del que nunca se desligó completamente, por lo que siempre recibió el trato de '*Profesor*' y gozó de un gran reconocimiento. Fue un miembro destacado de la Academia Británica y un estrecho colaborador y mecenas del Museo Británico.

»Cuando murió Horatio, su hijo Solomon heredó esta casa. Solomon, al igual que su padre, estudió Historia y Arqueología en Oxford. También estuvo vinculado al Museo, pues trabajó en él toda su vida y fue el último Conservador Jefe de la Biblioteca Británica antes de que ésta se trasladara al nuevo edificio de St. Pancras.

»Sin embargo, Solomon era un hombre bastante reservado e introvertido, y con mucha menos capacidad para los negocios que su padre, así que la enorme fortuna familiar fue diezmando con los años. Solomon tuvo un hijo, Maurizio, que es quien nos vendió la casa».

–¿Y también tiene que ver con el Museo? –preguntó Charlie.

–¡Oh, no! –respondió Maggie–. A diferencia de su abuelo y de su padre, Maurizio nunca ha sido un hombre brillante en ningún aspecto y ha tenido sonados fracasos empresariales. Por lo que sé, sus padres se divorciaron y su madre se lo llevó consigo a vivir en la Costa Azul, donde lo educó en un ambiente de lujo y despilfarro. Sus padres apenas se hablaban, así que Maurizio casi no tenía relación con la familia Conwell. Según se dice, de ella sólo le importaba el dinero y de hecho, sólo vino a Londres para la lectura del testamento de su padre, el pobre Solomon, pero ni siquiera asistió a su entierro.

»Últimamente su situación económica se había vuelto insostenible y, para hacer frente a todas sus deudas, Maurizio se vio obligado a malvender todas sus posesiones en Inglaterra. Esta casa era una de ellas y, a pesar de que su padre manifestó en el testamento su deseo de que siempre fuera propiedad de la familia Conwell, el muy desalmado hizo oídos sordos y la puso a la venta».

–Y ahí es donde aparecemos nosotros y se la compramos a precio de ganga –apostilló Charlie.

–Exacto –contestó su madre–. Pero ni siquiera entonces vino a firmar el contrato, ni a comprobar si en la casa había algún objeto o algún recuerdo familiar que pudiera interesarle.

Charlie trató de contener una gran sonrisa al escuchar a su madre. La segunda teoría parecía confirmarse y el tal Maurizio empezaba a parecer un necio que les vendió la casa sin sospechar que ocultaba un valioso tesoro.

–¿Y por qué sabes tanto acerca de los Conwell? –preguntó Lisa con tono inquisitivo.

–Verás, cariño. Los Conwell han sido personas muy importantes y conocidas en el Museo. De hecho, fue una colega mía, la señora Rotherwick, la que me avisó de la oportunidad que había para comprar la casa y quien me contó la historia de la familia.

Aquella noche Charlie recogió y se acostó con una rapidez inusual. Estaba bastante cansado, pero sobre todo necesitaba meditar sobre la carta del profesor y la historia que su madre les contó durante la cena. Ya en la cama, repasó ambas mentalmente, intentando grabar en su cabeza hasta el más mínimo detalle; y al hacerlo, sintió que una enorme excitación se apoderaba de él.

Posiblemente, muy posiblemente, estaba a punto de hacer un gran descubrimiento, al igual que los personajes de las fantásticas historias que su madre les solía contar.

• • •

Tras la muerte de su joven esposa, el profesor Horatio Conwell jamás volvió a ser el mismo. Temiendo que jamás recuperaría la ilusión por vivir, Sir Robert Ashworth, su mentor y más íntimo amigo, intentó ayudarle atacando la única debilidad que Horatio Conwell tenía: su amor por la Arqueología.

Después de meses de tozuda insistencia, Sir Robert consiguió que el profesor aceptase supervisar los trabajos de reconstrucción de una antigua abadía cisterciense situada en una de sus propiedades de Gales. De hecho, durante años el propio Horatio había reprochado a su buen amigo que no hiciera nada por evitar el estado de total abandono en el que se encontraba el pequeño monasterio.

Horatio se trasladó allí provisionalmente y contrató a seis hombres recios y fornidos para que le ayudaran a realizar las labores de limpieza y desescombro. Ninguno de ellos tenía conocimientos de arqueología, así que el profesor supervisaba todos sus movimientos y les dirigía pacientemente para que la recuperación y clasificación de los restos de la edificación se hiciera con el mayor rigor posible.

Una calurosa tarde de verano, cuando estaban realizando tareas para apuntalar los cimientos de la edificación, uno de los trabajadores golpeó con la pala un objeto enterrado a gran profundidad junto a uno de los muros. En un principio pensó que se trataba de una piedra, pero el sonido sordo y metálico que escuchó le hizo sospechar que se trataba de algo más. Intrigado, se agachó y apartó la gruesa arena con las manos, hasta que sintió que tocaba algo frío y suave.

Sin desvelar a los demás su descubrimiento y prácticamente a oscuras, siguió excavando con las manos hasta desenterrar la cubierta de lo que parecía ser un cofre. Antes de proseguir, miró hacia arriba para asegurarse de que nadie le había visto. Intentado controlar sus nervios, metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó una caja de cerrillas. Una vez más, se asomó para comprobar que no había nadie cerca. Si se trataba de algo valioso, lo volvería a cubrir y regresaría al abrigo de la noche para llevárselo sin que nadie supiera lo que había encontrado.

Como si temiera hacer cualquier ruido que pudiera delatarlo, encendió una cerrilla con tanto sigilo como pudo y se agachó para mirar de cerca su hallazgo. Efectivamente, era un cofre de metal con dos sencillas nervaduras y un reloj de arena en su cubierta. Aquel dibujo era demasiado sencillo para tratase del escudo de alguna familia adinerada, pero quizás el cofre guardase algo valioso que pudiera vender a algún comerciante de objetos raros o antiguos.

El calor de la llama en sus dedos interrumpió sus pensamientos. El hombre apagó la cerilla y encendió una más para volver a ver el cofre antes de ocultarlo.

Entonces una voz a su espalda dio al traste con sus planes.

–¿Ha encontrado algo, señor Evans?

Antes de que el hombre pudiera contestar la luz de la linterna del profesor Horatio inundó todo el agujero, iluminando el cofre semienterrado.

–Eso parece, profesor –respondió Evans, contrariado y sin poder imaginar la excepcional oportunidad que se le acababa de escapar de las manos.

–¡Buen trabajo! –le felicitó el profesor observando el cofre desde lo alto. Luego se giró hacia donde estaban los demás hombres para pedir refuerzos–. ¡Caballeros, vengan aquí! ¡Parece que hemos encontrado un pequeño tesoro!

Los demás hombres corrieron hacia el agujero excavado y se arremolinaron en torno a él, intentando ver de qué se trataba. Uno de ellos saltó ágilmente en su interior para ayudar a Evans, que aún maldecía su suerte.

En pocos minutos los dos hombres sacaban el objeto de la tierra y lo dejaban en la superficie, a la luz del sol.

Horatio se acercó y lo observó detenidamente. Se trataba de un cofre metálico, de color negro y tamaño mediano, adornado únicamente por dos finas nervaduras que lo recorrían de lado a lado y un sencillo reloj de arena situado justo encima de la cerradura.

Tal y como que había supuesto Evans, el profesor Horatio sabía que aquel símbolo era demasiado simple para pertenecer a algún escudo familiar. Además, y lo que resultaba más intrigante, el reloj de arena no era un elemento habitual en la simbología cisterciense; no guardaba ninguna relación aparente con los monjes que pudieron habitar aquel pequeño monasterio. Por añadidura, el reloj del cofre tenía la peculiaridad de que la arena no caía de abajo a arriba si no que fluía en sentido inverso, lo que sin duda alguna guardaba algún tipo de significado. El profesor también reparó que, quienquiera que hubiese enterrado aquel cofre, parecía haberse tomado muchas molestias en que no fuera encontrado fácilmente. Quizás porque lo que guardaba en su interior no debía estar en manos de unos monjes dedicados a la oración y a la vida piadosa.

Con un movimiento rápido, Evans tomó la pala y propinó un golpe seco que hizo saltar el cierre al instante. Aunque ya que no podría quedarse con él, al menos necesitaba confirmar si el cofre contenía algún objeto valioso que le hubiese cambiado la vida.

Todos los hombres dieron un paso adelante para no perder ningún detalle. Pero, justo cuando Evans se disponía a abrirlo, Horatio le agarró el brazo firmemente para que se detuviera.

–Créanme, caballeros –dijo–. Siento la misma curiosidad que todos ustedes por saber qué hay aquí dentro. Pero este cofre se ha encontrado en las propiedades de Sir Robert Ashworth y sólo a él le corresponde el privilegio de averiguarlo.

• • •

A la mañana siguiente Charlie se levantó de un salto, se vistió y desayunó a toda velocidad sin que nadie tuviera que pedirle que se arreglara ni una sola vez. Un hecho totalmente inaudito que

sorprendió a todos los miembros de su familia.

Mientras estos terminaban de vestirse, el niño se metió a hurtadillas en la biblioteca y cogió un pequeño diccionario de latín. A su regreso de la escuela, lo utilizaría para intentar traducir los versos que encontró junto a la misiva del profesor Horatio.

Según les había explicado su madre la noche anterior, el viejo Horatio dejó testamento al morir, así que estaba claro que aquella carta no eran sus últimas voluntades, si no un mensaje secreto para sus descendientes en el que desvelaba que les había dejado un importante tesoro. Por algún motivo, el profesor no parecía fiarse de su hijo y mucho menos del caradura de su nieto, así que estaba claro que había decidido ocultarla hasta que la encontrara otro miembro de la familia que fuese un poco más espabilado. Con lo que el pobre profesor no contaba era con que la casa pasara a manos de otra familia aunque, por suerte, sus miembros eran gente realmente lista, tenían prestigio y un buen nombre.

Charlie guardó el diccionario en su mochila y salió de la biblioteca con tanto sigilo como había entrado. Al pasar por delante del retrato del viejo Horatio, lo hizo con paso solemne y poniendo buen cuidado en no mirarle, no fuera a encontrar una mirada de reproche en sus ojos.

• • •

En cuanto regresó de la escuela, Charlie merendó a toda prisa y se atrincheró, diccionario de latín en mano, en el desván. Con gran paciencia y mayor dificultad fue buscando una a una las palabras que formaban la frase del sobre y los versos que había escrito el profesor Conwell.

Intentando aplicar un método riguroso y científico, reescribió todo en un papel, poniendo en inglés las palabras que iba encontrando, y en latín las que no conseguía hallar en el diccionario. Tal vez todo el conjunto tendría algún sentido, una vez terminado.

Al cabo de una hora de tediosa búsqueda sólo había conseguido un denso dolor de cabeza y la traducción de unas pocas palabras. Bastante desmoralizado por el resultado, cogió el papel con las dos manos y lo leyó en silencio.

–¡Maldito latín! –exclamó dando un puñetazo en la mesa.

Intentando controlar su malhumor, volvió a leer las palabras garabateadas una vez más. No entendía absolutamente nada.

Aunque ese maldito Horatio era un viejo desconfiado y astuto, él era un niño con bastantes recursos, y no digamos si lo que estaba en juego era, ni más ni menos, que un tesoro. Así que no pensaba darse por vencido.

Para empezar, bajaría de nuevo a la biblioteca y se llevaría uno de los diccionarios gruesos que había visto. En la incursión matinal cogió el más pequeño para poder esconderlo en su mochila, pero había visto otros dos de mucho mayor tamaño en los que podría encontrar las palabras que le faltaban.

Decidido, ocultó todo y bajó a la biblioteca con sigilo. Lamentablemente, su padre estaba trabajando en su escritorio, como todas las tardes, y Lisa estudiaba sentada en el sofá de cuero. A

ella parecía encantarle aquel lugar y pasaba en él incontables horas leyendo, haciendo sus deberes o estudiando; en especial si su padre estaba también allí, lo que ocurría la mayor parte del tiempo.

Charlie se detuvo un momento delante de la puerta, sopesando si debía o no debía entrar. Si lo hacía, cualquiera de los dos podría verle coger el diccionario y eso llamaría inmediatamente su atención. Y, si le preguntaban, no podía volver a usar la excusa de la tarde anterior.

Otra posibilidad era esperar a que se fueran, pero entonces se haría tarde y tendría que bañarse e ir a cenar; así que no tendría oportunidad de traducir los versos. Y pretender pasar otra noche sabiendo que había un magnífico tesoro el algún rincón de la casa como si no pasara nada, era pedir demasiado.

Desde la puerta volvió a echar un vistazo para evaluar la situación. Tanto su padre como su hermana parecían absortos en sus tareas. Si él disimulaba rebuscando entre los libros de animales que estaban en la estantería contigua a la de la de los diccionarios, no le prestarían demasiada atención. Debía tener especial cuidado con Lisa, porque era la persona más cotilla y entrometida del planeta, y porque desde donde ella estaba sentada podía ver con claridad los libros que él iba a coger.

Charlie entró en la estancia y saludó intentando aparentar normalidad.

–¡Hola! –exclamó.

–Hola, cariño –respondió Marcus sin levantar la vista.

Lisa ni siquiera le contestó. Todo iba según lo previsto.

El niño se dirigió a la estantería de los libros de animales y hojeó un par de volúmenes: *"Mi primer libro de dinosaurios"* y *"La vida en la sabana africana"*. Antes de volver a colocarlos en su sitio miró de soslayo a sus acompañantes. Su padre escribía en su ordenador portátil y Lisa subrayaba en su cuaderno. Era el momento preciso. Con rapidez estiró el brazo y cogió uno de los diccionarios, colocándolo debajo del libro de la sabana africana. Era un diccionario muy grueso y bastante pesado, pero no el de mayor tamaño, que quedó en la estantería para no levantar las sospechas de su hermana.

Luego salió de la biblioteca sin decir nada y subió al desván. Debía darse prisa, pues pronto sería la hora del baño.

Después de un rato, Charlie concluyó con satisfacción que había merecido la pena correr el riesgo. No consiguió traducir todas las palabras que faltaban, pero sí encontrar o al menos deducir el significado de otras tantas, que mantuvo entre interrogaciones para indicar que no estaba totalmente seguro de lo que querían decir. Como buen investigador, debía aplicar el método científico con el mayor rigor posible.

Una vez hubo terminado, escondió los diccionarios para que nadie los viera y volvió a leer los versos, comprendiendo que sus esfuerzos no habían sido suficientes: aquello seguía sin tener ningún sentido.

Bastante contrariado por su fracaso, recordó la historia de la bombilla que su madre solía

contarles cuando él o su hermana se rendían sin haber logrado su objetivo. Más de seis mil intentos fueron necesarios para encontrar un material capaz de resistir el paso de la electricidad y pudiese ser empleado en la fabricación del filamento incandescente. Alentado por la figura del gran Thomas Edison, Charlie decidió que él tampoco se rendiría; no sin intentar encontrar las palabras que faltaban en el diccionario de latín más grueso que aún permanecía en la biblioteca. Por la noche, cuando todos durmieran, bajaría a buscarlo sin peligro de ser visto.

Animado tras haber tomado aquella decisión, se dispuso a guardar los versos y la traducción para ocultar todo en el compartimento.

Entonces, al coger el sobre, se acordó de algo que, inexplicablemente, había pasado por alto.

• • •

Los jueves por la noche Horatio Conwell acudía a casa de Sir Robert Ashworth para cenar con su amigo, una costumbre que había mantenido invariable desde que el profesor se instaló a vivir en Londres y que sólo se vio alterada en muy contadas ocasiones. En cada visita, Horatio solía corresponder a su anfitrión con algún detalle exquisito como algún refinado chocolate belga, una caja de puros habanos o una botella de *cognac* francés.

Pero aquel jueves, el primero después del hallazgo en el monasterio, la sorpresa era un viejo cofre de color oscuro que el profesor dejó sobre la mesa de la biblioteca de Sir Robert.

A pesar de que el cierre estaba roto, Sir Robert no dudó de que su contenido estaría tal y como había sido encontrado. Horatio era el hombre más honesto que había conocido en toda su larga vida y jamás se apropiaría de algo que no le pertenecía.

Sin embargo, al ver que los ojos de su amigo chispeaban con una mezcla de satisfacción y curiosidad, Sir Robert se percató de que Horatio desconocía cuál era el contenido que aquel extraño cofre. Estaba claro que el bueno del profesor le había reservado todos los honores.

–¡Dios Santo, Horatio! ¡No me digas que no has comprobado qué hay ahí dentro!– exclamó con disgusto–. ¿Y si hay algún esqueleto? ¿O una alimaña?

–Me parece que tienes demasiada imaginación, Robert –respondió el profesor.

–Quién sabe...Tal vez se trate de una reliquia. Y, aunque sea de un santo importante, no quisiera toparme con una osamenta antes de la cena.

–No lo creo. Mira el reloj de arena que hay aquí, ningún santo guarda relación con este objeto..

–Ya sabes que sólo aprecio la Historia en los libros. Guarde lo que guarde en su interior, es tuyo –afirmó Sir Robert con contundencia.

Horatio sonrió al oír las palabras de su amigo. Esperaba una reacción parecida, pero no que Sir Robert no sintiera la menor curiosidad por saber qué había dentro del cofre.

–Quizás haya algo valioso ahí dentro– adujo.

–¡No me importa!– respondió Sir Robert negando con la cabeza–. Sea lo que sea, es tuyo. Y lo

que es más: te agradecería que te lo llevases esta misma noche y lo inspeccionases en tu casa. Ahora vayamos a cenar y olvidémonos de este asunto.

Horatio obedeció a su amigo y, aunque no pudo apartar el cofre de sus pensamientos durante el resto de la velada, en ningún momento mostró prisa o impaciencia por concluirla.

Sin embargo, en cuanto llegó a su casa, se encerró con llave en la biblioteca con el abrigo y el sombrero aún puestos y se dispuso a averiguar, por fin, qué contenía aquel misterioso cofre negro.

• • •

Charlie sacó la llave y el anillo del sobre. Acto seguido desdobló la hoja que contenía la traducción y la revisó nerviosamente.

Instantes después una sonrisa de satisfacción ratificaba su corazonada: tal y como había intuido, la palabra *"llave"* estaba allí, en los versos del profesor Horatio. Estaba claro que aquellos versos eran pistas, pistas que le conducirían al tesoro, pistas que explicaban qué debía hacer con la llave y con el anillo que había encontrado dentro del sobre. Por eso el profesor guardó todos juntos, porque todos ellos debían ser necesarios para hallar el tesoro.

Casi fuera de sí, volvió a coger el diccionario de latín y lo abrió sobre el escritorio. Pero esta vez lo hizo por el final, por la parte en la que las palabras se traducían del inglés al latín. Con el pulso acelerado buscó *"anillo"*.

–Anillo, anillo...Aquí está –dijo señalando la palabra con el dedo índice–. *"Anillo: anulus"*.

Luego cogió los versos en latín, intentado encontrar *"anulus"* en aquella marea de palabras sin sentido.

–¡No viene! ¿Por qué no viene? –preguntó contrariado.

Después tomó el anillo entre sus dedos, girándolo mientras observaba las ondas grabadas en su dorso.

– Y entonces, ¿qué haces dentro del sobre? –preguntó al pequeño objeto, sin dejar de mirarlo.

Charlie observó el anillo unos instantes más y lo introdujo en el dedo anular de su mano derecha. "El viejo debía tener unos dedos como longanizas", pensó, porque el anillo le estaba muy grande. Luego cerró el diccionario, lo ocultó dentro del viejo armario que había en un rincón del desván y se sentó de nuevo en el escritorio. Con cuidado dobló la carta, la introdujo en el sobre y acto seguido se dispuso a quitarse el anillo para guardarlo junto a ella.

Entonces se quedó paralizado, sin poder dar crédito a lo que estaba viendo: el anillo había encogido hasta adaptarse al tamaño de su dedo. Bastante nervioso, trató de sacarlo una y otra vez sin conseguirlo.

Charlie dio un suspiro lento y profundo, e intentó tranquilizarse. Aquello estaba pasando realmente. Cuando se lo puso, el anillo era mucho más grande que su dedo; estaba completamente seguro. Y ahora era tan sólo un poco mayor. No le apretaba, pero no podía sacarlo. Con pocas esperanzas hizo un nuevo intento, mientras pensaba que al menos se lo había colocado en el dedo

correcto.

En ese momento Marcus abrió la puerta y se asomó para decirle que debía bañarse.

–Sí, papá –respondió el niño sobresaltado, a la vez que ocultaba la mano bajo el escritorio.

Por suerte, su padre se marchó tan deprisa como había aparecido, sin darse cuenta de lo que estaba pasando.

Charlie trató de quitarse el anillo por última vez, sin lograrlo. Todavía un poco confuso, decidió guardar la carta y dejárselo puesto. Lo volvería a intentar en el baño, poniéndole un buen chorro de jabón para hacer que se deslizara suavemente.

No debía dejarse llevar por el pánico, tenía la situación bajo control.

• • •

Durante la cena, Charlie estuvo bastante callado. Había intentado quitarse el maldito anillo por todos los medios sin conseguirlo, hasta que el dedo se le puso rojo. Sabía que tarde o temprano alguien repararía en él, aunque aquella noche se sentía bastante cansado para tener que dar explicaciones. Así que trató de mantenerlo oculto metiendo la mano debajo de la mesa detrás de cada cucharada, hasta que por fin llegó la temida pregunta.

–¿Y ese anillo tan feo? –preguntó la cotilla de Lisa.

–Lo he encontrado en el desván. Es mío –respondió Charlie con cara de pocos amigos.

–¡Qué morro! –protestó Lisa–. ¿Por qué te lo tienes que quedar tú?

Charlie se limitó a contestar mirando fijamente a su hermana y frunciendo el ceño.

–Déjale tranquilo, Lisa –dijo Maggie–. Tan sólo es una baratija. No veo por qué no puede quedárselo tu hermano si lo ha encontrado él.

–Bueno, me da igual –repuso Lisa con tono indiferente–. La verdad es que es feísimo. Pero la próxima cosa que me guste, me la quedaré yo.

Charlie le iba a responder, pero no le apetecía meterse en una discusión con su hermana. Así que siguió comiendo sin decir nada. Al menos no tenía que intentar quitarse el anillo delante de su familia, y más valía dejar así las cosas, no fuese que alguien le pidiera que lo hiciera y todos terminasen por darse cuenta de que había gato encerrado.

Lisa tampoco dijo nada, segura de que había ganado el combate. Así que los señores Wilford centraron la conversación en asuntos de trabajo sin que, por una noche, sus hijos sintieran deseos de interrumpirla. Maggie explicó las dificultades que estaban surgiendo con la organización de la exposición monográfica dedicada a Nefertiti, una de las reinas del Antiguo Egipto más populares, pero también una de las más desconocidas. Aquel evento era de vital importancia para el museo, que llevaba trabajando en su preparación durante casi cuarenta y ocho meses.

Prácticamente todos los objetos que había relacionados con Nefertiti estaban diseminados por museos de todo el mundo y algunos de ellos mantenían una pugna por determinadas piezas, aunque en arqueología eso era algo habitual y no tenía mayor trascendencia. En las últimas semanas, sin

embargo, las cosas se habían complicado formidablemente. Una importante cadena televisiva emitió un reportaje sobre la reina egipcia en el que se mostraba sin tapujos la rivalidad existente entre las distintas partes y aparecían responsables de algunos museos haciendo declaraciones poco afortunadas al respecto. Esto provocó una guerra abierta entre unos y otros y, como consecuencia, algunos museos habían insinuado que no prestarían más sus piezas, ni siquiera para la exposición del Británico. Y si aquello ocurría, la muestra resultaría pobre e incompleta, y no lograría la relevancia ni el eco internacional que se pretendía.

Ante esta situación, la dirección del museo encomendó a Maggie la tarea de revisar los inmensos fondos de la Sección de Egipto y rescatar cualquier pieza, por insignificante que fuera, que guardase cualquier relación con la reina y se pudiera exhibir si finalmente no conseguían llegar a un acuerdo con los demás museos.

–¡Imagínate, Marcus! –suspiró Maggie–. Hay más de 76.000 objetos almacenados sólo del Antiguo Egipto, y tal y como están clasificados, unos 3.000 se podrían relacionar de alguna manera con Nefertiti o con su época. ¡Y tenemos que revisar todos, por si hay que exponer alguno de ellos!

Charlie siguió escuchando los lamentos de su madre ante la ingente labor que suponía encontrar unas pocas piezas que difícilmente tendrían alguna trascendencia en una exposición que parecía estar gafada de antemano. En circunstancias normales, le habría pedido a su madre que le contase la historia de la reina Nefertiti, pero el latín le había dejado exhausto y lo único que le apetecía era meterse en la cama.

Antes de acostarse, puso el despertador a la una de la madrugada para bajar a buscar el diccionario de latín más gordo que había en la biblioteca de su padre. Con cuidado lo colocó bajo la almohada, junto a la linterna, para que nadie más que él pudiese oír la alarma. Luego cerró los ojos y se durmió.

• • •

Charlie sintió que su madre le sacudía el hombro con suavidad.

–¡Vamos dormilón! –le dijo–. ¿Es que no ha sonado tu despertador?

El niño abrió los ojos agitado. ¡Se había quedado dormido! Recordó haber escuchado la alarma y haber luchado con el despertador y consigo mismo por levantarse. Pero estaba claro que el sueño terminó por vencerle.

Entonces improvisó un nuevo plan para hacerse con el diccionario que necesitaba. De un salto se levantó de la cama, cogió la ropa que su madre le dejó preparada en la silla y se encerró en el baño antes de que su hermana pudiera entrar. Cuando Lisa salió de su dormitorio, encontró la puerta del aseo cerrada a cal y canto, que siempre estaba libre a esa hora.

–¿Charlie? –preguntó incrédula, intentando abrirla–. ¿Te queda mucho? ¡Dios Santo! No me puedo creer que al enano le vaya a dar ahora por madrugar.

–¡Vete al de papá y mamá! –gritó el niño desde dentro.

Lisa le obedeció a regañadientes, pero al poco volvía a aporrear la puerta.

–¡Papá se está duchando! –protestó–. ¿Te queda mucho?

–Ya he terminado –dijo Charlie canturreando al abrir la puerta.

Las cosas no le podían haber salido mejor. Su hermana acababa de entrar en el baño para arreglarse y todavía tardaría un rato. Siempre le había sorprendido el tiempo que Lisa pasaba cada mañana allí dentro para arreglarse, aunque, desde que había cumplido catorce años, la situación había empeorado de manera preocupante.

En cuanto la muchacha hubo cerrado la puerta, el niño comprobó dónde estaba el resto de la familia. Su padre seguía en la ducha y Maggie preparaba el desayuno en la planta de abajo. Era la ocasión perfecta.

Charlie subió al desván a toda velocidad y cogió el diccionario que ocultó en el armario la tarde anterior. Luego bajó las escaleras sigilosamente para que su madre no le oyera, se metió en la biblioteca y devolvió el libro a su estantería, cogiendo en su lugar el de mayor tamaño. De nuevo subió las escaleras para esconder el diccionario en el desván. Al pasar por delante del baño, oyó el ruido de la cisterna: Lisa no tardaría en salir. Subió un tramo más de las escaleras, se metió corriendo en el desván y guardó el diccionario en el armario.

Misión cumplida, lo había logrado.

El niño cerró la puerta tras de sí y volvió a bajar procurando no hacer ruido. El baño estaba vacío y su hermana estaría a punto de salir de su habitación.

Cuando Charlie entró en la cocina, su madre le recibió con una sonrisa.

–¡Buenos días, cariño! ¿Ya estás arreglado? –le preguntó mientras le servía los cereales.

En ese momento, Lisa y Marcus entraron también en la cocina.

–¡Caramba, Charlie! –dijo su padre–. Esto se está convirtiendo en una buena costumbre.

Charlie sonrió sin poder ocultar su satisfacción.

–¡Si es que soy una máquina! –exclamó mientras, a su lado, Lisa se comía los cereales con cara de fastidio.

• • •

Cuando Horatio abrió el cofre y examinó lo que había en su interior, no salió de su asombro. El objeto que custodiaba era demasiado rico y del todo inapropiado para unos monjes que habían hecho voto de pobreza. No obstante, lo más turbador fue el relato que leyó en el pequeño libro que encontró junto a él.

Aquella historia era tan extraordinaria que sólo podía ser producto de los delirios de un monje demente o supersticioso en exceso. Pero, aunque todo aquello era tremendamente inquietante, algo le decía que también era cierto.

Quienquiera que hubiese escondido el cofre temía que la persona equivocada se hiciera con el

objeto que contenía, pues no sólo era increíblemente poderoso, si no también indestructible. Consciente de que tarde o temprano sería descubierto, su misterioso propietario se había asegurado de poner a prueba a quien lo hallara, de forma que sólo alguien verdaderamente noble, sabio y tenaz sería capaz de poder juntar las piezas que lo harían funcionar. Todas ellas habían sido cuidadosamente ocultadas en otras tantas abadías cistercienses, a las que sólo se podía llegar descifrando las pistas que había dejado escritas.

Espoleado por la posibilidad de reunir todas las piezas y en el más absoluto de los secretos, Horatio dedicó largos meses a estudiar cuidadosamente el manuscrito, desentrañando las pistas que en él había, visitando las ruinas de los monasterios y buscando cada una de ellas.

Una vez las hubo encontrado, las guardó cuidadosamente en el cofre negro. Si cuanto había leído en el manuscrito era cierto, se hallaba, sin duda, ante el objeto más poderoso que había existido nunca.

Un objeto tan poderoso que, quizás, no debió ser desenterrado jamás.

CAPÍTULO IV: ¡Pillado!

En cuanto llegó a casa, Charlie repitió el ritual de todas las tardes para no levantar sospechas. Se lavó las manos, se puso las zapatillas de andar por casa y merendó. Su padre apenas tuvo que insistir para que siguiera la rutina marcada, ni siquiera para que dejara recogida la mesa de la cocina; pero Marcus era un poco despistado y pareció no darse cuenta de lo fácil que estaban resultando las cosas aquella tarde. Por su parte, Charlie procuró extremar las precauciones, y quiso asegurarse de que los demás estaban ocupados en sus quehaceres antes de subir al desván. Desde la puerta, se asomó a la biblioteca y vio a Marcus trabajando en su escritorio y a su hermana sentada en el viejo sofá.

–¡Perfecto! –exclamó disponiéndose a subir las escaleras.

Una vez en el desván sacó el enorme diccionario del armario y se sentó a trabajar. Sobre el escritorio extendió la hoja de papel con la traducción y los versos en latín del profesor. Una a una, se puso a buscar las palabras que no consiguió encontrar la tarde anterior.

–Lucem, lucem, H..., I..., L... –dijo mientras pasaba las hojas del libro–. Longe, lentus...

Estaba tan concentrado que no reparó que no estaba solo en la habitación, ni sintió que alguien se le acercaba con total sigilo, contemplando lo que estaba haciendo con una sonrisa maliciosa.

–¡¡Te pillé!! –le dijo de pronto.

Charlie levantó la vista sobresaltado y vio a su hermana sonriendo con absoluta satisfacción.

–Vaya, vaya –le dijo con retintín, mientras le rodeaba por la espalda–. Últimamente pareces muy interesado por el latín.

Charlie movió la mano con disimulo, intentando tapar la carta del profesor y la traducción que había escrito.

–Ya me estás explicando qué es lo que tienes ahí, enano –le dijo ella con tono amenazador–. Y qué es lo que estás tramando. A mí no me engañas, sé que ocultas algo.

El niño dudó unos momentos. Si le contaba sus descubrimientos a la cotilla de Lisa, ella querría dirigir toda la investigación, le daría un montón de órdenes y terminaría por fastidiarle todo el asunto.

–No oculto nada –contestó por fin.

–Vamos, Charlie. Yo no me chupo el dedo como papá y mamá. Te llevas los tres diccionarios de latín de la biblioteca, de repente apareces con un anillo que acabas de encontrar a pesar de haber revuelto en el desván durante meses, pones el despertador a medianoche y, para colmo, eres el primero de toda la familia en arreglarte. Tú estás tramando algo, lo sé.

Charlie se quedó en silencio. No había nada que se le pudiera pasar por alto a la fisgona de su

hermana.

–O me dices lo que es, o me chivo –amenazó ella–. Puede que papá y mamá quieran saber un poco más sobre el asunto y se te acabe el chollo del desván.

Charlie escuchaba en silencio. Sabía que su hermana no dejaría de insistir y de presionarle hasta que se hubiese enterado de todo; era demasiado cotilla para rendirse.

–Ya no podrás encerrarte aquí a jugar nunca más –continuó ella–. Y, por cabezota, también me voy a chivar de las chocolatinas que guardas en el fondo de tu armario. Y de que fuiste tú, y no los de la mudanza, quien rompió el jarrón de mamá.

Definitivamente estaba enterada de todo. Charlie la miró unos instantes, sintiéndose como un ratón atrapado en las garras de un gato despiadado, y por fin accedió a contarle a su hermana sus descubrimientos.

–Prométeme que no le dirás nada a mamá ni a papá –dijo antes de empezar a hablar–. De lo que te voy a contar ahora, de ninguna de las cosas que acabas de decir ni de ninguna otra que sepas. No te chivarás absolutamente de nada.

–Te lo prometo –respondió Lisa, levantando la mano con solemnidad.

–Y que no me vas a volver a llamar enano.

–De acuerdo. Pero sólo si me cuentas toda la verdad.

–Encontré esta carta escondida en un compartimento secreto del escritorio.

–¿Qué compartimento?

–Éste de aquí –respondió Charlie mientras se lo enseñaba–. La carta es del profesor Horatio, el viejo del cuadro de la biblioteca.

–Sí, sí, ya sé quien es –dijo Lisa moviendo la cabeza con impaciencia–. Pero, ¿por qué es tan importante?

La muchacha extendió la mano para que el niño le entregara la carta.

–Por lo que dice del tesoro –contestó Charlie.

Lisa la leyó en silencio. Al igual que su hermano, tuvo que leerse un par de veces los párrafos en los que hablaba del tesoro y se preguntó si todo aquello sería cierto.

–¿Y todo esto qué tiene que ver con los diccionarios de latín? –dijo al terminar.

Charlie le entregó entonces la hoja que contenía los versos.

–Esto venía con la carta y sospecho que son las pistas para encontrar el tesoro –explicó sin poder disimular cierto orgullo–. Por eso cogí los diccionarios, para intentar traducirlos.

Lisa examinó detenidamente la misiva y los versos.

–Hermanito, o eres muy sagaz o tienes más imaginación que ninguna otra persona en el mundo –dijo–. ¿Y el anillo?

–Venía dentro del sobre, junto con esta llave.

–Déjame verlo –ordenó Lisa extendiendo la mano.

–Es que no puedo quitármelo –dijo Charlie con voz lastimera.

–¡Tonterías! –exclamó ella, tratando de sacarlo del dedo de su hermano.

Tras varias tentativas, se rindió.

–Lo he intentado todo, Lisa. Hasta con jabón, como hace mamá. Pero no sale, es como si hubiera encogido al ponérmelo.

La muchacha le miró unos instantes y luego volvió a revisar el compartimento secreto, la carta, los versos, la llave... Que hubiese un tesoro en la casa le parecía una posibilidad más propia de las historias que su madre les contaba que de la vida real, pero todo aquello le parecía bastante intrigante. Y si Lisa Wilford tenía una flaqueza era, precisamente, su incapacidad para mantener a raya su inagotable curiosidad.

–¿Y has conseguido traducir los versos?

–Esto es todo lo que he conseguido –contestó Charlie, mostrándole la hoja de papel con su traducción.

Lisa la tomó y la leyó para sí.

–¡Esto no tiene ningún sentido!

–Ya lo sé –dijo Charlie apesadumbrado–. Pero ahora que te he contado todo, podías ayudarme, a ver si a ti te sale mejor.

–¿Traducirlo yo? ¿Estás loco? ¡Odio el latín!

Lisa cogió una hoja en blanco y en ella copió la frase que había en el sobre y los versos de la carta de Horatio. Cuando terminó, dobló la hoja y la metió en un bolsillo del pantalón, junto con la traducción que había hecho su hermano.

–Guarda todo –ordenó–. Y coge tu abrigo; nos vamos.

–¿A dónde?

–Lo importante no es saber todas las respuestas, sino contar con fuentes fiables –sentenció mientras se dirigía a la puerta–. Si llevas razón y es un mensaje oculto, lo descubriremos. No tardes, te espero abajo.

• • •

Al ver el cofre sobre la mesa de su biblioteca y el gesto grave de su amigo, Sir Robert comprendió que se trataba de un asunto importante. En sus visitas semanales ni él ni Horatio habían vuelto a comentar nada acerca sobre éste ni sobre su contenido. De hecho, no le había dado la menor importancia a aquel asunto y había imaginado que simplemente guardaba cartas o antiguos documentos que su amigo habría estado estudiando.

Sin embargo, el rostro de Horatio indicaba que fuera lo que fuese, se trataba de algo mucho más trascendental de lo que había supuesto en un principio. Aunque desconocía el motivo por el cual su amigo no le había mencionado nada sobre aquello durante tanto tiempo, no tenía duda de que estaba justificado.

Horatio esperó a que Sir Robert cerrara la puerta de la estancia y se acercara hasta el cofre. Entonces lo abrió solemnemente, mostrando a su amigo su contenido que según explicó había encontrado en la pequeña abadía de Sir Robert y en otras tantas que había visitado. También le enseñó el pequeño manuscrito que halló en el cofre y le resumió el extraordinario relato que guardaba en sus páginas.

Sir Robert le escuchó en silencio, acariciando sus cabellos plateados y sin interrumpirle en ningún momento. Horatio no era ningún iluso y jamás daría por cierta una historia sin haberla verificado antes, incluso aunque fuera tan increíble como ésta.

–No he comprobado personalmente sus poderes –explicó el profesor–. Si lo hiciera, te lo arrebataría para siempre. Y esto es tuyo, te pertenece... Pero me temo que cuanto digo es cierto.

Sir Robert permaneció unos segundos mirando a su amigo en silencio.

–Esto no cambia las cosas, Horatio –dijo al fin–. Ya sabes que sólo disfruto de la Historia cuando la leo cómodamente sentado en el sillón de mi biblioteca. Te dije que cuanto había en el cofre era tuyo y lo mantengo; y lo cierto es que no conozco mejor hombre que tú para hacer uso de un poder semejante. Sólo te pido dos cosas. La primera es que a partir de ahora guardes bien tus espaldas. La segunda es que no faltes a nuestra cena de los jueves. Siempre he disfrutado con tu conversación, pero presiento que a partir ahora será verdaderamente apasionante.

• • •

Lisa se despidió de Marcus diciendo que iba al museo a buscar a su madre. Ella solía hacerlo con cierta frecuencia, pero aquella tarde la novedad era que se llevaba a Charlie consigo.

Juntos recorrieron las dos manzanas que separaban su casa del Británico. En la entrada estaba apostado un guardia de seguridad tan grande como un armario, al que Lisa saludó con una familiaridad que sorprendió a Charlie.

–Buenas tardes, Steve –dijo sonriendo.

–Hola, Lisa –contestó el hombre–. ¿Vienes a ver a tu madre?

–Sí, hoy traigo a mi hermano Charlie. Queremos darle una sorpresa.

Luego caminaron por los pasillos del edificio hasta llegar a una zona de despachos. Lisa iba saludando al personal del museo con el que se iba encontrando; parecía conocer a todo el mundo.

De pronto se detuvo delante de un despacho del que salía música clásica y en cuya puerta había un letrero en el que se podía leer *"Mrs. Rotherwick – Responsable de Documentación"*. A Charlie aquel nombre le resultó familiar, aunque no conseguía recordar dónde lo había oído.

–Buenas tardes, señora Rotherwick –saludó Lisa al entrar–. Le presento a mi hermano Charlie.

–Buenas tardes, Lisa –contestó la mujer bajando el volumen de su reproductor de música–. ¿Venís a ver a vuestra madre?

–Bueno, venimos a buscarla, pero en realidad a quien quería ver es a usted.

–¡Oh! ¿Y cómo es eso, querida? –preguntó la mujer quitándose las gafas.

–Verá, señora Rotherwick– dijo Lisa acercándose a ella–. Me preguntaba si podría ayudarme con unos versos en latín. Mi padre está bastante ocupado preparando una conferencia y mi madre siempre dice que no hay nadie en todo Londres que domine las lenguas clásicas mejor que usted.

–¿De veras? –dijo la señora Rotherwick sintiéndose adulada–. Exageraciones, querida, exageraciones. Pero déjame ver qué versos son esos.

Lisa le extendió el papel en el que previamente había copiado el texto en latín y la traducción que hizo su hermano.

Mientras lo leía, Charlie observó a la señora Rotherwick con cuidado. Debía rondar los sesenta años. No tenía demasiadas arrugas en la cara ni canas en el pelo, aunque su peinado y su vestimenta la hacían parecer mayor. Era una mujer agraciada pero su gesto era adusto y serio, así que no le resultaba simpática. Su manera de hablar era tremendamente educada y severa a la vez; no se podía decir que no fuera correcta aunque resultaba algo distante. En conclusión: aquella mujer le parecía un auténtico cardo.

–¡Vaya, querida! –exclamó la señora Rotherwick negando con la cabeza–. Creo que debes aplicarte más en latín. Esta traducción está plagada de errores.

–¿Ah, sí? –dijo Lisa un tanto ruborizada.

–La culpa es mía, señora Rotherwick –interrumpió Charlie–. Le pedí a Lisa que me dejara hacerlo a mí por esta vez.

–¡Oh! Eso es estupendo –respondió la mujer con gesto sorprendido–. ¡Qué niños tan aplicados! Pero, si quieres aprender latín, debes estudiar primero sus fundamentos.

La señora Rotherwick leyó el poema en voz alta, dándole un tono bastante solemne. Luego explicó de forma más prolija de la que Lisa y Charlie hubieran deseado, el uso del genitivo, el vocativo y otros aspectos de vital importancia en la gramática latina mientras corregía la traducción de Lisa. Por fin, cuando Charlie ardía en deseos de salir corriendo en busca de su madre, la mujer volvió a leer en voz alta lo que había garabateado en el papel.

-*“Lo que antes era un sueño,*

ahora es camino real.

“Sólo el sabio, el valeroso

y el que posee la verdad,

es digno de encontrar el camino de la luz.

Cuando al señor de la noche oigas cantar,

encuentra la flor de la diosa del arco iris

y a su hermana, la primera flor de la primavera.

Juntas te conducirán

a un lugar donde tu reflejo no verás,

pero un brillante destello

te guiará para que, con la llave,

navegues por el río hacia atrás."

–¡Es usted fantástica! –exclamó Lisa.

–Gracias, querida –contestó la señora Rotherwick visiblemente satisfecha por el reconocimiento de su reducido público–. ¿Y quién dices que es el autor? Sólo reconozco la primera frase, que es una cita de Marcial, aunque aquí dice *"sueño"* y en realidad es *"sendero"*. El resto, la verdad, es un poco extraño y bastante complicado para tu edad. No recuerdo haberlo visto nunca y eso que he leído los textos de casi todos los clásicos.

–Verá, lo he olvidado –dijo Lisa–. Bueno, no sabrá dónde podemos encontrar a nuestra madre, ¿verdad?

–Ahora mismo la llamo –contestó la mujer–. La pobre anda muy liada con todo el asunto de la exposición de la reina Nefertiti.

–Sí, algo he oído –comentó Lisa.

–Un verdadero quebradero de cabeza –dijo la señora Rotherwick con tono apesadumbrado–. Iba a ser el gran acontecimiento del año para el Museo y parece que todo se está yendo al traste.

–Vaya, quizás no hayamos venido en un buen momento, y ella ya está muy preocupada con la exposición –dijo la muchacha–. Dígale que la esperamos en casa, no quisiera importunarla.

–Bien, querida, se lo diré –respondió la señora Rotherwick.

Lisa cogió a Charlie del brazo y recorrió el pasillo a toda prisa.

–¿A dónde vamos? –preguntó su hermano desconcertado–. ¿Es que no vamos a esperar a mamá?

–¿Esperarla? ¡Estás loco, no tenemos tiempo que perder! –exclamó Lisa acelerando el paso más aún.

–Pero, ¿qué es lo que pasa? –inquirió Charlie, que a duras penas conseguía mantener el ritmo de su hermana.

–Hoy es viernes, y papá y mamá se irán al cine.

–¿Y qué?

–¿Pero es que no lo ves, enano? –dijo Lisa sin aminorar la marcha.

–Prometiste no volver a llamarme así.

–Lo siento, lo siento. Hoy tenemos la oportunidad perfecta para buscar el tesoro. La señora Davis vendrá a cuidarnos y, como de costumbre, se plantará delante de la tele toda la noche, sin moverse del sofá hasta que papá y mamá regresen.

–¿Y entonces por qué corremos tanto? Todavía no habrá llegado.

–¡Exacto! –dijo Lisa frenando en seco y volviéndose hacia el niño–. Tenías razón, esos versos son pistas, acertijos que tenemos que adivinar. Si los busco en Internet, tal vez encuentre la respuesta, pero ya sabes que desde el incidente, papá sólo me deja usar su ordenador cuando él o mamá están en casa. Así que deja de hacer tantas preguntas y date más prisa

Charlie vio el brillo de la determinación en los ojos de su hermana. Ya nada podría pararla, así que decidió cerrar el pico y tratar de mantener el paso. En unos pocos minutos llegaron a su casa.

Antes de entrar, Lisa se detuvo delante de la puerta.

–Bien, esto es lo que haremos –dijo, pegando su boca a la oreja de Charlie para que nadie más pudiera escucharla.

• • •

Marcus detestaba los instrumentos electrónicos. Decía que aprender a utilizarlos consumía demasiado tiempo y esfuerzo y, cuando uno por fin lo lograba, el aparato en cuestión quedaba obsoleto y había que aprender a usar otro nuevo. Prácticamente los únicos dispositivos que había incorporado a su rutina diaria eran su ordenador portátil, el móvil y un lector mp3 para escuchar música. Cuando Maggie quería tomarle el pelo, añadía a la lista la maquinilla eléctrica con la que su marido se afeitaba por las mañanas

Respecto a la informática y a Internet, Marcus reconocía su utilidad y los usaba más de lo que le gustaba admitirlo, pero no podía evitar sentir cierta aversión hacia ellos y hacia la velocidad a la que estaban cambiando el mundo. Marcus había disfrutado de una infancia feliz en el campo, siempre al aire libre, rodeado de animales y jugando con cualquier cosa que la naturaleza pudiera proporcionarle. Lamentaba ver cómo sus hijos, especialmente Lisa, tenían una dependencia exagerada de las nuevas tecnologías.

A regañadientes y con bastante resistencia, terminó por aceptar que la muchacha tuviera un *smartphone*, su propio ordenador y que utilizase Internet con una supervisión más o menos razonable. Maggie intentó hacerle ver que la joven pertenecía a una generación en la que la tecnología lo dominaba todo y no tenía sentido mantenerla alejada de ella, sino darle las pautas para utilizarla correctamente.

Pero todo aquello cambió cuando Lisa se vio envuelta en un lamentable episodio de acoso a una compañera de escuela. Aunque no habían participado directamente, Lisa y sus amigas estaban al tanto de lo que ocurría y seguían la escalada de hostigamiento a la muchacha como si fuera un inofensivo culebrón televisivo. La curiosidad y el morbo por ver cómo las cosas se iban complicando eran más fuertes que la conciencia de que aquella situación era cruel, injusta y que

acabaría volviéndose violenta más tarde o más temprano.

Cuando los hechos salieron a la luz y Marcus supo que su hija había seguido a través de su móvil y de un conocido chat para adolescentes todos los chismes, insultos y descalificaciones hacia su compañera como si fuera una diversión más, se puso furioso. Aunque no fuera autora directa de aquellos ataques, consideró que era cómplice y encubridora de cuanto había ocurrido y estimó que tanto el *smartphone* como el ordenador ofrecían a su hija la posibilidad de participar en todo aquello de forma anónima e hipócrita. Y como consecuencia, decidió privarle de ambos dispositivos durante un tiempo indeterminado, hasta que la joven demostrara que era lo suficientemente responsable como para utilizarlos sin meterse en problemas y sin creárselos nunca a nadie más. A partir de ese momento, sólo podría utilizar el ordenador bajo una estricta supervisión paterna y su moderno *smartphone* sería sustituido por un teléfono móvil obsoleto, que tan sólo permitía hacer llamadas y enviar mensajes de texto.

Por su parte, Lisa buscó un término inocente para referirse a aquel suceso y siempre hablaba del 'incidente', tratando de ocultar un inconfesable sentimiento de vergüenza por su participación en lo sucedido.

Lo que la muchacha ignoraba era que, mientras siguiera utilizando aquel término, a ojos de su padre sería tan culpable como el primer día.

• • •

Horatio Conwell siempre cumplió las dos promesas que le hizo a Sir Robert la noche en la que quiso entregarle el cofre por segunda vez.

Cada jueves acudía puntualmente a casa de su amigo para visitarle y hablarle de historias maravillosas aderezando sus relatos con divertidas anécdotas que hacían reír a su anfitrión a carcajadas.

Sir Robert escuchaba entusiasmado a su querido amigo aunque, como si temiera confirmar sus sospechas, jamás le preguntó si alguna vez se había visto envuelto en alguna situación difícil o comprometida. Sin embargo, cuando los jueves por la noche volvía a ver a Horatio sentado de nuevo a su mesa, no podía evitar sentir un gran alivio.

El profesor, por su parte, tampoco quiso preocupar innecesariamente a su amigo y por ello nunca le contó los peligros que tuvo que afrontar, ni le habló de los rumores que había escuchado sobre hombres oscuros a los que supuso poderes iguales al suyo, pero cuyo comportamiento no era tan honorable ni tan pacífico.

No obstante, Horatio puso todo su empeño en cumplir la promesa que le hizo a Sir Robert y se aseguró de tener las espaldas siempre bien cubiertas. Nunca le habló a ninguna otra persona acerca del magnífico objeto que poseía, ni siquiera cuando murió Sir Robert y se sintió cercado por la soledad.

Horatio Conwell era perfectamente consciente de que gozaba del poder más grande que jamás se pudiera imaginar.

Y que cualquier hombre, hasta el más apacible, se sentiría tentado a hacer cualquier cosa con

tal de poseerlo.

CAPÍTULO V: ¡Pues vaya un tesoro!

Charlie y Lisa fueron derechos a la biblioteca pero, increíblemente, Marcus no estaba en su escritorio trabajando.

–¿Papá? –le llamó la muchacha.

–Estoy aquí –respondió su padre desde la cocina.

–¿Has terminado de trabajar? –preguntó Lisa a modo de saludo–. ¿Puedo usar tu ordenador?

–¿Dónde está mamá? –dijo Marcus sin responder a su pregunta–. Creí que vendría con vosotros.

–Nos hemos adelantado –explicó Charlie–. No queríamos agobiarla.

–¿Puedo utilizar tu ordenador? –volvió a preguntar Lisa.

–Ya lo he apagado. Mañana te lo dejo un rato.

Lisa iba a insistir más en el tema cuando Charlie la interrumpió.

–Papá, ¿cuándo vamos a plantar en el jardín? –preguntó.

Lisa le miró con cierto enojo; si distraía a su padre no podría convencerle.

–Todavía es un poco pronto, Charlie. Estamos en enero –dijo Marcus al tiempo que preparaba unos perritos calientes para la cena.

–¿Y cuándo saldrán las primeras flores? –volvió a preguntar el niño.

Lisa sonrió; empezaba a comprender la estrategia de su hermano.

–Bueno, no tendremos flores hasta primavera –dijo Marcus.

–¿Y cuáles son las primeras flores de la primavera, papá? –dijo Charlie–. El tonto de Jimmy Stevenson dice que son las rosas de su madre, pero creo hay otras que salen antes.

–Tradicionalmente se dice que la prímula es la primera flor de la primavera, pero yo creo que hay otras que florecen antes, aunque no creo que sean las rosas de Jimmy.

–Podíamos poner una muy bonita, ¿cómo se llamaba? –dijo Lisa haciendo gestos como si intentara recordar algo–. Una que le gustaba mucho a una diosa...

–¿A qué diosa? –preguntó Marcus.

–Una que iba en un arco iris –contestó Lisa haciéndose la despistada.

Justo en el momento en el que Marcus iba a responder, el timbre de la puerta sonó durante casi diez segundos seguidos, como si alguien se hubiera empeñado en aplastar el pulsador al otro lado. La señora Davis había llegado. Marcus salió disparado a abrirla.

–Chicos, mañana continuamos hablando de flores –dijo a su regreso, seguido una mujer oronda y bajita–. Os dejo con la señora Davis; voy a ir a buscar a mamá al museo y luego nos iremos directos al cine.

Después se despidió de ellos dándoles un beso en la mejilla.

• • •

Tal y como Lisa había anticipado, la señora Davis se plantó delante de la televisión en cuanto los chicos terminaron de cenar. Como de costumbre se adueñó del mando de la única tele que había en la casa, asegurándose de ver su programa favorito: un concurso en el que personajes populares, sin conocimientos de baile previos, competían por ser el mejor bailarín de todos.

Lisa y Charlie solían quedarse a ver un rato la tele junto a ella pero aquella noche, para sorpresa de su canguro y a pesar de lo reñidísima que estaba la competición, los niños prefirieron leer en la biblioteca.

Los dos tomaron asiento en el viejo sofá de cuero. Lisa sacó el papel en el que la señora Rotherwick había escrito la traducción y con un lápiz puso *"prímula"* a la derecha de las palabras *"la primera flor de la primavera"*. Luego permanecieron leyendo los versos en silencio, sin que a ninguno de los dos se le ocurriera otra aportación al enigma.

Como si buscara inspiración, Charlie levantó los ojos y se topó con el retrato del viejo Horatio.

–Ese tipo me ataca los nervios –dijo–. Es como si cada vez me mirase de forma distinta.

Lisa levantó la vista para observar el cuadro.

–¡Menuda tont...!

Es todo lo que dijo.

Luego se quedó petrificada mirando la pintura.

–¡Por Dios Santo! –exclamó.

Charlie la miró a la cara, tratando de comprender qué es lo que pasaba, pero ella seguía mirando el retrato con gesto atónito.

–¿Qué pasa? ¿O es que no vas a soltarlo?

–Fíjate en el cuadro, Charlie –respondió ella al fin.

El niño volvió a mirar la pintura y sólo acertó a ver los ojos del profesor, que parecía burlarse de él por enésima vez.

–Es que no soporto a este tío...–dijo negando con la cabeza.

–Míralo fijamente. Olvídate del profesor y fíjate en los detalles. ¿No ves nada extraño?

–Lo único que me parece extraño es que siga aquí colgado.

–¡Por suerte para nosotros! –exclamó la muchacha–. Fíjate, lleva puesto tu anillo.

–¡Es cierto! –dijo Charlie, acercando su mano a la del retrato–. Y lo más curioso es que a él le cabe pero a mí me está justo. ¿Ves cómo no te engañaba? El anillo encogió cuando yo me lo puse.

Lisa retrocedió unos pasos para mirar la pintura en su conjunto.

–¡Esto es increíble! –dijo tras unos instantes–. ¡Teníamos todo delante de nuestras narices! Todo lo que aparece en el poema, está también en el cuadro: el río; el búho, que debe ser el señor de la noche que menciona... Fíjate en las flores que el profesor sostiene en la mano, seguro que una de ellas es una prímula.

Charlie se quedó mirando el lienzo. Hasta ese momento sólo había prestado atención al cascarrabias del profesor y nunca reparó que aquel retrato era bastante raro. Detrás de Horatio había unas montañas con un río y un barco navegando por él. También había un búho en una rama, asiendo un espejo con una garra y con la otra una llave muy parecida a la que encontró dentro del sobre, junto al anillo. El profesor llevaba una capa negra de la que asomaban sus manos. En una de ellas sostenía un reloj de arena y en la otra, una flor amarilla y otra morada.

Charlie se quedó junto Lisa sin saber qué decir. Efectivamente, todos los objetos mencionados en los versos y los que encontró dentro del sobre estaban allí representados, pero no entendía con qué fin.

–¡Pues claro! –exclamó Lisa–. Tienen que ser símbolos, todos ellos han de tener un significado.

Luego se dirigió a una de las estanterías y rebuscó entre los libros que había en ella.

–Aquí está –dijo extrayendo uno de los volúmenes–. *"Signos y símbolos: significado y utilización a lo largo de la Historia."*

La muchacha se sentó en el escritorio de Marcus y comenzó a buscar cada objeto, apuntando su significado en la misma hoja en la que la señora Rotherwick tradujo los versos. De pronto apareció la señora Davis; obviamente había un corte publicitario en el concurso.

–¿Qué hacéis, niños? –preguntó–. Ya es hora de que os vayáis a la cama.

–¡Señora Davis! –exclamó Charlie al verla–. ¿Qué tal va el concurso?

–¡Oh, está emocionantísimo! –contestó la mujer, olvidando la orden que acababa de dar–. Jenny Bridges ha trabajado muchísimo toda la semana y ha preparado un número fantástico, pero la pobre se ha tropezado nada más empezar...

–¡Lástima! –dijo Charlie–. Seguro que el jurado no se lo tiene en cuenta, es la que más se aplica de todos. ¿Sigue perdiendo peso?

–¡Tres kilos esta semana! –respondió la señora Davis, hablando con evidente admiración de su favorita–. Tiene una gran fuerza de voluntad.

–¡Desde luego! –afirmó Charlie–. ¿Y la estirada de Monnie Hudson? ¿Ha bailado ya?

–No todavía, no –contestó la mujer–. ¡Ojalá se caiga también y se le rompa el vestido a esa presumida!

–¿No es esa la melodía del programa? –preguntó el niño como si intentara escuchar el sonido que llegaba desde el salón–. Creo que ya sigue...

–¡Oh, voy corriendo! –respondió la mujer, que ya se había dado la vuelta para salir de la habitación.

–¡Nosotros nos acostamos enseguida! –gritó Charlie al verla marcharse.

En cuanto se quedaron solos, Lisa soltó una carcajada.

–¡Bravo! –dijo entre risas–. Eso sí que es una maniobra de distracción.

–¡Bah! Cuestión de psicología… –respondió él fingiendo restar importancia al asunto.

Lisa volvió a zambullirse en el libro. Debían aprovechar el tiempo, pues no tardaría en llegar un nuevo corte publicitario. Charlie, por su parte, se puso a observar el cuadro del profesor detenidamente.

–El caso es que es bastante raro –dijo–. Un barco de vela que sube el río en vez de bajarlo, la arena del reloj que cae hacia arriba y no hacia abajo... El que lo pintó no nunca oyó hablar de la Ley de la Gravedad.

–Escucha esto –le interrumpió Lisa–. Según el significado simbólico que tengan, todos los objetos que menciona el poema y aparecen también en el cuadro, se pueden agrupar en tres grupos. Por un lado, los que están relacionados con la sabiduría y el conocimiento, que son el búho, la llave y el espejo. Otros que simbolizan el tiempo, como el reloj de arena y el río. Por último, hay otros que no guardan relación entre sí, como la prímula que significa que quien la porta encontrará un tesoro oculto; y el barco y la otra flor, que no sé qué quieren decir.

–A mí la flor esa me recuerda al macizo de lirios que el señor Simon tenía en el jardín de Cambridge.

–¡Eso es! –exclamó la muchacha sin poder ocultar su entusiasmo–. ¡Voy a buscarlo!

Lisa pasó las páginas del libro rápidamente. En el salón se oían los aplausos del público entregado al finalizar un tango.

–"Lirio: del latín Iris, en honor a la diosa griega Iris, que transportaba las almas de las mujeres al mundo subterráneo y que colocaba esta flor en sus tumbas para adornarlas. En el siglo XII, Luis VII de Francia incorporó el lirio en su emblema de las Cruzadas, por lo que se le dio en llamar "La flor de Luis", derivando con el tiempo en "flor de Lys" y convirtiéndose, desde entonces, en un símbolo habitual de la monarquía. Sus tres hojas representan la verdad, la sabiduría y el valor. También ha sido utilizado como símbolo de la Santísima Trinidad".

–¿No decía el verso algo sobre la sabiduría y la verdad? –dijo Charlie.

–Sí, justo al principio. Y en la carta del profesor también, cuando decía que el valor, la verdad y la búsqueda del conocimiento eran virtudes de su familia.

–Lo que no entiendo es por qué el barco aparece en el cuadro, pero no en el poema –apuntó Charlie.

–Es cierto. Y lo mismo ocurre con el espejo. El barco puede estar relacionado con el río, que según el libro simboliza el trascurso irreversible del tiempo. Y lo que dice del reflejo y el destello puede tener que ver con el espejo, que se asocia con la sabiduría.

De nuevo se volvió a escuchar un torrente de aplausos y aclamaciones provenientes del salón. La señora Davis debía de estar disfrutando de lo lindo con el espectáculo de aquella noche.

Los chicos siguieron con sus cavilaciones, intentando desentrañar aquel enigma. Los dos se sentían emocionados y agitados, como si estuvieran protagonizando una de las muchas aventuras que su madre les había contado.

–Y nos queda el reloj de arena, que no sé qué relación puede tener con el poema –observó Charlie–... como no sea con la arena en la que plantaron las flores.

Justo en ese momento la señora Davis irrumpió en la biblioteca, luciendo en su rostro un sentimiento de profunda decepción. Estaba claro que Jenny Bridges había sido eliminada.

–¿Todavía levantados, niños? –dijo.

Aquello no era una pregunta, ni siquiera se trataba de una afirmación. Más bien era un reproche en toda regla.

–Verá, señora Davis... –intentó explicar Lisa–.

–¡¡A la cama!! –bufó la mujer.

Lisa se guardó todos los papeles, devolvió los libros a la estantería y subió corriendo las escaleras junto a Charlie. Detrás se oían los pesados pasos de la señora Davis, que les seguía para asegurarse de que esta vez los chicos la obedecían.

Antes de entrar en su habitación, Lisa se giró un momento.

–¡Chissst! – exclamó.

Charlie se volvió hacia ella, justo a tiempo para ver que su hermana le guiñaba un ojo y le dedicaba una gran sonrisa.

• • •

Como si supiera que había llegado su hora, la tarde del 9 de septiembre de 1969, Horatio Conwell sintió la repentina necesidad de sacarse el anillo del dedo. Aunque no estaba enfermo ni se sentía indispuesto, hacía tiempo que se sentía solo y cansado de vivir. Por ello, cuando vio que el anillo se deslizaba suavemente hasta la yema de su dedo anular, no sintió inquietud ni tristeza; tan solo cierta sensación de urgencia por dejar todo dispuesto, pues en el mejor de los casos le quedaban nueve horas de vida.

Sabía que ese momento llegaría y se había preparado para ello. Poseía un objeto indestructible y tremendamente poderoso que, de caer en las manos equivocadas, ocasionaría un daño terrible al mundo entero. Por ello, su responsabilidad era asegurarse de que aquello no llegase a ocurrir.

Tiempo atrás, el profesor consideró devolver cuanto había encontrado a las abadías

cistercienses donde el monje, su anterior dueño, lo había ocultado. Pero el mundo había cambiado mucho y todas ellas se habían convertido en atracciones turísticas. Y la posibilidad de que todo acabase en manos de cualquier turista ignorante le resultaba completamente aterradora.

Otra opción que había barajado era la de legarle aquel poder extraordinario a alguien de su completa confianza, pero lamentablemente esa persona no existía. Todos los hombres a los que Horatio había admirado estaban muertos, y su única familia eran su hijo Solomon y su pequeño nieto Maurizio.

El primero era un buen hombre, pero su carácter era demasiado débil y taciturno como para poder sobrellevar una carga semejante durante el resto de su vida. Quizás su nieto Maurizio llegase a convertirse en un gran hombre y en un digno representante de la familia Conwell. Y si no, sería alguno de sus descendientes, pues el profesor Horatio estaba orgulloso de su linaje y de su apellido, y confiaba en que más tarde o más temprano llegaría un sucesor capaz de hacerse cargo de aquel legado. Sólo el destino sabía quién merecería disfrutar de aquel magnífico poder, aunque su deber era asegurarse de que fuese un Conwell por encima de cualquier desconocido. Aquella parecía su mejor opción... y la única que tenía.

A pesar de ello, y al igual que hiciera el monje, Horatio también estaba dispuesto a poner a prueba a quien se hiciera con aquel poderoso objeto, por lo que también se aseguraría de que sólo alguien verdaderamente noble, sabio y tenaz lo consiguiera.

La casa, su casa, no sería el único escondite aunque sí el punto de partida desde el que ir reuniendo todas las piezas. En su testamento había expresado sus deseos de que la casa permaneciera siempre vinculada a la familia Conwell y sabía que Solomon seguiría sus instrucciones a pies juntillas. No había motivos para preocuparse. Aquel secreto, tan magnífico como peligroso, jamás saldría de su familia.

Cuando todo estuvo listo, revisó sus notas por última vez y las arrojó a la lumbre. Durante unos instantes se quedó de pie, inmóvil, viendo los papeles arder por completo. Luego tomó el atizador, deshizo las hojas calcinadas en mil pedazos y las mezcló con el resto de las cenizas hasta que fueron del todo irreconocibles. Por último, guardó la carta que había escrito introduciendo antes el anillo que había llevado en su mano izquierda durante casi cuatro décadas.

"Un secreto excepcional para un hombre excepcional", se dijo, tratando de imaginar cómo sería el Conwell que terminaría por descubrirlo.

Una vez hubo acabado, se acomodó en el sofá de la biblioteca con una copa de buen *cognac* en una mano y las *"Meditaciones"* de Marco Aurelio en la otra.

Y en silencio, en la paz de la noche, se dispuso a esperar la llegada de la muerte.

• • •

Lisa dormía plácidamente cuando sintió que había alguien respirando a su lado. La muchacha abrió los ojos sobresaltada y vio a Charlie de pie junto a su cama.

–¿Qué haces ahí plantado? –preguntó–. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

–Un rato. Es que me daba pena despertarte.

–Y entonces, ¿para qué has venido?

Al oír la pregunta Charlie se sentó en la cama y se abalanzó sobre su hermana.

–¿Y si no hace falta ser tan listo? ¿Y si algunas cosas no son pistas, no son los significados que dijiste?...

–Símbolos, se llaman símbolos –le corrigió Lisa–. Y habla más bajo o despertarás a mamá.

–Pues símbolos –prosiguió Charlie entre susurros–. Unas cosas pueden ser símbolos, pero otras, a lo mejor, no.

En ese momento el niño sujetó de la muñeca a su hermana y tiró de ella hasta que la levantó de la cama. Charlie encendió una linterna y salió con Lisa de la habitación.

–¿A dónde vamos? –preguntó ella–. ¿Qué hora es?

–¿Y si la llave del cuadro no es un símbolo, sino la misma llave que venía en el sobre? ¿Y si hay que buscar una cerradura para abrir algo donde esté oculto el tesoro o donde haya otras pistas?

Charlie hablaba tan deprisa como una ametralladora y Lisa le escuchaba aún adormilada, sin poder seguir sus razonamientos. El niño entró en la biblioteca, tirando del brazo de su hermana, y se detuvo justo a los pies del retrato del profesor.

–Ayúdame –dijo el niño.

–¿A qué?

–A mirar debajo –contestó Charlie mientras levantaba el óleo.

–¡Espera! Al menos déjame encender una luz.

Lisa encendió la lamparita que había en el escritorio de Marcus, proyectando una escueta luz circular, apenas suficientemente amplia para iluminar medio cuadro y que dejaba el resto de la estancia sumida en una negra penumbra.

–Yo lo sujeto y tú buscas la cerradura –dijo la muchacha, arrimando una silla al retrato–. Y date prisa, que esto pesa.

Charlie subió a la silla de un salto y, como si fuera una lagartija, metió su cuerpo delgado bajo el lienzo. Desde fuera Lisa le veía moverse, llevando la luz de la linterna de un lado a otro.

–Vamos, Charlie – le apremió–. Ya no aguanto más.

–Aquí no hay nada –contestó su hermano saliendo de debajo del retrato.

–¿Y entonces dónde buscamos?

–No lo sé. Tal vez esté por aquí.

El niño paseó la linterna por toda la habitación, alumbrando los muebles y objetos que habían

quedado en la oscuridad. Lisa seguía el punto de luz con la mirada, como si la estancia se hubiese convertido en un improvisado escenario en el que se fuese a representar un espectáculo.

Libros, libros y más libros. Fotos de los Wilford que Maggie había colocado en una de las baldas, un antiguo reloj de arena, un pequeño y ennegrecido globo terráqueo, más y más libros, un cuadrito de madera con un búho tallado en la parte alta de la estantería, una antigua estatuilla china de marfil...

–¡Vuelve a hacer eso! –exclamó Lisa, dando un respingo.

–¿El qué?

–¡Vuelve a hacer el mismo recorrido con la linterna!

Charlie comenzó de nuevo.

–Más arriba –indicó su hermana–. Pasea la luz exactamente por el mismo sitio que antes.

El niño obedeció, intentando no equivocarse de recorrido, mientras el corazón se le aceleraba y se sentía cada vez más inquieto.

–Hay un reloj de arena –afirmó Lisa–. Continúa, mueve la linterna.

Charlie comprendió rápidamente. Los objetos del cuadro y de los versos parecían estar también repartidos por aquella habitación. De un salto se levantó y corrió a encender la luz.

–Y allí está el búho –señaló con el dedo.

Lisa cogió la hoja de papel y Charlie se colocó junto a ella para leerla.

–En esa pared está el espejo –dijo el niño–. Y yo tengo la llave y el anillo.

Lisa fue marcando sobre la traducción los objetos que habían localizado, como si aquello fuera una improvisada lista de la compra. La muchacha también estaba nerviosa y tremendamente impaciente por descubrir a dónde les llevarían todas esas pistas.

–Faltan las flores, un río y el barco –indicó.

Charlie empezó a girar sobre sí mismo, buscando por toda la estancia.

–En la vidriera de la ventana –dijo señalándola con el dedo–. Hay un escudo con dos flores y un libro con más palabras en latín.

–¡Estaban en el escudo de la familia! –exclamó Lisa–. Pero no veo el barco, ni nada relacionado con un río.

–Tal vez esté en el jardín, por el lado de fuera –dijo Charlie con gran excitación, mientras abría la puerta del ventanal que daba al exterior.

El frío de la noche se metió de golpe en la habitación. Charlie salió fuera, tiritando, y barrió la fachada con la luz de la linterna.

Nada, no había nada. Decepcionado, volvió a iluminar la pared de lado a lado, como si esperase que algo surgiera de la oscuridad de pronto. Al hacerlo, un potente haz de luz atravesó el

cristal e irrumpió en la estancia.

Desde el interior de la biblioteca Lisa sintió que el corazón le daba un vuelco.

"El camino de la luz."

Y entonces supo que aquel tesoro no sólo era algo real, sino que lo tenían al alcance de sus manos.

• • •

Lisa apagó las luces y salió al jardín con el poema en la mano. Hacía un frío tremendo y los dientes de Charlie castañeteaban ruidosamente.

–Charlie, será mejor que te pongas el abrigo –dijo sin mirarle, como si su mente estuviera ocupada en asuntos más importantes.

El niño entró en la casa y en pocos minutos volvió al jardín con su abrigo ya puesto y sosteniendo el de su hermana en una mano. La encontró frente al ventanal, absorta en la lectura del poema, que repetía en voz baja una y otra vez.

Evitando distraerla, Charlie le colocó el abrigo sobre los hombros. Entonces, Lisa levantó sus enormes ojos verdes y los clavó en el escudo del ventanal. No pestañeaba y casi parecía que estaba en trance. La muchacha sabía que todas las piezas del puzle estaban delante de ellos; tan sólo debían hallar la forma de encajarlas.

Charlie contuvo la respiración, intuyendo que su hermana estaba a punto de encontrar la solución al enigma.

–En el escudo de la familia hay dos flores entrelazadas, como si fueran hermanas –dijo Lisa, razonando en voz alta, concentrada en no perder el hilo de sus pensamientos–. Una de ellas representa el valor, la sabiduría y la verdad; las tres cualidades de la familia Conwell que mencionó el profesor. La otra simboliza que, quien tiene esa flor, posee un tesoro. Esto ratifica lo que ya sabemos: hay un tesoro en la familia que sólo puedes encontrar si eres un digno miembro de ella.

Charlie la escuchaba en silencio, dejando que su hermana siguiera con sus deducciones.

–También dice que primero hay que buscar las flores, luego el escudo tiene que ser el punto de partida –continuó ella–. Después añade que te conducirán hasta un sitio donde no verás tu reflejo pero sí un destello, así tiene que estar relacionado con el espejo.

Lisa avanzó un paso y pegó la linterna al escudo de la vidriera, apuntando directamente al espejo que estaba colgado en la pared. De pronto, un rayo de luz salió rebotado hacia la talla del búho, iluminado dos pequeños espejos que estaban insertados en la figurilla a modo de ojos.

Charlie ahogó un grito de asombro y corrió al interior de la biblioteca para poder ver lo que estaba ocurriendo con más claridad. Dos finos rayos de luz salían de los ojos del búho para acabar en una zona bastante apartada, convergiendo justo encima de una moldura circular que adornaba uno de los paneles de madera que revestían las paredes de la estancia. El niño se acercó

hasta él y lo empujó hacia un lado, dejando al descubierto una pequeña cerradura.

–¡Bingo! –exclamó lleno de gozo.

Luego salió eufórico al jardín para anunciar a su hermana que habían encontrado el tesoro.

• • •

Charlie metió la mano en el bolsillo de su pijama y sacó la llave para introducirla en la cerradura. Todavía tiritaba de frío y estaba bastante nervioso, así que su mano temblaba sin que pudiera evitarlo.

–¡Déjame a mí! –dijo Lisa arrebatándole la llave.

Ella también estaba nerviosa; no podía creer lo que estaba pasando. Habían encontrado un tesoro, o al menos estaban a punto de hacerlo.

Respiró hondo e introdujo la llave en la cerradura. La giró suavemente aunque con firmeza, porque estaba un poco dura. Una vuelta, dos vueltas... y el panel de madera se abrió hacia afuera. Los chicos tiraron de la compuerta despacio, conteniendo la respiración.

–La linterna, enciende la linterna –dijo Lisa.

Charlie obedeció, colándose en el interior del compartimento, mientras su hermana abría la puertecilla por completo para verlo mejor. Acababan de descubrir un pequeño cubículo, de poco más de un metro y medio de alto por otro metro, y medio de ancho y lo mismo de fondo. El espacio era tan reducido que apenas si cabía el niño y la cabeza de su hermana, que se resistía a perderse el espectáculo.

Dentro del habitáculo Charlie vio un cofre metálico negro con un reloj de arena grabado en la parte superior. Al igual que en el reloj del sello lacrado de la carta y del retrato del profesor, la arena caía hacia arriba y no hacia abajo.

Charlie respiró hondo y se dispuso a abrir el cofre, mientras el corazón le latía a ritmo vertiginoso y se imaginaba a punto de descubrir un tesoro inmenso, repleto de oro, piedras preciosas y otras riquezas.

–Mamá dijo que todo lo que hay en la casa es ahora nuestro, ¿no? –preguntó deteniendo la maniobra súbitamente–. Dijo que ahora somos sus dueños legítimos, ¿no es así?

–¡Por Dios Santo! –exclamó Lisa–. ¡Ábrelo de una vez!

–Pero, es nuestro, ¿no? –volvió a preguntar, queriendo asegurarse–. Somos sus propietarios, ¿no es así?

–¡Que sí, Charlie! ¡Ábrelo ya, por todos los Santos!

Charlie levantó la tapa e iluminó el interior del cofre.

Y no dijo nada.

–¿Qué es lo que hay dentro? –preguntó Lisa–. Vamos, di algo o conseguirás que me dé un ataque.

Aún de espaldas, el niño levantó una mano mostrando un trozo de tela de terciopelo negro y acto seguido la otra mano, sosteniendo un libro de cuero.

–Esto es lo que hay dentro –contestó dejando patente su decepción.

Lisa tiró de la tela y la extendió con los brazos.

–¡¿Una capa y un libro?! –exclamó incrédula y desengañada–. ¡Pues vaya un tesoro!

–Sí –dijo Charlie, que ya había desanudado las cuerdas de cuero que cerraban las tapas del libro–. Y no te lo pierdas, también tiene el relojito de arena grabado. Y hay partes enteras escritas en latín. Esto es demasiado para mí, Lisa. Me voy a la cama.

–Yo también. Toma, guarda la capa y el libro.

Charlie metió la prenda en el cofre, pero dejó fuera el manuscrito.

–Me lo voy a quedar para hojearlo, tal vez venga algo en cristiano –explicó–. A este paso, o aprendemos latín o nos hacemos colegas de la Responsable de Documentación.

–La señora Rotherwick –puntualizó Lisa.

Luego apagaron la luz y subieron a sus habitaciones en silencio. Fuera, en el jardín, había comenzado a amanecer.

• • •

Lisa se levantó de la cama a duras penas. Le dolía todo el cuerpo, tenía el estómago revuelto y sentía que la cabeza le iba a estallar.

–Esto debe ser lo más parecido a una borrachera –murmuró–. No creo que beba alcohol en mi vida.

Al entrar en la cocina, encontró a sus padres en pijama, sentados en la mesa delante de los restos de un copioso desayuno, disfrutando relajadamente de la mañana del sábado. Marcus leía el periódico y Maggie unos papeles que llevaban impreso el membrete del Museo.

–Buenos días, cariño. ¿Tú también te encuentras mal? –le preguntó su madre al ver sus ojeras.

–¿Cómo? –respondió Lisa sin saber qué contestar.

–Tu hermano está en la cama. Se quejaba de que la cabeza le dolía mucho –explicó Maggie–. Le acabo de subir el desayuno porque decía que no tenía fuerzas para levantarse.

–¿De veras? La verdad es que a mí también me duele un poco –contestó Lisa mientras se sentaba a desayunar.

–¡Qué lástima! –dijo Marcus–. Os íbamos a proponer salir a dar un paseo con las bicicletas por Hyde Park.

–Tal vez esta tarde, papá. Voy a ver cómo se encuentra Charlie.

La muchacha subió las escaleras y entró en el cuarto de su hermano. Charlie estaba dando cuenta de unos huevos revueltos y un par de tostadas.

–Así que enfermo, ¿eh? –le dijo, sentándose en su cama–. ¡Menudo morro!

–¡Bah! Soy un hombre de recursos.

Lisa se quedó mirando a aquel niño pecoso y delgaducho. Aunque para ella era poco más que un incordio, había que admitir que al enano no le faltaban recursos ni desparpajo. Tenía la habilidad de caerle bien a la gente sin tener que hacer nada especial para ello. Siempre soltaba la frase oportuna en el momento preciso, algo que a ella le sacaba de sus casillas. Su aspecto era más bien corriente pero, cuando sonreía, su rostro se transformaba, resultando simpático y cautivador. Y Charlie se las apañaba para sonreír con una facilidad extraordinaria.

–Mira lo que he encontrado en el libro –dijo él mientras masticaba una tostada–. Otra carta y lo que parece ser una pulsera. Para tratarse de un hombre, a ese tipo le encantaban las joyas.

–Yo no diría que esto es una joya. ¿Y qué dice la carta?

–No la he abierto, estaba esperando a que vinieras. Se supone que ahora somos un equipo.

Lisa se alegró al escuchar a su hermano, aunque no pudo evitar sentirse un poco culpable. De haber estado en su lugar, ella no le hubiera esperado.

–Bueno, pues ya estoy aquí –le dijo–. Vamos, léela.

Charlie se limpió los dedos en la sábana y se dispuso a abrirla. Tenía un sello de lacre, con un reloj de arena grabado, como el de la carta que encontró en su escritorio.

–Toma, despégalo con el cuchillo –le indicó Lisa.

El niño desprendió el sello y abrió el sobre. Igual que la vez anterior, dentro había una carta y un nuevo poema en latín. Apartó este último a un lado y leyó la misiva en voz alta.

– « Si leéis estas líneas es que habéis superado la primera prueba. Celebro, pues, que hayáis estado a la altura y hayáis hecho honor al apellido Conwell » .

Charlie levantó la cabeza, interrumpiendo la lectura.

–Esto quiere decir dos cosas –dijo–. Una: que nos quedan más pruebas, que espero sean un poco más difíciles que la primera, porque estaba chupada. Y dos: que el viejo se lo tenía de lo más creído con eso de ser un Conwell, supongo que porque nunca oyó hablar de los Wilford.

Lisa se sonrió al oír hablar así a su hermano. El descubrimiento de la capa le había envalentonado, aunque debía admitir que el enano había superado la prueba con sobresaliente.

–Anda, sigue leyendo, señor Wilford –le dijo.

–» S abed que habéis encontrado el mayor y más misterioso de los tesoros. Los necios sólo aprecian el oro, pero el sabio sabe que no hay nada más valioso que el tiempo».

–Lisa, nos está llamando necios –añadió–, porque te aseguro que me hubiera alegrado más si ese cofre hubiese estado lleno de monedas de oro.

Y prosiguió.

–»El tiempo estará ahora a vuestra merced. Podréis visitar tiempos pasados, ver con vuestros propios ojos cómo eran los lugares y las gentes en épocas remotas. Vuestro tiempo en este mundo sigue siendo finito, pero podréis vivir mil vidas en una».

–Espera un momento. ¿Está diciendo que con la capa podemos viajar en el tiempo? –interrumpió ahora Lisa con una mezcla de asombro e incredulidad–. ¿Estás entendiendo lo mismo que yo?

–Creo que sí, aunque puede que sólo sea una broma del viejo –respondió Charlie encogiéndose de hombros.

–Pues me parece una puesta de escena excesiva para que sólo se trate de una broma. Y en el retrato el profesor no aparenta ser una persona con mucho sentido del humor.

La muchacha se quedó pensativa un instante y luego se levantó.

–Quédate aquí un momento –dijo antes de salir de la habitación.

En unos minutos regresó con la traducción del latín en la mano.

–Escucha: "*Lo que antes era un sueño, ahora es camino real."* –leyó–. El sueño de todo arqueólogo o historiador es poder ver todo lo que ha estudiado. No ver los restos de las civilizaciones, sino las civilizaciones en todo su esplendor. Recuerda que la señora Rotherwick dijo que en esta frase alguien había cambiado *"sendero"* por *"sueño"*. Y luego está eso de navegar por el río hacia arriba. El río es el transcurso del tiempo... El transcurso irreversible del tiempo, decía el libro. Al navegar aguas arriba vas al principio del río, es decir, estás viajando al pasado.

A Charlie aquel razonamiento le pareció bastante sólido, así que decidió darlo por bueno en ese mismo instante. Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que habían encontrado realmente.

–¡Viajar en el tiempo! –exclamó con los ojos muy abiertos–. ¡Podremos ver los coches y las ciudades del futuro, viajar a Marte! ¡O irnos a conocer otras galaxias!

–Mmmm –respondió Lisa, moviendo la cabeza–. Creo que sólo se refiere a viajar al pasado... Pero, ¡por Dios Santo, Charlie! Imagínate conocer a Cleopatra, a Juana de Arco o a Madame Curie. Poder ver la Roma Imperial, el Coloso de Rodas, descubrir cómo y quién erigió las esculturas de la Isla de Pascua...

–O ver un Tiranosaurio Rex, a los vikingos, o el caballo de Troya –continuó su hermano–. O conocer al rey Leónidas o al Almirante Nelson...

Los dos chicos rememoraron las historias que su madre les había contado durante años, todas aquellas aventuras épicas y los personajes que las protagonizaron. Ahora todo aquello estaba a su alcance, podrían conocerlos de primera mano.

–Termina de leer la carta, veamos lo que dice –dijo Lisa.

–» E ntended que tenéis en vuestras manos un poder inmenso, que debéis utilizar con responsabilidad y sabiduría, con el único fin de ampliar vuestros conocimientos y experiencias.

La Historia está jalonada de episodios injustos y desgraciados, y en incontables ocasiones os veréis tentados a cambiarlos con la convicción de que hacéis lo correcto. Sin embargo, debéis considerar que cualquier variación que realicéis en el pasado afectará a las vidas de generaciones pasadas, presentes y futuras; y quién sabe si pondréis en riesgo vuestra propia existencia. Sed, pues, cuidadosos para no interferir en el curso de la Historia.

»Desde este momento debéis estar alerta, ya que habrá otros que os quieran arrebatar un poder tan inmenso. Vuestra única defensa será una discreción total para manteneros a salvo de ellos. Jamás reveléis a nadie lo que poseéis, pues es la única forma de que estéis seguros.

»Sé que la visita del barquero está ya muy próxima. Estoy listo para mi marcha de este mundo, pero sólo me inquieta que algo tan poderoso pueda caer en malas manos. Hace tiempo que me siento vigilado y, por ello, he escondido en lugares que me son muy queridos las cuatro anillas que hacen funcionar la pulsera y sus instrucciones de uso. Son todas las que he conseguido reunir en mi vida, aunque sé que hay otras tantas, y que existen otras capas como ésta.

»Buscad las anillas con ayuda de las pistas que encontraréis junto a ellas. Cada una os conducirá a la siguiente. Reunidlas todas antes de viajar en el tiempo, pues sólo con las cuatro podréis disfrutar plenamente de vuestros viajes, sumergiros por completo en los lugares y en las épocas que visitaréis, y, lo que es más importante, evitar peligros y percances. Recordad que, aunque vuestras ansias sean grandes, no debéis emprender la partida sin tener garantizado el regreso y sin preparar meticulosamente cada una de vuestras visitas en el tiempo.

»Os ruego que os ciñáis a todos mis consejos e instrucciones con la mayor precisión y rectitud.

Buena suerte y que disfrutéis del viaje.

Horatio Conwell»

Los últimos párrafos apenas consiguieron inquietar a los chicos. Sólo podían imaginarse viviendo grandes aventuras, y estaba claro que una aventura no sería tal si no se corrieran algunos riesgos. Pero ninguno de los dos quiso pararse a pensar cuáles serían los peligros y las amenazas concretas sobre las que el profesor intentaba alertarles. Ni siquiera le dieron la menor importancia al hecho de que existieran otras capas como aquella.

Lisa examinó los versos en latín y el libro que encontraron junto a la capa. Al abrirlo, vio que contenía un único cuadernillo formado por unas pocas hojas cosidas entre sí, que a su vez estaba prendido a una varilla trasversal. También había otras varillas vacías, y supuso que servirían para sujetar las instrucciones de las anillas que aún debían encontrar. Recordaba haber visto ese sistema de encuadernación, bastante rudimentario, en unos fascículos coleccionables sobre monedas antiguas que tenía su abuelo Henry.

–Empezaremos por traducir el verso que viene junto a la carta. En él estarán las pistas que nos llevarán a la primera anilla –dijo la muchacha–. También leeremos el libro, por si encontramos algo que nos pueda ayudar.

–Pues siento decir que tiene partes escritas en inglés, pero la mayoría está en latín.

Lisa hojeó las páginas del libro.

–De momento nos centraremos en traducir los versos que contienen las pistas –dijo–. Hasta ahora no nos ha ido mal. Y lo del libro lo resolveremos más adelante; tal vez nos baste con el inglés y con las ilustraciones que tiene, y no necesitemos traducir también lo que viene en latín.

–A pesar de todo, creo que hacemos un buen equipo –dijo Charlie levantando la mano.

Lisa chocó su palma contra la de su hermano.

–Mejor incluso que Howard Carter y Lord Carnarvon –respondió ella.

CAPÍTULO VI: Pero, ¿dónde estará la maldita anilla?

La lectura del libro resultó ser bastante más engorrosa de lo previsto pues, a pesar de no contener más de unas pocas páginas, incluía párrafos enteros en latín. Por fortuna, también había explicaciones en inglés y numerosos dibujos que permitieron a los chicos hacerse una idea aproximada de lo que debían buscar.

El lunes por la tarde, y con el fin de unificar criterios, Charlie y Lisa decidieron sentar las bases de su investigación en una reunión de trabajo celebrada en el desván, que dejó de ser el despacho de Charlie para convertirse en el cuartel general de los hermanos Wilford.

–Primera –dijo Lisa, anotando en un papel cuanto iban diciendo–. Nuestro descubrimiento sirve para viajar en el tiempo.

–Segunda –continuó Charlie–. Para ello hay que utilizar la capa, el anillo y la pulsera. Todo a la vez. El Libro del Tiempo parece ser un manual de instrucciones para emprender los viajes.

–Tercera. La pulsera se compone de un cordón, posiblemente de plata, en el que se van insertando una serie de argollas o anillas. Sabemos que el profesor escondió cuatro, pero no sabemos por qué hacen falta tantas ni para qué sirven.

–Cuarta. El viejo creía que sus descendientes serían muy sabios y por eso no ha dejado ninguna anilla. Sólo algunas pistas, en latín por cierto, para encontrar la primera. Eso demuestra, de manera irrefutable, que no hay anilla del futuro, porque el profesor nunca supo que su único descendiente no ha resultado ser muy listo y que ahora la capa está en manos de los Wilford.

–Buena observación –dijo Lisa riéndose.

–Quinta –prosiguió Charlie–. Supuestamente, junto con cada anilla encontraremos las pistas que conducen a la siguiente, aunque mucho nos tememos que también estarán en latín.

–Sexta y última –dijo Lisa–. Si no encontramos la primera anilla, no podremos encontrar las demás. Así que, se acabó viajar en el tiempo. Me parece, Charlie, que no nos va a quedar más remedio que traducir los versos en latín.

–Champollion era un aficionado a nuestro lado –respondió el niño entre suspiros–. Descifrar jeroglíficos no fue nada comparado con esto.

–Bien –dijo Lisa guardando todo en el compartimento secreto del escritorio–. Empezamos mañana.

• • •

Como miembro de la Orden de los Caballeros del Tiempo, Max Wellington se dedicaba a recuperar capas que estuvieran posesión de personas ajenas a la sociedad secreta. Aunque no era el único cazador de viajeros del tiempo, Max era uno de los miembros de la sociedad más

destacados y más envidiados por sus importantes logros.

A pesar de que todas las capas permitían a su propietario viajar a tiempos pasados, no todas ellas eran iguales. Cuando las creó, el príncipe Olwelin, se inspiró en su propio ejército, otorgando unos poderes concretos a cada una según fuera su categoría o rango, siendo las de mayor rango las más poderosas, las que menos limitaciones tenían y las menos numerosas. Otro distintivo de su categoría era el color del terciopelo de la prenda. Además, existían algunas capas extremadamente raras, dotadas de unos poderes muy particulares que las hacían especialmente valiosas a pesar de que su rango no era tan importante.

La posición que los caballeros ocupaban dentro de la Orden venía determinada por el número de capas que poseían y por su capa de mayor rango. De este modo, recuperar capas del tiempo era de vital importancia para cualquier caballero ambicioso, pues si capa que había recibido de sus antepasados no era lo suficiente importante, siempre podía ascender dentro de la organización recuperando otras extraviadas de mayor rango.

Según el reglamento de la Orden, cuando un caballero recuperaba una capa, se podía quedar con ella siempre que lo hiciera con honor y siguiendo su estricto código. Además, debía informar a la sociedad sobre su nueva posesión y someterla bajo el control último de Gran Maestre. De ese modo, la sociedad se aseguraba que los caballeros ponían todo el celo posible en recuperar las capas extraviadas y que éstas quedaban bajo el poder de sus dirigentes.

Gracias a su gran habilidad, Max poseía numerosas capas del tiempo, aunque lamentablemente, sus rivales tenían otras tantas, algunas de mayor rango y por tanto con más poderes que las del propio Max.

A pesar de que el reglamento de la Orden era muy claro respecto a que todas las capas recuperadas debían declararse sin excepciones, esto no siempre se cumplía y algunas de ellas pasaban a la clandestinidad. Aun siendo una de las peores faltas que un caballero podía cometer, la tentación de poseer una capa clandestina era a menudo demasiado fuerte, ya que otorgaba a su nuevo propietario la posibilidad de utilizarla en total libertad, sin más reglas ni sometimientos que la de satisfacer todos sus deseos y ambiciones. En sus viajes en el tiempo, Max había escuchado historias sobre caballeros demoníacos, que aparecían de pronto y volvían a desaparecer tras cometer actos terribles, como si de maléficos fantasmas se tratase. Lejos de considerarlos supersticiones o leyendas, Max sospechaba que se trataba de miembros de la Orden que viajaban a otras épocas utilizando capas clandestinas para enriquecerse o satisfacer sus anhelos más sombríos.

Muchas de estas capas clandestinas, incluso, habían pasado de padres a hijos durante generaciones, y estaban a manos de determinados clanes familiares que integraban la Orden. Nunca se había podido demostrar su culpabilidad, pero Max y otros miembros leales, recelaban de algunas familias, muy poderosas y bien posicionadas dentro de la organización, que rivalizaban entre sí para que uno de sus integrantes ocupara el lugar de Emanuel Gentile.

Por ese motivo, el único propósito de Max en esta vida era convertirse en el próximo Gran Maestre, para poder desenmascarar y acabar con aquellos traidores. Y cuando lo lograse, volvería a restaurar los principios de la Orden y la purificaría para que volviera a ser la misma que en los

tiempos del príncipe Olwelin. Una empresa ambiciosa para la que estaba preparado...o al menos así lo creía.

• • •

La tarde siguiente, Lisa y Charlie subieron al cuartel general cargados con el diccionario mediano de latín. El más pequeño había resultado claramente insuficiente en la ocasión anterior, y prefirieron no llevarse el volumen más grande para no levantar sospechas en caso de que Marcus necesitara consultarlo.

Los chicos comenzaron la tarea muy motivados, pero sus inexistentes conocimientos de latín les llevaron a caer pronto en un absoluto desánimo.

–Lisa, esto es un rollo –dijo Charlie–. Tendría que haber una forma más rápida de hacerlo...

–Sí, saber latín. ¿Recuerdas la rapidez con la que lo hizo la señora Rotherwick?

–Podríamos pedirle ayuda de nuevo, aunque deberíamos llevar algo hecho, y supongo que nos regañará otra vez por tener la traducción mal. Y no le puedo volver a decir que lo he hecho yo, porque pensará que eres una vaga y me has esclavizado –o algo así–, para que te haga los deberes.

–Sí, es cierto –respondió Lisa pensativa.

Charlie miró el papel con las pocas palabras que habían conseguido traducir... y todo lo que aún les quedaba por buscar.

–¿Y si le pedimos ayuda a papá? –sugirió.

–Podríamos hacerlo. Pero, ¿qué le decimos si pregunta para qué es?

–Le diremos que hemos encontrado la hoja con los versos en el desván. Si siempre preguntamos a la misma persona, levantaremos sospechas; pero si un día le preguntamos un poco a una y otro día a otra persona distinta, les será difícil darse cuenta.

–Sí, supongo que llevas razón. Lo peor no es traducir esta parte, sino el hecho de pensar que nos quedan otras tres hasta encontrar todas las anillas.

–Tenemos que aprovechar que estamos rodeados de adultos que saben mucho y que están bastante ocupados –añadió Charlie–. Si les pedimos ayuda y damos la impresión de que no es importante, lo harán. A fin de cuentas, ¿quién va a imaginar que hemos encontrado una capa del tiempo?

–De acuerdo, le mostraremos los versos a papá. Por lo que he visto, sólo son pistas, no una descripción exacta del lugar donde está. No creo que sea muy comprometedor.

Los chicos bajaron juntos a la biblioteca, donde encontraron a Marcus trabajando.

–Hola, papá –saludó Lisa al entrar–. ¿Estás muy ocupado?

–No, cariño –respondió Marcus sin dejar de escribir en su ordenador–. ¿Qué necesitas?

–Bueno, te queríamos preguntar si nos puedes ayudar a traducir esto –contestó ella extendiéndole el papel, mientras sus ojos buscaban a los de Charlie.

El niño le devolvió la mirada y luego la clavó en su padre. Marcus dejó de teclear para coger la hoja de Lisa. Tras examinarla unos instantes, llegó la temida pregunta.

–¡Latín! –exclamó–. ¿De dónde lo habéis sacado?

–Lo hemos encontrado por ahí –dijo Lisa con tono distraído mientras se sentaba en el sofá–, pero no sabemos qué significa.

–Hmmm, entiendo –respondió Marcus–. Y queréis que lo traduzca.

–Bueno, papá –dijo Charlie–. Sólo si no estás ocupado y si tu latín no está oxidado.

–Bueno, vamos a probar –contestó su padre sonriéndose–. Creo que aún me acuerdo...

Sin levantar la vista del papel ni hacer una pausa para pensar, Marcus leyó de corrido.

–Son unos versos:

"De todos, mi lugar más querido,

en el que más tiempo de mi vida he pasado,

en mi niñez, mi juventud y mi vejez.

Mil caras tiene,

todas ellas muy amadas.

Muchas perdidas para siempre

y sólo algunas recuperadas.

En ellas están mis tesoros,

mi vida, mi historia.

Pero sólo una es mi refugio más íntimo,

mi refugio más cercano."

–Muy bien, papá –dijo Charlie–. ¿Y todo eso qué significa?

–Es un poema –explicó Marcus–. Una especie de dedicatoria a un lugar al que tiene cariño.

–Y si es sobre un lugar, ¿por qué dice que tiene mil caras y todo eso de que se han perdido? –volvió a preguntar el niño.

–No lo sé –respondió Marcus–. Tal vez no se refiere a un lugar determinado, sino a uno genérico. Es como, si en vez de hablar de un parque en concreto, hablas de lo que significa un parque para ti o los parques en los que has estado. O no hablas de tu colegio en particular, sino de lo que ha supuesto la escuela en tu vida...

–Muchas gracias, papá –dijo Lisa cogiendo el papel suavemente–. Pues no te molestamos más. Nos vamos arriba...

–Vale, pero sólo un rato –respondió Marcus–. Enseguida tenéis que bañaros.

–Sí, papá –dijo Lisa saliendo de la habitación, seguida por su hermano.

Los dos chicos entraron en el cuartel general. Al ver a su hermana, Charlie reparó en que los ojos le brillaban y supo que estaba sobre la pista de algo.

–¿Qué? –le preguntó.

–Me apuesto el cuello a que el poema habla de las bibliotecas.

–¿Cómo lo sabes?

–Todo guarda relación. En los versos explica que es allí donde guarda sus tesoros y el que hemos encontrado estaba en la biblioteca. Creo que intenta decir que guarda todos sus tesoros en las bibliotecas, pero, además, en este caso, habla de la que tiene más cerca, de la más íntima: su biblioteca personal.

–¿Y todo lo que dice de las mil caras? –inquirió Charlie.

–Piensa en lo que ha dicho papá. Se refiere a un lugar que son muchos a la vez. El profesor era un hombre estudioso, seguro que a lo largo de su vida pasó muchas horas en la biblioteca, en muchas bibliotecas.

–¿Y por qué dice eso de que se han perdido?

–La capa sirve para viajar en el tiempo. Seguro que un hombre como él no perdió la oportunidad de visitar algunas bibliotecas míticas, como la de Alejandría o la de Pérgamo.

–¿Y cómo vamos a buscar en la biblioteca, si papá se pasa el día trabajando dentro? La verdad es que él mismo podría haber escrito el poema.

–Tenemos dos opciones. Podemos bajar esta noche mientras mamá y papá duermen, o esperar al viernes a que venga la señora Davis.

–¿Hasta el viernes? –protestó Charlie–. ¡Pero si hoy es martes! Perderemos toda la semana.

–Bien, entonces lo haremos esta noche. Pondré el despertador a las dos e iré a tu habitación a despertarte. Ten preparada la linterna.

–¡Vale! –respondió el niño con entusiasmo.

–Pero, ten una cosa clara, hermanito –dijo Lisa, cambiando el tono de voz para utilizar uno que sonaba al de su propia madre–. Mañana nada de decir que estás enfermo. Si tienes sueño, te aguantas. Si no, nos acabarán descubriendo.

–¡Vaaale!

–Vamos al baño –ordenó Lisa–. Hoy tenemos que acostarnos pronto.

Charlie obedeció a su hermana, pero dudaba de que pudiese pegar ojo antes de que ella fuera a buscarle.

• • •

A miles de kilómetros de allí, Max Wellington entró en una oficina postal de Manhattan y

avanzó con paso firme hasta los buzones de los apartados de correos. Con un ágil movimiento se quitó los suaves guantes de piel negra que protegían sus manos del frío y sacó un llavero que contenía una única llave. Sin vacilar la introdujo en la cerradura que tenía justo delante de sí y abrió la puerta plateada del pequeño buzón. Luego metió la mano y palpó en su interior.

Estaba vacío.

No se recibía ninguna carta en aquel apartado de correos desde hacía 137 semanas. Y aquello comenzaba a impacientarle.

• • •

Lisa despertó a Charlie como le había prometido, aunque al niño le costó bastante espabilarse y levantarse de la cama.

–Vamos, Charlie –le urgió su hermana–. Si no te levantas, lo dejaremos para el viernes.

Los dos bajaron a la biblioteca y cerraron la puerta procurando no hacer ruido.

–¿Por dónde empezamos?

–No lo sé –contestó Lisa encogiéndose de hombros–. Cuando papá leía el verso apunté algunas palabras que nos ayudasen a recordar*: "lugar querido", "juventud", "mil caras", "perdidas y recuperadas", "tesoros", "vida e historia"* y *"refugio íntimo y cercano"*.

–Bien –dijo Charlie mientras paseaba de un sitio a otro–, supongamos que lo de *"lugar querido"* y *"juventud"* es porque al profesor le encantaba estar en la biblioteca durante toda su vida. Era esa parte que decía que estaba allí cuando era niño, joven y viejo.

–Lo de las *"mil caras"* es lo que explicó papá. Un sitio que son muchos a la vez, o sea, las bibliotecas.

–Voy a dar por bueno lo de *"perdidas y recuperadas"* que has dicho esta tarde.

–Muchas gracias.

–Lo de guardar los tesoros y que es su refugio íntimo y cercano es una forma cursi de decir que ésta es la biblioteca que buscamos, porque es su biblioteca personal y se debía pasar el día aquí metido.

–Entonces sólo queda lo de *"vida e historia"*. Mencionaba que aquí estaba su vida y su historia pero, ¿a qué se refería?

–No lo sé. Aquí hay muchas cosas del profesor, a lo mejor tenía un diario.

–Tal vez. Miremos entre los libros.

Cada uno se acercó a una estantería distinta y comenzaron a leer los títulos de cada volumen.

–*"Gramática inglesa", "Etimología latina de las lenguas europeas"* –dijo Lisa.

–*"Relatividad para principiantes", "Historia de la Ciencia", "Vida animal"* –leyó Charlie.

–Están ordenados por materias. Aquí están los libros de Lengua, allí los de Ciencias.

–Busca los de Historia. En el verso decía *"historia"*.

Lisa recorrió las estanterías leyendo los títulos de los libros. Charlie la observaba desde su sitio y entonces reparó que en lo alto de cada estantería había un pequeño letrero con el nombre de cada materia.

–¡Es ahí, Lisa! –señaló el niño–. Hay un letrero que lo indica, como en todas las bibliotecas.

–Es verdad.

Los dos se acercaron para buscar algún libro que pudiera estar relacionado con el profesor. Estaban tan concentrados que no sintieron que alguien abría la puerta.

–¿Pero qué hacéis levantados? –dijo una voz.

Los chicos se volvieron sobresaltados y vieron a su madre de pie, detrás de ellos, con los brazos cruzados y mirándoles con el gesto entre sorprendido y enfadado. Los dos hermanos se quedaron mirando unos instantes sin saber qué decir.

–Tenía una pesadilla –acertó a explicar Charlie.

Maggie seguía mirándoles en la misma posición.

–Y como no se le pasaba, hemos bajado para leer un cuento –continuó Lisa.

–¡Dios Santo, chicos! –dijo por fin su madre–. Tenéis cientos de cuentos en vuestra habitación, ¿y en plena noche tenéis que bajar a la biblioteca a buscar uno?

–*"El príncipe feliz"* –afirmó el niño–. Es que quería que me leyera ese, mamá. Y en mi habitación no lo encuentro.

–¿*"El príncipe feliz"*?– preguntó Maggie–. No es el mejor cuento para alejar una pesadilla, cariño. Lo único que tiene de feliz es el título y, siempre que lo lees, dices que es triste.

Charlie se quedó en silencio sin saber qué decir. No había escogido bien el cuento, aunque parecía que su madre se había tragado la excusa.

–Es que es mi preferido...

–Anda, vámonos a la cama –respondió Maggie–. Yo me quedaré un rato contigo; y la próxima vez avísame a mí y deja dormir a tu hermana.

Los tres subieron a la planta de arriba y Maggie acompañó a Charlie a su cuarto.

–Hasta mañana, Lisa –dijo antes de entrar–. Y gracias por cuidar de tu hermano.

...

Aunque a sus hijos les costó levantarse más de lo habitual aquella mañana, Maggie se mostró bastante comprensiva con ellos.

–Buenos días, cariño –saludó al despertar a Charlie–. ¿Dormiste bien el resto de la noche?

–Sí, mamá –respondió él–. Muchas gracias.

–Bien, levántate y vístete. Yo voy preparando el desayuno.

Charlie y Lisa se encontraron en la puerta del baño.

–Date prisa –le dijo el niño–. Tenemos que desayunar rápido para que nos dé tiempo a buscar mientras mamá y papá terminan de arreglarse.

–¿Estás loco? Si nos vuelven a ver en la biblioteca se acabarán dando cuenta.

–¿De qué, Lisa? Si me preguntan les vuelvo a decir que estoy buscando el libro.

–¡No, Charlie! –exclamó Lisa entre susurros.

–¿Otra vez peleando por entrar al baño? –dijo Marcus acercándose a ellos–. Anda Charlie, deja pasar a tu hermana y vete tú al mío.

–Sí, papá –respondió el niño.

Cuando Lisa bajó, sus padres estaban terminando el desayuno.

–¿Y Charlie? –preguntó.

–Está en la biblioteca buscando el libro de "*El Príncipe feliz*" –contestó Maggie.

Lisa sintió que se ruborizaba al oír la respuesta, como si la hubieran sorprendido en una falta. Pero sus padres siguieron comiendo como si tal cosa.

–Ha desayunado casi sin masticar –añadió Marcus–. Más parecía una boa que un niño.

Lisa apuró el bocado todo lo que pudo, recogió sus cosas y subió a lavarse los dientes. Antes de que sus padres estuvieran listos para salir se coló en la biblioteca, donde Charlie continuaba buscando entre los libros.

–¿Has encontrado algo? –le preguntó.

–Nada de nada. Todos son libros de historia auténticos, no hay nada del viejo.

Lisa se acercó al retrato del profesor unos instantes, intentando encontrar en él una nueva pista, algo que les hubiese pasado desapercibido.

–Aquí no hay nada que nos pueda servir –dijo contemplando el lienzo–. No sé dónde puede estar esa maldita anilla.

En ese momento Maggie entró exhibiendo un libro en la mano y una gran sonrisa en su rostro.

–Aquí está –dijo al entregárselo a Charlie–. Ya te dije que estaba en tu cuarto.

El niño lo reconoció nada más verlo. *"El príncipe feliz"*, de Oscar Wilde, su libro favorito.

–Gracias, mamá –contestó–. Ya no tendré que buscarlo más.

Y los Wilford salieron juntos de la casa, como cualquier otra mañana fría y húmeda de otoño.

• • •

A pesar de ser alguien realmente poderoso, Max Wellington era un completo desconocido para

el gran público. A diferencia de otros grandes hombres de negocios, amaba el anonimato y la discreción por encima de todas las cosas. No buscaba la popularidad ni el reconocimiento de la sociedad, sino que se esforzaba en ser alguien casi anónimo a pesar de poseer uno de los mayores grupos empresariales del mundo.

Solía moverse en un círculo muy reducido para su posición y completamente al margen de la alta sociedad neoyorquina. Siempre que era posible se mantenía en un discreto segundo plano, parapetándose en su enorme organización empresarial y en un escogido grupo de directivos que le representaba en los actos a los que era invitado.

Su aspecto, incluso, parecía diseñado para pasar desapercibido y a la vez, permitirle desenvolverse con eficacia en los lugares más exclusivos de Manhattan. Era un hombre alto y bien parecido que vestía de forma elegante aunque convencional, con ropa de firma pero siempre austero y desprovisto de cualquier detalle sofisticado u ostentoso que pudiera llamar la atención.

Su rutina estaba planificada milimétricamente y siempre se cumplía con excepcional rigor, sin lugar para sorpresas ni variaciones.

Además, el señor Wellington no parecía necesitar a nadie ni nadie sabía demasiado de él. Ni siquiera Simon Bennet, su asistente personal, a quien el enigmático comportamiento de su jefe había conseguido obsesionar casi de un modo enfermizo.

A pesar de sus esfuerzos y de que ya llevaba once años trabajando para él, la vida privada de Max Wellington seguía siendo un misterio al que Simon no conseguía tener acceso. En todo este tiempo no había logrado saber de ninguna relación personal de ningún tipo: si Max Wellington tenía novias o amigos en este mundo, él mismo se encargaba de todo lo que tuviera que ver con ellos. Simon jamás había tenido que mandar flores a ninguna mujer, ni había hecho reservas en hoteles o en restaurantes románticos, no sabía de fiestas o viajes exclusivos con amigos y ni tan siquiera conocía el nombre de ninguno de ellos.

Pero lo peor era la férrea disciplina que Max mantenía para mantener su vida en secreto. Su comportamiento era impecable, casi sacado de una de tantas películas de espías que Simon solía ver. Jamás se le escapaba ningún detalle, por insignificante que pudiera ser. Nunca cometía ningún descuido, como dejar un papel con anotaciones en la papelera o comentar accidentalmente cualquier aspecto personal. No había gastos comprometedores hechos a cargo de sus tarjetas de crédito, ni recibía ninguna llamada que pudiera dar la más mínima información sobre su vida personal. Ni tan siquiera pudo encontrar algún pequeño objeto olvidado en un abrigo, en su despacho o en las estancias de su casa a las que Simon tenía permitido el acceso.

Max Wellington era un hombre absolutamente hermético, casi fantasmal.

Y él, Simon Bennet, tenía el infortunio de trabajar para él.

• • •

Para desesperación de los chicos, aquella tarde Marcus trabajó en su escritorio con la intensidad y la dedicación habituales. Mientras Lisa se quedaba en la biblioteca simulando estudiar o leer un libro como tantas otras veces, Charlie consiguió sacarle de allí con las excusas

más peregrinas, desde alcanzarle objetos de lugares elevados hasta que le ayudase a buscar su patinete. Marcus accedió resignado a sus peticiones, pero Lisa no consiguió encontrar ninguna nueva pista durante sus breves ausencias.

Al final de la tarde, los dos hermanos acabaron sentados en el sofá de piel marrón, mirando todos los libros que había almacenados en las estanterías, preguntándose si la anilla estaría oculta en alguno de ellos.

–Por lo menos hay mil –dijo Charlie fijando la vista en los libros.

–¿Mil qué?– preguntó Marcus mientras seguía trabajando.

Desde su escritorio no veía hacia dónde miraba el niño, pero Lisa sí, y captó inmediatamente el mensaje con doble significado de su hermano.

–Mil cosas distintas que hacer cuando uno está aburrido –siguió Charlie.

–Pero sólo hay una que a mí me pueda valer –contestó Lisa.

Marcus dedujo que era una de tantas conversaciones sin sentido que los chicos gustaban mantener de vez en cuando. Así que siguió trabajando sin decir nada. Su intervención no sería necesaria a menos que desembocase en una discusión.

–¿Y cómo voy a descubrir cuál es? –dijo Charlie.

–Tal vez haya que prestar un poco más de atención –respondió Lisa.

–Sí, tal vez tenga que prestar atención a los detalles –dijo el niño.

–Eso es –dijo Lisa–. Seguro que, igual que la última vez, está delante de tus narices pero no lo ves.

La conversación no parecía muy amable y Marcus estaba sorprendido de que a esas alturas ninguno de los dos se hubiese enfadado.

–Sí, pero esta vez creo que tendremos que entrar en la materia –dijo Charlie.

–¿En qué materia? –preguntó Lisa sin entender a qué se refería su hermano.

–A la materia que tienes tú delante de tus narices –contestó Charlie haciendo especial hincapié en la palabra "materia".

Marcus seguía trabajando en silencio; esperaría un poco más, pero si los chicos seguían tratándose así, tendría que reprenderles. Lisa miró a la parte de arriba de la estantería que tenía enfrente, en la que había escrita la palabra *"Historia"*.

–¿Y qué tiene mi materia de especial que no tengan las demás? –dijo Lisa.

–Pues que le falta un tornillo –respondió Charlie–. O varios.

Lisa abrió los ojos hasta que casi se le salieron de las órbitas. Todos los carteles en los que estaba escrita la materia de cada estantería iban sujetos a ella con cuatro gruesos tornillos de latón. Todos excepto el cartel en el que estaba escrita la palabra *"Historia"*.

–Llevas razón –respondió Lisa sonriendo–. Me falta un tornillo, o varios. Y te lo demostraré cuando sea la hora del baile.

Marcus levantó la vista y vio que sus dos hijos sonreían. Ninguno de los dos parecía estar enfadado con el otro, ni siquiera un poquito molesto.

–Chicos, a la ducha –es todo lo que alcanzó a decir mientras apagaba el ordenador.

• • •

Por fin llegó la noche del viernes y, con ella, la ansiada llegada de la señora Davis. Lisa y Charlie hicieron lo mismo que cualquier otro viernes por la noche cuando sus padres salían al cine. Los dos cenaron los perritos calientes que Marcus dejó preparados y esperaron pacientemente a que comenzara el concurso de baile para que su oronda canguro se sentara en el sofá, aferrándose al mando a distancia y al enorme bol de palomitas que Marcus también dejó listo.

Sin embargo, aquella noche la señora Davis decidió cambiar la rutina habitual sin previa consulta. En cuanto los chicos terminaron la cena, se plantó en la mesa de la cocina con la caja del Monopoly en las manos.

–Os echo una partida –les retó.

–¿Y el concurso de baile? –preguntó Charlie contrariado.

–¡Oh, querido! –respondió la mujer con voz lastimera–. Ahora que Jenny Bridges se ha ido, no tiene ningún interés.

–Pero, ¿y qué pasa con la engreída de Monnie Hudson?– volvió a preguntar el niño intentando controlar su enojo.

Aquella mujer llevaba meses sin hacerles el menor caso; y esa noche, precisamente ésa en la que debían encontrar la primera anilla, había decidido hacerse su amiga.

–Yo voy a leer un rato en la biblioteca –dijo Lisa.

–¡Oh! ¡Estupendo! –contestó la señora Davis–. Si queréis puedo leeros un cuento.

Lisa miró a Charlie con gesto grave: lo peor que podía ocurrirles es que la mujer se metiera en la biblioteca con ellos. Eso eliminaría cualquier oportunidad para buscar la anilla.

–Vamos, Charlie, juega tú –dijo Lisa–. A mí hoy me duele la cabeza, pero siempre me estás pidiendo que juguemos al Monopoly. Aprovecha la oportunidad.

El niño miró a su hermana con fastidio. ¿Por qué tenía que ser él quien aguantase a la señora Davis? Sabía que se llevaba mejor con ella que Lisa, no porque le fuera simpática, sino porque sabía cómo manejarla. Pero a él también le molestaba el tono de voz con que les hablaba y consideraba que aquella mujer era un auténtico latazo.

–Está bien, señora Davis –dijo mirando a su hermana y dejando claro que le debía una–. Pero no se queje si le quito hasta la camisa.

–¡Por Dios, querido! –contestó la mujer fingiendo sentirse ruborizada–. ¡Qué cosas tiene este niño!

Mientras en la cocina Charlie y la canguro se disputaban la compra de las principales calles de Londres, Lisa se metió en la biblioteca. El letrero con la palabra *"Historia"* estaba bastante alto, así que debía acercar la escalera hasta a él. La muchacha cargó con ella para moverla unos metros, oyendo las risas histéricas de la señora Davis tras adquirir Trafalgar Square. Lisa sintió compasión de su pobre hermano y procuró darse prisa para ir en su ayuda. La escalera pesaba mucho, así que, simplemente la apoyó en el estante de los libros de Historia, sin encajar sus ganchos de seguridad a la barra de hierro trasversal que había en lo alto de las estanterías.

Un peldaño, dos peldaños... Charlie acababa de caer en la cárcel y la canguro lo celebraba con crueles carcajadas. Tres peldaños, cuatro peldaños...

–¡Oxford Street! –gritó la señora Davis–. ¡Compro, compro!

Al escucharla Lisa no pudo evitar sentir rabia. Aquella mujer entrada en años parecía olvidar que jugaba con un niño y se regodeaba en su buena suerte. Lisa volvió la cabeza unos instantes, esperando a que su hermano lanzase los dados: si salían dobles, saldría de la cárcel. Estaba tan pendiente de la partida que no se dio cuenta de que todo su peso caía en uno de los lados de la escalera y de que ésta no estaba bien sujeta.

Justo cuando Charlie lanzaba, se oyó un fuerte golpe que venía de la biblioteca. La señora Davis hizo ademán de levantarse, pero Charlie fue más rápido que ella.

–No se moleste, señora Davis –dijo indicándole con la mano que permaneciera sentada–. A Lisa se le ha debido caer un libro, pero si es algo más serio le avisaré.

–Bien, querido –contestó la mujer sin levantarse.

Charlie entró en la biblioteca y vio a Lisa intentando volver a colocar la escalera.

–¿Qué ha pasado? –preguntó mientras la ayudaba–. ¿Te has hecho daño?

–Estoy bien. Ayúdame a levantarla para encajarla.

Los dos hermanos elevaron un poco la escala y metieron los ganchos en la barra. Lisa comenzó a subir de nuevo.

–Lisa, la señora Davis se está divirtiendo tanto, que me temo que va a querer jugar siempre conmigo...

–Lo sé, Charlie, lo sé –dijo ella, que ya había llegado al último peldaño.

–Hoy puedo soportarlo –explicó el niño con tono lastimero–. Pero, ¿qué pasará cuando tengamos que buscar las demás anillas? Tenemos que conseguir que se vuelva a enganchar al concurso como sea o me perderé todos los descubrimientos.

–No te preocupes –respondió Lisa mientras intentaba levantar el letrero en el que estaba escrita la palabra *"Historia",* sin conseguirlo–. En cuanto encuentre la anilla, me pongo a ver el concurso y a gritar como si estuviera emocionantísimo para que venga a verlo. Estoy segura de

que cae en la trampa.

–¡¡Chaaarlieeee!! –se oyó gritar a la señora Davis desde la cocina–. ¿Va todo bien, niños?

–Vuelve a la cocina, Charlie –dijo Lisa–. O vendrá aquí a meter las narices.

–¡Ya voy, señora Davis! –gritó Charlie, dándose la vuelta para regresar a la partida–. Dios mío, me siento como un condenado a galeras.

Su hermana seguía en lo alto de la escalera, intentando mover el cartel de un lado a otro.

–Lisa –comentó Charlie antes de salir–, el profesor nunca hubiera dejado que alguien lo encontrase por accidente, por ejemplo limpiando el polvo. Tiene que haber algún mecanismo, una forma determinada de abrirlo, como en el escritorio o el compartimento donde estaba la capa.

Luego volvió a la cocina para ocupar su lugar ante el tablero.

–Te toca, querido –dijo la señora Davis con impaciencia–. ¿Ha ocurrido algo?

–Nada, a Lisa se le ha caído un libro –contestó el niño con los ojos clavados en el montón de billetes de cien libras de su contrincante. Podría jurar que había crecido en su ausencia.

En la biblioteca, Lisa decidió seguir las recomendaciones de su hermano. Empujó el cartel primero a un lado, luego al otro, después hacia arriba y luego hacia abajo sin ningún resultado. Acto seguido probó a presionar cada esquina, pero el letrero seguía sin moverse. Entonces puso dos dedos de cada mano en las dos esquinas inferiores y presionó.

¡Clak!

Y el letrero se desprendió, dejando un orificio rectangular al descubierto. Charlie llevaba razón. Lisa metió la mano despacio y notó que había un sobre de papel cubierto de polvo, que sacó con cuidado y sacudió procurando no estornudar. Luego volvió a colocar el letrero, movió la escalera hacia otro estante y subió al desván a ocultar su hallazgo en el escritorio. Lo abrirían cuando el equipo estuviese al completo.

Después se sentó delante de la tele y subió el volumen para que se escuchase desde la cocina. Aquella noche los concursantes habían preparado unas piezas estupendas y el público se deshacía en aplausos. En poco más de tres minutos, la señora Davis estaba sentada delante del televisor, con el mando de la tele en una mano y el bol de palomitas en el regazo.

Lisa y Charlie se quedaron junto a ella. Debían conseguir por todos los medios que su canguro eligiera un nuevo favorito entre los concursantes y que, a ser posible, tuviera más o menos garantizada su permanencia hasta la gran final.

CAPÍTULO VII: ¿Ustedes ya se conocían?

Como cada lunes, Max Wellington abandonó su despacho a las diez en punto de la mañana. Su asistente personal, Simon Bennet, le ayudó ceremoniosamente a ponerse el abrigo, le entregó sus guantes de suave piel negra y le escoltó hasta el ascensor mientras repasaban la agenda del señor Wellington a partir de la una de la tarde.

Aquel ritual se repetía invariablemente los lunes de cada semana de diez a doce de la mañana. Y de todos los actos que Max llevaba a cabo, aquel posiblemente el que más intrigaba a Simon debido principalmente a su frecuencia y a su excéntrica puntualidad.

Por ese motivo había hecho algunas indagaciones sobre aquellas salidas y sabía que, fuera a donde fuese su jefe, este lo hacía solo ya que siempre prescindía de los servicios de su chófer.

Desde la ventana del despacho, Simon le veía caminar por la 5ª Avenida y mezclarse con la multitud hasta que le perdía de vista, casi siempre en el cruce con la 45. La vez que más lejos consiguió mantener en su retina la estilizada figura de Max, fue una soleada mañana de primavera en la que le vio llegar hasta la calle 44, pero una vez allí se esfumó sin más.

En cada una de aquellas misteriosas salidas, Simon se sentía tentado de bajar corriendo y seguirle por las calles de Manhattan para averiguar si iba caminando hasta algún lugar, si alguien pasaba a recogerle en coche o si cogía un taxi. Aunque a decir verdad no conseguía imaginarse a Max Wellington utilizando otra forma de transporte que no fuese su lujosa limusina negra.

A pesar de que aquellas salidas le obsesionaban, Simon, nunca consiguió reunir el valor suficiente para ir detrás de Max, y aquel día tampoco lo hizo. Tan sólo se atrevió a posar su mirada sobre la figura del señor Wellington caminando a paso ligero por la 5ª Avenida, hasta que lo perdió entre la multitud.

Luego volvió a su escritorio y repasó su abultada lista de tareas, esperando la habitual llamada de control de su jefe. Siempre se producía a la misma hora, a un número que usaba exclusivamente cuando se ausentaba de la oficina, siempre con la excusa de hacerle algún encargo o pregunta que había olvidado, y siempre lo suficientemente innecesaria como para que Simon supiera sin lugar a dudas que, en realidad, el único propósito de Max era cerciorarse de que permanecía en su puesto de trabajo.

A las diez y siete minutos en punto, el teléfono de color negro sonó. Simon dejó que terminara el segundo timbre antes de descolgar el auricular de aquel rudimentario aparato, sin opciones de desvío de llamada o de llamada en espera.

–Sí, señor Wellington –respondió mientras tomaba nota en su cuaderno–. Descuide, llamaré ahora mismo.

Max esbozó una sonrisa mientras guardaba el teléfono móvil en el bolsillo interior de su chaqueta. Luego aceleró el paso antes de que se cerrara el semáforo de la 43.

...

El lunes por la tarde, Charlie y Lisa se pudieron reunir, por fin, en el cuartel general. El fin de semana se presentó repleto de planes y salidas para toda la familia con las que Marcus, y en especial Maggie, trataban de compensar a sus hijos por todas las horas que últimamente dedicaban a sus trabajos. En condiciones normales, los chicos hubieran estado encantados de salir todos juntos al cine, o pasear en bicicleta por el parque; pero en aquel momento las actividades en familia paralizaban la investigación de una forma casi irritante, y no veían la hora de que terminara el fin de semana para que sus padres volvieran a sus ocupaciones.

Los chicos abrieron la carta y, tal y como el profesor Conwell había adelantado, dentro encontraron una anilla, las instrucciones para utilizarla y un nuevo verso en latín que les daría la pista para encontrar la siguiente.

–*"Locus anulus"* –leyó Lisa mientras sujetaba la arandela entre los dedos–. Por lo que dice en el cuadernillo, sirve para viajar en el espacio, para ir de un sitio a otro.

–La anilla del lugar –la bautizó su hermano.

Lisa la observó con cuidado. Era bastante ancha y pesada, y a su vez tenía insertados unos pequeños discos con números grabados que podían girar para poder seleccionar una combinación determinada.

–Parecen las ruedecillas que hay en las maletas para poner la clave secreta– observó Charlie.

–Sí, aquí dice que es para poner las coordenadas del sitio donde se quiere ir. Primero la latitud y luego la longitud.

–¿Por qué crees que el viejo ha escogido que encontremos esta anilla antes que las demás?

–No lo sé. Supongo que habrá algún motivo y que lo averiguaremos cuando traduzcamos los versos.

Charlie cogió la hoja con los textos manuscritos en latín. Esta vez había una novedad: el dibujo de un círculo con un libro abierto y unas palabras escritas en su interior, que leyó en voz alta.

–"*DOMIMINA NUSTIO ILLUMEA*" ¿No es éste el libro que hay en el escudo de la ventana de la biblioteca?– preguntó a la vez que mostraba el dibujo a su hermana.

–Es cierto. ¿Por qué lo habrá dibujado?

Lisa sacó el diccionario de latín del armario e intentó traducirlas.

–Nada, no encuentro ninguna de las tres –dijo cerrándolo de golpe–. Pues sí que empezamos bien.

–Y entonces, ¿qué hacemos?

–Si pedimos ayuda a papá con los versos, se acabará extrañando de que encontremos tantos y tal vez quiera subir al desván a fisgar entre las cosas del profesor. Y eso tampoco nos conviene.

–¿Y si se lo decimos a mamá? –propuso Charlie–. A ella no le hemos pedido ayuda todavía.

–Bien. Pero lo haremos en el Museo para que papá no esté delante.

–Entonces vamos a buscarla. Aún es pronto y a papá no le importará que nos vayamos.

• • •

Max Wellington entró en la oficina de correos de la 8ª Avenida y fue derecho a la zona en la que estaban los buzones de los apartados de correos.

Sally Straw le sonrió ruborizada desde el mostrador y movió ligeramente la cabeza a modo de saludo. Llevaba toda la mañana esperando a que fueran las diez y treinta y cinco minutos para verle llegar, como cada lunes y cada jueves a la misma hora. Como una adolescente, esperaba la visita de aquel hombre atractivo y carismático, sabiendo que su relación difícilmente pasaría de un breve saludo dos veces por semana.

A pesar de haber cruzado sólo unas pocas palabras con él, Sally sabía bastantes cosas sobre Max Wellington. Su compañero Dave le había contado quién era aquel misterioso visitante, alimentando más aún la fascinación que ella sentía hacia él. Según le dijo, a pesar de tener el mismo aspecto que tantos otros ejecutivos de Manhattan, se trataba de un destacado hombre de negocios. del dueño del gran emporio empresarial Aurum. Además también era un importante filántropo, aunque aquel hombre era demasiado modesto para presumir de ello. En efecto, poca gente sabía que el señor Wellington financiaba numerosísimos proyectos culturales como, por ejemplo, gran parte de las excavaciones arqueológicas que había repartidas por todo el mundo.

Dave también admiraba a aquel hombre y siempre le impresionó que alguien tan inmensamente rico fuera a recoger su correo en persona, algo que consideraba una muestra más de su sencillez.

Cuando Sally le preguntó por qué sabía tantas cosas sobre él, le explicó que, años atrás, su hijo trabajaba como redactor en una revista. Uno de los muchos encargos que el joven recibió fue el de hacer un reportaje sobre Max Wellington y su imperio económico. El chico se dedicó a fondo pero, a pesar de sus esfuerzos, apenas logró reunir algo de información. Cuando el buen hacer del periodista empezaba a estar en entredicho, se recibió un llamada en la redacción. Era Richard Spencer, Jefe de Prensa de Aurum. Según explicó, sabía que la revista preparaba un reportaje sobre la corporación y que un reportero estaba haciendo preguntas a sus empleados y clientes sobre la empresa y sobre la figura del señor Wellington. También dejó entrever que encontraría serias dificultades para conseguir datos suficientes en los que sustentar su crónica.

Cuando el editor de la revista esperaba recibir algún tipo de coacción si no abandonaban el proyecto, Richard Spencer le dijo que recibiría al joven periodista a la mañana siguiente para ofrecerle toda su ayuda y cuanta información precisara.

Tan sólo había una única condición: podría escribir sobre las actividades de la empresa y su apoyo al mundo de la cultura, pero el nombre de Max Wellington no debía aparecer en ningún momento. Ni una sola mención sobre su persona por expreso deseo suyo. Max Wellington detestaba el protagonismo frívolo de muchos grandes empresarios y su empeño en aparecer en los medios de comunicación, en lo que él consideraba un comportamiento más apropiado para una

estrella de cine que para un hombre de negocios. A su parecer, quien tenía a su cargo miles de empleados en todo el mundo, debía dar una imagen de responsabilidad y normalidad de la que, lamentablemente, algunos de sus colegas adolecían por completo. Por supuesto, sus deseos se cumplieron a pies juntillas.

Mientras su admiradora recordaba todo aquello apoyada sobre el mostrador, Max se quitó los guantes y sacó el llavero de su bolsillo para abrir la puerta plateada del pequeño buzón. Luego metió la mano y palpó en su interior.

Estaba vacío.

• • •

Los chicos no tardaron en llegar al Británico. Steve, el guardia de la vez anterior, no estaba en la puerta pero Charlie reparó que su hermana parecía conocer igual de bien al que estaba de servicio ese día.

Cuando llegaron a las oficinas, encontraron el despacho de Maggie vacío. Los chicos se quedaron unos instantes de pie, en el umbral de la puerta, observando la estancia. Montones de cajas estaban apiladas por el suelo y sobre los muebles. El escritorio, normalmente bien ordenado, estaba sumergido en un caos de papeles y fotografías de piezas arqueológicas que su madre debía estar estudiando. Era evidente que Maggie estaba realmente atareada.

–¿Y ahora qué hacemos? –preguntó Charlie sin reparar en que la puerta estaba abierta–. ¿Quién nos va a traducir los versos en latín?

–Tal vez yo pueda ayudaros –respondió una voz detrás de ellos.

Lisa sintió que se le helaba la sangre: aquella no era la voz de su madre. La muchacha se dio la vuelta para confirmar sus sospechas.

–¡Señora Rotherwick! –dijo sonriendo e intentando aparentar normalidad.

–Hola chicos –saludó la mujer con amabilidad.

Charlie también se esforzó en disimular, consciente de que acababa de meter la pata.

–Buenas tardes, señora Rotherwick –dijo–. ¿Sabe dónde está mi madre?

–¡Oh! Está en una reunión, querido. Otros tantos museos han informado que no nos cederán sus piezas para la exposición –respondió la señora Rotherwick mostrando su preocupación–. Si esto sigue así, va a ser una catástrofe para el Museo, que puede ver dañada su reputación gravemente.

–Cuánto siento oír eso –dijo Lisa.

–¿En qué os puedo ayudar? –preguntó la mujer.

–Oh, no se preocupe, no es nada –contestó Lisa con aire desinteresado.

–He oído que necesitabais traducir algo del latín. No creo que veáis a vuestra madre hasta la hora de cenar, así que, si me los enseñáis, os ayudaré encantada –se ofreció la mujer amablemente.

Lisa dudó unos instantes. Aquello no era lo que planearon y temía que a la señora Rotherwick le resultara sospechoso que tuvieran que traducir tantos versos del latín. Pero la mujer les miraba con una sonrisa inocente, como si para ella no tuviera ninguna importancia volver a ser su intérprete.

–No queremos molestarla –se disculpó la muchacha.

–Vamos, querida –respondió la señora Rotherwick extendiendo la mano hacia ella–. Ya sabes que no es molestia, apenas me llevará unos minutos.

Lisa permaneció unos segundos sin saber qué hacer. No aceptar la ayuda de la señora Rotherwick sería un comportamiento descortés y mucho más sospechoso que hacerlo. Tras meditarlo unos segundos, metió la mano en su bolsillo y entregó la hoja escrita por el profesor.

La señora Rotherwick la abrió y se quedó mirándola en silencio durante unos instantes, que a Lisa le parecieron prolongarse más de lo normal. Después, la mujer leyó lentamente los versos traducidos al inglés. En esta ocasión no dio ninguna explicación sobre la gramática latina, ni sobre las declinaciones de los verbos. Simplemente los tradujo, mientras Lisa anotaba cuanto iba diciendo.

"No lo cruzaban los condenados a muerte

sino los sedientos de sabiduría.

Morada de normandos y reyes,

y residencia de más de mil sabios.

Aunque hay decenas,

sólo en la más antigua

el león y el unicornio

te darán la bienvenida.

En algunas la tercera letra es,

pero sólo en la que buscas

la letra es el número cien"

–¿Y qué quiere decir lo que viene dentro del libro? –preguntó Charlie mientras señalaba el dibujo que había en el margen–. *"DOMIMINA NUSTIO ILLUMEA".*

–No se lee de lado a lado, querido –respondió pausadamente la señora Rotherwick–. Se ha de leer primero la hoja de la izquierda y luego la de la derecha: *"DOMINUS ILLUMINATIO MEA". "Dios me ilumina".*

–¡Ah, vaya! –exclamó el niño–. Por eso no encontrábamos lo que quería decir.

–Muchas gracias por su ayuda, señora Rotherwick –dijo Lisa–. No quisiéramos robarle más tiempo, nos vamos a casa.

–No os preocupéis –contestó la mujer–. No estaba haciendo nada importante, podéis quedaros un poco más si lo deseáis.

–Es tarde –afirmó Lisa con un tono más cortante de lo que hubiera deseado–. Debemos marcharnos.

–En ese caso, os acompaño a la salida –dijo la señora Rotherwick amablemente.

–Oh, no se moleste –respondió Lisa con nerviosismo.

–No es ninguna molestia, querida –repuso la mujer–. Es un verdadero placer.

La señora Rotherwick salió del despacho, por delante de los hermanos Wilford, iniciando una conversación intrascendental sobre el tiempo lluvioso de aquellos días y la marcha de los estudios de los niños. Al llegar al final del pasillo, torció a la derecha.

–¿No es por allí? –preguntó Lisa indicando el camino de la izquierda.

–Por aquí es más rápido, querida –dijo la señora Rotherwick con cierta indiferencia, mientras reanudaba la conversación con los chicos.

Lisa iba respondiendo a las preguntas de la mujer cuando atravesaron una sala repleta de enormes retratos. Charlie caminaba unos pasos por detrás mirando los cuadros, cuando de pronto se paró delante de uno de ellos.

–¡Ahí va! ¡Si es el viejo cascarrabias! –exclamó el niño.

En ese momento Charlie se dio cuenta de que no estaba solo y volvió la vista para comprobar si la señora Rotherwick le había oído.

–¿Cómo dices, querido? –preguntó la mujer visiblemente contrariada–. Supongo que te refieres al ilustre profesor Conwell.

–Sí, eso quiero decir –se disculpó Charlie.

Lisa clavó los ojos en su hermano con fiereza. Era la segunda metedura de pata grave en una sola tarde.

–Un verdadero caballero. Por desgracia en esta época ya no quedan muchos como él –dijo la mujer con toda la solemnidad que pudo–. Posiblemente el hombre más admirable con el que he tratado en toda mi vida.

–¿Pero es que ustedes se conocían? –preguntó Charlie sorprendido–. ¿No es usted un poco joven para un hombre tan mayor?

La señora Rotherwick enrojeció durante unos segundos y carraspeó. No sabía muy bien cómo debía interpretar aquella pregunta.

–Bueno, supongo que debo tomármelo como un cumplido, querido; aunque debes tener más cuidado con el modo de expresar tus opiniones –dijo la mujer–. Empecé a trabajar muy joven a las órdenes de Sir Horatio Conwell.

–No sabía que Sir Horatio hubiese trabajado en el Museo –observó Lisa, mientras trataba de

recordar la historia de la familia Conwell que su madre les contó semanas atrás.

–Y no lo hizo, querida –contestó la señora Rotherwick–. Fui su secretaria personal durante seis años, hasta su muerte. Luego vine al Museo, trabajando a las órdenes de su hijo, Solomon Conwell.

–Y si el viej...quiero decir, el profesor no trabajó aquí, ¿por qué hay un retrato suyo? –preguntó Charlie.

–En esta sala están los retratos de los principales mecenas y colaboradores del Museo –explicó la señora Rotherwick–. Y Sir Horatio fue uno de los más destacados.

–Mi madre mencionó algo de eso cuando nos contó la historia de nuestra casa –dijo Charlie.

–Su vida fue apasionante –continuó la señora Rotherwick–. Seguro que os gustaría conocerla.

Ninguno de los dos hermanos supo qué contestar. Conocer más detalles de la vida del profesor les ayudaría mucho en sus investigaciones, pero no sabían cómo podrían justificarlo ante la señora Rotherwick. La mujer les ahorró el trago de tener que inventarse una excusa.

–Venid mañana a verme a la misma hora que hoy –les dijo con naturalidad–. Os espero en mi despacho y os la contaré.

Luego acompañó a los chicos a la puerta principal del Museo y se despidió.

–Hasta mañana –dijo sonriente–. No faltéis a la cita.

Los hermanos Wilford emprendieron el camino de regreso a su casa. Lisa caminaba en silencio, algo confundida, sin saber si alegrarse o preocuparse por lo acontecido aquella tarde. Todo había salido bien, aparentemente. Tenían la traducción de los versos, la señora Rotherwick parecía no sospechar nada y encima les había citado para darles detalles sobre la vida del profesor Conwell, que a buen seguro les serían de gran utilidad. Todo había salido bien, demasiado bien; tanto, que resultaba turbador.

–Lisa, siento haber metido la pata –se disculpó Charlie.

–No te preocupes, creo que la señora Rotherwick no sospecha nada. Como dijiste tú, ¿quién se va a imaginar que hemos encontrado una capa para viajar en el tiempo?

Un silencio les envolvió de nuevo. Ni siquiera el ruido de los coches ni las pisadas de los chicos adentrándose en la estrecha calle en la que vivían, lograba llenarlo.

–¿Vamos a ir mañana? –preguntó Charlie.

–No sé si debemos.

Los dos hermanos siguieron caminando por el callejón solitario, apenas a treinta metros de distancia de su casa.

–Lisa –dijo Charlie–, si no me dices por qué estás tan preocupada, me va a dar un ataque.

Ella continuó andando, sin contestar, tratando aún de ordenar sus pensamientos.

–La señora Rotherwick ha dicho que fue la secretaria del profesor durante cuatro años– explicó por fin.

–¿Y qué? –preguntó Charlie intentando adivinar qué inquietaba tanto a su hermana.

–La letra, Charlie –contestó Lisa pausadamente–. Cuando le entregué la carta del profesor, pareció no reconocer su letra, pero resulta raro después de haber trabajado tanto tiempo con él.

–¡Tú me matas! –exclamó Charlie, bizqueando los ojos y moviendo la mano en círculos como si a su hermana le faltase un tornillo–. ¿Cómo va a acordarse si han pasado la torta de años? Si en los versos estuviera la firma del profesor, todavía podría resultar un poco raro que no la reconociera; y aun así lo entendería, porque cuando empezó a trabajar con el viejo era una jovencita y ahora la pobre es casi una momia.

Lisa se tranquilizó un poco al escuchar el razonamiento de su hermano.

–De todas formas, esta vez tampoco he entendido nada de lo que dice el verso –añadió el niño–. Y en la última carta el viejo dijo que las anillas estaban ocultas en sitios que fueron importantes para él. A pesar de que sepamos que son bibliotecas, conocer algo de su vida nos facilitaría bastante las cosas. ¿No crees?

–Sí, supongo que sí, aunque tal vez encontremos algo en la Wikipedia. Ya pensaré en algo para que papá no sospeche cuando me vea buscar información sobre él.

–Entonces busquemos en la Wikipedia y, si no sacamos nada en limpio, iremos a ver a la señora Rotherwick. Y no te me pongas paranoica. Recuerda que el profesor nunca le dijo nada a nadie sobre la capa, era su secreto. Y a fin de cuentas...

–... ¿Quién va a pensar que hemos encontrado una capa para viajar en el tiempo? –dijeron los dos hermanos al unísono, mientras reanudaban el camino a casa.

• • •

La señora Rotherwick cerró la puerta con el pie mientras dejaba las bolsas de la compra en el recibidor. La casa estaba en silencio y a oscuras, y la mujer buscó a tientas el interruptor de la luz para iluminar la estancia.

Desde que su viejo gato Cicerón había muerto, cuatro años atrás, cada vez retrasaba un poco más la hora de llegada a casa. Mantenerse ocupada le ayudaba a enmascarar una vida solitaria y monótona, sin demasiados alicientes ni ilusiones, y por eso volcaba todo su tiempo y energías en cada nuevo proyecto que la Dirección del Museo le asignaba.

Después de quitarse el abrigo, se descalzó y caminó con los zapatos en la mano hasta el mueble donde estaba su magnífico equipo de música. Durante unos instantes permaneció pensativa delante del aparato, intentando escoger una pieza musical apropiada para aquella noche. Concierto para Piano nº 21 de Mozart; el bueno de Mozart siempre tenía un tema para cada ocasión.

Mientras escuchaba la música, se cambió de ropa, recogió la compra y preparó una cena bastante frugal, que comió con poco interés y menos prisa. Fue entonces cuando dejó la bandeja en la mesita que había delante del sofá y se decidió a hacer lo que llevaba retrasando toda la tarde.

La mujer sacó la escalerilla del armario de la cocina, la llevó hasta el estudio y la colocó a los pies del maletero. Con un poco de dificultad e intentando no perder el equilibrio, bajó una pesada caja forrada con un papel de regalo descolorido por los años, que dejó en el suelo. Luego se arrodilló junto a ella y, antes de abrirla, suspiró intentando liberarse del nudo que tenía en el estómago.

El polvo que había en la tapa la hizo estornudar un par de veces al retirarla. Tras sonarse la nariz con un pañuelo, sacó sus viejos blocs de notas y los colocó cuidadosamente junto a la caja, mientras sentía que la nostalgia casi la ahogaba. Luego cogió una carpeta de cartón marrón y la abrió sobre sus piernas. Durante años conservó unas cuantas notas manuscritas de su querido profesor Sir Horatio Conwell. Un gran hombre, culto y educado como ningún otro, un verdadero caballero para el que trabajó durante seis maravillosos años, los mejores de su vida.

El profesor tenía una caligrafía recta y distinguida, delicada pero decidida, franca y a la vez enigmática. Nunca vio una letra que reflejara de forma más fiel la personalidad de su autor. La hubiera reconocido entre un millón y, esa tarde, cuando los hijos de la encantadora señora Wilford le mostraron aquellos versos en latín, supo inmediatamente que eran suyos.

Aún no sabía para qué servían, ni los motivos que empujaron al profesor a escribirlos, pero le conocía demasiado bien para saber que no se trataba de un simple entretenimiento. Los versos eran un acertijo, igual que los primeros que había traducido para los chicos. Aquella vez, los dos hermanos habían sido más precavidos y los traían en una hoja escritos por ellos mismos, pero intuía que también eran del profesor; y que habría más.

La mujer volvió a meter todo dentro de la caja, pensando cómo iba a actuar. Lo mejor sería ayudar a los chicos, procurando que ellos no sospechasen nada. Si se lo ponía fácil, tal vez se acostumbrarían a acudir a ella para que les ayudara, e incluso conseguiría ganarse su confianza. Y de esa forma lograría desvelar aquel misterio.

• • •

A la tarde siguiente, Lisa le pidió a su padre que le dejase buscar unos datos en la Wikipedia sobre el Museo Británico. Marcus accedió a ello, aunque no se separó de la pantalla mientras Lisa realizaba la búsqueda, tal y como hacía desde que le impuso el castigo.

Después de un pequeño salto a través del buscador Google, Lisa se zambulló de lleno en la ingente información que el sitio ofrecía sobre el Museo. Marcus leía con curiosidad los datos en la pantalla cuando Charlie les interrumpió.

–Eres una ciberadicta –dijo con tono de reproche–. Siempre vas a lo cómodo, anda que no tienes mejores maneras de buscar las cosas.

Lisa y Marcus seguían leyendo en la pantalla del ordenador, mientras Charlie cogía un pesado tomo de la Enciclopedia Britannica de una de las estanterías. Al hacerlo, el volumen se le cayó al suelo y su padre dio un brinco como si se le hubiese caído un recién nacido.

–¡Ten cuidado, Charlie! –le regañó.

–Perdón, papá –se disculpó el niño, mientras colocaba el tomo sobre el sofá y comenzaba a

pasar las hojas ruidosamente.

Marcus intentaba concentrarse en la pantalla, pero el ruido de las hojas a punto de rasgarse acaparaba toda su atención.

–Despacio, hijo, despacio –suplicó–. Es un libro, trátalo con más cuidado.

Charlie cerró el volumen de golpe y se dirigió de nuevo a la estantería.

–No lo encuentro. A ver en éste –dijo sacando otro que, incomprensiblemente, se le volvió a caer de entre las manos.

Marcus no pudo soportarlo más y se levantó a ayudarlo.

–¡Dios Santo, Charlie! –le dijo–. ¿Qué es lo que buscas?

–Pues el Museo Británico.

Marcus devolvió el tomo con mimo a la estantería y cogió otro volumen.

–Tienes que buscarlo en este, cariño –explicó.

Marcus abrió el libro con delicadeza, pasando las hojas con suavidad. En el ordenador Lisa había abierto un par de sesiones nuevas, tecleando con cuidado para no hacer ruido. En una de ellas hizo una búsqueda en Google de las palabras *"león y unicornio",* y en la otra buscó *"Horatio Conwell"* en la Wikipedia.

Marcus había encontrado en la enciclopedia el epígrafe de la Biblioteca Británica y se disponía a regresar a su asiento cuando Charlie le agarró de la manga.

–¿A que aquí está más completa? –dijo.

–No lo sé, cariño. Aún no he podido ver lo que viene en Internet.

Lisa leía en silencio y a ritmo frenético la información mostrada en la pantalla. Cuando vio que su padre volvía junto a ella, cerró todas las pestañas de Internet de golpe.

–Ya he terminado, papá –dijo–. Muchas gracias.

–De nada, cariño –contestó él, levantándose de un salto para ayudar a Charlie a guardar el volumen de la enciclopedia.

–Por cierto, papá –dijo Lisa–. ¿Sabes qué es ese libro que hay en el escudo de la vidriera?

Marcus se volvió para mirarlo.

–Es parte del escudo de la Universidad de Oxford. Lo que aparece escrito es su lema, *"Dominus illuminatio mea"*. O lo que es lo mismo*, "Dios me ilumina".*

–¡Cuánto sabes, papá! –dijo Charlie–. Más que la Wikipedia y la Britannica juntas.

Marcus sonrió mientras se sentaba de nuevo ante el teclado de su ordenador.

–Nos vamos a dar una vuelta al museo, a ver si vemos a mamá –dijo Lisa.

–Creo que no es una buena idea –respondió Marcus–. Me temo que está demasiado ocupada para recibir visitas.

–No te preocupes. Si no puede hacernos caso, nos iremos a ver alguna momia que nos parezca interesante –dijo Charlie en alusión a la cita que tenían con la señora Rotherwick.

–Vendremos pronto –prometió Lisa.

Marcus asintió con la cabeza y luego volvió a su trabajo. Había perdido un tiempo precioso en busca del Museo Británico.

• • •

–¿Has podido encontrar algo?– preguntó Charlie al salir de casa.

–¡Pobre, papá! –respondió Lisa entre risas–. Cuando se te ha caído el volumen por segunda vez, creí que se moría.

Charlie sonrió avergonzado. Era un poco ruin atacar el punto débil de su padre de una manera tan despiadada.

–Pero ha funcionado –afirmó encogiéndose de hombros–. ¿Encontraste algo?

–Sólo que Horatio estudió Historia Antigua en Oxford y que luego fue profesor allí. Seguramente por eso puso el escudo de la Universidad en su ventana. Pero no he encontrado nada más. Aunque venía mucha información, no he visto nada que nos pueda servir como pista.

Poco después llegaban al museo. La señora Rotherwick les recibió sentada en su escritorio, perfectamente ordenado y ocupado tan sólo por una bandeja con pasteles y un discreto juego de té. De fondo se oía una ópera en la que un barítono cantaba con voz sombría y grave.

–¡Ah! Ya estáis aquí –les saludó al verles–. Sentaos, por favor.

La mujer cogió la cafetera y sirvió chocolate caliente en dos tazas.

–Espero que os guste –les dijo.

Luego continuó hablando, como si quisiera evitar a los chicos el trance de ser ellos quienes iniciasen la conversación.

Lisa la observó, intentando hallar una sombra de sospecha en su mirada. Pero la señora Rotherwick parecía tan reposada y servicial como siempre, aunque su expresión y el tono de su voz le parecieron algo más cálidos que de costumbre.

–¿Dónde estábamos? –dijo la mujer ajustándose las gafas–. ¡Ah, sí! Sir Horatio Conwell. Veréis, fue un gran hombre, el símbolo de una gran época de la que, me temo, ya no queda nada.

Lisa y Charlie la escuchaban mientras mojaban los pasteles en el chocolate que les había servido.

–Horatio nació en una familia de elevada posición. Su padre era un rico comerciante galés, un hombre muy cariñoso y entrañable, que trató de procurar la mayor felicidad a su familia. Ya desde niño, Horatio destacó por sus facultades intelectuales, aunque nunca demostró demasiado interés

por los negocios de su padre. Su verdadera pasión era la Historia Antigua, así que se matriculó en la Universidad de Oxford y, gracias a sus impresionantes dotes y a su brillante expediente, fue admitido en el Merton College, uno de los más prestigiosos de la ciudad.

La mujer se levantó de la mesa y cogió un libro de pastas negras de una de las estanterías. *"Colegios de Oxford, Cambridge y Edimburgo"*, leyó Charlie. La señora Rotherwick lo abrió sobre la mesa, pasando las hojas despacio, como si quisiera ilustrar su historia con las imágenes de cuanto iba relatando.

–Es el colegio más antiguo de Oxford y todavía hoy sigue siendo una verdadera joya –continuó, mientras mostraba en el libro fotos del colegio–. Aunque ha tenido varias ampliaciones en diversas épocas, aún conserva algunos edificios medievales originales.

Los muchachos escuchaban a la mujer con atención. Era tan buena narradora de historias como su madre, aunque Charlie no pudo evitar encontrarle el defecto de irse por las ramas con demasiada facilidad.

–Este es el Mob Quad –señaló la mujer en el libro–, el patio central que da a la capilla y una de las joyas del colegio. La otra, sin duda, es la biblioteca, la más antigua de toda la ciudad; a pesar de que hay mucha gente que piensa equivocadamente que es la Bodleian.

Lisa sintió que la sangre se le subía a la cabeza de golpe. Aquella mujer estaba desentrañando la vida del profesor Conwell, pero también las pistas del poema que ella misma había traducido la tarde anterior. Miró a Charlie de reojo: su hermano también se había percatado de que la biblioteca más antigua, a la que aludía el poema, era la del Merton College. Pero, a diferencia de ella, Charlie estaba tan tranquilo, seguro de que la mujer nunca sabría para qué necesitaban hallar aquella información.

–Pues sí que es bonito el colegio –comentó el niño–. Pero me gusta más el que sale en Harry Potter.

–El Christ Church College –explicó la señora Rotherwick.

–Ahora me enseña las fotos –dijo Charlie–, cuando terminemos de ver éste.

Lisa respiró hondo y trató de relajarse. Su hermano estaba manejando la situación con bastante naturalidad y aquello tan sólo parecía una conversación sobre los colegios de Oxford.

La señora Rotherwick siguió pasando las hojas en las que se explicaba la historia y la arquitectura del Merton. Una vista aérea, otra de todo el conjunto tomada desde unos jardines cercanos, un reloj de sol en la fachada, la entrada principal... Lisa sintió que su hermano le daba una patada por debajo de la mesa. En la entrada había un gran arco de piedra y, sobre él, un conjunto escultórico con un obispo rezando arrodillado junto a un árbol, un león y un unicornio. Lisa volvió a respirar hondo.

La señora Rotherwick siguió con su relato.

–Se dice que la biblioteca es una de las más antiguas y más hermosas de toda la Gran Bretaña. Data del siglo XIV y todavía conserva gran parte de la obra de madera, como los paneles,

biombos y estanterías.

Una enorme foto de la biblioteca mostraba dos hileras de estanterías de madera repletas de libros antiguos. En el lado que daba al pasillo, había unas chapas ovaladas del tamaño de un huevo con las letras del abecedario en mayúsculas, y en el lateral, lo que parecía un letrero con la materia correspondiente a los libros colocados en cada estantería. Lisa sintió una nueva patada en la espinilla, esta vez más fuerte que la anterior.

–Tal vez acabemos estudiando allí algún día. Aunque no sé, porque mis padres fueron a Cambridge, y ya sabe...–dijo Charlie levantando las cejas para aludir a la histórica rivalidad entre las dos universidades.

La señora Rotherwick sonrió al ver al muchacho y Lisa se relajó nuevamente.

–¿Y cómo dice que se llama el colegio de Harry Potter? –preguntó el niño.

–El Christ Church College –respondió la mujer–. Además de Potter, hay otros personajes importantes, de carne y hueso, que estudiaron allí como Lewis Carroll y trece primeros ministros ingleses, entre otros.

La señora Rotherwick comenzó a pasar las hojas en busca de las fotos del Christ, pero se detuvo antes de llegar a ellas.

–Mirad, una curiosidad –explicó–. En Oxford hay una copia del Puente de los Suspiros de Venecia. Curiosamente en Cambridge hay otro, aunque no es tan parecido como éste. El puente comunica el edificio antiguo con el nuevo del Hertford College. En Venecia lo usaban los presos que iban al Palacio de Justicia, y aquí lo hacen los estudiantes. Qué paradoja, ¿no?

Esta vez fue Lisa quien lanzó una patada a su hermano. Era justamente lo que decía la primera frase del verso. Sin embargo, la señora Rotherwick parecía no relacionar las dos cosas y siguió pasando las hojas del libro hasta llegar al Christ.

–Hay que reconocer que es magnífico –dijo la mujer admirando la foto del comedor, famoso desde que apareciera en la película del aprendiz de mago–. Pero hay otros elementos mucho más reseñables, como la Catedral, la torre y el Tom Quad.

–Parece que estoy viendo a Harry volando en su escoba –dijo Charlie.

En ese momento, una voz familiar interrumpió la conversación. Era Maggie, que venía a hacer algunas consultas a la señora Rotherwick.

–¡Chicos! ¿Qué hacéis aquí? –preguntó.

–Hola, mami –le saludó Charlie, dando un salto para abrazarla–. Estamos decidiendo en qué College vamos a estudiar. De momento nos hemos quedado en Oxford, y mola mucho. Me parece que lo de ir a Cambridge no está nada claro.

Maggie sonrió al oír las palabras de su hijo, al que aún se le hacía difícil imaginar enfundado en una toga.

–Espero que no te hayan molestado, Helen –dijo.

–En absoluto, querida –contestó la señora Rotherwick–. Son unos muchachos encantadores. Espero que volváis a visitarme para seguir con nuestra historia.

–¡Vale! –dijo Charlie–. Pero no se olvide de la merienda.

Lisa se ruborizó al escucharle: ella sería incapaz de decir algo así, pero al enano le sobraba desparpajo.

–Desde luego, querido –respondió la señora Rotherwick con amabilidad.

Charlie se quedó mirándola unos instantes. Tal vez aquella mujer no fuera tan cardo, después de todo, aunque la pobre no tenía buen gusto para la música ni para la ropa.

–Hoy me marcho con vosotros a casa –dijo Maggie, despidiéndose de su colega con una gran sonrisa–. Creo que me lo he ganado.

CAPÍTULO VIII: 51° 45′ 3.82″ N, 1° 15′ 7.59″ W

Después de la cena, Lisa se deslizó dentro de la habitación de Charlie. Sus padres solían ser bastante estrictos con la hora de apagar la luz, pero merecía correr el riesgo de recibir una pequeña reprimenda.

–Tenemos que ir a la biblioteca del Merton –dijo nada más entrar.

–Pues le decimos a papá y a mamá que nos ha gustado tanto Oxford que queremos ir a elegir colegio –respondió Charlie, ya metido en la cama–. A mí todavía me queda un poco, pero a ti no tanto.

–No se lo van a tragar, Charlie. Además, para entrar en las bibliotecas, hace falta un pase de estudiante y nosotros no tenemos.

–Y entonces, ¿qué hacemos? Los de papá y mamá serán de Cambridge y no creo que en Oxford los acepten.

–Pero, ¿es que ya no te acuerdas? Podemos usar la capa y la pulsera para transportarnos hasta allí –dijo Lisa sentándose en la cama–. Tú mismo lo dijiste, debía haber un motivo por el que el profesor hizo que encontrásemos la anilla del lugar antes que ninguna otra.

–No se me había ocurrido. ¿Y cómo lo hacemos?

–Tenemos que encontrar las coordenadas de la biblioteca del Merton y el horario de apertura. Supongo que el viernes por la noche puede ser un buen momento para ir allí, aprovechando la visita de la señora Davis.

–¿Y cómo las conseguimos?

–¡Caramba, Charlie! Para manejar las situaciones cuerpo a cuerpo no tienes precio, pero como estratega eres un desastre. Mañana le enseñaré a papá el Merton en Internet y, con suerte, podremos entrar en Google Earth para obtener las coordenadas de la biblioteca. Mucho me temo que tendrás que volver a necesitar su ayuda para que no se te caiga ningún otro libro al suelo... No seas muy bruto, ya sabes que no lo soporta.

Lisa guiñó un ojo a su hermano a modo de despedida y se fue a su habitación. Estaba impaciente y bastante agitada ante la idea de usar la capa por primera vez, aunque no podía evitar sentir un poco de pánico. Era la hermana mayor y la más consciente de los dos y, si algo salía mal, tendría que cargar con ello el resto de su vida.

• • •

El paleontólogo Oswald Butler estaba escribiendo en su cuaderno de campo algunas notas pendientes. El ritmo de las excavaciones era más lento de lo previsto y, tanto el número como la importancia de los hallazgos, decepcionantes. En los últimos meses la suerte les dio la espalda y

tan sólo conseguían desenterrar piezas que únicamente un aficionado consideraría valiosas.

Más al norte del estado, sin embargo, otros colegas a los que el Doctor Butler consideraba sus rivales, habían hecho grandes descubrimientos, lo que le provocaba aún más rabia y frustración.

Si no llegaba algún descubrimiento importante, la fundación que les financiaba podía cerrarles el grifo. Además, en junio cumpliría los cincuenta y ocho, y sabía que no le quedaban demasiados años para continuar con el trabajo de campo. Las posibilidades de hacer un descubrimiento se alejaban y, si las cosas seguían así, estaba condenado a no ser más que una breve reseña en algunas listas bibliográficas, gracias a un par de aburridos manuales sobre Paleontología que publicó mucho tiempo atrás.

El hombre dejó escapar un largo suspiro para mitigar su ansiedad. Necesitaba que su suerte cambiara. Y que lo hiciera de forma urgente.

• • •

Marcus cedió a Lisa su puesto delante del ordenador. Estaba acostumbrado a las preguntas de sus hijos sobre cuestiones de todo tipo, relativas a cualquier tema o época. Tanto él como Maggie trataron de potenciar la curiosidad y las ganas de saber en los chicos y, a juzgar por sus preguntas y peticiones de un tiempo a esta parte, lo habían conseguido. Tal vez con demasiado éxito.

–Sólo quiero enseñarte una cosa, papá –le aseguró Lisa–. Ayer la señora Rotherwick nos enseñó unos cuantos colegios de Oxford que eran una pasada. Ella tenía un libro precioso, pero quería ver qué sale en Google Earth, cuando vuelas por encima de la ciudad y ves las casas.

Marcus miraba resignado. Tenía que terminar un par de ponencias y su editor no dejaba de presionarle para que acabara el libro en el que estaba trabajando.

–No te preocupes, papá –le animó Charlie–. La señora Rotherwick nos va a enseñar también los de Cambridge para que los conozcamos por dentro. Así que también daremos un ciber-paseo por allí y nos vuelves a enseñar los sitios donde estudiaste.

–Me tranquiliza saberlo –dijo Marcus sonriendo.

Lisa planeó por azoteas, torres y tejados de la ciudad universitaria con destino al Merton College. Recordaba que la señora Rotherwick les mostró la foto de un gran patio en el que estaba el edificio de la biblioteca, el Mob Quad. La chica miraba el marcador del programa, en el que los números de latitud norte–sur y longitud este–oeste cambiaban con increíble rapidez con un ligero movimiento del ratón. Lisa amplió la imagen más y más, hasta que el edificio se vio completamente pixelado.

–Caramba, cariño –dijo Marcus–. Podrías ver una mosca en la calva de algún desdichado profesor.

Lisa calculó el sitio donde estaba la biblioteca e hizo la señal pactada.

–¡Cómo me duele la cabeza! –exclamó.

En ese momento, Charlie se levantó y se dirigió derecho a la Enciclopedia Británica.

–Papá, ¿crees que aquí vendrá alguna foto? –preguntó a la vez que intentaba sacar uno de los tomos.

–No, cariño, seguro que no –respondió Marcus, levantándose hasta la estantería y empujando con determinación el tomo que Charlie trataba de coger para volver a meterlo en su sitio–. No es una enciclopedia ilustrada.

Lisa guiñó un ojo a Charlie: tenía las coordenadas apuntadas. Luego prosiguió navegando un poco más por el cielo y las calles de Oxford. Charlie también se animó e hizo un par de vuelos rasantes a la torre del Christ Church College, como si fuera el mismísimo Harry Potter disputando un torneo de *quidditch* a lomos de su Nimbus 2.000.

• • •

Lisa repasó concienzudamente las instrucciones detalladas en el Libro del Tiempo con el fin de asegurarse de que las explicaciones reflejadas en los textos en inglés y en los dibujos eran suficientes para entender cómo realizar el viaje. Según había acordado con su hermano, evitarían traducir las partes en latín si todo estaba claro, pero la muchacha no podía dejar de pensar en las palabras del profesor advirtiendo que lo más importante era asegurarse el regreso.

La muchacha insertó la anilla en el cordón de la pulsera e introdujo las coordenadas correspondientes a la biblioteca del Merton College. A continuación volvió a mover las ruedecillas y seleccionó las estrellas que había grabadas en todas ellas, que servían para transportarles de nuevo al punto de partida. Cuando fuese con Charlie a la biblioteca del Merton, no podía haber errores.

Antes, sin embargo, era necesario comprobar que, tal y como parecían indicar los dibujos que había en el Libro del Tiempo, los dos podían hacer el viaje juntos. El lugar de destino sería un lugar próximo a su casa, de modo que pudieran regresar rápidamente a ella si algo salía mal. Finalmente, el lugar seleccionado fue la rotonda que había justo delante. Para averiguar sus coordenadas, los chicos cogieron el GPS que su abuelo Henry regaló a su padre las últimas Navidades, en un derroche de generosidad y escaso sentido común.

Tras la merienda, los chicos se reunieron en el Cuartel General. Lisa también anotó en un pequeño cuaderno las coordenadas que mostraba el GPS para su actual ubicación, dentro del desván, en previsión de que pudiera necesitarlas en algún momento. Luego hizo un último repaso del Libro del Tiempo para comprobar que todo estaba claro.

–Bien –dijo nerviosa–. Tenemos que salir a la rotonda para tomar las coordenadas exactas. Haremos la prueba esta noche y así nos aseguramos de que nadie nos vea aparecer de golpe en mitad de la calle. Sacaremos la capa de su sitio y vendremos al desván para que mamá no nos vuelva a sorprender. Si todo sale bien, mañana por la noche, cuando la biblioteca del Merton esté cerrada, iremos a buscar la segunda anilla.

Charlie asintió. Su hermana tenía todo perfectamente planeado.

–Veremos un rato el concurso de baile y nos iremos a la cama temprano –prosiguió ella–. Le diremos a la señora Davis que a la mañana siguiente debemos madrugar. Entonces nos reuniremos

aquí y haremos nuestro primer viaje.

Los chicos salieron juntos a la calle y se detuvieron bajo los castaños que había en la rotonda.

–Aquí –dijo Lisa, mientras sacaba una tiza de uno de sus bolsillos y dibujaba con ella una pequeña cruz en el suelo.

Luego sacó el GPS y anotó la posición exacta en el cuadernillo. El aparato tenía un margen de error de menos de un metro, así que se aseguró de estar suficientemente alejada de los árboles, temiendo por un momento que pudiera aparecer dentro del tronco de uno de ellos y se quedase allí atrapada junto a su hermano para toda la eternidad.

La muchacha era perfectamente consciente de que todo lo que sabía acerca de la capa eran suposiciones y conjeturas. No conocía a ciencia cierta su funcionamiento y, a pesar de que sentía una gran impaciencia por iniciar los viajes, no podía evitar que las dudas y los temores de que algo saliera mal la asaltaran continuamente.

Durante la cena, Marcus le preguntó un par de veces a su hija si le había ocurrido algo. Ella le aseguró que todo iba bien y que sólo estaba un poco cansada. Pero la muchacha estaba seria y apenas abrió la boca durante la cena.

• • •

Lisa despertó a Charlie a las tres en punto, segura de que a esa hora nadie podría sorprenderles en la calle.

Su hermano se espabiló con una rapidez que le sorprendió. Debía de estar tan nervioso como ella misma y tampoco había conseguido sumirse en un sueño profundo.

Una vez en el desván, puso las coordenadas en la pulsera y la colocó en la muñeca de su hermano. Según pudo leer en el Libro del Tiempo, el viajero debía tener puestos anillo, capa y pulsera a la vez. Para iniciar el viaje, bastaba con girar 180º una pequeña manilla que había en el cierre de la pulsera.

La muchacha sacó la capa del armario donde la habían ocultado y se dispuso a ponérsela a Charlie sobre los hombros. Era bastante larga, así que dedujo que el profesor debía ser un hombre alto. El terciopelo parecía cambiar de color según reflejara la luz, pasando de negro a azul oscuro e incluso a azul cobalto. Lisa la estiró bien antes de colocársela, poniendo buen cuidado en que su hermano no pudiera pisarla. Sin embargo, después de abrocharle los tres botones que tenía en el cuello, se sorprendió al ver que la prenda había encogido hasta ajustarse a la estatura del niño. Parecía que se la hubiesen hecho a medida.

Charlie reparó en la expresión de perplejidad de su hermana.

–¿Qué esperabas, Lisa? –dijo–. Es magia. Todo es magia: la capa, viajar en el tiempo... Y esto mismo pasó con el anillo, ¿recuerdas?

Lisa miró a Charlie y cambió el gesto. Llevaba razón.

–Bien, el motivo de hacer la prueba es para comprobar dos cosas –explicó–. Que la capa

funciona y que podemos viajar juntos. Si no puedo acompañarte, me temo que no podrás viajar hasta que tengas, al menos, catorce años. Y sólo si te conviertes en una persona tan madura como yo.

Aunque se sintió tentando, Charlie se abstuvo de comentar la última frase. Si la capa funcionaba, y esperaba que así fuera, era innecesario entrar en ciertas discusiones.

–Tenemos que abrazarnos, como si fuésemos una sola persona –prosiguió Lisa–. Luego tienes que girar la manecilla que hay en el cierre y nos iremos.

Apenas terminó la frase, cuando sintieron una fuerte sacudida y que todo daba giraba violentamente su alrededor, como si fueran un pequeño pañuelo en el interior de una lavadora en pleno programa de centrifugado. Aquello apenas duró unos pocos segundos, pero a los chicos, y muy especialmente a Lisa, le parecieron una eternidad.

Cuando abrió los ojos, bastante mareada y dando algunos tumbos, se sintió totalmente eufórica. Estaban exactamente en el mismo punto que había marcado en la acera, los dos juntos y de una pieza. La muchacha sonrió exultante y aliviada. Lo habían conseguido. Ahora sabía que no había límites para ellos, que podrían entrar en cualquier sitio.

–¡Qué pasada! –exclamó Charlie, intentando no perder el equilibrio–. ¡Estamos exactamente en el sitio que has señalado! ¡Esto es alucinante!

–¡Sshhh! ¡Despertarás a los vecinos! –le reprendió Lisa sin dejar de sonreír.

–Lo único malo es que te mareas un montón.

–Sí, pero se pasa enseguida. Bueno, vámonos ya. Ahora tienes que seleccionar todas las estrellas, abrazarme y volver a girar la manecilla.

Charlie se dispuso a seguir las indicaciones de su hermana pero, al hacerlo, vio que los números de las coordenadas cambiaban cuando él se movía.

–¡Mira, Lisa! –exclamó–. Cuando me muevo, las anillas giran. Creo que dan la posición del sitio en el que estoy en todo momento; es como si fuera una brújula, solo que me da las coordenadas justas del sitio donde estoy. Es curioso, en el desván no lo hacía.

Lisa miró la pulsera sorprendida.

–Supongo que la has debido activar al girar la manecilla, que funciona sólo cuando se inicia el viaje. Venga, date prisa –dijo Lisa, como si de pronto volviera a la realidad–. Son las tres y veinte de la madrugada; si alguien nos ve aquí, vamos a tener un problema.

Charlie ejecutó las instrucciones que su hermana le había dado. Nada más girar la manecilla, volvieron a sentir una enorme fuerza centrífuga en todo su cuerpo y aparecieron de nuevo en el desván.

Aunque sus efectos eran bastante molestos, la prueba había sido un éxito. La noche del viernes, mientras sus padres disfrutaban de su salida semanal y la señora Davis de un buen espectáculo de baile con palomitas, ellos viajarían a la biblioteca del Merton College. Una de las

más antiguas de toda Inglaterra y escondite de la segunda anilla.

• • •

Charlie empezó a bostezar ruidosamente y a escurrirse en el sofá, tratando de encontrar una posición cómoda. La señora Davis sintió que el niño le clavaba el trasero en su muslo izquierdo, pero siguió comiendo palomitas sin decir nada.

Después de un par de puñados, Charlie volvió a bostezar y a moverse con brusquedad, propinándole un nuevo empujón. No podía creer que el niño se estuviera quedando dormido justo en ese momento, cuando su concursante preferida estaba a punto de saltar a la pista.

–Vete a la cama, querido –le ordenó con sequedad–. Sube a lavarte los dientes, que enseguida subo yo.

–Ya voy –contestó Charlie entre bostezos y tratando de acomodarse en el espacio que había conseguido conquistar.

La presentadora salió a la pista y, sin dejar de exhibir una perfecta sonrisa en todo momento, anunció la salida inminente de la nueva favorita de la señora Davis.

–En unos instantes, con todos ustedes, Rebecca Gibbs –anunció la joven, sacudiendo con coquetería su melena rubia–. Les recomiendo que permanezcan sentados y no se pierdan ni un solo paso del magnífico chachachá que nos ha preparado...

–Charlie, a la cama –ordenó la señora Davis con acritud.

–No se preocupe, señora Davis –dijo Lisa levantándose del sofá y tirando de la mano de su hermano–. Le subo conmigo y me encargo de que se acueste. Yo también estoy cansada, así que me voy a dormir.

La mujer sonrió complacida y siguió comiendo palomitas.

–Hasta la semana que viene –dijo Lisa a modo de despedida para evitar que su canguro se sintiera en la obligación de subir a despedirse de ellos.

–Hasta el próximo viernes –se despidió Charlie.

Luego subieron las escaleras pesadamente y la señora Davis se zambulló de lleno en el chachachá, moviendo los pies sobre la alfombra como si fuese ella quien ejecutase el baile sobre el escenario.

Charlie se dispuso a subir el segundo tramo de escaleras, camino del desván, cuando reparó en que su hermana se dirigía a su cuarto.

–¿A dónde vas? –le preguntó entre susurros.

–A cambiarme de ropa –contestó ella, como si aquello fuese algo evidente–. Si alguien nos encuentra en la biblioteca, me muero; pero no quiero ni pensar que encima me viera en pijama.

Charlie se quedó mirando a su hermana, debía habérselo figurado.

–Y tú también deberías cambiarte –añadió la muchacha–. Al menos, si nos pillan, no será tan

raro.

El niño se metió en su cuarto y se vistió. Luego volvió a la escalera donde, incomprensiblemente, tuvo que esperar unos minutos más hasta que su hermana estuvo lista y por fin pudieron subir al Cuartel General.

Lisa sacó la capa del armario y se la colocó a su hermano. Después se sentó en el escritorio y abrió el cuaderno en el que tenía escritas las coordenadas de la librería del Merton College.

–51° 45′ 3.82″ N, 1° 15′ 7.59″ W –dijo girando uno a uno los discos numerados.

Charlie observaba a su hermana realizar la operación mientras terminaba de abrocharse los tres botones de la capa. Una vez acabó, Lisa cogió la linterna y la traducción del verso, y se acercó a su hermano.

–¿Estamos listos? –preguntó Charlie.

–Listos –respondió Lisa abrazándose a él.

El niño giró la manilla de la pulsera, esperando sentir una sensación parecida a cuando viajaron a la rotonda de su casa, aunque esta vez fue algo más violenta. Todavía estaban aturdidos cuando abrieron los ojos y vieron ante sí la biblioteca del Merton, tenuemente iluminada por la luz de la calle que se colaba a través de unos enormes ventanales situados en la parte superior de la estancia.

–¡Es preciosa! –exclamó Lisa, mientras contemplaba las dos hileras de estanterías que había a ambos lados de un amplio pasillo central–. ¡Dios Santo, Charlie! ¡Con la capa podemos ir a todas partes!

–Pues espera a que tengamos todas las anillas –respondió el niño satisfecho, soñando con las infinitas posibilidades que aquel artilugio les ofrecía.

Lisa recorrió la sala maravillada, aún sin creer que la capa les hubiera llevado hasta allí. Cientos de libros antiguos descansaban en viejas estanterías y, delante de cada una de ellas, un estrecho banco de madera daba la bienvenida al lector, invitándole a consultar sin prisa cualquiera de los tomos que tenía ante sí. La muchacha los contempló y no pudo evitar pensar en su padre.

–Todo está como en la foto que nos enseñó la señora Rotherwick –dijo Charlie–. Es como si estuviéramos en una de esas películas en la que los niños saltan y se meten dentro de un libro.

En ese momento se escucharon unas voces que venían del exterior y Lisa se alegró por haberse cambiado el pijama por ropa de calle; al menos saldría más favorecida en la foto de la ficha policial.

–Será mejor que pongamos manos a la obra –dijo sin poder ocultar su nerviosismo.

Charlie asintió y luego comenzó a caminar por la estancia, preguntándose por dónde comenzar a buscar. Entonces reparó que, al igual que en la biblioteca de su casa, cada estantería tenía un cartel que indicaba la materia sobre la que versaban los libros colocados en ella. Los carteles

estaban adosados a la cara exterior, la que daba al pasillo, de modo que se pudieran leer fácilmente al recorrerlo.

–Aquí hay varias estanterías de Historia –dijo, dando por hecho que el sobre que buscaban también estaría oculto bajo alguna de aquellas placas–. Historia Antigua, Historia Medieval, Historia Moderna... ¿Cómo sabremos cuál es?

Lisa revisó el papel con los versos tratando de hallar una respuesta.

–Ésta tiene que ser la pista –dijo señalando con el dedo–:

"En algunas la tercera letra es,

pero sólo en la que buscas

la letra es el número cien".

–¿Y eso qué quiere decir? –preguntó Charlie.

–No lo sé, pero tenemos que adivinarlo rápido. Papá y mamá no tardarán mucho en volver, y siempre van a nuestra cama a darnos un beso de buenas noches.

De nuevo se escucharon voces y ruidos del exterior que inquietaron a los chicos un poco más. En el colegio había bastante más actividad de la que habían imaginado.

Lisa caminó por el pasillo central, intentando hallar cualquier indicio que estuviera relacionado con aquellos versos. Cuando llegó al fondo se dio la vuelta y entonces reparó en las placas con letras mayúsculas que había en las pilastras de las estanterías. Además de estar clasificados por materias, los libros también parecían estar colocados por orden alfabético, tal vez por su título o por el nombre de su autor. De este modo, la letra A se repetía en varias estanterías, pues el alfabeto comenzaba tantas veces como materias había.

Charlie vio a su hermana mirando fijamente los estantes desde la pared de entrada a la sala, y se colocó junto a ella.

–¿Qué tienes? –preguntó.

–No lo sé –contestó ella sin levantar la vista.

–Entonces piensa en voz alta y así pensamos juntos. Dos cabezas discurren más que una.

Unas cuantas carcajadas y voces de varias personas bajando ruidosamente por las escaleras interrumpieron sus cavilaciones.

–Fíjate en las estanterías –explicó Lisa, cada vez más nerviosa–. Hay letras en los lados pero el abecedario empieza varias veces, en distintas estanterías.

Charlie observó lo que su hermana le decía.

–Repite los versos otra vez –dijo.

Lisa leyó en voz alta:

–*"En algunas la tercera letra es,*

pero sólo en la que buscas

la letra es el número cien"

–En todas las estanterías hay letras, siempre hay alguna letra que es la tercera.

–Sí, pero el verso se refiere a una letra en concreto, una que es cien.

–Pues la que más se repite es la C. Es la tercera en un montón de estanterías –dijo Charlie acercándose a uno de los estantes y señalando con el dedo–. A, B, C...

–¡Eso es! –exclamó Lisa.

Luego recorrió el pasillo, iluminando con la linterna los carteles con los nombres de las materias, hasta quedarse frente al de Matemáticas.

–Los romanos escribían los números con letras. La C es la tercera letra del abecedario, pero también es el número cien en la numeración latina. Así que tiene que estar aquí, en la sección de Matemáticas, donde las letras son también números –afirmó, mientras golpeaba la chapa en la que estaba inscrita la letra C.

La muchacha se quitó una horquilla y trató de meterla en la pequeña ranura que quedaba entre la placa y la madera de la estantería.

–Toma, prueba con esto –dijo Charlie, extendiéndole a su hermana la navaja de explorador de su padre.

Lisa le miró un momento, dudando si regañarle o no por haber cogido aquello que le estaba prohibido. Finalmente, al escuchar más voces de estudiantes que deambulaban por las dependencias del colegio, optó por no decir nada y acelerar la maniobra en la medida de lo posible.

–Lisa, date prisa, que ahí fuera la cosa está bastante animada –le apremió Charlie.

La muchacha hizo palanca con el filo de la navaja en distintos puntos de la placa, hasta que por fin consiguió sacarla de su sitio. Al verlo, Charlie estiró la mano rápidamente, asiéndola con la uñas y tirando de ella con todas sus fuerzas.

–Está durísima –protestó.

–Quita, déjame a mí –le dijo su hermana al tiempo que le entregaba la navaja.

Lisa sintió un dolor intenso en la yema de los dedos y que la placa se desprendía de la estantería, hasta que se quedó con ella en la mano. Un pequeño hueco, negro y oscuro, apareció ante ellos. La muchacha alumbró el interior con la linterna y vio un sobre enrollado, pegado a las paredes del agujero. Luego metió dos dedos y consiguió sacarlo con algo de dificultad.

–Es del profesor –dijo al desenrollarlo y ver el inconfundible sello de lacre con el reloj de arena.

Mientras tanto, Charlie había vuelto a colocar la chapa en su sitio y la encajaba en la madera a puñetazo limpio.

–Vámonos –le apremió Lisa–. Son las doce menos veinte, y papá y mamá tienen que estar a punto de llegar.

Charlie se abrazó a su hermana, colocando las manos en su espalda. No comprendía cómo podía haber pasado el tiempo tan deprisa. Tenían que volver rápidamente a su cama o sus padres descubrirían su falta. Ellos siempre regresaban antes de las doce.

El niño giró el cierre de la pulsera, pero no pasó nada. Seguían en la biblioteca del Merton College.

–Vamos, Charlie, vamos –le urgió Lisa.

–Ya lo hago –respondió él, hecho un manojo de nervios–. Pero es que no funciona.

–¿Has puesto las estrellas en la anilla?

El niño soltó a su hermana para comprobarlo.

–Se me ha olvidado –intentó disculparse mientras las seleccionaba tan deprisa como podía.

–Rápido, rápido... Venga, date más prisa o nos pillarán por tu culpa.

Casi sin poder controlar sus nervios, Charlie cambió la posición de todas las ruedecillas, comprobó que en todas había una estrella y luego giró la manecilla para hacer el salto. Tras unos instantes de fuertes movimientos centrífugos, apareció de nuevo en el desván.

El niño suspiró aliviado. Todo había salido bien.

Justo entonces se dio cuenta de lo que había hecho y sintió que el pánico se apoderaba de él. Efectivamente estaba en el desván, pero se había dejado a su hermana en la biblioteca del Merton College.

• • •

Lisa no sabía si gritar o llorar. No se había llevado el móvil consigo, así que ni siquiera podía avisar al enano de que se había marchado sin ella. Y, aunque pudiera hacerlo, aquello también complicaría bastante las cosas: Charlie aún no tenía móvil así que, si quería hablar con él, tendría que marcar el número de su casa. Y quien contestaría al teléfono sería la señora Davis o alguno de sus padres que estaría ya de vuelta.

La única opción que tenía era encontrar la forma de salir de aquella biblioteca y pedirle el móvil a algún estudiante del Merton que, con suerte, no repararía que ella no estaba matriculada en el colegio. Después de suspirar nerviosamente, caminó hasta la puerta de salida. Al llegar a ella sujetó el picaporte con firmeza e intentó abrirla.

–¡Maldita sea! –exclamó.

La puerta estaba cerrada con llave. A menos de que lograse abrirla con ayuda de la horquilla, no podría salir de allí hasta la mañana siguiente. Y sólo en caso de que los sábados la biblioteca se abriese al público.

• • •

Charlie intentó tranquilizarse y pensar. No tenía mucho tiempo, así que debía dejar a un lado el terror que sentía y encontrar una solución. Tras unos cuantos paseos sin rumbo por el desván, consiguió aclarar las ideas y recordar: Lisa había metido las coordenadas de la biblioteca sentada en el escritorio, copiándolas de un cuadernillo que se había quedado allí encima, sin que lo hubiese guardado después.

El niño corrió hasta el mueble y vio con alivio que el pequeño bloc seguía allí. Intentó calcular cuánto tiempo había pasado desde que se había separado de Lisa y rezó para que su hermana estuviera aún en la biblioteca. Si ya se había marchado, sería imposible encontrarla.

Antes de que su mente empezase a dibujar las situaciones más disparatadas, Charlie hizo un esfuerzo por concentrarse en la larga fila de números que tenía delante. No podía equivocarse al seleccionar ninguno de ellos o podría aparecer en cualquier otro lugar en vez de en la biblioteca del Merton.

–5...,1..., 4...

Uno a uno fue seleccionando los dígitos de las coordenadas, preguntándose por qué diablos serían tan rematadamente largas. En cuanto hubo terminado, las repasó un par de veces para comprobar las había introducido correctamente. Entonces, justo cuando iba a girar la manecilla para ir en busca de Lisa, oyó la puerta de la calle cerrarse y la voz de sus padres saludando a la señora Davis.

• • •

Aunque era totalmente ridículo, era lo único que podía hacer. Así que Lisa se puso de rodillas ante la cerradura y, horquilla en mano, intentó repetir aquel truco que tantas veces había visto en las películas y que tan absurdo le había parecido.

Entonces oyó una voz detrás de ella que a punto estuvo de provocarle un infarto.

–¡¡Lisa!! ¡¡Lisa!! ¿Dónde estás?

La muchacha se levantó y corrió hasta su hermano.

–¡Maldita sea, Charlie! ¿Cómo has podido irte sin mí?

–¡Lo siento, lo siento! ¡Me puse nervioso! Y, como me sigas regañando, me va a pasar otra vez lo mismo.

Lisa se calló, pero sujetó a su hermano con todas sus fuerzas mientras le veía seleccionar de nuevo las estrellas en su pulsera.

–¡Papá y mamá están entrando por la puerta! –anunció el niño–. Yo creo que esta vez nos pillan. Agárrate, que nos vamos.

El niño se abrazó a su hermana como nunca antes lo había hecho y giró la manecilla de la pulsera. Segundos después, se vio de nuevo en el desván, esta vez al lado de Lisa.

–Voy a ver cómo están los chicos –escucharon decir a su madre–. Hasta el próximo viernes, señora Davis.

–Lisa, corre, que mamá viene a darnos un beso –dijo Charlie al oírla.

Los dos salieron rápidamente del desván y bajaron las escaleras intentando no hacer ruido. En la planta de abajo, Maggie había comenzado a subir los peldaños.

Cuando llegaron al rellano de la primera planta, los chicos se separaron para irse cada uno a su cuarto. Pero antes, Lisa agarró a su hermano del brazo.

–Ponte la camiseta del pijama encima de la ropa y acuéstate –susurró–. Hazte el dormido y no te sonrías, por lo que más quieras.

El niño entró a toda prisa en el dormitorio y siguió las instrucciones de Lisa. Al meterse en la cama, se tumbó de lado y cerró los ojos. Justo en ese momento, su madre entró en la habitación y se sentó en junto a él. Maggie le acarició la frente y le besó en la mejilla; el pobre estaba sudando. Con delicadeza le apartó un poco el edredón, dejando medio pecho al descubierto. Luego volvió a besarle y se levantó para ir a ver a Lisa.

Al abrir la puerta, la luz del pasillo se coló dentro de la habitación. Maggie volvió a entornar la puerta lentamente sin reparar que, a los pies de la cama de su hijo, una zapatilla deportiva asomaba ligeramente. Con las prisas, Charlie sólo tuvo tiempo de ponerse la camiseta del pijama, pero no de descalzarse.

CAPÍTULO IX: ¡Bienvenidos a *Jurassic Park*!

El sábado por la mañana los chicos se reunieron en el Cuartel General. Tras unas cuantas reprimendas de Lisa y unas breves disculpas de Charlie, ambos se centraron en el hallazgo de la noche anterior. Los dos estaban impacientes por saber para qué servía la segunda anilla que habían encontrado.

–Hay otra anilla, sus instrucciones y más versos en latín para encontrar la siguiente –anunció Lisa tras abrir el sobre.

–¿Y qué para qué sirve ésta?

–Tempus anulus, la anilla del Tiempo –dijo Lisa solemnemente, hojeando las instrucciones y guardándolas después en el Libro del Tiempo.

–¡El premio gordo! –celebró Charlie–. Con esto ya podemos viajar al pasado.

–¡Eh! ¡No tan deprisa! Recuerda que el profesor Conwell dijo que no viajásemos en el tiempo hasta tener todas.

–¿Y qué? –respondió Charlie, como si él fuese el único capaz de entender la situación–. También dijo que había más anillas y que él sólo tenía unas pocas. Evidentemente él viajó al pasado sin esperar encontrar todas. Nos da unos consejos que ni siquiera él fue capaz de seguir.

Lisa le escuchaba en silencio sin saber qué decir.

–Además, los versos para encontrar la siguiente están también el latín –continuó el niño–. Sería mejor que fuésemos probando la anilla, ya sabes, para dejar algo de tiempo hasta que podamos pedir ayuda a papá o a mamá para traducirlos. ¿O prefieres que se lo pidamos a la señora Rotherwick?

Lisa seguía callada, sopesando lo que debían hacer. El enano llevaba razón, en parte, con aquello de dejar pasar un poco de tiempo antes de volver a pedir ayuda con el latín. Aún no sabía qué pensar de su última visita a la señora Rotherwick y eso la intranquilizaba.

Charlie observó la cara de su hermana: casi la tenía en el bote.

–El último viaje salió perfecto –añadió.

–Yo no diría tanto...

–Bueno, un descuido lo tiene cualquiera. Pero todo estaba perfectamente planificado, y funcionó. Esa es la verdadera clave, planificar bien las cosas.

–Y que no se te olvide abrazarme –puntualizó Lisa–. Está bien. Leeremos las explicaciones que vienen en cuadernillo y, si está todo claro, haremos nuestro primer viaje en el tiempo. ¿Sabes ya dónde quieres ir?

–¡Pues claro! Iremos a ver dinosaurios.

–¿Estás loco? ¿Y si nos encontramos un Tyrannosaurus Rex?

–Pues nos volvemos pitando. El único peligro sería que se abrazara a mí y se viniera con nosotros a casa; aunque estoy seguro de que elije comerse a la señora Davis antes que a nosotros.

Lisa sonrió ante la ocurrencia de su hermano.

–Pero los dinosaurios existieron hace millones de años –dijo–. Y en la anilla no hay espacio para tantos números.

Charlie se la arrebató a su hermana. Llevaba razón. Aquello era increíble: ¿en qué cabeza cabía inventar un artilugio para viajar en el tiempo si no se podía ir a visitar los dinosaurios? Contrariado, sacó la pulsera del compartimento del escritorio y metió la anilla dentro. En silencio comenzó a girar los números sin descanso, intentando seleccionar la fecha más lejana posible, hasta que en su cara exhibió una sonrisa victoriosa.

–Mira esto –dijo mostrando la pulsera a Lisa.

Ella la miró estupefacta. La anilla era un cilindro ancho, que a su vez contenía ocho pequeños discos numerados. Lisa dedujo que los dos primeros eran para el día, los dos siguientes para el mes y los cuatro últimos para el año. A la izquierda del todo había un disco con dos únicas marcas: “a.C.”, antes de Cristo y “d.C.”, después de Cristo. Charlie hizo retroceder los discos todo lo posible, hasta el uno de enero de 9.999 antes de Cristo pero, al hacerlo, un nuevo disco con un número apareció, de modo que el 9.999 se convirtió en 10.000 y así sucesivamente.

–Creo que sí podemos ir a ver dinosaurios –afirmó Charlie.

–Es increíble –dijo Lisa, que observaba cómo los pequeños discos numerados aparecían y desaparecían.

–Es magia –respondió su hermano con cierta suficiencia–. Si la capa y el anillo se agrandan y se encojen, ¿por qué no va a ocurrir con todo lo demás?

Lisa asintió mientras seguía observando la pulsera. La anilla del tiempo debía tener un funcionamiento muy parecido a la del lugar, incluso también tenía las estrellas marcadas como punto de regreso.

–¿Cuándo nos vamos? –preguntó Charlie.

–No lo sé. Me leeré el cuadernillo y, cuando tenga todo claro, te lo digo.

Charlie la escuchó con fastidio. Su hermana era demasiado meticulosa; y no digamos desde que se había autoproclamado la estratega del grupo.

• • •

Aquella mañana el doctor Oswald Butler se levantó con el presentimiento de que las cosas iban a cambiar. Semanas atrás había decidido trasladar la zona de trabajo media milla al oeste, a una pequeña planicie igual de yerma que la que excavaron durante meses.

El paleontólogo se sentía como un jugador que empieza a apostar al rojo después de una pésima racha jugando al negro. Esperando ver si la esquiva suerte al fin le sonreía, se quedó toda la tarde paseando nerviosamente de un lado a otro, supervisando cada movimiento que hacían sus colaboradores.

Las horas pasaron sin resultados y comenzaba a atardecer en Black Hills. El doctor Butler miró su reloj y calculó que, como mucho les quedaría media hora más de luz. El hombre sintió que la rabia y la frustración le ahogaban, y carraspeó para intentar disiparla. Justo cuando iba a dar la orden para que todos comenzaran a recoger, se escuchó una frase con la que Oswald llevaba meses soñando.

–¡Doctor, aquí hay algo!

Todos se arremolinaron en torno a Alice Powell y el doctor Butler se abrió paso hasta ella. Era la persona más competente de todo el equipo; si había dado la voz de alarma era porque había encontrado algo verdaderamente importante.

–¿Qué tienes, Alice? –preguntó Butler, sin poder ocultar su nerviosismo.

–No lo sé, Oswald, pero, sea lo que sea, es un esqueleto.

• • •

Lisa dedicó algunos días a estudiar las instrucciones de los cuadernillos del Libro del Tiempo que habían reunido. Aunque no disponía de demasiada información, tenía una idea clara de lo que debían hacer para viajar en el tiempo. Sus dudas no giraban en torno al funcionamiento de la capa, sino sobre si estaban realmente capacitados para hacer aquellos viajes. Cada vez que pensaba en ello, una sensación de vértigo se apoderaba de la muchacha, sin que pudiese dilucidar si era debida al peso de la responsabilidad o a su incontenible deseo de hacerlo.

Charlie, por su parte, trataba de mantener a raya su impaciencia y repasaba sus libros de dinosaurios, prestando especial atención a las ilustraciones de paisajes y distintas especies terrestres. El niño veía absorto los dibujos de densos bosques de coníferas, palmeras y helechos en los que enormes criaturas pastaban o eran acechadas por terribles depredadores, y se imaginaba a sí mismo oculto tras un gran matorral observando la escena en directo.

En uno de los libros se detallaban los lugares donde se encontraron restos de cada especie y había un mapamundi con los principales yacimientos de fósiles del mundo. A pesar de que el sur de Inglaterra concentraba un gran número de hallazgos, al niño le pareció que se trataba de ejemplares demasiado inocentes y amistosos como para ir a visitarlos.

Su lugar de destino estaba claro: si querían ver auténticos dinosaurios, debían ir a la costa oeste de Estados Unidos. Allí es donde se habían encontrado las especies más impresionantes y, entre ellas, al rey de los dinosaurios, el Tyrannosaurus Rex. Por suerte en el mapa no aparecían dibujados los ejemplares hallados en cada lugar, tan sólo había un cúmulo de puntos de colores según fueran marinos, terrestres o voladores. Lisa nunca mostró demasiado interés por los dinosaurios, así que bastaría con enseñarle el mapa y alguna especie inofensiva que se hubiera descubierto por esa zona.

Charlie también estudió con cuidado un completo gráfico en el que aparecían los períodos cronológicos en los que se dividía la Prehistoria, los millones de años que comprendía cada uno y las especies que existían entonces. El Tyrannosaurus vivió en el Cretácico Superior, hace 65 millones de años; justo antes de que los dinosaurios desaparecieran súbitamente de la faz de la Tierra en misteriosas y terribles circunstancias que, todavía hoy, la ciencia no ha conseguido aclarar.

• • •

Maggie llegó corriendo hasta la puerta de la señora Rotherwick, la golpeó brevemente con los nudillos y la abrió antes de que una voz al otro lado la invitara a pasar. Helen Rotherwick levantó la vista de la pantalla del ordenador, sorprendida por el comportamiento poco cortés de su colega.

–¡Dios Santo, Helen! –dijo Maggie con la respiración aún entrecortada–. ¡Ven, tienes que ver esto!

La señora Rotherwick comprendió inmediatamente que se trataba de algo importante. Sin decir nada, salvó el documento que estaba escribiendo en su ordenador y se levantó para acompañar a Maggie.

Mientras Maggie daba algunos detalles más a su compañera, las dos recorrieron a paso ligero varios pasillos desiertos. Eran las seis menos veinte de la tarde y casi todo el personal se había marchado ya a su casa.

Maggie abrió con llave la puerta del Laboratorio 4 y la volvió a cerrar una vez hubieron entrado en su interior. Se dirigió hasta la mesa y encendió la lámpara de una gran lupa de aumento. Con la cabeza indicó a su colega que echara un vistazo. La señora Rotherwick miró a través de ella durante varios minutos sin hacer ningún comentario.

–¿Qué opinas? –preguntó Maggie al fin.

–Parece auténtico –respondió la señora Rotherwick.

Maggie asintió con la cabeza.

–Sí eso creo, pero tenemos que verificarlo –dijo–.

–No debemos correr riesgos ni apresurarnos –señaló la señora Rotherwick–; sobre todo tal y como están las cosas últimamente.

–Lo sé, Helen, lo sé. No le diremos ni una palabra a nadie hasta que estemos totalmente seguras.

–No te preocupes, te ayudaré en lo que pueda –dijo la señora Rotherwick.

–Gracias, Helen. Sabía que podía contar contigo.

• • •

Una vez decidido el lugar y la época de destino, la espera pudo con la paciencia de Charlie. Incomprensiblemente, su hermana se estaba tomando demasiado tiempo en revisar los tres únicos cuadernillos que reunieron hasta ese momento. Así que, el martes por la tarde, el niño convocó

una reunión de urgencia en el Cuartel General.

–¿Cuándo nos marchamos? –preguntó a su hermana nada más empezar.

–No lo sé –respondió ella.

Charlie aprovechó la indecisión de Lisa para tomar la iniciativa y ser esta vez él quien hiciera los planes.

–En el fondo es lo de menos –dijo–. La pulsera nos permite volver al mismo punto del que hemos partido. Es lo que ocurrió cuando fuimos al Merton, regresamos al mismo sitio. Ahora, con la anilla del tiempo volveremos al mismo sitio y en el momento justo que nos fuimos.

–Sí, supongo que funcionará igual porque el mecanismo es el mismo. Sólo hay que seleccionar las estrellas y girar el cierre.

–Por tanto podemos irnos mañana mismo, o en cualquier momento. Nadie nos echará de menos porque para los demás el tiempo no habrá transcurrido.

Lisa movió la cabeza afirmativamente.

–Entonces nos vamos mañana –dijo Charlie–. No sea que el viernes la señora Davis nos estropee el plan con el Monopoly.

El niño cogió el mapa con los principales yacimientos y se lo enseñó a Lisa.

–Creo que lo mejor es que nos vayamos a Dakota del Sur o a Colorado. Allí vivían los saurópodos gigantes –explicó, mostrando a su hermana una ilustración.

En el dibujo se veía una apacible manada de enormes dinosaurios que pastaban y cuidaban de sus huevos y crías con cara de bobalicona tranquilidad. Todo el valle era un remanso de paz, sin la amenazadora presencia de ningún depredador volador o terrestre. Lisa contempló la bucólica estampa y no pudo evitar fijarse las pequeñas crías que salían del huevo bajo la cariñosa mirada de su solícita madre.

–De acuerdo –dijo–. Pero sólo estaremos unos minutos mirando y nos vamos. Nada de pasear por allí, no sea que aparezca algún carnívoro o un mosquito gigante.

–Está bien, Lisa –contestó Charlie a regañadientes, para no despertar ninguna sospecha en su hermana–. Y, ¿cómo vamos a encontrar las coordenadas?

–Tenemos el GPS. Sólo tengo que buscar Dakota del Sur y ya está.

–Tengo que admitir que eres un genio –dijo Charlie–. Un auténtico genio.

Luego cerró el libro y se lo llevó a la habitación para devolverlo a su sitio, no fuese a ser que, por primera vez en su vida, Lisa sintiese ganas de consultarlo.

• • •

Sorprendentemente, Charlie llegó tarde a la cita. Lisa le esperaba comprobando las coordenadas de su nuevo destino cuando el niño hizo, por fin, su aparición estelar.

–¡Bienvenidos a *Jurassic Park*! –exclamó al abrir la puerta del desván y sosteniendo la linterna como si fuera un micrófono.

Al verle, Lisa no pudo contener la risa. Charlie vestía su atuendo de explorador y llevaba su equipo al completo, sin olvidarse de nada: el cazamariposas, la cantimplora, una brújula, una mochila en la que guardó las pinzas para tomar muestras, las bolsas para almacenarlas y, por supuesto, la cámara de fotos.

–Pero, ¿de qué vas disfrazado? –le preguntó la muchacha, sin dejar de reírse.

–Tú también te vestiste para ir a la biblioteca del Merton –respondió Charlie molesto.

–Aquello era distinto.

–Y tan distinto. ¿Cuántas ocasiones has tenido en tu vida de ver un dinosaurio vivito y coleando?

–Anda, aligera un poco el equipaje. Recuerda que sólo estaremos allí unos minutos.

La muchacha se acercó al niño y le quitó la mochila, la red y la cantimplora.

–Pero las bolsas y la brújula me las llevo –protestó Charlie–.

–Creo que sería mejor que te cambiases de ropa. ¿Qué le diremos a papá si te encuentra así vestido?

–Pues la verdad. Que estoy cazando dinosaurios.

Lisa se encogió de hombros y tomó la pulsera para revisar que todo estaba ajustado correctamente. Una vez más comprobó las coordenadas de Dakota del Sur y la época a la que debían viajar. Luego le puso a su hermano la pulsera en la mano derecha y le colocó la capa sobre los hombros.

–Y no te vayas a olvidar de mí, ¿de acuerdo? –le dijo, mientras se abrazaba a él.

–De acuerdo.

El niño rodeó a su hermana con los brazos y se dispuso a girar el cierre de la pulsera. Suponía que en aquella ocasión la sensación de velocidad sería mucho más fuerte y más larga. No en vano, era un viaje de 65 millones de años.

• • •

De pronto sintió mucho frío y una sensación de estar flotando en el vacío. Aún estaba aturdido por la tremenda sacudida que acababa de sentir, como si un huracán los hubiese arrancado de su tranquilo desván.

Lisa ya no estaba abrazada a él, de hecho no la veía por ninguna parte, aunque no dejaba de escuchar sus incesantes gritos.

–¡Reacciona, Charlie, reacciona! –gritaba ella–. ¡Nada hacia mí, deprisa! ¡Tenemos que volver!

Una ola le abofeteó la cara y sintió el agua fría y salada en su boca.

–¡Vamos, vamos! ¡Nada hacia mí! –volvió a gritar Lisa.

Charlie se limpió los ojos y giró sobre sí mismo, tratando de entender lo que ocurría. A su alrededor sólo veía agua. No había helechos, ni palmeras, ni árboles gigantes parecidos a las secuoyas. Sólo un mar azul oscuro, que no dejaba de moverse y de zarandearle de un lado a otro. El niño vio a su hermana a unos tres metros de donde él estaba y trató de nadar hacia ella. Tenía mucho frío y las olas le golpeaban en la cara.

–¡Tenemos que volver, Charlie! –la oía chillar–. ¡Nada hacia mí!

Lisa comprendió antes que su hermano que algo había fallado. No sabía el lugar ni la época en la que estaban, pero no tenía ninguna duda de que se encontraban en algún momento de la Prehistoria. Y de que aquel no era el valle apacible que contempló en el libro de Charlie.

La muchacha daba grandes brazadas tratando de llegar hasta él, aunque las olas la empujaban en dirección contraria. El agua estaba helada y temía que no aguantaran mucho tiempo nadando en ella. A lo lejos creyó divisar tierra firme, pero parecía estar a demasiada distancia como para llegar a nado, así que la mejor opción era intentar salir de ahí con ayuda de la capa.

–¿Dónde estamos? –oyó decir a su hermano.

–¡No lo sé! –le contestó.

Charlie nadaba hacia ella mientras las olas le golpeaban sin piedad. Lisa veía aquel niño flaco y pálido luchar con todas sus fuerzas y supo que no resistiría mucho más.

–¡Yo nadaré hacia ti! –gritó, intentando que su voz sonara por encima del rugido de las olas–. ¡Quédate quieto y selecciona todas las estrellas en la pulsera! ¡Tenemos que volver!

El niño la obedeció, y comenzó a girar los discos de la pulsera mientras luchaba por mantenerse a flote.

Lisa comenzó a bracear con todas sus fuerzas en dirección a su hermano. Empezaba a preguntarse cuánto tiempo tendrían antes de toparse con alguna criatura, cuando algo le obligó a levantar la vista. Un sonido parecido a una vela enorme golpeando el viento se acercaba hacia ellos. No sabía hacia qué lado mirar, aunque sintió que el terror se apoderaba de ella.

Charlie también lo oyó, pero no se atrevió a gritar.

–Deprisa, Lisa, por lo que más quieras –suplicó entre susurros, como si su hermana pudiera oírle.

El sonido era cada vez más fuerte, como si un gran barco de vela estuviera a punto de arrollarles. Entonces vieron la estampa de un enorme dinosaurio volador que se acercaba a ellos aleteando a toda velocidad. Sus alas eran larguísimas, parecidas a las de un murciélago, pero con una forma mucho más afilada y con dos pequeñas garras asomando a la mitad. A pesar de tener un pico y una cresta de tamaño desmesurado, aquella bestia movía la cabeza de un lado a otro grácilmente, como si no le costara ningún esfuerzo buscar su próxima presa entre las olas. Charlie

recordaba haber visto ese tipo de especímenes en sus libros: una versión prehistórica y mucho menos amistosa de los pelícanos.

Lisa volvió a mirar a su hermano, intentando controlar el miedo. En ese momento, el animal soltó un chillido que les heló la sangre y pasó volando a unos pocos metros de sus cabezas. La muchacha no sabía si aquello era un vuelo de reconocimiento, si aquella criatura intentaba cazarles o si tan siquiera se había percatado de su presencia. Pero no se iba a quedar allí a comprobarlo, así que volvió a nadar con fuerza hasta donde estaba Charlie.

–¡Son dinosaurios voladores! –chilló el niño–. ¡Debemos estar cerca de la costa!

–¡No importa, no iremos a tierra! ¡Tenemos que volver ya! ¡Esperemos que la capa funcione en el agua!

–¡No lo digo por eso! –contestó Charlie–. ¡Lo digo porque si hay tierra cerca, también habrá otros dinosaurios!

Apenas pudo terminar la frase. A poco más de cien metros un rugido ensordecedor surgió del agua, acompañado por un cuello larguísimo y rematado por una cabecita que, de no haber estado unida a un cuerpo enorme, hubiese resultado graciosamente ridícula.

A pesar de saberse el nombre de casi todos los especímenes que venían en sus libros, Charlie tampoco pudo recordar el de aquella bestia; sólo que se parecía al monstruo del Lago Ness, que tenía dientes enormes y que en todos los libros aparecía con un gesto poco simpático. En concreto, se acordó de un dibujo en el que un dinosaurio idéntico a ese emergía del agua devorando un pez espada prehistórico, mientras en las profundidades nadaban otros congéneres suyos, todos con cara de estar verdaderamente hambrientos.

El niño comenzó a nadar en dirección a su hermana.

–¡Vámonos, Lisa! ¡Vámonos! –gritó.

Apenas metro y medio les separaba; un par de brazadas más y se podrían marchar de allí antes de que algún monstruo terminado en “saurio” se los merendara.

Un nuevo chillido acompañado de unos fuertes aleteos sonaron a su espalda y Charlie supo inmediatamente que el dinosaurio volador estaba de vuelta. Parecía que el peligro venía del aire y no del mar. Y, a juzgar por la expresión de terror de su hermana, debía ser un peligro muy grande.

–¡Bucea, Charlie, bucea! –gritó angustiada.

El niño le obedeció con una rapidez que a él mismo le pareció sorprendente. Ya no sentía frío, sólo que el corazón le latía más deprisa que en toda su vida. Abrió los ojos y vio que Lisa también estaba debajo del agua. Intentando controlar el pánico, trató de aguantar sumergido unos instantes más, mirando de refilón por debajo de donde ellos estaban.

En la superficie, el dinosaurio volador había errado el cálculo y se alejaba para girar otra vez e intentar capturar aquellas diminutas presas en una nueva maniobra. Su vuelo en círculos había alertado a otros dos ejemplares que estaban por la zona y se acercaban decididos a disputarle el trofeo.

Charlie y Lisa sacaron la cabeza a la superficie para tomar aire. La muchacha dio dos brazadas y consiguió abrazarse a su hermano.

–¿Has cambiado la pulsera? –preguntó.

–No –contestó el niño, casi entre sollozos.

–¡Deprisa, deprisa! –imploró ella.

En el cielo un nuevo batir de las alas les anunciaba que sus captores estaban cerca. Lisa miró hacia arriba y vio que tres criaturas les acechaban. Alguna de ellas conseguiría alcanzarles tarde o temprano.

La que estaba más cerca empezó a tomar altura para hacer algo parecido a un picado, mientras Charlie movía los discos nerviosamente.

–¡Ya lo tengo! –dijo el niño.

Lisa le cogió la mano para comprobarlo. Todas las estrellas estaban en posición correcta. Luego se abrazó con fuerza a su hermano. Varios gritos lanzados desde distintas direcciones anunciaban que las bestias habían iniciado su ataque en una carrera por hacerse con aquellas extrañas presas.

Lisa los miró aterrorizada.

–¡Sumérgete! –chilló–. ¡Lo haremos debajo del agua!

Los hermanos cogieron una bocanada de aire y se hundieron tan rápido como pudieron. En la superficie, una bestia propinaba con su pico un fuerte golpe a otra para disputarle la caza, mientras la tercera había comenzado un vertiginoso picado para capturar a sus víctimas debajo del agua.

Lisa tiraba de Charlie hasta las profundidades cuando sintió que su hermano la abrazaba fuertemente y movía las manos para girar la manilla pulsera. Luego notó una fuerte sacudida, como si un enorme desagüe les engullera.

En el agua, el dinosaurio volador estaba a punto de atrapar con su pico a aquellas singulares criaturas, cuando súbitamente desaparecieron a sólo unos centímetros de él. La cena se había esfumado. Todavía tendrían que transcurrir millones de años y un complejo proceso evolutivo para que los primeros depredadores pudieran saborear la carne humana.

• • •

Lisa y Charlie se encontraron abrazados y temblando en el desván sin saber si tiritaban por el frío o por el miedo, aunque ninguno de los dos hizo algún comentario al respecto.

Aún tardaron unos instantes en separarse y en sentirse de vuelta en su mundo seguro y confortable. Años después, los hermanos, y muy especialmente Charlie, recordarían aquella experiencia como una de las más emocionantes de su vida; pero, si en ese momento hubiera visto una lagartija, la hubiese aplastado sin compasión como representante vivo de los dinosaurios. Los chicos estaban empapados y ateridos.

–Tenemos que entrar en calor –dijo Lisa.

La muchacha ocultó la capa en el armario y llevó a Charlie al baño.

–Quítate la ropa y escóndela –le dijo mientras abría el grifo del agua caliente–. Yo me ducharé en el baño de mamá y papá.

Charlie siguió las indicaciones de su hermana. Estaba agotado y necesitaba una buena ducha.

Pocos minutos después, su padre asomó la cabeza después de llamar a la puerta.

–Pero, ¿ya te estás bañando? –preguntó atónito.

–Estaba un poco cansado– respondió Charlie–. He tenido un día duro en el colegio.

–Vaya, si quieres hoy puedo preparar la cena más temprano y te acuestas un poco antes –dijo Marcus.

Charlie asintió con la cabeza y su padre se dirigió hacia el desván para buscar a Lisa. Desde las escaleras, escuchó ruido de agua cayendo en su baño y supuso que ella también estaba tomando una ducha. Marcus, se dio la vuelta y bajó a la biblioteca, sin llegar a entrar en el Cuartel General de los chicos.

De haberlo hecho, se habría topado con un charco enorme y un gran reguero de agua que conducía hasta el viejo armario en el que sus hijos habían ocultado una vieja capa de terciopelo negro.

• • •

La extracción del Elasmosaurus estaba siendo un éxito. Los huesos más grandes ya estaban fuera de la roca y sólo quedaban los de menor tamaño. El equipo trabajaba motivado y a buen ritmo.

El doctor Oswald Butler supervisaba de manera casi obsesiva las operaciones que se realizaban día a día; habían encontrado un fósil en excelente estado de conservación y no quería que nadie pudiera dañarlo en el último momento. Si necesitaba ausentarse para atender algún asunto, siempre dejaba al mando a Alice Powell, sabiendo que ella pondría tanto celo como él mismo para que todo se hiciera con el máximo rigor posible.

Oswald se retiró pronto aquella mañana, pero Alice requirió su presencia en el lugar de la excavación al poco de haberse marchado. Cuando llegó junto a ella, vio que el condenado de Mathias Lewis se le había adelantado. Realmente detestaba a aquel hombre y estaba deseando que la excavación terminara sólo para perderlo de vista durante algún tiempo.

Para poder llevar a cabo sus excavaciones, Oswald había aceptado el patrocinio de la Fundación Ophiura, que corría con todos los gastos. A cambio, la organización se quedaba con parte de los descubrimientos y obligaba a que uno de sus miembros formara parte del equipo, de forma que informase puntualmente sobre el más mínimo hallazgo que se produjera. Oswald cumplió lo pactado escrupulosamente, pero no podía soportar la actitud desconfiada y entrometida de aquel hombre, más propia de un agente de la KGB que de un paleontólogo.

–Espero que sea importante, Alice –dijo el doctor Butler desahogándose involuntariamente con su ayudante.

– Lo siento, Oswald, sólo quería que vieras esto –respondió ella señalando algo con el dedo–. Lo hemos encontrado debajo de una de las vértebras del Elasmosaurus.

Oswald lo extrajo con cuidado y se dispuso a hacer una primera evaluación.

–No es necesario –dijo Mathias Lewis, arrebatándoselo de entre las manos–. Lo enviaré a la Fundación para que ellos se encarguen de estudiarlo.

• • •

Lisa entró en la habitación de su hermano y le encontró vestido con su pijama de felpa, metido en la cama y arropado hasta el cuello por su cálido y mullido edredón. Al verle, no pudo evitar pensar que tan sólo unas pocas horas antes habían estado a punto de ser devorados por un dinosaurio con alas; y por unos momentos todo lo ocurrido le pareció irreal.

–¿Qué tal estás, enano?– preguntó sentándose junto a él.

Charlie se echó hacia un lado para hacerle un hueco.

–No me apetecía leer sobre dinosaurios –contestó mostrando un cómic de *"Las Aventuras de Tintín"*.

Lisa aprobó su elección asintiendo con la cabeza, mientras con la mano desordenaba cariñosamente el flequillo del niño. Ella, sin embargo, necesitaba encontrar respuestas. Estaba segura de haber introducido la fecha y las coordenadas correctas; lo comprobó varias veces mientras esperaba a Charlie en el desván. Pero estaba claro que algo había fallado y no podría descansar hasta saber qué había sido. Se acercó a la estantería y escogió el libro más grueso y el que le pareció más serio de todos los que versaban sobre los dinosaurios y su época. Luego volvió a ocupar su sitio en la cama.

Charlie miraba a su hermana pasar las hojas, temeroso de que se diera cuenta de que los ejemplares encontrados en Dakota del Sur no eran precisamente los más pacíficos. Pero Lisa no intentaba identificar a los seres que les atacaron aquella tarde, sino hallar una explicación de por qué habían aparecido nadando en el mar y no en tierra firme, en un valle arbolado como el que su hermano le enseñó la tarde anterior.

Después de pasar las páginas hacia delante y hacia atrás, la muchacha fue al índice y lo leyó con cuidado. Luego volvió a pasar lentamente las hojas hasta detenerse en la página 30. Allí, bajo el titular *"El mundo de los dinosaurios"* y ante la mirada atónita de su hermano, una sucesión de mapas de la Tierra mostraba la ubicación de las grandes masas terrestres en cada periodo cronológico. En todos ellos, una fina línea roja indicaba la posición actual de los continentes, de modo que se pudiera apreciar fácilmente la evolución geológica del planeta.

En los primeros mapas, el mundo estaba formado por una gran masa de tierra –el Pangea–, que posteriormente se dividió en dos supercontinentes –la Laurasia y la Godwana– y que a su vez se desmembrarían en los cinco continentes que conocemos hoy. En el Cretácico Superior, hace 65

millones de años, la apariencia de la Tierra era bastante parecida a la de nuestros días, aunque las grandes masas continentales estaban más juntas y todavía no habían ocupado su posición actual. Lisa puso el índice donde estimaba que estaba Dakota del Sur en el siglo XXI y, al igual que les pasó esa tarde, su dedo cayó en el Océano Pacífico, a cierta distancia de la línea de costa.

–Tenía que haberme dado cuenta –dijo Lisa con pesar–. Todo esto lo he estudiado, pero en ningún momento me he acordado de ello.

–Y yo he debido verlo en mis libros más de mil veces. Al final mamá va a llevar razón cuando dice que todo, absolutamente todo lo que estudiamos, podemos aplicarlo en nuestra vida –respondió Charlie tratando de consolarla–. Incluso algo que ocurrió hace 65 millones de años.

CAPÍTULO X: La Gran Reina Nefertiti

Charlie decidió ser prudente y dejar que transcurrieran algunos días antes de proponerle a Lisa hacer un nuevo viaje. No quería presionarla mientras ella no se sintiera preparada, no fuera a ser que su hermana decidiese posponer sus escapadas en el tiempo de manera indefinida.

El niño sabía que sólo sería cuestión de esperar un poco. Los dos habían crecido escuchando cientos de historias apasionantes y la tentación de viajar para conocerlas de primera mano era demasiado fuerte para cualquiera de ellos. Estaba claro que visitar a los dinosaurios no fue una buena elección; pero, afortunadamente, había cientos de lugares y personajes que, tanto él como su hermana, admiraban y ansiaban ver sin que tuvieran que correr otra vez el riesgo de ser devorados.

Durante esa pequeña tregua, Charlie se dedicó a revisar a fondo y completar su equipo de explorador, añadiendo algunas cosas que podrían hacerle falta.

Por suerte, justo antes de viajar al Cretácico, Lisa le quitó la mochila en la que había guardado su cámara, evitando así que el agua la estropeara. Sentado en su escritorio, el niño miró el pequeño aparato sosteniéndolo en sus manos, consciente de que no debía llevárselo en sus viajes. La cámara llamaría demasiado la atención allá donde fuera y, además, sólo podría compartir las fotos con su hermana. Pero la posibilidad de fotografiar lugares y personas de otros tiempos era demasiado tentadora, casi irrenunciable, así que la guardó en un bolsillo interior de la mochila de forma temporal, hasta que fuese capaz de tomar una decisión definitiva al respecto.

Lo que no pudo encontrar, por más que buscó, fue su pequeña brújula. Había sido un regalo de su padre y lo tenía mucho cariño. Además, le encantaba que fuera casi idéntica a las brújulas antiguas que usaban los verdaderos exploradores, aunque la suya tenía pintura reflectante en la aguja para que se viera en la oscuridad. Estaba seguro de haberla llevado consigo cuando fue a ver los dinosaurios pero, con los nervios y el susto, no recordaba haberla visto a su regreso, así que decidió preguntarle a su hermana por ella.

–Hola, Lisa –dijo al entrar en la habitación de la muchacha–. No sabrás dónde puede estar mi brújula, ¿verdad?

–Pues no –respondió ella–. ¿No estará en tu mochila?

–No, ya lo he mirado.

–Bueno, no te preocupes, ya aparecerá. Mientras tanto utilizaremos el GPS de papá, tiene la función de brújula incorporada.

–¿Mientras tanto? –preguntó Charlie.

–No esperarás que cancelemos los viajes, ahora que me toca elegir a mí dónde vamos.

Charlie se contuvo para no mostrar su alegría ante la buena noticia.

–¿Y ya has decidido dónde va a ser? –preguntó con aire desinteresado.

–Todavía no. Estoy dudando entre Cleopatra o Juana de Arco.

–¡Buah! –exclamó el niño, intentando ocultar su satisfacción–. ¡Una aventura de chicas! ¡Justo lo que me temía!

• • •

Max Wellington saludó a la joven que le sonreía detrás del mostrador y se dispuso abrir su buzón. Nadie en su organización conocía la existencia de aquel apartado de correos, que contrató mucho tiempo atrás a nombre de una pequeña empresa cuyas actividades estaban totalmente al margen de Aurum.

Desde entonces había acudido, semana tras semana, a comprobar personalmente si se recibía correspondencia. Llevaba años haciéndolo y lo seguiría haciendo mientras pudiera. A pesar de ser uno de los hombres más poderosos de todo Manhattan, incluso del país, Max Wellington sabía que ciertas cosas son demasiado importantes para delegarlas en otras personas. Y ésta era una de ellas.

Al abrir la puertecilla plateada, la luz se coló en el interior del compartimento y Max pudo ver una carta. Aún no se había dado la vuelta, así que nadie, ni siquiera su ferviente admiradora, Sally Straw, vio la cara de satisfacción de Max al cogerla. Todavía sin girarse comprobó el matasellos de la carta: estaba sellada en Hill City, el 4 de abril de 1962. Max la guardó celosamente en el bolsillo interior de su abrigo y cerró el buzón. Por fin había novedades.

Debía irse de viaje inmediatamente.

• • •

El lunes por la tarde, Maggie regresó del Museo antes de lo habitual, cargada con unas cuantas bolsas de la compra. Por primera vez en mucho tiempo no parecía estar cansada ni preocupada. En realidad, se la veía totalmente eufórica, como el día en que le propusieron el puesto de Directora de Conservación del Museo Británico. Al verla, Charlie temió que le hubieran ofrecido un nuevo cargo con el que su madre llevara años soñando y tuvieran que volver a marcharse a otra ciudad. El niño no pudo evitar sentirse desazonado ante la idea de tener que abandonar la casa, en la que seguramente quedarían importantes tesoros por descubrir. También le disgustaba la idea de tener que despedirse de los amigos que empezaba a tener en el colegio, e incluso de perder de vista al apestoso de Jimmy Stevenson.

Al ver llegar a Maggie, todos los miembros de la familia sin excepción le preguntaron qué es lo que había pasado. Pero ella les respondió con una espléndida y enigmática sonrisa, y les emplazó a la hora de la cena. Luego se metió en la cocina con todas las bolsas y cerró la puerta tras ella.

Pasado un rato, que a Charlie se le hizo eterno por el hambre y la curiosidad, Maggie abrió la puerta y les invitó a pasar al comedor. El niño obedeció con los sentimientos encontrados. El olor de la cena era magnífico, su madre estaba radiante y había puesto la mesa con sus mejores galas, incluso con velas. Estaba claro que pretendía celebrar algo y, lamentablemente, no era el

cumpleaños de ningún miembro de la familia ni sus abuelos estaban de visita en la casa.

Charlie se sentó en la mesa expectante, mientras su tripa lo celebraba ruidosamente. Maggie se quitó el delantal y sirvió vino en unas altísimas copas de cristal, tan fino, que se podían romper con un simple brindis.

–Tengo que contaros algo increíble –dijo al fin, sin dejar de sonreír.

Todos la escuchaban con atención, menos Charlie, a quien le bastó oír la primera frase para comprender que sus sospechas eran ciertas. Eso de adivinar lo que iba a pasar, pensó, estaba bien casi siempre, pero en ocasiones como ésa era un verdadero fastidio. Mientras él llevaba toda la tarde dándole vueltas al asunto, los demás habían estado tan tranquilos, sin la preocupación de saber que tenían que mudarse otra vez. Seguro que al enterarse, Lisa pensaría lo mismo que él. Hasta ese momento sólo habían encontrado dos de las cuatro anillas mencionadas por el profesor, y tal vez alguna más podía estar oculta en la casa o quedaban pistas por descubrir entre las cosas del desván. Convencer a su madre de que tenían que llevárselas a la nueva casa, allá donde ésta estuviera, sería una tarea imposible.

Su pobre padre también se llevaría un buen disgusto al enterarse de que se tenía que marchar de su preciosa biblioteca, en la que decía sentirse más a gusto que en la propia cama.

Charlie interrumpió sus pensamientos unos instantes para comprobar la reacción de Marcus y Lisa ante la noticia. Pero, incomprensiblemente, los dos sonreían llenos de gozo y lo más curioso es que su sonrisa era sincera. Perplejo por lo que estaba viendo, decidió prestar atención a las palabras de su madre y averiguar qué estaba pasando pero, justo en ese momento, ella terminó de hablar.

–¡Dios Santo, cariño! –exclamó Marcus–. ¡Es una gran noticia!

–Gracias, Marcus –contestó Maggie melosamente.

Luego se inclinó sobre su marido y ambos se besaron en los labios, lo que aumentó aún más la ansiedad de Charlie.

–¡Mamá, vas a ser famosa! –dijo Lisa.

–Gracias, tesoro –respondió su madre–. Bueno, todavía quedan muchos cabos sueltos y muchas cosas que hacer.

Mientras intentaba adivinar si Maggie se refería a que debían buscar una nueva casa, preparar otra mudanza o buscarles un colegio nuevo, Charlie reparó que todos los miembros de la familia le miraban expectantes: él era el único que aún no había felicitado a su madre.

–Pues, ¡qué bien, mamá! –dijo con desgana–. Menos mal que todavía no hemos abierto todas las cajas.

Maggie le miró como si no entendiera muy bien su comentario, algo raro, porque su madre siempre tenía un sentido práctico para todas las cosas. Tal vez no había sido muy efusivo y se le había notado demasiado la decepción. Así que, el niño se levantó y la abrazó con todas sus fuerzas, mientras le daba un sonoro beso en la mejilla.

–Felicidades, mami –dijo Charlie.

Por unos instantes Maggie se sintió como si su hijo le estuviera felicitando por su cumpleaños, pero estaba demasiado emocionada para detenerse en pequeñas consideraciones.

–Muchas gracias, cariño –contestó, devolviéndole un beso en la mejilla.

• • •

Max Wellington entró en el único hotel de Hill City. Era un establecimiento bastante modesto, que contaba con poco más de una veintena de habitaciones repartidas en dos plantas. Normalmente, las de la primera bastaban para alojar a los huéspedes que visitaban el hotel, aunque ese año las excavaciones habían atraído a numerosos paleontólogos y periodistas y fue necesario abrir las de la segunda planta un par de veces. Aquel estaba siendo un buen año para el negocio, e incluso un hombre llevaba allí alojado diez noches seguidas. Un verdadero récord.

–¿Desea una habitación? –preguntó el propietario cuando Max se acercó al mostrador.

–Vengo a visitar a una persona. Se llama Mathias Lewis.

–¿A quién tengo que anunciar? –preguntó el hombre antes de llamar a la habitación.

–Soy John Smith –contestó Max.

–Hmmm, sí, le está esperando –dijo el propietario del hotel, volviendo a colgar el teléfono–. Puede subir directamente, está en la habitación 115. ¿Quiere dejar aquí su maleta?

–Gracias, pero no será preciso.

Max subió las escaleras y recorrió el pasillo buscando la habitación 115. Al llegar hasta ella, golpeó la puerta con los nudillos. Mathias Lewis le abrió y suspiró aliviado al verle.

–Pase, señor Smith.

Mathias observó a su visitante antes de empezar a hablar. Apenas había cambiado desde la última vez que se vieron, cuatro años atrás. Tenía el mismo aspecto y lucía la misma mirada fría que entonces. Aquel hombre tan correcto como cortante seguía incluso vistiendo de la misma manera: vaqueros Levi's 501 azules, botas de cowboy y una camisa de cuadros. Llevaba una maleta de mano de piel marrón que le recordó a las de los viajeros de las películas del viejo oeste. Lo cierto es que aquel hombre parecía sacado de una de ellas.

–En su carta mencionaba que han encontrado algo –dijo Max–. ¿Puedo verlo?

Mathias abrió un cajón del escritorio y sacó una pequeña bolsa transparente que contenía un pequeño objeto dorado. Max lo cogió y lo observó con cuidado, sin sacarlo de su envoltorio.

–¿Dónde estaba? –preguntó.

–En el informe tiene todos los detalles –explicó Mathias–. La encontraron bajo la vértebra número 53 de un Elasmosaurio.

–¿Profundidad?

–Unos cuatro metros.

–¿Período?

–El Cretácico Superior, por supuesto –respondió Mathias–. Hará unos 60 ó 70 millones de años, aunque no tiene ningún sentido.

Mathias observó cómo su visitante guardaba el objeto, junto con el informe que le acababa de entregar, en uno de los bolsillos de su maleta. No se atrevió a hacerle ninguna pregunta, a pesar de tener unas cuantas. La Fundación Ophiura le pagaba un sueldo generoso por hacer un trabajo realmente fácil. Sólo tenía que tener los ojos bien abiertos e informar de cualquier cosa rara que ocurriera en la excavación; y ésta, desde luego, lo era. Pero no podía contárselo a nadie ni hacer preguntas.

–¿Cuándo lo encontraron? –preguntó Max.

–También he reflejado en el informe la fecha y la hora: el 4 de abril de 1962, a las 10 horas y 17 minutos de la mañana. Ese mismo día vine al pueblo y envié la carta, y desde entonces estoy alojado en este cochambroso hotel esperando su visita –intentó justificarse Mathias, consciente de que habían transcurrido once días desde el hallazgo–. Sé que esto es algo importante y les habría avisado antes si hubiese podido llamar a un número de teléfono o enviar un telegrama a alguna parte, en lugar de tener que mandar una carta a un apartado de correos de Manhattan. La próxima vez...

–Volverá a seguir el protocolo establecido por la Fundación –dijo Max zanjando el asunto–. Ha hecho usted un buen trabajo, Mathias. Regrese a la excavación y envíe una nueva carta al mismo apartado de correos si se produce alguna otra novedad.

–Sí, señor Smith.

Los dos hombres se despidieron y Max salió del hotel con paso presuroso. Debía regresar a Manhattan lo antes posible.

• • •

A la tarde siguiente, Charlie estaba empaquetando algunas de sus cosas en unas cajas que quedaron vacías tras la mudanza, cuando Lisa irrumpió en el Cuartel General.

–Ya sé dónde nos vamos –dijo sin saludar–. Iremos a buscar a la reina Nefertiti.

–¿A quién? –preguntó el niño.

–¿A quién va a ser? Tenemos que ayudar a mamá en sus investigaciones. He encontrado algunos datos en la enciclopedia, pero creo que necesitamos información de primera mano. Nos vamos al Museo.

Charlie acompañó a su hermana, caminando con desgana. No estaba de buen humor, pero, lo que más le molestaba, era que Maggie había contagiado su entusiasmo al resto de la familia, así que no podía compartir con nadie sus sentimientos o todos pensarían que era un egoísta y que no se alegraba por su madre.

–¿Cuándo nos marchamos? –preguntó secamente.

–Lo antes posible.

–Y, ¿a qué vienen tantas prisas? –dijo Charlie, bastante contrariado ante la idea de una mudanza inminente.

–Vamos Charlie, ya escuchaste a mamá –contestó su hermana–. No tenemos un minuto que perder.

Al llegar al museo, pasaron bajo una gran pancarta en la que se podía leer "*Nefertiti. 18 Abril – 5 Octubre 2014"*. Luego se metieron por la zona de oficinas y fueron directos al despacho de la señora Rotherwick.

–¡Hola, muchachos! –saludó la mujer, que también parecía estar de un humor excelente.

Charlie pensó que tal vez se alegraba de perder a su madre de vista, porque Maggie era muy lista y sabía un montón de cosas; y eso solía ser molesto para la mayoría de la gente que, curiosamente, lo consideraba un defecto más que una virtud. Cuestión de simple envidia.

Aquella tarde, además, la música que escuchaba la señora Rotherwick era alegre y chispeante, bastante adecuada para una celebración.

–Hola, señora Rotherwick –saludó Lisa–. Mi madre nos dio ayer la gran noticia.

–¿No es magnífica?– respondió la mujer–. Vuestra madre ha conseguido algo fantástico.

–Oh, ella dijo que todo había sido gracias a su ayuda –dijo Lisa.

–En absoluto, querida –contestó la mujer con modestia–. Todo el mérito es de Maggie.

Charlie miraba airado a la señora Rotherwick. Estaba claro que ella había tenido que ver con que a su madre le hubiesen ofrecido trabajo en otro sitio. Una momia como ella debía conocer a un montón de gente en otros museos, pero lo increíble era que no tuviese reparos en reconocerlo abiertamente.

–Se trata de algo importante, ¿verdad? –preguntó Lisa.

–Yo diría más, querida –dijo la señora Rotherwick, centrándose de lleno en aquel acontecimiento y olvidándose por aquella tarde del profesor Conwell–. Si las investigaciones llegan a buen término y nuestras sospechas se confirman, puede ser el descubrimiento más importante desde el hallazgo de la tumba de Tutankamón, acaecido en 1922. Un nuevo hito en la historia de la Arqueología que hará que vuestra madre ocupe su propio lugar entre los grandes.

Charlie observó que la señora Rotherwick empezaba a hablar con un tono académico bastante rimbombante, que no venía a cuento. Como tampoco era comprensible que la conversación se centrase en la reina Nefertiti y no en su próximo traslado.

–Mi madre dijo que creen que el papiro encontrado se refiere a Nefertiti, pero no menciona su nombre y por eso no se puede demostrar que habla de ella –continuó Lisa.

–Así es –asintió la señora Rotherwick–. Varios indicios apuntan a que se refiere a ella, aunque

no podemos probarlo. Por suerte, parece que es el primero de una pareja de papiros, porque está numerado por la parte de atrás. Así que creemos que tiene que haber otro más, que tal vez sea más concreto.

–¿Y van a presentar el que han encontrado en la exposición? –preguntó Lisa.

–Verás, querida, es un asunto muy delicado. Como sabes, en este momento hay mucha controversia en torno a Nefertiti; las relaciones entre los museos que custodian las piezas relacionadas con ella, no atraviesan su mejor momento; y, por si fuera poco, las teorías sobre su vida y su figura son muy dispares y a menudo están enfrentadas unas con otras. Por eso no podemos presentar ninguna hipótesis que no podamos probar. Somos el Museo Británico y tenemos una reputación que mantener.

–Pero es un descubrimiento muy importante –respondió Lisa.

–Sólo lo será si podemos demostrar, sin lugar a dudas, que se trata de ella.

–Y entonces, ¿qué van a hacer? –preguntó la muchacha.

–Estamos buscando el papiro que falta –explicó la señora Rotherwick–. Si tuviéramos suerte y lo encontrásemos, podremos reconstruir la vida de la enigmática reina Nefertiti y posiblemente dar también con el paradero de su tumba. Y si lo lográsemos, sería un gran éxito para el Museo Británico; volvería a ser el máximo referente mundial en el campo de la Arqueología, destacando por encima de los demás museos.

Hacía varios minutos que Charlie escuchaba con gran atención cuanto decía la señora Rotherwick, sin hacer ninguna valoración al respecto, aunque en ese momento pudo percibir que las palabras de la mujer estaban cargadas de nostalgia.

–Pero señora Rotherwick –dijo el niño–, el Museo Británico ya es muy importante.

–Verás, querido –respondió la mujer–, es uno de los más importantes del mundo, junto con el Louvre, el Museo del Cairo o el Museo de Berlín. Pero hace décadas que no está detrás de un gran descubrimiento, de uno verdaderamente trascendental, que suponga un punto de inflexión en la Egiptología. Oportunidades como esta sólo ocurren una vez cada cien años, y sólo si se es afortunado; así que tenemos que aprovecharla.

–¿Y cómo piensan encontrar el papiro? –preguntó Lisa.

–Hemos puesto los fondos del Museo patas arriba, pero de momento no lo hemos encontrado. También se están examinando todas las piezas relacionadas con el Antiguo Egipto, más de 76.000. Y todos los documentos de la época, por si podemos dar con alguna otra pista.

–¿De la época de Nefertiti?– preguntó Lisa.

–No, querida, de la época en la que se encontró el papiro. Intentamos reconstruir su historia para saber dónde apareció y, si como creemos, forma parte de una pareja papiros. Por lo que hemos podido averiguar hasta ahora, fue encontrado por el grupo de sabios que acompañaba a las tropas de Napoleón en su Campaña de Egipto. Tras vencer en la batalla de El Nilo en 1801, los soldados de Hutchinson confiscaron todas las antigüedades egipcias que estaban en manos de los

franceses y las trajeron al Museo Británico.

–Eso quiere decir que lleva en el museo más de doscientos años –observó Lisa.

–Aproximadamente –asintió la señora Rotherwick–. Pero, por algún motivo, ha permanecido olvidado en nuestros depósitos desde entonces, sin que nadie reparase en su importancia hasta que lo vio vuestra madre.

–¿Y cómo ha podido suceder algo así? –preguntó Charlie.

–Cuando llegaron todos aquellos objetos, nada se sabía de la reina Nefertiti ni de la historia del Antiguo Egipto que hiciera suponer su valor. En aquel entonces, otras piezas se consideraban mucho más valiosas, como esculturas, bajorrelieves, estelas... Y por supuesto, la piedra Rosetta, que desde un principio acaparó toda la atención, pues se sabía que sería clave para conseguir descifrar la escritura jeroglífica al...

–Al tener escrito el mismo texto en griego, en demótico y en 'jeroglífico' –interrumpió Charlie, alardeando de sus conocimientos–. Pero un papiro, es siempre un papiro.

–Desde luego –afirmó la señora Rotherwick–. Y en este caso puede ser un papiro de vital importancia para reconstruir los últimos años de la vida de Nefertiti. Pero piensa que, gracias a ese descuido, posiblemente vuestra madre se haga famosa porque, al permanecer oculto, se evitó que otros egiptólogos pudieran estudiar el papiro antes de que ella viniera a trabajar al Museo.

Charlie movió la cabeza como si decidiera perdonar la falta a quienquiera que la hubiera cometido.

–Y si el papiro que falta no está aquí, ¿dónde puede estar? –preguntó Lisa.

–Sólo Dios lo sabe a ciencia cierta –contestó la mujer–. Tenemos varias teorías, como que pudo ocultarlo algún erudito francés que acompañaba a las tropas napoleónicas. Con suerte estará en el Louvre; tal vez ellos también hayan tenido algún descuido y no sepan lo importante que es en realidad. Quién sabe si estará en manos de algún coleccionista privado o si lo tendrá alguna familia descendiente de uno de los integrantes de la expedición de Napoleón, guardado como un tesoro que se ha ido heredando de generación en generación...

–Sí, parece que hay mucha gente que tiene la manía de dejar tesoros a sus descendientes –dijo Charlie en alusión a la capa del profesor Conwell.

–¿Y si no lo encuentran? –preguntó Lisa–.

–Entonces me temo que todas nuestras esperanzas quedarán en un simple sueño, un deseo que jamás se cumplirá. El papiro que tenemos no menciona el nombre de Nefertiti en ningún momento porque, quien lo escribió, parecía querer proteger su identidad. Creemos que se trata de ella por deducción, por los datos que da y porque la llama "la bella de bellas", un nombre muy parecido al de Nefertiti que viene a ser "la bella ha llegado". Pero no podemos probarlo a ciencia cierta. Así que todo quedaría en una conjetura, una hipótesis más, como tantas otras que hay en torno a su figura. Y como os he dicho, el Museo no puede exponer ninguna teoría que no pueda probar.

–Comprendo –dijo Lisa, como si la hubieran despertado de golpe de un bonito sueño.

Tal y como explicó a su hermano antes de llegar al Museo, no tenían tiempo que perder. Debían partir de inmediato a buscar a la reina Nefertiti o al autor de aquellos papiros. No iba a permitir, de ninguna manera, que a su madre se le escapase semejante oportunidad de entre las manos.

–No tendrá algún libro con la historia de Nefertiti que me pueda prestar, ¿verdad, señora Rotherwick? –preguntó.

–Desde luego, querida –respondió la mujer con amabilidad–. Tengo decenas, pero llévate éste. Le dedica todo un capítulo, es muy ameno y bastante completo a la vez.

La señora Rotherwick le entregó un libro negro de tapas duras. En la portada había una foto del famoso busto de Nefertiti, posiblemente la más hermosa y enigmática de todas las reinas del antiguo Egipto.

• • •

Durante el camino de regreso a casa, Charlie trató de poner en orden sus pensamientos. Aún estaba impresionado por todo lo que acababa de escuchar en el despacho de la señora Rotherwick; parecía que estaban ante algo verdaderamente importante, pero no sabía en qué consistía todo aquello ni qué tenía que ver con el nuevo trabajo de su madre o con su traslado a otro lugar. Es decir, no se había enterado de nada; y lo peor de todo: parecía ser el único en todo Londres que no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo.

El niño caminaba en silencio junto a su hermana, buscando la pregunta que debía formular para que Lisa le explicara todo sin que él quedara como un completo idiota. Pero apenas estaban a una manzana de su casa y no le quedaba demasiado tiempo para pensar.

–Qué interesante todo lo que ha dicho la señora Rotherwick, ¿verdad? –dijo tímidamente.

–Yo más bien diría apasionante –le corrigió Lisa, sin dejar de caminar.

–Supongo que lo de ir a ver a Nefertiti tiene que ver con lo que nos ha contado –continuó Charlie.

–¡Pues claro! –respondió su hermana, como si aquello fuera algo evidente.

–Lo que no entiendo es cómo va a seguir investigando mamá si nos marchamos.

–Pero mamá no sabrá que nos hemos ido, la capa siempre nos trae de vuelta al mismo momento que nos vamos.

–Me refiero a que si nos marchamos de Londres no va a poder investigar –intentó explicar el niño.

–Charlie, a ella no le afecta en nada si nos vamos a otra época o a otro lugar.

En ese momento los chicos entraban en la callejuela en la que vivían. Al ver su casa al fondo, Charlie se paró en seco.

–Lo que intento decir es que, si nos vamos todos a vivir a otro sitio por el nuevo trabajo de mamá, ella no va a poder seguir investigando lo de Nefertiti –dijo.

–¿Nuevo trabajo? ¿De qué hablas?

–Bueno, se supone que es lo que celebramos anoche.

Lisa se quedó mirando a su hermano con gesto incrédulo. Su madre les había dado en rigurosa exclusiva la noticia arqueológica del año, tal vez del siglo, y el enano no se había enterado de nada. El niño observó la forma en que ella le miraba y decidió rendirse.

–Está bien, Lisa. Ayer me distraje un poco pensando en mis cosas y no me enteré bien de lo que mamá dijo –admitió, mientras se sentaba en uno de los bancos del estrecho bulevar.

Lisa no podía creerlo.

–¿No te enteraste bien o no te enteraste de nada, Charlie? –preguntó sin rodeos.

El niño respondió con la mirada. No sabía nada del asunto, como si la noche anterior no hubiera estado en su casa. Eso explicaba su reacción tan fría ante la noticia y que no estuviera entusiasmado por todo lo que estaba ocurriendo.

–Creí que mamá quería cambiar de trabajo y que nos íbamos a marchar a otro sitio –explicó Charlie–. Y como me enfadé un poco, me puse a pensar en mis cosas y la verdad es que no presté demasiada atención.

–¡Dios Santo, Charlie! ¡Eres un caso! –dijo Lisa riéndose–. Aunque es un alivio saberlo; creí que tu espíritu de arqueólogo aventurero se había esfumado, que después de lo de los dinosaurios ya no querías viajar en el tiempo o algo así.

–¿Bromeas, Lisa? ¿Crees que iba a cogerle miedo a viajar en el tiempo por culpa de unos pelícanos prehistóricos? –contestó el niño con tono airado–. Me sorprendes, Lisa. Yo jamás hubiera pensado algo así de ti.

• • •

–«*Nefertiti fue la Gran Esposa Real de Akenatón, faraón del Alto y Bajo Egipto entre 1.351 y 1.334 a.C.*

» D espués de los primeros años de reinado, Akenatón, también conocido como "el faraón hereje", decidió prohibir el culto a Amón, el más importante de todos los dioses egipcios. Con esta medida, el faraón quiso combatir el tremendo poder que habían acaparado los sacerdotes de Amón en los últimos tiempos, despojándoles de sus tierras, riquezas y privilegios, que pasaron a manos del rey.

»Poco después, Akenatón estableció que el único dios al que se podía rendir culto era a Atón, el dios sol, representado por un disco solar que extendía sus rayos protectores sobre sus súbditos. Esto supuso un golpe para el pueblo, que durante siglos venía adorando a decenas de dioses diferentes. Los egipcios eran gentes supersticiosas y muy religiosas, que tenían un dios prácticamente para cada situación o problema que se les pudiera presentar en la vida. Para ellos, era casi imposible renunciar a su amplio y variado panteón divino para pasar a adorar a una única deidad.

»Todos sus dioses, además, estaban representados por figuras humanas, animales o por una mezcla de ambos. Por ello, los egipcios no estaban acostumbrados a identificarse con algo tan impersonal como un simple disco solar, por muy divino que éste fuera.

»Otra medida tremendamente impopular tomada por el faraón, fue su marcha de Tebas, ciudad que contaba con una larga tradición como capital del imperio. Akenatón ordenó construir una nueva urbe, que sería dedicada por completo a su dios, y trasladar allí la corte. Esta ciudad, llamada Aketatón, estaba en la orilla derecha del río Nilo, en pleno desierto y a mitad de camino entre Tebas y Menfis. En nuestros días se la conoce por el nombre de Tell–al–Amarna.

»Nefertiti siempre acompañó a su esposo y le apoyó en las reformas que emprendió a nivel político y religioso. La belleza de la reina era legendaria ya en su época, pero parece que, además, tenía grandes cualidades para desenvolverse en el ambiente cortesano, desempeñando un papel muy relevante como Gran Esposa Real en actos oficiales, ritos religiosos y en representaciones de la familia real. En todos ellos, y por primera vez en toda la historia del Antiguo Egipto, la reina estuvo casi a la misma altura y disfrutó prácticamente del mismo protagonismo que el propio faraón.

»Nefertiti y Akenatón tuvieron seis hijas, pero ningún hijo varón que pudiera heredar el trono. No obstante, la sucesión estaba garantizada, pues el faraón tuvo un hijo con una esposa secundaria.

»A pesar de su gran peso en la corte, la figura de Nefertiti desaparece sin dejar rastro en 1.337 a.C., año decimocuarto del reinado de Akenatón.

»Su destino sigue siendo un misterio, existiendo diversas teorías para explicarlo. Una posibilidad sería la muerte súbita de la Gran Reina, o que ésta cayera en desgracia por causas desconocidas. Otras, apuntan a que Nefertiti era en realidad Semenejkara, un faraón que reinó brevemente tras la muerte de Akenatón.

»Sea como fuere, el nombre de Nefertiti desaparece sin dejar ningún rastro. Ni su tumba ni su momia –que contribuirían a explicar el final de sus días–, han sido halladas; por lo que la Humanidad deberá seguir esperando para poder conocer, por fin, la verdadera historia de la más bella y misteriosa de todas las reinas egipcias» .

Después de leer el capítulo dedicado a Nefertiti, Lisa cerró el libro que la señora Rotherwick le prestó aquella tarde, observando el hermoso busto de la reina que había en la portada. Charlie la escuchó con suma atención para que esta vez no se le escapase ningún detalle.

–Y ahora, ¿me podrías explicar todo ese lío de los papiros? –preguntó el niño dócilmente–. ¿Qué descubrimiento ha hecho mamá para que sea tan importante?

–Verás –explicó Lisa–, el papiro que ha encontrado cuenta la historia de una mujer muy importante, de una belleza extraordinaria, que acudió en secreto al sumo sacerdote de Amón para pedirle su ayuda. Eran tiempos en los que sólo se podía adorar a Atón así que, al hacerlo, la mujer puso en peligro la vida del sacerdote y la suya propia. El motivo para correr aquel riesgo es que estaba totalmente desesperada, pues estaba siendo castigada por Amón, a quien ella había

ofendido de manera terrible. En venganza, Amón hizo que la mujer sólo pudiese concebir hijas, pero no el hijo varón que tanto ansiaba darle a su esposo. La mujer imploró el perdón divino, justificando sus actos en el amor y la lealtad que profesaba a su esposo, pero sobre todo en el miedo que tenía a sufrir un terrible castigo. También prometió que, si Amón le concedía un hijo varón, ella haría que ese niño restituyera el culto al dios, que sus templos recobrasen todo su esplendor, sus sacerdotes fuesen generosamente recompensados por las humillaciones sufridas y Tebas volviera a ser la capital del imperio.

Charlie escuchaba a Lisa sin saber si le estaba contando un pasaje histórico o un farragoso capítulo de algún culebrón tanto le gustaban a su hermana.

–¿No lo ves? –preguntó Lisa con impaciencia–. Está claro que todo sucede en la época de Akenatón, porque dice que al pedir ayuda a un sacerdote de Amón se está jugando la vida. También dice que ella es muy bella y muy importante, y que ha ofendido a Amón. Recuerda que Nefertiti participaba en los ritos religiosos para adorar a Atón y que apoyó las decisiones de su marido. O sea, que cuando el faraón prohibió rezar a Amón, ella no hizo nada por evitarlo.

Charlie oía cuanto Lisa decía intentando no perder el hilo; era una pena que los antiguos egipcios no se les hubiera ocurrido ponerles a los dioses unos nombres algo más diferentes o que al menos ayudasen a seguir mejor la historia; algo como "Atón, el dios del faraón" y "Amón, el dios prohibido".

–También dice que ella sólo puede tener hijas, pero que necesita darle un varón a su esposo –continuó Lisa–. En esa época sólo los hombres podían heredar el trono, así que tener hijas no le servía de nada. A cambio promete que ese hijo va a permitir que otra vez se pueda adorar a Amón, que va a dar riquezas a sus sacerdotes y va a hacer que Tebas vuelva a ser la capital. Y eso, querido mío, sólo puede hacerlo un rey. Por tanto, esa mujer sólo puede ser la esposa de un rey y, además, quiere ser la madre del siguiente. O sea, que ella es una reina.

Justo cuando Charlie se preguntaba por qué de todas las esposas que tenía el faraón, aquella pobre desgraciada tenía que ser Nefertiti, su hermana le dio la respuesta.

–Y recuerda que sólo Nefertiti tenía fama de ser muy guapa y que además tuvo seis hijas pero ningún hijo, aunque otras esposas del rey sí tenían varones –afirmó categórica.

El niño asintió. Se veía que Lisa le encantaba ese tipo de historias enrevesadas y repletas de cotilleos, porque se había enterado perfectamente de todo.

–¿Y qué es eso del papiro que falta? –preguntó–. No sé, ir a la búsqueda de un papiro no suena demasiado emocionante.

–Te equivocas, en este caso el papiro que debemos buscar es como si tuviéramos un mapa del tesoro al que se le ha perdido una de sus mitades, y que nosotros debemos encontrar.

Charlie abrió mucho los ojos al escuchar a su hermana. Aquel reto de pronto parecía mucho más importante y prometedor.

–Verás, el papiro que mamá ha encontrado no cuenta la historia completa de esa mujer –intentó aclarar Lisa–. Sólo añade que el sacerdote decide ayudarla y que le han mandado unos amuletos

del dios Amón para que pueda concebir el niño. Pero se corta a partir de ese momento. Sin embargo, por la parte de atrás está numerado a lápiz con el texto *"VD 1/2"* y eso hace pensar que es el primero de dos papiros que cuentan la historia de esa mujer. Y por eso es tan importante encontrar el segundo, porque así sabremos cómo acaba.

–¡Hay que fastidiarse! –exclamó el niño–. Falta el resto de la historia cuando está más emocionante.

–Sí, pero nosotros vamos a encontrarlo –dijo Lisa llena de arrojo–. Y si no, nos enteraremos de lo que le ocurrió a la reina y le traeremos pistas a mamá para que pueda averiguarlo.

–¿Y si no encontramos nada?

–Ya has oído lo que ha dicho la señora Rotherwick. Todo quedará en un simple sueño, la sospecha sin confirmar que Nefertiti traicionó a su esposo al pedir ayuda a los sacerdotes del bando contrario que él tanto odiaba.

–Bueno, pero lo hizo con buena intención –dijo el niño intentando defender a la pobre reina.

–Pues eso precisamente es lo que vamos a comprobar–respondió Lisa con un tono que emanaba desconfianza–. Si lo hizo con buena intención o sólo para tener un hijo varón que fuese el próximo faraón, e impedir así que el hijo que su marido tuvo con la segunda esposa pudiera reinar...

Al escucharla, Charlie se preguntó qué es lo que hace que las chicas se pongan de esa manera cuando se les cruza en su camino una mujer guapa. Y en este caso, se trataba de una mujer muy guapa; y, encima, reina.

CAPÍTULO XI: El cocodrilo y el gato

Lisa dedicó los días posteriores a preparar el viaje minuciosamente. Esta vez no se trataba de una visita de placer, de hacer turismo en el tiempo. Ahora tenían un objetivo claro, una misión que cumplir: encontrar a Nefertiti o cualquier pista sobre su paradero.

La muchacha se enfrascó en una recogida de datos metódica sobre la vida de la reina. Luego centró sus investigaciones en el lugar donde debían encontrarla: Aketatón, la ciudad que el faraón había ordenado construir en mitad del desierto en honor de su dios Atón.

Por suerte, la biblioteca de su padre estaba repleta de libros de sobre el Antiguo Egipto que intentaban ilustrar cómo era la ciudad original, además de guías de turismo modernas con información detallada para visitarla en la actualidad.

Con todo ello, Lisa ideó un ingenioso plan, que presentó a Charlie en el Cuartel General.

–Aketatón, conocida en la actualidad como Tell–al–Amarna, se extendía en una franja aproximada de quince kilómetros de largo por tres de ancho –explicó con ayuda de un plano que recreaba cómo era la ciudad en la antigüedad–. El faraón la diseñó cuidadosamente, construyendo el Palacio Real y el Gran Templo de Atón en el centro.

Charlie miró el dibujo y se imaginó paseando solemnemente por el ancho Camino Real, escoltado por un lujoso séquito que le refrescaba con abanicos de oro y largas plumas blancas.

–Pocos años después de morir el faraón, la corte regresó a Tebas y la ciudad quedó desierta. Los faraones posteriores mandaron desmontar los edificios y utilizar las piedras en otras construcciones, lejos de allí –prosiguió Lisa–. Sin embargo, se ha podido reconstruir el trazado de la ciudad gracias a que los cimientos están bastante bien conservados; y lo que es mejor: sus ruinas se pueden visitar en la actualidad.

En ese momento Charlie llegaba a las puertas de palacio, flanqueándolas como un ilustre dignatario dispuesto a entrevistarse con la hermosa reina.

–Llegaremos hasta Nefertiti en dos fases –continuó Lisa–. El principal problema al que nos enfrentamos es que es improbable que nos crucemos con la reina dando un paseo por la ciudad, y no creo que los egipcios nos abran la puerta de palacio sin más para que entremos a saludarla.

Charlie estaba arrodillado, a punto de besar la suave mano de la bellísima Nefertiti, cuando reparó en lo que su hermana acababa de decir.

–¿Y por qué no? –preguntó el niño contrariado.

–Se estima que en aquella época más de 40.000 personas vivían en Aketatón, Charlie. Aunque fuera hace tres mil años, la sociedad egipcia estaba bien organizada.

Charlie miraba a Lisa sin entender a dónde quería llegar.

–Sería como si hoy pretendieras entrar andando en Buckingham Palace para ver a la reina Isabel –dijo ella–. Puede que entonces no tuvieran cámaras, alarmas o rayos infrarrojos, pero es de suponer que los faraones estarían muy protegidos y tendrían una guardia personal para evitar que cualquiera pudiera llegar hasta ellos.

–Pero nosotros no somos cualquiera –rebatió Charlie–. Somos unos viajeros del tiempo que venimos a limpiar la memoria de la reina.

–Más que a limpiarla, vamos a completarla –puntualizó Lisa–. Pero dime, ¿cómo se lo piensas explicar? ¿Acaso sabes hablar egipcio antiguo?

Charlie se quedó pensativo unos instantes, tratando de hallar una respuesta a la pregunta de su hermana.

–Podríamos llevarles los libros de Nefertiti y alguna muestra de que somos hombres del futuro –dijo el niño–. Una radio, un teléfono móvil o el mismo GPS de papá. Seguro que eso les impresiona.

–Seguro que sí, sobre todo cuando viesen que no sirven para nada. Charlie, piensa por un momento. Todas esas cosas funcionan por satélite, ¿recuerdas? Y hace tres mil años los satélites todavía no estaban puestos allí.

Charlie se quedó de nuevo en silencio.

–Pues entonces llevamos algo que funcione con batería, como mi cámara o tu iPod –añadió.

–No creo que eso baste. Y además sería complicarnos la vida innecesariamente.

–No sé, Lisa. Tal vez fuera mejor hacer caso al profesor y buscar todas las anillas antes de volver a viajar en el tiempo. Puede que haya una que te convierta en una persona importante y puedas entrar donde quieras.

–Eso es sólo una suposición y nos haría perder mucho tiempo –dijo Lisa–. Dentro de nueve semanas se celebrará la exposición y tenemos que traerle la pista a mamá con algo de margen para que pueda averiguar lo que ocurrió.

–Y entonces, ¿qué hacemos? –preguntó Charlie.

–Es más sencillo de lo que parece –explicó Lisa, satisfecha de poder presentar, por fin, su ingenioso plan–. Iremos a Amarna en la actualidad, como un par de turistas más que visitan las ruinas de la ciudad. Allí averiguamos cuál es el sitio exacto donde estaban las estancias la reina y tomamos las coordenadas de cada una con el GPS. Y cuando tengamos todas, retrocedemos en el tiempo para ir a buscarla.

–No hace falta el GPS, Lisa, una vez allí la pulsera nos dará las coordenadas de cualquier sitio al que vayamos, en cualquier momento.

–Llamaría demasiado la atención, alguien podría sentir curiosidad por la pulsera. Mejor lo hacemos con el GPS.

–¿Y para qué quieres apuntar las coordenadas de las habitaciones de Nefertiti, si ya estaremos

allí? –preguntó Charlie.

Lisa soltó un hondo suspiro al ver que su hermano no comprendía la estrategia a seguir.

–Tenemos que aparecer y desaparecer en cada sitio rápidamente, como por arte de magia –explicó Lisa–. Recuerda que puede haber un guardia en cada puerta y, si nos ven, tratarán de capturarnos. No podemos ir dando un tranquilo paseo como si tal cosa, no olvides que somos unos intrusos.

Charlie se quedó meditando sobre todo lo que su hermana había dicho. Lisa llevaba razón y su plan era el más sensato, dadas las circunstancias. Pero, aparecer y desaparecer en las habitaciones de palacio como un fantasma esquivo que evita toparse con sus víctimas, no era lo que él había imaginado para su primer encuentro con la Gran Reina Nefertiti.

• • •

Max Wellington ordenó a su secretario que nadie le molestara hasta nuevo aviso. Luego se encerró en su despacho y extendió sobre la mesa los informes de los dos expertos a los que había consultado. A pesar de que ambos eran especialistas solventes, cada uno de ellos recibió el encargo de llevar a cabo sólo una parte de las investigaciones que era preciso realizar. Ninguno conocía el origen de aquel objeto, ni el lugar o las circunstancias en las que fue encontrado. Max era el único que disponía de toda la información, solamente él conocía todos los detalles y su verdadero significado. Él era la única persona que tenía todas las piezas del puzle y el único capaz de organizarlas para darle sentido a aquel extraño hallazgo.

Mientras bebía una taza de café, fue leyendo los dosieres que había recibido. El objeto se trataba de una brújula de bolsillo de gama media–alta que una reputada empresa alemana fabricaba desde hacía once años. El modelo era el Greenwich 4, de diseño clásico, sencillo pero fiable. Tenía 45 milímetros de diámetro y pesaba 37 gramos. La caja exterior era de níquel dorado y tenía una tapa protectora del mismo material.

La producción anual de este modelo oscilaba entre tres y cinco mil unidades, y se vendía principalmente en Europa, Estados Unidos y Japón. Los puntos de venta habituales eran tiendas de deporte, establecimientos especializados y grandes almacenes.

No se encontraron huellas dactilares ni restos de ADN en el objeto en cuestión. Además, se encontraba en un estado de conservación deplorable y ya no funcionaba.

En la parte trasera tenía grabadas las letras *"CW"*, tal vez en referencia a las iniciales de su propietario, ya se tratara de un individuo o de cualquier tipo de organización. La marca se hizo con un objeto punzante, como un cuchillo o unas tijeras, y de una forma bastante chapucera.

Además, Max Wellington añadió un par de conclusiones de su propia cosecha, sabiendo que ninguno de los expertos podría formularlas jamás. Al propietario de la brújula le gustaban los dinosaurios, puesto que había viajado entre 60 y 70 millones de años para visitarlos. Y lo que era más importante: aquel viaje en el tiempo se produjo en algún momento entre las diez y media de la mañana del lunes 3 de febrero de 2014, y las diez y media del lunes 10 de febrero de 2014; hacía poco más de una semana.

...

La tarde era muy calurosa en Tell–al–Amarna. Lisa y Charlie recorrían la antigua ciudad mezclados con un numeroso grupo de visitantes ingleses que seguía sumisamente a una guía a través de las ruinas.

La muchacha había advertido a su hermano que debía olvidarse de su ropa de explorador y ponerse un atuendo que le hiciera parecer un turista. Así que, después de revolver a conciencia los cajones de su cómoda, Charlie consiguió encontrar algunas prendas de verano que su madre olvidó guardar: una camiseta de Lacoste con un enorme cocodrilo estampado en la parte de delante y un pantalón corto con numerosos bolsillos cosidos por delante y por detrás. El niño también decidió llevar su mochila, en la que previamente guardó su capa y algunas cosas que estimó necesarias.

Lisa, por su parte, localizó unos shorts con abundantes bolsillos que solía usar en sus salidas al campo y una camiseta de la marca *Puma* que su abuela le regaló en su último cumpleaños y que rápidamente se convirtió en su favorita. Aunque no tenía un interés especial por la ropa de marca –sobre todo por insistencia de Marcus–, sentía una inconfesable debilidad por aquella prenda. Le encantaba su color amarillo, rabiosamente alegre y luminoso, y el contraste que hacía con el icono de la marca, la silueta de un gran puma negro saltando hacia delante. La marca *Puma* no estaba escrita por ningún lado, lo que aliviaba su conciencia cuando sentía que estaba traicionando los ideales de su padre.

Ataviados con aquellas ropas, Charlie y Lisa paseaban por los restos de la antigua ciudad de Aketatón como dos turistas más. Los únicos detalles delataban que no eran unos visitantes cualesquiera eran que no iban acompañados por ningún adulto y que la muchacha apuntaba febrilmente en un cuadernito los lugares que la guía iba nombrando y las coordenadas que un GPS le iba dictando de cada uno de ellos. Pero nadie pareció extrañarse. Tan sólo la guía reparó en que la joven tenía una irritante curiosidad por saber dónde paseaba, vivía o dormía la reina Nefertiti, pues no había dejado de preguntarlo a cada paso que daban en la escasa media hora que llevaban de visita.

Charlie caminaba junto su hermana, observando a los sudorosos turistas arrastrar los pies al andar y mirar las hileras de ladrillos que, en el mejor de los casos, les llegaban hasta la rodilla. Aquella gente debía de estar tanto o más decepcionada que él, aunque nadie parecía atreverse a protestar; quizás porque se veía a la legua que la guía era una persona gruñona y malhumorada. Lisa y él no gastaron un solo penique para viajar hasta aquel lugar, ni siquiera pagaron la entrada al recinto donde estaban las ruinas. Pero a aquellas pobres personas el viaje les debía haber costado un dineral; y todo para ver insignificantes muros desgastados, en ocasiones rodeados de piedras circulares a ras del suelo a los que la guía llamaba columnas. De cuando en cuando se topaban con algún que otro cartel que, más que explicar lo que allí había, desafiaba a la imaginación y sobre todo a la inteligencia.

–"*Casa del Rey*"– leyó Charlie mientras contemplaba una explanada desierta con varias hondonadas, que bien podían haber sido excavadas por aquella mujer y un par de amiguetes con el ánimo de engañar a los ingenuos turistas.

–Aquí se erigía, majestuoso, el Gran Palacio Real –explicaba ella pomposamente, refugiándose del calor bajo un paraguas rojo–. Y a este lado, el Gran Puente, que unía dicho recinto con la Casa del Rey, situada a nuestra derecha.

Charlie observó la montaña deforme de piedras que, según la guía, era el puente. Luego miró a su hermana, pero ella parecía haberse dejado en Londres su capacidad crítica y el sentido común, y anotaba sin rechistar cuanto iba diciendo aquella mujer seca como el clima del desierto.

–¿Y en cuál de ellos estaban las habitaciones de la reina?– preguntó Lisa.

La guía la miró con desdén. Aquella muchacha estaba consiguiendo agotar su escasísima paciencia con sus continuas interrupciones.

–... El puente se elevaba sobre el Camino Real y sus paredes estaban adornadas con ricas escenas policromadas en la que se representaba a la pareja real, un estanque y el jardín –continuó explicando la mujer.

Charlie volvió a mirar el montículo de ladrillos sucios y erosionados. Suponer que aquello fue una vez un puente era demasiado, pero afirmar sin sonrojarse que tenía pinturas de la reina, de jardines y de estanques era el colmo de la caradura.

–Y eso, ¿cómo lo sabe? Los egipcios se llevaron todas las piedras de la ciudad cuando murió el faraón, así que es imposible saber lo que había pintado en las paredes –afirmó el niño, desafiante.

Ya era suficiente. Desde el comienzo de la visita, la guía había soportado las incesantes preguntas de la muchacha; pero, que ahora su hermano pusiera en duda la veracidad de sus explicaciones delante de los demás turistas, era algo que no estaba dispuesta a admitir. Apenas acababan de empezar a ver el Gran Recinto Real y quedaba por visitar el Palacio del Norte, así que no pensaba tolerar que esos dos mocosos le reventasen la visita.

–¿Dónde están tus padres, niño? –preguntó la mujer áridamente.

Charlie fingió no oír la pregunta, pero la guía se dirigió a él con mirada fiera.

–He preguntado dónde están vuestros padres –dijo rabiosa y mirando también a Lisa.

Los chicos se quedaron petrificados unos instantes, sin saber qué decir.

–Están por ahí, con otro grupo –explicó Charlie–.

–¿Y por qué no estáis con ellos? –inquirió la mujer.

–Es que usted explica muy bien las cosas –respondió Charlie con la intención de tranquilizarla–. Se la entiende mejor.

–Ya me imagino. Será porque esta tarde soy la única guía que habla inglés. Y vosotros sois ingleses, ¿verdad?

Lisa y Charlie miraban a la mujer tratando de encontrar una respuesta que zanjase el asunto.

–¿Puedo ver vuestras entradas? –preguntó ella, sin darles oportunidad de contestar.

Lisa cogió la mochila de su hermano y comenzó a abrir la cremallera.

–Creo que están por aquí –respondió sin dejar de mirar a la mujer a los ojos.

La guía esperó con impaciencia delante de ella y de pronto se dio la vuelta, como si en lugar de unos pocos segundos hubiesen transcurrido varias horas.

–Ya veo –fue todo lo que dijo. Y se marchó en busca del guardia de seguridad más próximo.

Lisa agarró la mano de Charlie y salió corriendo a toda velocidad en dirección contraria. Las cosas se estaban poniendo feas y debían escapar antes de que se complicasen más. Tenían que viajar al pasado de inmediato, pero no podían hacerlo delante de todos aquellos turistas que les miraban curiosos. Así que había que encontrar un escondite donde hacerlo, y rápido.

Los chicos saltaron unas cuerdas de cáñamo ennegrecidas, que delimitaban las zonas permitidas a los visitantes, y pasaron corriendo por encima de unas ruinas. Al verlos, los turistas comenzaron a increparles y a llamar a voces al guardia y a la guía para que se dieran prisa en regresar.

–¡Hay qué ver cómo se ponen por pisar cuatro piedras! –dijo el niño mientras corría–. Ni que quedara algo que estropear.

–¡Vamos Charlie, no te pares! –respondió Lisa visiblemente nerviosa–. Aquellos muros parecen un poco más altos, tenemos que escondernos.

La guía y el guardia pasaron por delante del grupo y comenzaron a saltar las cuerdas para alcanzar a los chicos.

Lisa volvió la cabeza. Sacaban algo más de cien metros de ventaja a sus perseguidores y éstos empezaban a fatigarse por la carrera y el calor. Charlie y ella estaban cerca de los muros, pero aún debían cruzar una explanada con una hilera de piedras que formaban un gran cuadrado en el centro. Aquello debió ser un bonito estanque del que sólo quedaba el bordillo, como si fuera un esqueleto de un hermoso animal secado al sol. En uno de los lados, un letrero indicaba que estaban en los restos del Pequeño Templo de Atón.

–¡Al de la izquierda! –dijo Lisa señalando uno de los muros–. Es el más alto.

Antes de bordear la pared, la muchacha vio que la guía y el guardia comenzaban a cruzar la explanada. No tenían mucho tiempo, pronto se les echarían encima.

Los chicos dieron la vuelta al muro que por suerte era lo suficientemente alto para preservarles de las miradas de los turistas.

Lisa sacó la capa de la mochila y se la puso a su hermano en los hombros. Luego cogió la pulsera para poner la fecha a la que debían viajar, cuando oyó gritar a la guía a unos pocos metros de donde estaban. Sus perseguidores acababan de cruzar el estanque y la mujer daba instrucciones al guardia para rodear, cada uno por un lado, el recinto donde los chicos se habían ocultado.

Lisa vaciló unos instantes. Podía optar por dar marcha atrás y volver a la seguridad del desván de su casa, o bien introducir la fecha a la que tenían pensado viajar. Intentando tomar una decisión,

miró a su hermano a los ojos.

–Vamos, hermanita –dijo el niño–. Veamos si esa Nefertiti era tan guapa como dicen.

La guía dio la vuelta al muro, caminando despacio, mientras trataba de recuperar el aliento. No había prisa. Después de siete años trabajando allí, conocía las ruinas perfectamente y sabía que aquellos mocosos se habían metido tras los restos de uno de los pilonos del templo. No podían salir de allí sin ser vistos. Por fin les habían alcanzado.

Sintiendo que sus perseguidores estaban cerca, Lisa agarró la mano de su hermano y movió con rapidez las ruedecillas del tiempo. Año 1336 a.C., justo un año después de la desaparición de la reina. Después, los dos hermanos se fundieron en un abrazo y Charlie giró la manecilla de su pulsera.

Cuando llegaron al otro lado del muro, la guía y el guardia sólo encontraron arena y guijarros esparramados por el suelo, pero ni rastro de aquellos malditos niños. Se habían esfumado como en un sueño.

–No lo entiendo– dijo la mujer, moviendo la cabeza de un lado a otro.

Luego dio media vuelta y, jadeando aún, volvió junto al grupo de turistas, intentando recordar en qué punto debía retomar sus explicaciones.

• • •

Max Wellington no confiaba en la suerte. Por ello, durante años, diseñó y perfeccionó un sistema que le permitiera detectar a los viajeros del tiempo sin tener que trasladarse continuamente a otros lugares del mundo y a otras épocas. Este sistema se basaba en tres piezas clave.

La primera era rastrear a fondo el mercado de antigüedades a través de distintos intermediarios de modo que estuviera informado sobre cualquier objeto antiguo que se quisiera poner a la venta en algún rincón del mundo. Los viajeros del tiempo solía traer objetos antiguos a su época que a menudo ponían a la venta para mantener un alto nivel de vida. Así es como Max había logrado descubrir la identidad de Franz Schneider y de algunos otras de sus presas.

La segunda pieza era lo que llamaba “la central de inteligencia”, una supuesta agencia de noticias especializada sucesos extraños, sobrenaturales o sin explicación aparente acaecidos en cualquier punto del planeta, ya fuera en la actualidad o en tiempos pasados pues Max sabía que gran parte de ellos, si no todos, solían estar protagonizados por viajeros del tiempo.

La agencia contaba con fuentes tan diversas como chivatazos de algún informador que trabajaba en la policía, bomberos u otros servicios sociales; noticias aparecidas en medios de información; accesos sin autorización a bases de datos oficiales o privadas en las que se recogían este tipo de hechos... Todo valía con tal de conseguir la noticia.

Una vez obtenida la información inicial, los investigadores indagaban sobre ella, y trataban de completarla y documentarla en la medida de lo posible. Todos los detalles quedaban recogidos en una ficha preestablecida y bien estructurada, que se guardaba en la intranet de la agencia de

noticias. Sus empleados suponían que la central vendía aquellas informaciones a periódicos sensacionalistas, a revistas de contenido esotérico o paranormal y a algunos programas de televisión. Nunca sospecharon que el único que tenía acceso a su trabajo era Max Wellington, quien revisaba a diario las noticias llegadas desde los cinco continentes.

A pesar contar con una audiencia ciertamente restringida, los esfuerzos de los investigadores nunca caían en saco roto. Max era un hombre meticuloso y tenaz, que se tomaba su labor muy en serio. Cuando una noticia le parecía relevante o creía que pudiera estar relacionada con un viajero del tiempo, visitaba a los testigos y el lugar de los hechos para hacer sus propias averiguaciones. Unas veces, las informaciones resultaban ser fiables; otras, eran producto de la superstición o la imaginación de aquellas personas, por lo que Max tenía un anecdotario amplio y bastante divertido que, lamentablemente, no podía compartir con nadie.

La tercera pieza clave con la que Max contaba era "la red de centinelas", una iniciativa a la que tuvo que dedicar bastante tiempo y dinero hasta que comenzó a dar frutos. La idea era simple, pero muy eficaz: desde el año 1916, Max financiaba parcial o totalmente, y siempre a través de una de sus innumerables fundaciones, un sinfín de excavaciones arqueológicas o paleontológicas repartidas por todo el mundo. Como contrapartida, la fundación se quedaba con una parte de las piezas halladas y se reservaba el derecho de elegir éstas. Y lo que era más importante: se establecía que uno de sus empleados –el centinela–, permanecería en la excavación en todo momento y sería informado sobre cualquier detalle o hallazgo que se produjera, fuera éste de la naturaleza que fuera. El centinela tenía orden de requisar cualquier objeto raro o inusual que se encontrara, de avisar inmediatamente sobre este descubrimiento a la fundación y de custodiarlo hasta que alguien fuese a recogerlo en nombre de ésta.

Había ocasiones en las que una excavación ya contaba con un patrocinador público o privado que sufragaba los gastos, por lo que Max no podía participar económicamente en ella ni controlar cuanto ocurría. En esa situación, y si la excavación era importante, Max se servía de la debilidad humana y sobornaba a algún integrante del equipo con acceso a los descubrimientos. A cambio de una sustancial recompensa, el individuo en cuestión debía mantenerle informado y apañárselas para entregarle aquellos objetos.

En cualquier caso, y fuera cual fuera la legitimidad del centinela, la única forma establecida para que éste pudiera mandar el aviso era por carta, que debía ser remitida a un apartado de correos de Nueva York. Dicho apartado pertenecía a la oficina general de correos de la 8ª Avenida, que décadas más tarde sería rebautizada como la Oficina de Correos James Farley. Max contrató el apartado pocos días después de su inauguración, en 1916, a nombre de una pequeña empresa que no estaba relacionada con su emporio empresarial Aurum, y lo mantenía en la actualidad.

Cada lunes a la misma hora, él mismo iba a comprobar si se recibía una nueva carta. De esa forma, cómodamente instalado en el siglo XXI y sin desatender sus obligaciones, podía controlar con bastantes posibilidades de éxito si en la última semana alguien había realizado un viaje en el tiempo. Si el viajero era descuidado, lo que ocurría con sorprendente frecuencia, dejaría algún rastro tras de sí y alteraría en ese preciso instante el curso de los acontecimientos.

Max sabía que en la dimensión temporal todo funcionaba de forma similar a como ocurría en la dimensión espacial. Al igual que su maletín no podía estar al mismo tiempo en la mesa del salón y en la de su despacho, un viajero tampoco podía visitar su propio pasado, pues ello implicaría que estaría en dos sitios a la vez. Del mismo modo que el maletín de Max permanecería en su despacho hasta el preciso instante en que alguien lo trasladase al salón, lo mismo sucedía con los objetos extraviados en el tiempo. Sólo llegaban al lugar y a la época que el viajero visitaba cuando éste se los llevaba consigo, pero ni un minuto antes; y sólo quedarían olvidados en el lugar visitado si, una vez allí, el viajero tenía un descuido y los perdía.

Si Max tenía suerte, aquel rastro olvidado aparecería en uno de los innumerables yacimientos, tumbas o excavaciones que controlaba, lo cual ocurría con más frecuencia de lo esperado, pues los viajeros del tiempo solían tener debilidad por visitar lugares y personajes famosos a lo largo de la historia.

Cuando aparecía algún objeto extraviado, el centinela de Max le avisaba enviándole una carta, que aparecería súbitamente en su apartado de correos. Aquella pequeña variación de los hechos sería perceptible sólo después de producirse el viaje, igual que su maletín sólo aparecería en la mesa del salón después de que se hubiera dejado allí. No importaba si el centinela había enviado su carta años e incluso décadas atrás: ésta sólo aparecería en el buzón de Max después de que el viaje al pasado hubiese tenido lugar.

Y precisamente, eso era lo que había ocurrido cuando alguien viajó millones de años atrás para visitar dinosaurios en Dakota del Sur, donde extravió una pequeña brújula. Aunque el equipo del doctor Oswald Butler la halló bajo la vértebra del Elasmosaurus en junio de 1962 y el centinela envió el aviso inmediatamente, Max no encontró la carta en su apartado hasta el lunes 10 de febrero de 2014, cincuenta y dos años más tarde, a pesar de haberlo revisado el lunes anterior.

Aquello no dejaba lugar a dudas: durante la última semana y más concretamente entre el 3 y el 10 de febrero de 2014, un viajero, seguramente un novato, se había sentado a jugar en el tablero del tiempo. Cabía la posibilidad de que sus iniciales fueran C.W., y desde luego no parecía ser un jugador demasiado avezado ni cuidadoso, por lo que previsiblemente cometería algún nuevo error.

Y cuando lo hiciera, Max Wellington estaría al acecho, esperándole para darle caza.

• • •

Charlie y Lisa se separaron y miraron a su alrededor. El pequeño muro que les había ocultado tenía ahora un tamaño enorme, de quince o veinte metros de altura. Tímidamente se separaron de él unos pasos, intentando adivinar dónde se encontraban. Un gran patio desierto, iluminado por la luz del atardecer, se abrió ante ellos. Los muchachos lo rodearon en silencio, admirando maravillados los muros y columnas del templo. Hermosas y coloridas pinturas los tapizaban, mostrando al faraón en distintas situaciones: adorando al disco solar, sentado en el trono, disparando un arco desde un carro o castigando a sus enemigos. Cada escena estaba enmarcada con grecas de motivos geométricos o con larguísimos jeroglíficos, confiriendo a aquel lugar un aspecto ordenado y armonioso. Los chicos habían visto en los libros de su padre innumerables reconstrucciones de templos del antiguo Egipto, pero ninguna de ellas hacía la más mínima justicia

ni eran remotamente capaces de reproducir la belleza y el esplendor que tenían ante sí.

El viento del desierto agitó unas banderas estrechas y alargadas como enormes cintas de colores que colgaban en lo alto de unos mástiles, y les devolvió a la realidad.

–Bien, vamos a buscar a la reina –dijo Lisa–. Usaremos las coordenadas que he ido recogiendo, pero variándolas un poco. La guía nos ha llevado siempre por los senderos y nos ha dejado fuera de casi todos los edificios; así que, alterándolas un poco, tal vez nos podamos meter en ellos.

–Vale.

–Si no nos gusta lo que vemos, vuelves a mover la ruedecilla un poco y nos marchamos a otra parte.

–De acuerdo. Voy a hacer una prueba.

Charlie movió ligeramente las manecillas de las coordenadas y apareció a unos metros de su hermana; unos números más, y esta vez apareció en la otra punta del enorme patio.

Lisa reía al verle surgir de la nada en un sitio diferente cada vez.

–Y ante todo, no te vayas a olvidar de mí –le dijo a su hermano.

–Eso depende –contestó él con picardía–. Como la reina sea muy guapa, a lo mejor te doy el cambiazo.

Lisa rió la broma, cruzando los brazos bajo el pecho como si le pidiera explicaciones.

–A fin de cuentas, está loca por pillar un hijo –continuó el niño–. Así que, tal vez nos adoptemos mutuamente.

–¡Y qué ibas a hacer tú con dos madres! –dijo Lisa sacudiéndole el flequillo–. Anda, vamos. Pronto anochecerá.

• • •

Después de introducir las primeras coordenadas, los chicos aparecieron en una avenida amplia aunque poco concurrida. La fachada del templo, mucho más majestuosa e impresionante que el patio en el que acababan de estar instantes atrás, había quedado a su espalda. A ambos lados de la calle, dos imponentes muros preservaban los recintos reales del resto de la ciudad.

Juntos pasearon por la avenida, admirando los edificios y a la gente que se cruzaba con ellos y les miraba extrañada. Habían retrocedido más de tres mil años en el tiempo, pero aquella vía ancha y distinguida podía pertenecer perfectamente a su época.

–Si no fuera porque no se ven coches, ni antenas parabólicas o anuncios de Coca–Cola, parecería que hemos cambiado de país pero no de siglo –dijo Charlie.

–Es increíble pensar que todo esto vaya a desaparecer –añadió Lisa–. Seguro que todas estas personas piensan que esta ciudad va a estar aquí para siempre, que será eterna.

–Menudo disgusto se llevaría el faraón si se entera que en unos años se la desmontan para

reciclar las piedras.

Los dos llegaron junto a un gran puente de piedra que se elevaba sobre la avenida para unir los dos recintos amurallados, en los que estaban el palacio real y otros edificios oficiales. Las paredes del puente estaban adornadas con hermosas pinturas de la familia real, jardines y estanques con patos volando. Al verlo, Charlie emitió un suspiro, como si intentara reconciliarse con la guía.

–El puente que comunica la Casa del Rey y el Palacio Real –dijo Lisa señalando el edificio que quedaba a su derecha–. La reina debería estar en el Palacio, así que tenemos que entrar en él.

Los chicos se retiraron a uno de los lados de la calle para preparar un nuevo salto. El lugar escogido estaba poco apartado y les dejaba expuestos a las miradas de los transeúntes, aunque aquello no les inquietaba en absoluto. Tal vez fuese porque estaban tan agitados que rozaban la euforia o porque todo aquello era demasiado irreal, pero lo cierto es que les producía menos temor aquella sociedad casi desconocida y las personas que les rodeaban, que los turistas de su propia época. No sentían la necesitad de tomar demasiadas precauciones para aparecer o desaparecer a su antojo y en presencia de quien fuera. Todo era fácil, posible y además muy emocionante.

En un abrir y cerrar de ojos estaban en un pequeño patio rodeado de columnas con forma de hojas de loto o en una preciosa sala decorada con frescos de patos y otros animales salvajes. Una a una, se iban colando por las diferentes estancias de palacio sin problemas ni contratiempos. Cuando oían voces o pasos, volvían a girar la ruedecilla y aparecían en otra habitación, si cabe más hermosa y de mayor categoría que la anterior.

De pronto aparecieron en una estancia amplia y suntuosa, amueblada de manera mucho más rica y abundante que ninguna de las que visitaron hasta ese momento. En uno de los lados estaba colocada una mesa estrecha, parecida a un tocador, con un espejo y varios cofres de oro repletos de joyas. Lisa observó sus delicados motivos, las piedras preciosas que tenía incrustadas, los esmaltes de alegres colores...y consideró que eran dignas de una reina.

Entretanto, Charlie se había acercado a lo que parecía una cama y decidió tumbarse en ella, apartando con delicadeza las vaporosas cortinas blancas que la rodeaban. Era curioso, pensó. Aquella gente sabía construir templos y palacios a lo grande, por no hablar de lo bien que pintaban, pero, inexplicablemente, fallaban en las cosas más elementales, como hacer una simple cama. No había colchón, ni siquiera una simple almohada; tan sólo una malla hecha con tiras de cuero que iba unida a una estructura de madera, y un soporte curvo del mismo material que parecía servir para apoyar la cabeza.

El niño no pudo resistir la tentación y se tumbó boca arriba, con los brazos cruzados sobre el pecho, quedándose inmóvil como si fuera la momia de Tutankamón.

Lisa seguía mirando absorta todas aquellas joyas, concentrada en encontrar alguna pista sobre su propietaria, y no sintió que alguien se le acercaba por la espalda. Tan sólo se dio cuenta de que ella y Charlie no estaban solos cuando escuchó una pregunta, pronunciada con tono amenazador y en una lengua que no pudo entender.

Al oírla, Lisa se giró y vio una niña muy guapa y esbelta que la apuntaba con una daga de oro. Lisa la miró fijamente, manteniendo la calma, mientras intentaba adivinar quién era. A juzgar por las joyas del cofre y por las que llevaba puestas, por su porte distinguido y por la fina túnica blanca plisada que vestía, debía tratarse de algún miembro destacado de la familia real; tal vez una de las hijas de Nefertiti. Calculó que sería algo mayor que Charlie, aunque iba vestida y maquillada como una mujer adulta.

También reparó que detrás de la muchacha que la amenazaba, había otra que aparentaba ser más joven, que vestía de una manera mucho más sencilla y que estaba paralizada por el miedo. Lisa dedujo que debía ser una sirvienta.

La niña que sostenía el arma respiraba deprisa y también parecía asustada, pero no lo bastante como para dejar de apuntarle. Al ver que Lisa no le contestaba, volvió a inquirirle, frunciendo el ceño y levantando la daga.

–Charlie, quédate quieto donde estás –dijo Lisa sonriendo, hablando con suavidad y sin levantar la voz–. Creo que no te han visto.

La niña egipcia miró a Lisa sin comprender lo que decía, así que volvió a formular la pregunta, pero esta vez con bastante más agresividad que la anterior.

Lisa se dio cuenta de que la cosa iba en serio, así que decidió arriesgarse.

–Nefertiti –dijo con toda la claridad que pudo–. Busco a la reina Nefertiti.

La niña egipcia dio un paso hacia atrás. Su rostro se llenó de espanto, seguido de una profunda indignación, y comenzó a gritar. Su sirvienta reaccionó a los gritos y salió corriendo de la habitación para alertar a la guardia. En unos pocos segundos, regresó con unos cuantos soldados que rodearon a Lisa y la apuntaron con sus lanzas. Todos ellos vestían una prenda parecida a una falda blanca, que dejaba su torso al descubierto, y llevaban cabeza y cuerpo perfectamente rasurados.

A pesar de tener rodeada a la intrusa y sin escapatoria posible, aquellos hombres estaban bastante nerviosos. En un primer momento, Lisa pensó a que se debía a su aspecto, muy diferente al de cualquier muchacha egipcia; pero luego le pareció que estaban demasiado alterados y se dio cuenta de que señalaban y discutían sobre su camiseta, como si hubiera algo en la silueta del puma negro saltando hacia delante que les atemorizase.

–Charlie, quédate escondido y mantén la calma –volvió a decir Lisa con voz dulce, como si hablara con los guardias–. Deja que las cosas se tranquilicen y luego ven a buscarme.

El niño la escuchaba conteniendo la respiración, siguiendo la escena por el rabillo del ojo e intentando decidir qué demonios debía hacer. En su cabeza se agolpaban las dudas, mientras veía a su hermana rodeada por nueve o diez hombres que la apuntaban con sus armas. Lograr abrirse paso hasta ella sería improbable, y calcular el sitio exacto para aparecer a su lado con ayuda de la capa, totalmente imposible.

–Si te cogen, te quitarán la capa y nos quedaremos aquí atrapados para siempre –insistió Lisa, intentando que el miedo que sentía no se adueñara de su voz–. Todo saldrá bien, sé que lo

conseguirás.

De pronto, un hombre mucho más alto y musculoso que los demás irrumpió en la sala. Al verlo, Lisa supuso que era el jefe, porque era el único que llevaba un collar plano alrededor del cuello y porque apartó a dos guardias de un manotazo sin que éstos se atrevieran siquiera a levantar la vista.

El hombre caminó alrededor de ella, mientras la miraba de arriba abajo con desdén. Cuando volvieron a quedar frente a frente, clavó su mirada en la muchacha. Lisa levantó la vista tímidamente hasta encontrarse con sus ojos negros, llenos de ira y desprecio. En aquella mirada no había rastro de extrañeza o de inquietud como en la de los demás soldados; tan sólo una ferocidad que la aterrorizó hasta dejarla paralizada. Al ver su reacción, el hombre sonrió satisfecho, como si disfrutara del efecto que su presencia causaba en los demás.

Luego inclinó la cabeza ante la niña egipcia y salió de la habitación escoltado por los guardias, que se llevaron a Lisa prisionera.

La niña egipcia permaneció de pie, mirando a los soldados marcharse. Con porte regio y gesto impasible, agitó la mano en el aire y ordenó secamente a todo el personal de palacio que saliera de sus aposentos, a donde habían acudido al oír los gritos. Tan sólo permitió que se quedara la sirvienta que la acompañaba cuando descubrieron a la intrusa.

Después de que todos se hubiesen marchado, se sentó en la silla dorada que estaba junto a su tocador y, al contemplar las mismas joyas que Lisa estaba admirando, rompió a llorar.

• • •

Charlie ya no podía más. Llevaba demasiado tiempo tumbado en el camastro con la nuca apoyada en esa ridícula peana de madera y oyendo llorar desconsoladamente a aquella chica sin que su sirvienta consiguiera calmarla. Y no sabía cuál de las dos cosas le hacía sentir más incómodo.

A punto estuvo varias veces de girar la manecilla de la pulsera para salir de ahí, convencido de que tarde o temprano le estallaría la cabeza. Intentó distraerse y se imaginó apareciendo y desapareciendo en la misma postura en las situaciones más disparatadas: en la mesa en la que cenaba el faraón junto a su corte, debajo del puente de la calle como un vagabundo del tiempo, delante del fornido guardia que se llevó a su hermana o incluso en el lecho de la bella reina. Cualquier sitio sería mejor y la compañía más alegre que en la habitación en la que se encontraba.

Pero, aunque quisiera, no podía marcharse sin más. No sin antes coger su mochila, que había quedado olvidada a los pies del tocador sobre el que aquella niña había decidido llorar durante toda la eternidad, o al menos hasta que él se quedase tan petrificado como la momia de Tutankamón.

En vista de que la muchacha continuaba sollozando y que parecía tener cuerda para rato, decidió pasar a la acción. Aquello era lo más parecido a una película de 007, en la que James Bond tenía que recoger una bolsa con algún objeto valioso y de vital importancia para la Corona sin que nadie advirtiera su presencia. Había visto escenas como esa cientos de veces y sabía de

sobra lo que tenía que hacer. Sólo debía acercarse hasta la mochila sigilosamente, sin que ninguna de las niñas le descubriera, alcanzarla con un movimiento fulminante y salir de ahí a toda prisa con ayuda de la capa. Para cuando ellas intentasen reaccionar, él habría desaparecido delante de sus narices. Un plan arriesgado pero sencillo.

Charlie se levantó, sujetando el incómodo soporte en el que tenía apoyada la cabeza para que éste no se cayera sobre la cama. Lentamente se incorporó, posando los pies en el suelo y moviéndose casi a cámara lenta, sin hacer ningún ruido. Los sollozos continuaban cuando él había concluido la fase 1 de la maniobra de aproximación. Todo marchaba según lo previsto.

Con mucha suavidad llenó los pulmones de aire, dispuesto a iniciar la fase 2, sin duda la más comprometida de toda la misión. Ahora debía recorrer cinco o seis metros, justo en la retaguardia del enemigo, sin que éste detectara su presencia. No tenía miedo: había seguido un exigente entrenamiento y estaba preparado para superar con éxito situaciones como ésta. La sorpresa y el sigilo eran su baza.

Con decisión apartó las cortinas de la cama, sin darse cuenta de que su pie izquierdo pisaba un extremo. ¡Raaaasssss! Un sonido largo y repentino, de tela rasgada, cortó el silencio de la habitación.

La niña se puso de pie de un salto, blandiendo de nuevo la daga en el aire y apartando a un lado a la sirvienta. Justo detrás de ella se encontró con otro intruso, un niño, que le miraba petrificado y cuya apariencia era mucho más extravagante que la de muchacha que se habían llevado los guardias hacía sólo un rato.

–Mecachis –dijo Charlie al ver la reacción de la chica.

Ella se acercó al extraño, apuntándole con su arma mientras le observaba con detenimiento. Debía de tener su misma edad, tal vez un par de años menos, aunque no llevaba la cabeza rapada con un largo mechón a un lado como los demás niños. En vez de eso tenía toda la cabeza cubierta de pelo, muy revuelto a pesar de llevarlo corto.

Charlie temió que la escena de soldados y lanzas que presenció con su hermana se volviera a repetir, esta vez con él en el papel estelar de preso. Tenía que evitarlo como fuera... tenía que pasar de inmediato al plan B.

–Me–lla–mo–Char–lie–Wil–ford –dijo hablando muy despacio y vocalizando cada sílaba que salía de su boca.

La niña sostenía la daga con algo menos de fuerza y convencimiento. Definitivamente el intruso no parecía demasiado amenazador, aunque sí muy raro.

–Ven–go–de–Lon–dres, In–gla–te–rra –prosiguió Charlie mientras levantaba los brazos lentamente para mostrar las palmas de su mano–. Y–ven–go–en–son–de–paz.

Todo su cuerpo estaba cubierto por un tejido que ella nunca antes había visto, que cambiaba de color pasando de negro a azul cobalto según le diera la luz. Tenía una abertura delantera y más ropa debajo, pero no conseguía verla con claridad.

Viendo que sus palabras parecían tranquilizar a la chica y que la sirvienta estaba casi en estado de hipnosis, Charlie decidió proseguir con sus explicaciones

–Ve–ni–mos–del–fu–tu–ro –continuó– y–no–que–re–mos–ha–ce–ros–da–ño.

Charlie siguió levantando las manos, dejando el enorme cocodrilo de su camiseta al descubierto. Al verlo, la niña abrió los ojos como si hubiera visto un fantasma.

–¡Sobek! –exclamó mirándolo fijamente, casi sin pestañear.

En ese momento Charlie recordó lo nerviosos que se pusieron todos al ver la camiseta de su hermana y, temiendo una reacción parecida, decidió pasar sin más preámbulos al plan C. Por todos es sabido que cualquier misión diplomática es más persuasiva si se acompaña de una demostración de fuerza.

El niño giró la manecilla de la pulsera para desaparecer y volver a aparecer a ritmo frenético en distintos lugares de la estancia, mientras las dos niñas le miraban completamente alucinadas.

–¡Sobek! –repitió la que tenía la daga en la mano y esta vez se arrodilló sumisa, dejándola en el suelo.

Su sirvienta también se postró ante él, como si de un dios se tratara.

Charlie recogió y guardó el arma por precaución: detestaría ser apuñalado por la espalda como un espía descuidado de una película de serie B.

Luego se quedó mirando a las dos niñas, intentando sopesar la situación y la conveniencia de rediseñar su estrategia. Tenía la mochila con el plano de la ciudad y las anotaciones de Lisa que le ayudarían a encontrarla. Pero ahora el enemigo se había rendido sin condiciones ante su abrumadora superioridad y podía utilizarlo para llegar hasta su hermana. No es que necesitara la ayuda de nadie, y mucho menos de una niña con excesiva propensión al llanto y una sirvienta asustadiza. Él solo encontraría a Lisa tarde o temprano, pero a saber en cuántas habitaciones tendría que aparecer antes de dar con ella. Seguro que la niña que le amenazó con el puñal sabía dónde se la habían llevado. Se veía que era alguien importante en palacio, seguramente una princesa que tendría acceso a todas partes. Con su ayuda, la misión de rescate sería más rápida y discreta.

Estaba decidido, dejaría que ella participase en la misión. A fin de cuentas, hasta el propio James Bond trabajaba mejor cuando lo hacía en compañía de una chica.

• • •

El capitán Senré entró en el cuartel de la guardia seguido por sus hombres y la prisionera, y se dirigió hacia la zona de calabozos.

Urgía presentarse a su superior, el Jefe de la Guardia del Faraón, y contarle de primera mano lo sucedido antes de que alguien se le adelantara. Era preciso presentar todo aquello como un incidente menor y restar importancia al hecho de que una intrusa hubiese llegado hasta los mismísimos aposentos reales. Como Capitán de la Guardia de Palacio, él era el responsable directo de impedir que algo así ocurriera; y si todo aquello era considerado un suceso grave, le

acusarían de negligencia y sería severamente castigado.

Debía actuar con rapidez, pero también con contundencia. Los propios soldados que capturaron a la muchacha estaban asustados, algunos incluso aterrorizados. Durante el camino les oyó murmurar y discutir entre ellos sobre la verdadera identidad de la prisionera. Unos decían que era una espía hitita; otros, que se trataba de una asesina hicsa que había tratado de matar a la hija del faraón; los más, que era una sacerdotisa de la diosa Bastet que intentaba lanzarle un oscuro maleficio.

Senré sabía que, a menos que se hiciera con el control de la situación, en poco tiempo correrían mil historias por la ciudad y tarde o temprano llegarían a oídos del faraón, lo que supondría el fin de su carrera y tal vez de su propia vida.

Antes de marcharse, ordenó a sus hombres formar. Podía ver el temor en sus ojos, oler el miedo en su piel. Luego cogió a la intrusa del brazo y la colocó con brusquedad delante de ellos. La miró detenidamente y no pudo menos que admitir que todo en ella era extraño. A pesar de haber viajado por todo el Alto y Bajo Egipto y por buena parte de los reinos vecinos, nunca antes había visto calzado o ropajes semejantes, ni una tez tan blanca como la de la luna llena, ni había escuchado jamás la lengua en la que ella hablaba. Pero sin duda, lo más turbador, era el color de sus ojos, verdes y profundos como las aguas del Nilo.

El capitán dio un paso al frente y dirigió una dura reprimenda a sus hombres con el propósito de asegurarse su silencio.

–Os llamáis soldados y sois cobardes como un puñado de mujeres supersticiosas –les dijo, mostrando en su voz un desprecio absoluto–. Os he oído murmurar, hablar sin ningún pudor del miedo que sentís hacia una simple muchacha. Sois una verdadera deshonra.

Los hombres guardaron silencio, sin saber qué contestar. El capitán Senré hizo una larga pausa para que el silencio alimentara un profundo sentimiento de vergüenza en todos ellos.

–Aseguráis que es una espía, una sacerdotisa, incluso una asesina –continuó con tono de burla–. Y que sus poderes son terribles.

Con un movimiento rápido y preciso sacó su afilado cuchillo, lo colocó en el cuello de Lisa y hundió la punta sin llegar a clavársela. La joven dejó escapar un grito de terror.

–¿Qué asesina es ésta, que se asusta al sentir el filo de un cuchillo? ¿Qué espía, que se deja capturar por una muchacha? ¿Y qué sacerdotisa, que prefiere chillar antes que utilizar su magia?

Los hombres bajaron la mirada y Senré decidió cebarse en ellos.

–Si esta desdichada ha conseguido llegar a los aposentos reales, no ha sido por sus poderes, sino por vuestra negligencia –dijo enfurecido–. El faraón pedirá las cabezas de los culpables y os juro por Atón que se las entregaría gustoso.

Los soldados empezaron a inquietarse y el miedo que sentían hacia la intrusa, tan sólo unos pocos minutos antes, se convirtió en temor por su propia vida. Algunos de ellos olvidaron que estaban en formación y no pudieron evitar pasarse la mano alrededor del cuello, como si fueran a

perderlo en cualquier instante.

–Lleváis muchas lunas bajo mis órdenes y sé bien que sois unos buenos soldados –continuó el capitán suavizando el tono de voz, como si intentara sincerarse con ellos–. Sé que sois valientes y puedo entender que tal vez os haya cegado el extraño aspecto de esta muchacha. Haré lo que pueda por salvar vuestras vidas y trataré de presentar todo este incidente como un hecho sin importancia.

Algunos soldados dejaron escapar un leve suspiro de alivio y otros una sonrisa esperanzada.

–Voy presto a ver al Jefe de la Guardia del faraón, a hablarle en favor vuestro. Todo quedará arreglado, pues ya sabéis que él confía en mis palabras. Pero, si vuelve a producirse otro fallo, seré yo mismo quien os dé muerte.

Los hombres asintieron con la cabeza y el capitán Senré hizo ademán de marcharse.

–Una cosa más –dijo, volviéndose hacia ellos–. Encerrad a la intrusa en el calabozo y no dejéis que nadie la vea o hable con ella. Dos hombres harán guardia en la puerta de acceso a las celdas y ninguno de vosotros contará lo ocurrido a nadie, ni siquiera a la mujer con la que compartís vuestro lecho. Si el faraón se enterase de lo ocurrido, no podré hacer nada por proteger vuestras vidas.

El capitán salió de la estancia y los hombres siguieron sus instrucciones de inmediato. El que más temor había mostrado a la prisionera se acercó a ella y, tras abrir la puerta del calabozo, la metió dentro propinándola un fuerte empujón y soltando una cruel risotada al ver que la muchacha se caía al suelo.

• • •

Charlie se sentó en el suelo junto a la niña egipcia y extendió el plano de la ciudad delante de ellos. La sirvienta permanecía de pie unos metros más atrás, mirando fijamente cuanto estaba ocurriendo.

–Estamos aquí –dijo Charlie, señalando un punto en el mapa con la solemnidad propia de un mariscal de campo–. Debemos encontrar a Lisa antes de que el tío forzudo le haga algo.

La princesa le miraba con un gesto de interrogación haciendo un esfuerzo por comprenderle.

–Lisa, ya sabes, la chica que estaba conmigo. No sé por qué, pero el tipo calvo con el collar grande parecía enfadado con ella y me preocupa que le haga daño –explicó el niño mientras con las manos trataba de representar cuanto iba diciendo.

La chica seguía mirándole con extrañeza y Charlie se dio cuenta de que no le entendía. Con decisión, cogió la mochila y sacó el cuaderno de su hermana. Dar con el bolígrafo, que estaba en el fondo bajo un montón de cosas, le resultó un poco más complicado; así que sacó unos cuantos objetos y los dejó en el suelo. Uno de ellos, era el libro que la señora Rotherwick les había prestado.

–Buscamos a Lisa –prosiguió, mientras en una hoja del cuaderno esbozaba un monigote con pelo largo y una camiseta con algo más parecido a una pintura rupestre que a un estilizado puma.

Charlie miró su obra satisfecho, convencido de que la niña reconocería en ella a Lisa. Pero al mirar a la muchacha, la vio contemplando absorta la portada del libro; ella había dejado de prestarle atención en cuanto vio la imagen de aquella escultura. Nunca antes la había visto, aunque sabía que se trataba del boceto hecho por algún escultor de la corte. También reconoció de inmediato el hermoso rostro de su madre, ataviada con su collar de oro y el tocado real.

–Es tu madre, ¿verdad? –preguntó Charlie.

La muchacha contestó en su lengua y el niño intentó asegurarse. Recordaba haber visto un bajorrelieve en el que aparecía la reina con el faraón y sus hijas, así que pasó las páginas del libro con agilidad y le mostró la imagen a la muchacha.

–¿Es tu familia? –volvió a preguntar Charlie, mientras señalaba a los miembros de la familia real–. Akenatón, Nefertiti, y...

–Meritatón, Meketatón, Anjesenpaatón –continuó la niña, indicando sobre la foto a las hijas del faraón.

–¿Tú estás aquí? –dijo Charlie, señalando a la muchacha con el dedo y luego colocándolo sobre la foto.

–Anjesenpaatón –respondió ella, mostrando a la niña que aparecía apoyada sobre el hombro de la reina y que la acariciaba dulcemente la cara.

–¿Tú? Anje....

–Anjesenpaatón –afirmó la niña.

–No te importará si te llamo Angie, ¿verdad? Es más corto –dijo Charlie como si se disculpara–. Tú Angie, yo Charlie.

–Charlie –repitió la niña sonriendo.

Luego cogió con suavidad el libro y lo observó, pasando las páginas y para contemplar los textos y las imágenes. Obviamente se trataba de un objeto divino, hecho con un material vetado a los hombres, mucho más suave y brillante que el papiro. En su interior había ventanas por las que los dioses podían ver las viejas pirámides, esculturas y otras pertenencias de los faraones, sus joyas e incluso sus momias desnudas y desprovistas de su ajuar funerario; pues los dioses no valoraban la posición ni la riqueza de los hombres, sino la pureza de su corazón. También había muchos jeroglíficos –la escritura sagrada–, pero los dioses parecían tener, además, otro tipo de escritura, exclusiva para ellos, y que nunca quisieron compartir con los hombres.

Charlie veía a la niña mirando ensimismada el libro de la señora Rotherwick y decidió darle unos minutos más, como si supiera que ella necesitaba poner en orden sus pensamientos antes de acompañarle en su aventura.

Fue entonces cuando Anjesenpaatón comprendió cuanto estaba ocurriendo aquella tarde. Su madre no la había mentido: existían otros dioses además de Atón. Dioses a los que estaban ofendiendo al declararlos proscritos y al prohibir su culto en todo Egipto. Dioses que estaban castigando a la familia real por ese motivo, llevándose uno a uno a todos sus miembros hasta que

el faraón consintiera en dar marcha atrás y volviese a restituir su culto. Dioses que, a pesar de todo, eran generosos y estaban dispuestos a perdonarles. No debía temerles a ellos, sino a la ira fanática del rey.

Su madre le había hablado de todos ellos, les había enseñado sus nombres, sus poderes y sus rasgos identificativos para que pudiese diferenciarlos y reconocerlos. Amón, dios del sol, representado con un tocado con dos plumas y el disco solar; Isis, madre de todos los dioses, que encarnaba el amor incondicional al esposo y a los hijos; Horus, el dios halcón, encargado de conducir a los difuntos ante Osiris, el dios de los muertos; Sobek, dios cocodrilo creador del Nilo, dios de la fertilidad pero también del peligro y del desorden. Y Bastet, la diosa con cabeza de gata y cuerpo de mujer.

Estaba claro que aquellos seres que aparecieron aquella tarde en su habitación eran los enviados, si no la reencarnación misma, de Sobek y Bastet. Lo que no entendía era por qué eligieron presentarse en forma de niños, desprovistos de toda solemnidad y con un simple símbolo de su identidad divina en sus ropajes: un cocodrilo y un gato negro saltando hacia adelante. Al menos Sobek había mostrado mínimamente sus poderes, pero no así Bastet, que se dejó apresar por los soldados sin oponer ninguna resistencia. Tal vez estaban poniendo a prueba su fe, y ella estuvo a punto de fallarles. Pero, ahora que había comprendido la situación, no volvería a ocurrir.

–Lo siento, pero ya no podemos esperar más –dijo Charlie, a la vez que le volvía a mostrar el retrato de Lisa que había hecho minutos antes–. Tienes que ayudarme a encontrar a mi hermana.

Anjesenpaatón miró el dibujo y asintió. Luego cogió el plano de Amarna y, después de estudiarlo unos instantes, señaló un punto con el dedo. Charlie miró la leyenda que había escrita en el lugar indicado.

–Cuartel de la policía –dijo en voz alta–. ¡Pues sí que estaban organizados estos egipcios!

• • •

Lisa se pasó la mano por el cuello y la detuvo justo donde el capitán Senré había puesto su cuchillo. La muchacha comprobó que no tenía ninguna herida, pero aun así sintió que el miedo y la impotencia se adueñaban de ella, y que de sus ojos se escapaban las lágrimas. Transcurridos unos minutos, respiró hondo y se secó las mejillas. Debía tranquilizarse cuanto antes y urdir algún plan que la ayudase a salir de ahí o a ganar algo de tiempo hasta que su hermano fuera a buscarla.

Se cuestionó fugazmente si Charlie sería capaz de lograrlo o si sería una presa fácil para los guardas, pero bloqueó aquella idea en su mente y se prohibió a sí misma volver a pensar en ello. No era el momento de dudar de la capacidad de su hermano, sino de pensar lo que ella haría cuando los soldados volvieran a abrir la puerta del calabozo.

Parecía que el jefe de la guardia tenía prisa por marcharse, pero antes les soltó una buena reprimenda a los soldados, como si tuviera que asegurarse de que todo iba a funcionar bien en su ausencia. Lisa se había percatado del temor que los hombres sentían ante ella y de que ninguno se atrevió ni siquiera a rozarla hasta que hubo llegado el jefe. Él era el único que parecía no tenerla miedo, así que debía hacer algo antes de que regresara.

Rebuscó en sus bolsillos y una a una fue colocando en el suelo las armas con las que contaba: un paquete de chicles de menta, una linterna y el viejo móvil sin cobertura de sus padres. Y como única munición, su astucia.

• • •

Anjesenpaatón se acercó a su sirvienta y habló unos instantes con ella. La criada la miraba y asentía con la cabeza, aunque su gesto no dejaba ninguna duda de la preocupación que sentía. Luego, las dos se fundieron en un abrazo.

Después, la sirvienta salió de la estancia y regresó trascurridos unos instantes. Negando con la cabeza le dijo algo a Anjesenpaatón, mientras señalaba hacia la puerta por la que había salido.

La princesa la escuchó preocupada y luego se dirigió a Charlie.

–Podemos irnos –dijo–. Taheri sabrá excusarme si alguien viene a visitarme. Pero hemos de pensar en cómo deshacernos de los soldados que hay junto a mi puerta.

Charlie no comprendió ni una palabra, pero sí la situación. El antiguo egipcio no resultaba tan difícil, después de todo.

También consideró que no sería prudente pasearse por palacio, pues todos estarían alerta después de que se hubiera encontrado una intrusa. Lo mejor, por tanto, era salir a la calle directamente. Sacó el cuaderno de Lisa e introdujo en la pulsera las coordenadas de la avenida en la que estaba el puente. Luego se acercó a Anjesenpaatón y se abrazó a ella, intentando disculparse con una sonrisa.

–No creas que me abrazo a las chicas nada más conocerlas –explicó ruborizado–. No sé por qué, pero con Lisa resulta más fácil...

Anjesenpaatón abrió los ojos sorprendida y no pudo evitar ponerse rígida. Ningún desconocido osaba tocarla, y mucho menos abrazarla, aunque se tratase de un enviado divino.

–Tú también me tienes que abrazar –dijo Charlie colocando las manos de la chica en su cintura–. Es la única manera de hacer que esto funcione.

La niña se puso más tensa aún y Charlie se apresuró a girar la manecilla de la pulsera. Aunque a James Bond le sucedía con cierta frecuencia, a él no le apetecía que alguien le soltase un bofetón en plena misión secreta.

• • •

Lisa escuchó por última vez el tono *'Crazy cat'* antes de ajustar la alarma y poner al máximo el volumen de su móvil. Luego repasó mentalmente su plan para asegurarse de que había calculado bien los tiempos y recordaba la secuencia que debía seguir.

Respiró hondo varias veces. Luego se concentró en atusarse el pelo y la ropa, intentando librarse de sus nervios aunque sin conseguirlo del todo.

–No importa –pensó–. Puedo mantenerlos a raya.

Por último, se acercó a la puerta y dio dos golpes secos con todas sus fuerzas.

...

Charlie y Anjesenpaatón aparecieron de la nada en plena avenida, a tan sólo unos pocos metros del puente en el que los hermanos Wilford habían contemplado las pinturas de la familia real y los estanques.

La muchacha, bastante aturdida, se separó de Charlie y comprendió que el enviado divino había utilizado sus poderes para sacarles de palacio. Miró a su alrededor y reconoció el lugar en el que estaban: era la calle que veía cuando atravesaba el puente que conducía al Gran Templo de Atón o cuando se asomaba para saludar al pueblo junto a otros miembros de la familia real. Pero esa era la primera vez que caminaba por ella.

Charlie sacó el plano e intentó situarse.

–Debemos ir por allí –dijo señalando una pequeña callejuela que salía a la derecha.

Los dos empezaron a caminar en la dirección indicada.

–Siento mucho que te hayamos asustado –intentó disculparse el niño–. No sabíamos que estabas en la habitación, si no, nos habríamos presentado. Lisa no quería fisgar en tus cosas ni robártelas, es que pensábamos que eran de tu madre.

Anjesenpaatón no comprendía las palabras del enviado divino, pero su tono de voz sonaba sincero y relajante. Excepto con Taheri, nunca hablaba con nadie tan sosegadamente y sin tener la sensación de su interlocutor quería algo de ella. Antes podía hacerlo con su madre o con sus hermanas Meritatón y Meketatón. Pero aquellos tiempos felices se habían marchado para siempre.

–Yo tengo once años –prosiguió Charlie, señalándose a sí mismo y luego enseñando los diez dedos de su mano y después uno–. Y tú, Angie, ¿cuántos años tienes?

–Once –dijo ella en su idioma, mientras mostraba primero diez dedos y luego uno.

–Creo que por aquí hay muchos escorpiones, y también la cobra negra que escupe veneno a los ojos cuando se siente en peligro –continuó Charlie–. Estaría bien ver alguno de los dos, aunque la verdad es que no llevas un calzado muy apropiado. También me gustaría ver algún zorro del desierto, esos que tienen las orejas tan grandes; seguro que aquellas montañas están plagadas de ellos. Pero lo que no me gustaría es encontrarme con un hipopótamo; en todos los reportajes del National Geographic dicen que tienen muy mal genio, y cuando todo el mundo está de acuerdo en una cosa, por algo será...

Anjesenpaatón sonreía mientras escuchaba las palabras del niño–dios y su alegre sonido, aunque no entendía nada de lo que decía. La fresca brisa nocturna resultaba reconfortante después de los calores del día. A lo lejos, los perros ladraban en una concurrida conversación y el canto de los grillos se apagaba a su paso.

...

Dos golpes secos como dos mazazos rompieron el silencio de la noche. Los soldados que hacían guardia junto a la puerta de entrada a los calabozos, se miraron sin saber cómo debían reaccionar. Otros dos golpes, esta vez más fuertes, les inquietaron aún más.

–Pentú, baja a ver qué hace la prisionera –ordenó uno de ellos.

El hombre dudó. Después de la arenga del capitán no podía demostrar que todavía temía a la intrusa y éste ya les había advertido de que no toleraría un error más.

–Vamos, ve a su celda a ver qué está haciendo –le urgió su compañero–. ¿O es que tienes miedo de una simple muchacha?

Pentú abrió la puerta y entró en la antesala a los calabozos. Otros dos golpes se escucharon dentro de la celda en la que estaba encerrada la prisionera.

El soldado asomó la cara a través de los barrotes de la puerta intentando verla, pero todo estaba oscuro en el interior.

–¿Qué son esos golpes? ¡No me obligues a entrar dentro o sabrás lo que es bueno! –gritó para que su compañero pudiera oír sus palabras con claridad.

Nadie contestó al otro lado, pero los golpes cesaron. Pentú permaneció unos instantes más junto a la puerta y luego se dio la vuelta para regresar a su puesto. No había recorrido más de media estancia cuando dos golpes se escucharon de nuevo.

–¡Haz callar a esa desgraciada! –le espetó el otro soldado.

Pentú se sintió furioso. Maldijo su fortuna y a aquella muchacha por ponerse a hacer sus hechizos precisamente en su turno de guardia. Lentamente movió el pasador que bloqueaba la puerta y la abrió con cautela. Sin atreverse a franquearla, buscó con la mirada a la prisionera, pero su antorcha apenas iluminaba el interior del calabozo. Tembloroso, empuñó su arma y entró en la celda dejando la puerta abierta tras de sí, mientras intentaba acostumbrar sus ojos a la poca luz que había.

De pronto escuchó un meloso maullido de gato y Pentú intentó dominar el pánico al cerciorarse de que sus temores no eran fantasías sin fundamento. Él estaba en lo cierto. Durante el trayecto a palacio, advirtió a sus compañeros que aquella joven era una sacerdotisa de la diosa Bastet, si no la diosa misma. Sus ojos eran verdes como los de un gato, algo que ellos nunca antes habían visto, su tez era demasiado blanca y sus rasgos, felinos. Pero lo peor era su extraña túnica amarilla, el color de la desgracia, en la que lucía un gato negro saltando hacia adelante en clara posición de ataque.

También les previno del carácter de la diosa, pacífico en apariencia pero fiero y destructivo si se le hacía enfadar. Y todo el pueblo egipcio sabía que los dioses llevaban mucho tiempo enojados, tal y como demostraron con las últimas sequías y las recientes epidemias con las que le habían castigado.

Los maullidos se tornaron cada vez más ariscos hasta que terminaron convirtiéndose en un chillido. En ese preciso momento, una luz apareció en mitad de la nada, iluminando únicamente el rostro de la prisionera desde la barbilla hasta la frente. Pentú se quedó paralizado por el miedo y en silencio rogó que la diosa no descargara su ira en él.

Entonces ella comenzó a hablar muy despacio, en una lengua que no comprendía, pero

entonando cada palabra de un modo amenazante y siniestro. Después se calló y una bola verde comenzó a salir de su boca, creciendo más y más, hasta que le cubrió más de la mitad del rostro.

Aterrorizado, Pentú consiguió reunir las fuerzas justas para darse la vuelta y salir corriendo mientras profería terribles alaridos. No cabía duda de que la diosa se proponía arrancarle el corazón.

• • •

Charlie y Anjesenpaatón estaban justo delante de la fachada del cuartel de la policía, cuando escucharon un gran revuelo en el interior del edificio y vieron a un puñado de hombres salir corriendo de él. Sin embargo, los gritos no cesaron, sino más bien lo contrario, así que el niño presintió que todo aquello tenía que ver con su hermana. A hurtadillas, los dos se acercaron hasta el portón de entrada y lo atravesaron aprovechando que había quedado abierto de par en par sin vigilancia alguna. Al otro lado, había un patio con establos a la derecha y un edificio a la izquierda. Charlie imaginó que allí dentro sería donde tendrían prisionera a su hermana.

–Ve a los establos y espérame allí –dijo Charlie, a la vez que representaba con mímica cuanto iba diciendo–. Yo iré a por Lisa, tú escóndete hasta que volvamos.

Anjesenpaatón asintió y se dirigió hacia las cuadras. Charlie se quedó junto a la fachada lateral del edificio, intentando improvisar un plan. Cada vez se escuchaban más gritos y más jaleo en el interior, así que debía pensar algo rápido. Su mente, sin embargo, estaba en blanco. El niño abrió la mochila y rebuscó en su interior. Luego ajustó las anillas de las coordenadas de su pulsera y desapareció.

• • •

Lisa repitió varias veces y con bastante éxito el truco de la linterna y el globo de chicle ante los soldados que se acercaban a ella. Aprovechando la impresión que causaba en su público, consiguió llegar hasta la puerta de entrada de los calabozos apenas sin dificultad. Había programando la alarma del móvil para que sonase a intervalos de medio minuto, así que la transición de maullidos tiernos a fieros era casi continua. Los primeros guardias resultaron ser bastante impresionables y huyeron casi en el acto sin quedarse a contemplar el espectáculo demasiado tiempo.

Pero las cosas estaban empezando a cambiar y, bien porque ya sólo quedaban los hombres más valientes o porque el truco que repetía era siempre el mismo, percibió que su representación empezaba a perder fuerza y dejaba de causar el mismo efecto. De hecho, llevaba unos cuantos minutos repitiéndolo delante de un grupo de soldados que le cerraban el paso y la miraban con más curiosidad que espanto, sin conseguir ahuyentarlos. Alguno, incluso, comenzaba a apuntarla con la lanza, en una clara tentación de volver a hacerla prisionera. Aquello no duraría mucho y probablemente el jefe tampoco tardaría en aparecer para poner orden.

Uno de los hombres dio un paso al fin y levantó el arma hacia ella con determinación. Los demás soldados salieron de su estado de estupefacción e imitaron su ejemplo y Lisa supo, inmediatamente, que la función había terminado. El soldado que tomó la iniciativa la cogió del brazo con fuerza y le arrebató la linterna, sin dejar de mirarla a los ojos para mostrarle que no le

tenía miedo. Con brusquedad la obligó a dar media vuelta para conducirla por el oscuro pasillo de regreso a su calabozo, y el resto de los hombres se dispusieron a escoltarles por si la hechicera volvía a sorprenderles con alguna nueva treta.

No habían avanzado ni un metro, cuando se oyó el grito de un niño a sus espaldas. Los hombres se giraron, pero apenas pudieron verle antes de que un rayo les cegara. Todos comenzaron a gritar asustados, soltando sus armas y a la prisionera. Los más cobardes se tiraron al suelo escondiendo la cabeza entre las manos mientras proferían aullidos de terror; los más valientes permanecieron de pie, frotándose los ojos con las manos.

Lisa cogió la linterna que había caído al suelo y salió corriendo hacia Charlie. El flash tardaría un poco en cargarse antes de que su hermano pudiera volver a disparar la cámara.

–¡Justo a tiempo! –le dijo, cogiéndole del brazo y corriendo hacia la salida–. A mí ya se me estaban terminando los trucos.

Los chicos subieron las escaleras hasta llegar a una estancia que estaba vacía.

–Vamos, Charlie –dijo Lisa–. Regresemos a casa, ya volveremos en otro momento.

–No podemos, Lisa. Angie nos está esperando, se ha puesto en peligro para ayudarnos.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Lisa, sin comprender nada.

Charlie cogió a su hermana y la condujo hacia las caballerizas. Por las escaleras se escuchaban las voces de los soldados, que se habrían sobrepuesto al miedo y habían salido tras ellos.

–Nos está esperando en los establos –explicó Charlie–. Y lo que es mejor: es una de las hijas de la mismísima Nefertiti.

Los hermanos entraron en las cuadras y Lisa descubrió con sorpresa que se trataba de la niña que la había apuntado con el puñal y había alertado a la guardia.

–¿Cómo demonios la has convencido? –preguntó a su hermano–. ¿No será un truco para volver a capturarnos?

La niña se arrodilló en señal de respeto hacia la diosa Bastet o hacia su enviada, que para el caso era lo mismo.

En el patio, los soldados habían salido en tropel para buscar a la prisionera y a su nuevo cómplice. Lisa se asomó con cautela y descubrió con desasosiego que el grupo estaba comandado por el capitán Senré. Luego volvió donde estaban Anjesenpaatón y Charlie para ponerles al tanto de la situación.

–Le he estado preguntando por su madre y me ha señalado un punto fuera de la ciudad –dijo Charlie–. Tenemos que ir allí.

Charlie abrió el plano y le mostró el lugar a Lisa.

–Eso está muy lejos, Charlie, y no tenemos las coordenadas para ir con la capa. Todos los guardias nos están buscando y te aseguro que no se andan con tonterías. Además, no podemos

hacer nuestros trucos más de dos veces, tres a lo sumo, porque entonces dejan de impresionarles.

–Sí, pero todo cambiará si nos ven en compañía de la hija del faraón –repuso el niño–. ¡Y nos va a llevar a ver a Nefertiti! Vamos, Lisa, tenemos que aprovechar la ocasión. Podemos coger tres caballos e ir hasta allí ahora mismo.

–Los antiguos egipcios no sabían cabalgar, tendríamos que ir en uno de esos carros. Además, mucho me temo que en ese sitio sólo encontraremos la tumba de su madre. Eso está junto a los acantilados, en el lugar donde se encontraron las de algunos personajes ilustres.

–¿Y no es ese el verdadero descubrimiento que haría famosa a mamá? ¿Es que no recuerdas lo que dijo la señora Rotherwick? –contestó el niño–. Vamos Lisa, no seas gallina, estamos a un paso de conseguir la gloria y tú te asustas por unos pocos guardias. Prometo no volver a separarme de ti y, si la cosa se pone fea, cogemos la capa y nos vamos.

Lisa meditó en silencio unos instantes. Luego levantó la cabeza con decisión.

–Bien, esto es lo que haremos –dijo.

• • •

El capitán Senré ordenó formar y se dispuso a dar las órdenes. En total contaba con diez hombres para capturar a los intrusos, once si se incluía él.

–Nos dividiremos para dar caza a la hechicera y a su compinche –ordenó–. Todos los hombres que han huido pagarán con su vida semejante cobardía. Y, si alguno de vosotros vuelve a mostrar el más mínimo temor, yo mismo le cortaré la nariz y las orejas para luego rematarlo con mi daga.

Los hombres se revolvieron en su sitio al escuchar sus palabras, mientras en el establo se oyeron varios relinchos inquietos.

–Dos hombres conmigo a las cuadras, dos a registrar todo el edificio comenzando por los sótanos y subiendo hasta la planta de arriba, dos os quedaréis en la puerta vigilando que nadie salga ni entre, y el resto saldréis a patrullar por los alrededores del cuartel –continuó–. Quien los encuentre dará la voz de alarma y nos avisaremos unos a otros para reunirnos en el punto indicado.

El capitán levantó el brazo para indicar a los soldados que cumplieran las órdenes de inmediato. Antes de que hubieran roto la formación, un ruido amenazador salió de los establos e inmediatamente una gran manada de caballos atravesó el patio galopando. Todos los hombres saltaron a un lado, excepto dos pobres desgraciados que no tuvieron tiempo de apartarse y fueron arrollados.

Después de dar varias vueltas rodando por el suelo, el capitán Senré se levantó justo a tiempo de ver que los intrusos escapaban en un carro tirado por un magnífico caballo. Y no sólo eso. Además, se llevaban prisionera a la mismísima princesa Anjesenpaatón.

• • •

Los chicos atravesaron la ciudad en dirección norte irrumpiendo a toda velocidad en las

calles, tranquilas y desiertas a esa hora de la noche. Lisa sostenía las riendas firmemente, mientras Charlie y Anjesenpaatón se sujetaban a carro con todas sus fuerzas.

La luz de la luna resplandecía sobre los edificios de la ciudad. Lisa y Charlie los contemplaron en su huída, sorprendidos por la imagen contemporánea que tenían aquellas construcciones, mucho más actual de lo que hubieran imaginado. Los chicos pasaron por delante de hermosas villas con amplios jardines y cuidados huertos, cuyo tamaño y magnificencia iba mermando según se alejaban del centro de la ciudad. Las villas dieron paso a sencillas edificaciones de adobe que cada vez iban adquiriendo un aspecto más mísero y se iban apretujando más y más, hasta convertirse en chabolas donde sólo reinaba la pobreza.

Lisa no pudo evitar pensar que los suburbios de las grandes metrópolis existían ya hace tres mil años, aunque ningún libro de Historia o de Arte los mencionase.

Anjesenpaatón, por su parte, miraba atónita cómo se iba transformando su ciudad, de la que hasta ese momento sólo había conocido su cara hermosa, monumental y lujosa. Nunca se paró a pensar cómo era el lugar donde vivían los sirvientes y la gente del pueblo; pero, ahora que lo había descubierto, sintió que se le encogía el corazón.

Por fin salieron de la ciudad y entraron en el desierto, que les recibió con una brisa fría. La tierra blanca y pedregosa resplandecía a la luz de la luna y contrastaba con un cielo negro y estrellado como Charlie y Lisa jamás habían visto.

Lisa redujo la marcha para que el caballo pudiera reponerse del tremendo esfuerzo que había hecho. Anjesenpaatón protestó al verlo, consciente de que el capitán Senré ya estaría tras ellos; pero la enviada divina no le prestó demasiada atención, quizás porque aún seguía enojada con ella.

Charlie también aprovechó para tomarse un respiro. Estaba agotado y sobre todo hambriento. Los viajes anteriores fueron bastante cortos y, hasta ese momento, nunca consideró la conveniencia de llevarse algún tentempié por si las cosas se alargaban. Ahora que había aprendido la lección, decidió que la próxima vez sería previsor y llevaría consigo una tartera con algo sencillo: unos sándwiches de jamón y queso, unas hamburguesas con patatas, unos spaghetti con albóndigas... Al imaginarse toda aquella comida, sus tripas comenzaron a rugir con mayor intensidad. Entonces recordó una chocolatina que se dejó sin terminar en una salida al campo anterior y que guardó en el bolsillo interior de su mochila. Intentando no perder el equilibrio, se quitó la mochila para ponérsela de nuevo en los hombros, pero con la parte delantera pegada a su pecho.

–¡Bingo! –exclamó al tocar una envoltura cilíndrica que parecía estar medio llena.

Al sacarla, Lisa miró de reojo la chocolatina, reparando inmediatamente en su cochambroso aspecto y en que estaba ya empezada.

–Eso tiene que estar ya caducado –dijo con cara de asco.

El niño sonrió con picardía y pegó el envoltorio a su cara para poder verlo bien a la luz de la luna.

–Aquí dice: *"Consumir preferentemente antes de noviembre de 2013"* –leyó–. Pero, si somos estrictos, estamos en 1336 a.C. Faltan más de 3.300 años para que caduque.

El niño abrió el envoltorio bajo la mirada atónita de Anjesenpaatón. Luego sacó unas pastillas redondas de chocolate y las extendió sobre la palma de su mano. Quedaban ocho, así que le dio tres a cada muchacha y él se quedó con dos. Había que ser un caballero, incluso en las ocasiones más comprometidas.

Lisa miró las pequeñas chocolatinas brevemente y luego se metió todas en la boca. Ella también estaba hambrienta.

Charlie se sonrió al verla y luego reparó en que Angie les miraba completamente alucinada. Con una mueca le indicó que se trataba de comida, y luego empezó a dar pequeños mordiscos a su ración, intentando que le durase el mayor tiempo posible.

Anjesenpaatón le miró unos instantes más, sintiéndose realmente honrada de que los enviados divinos compartiesen sus alimentos con ella. Luego concentró toda su atención en aquella comida. Su forma era perfectamente circular y su superficie sedosa, de color marrón oscuro y olor magnífico. La muchacha se metió una de las pastillas en la boca. Aquel alimento era dulce como la miel y mucho más exquisito que ninguno de los manjares de palacio, traídos de todos los confines del reino. Jamás había probado nada tan delicioso. La princesa dejó que el chocolate se deshiciera lentamente en su boca, deleitándose con su sabor, y luego guardó las dos pastillas restantes para alguna ocasión importante.

Instantes después, Lisa hizo una señal para que la princesa se agarrara de nuevo al carro y azuzó al caballo para que comenzase a galopar de nuevo.

• • •

La reducida tropa del capitán Senré abandonó la ciudad en dirección a las tumbas de la zona norte. Habían perdido un tiempo precioso recuperando unos cuantos caballos, enganchándolos a los carros y averiguando el camino por el que huyeron los intrusos.

El faraón tendría uno de sus arrebatos de cólera cuando supiera que su hija había sido secuestrada. Pero, si él conseguía devolverla sana y salva a palacio, le recompensaría sus servicios con inmensas riquezas, premiaría su gesta ascendiéndole a Jefe de la Guarda del Faraón y le condecoraría con dos o tres abejas de oro en reconocimiento a su valor.

Los rumores de que los intrusos eran reencarnaciones divinas de Sobek y Bastet, que a buen seguro ya estarían corriendo por toda la ciudad, enfurecerían al fanático Akenatón. El faraón estaba totalmente obsesionado con que el país rindiera culto sólo al dios Atón, así que Senré concluyó que lo mejor sería presentar todo lo ocurrido como una clara conspiración hacia la familia real, posiblemente promovida por el clero de los templos de Shedet y Bubastis, que estaban consagrados a aquellos dioses prohibidos. La magia que habían exhibido los intrusos reforzaría la teoría de que eran un sacerdote y una sacerdotisa auténticos, y harían más valerosa su hazaña al rescatar de sus garras a la princesa.

Con un grito ordenó a sus hombres aligerar la marcha. No había un minuto que perder en la

noche que cambiaría su vida para siempre.

• • •

Lisa detuvo el caballo en el lugar que Anjesenpaatón le había indicado. Luego descendió del carro y ayudó a la princesa a hacer lo mismo. La muchacha egipcia miró a su alrededor y caminó unos metros sobre la tierra yerma y pedregosa.

–Es allí –dijo, a la vez que señalaba unas rocas que situadas a los pies del acantilado.

Charlie y Lisa miraron el lugar indicado y por unos instantes se preguntaron si la princesa había entendido lo que estaban buscando.

–¿Nefertiti? –preguntó Charlie para asegurarse.

–Nefertiti –respondió Anjesenpaatón, asintiendo con la cabeza.

Los hermanos Wilford miraron desconcertados al punto que la princesa les había mostrado. Allí no había rastro de esculturas funerarias, fachadas de piedra o alguna distinción apropiada para la tumba de una gran reina. Tan sólo unas cuantas rocas amontonadas y, unos metros más allá, un pequeño e insignificante pórtico cuya entrada estaba tapiada.

–En este sencillo lugar es donde mi madre aguarda la visita del dios Anubis para que la guíe en su viaje al Más Allá –dijo la princesa–. Ésta es la mejor prueba de que su corazón ha sido puro y sus actos nobles. Cuando mi padre descubrió que ella intentaba reconciliarse con Amón y los demás dioses, la desterró de la ciudad y la confinó en el Palacio del Norte, donde murió poco después. El faraón nunca la perdonó y no consintió que fuera enterrada con las riquezas ni el ajuar propio de una reina, condenándola así a pasar penurias durante toda la eternidad.

–No me estoy enterando de nada –dijo Charlie.

–No importa, síguele la corriente –respondió Lisa–. No podemos entrar en la tumba con ella, podría impresionarse demasiado. Lo mejor será escucharla y apuntar las coordenadas que marca la pulsera para volver otro día.

–¿Otro día? –preguntó Charlie con una mezcla de sorpresa y enojo–. Puedo entrar yo solo y tú te quedas aquí con ella, esperándome. Sólo será un momento.

–¿Estás loco, Charlie? –contestó Lisa–. ¿Y si pasa algo y no puedes salir? No nos separaremos otra vez, hemos acordado que no volveríamos a hacerlo.

En ese momento, Anjesenpaatón señaló una nube de polvo que ascendía sobre el cielo negro.

–El capitán Senré y sus soldados –dijo–. Debéis iros. A mí no me hará nada; me llevará ante el faraón sana y salva, confiado en que será recompensado por ello.

Lisa y Charlie miraron hacia el horizonte y vieron que la nube de polvo se acercaba a gran velocidad. A sus pies, un grupo de hombres montados en carros se dirigía hacia ellos comandados por el capitán de la guardia real.

–Tenemos que irnos, Charlie –le apremió Lisa–. Si ese hombre nos coge de nuevo, no tendremos ninguna oportunidad.

–¿Y qué pasa con Angie? –preguntó el niño–. No podemos dejarla aquí.

Anjesenpaatón se quitó una cinta que adornaba su pelo, tejida con hilos de brillantes colores que formaban delicadas flores de loto, y se la entregó a Charlie.

–Decidle al dios Anubis que no se olvide de mi madre, pero que venga a buscarla una vez haya muerto mi padre, el faraón Akenatón. Cuando eso ocurra, yo volveré a abrir su tumba y mandaré que la colmen de riquezas para que pueda disfrutarlas en la otra vida. Cuando veas a Nefertiti dale esta cinta, y dile que su hija Anjesenpaatón la añora y ansía volver a verla. Dile que me reuniré con ella en el paraíso, donde disfrutaremos de la vida eterna en compañía de mis hermanas que, sin duda, ya nos esperan allí.

Luego se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Seguidamente se volvió hacia Lisa y, tras hacerla una graciosa reverencia, comenzó a caminar en dirección a los guardias.

CAPÍTULO XII: Esto ya no es un equipo

Max Wellington extrajo un sobre de su apartado de correos y lo observó con satisfacción. Estaba sellado el 30 de noviembre de 1922, en Luxor, Egipto. Cualquier persona medianamente entendida en Historia de la Arqueología –y Max, desde luego, lo era–, sabía la relevancia que tenía aquella fecha. Tan sólo unos pocos días antes se había producido el mayor hallazgo de la arqueología moderna: el descubrimiento de la tumba intacta de Tutankamón, el faraón niño.

Max abrió el sobre y leyó la escueta nota en silencio.

"Envíen a su enlace al Hotel Farouk, Luxor, el 7 de enero a las doce en punto del mediodía. Debe preguntar por el señor Jones y traer 2.000 libras esterlinas consigo."

• • •

A pesar de lo urgente de la situación, Lisa dejó que transcurrieran un par de días antes de convocar una nueva reunión en el Cuartel General con la sospecha de que su hermano debía descansar antes de emprender un nuevo viaje.

Desde que regresaron de Amarna, Charlie no había vuelto a ser el mismo. Estaba sumido en un estado de melancolía y había perdido su picardía y buen humor habituales. Pero la realidad apremiaba y, ahora que sabían dónde se encontraba la tumba de la reina Nefertiti, debían visitarla y hallar alguna pista para que Maggie pudiera descubrirla.

Además del estado de ánimo de su hermano, otra preocupación que acuciaba a Lisa era, precisamente, qué clase de pista debían conseguir para que su madre diera con la tumba. Por una parte, debía ser lo suficientemente clara para conducirla hasta ella antes de que comenzase la exposición. Pero, por otra, Lisa sabía que en la actualidad el Gobierno Egipcio era el único con potestad para autorizar cualquier excavación en aquel país. Por ello, la pista que le facilitasen a su madre debía estar libre de cualquier sospecha respecto a su origen, con el fin de evitar un nuevo conflicto en torno a la figura de Nefertiti. En cualquier caso, pensó, era algo que podría arreglar más adelante, en función de cómo se desarrollasen los acontecimientos y de las pistas de las que dispusieran llegado el momento.

Charlie llegó a la reunión tarde y visiblemente desganado. Al verle, Lisa se inquietó un poco más.

–Está bien –dijo cerrando el cuaderno que tenía sobre la mesa–. Me vas a decir qué es lo que te pasa.

–No me pasa nada, Lisa –respondió él con un tono de voz mucho menos que convincente.

–Vamos, Charlie. Estamos viviendo la gran aventura de nuestra vida, hemos ido al Antiguo Egipto, nos hemos codeado con princesas y enfrentado con soldados auténticos, hemos visto una ciudad increíble... y más bien parece que acabaras de volver de un entierro. No lo entiendo, de

verdad.

El niño bajó la vista y se quedó en silencio. Lisa permaneció mirándole, como si quisiera darle tiempo para contestar.

–Anda –le dijo con suavidad–. Haz el favor de decirme qué es lo que te preocupa.

–Es por Angie. Se arriesgó para llevarnos hasta la tumba de su madre porque tenía algo importante que contarnos. Puso en peligro su vida, Lisa, y nosotros no nos enteramos absolutamente de nada.

–Bueno, pero al menos ya sabemos dónde está la tumba.

–Sí pero... ¿y si todo lo que nos dijo era importante? ¿Y si por no haberla entendido, metemos la pata?

Lisa permaneció callada sin saber qué decir.

–Teníamos que haber hecho caso al profesor y haber buscado todas las anillas antes de haber ido a Amarna –añadió Charlie.

–No sé qué tienen que ver las anillas con todo esto –respondió Lisa encogiéndose de hombros.

–Tal vez tengan mucho que ver –repuso Charlie con tono contrariado–. ¿No te has parado a pensar por qué insistió tanto en que debíamos reunir todas antes de poder viajar? ¿Nunca te has preguntado para qué servirán? Tenemos una que cambia de lugar, otra de tiempo... ¿Para qué crees que sirven las demás?

–No lo sé, la verdad...

–¿Y si sirven para comprender otras lenguas, otras escrituras...? El profesor Conwell decía en su carta que...

–Sí, ya sé lo que decía –interrumpió Lisa, un poco incómoda por el giro que había tomado la conversación–. Que nos ayudarían a sumergirnos en las épocas que visitásemos.

–Y también a evitar peligros –añadió Charlie, cada vez más exaltado–. No sé por qué no quieres hacerle caso. Tú eres siempre la razonable y yo el imprudente, no sé a qué viene llevarme la contraria.

–Porque perderíamos un tiempo precioso... –protestó Lisa.

Charlie se levantó hasta donde estaba su hermana y le puso la mano en el hombro.

–Y qué nos importa... ¿O es que todavía no te has dado cuenta de que tenemos el tiempo en nuestras manos?

Lisa permaneció callada unos instantes, luchando entre los argumentos bastante fundados de su hermano y el anhelo que sentía por desvelar el misterio de la reina Nefertiti antes de que comenzase la exposición.

–Te propongo una cosa –dijo por fin–. Mañana nos iremos a comprobar la tumba, sólo para ver si podemos traerle alguna pista a mamá que le ayude a descubrirla. Luego reuniremos todas

las anillas y, si quieres, volveremos a Amarna a visitar a Angie para que nos vuelva a contar su historia. ¿Estás de acuerdo?

–De acuerdo –accedió Charlie después de un breve silencio.

• • •

Justo antes de cerrar la puerta de su despacho, Max dio orden a su secretario de que nadie, sin excepciones, le molestara.

Apuró el café que había sobre su escritorio y sacó las llaves para abrir una enorme caja fuerte que estaba oculta tras un panel corredizo de madera. Después de marcar la combinación secreta, abrió la caja, extrajo una larga capa de terciopelo granate y se la puso sobre los hombros. También sacó una pulsera consistente en un cordón de plata en el que había insertadas varias anillas del mismo metal con números y otros símbolos grabados, y se la colocó en la muñeca derecha. Una a una giró las ruedecillas que le conducirían a su cita.

Antes de marcharse hizo una última comprobación para asegurarse de que todo era correcto. Hora local en el punto de destino: once y treinta minutos de la mañana; fecha: 7 de enero de 1923; lugar: un discreto callejón en la ciudad de Luxor, Egipto. Después giró la manecilla de su pulsera y desapareció.

• • •

Esta vez fue Lisa quien preparó el equipo y lo hizo tan concienzudamente como pudo. De la bien surtida biblioteca de su padre, tomó prestado un libro divulgativo sobre arqueología que Marcus había comprado para mostrar a sus hijos los entresijos de su profesión.

Con ayuda del pequeño manual y de la experiencia de los viajes anteriores, preparó una lista de todo lo que debía llevar. Una linterna, pilas de repuesto, pinzas, bolsas de congelados en los que guardar las muestras recolectadas, una carpeta de cartón dura para protegerlas, la cámara de fotos con la batería cargada, chicles de menta (por si acaso), un cuaderno, un carboncillo por si necesitasen trasferir algún bajorrelieve a un papel, un boli, agua y algo de comida...

Había llegado la hora de la verdad, el momento de entrar en la tumba de Nefertiti, de dar con cualquier evidencia que ayudase a recomponer su historia. Junto a ella tal vez estuviesen las momias de sus hijas, incluida la de la pobre Angie. Eso sería un gran descubrimiento, pero cualquiera sabía cómo se lo tomaría Charlie. Estaba claro que aún no había madurado lo suficiente, que no había comprendido que los amigos que hicieran en el pasado estarían muertos –y bien muertos– en su época. Una realidad que debían afrontar sin sentimentalismos, con el espíritu científico de un verdadero arqueólogo.

Luego buscó en su cómoda la ropa que llevó durante su visita a Amarna, la antigua Aketatón. La muchacha extendió su camiseta amarilla sobre la cama, deslizando la mano sobre el icono del puma negro que posiblemente le había salvado la vida. En efecto, aquella prenda le dio buena suerte, así que se la volvería poner cuando fueran a visitar la tumba. Durante unos segundos dudó si estaba tomando una decisión objetiva, propia de un científico en ciernes, o si por el contrario se basaba en un sentimiento supersticioso y tal vez algo ñoño. Si así fuera, nada podía reprocharle a

Charlie.

Luego la dobló, desechando esa idea absurda. Aquella era su camiseta favorita, su prenda fetiche. Y si cualquiera, hasta los futbolistas, tenía una, no había motivo para que ella no tuviera la suya propia.

• • •

Max Wellington se adentró en uno de los barrios más populosos de Luxor caminando a paso ligero y con cara de pocos amigos. Por aquella zona apenas se veían extranjeros, así que resultaba un objetivo demasiado tentador para los incontables niños que se acercaban a pedirle limosna y para otros buscavidas con intenciones más oscuras. Estaba claro que el centinela le había citado en aquella parte de la ciudad con el propósito de que su encuentro pasara desapercibido, sin considerar que, en aquellas calles, la presencia de un occidental era realmente llamativa. Un error típico de un principiante, pensó Max.

A las doce en punto del 7 de enero de 1923, tal y como se requería en la carta que había recibido en su apartado de correos, atravesó el umbral del hotel Farouk, un edificio de dos plantas sucio y cochambroso. En el hall, oscuro y pequeño, había un mostrador de madera y un hombre que ocupaba la mayor parte de su tiempo espantando moscas.

–Señor Jones –dijo Max a modo de saludo.

Su informador se había registrado con un hombre falso pero bastante común, lo cual era tan evidente para él como para el recepcionista del hotel.

–Habitación 111 –contestó el hombre con desgana, señalando con un movimiento de la cabeza las escaleras que conducían a la primera planta.

Max subió hasta el primer piso y llamó a la puerta de la habitación indicada.

–¿Quién es? –preguntó una voz desde dentro.

–Soy John Smith –contestó Max, que siempre usaba aquella identidad cuando se encontraba con sus informadores.

La puerta se abrió, pero sólo lo suficiente para que un hombre de baja estatura asomara su rechoncha cabeza.

–¿Ha venido usted en persona? –preguntó–. ¿Trae lo que pedí?

–Desde luego –respondió Max con sequedad.

El hombre le observó con desconfianza unos instantes, como si dudase de su buena fortuna, y luego le dejó entrar para cerrar la puerta inmediatamente. Max miró de reojo la habitación y pudo comprobar que su decrépito aspecto no desentonaba en absoluto con el resto del establecimiento.

–Bien –dijo el señor Jones, alargando la palma de la mano–. Deme el dinero.

–Antes veamos si lo que tiene vale la fortuna que ha pedido –respondió Max.

El hombrecillo dudó unos instantes, mientras una gota de sudor cruzó por su frente en

dirección a los ojos.

–La confianza es la base de nuestro negocio –afirmó Max–. Yo confío en que sus informaciones son ciertas, aunque no dude en que las verificaré. Créame, no querría estar en su pellejo si me mintiera. Pero yo no gano nada con engañarle a usted, me interesa seguir informado si hay más novedades.

El centinela consideró las palabras de Max. Luego se ajustó las gafas y se acercó a la cómoda, de donde extrajo un paquete minúsculo envuelto con un tejido blanco, y comenzó su relato.

–Carter y Lord Carnarvon entraron en la tumba de Tutankamón el 26 de noviembre, junto con Lady Evelyn y Callender. Al día siguiente volvieron a entrar, esta vez con luz eléctrica, y permitiendo que un reducido grupo de investigadores les acompañásemos. En la primera sala, la antecámara, había cientos de objetos increíbles amontonados por todas partes, tesoros y maravillas que el mundo ni siquiera se atreve a imaginar. No es una sala demasiado grande, pero está atiborrada de estatuas, carros, muebles, camas, vasijas... y todos son de oro. El oro de los faraones...

Max observó que los ojos del hombrecillo brillaban de avaricia al pronunciar aquellas palabras. El contacto con aquel magnífico tesoro había desatado en él la codicia, y tal vez por ello pidió una suma tan elevada por facilitarle la información.

–A pesar de haberlo visto el día antes –continuó el informador–, Lord Carnarvon y Carter estaban a punto de que les diera un ataque; la verdad es que el tesoro era tan impresionante, que todos lo estábamos...

El hombrecillo miró a Max contrariado. En aquel momento, cualquiera estaría entusiasmado al escuchar un relato en primera persona acerca de las maravillas encontradas en la tumba de Tutankamón. La noticia del descubrimiento había dado la vuelta al mundo y no se hablaba de otra cosa. Pero aquel hombre le escuchaba con el gesto totalmente inexpresivo, sin atisbo de curiosidad o sorpresa, como si ya supiera lo que le iba a contar.

–Continúe –dijo Max.

–Como he dicho, había cientos de objetos apilados; todo estaba en el más absoluto desorden. Recorrimos la antesala mirándolos embelesados. Yo estudiaba todo con suma atención, por si encontraba algo fuera de lo común, tal y como usted me pidió. Créame, la tarea no era fácil, pues todo lo que había allí era sorprendente...

–Vaya al grano –le interrumpió Max, a quien tantas explicaciones habían logrado impacientar.

El hombre movió la cabeza, algo irritado, y prosiguió.

–Además de todas las riquezas, había comida, bebida y flores. Mis compañeros apenas repararon en ellas, quizás por considerarlas demasiado intrascendentes; así que continuaron su visita y entraron en una pequeña cámara anexa que también estaba repleta de tesoros. Sin embargo, había algo en ese conjunto de ofrendas que llamó mi atención: todos los alimentos estaban dispuestos en vasijas y platos de cerámica en torno a un pequeño cofre de oro, como si quisieran destacar la importancia de éste. Movido por la curiosidad, lo abrí, y vi un delicado

pañuelo de lino que envolvía algo. Sin que nadie me viera, casi instintivamente, estiré la mano y cogí el pañuelo, dejando el cofre vacío. Lo oculté en un bolsillo de mi pantalón y seguí la visita con el resto del grupo. Sólo cuando me quedé a solas en mi cuarto pude comprobar la importancia del hallazgo. Jamás una corazonada había sido tan reveladora como ésta.

El hombrecillo se detuvo unos instantes para observar a Max y comprobó que ahora le prestaba total atención. Satisfecho por el cambio de actitud de su interlocutor, decidió prolongar un poco más su pausa.

–Hace calor –dijo– ¿quiere un poco de agua?

Max negó con la cabeza.

–Bien, ¿y qué es lo que encontró? –preguntó impaciente.

–A pesar de estar en el mes de noviembre, aquel día hacía calor... –dijo el hombrecillo.

Max se contuvo para no zarandearle y exigirle que desvelase el misterio de una vez.

–Desde luego... –apostilló en un alarde de autocontrol.

–Así que, al abrir el pañuelo, mi primera reacción fue pesar que me había equivocado y que en realidad era mío. Es un viejo vicio que tengo, ¿sabe? –dijo el señor Jones.

Max no entendía a qué venían todas esas explicaciones y sentía que su paciencia estaba llegando a su fin. Como si leyera su pensamiento, el hombrecillo se dio por satisfecho y decidió terminar con su pueril revancha.

–Chocolate –dijo abriendo el pañuelo de lino blanco.

Max miró el interior del tejido y vio dos pequeños trozos redondos de color marrón, algo amorfos y con un aspecto poco atractivo.

–¿Chocolate? –preguntó–. ¿Está usted seguro?

–Sé que parece imposible; pero, créame, es chocolate –afirmó el señor Jones tajantemente–. Fue tal mi sorpresa, que incluso me atreví a probarlo, a pesar de la maldición del faraón. Y le aseguro que es chocolate, aunque apenas tiene ya sabor. Bien, creo que me he ganado mi dinero –dijo, extendiendo una mano hacia Max y entregándole el pañuelo en la otra.

Max sacó el sobre del bolsillo interior de su chaqueta y se lo dio al señor Jones sin rechistar. Luego cogió el pañuelo y lo guardó con cuidado.

–¿Alguien más lo sabe? –preguntó–. ¿Se lo ha enseñado o se lo ha contado a alguien más?

–Absolutamente a nadie –respondió el hombrecillo, que había comenzado a abrir el sobre.

–Y por su bien, espero que no lo haga ahora –dijo Max clavándole los ojos de forma amenazadora.

El señor Jones tragó saliva y luego pasó el dedo gordo de su mano por el borde del fajo de billetes, lamentando en silencio no haber pedido una cantidad más elevada.

–Manténgame informado si hay alguna novedad –dijo Max.

–Ahora será difícil traerle algún objeto, han establecido un control muy estricto. Sería muy arriesgado y, si consiguiera sacar algo, el precio sería mucho mayor. Están despejando la antecámara para poder abrir la cámara funeraria, fotografiándolo todo y haciendo un inventario detallado antes de trasladar las piezas a El Cairo. El señor Carter ha resultado ser un investigador meticuloso. Cuando abran la cámara funeraria, tal vez pueda encontrar algo más que sea importante. Creo que pasará un tiempo hasta que vuelva a tener noticias mías; tardaremos meses en catalogar todo lo que hay allí dentro.

–Puede que incluso años –dijo Max antes de salir de la habitación–. Tenga los ojos abiertos e informe si hay alguna novedad.

–Desde luego, señor Smith, desde luego.

• • •

Lisa agarró la muñeca de Charlie bastante contrariada.

–¡Déjame a mí! –le espetó–. Se está haciendo tarde y a este paso no nos vamos a ir nunca.

–Te digo que se ha atascado –dijo Charlie.

La muchacha hizo oídos sordos a lo que el niño decía y revisó las anillas de la pulsera. Las coordenadas que su hermano había introducido eran las correctas. Luego comprobó la fecha. Mal, estaba mal... No es que tuviera ninguna importancia, pero ella prefería viajar a la tumba unos días antes de haber visitado Amarna por primera vez. Aquel maldito hombre, el jefe de los soldados, la había tomado con ella. Y aunque era malvado, también parecía bastante inteligente, así que podía haber tenido la precaución de poner unos cuantos hombres de guardia en la tumba de la reina Nefertiti para intentar capturarles por segunda vez. Contemplando esa posibilidad, Lisa decidió adelantar su visita al 7 de marzo de 1336 a.C., una semana antes de que se topasen con el capitán Senré y éste tuviese la menor sospecha de su existencia.

Pero, por alguna maldita razón, los pequeños discos de la anilla del tiempo no retrocedían lo suficiente. Tras varios intentos introduciendo el día, mes y año en distinto orden, se dio por vencida y no tuvo otro remedio que aceptar que, como mucho, conseguirían retroceder hasta el 7 de marzo de 1327 a.C. La fecha más antigua que consiguió seleccionar eran nueve años después de su anterior visita a Amarna.

–¿Qué diablos has hecho, Charlie? –preguntó a su hermano malhumorada, mientras ultimaba los preparativos–. ¿La has mojado? Te dije que no te duchases con la pulsera, que la guardases con la capa...

–Y es lo que he hecho, Lisa. Yo no tengo la culpa de que se haya atascado –intentó disculparse el niño.

–Pues algo habrás hecho, porque no funciona bien –insistió ella–. No es un juguete, es algo mucho más serio. Espero que no te la hayas llevado al colegio para enseñársela a tus amigos...

–¡Ay, Lisa! ¡Te digo que no he hecho nada! Deja ya de regañarme y vámonos –respondió

Charlie enfadado–. Tampoco creo que sea para tanto, se supone que la tumba tiene que estar todavía allí.

Lisa decidió callarse para no empeorar más las cosas. Luego se abrazó a su hermano y esperó a que éste girase la manecilla de la pulsera.

• • •

Los análisis de laboratorio fueron concluyentes. A pesar de que la muestra estudiada había perdido prácticamente todas sus propiedades organolépticas, se podía afirmar, sin lugar a dudas, que contenía azúcar, leche y manteca de cacao. En otras palabras: era chocolate.

Max descartó solicitar un estudio para corroborar la antigüedad de la muestra. Por la forma en la que el centinela la encontró, parecía seguro que se había dejado en la tumba de Tutankamón cuando éste fue enterrado, junto con las demás ofrendas que se hicieron al difunto. Era una historia demasiado extravagante para que el señor Jones se arriesgara a inventársela. Sin embargo, tal y como aquel hombre dijo cuando se vieron en el cochambroso hotel de Luxor, aquello no tenía ningún sentido. Si alguien descubriese que aquel chocolate tenía más de tres mil años, se dispararían todas las alarmas porque era sencillamente imposible.

En efecto, el cacao no llegó a Europa hasta el descubrimiento de América. Cristóbal Colón lo trajo al regresar de su cuarto viaje al Nuevo Mundo, aunque en un primer momento, no fue demasiado apreciado debido a su aspecto y sabor poco agradables. En 1528 Hernán Cortés lo volvió a introducir en la corte del Emperador Carlos V, pero esta vez preparándolo tal y como lo hacían los aztecas, que lo consumían en forma de bebida endulzada y aderezada con otras especias. Aquello causó furor entre la realeza y la nobleza, y pasó a convertirse en un producto de lujo. Con el paso del tiempo, su consumo fue extendiéndose por Europa, y después por todo el mundo. También evolucionó la forma de prepararlo, pero no fue hasta 1849 –trescientos años después de que los europeos lo conocieran–, cuando se comercializó la primera tableta de chocolate y, con ella, la posibilidad de comerlo en forma sólida, pues hasta ese momento sólo había sido consumido como bebida. Por eso era del todo imposible que los antiguos egipcios conocieran el chocolate, y mucho menos que supieran prepararlo en forma de chocolatina.

El único misterio al que Max se enfrentaba era el de saber si esa chocolatina pertenecía al descuidado viajero "C.W."; si era éste quien había viajado en el tiempo para conocer a Tutankamón, uno de los faraones más famosos de nuestra época pero de los más insignificantes en toda la historia del antiguo Egipcio.

Un estudio de ADN para comprobar si quedaban restos biológicos del viajero estaba totalmente descartado. El señor Jones parecía haber manoseado e incluso chupado la muestra, así que estaría contaminada. Los restos del viajero no habrían resistido el paso del tiempo y, además, los laboratorios podrían detectar que el chocolate tenía una antigüedad mucho mayor a la lógica. De nuevo, existía el riesgo a que se disparasen las alarmas y a que alguien terminase pretendiendo que Max contestase a unas cuantas preguntas. Y esa era una de las poquísimas cosas que Max Wellington no podía permitirse.

• • •

Maggie golpeó suavemente la puerta del despacho de la señora Rotherwick.

–Adelante, querida –respondió la mujer–. ¿Has conseguido arreglarlo?

–Mozart, Concierto para violín nº 3 –dijo Maggie en alusión a la música que sonaba en la habitación–. Me encanta este movimiento.

–Es uno de mis favoritos –respondió la señora Rotherwick.

–Sí, está todo arreglado –dijo Maggie, exhibiendo una gran sonrisa y tomando asiento–. He de estar en París mañana mismo para encontrarme con Monsieur Chartier, el director del museo. He conseguido que me dejen quedarme toda la semana y que me permitan revisar sus fondos egipcios personalmente.

–¡Es maravilloso, querida!

–Vamos, Helen, ¡acompáñame! Este descubrimiento es tan tuyo como mío. Sería emocionante que encontrásemos el papiro las dos juntas.

–Te lo agradezco, querida, pero detesto viajar –respondió la señora Rotherwick con amabilidad–. Además, alguien tiene que quedarse aquí para vigilar que los preparativos de la exposición sigan su marcha.

–Para eso están los demás...

–De veras, prefiero quedarme. Pero no dejes de avisarme si hay cualquier novedad.

–Serás la primera en enterarte –dijo Maggie, mientras se levantaba de la silla para marcharse–. Por cierto, se me olvidaba. Lisa me dio este libro para ti. Me dijo que se lo habías prestado y me pidió que te diera las gracias.

La señora Rotherwick alargó la mano para coger el libro con la foto de la gran reina Nefertiti en su cubierta y lo dejó a un lado de su mesa.

–Espero que le haya gustado –dijo la señora Rotherwick.

–Sí, eso creo –contestó Maggie–. Últimamente ella y Charlie están bastante emocionados con todo esto. No hacen más que leer libros y preguntar cosas sobre Nefertiti y el papiro. Creo que están haciendo su propia investigación sobre el asunto –dijo sonriendo.

–Son unos chicos estupendos.

–Sí, lo son... Bueno, he de irme a casa. Todavía no saben que me marcho.

• • •

Después de los primeros momentos de aturdimiento, Charlie y Lisa dieron unos pocos pasos intentando reconocer el lugar. Al principio Lisa no supo qué estaba diferente, sólo tenía una vaga sensación de que algo había cambiado. Luego recordó las piedras amontonadas junto a la tumba y sintió que su corazón daba un vuelco al comprobar que ya no estaban. Bastante nerviosa, se acercó al pequeño pórtico de entrada y tuvo que controlar su ira cuando vio que el muro que protegía la tumba había desaparecido. Tan sólo quedaban unos cuantos escombros desperdigados por el suelo

que difícilmente podían haber mantenido alejados a los ladrones de tumbas.

Charlie los miró disgustado, pero evitó hacer cualquier comentario al respecto. Lisa le echaría la culpa de todo. Conociéndola como la conocía, sabía que la rabia estaría hirviéndole la sangre y que estallaría a la menor provocación. Estaba seguro de que su hermana le culpaba de manera injusta por todo aquello, aunque prefería suponerlo a tener la certeza de que fuera así. Si Lisa le hiciera el más mínimo reproche, tal vez él le daría su opinión sobre cómo estaba haciendo ella las cosas. Y una nueva discusión no ayudaría nada en aquel momento.

Lisa sacó la potente linterna de la mochila y cruzó el umbral de la entrada saltando por encima de los cascotes. El haz de luz se perdió en un pasillo de unos diez metros de largo, calculó la muchacha. Sabía que normalmente había varios muros, precintos que aislaban y protegían la tumba del exterior, y rezó para que los demás siguieran intactos. Caminó por el oscuro pasillo, ni demasiado despacio ni muy deprisa, apuntando la linterna unos pocos pasos por delante de ella. Temía llegar al final y que sus peores presagios se hicieran realidad.

Una piedra tirada en el suelo le dio la razón. Luego otra, y otra de mayor tamaño, la convencieron de que estaba en lo cierto. Estaban en la tumba de la reina Nefertiti, una tumba inédita, que aún no había sido descubierta... aunque sólo para los habitantes del siglo XXI, porque no cabía la menor duda de que alguien se les había adelantado.

Los dos hermanos saltaron un segundo montón de escombros que correspondían a los restos del precinto de la tumba real, y entraron en una pequeña antesala. La desolación que sintieron fue absoluta al ver que estaba totalmente vacía. Lisa barrió con la linterna paredes y suelo, comprobó los rincones, intentando encontrar algún objeto olvidado, por insignificante que fuera, que les hiciera sentir mejor. Pero allí no quedaba nada.

En uno de los lados había una puerta y otros tantos escombros, que atravesaron con más pesar que curiosidad, como si lamentasen con toda su alma lo que estaban a punto de ver. Otra sala de menor tamaño se abrió ante ellos, también vacía. No había nada, absolutamente nada que pudiera darles la menor pista sobre el paradero de la reina Nefertiti.

Lisa se sintió furiosa. Su decepción era tal, que no podía idear otra forma de encontrar a la reina. No consideró que, si en ese momento no estaba allí, tampoco lo estaría en el siglo XXI y por tanto Maggie jamás podría descubrirla. Sólo sentía una rabia furibunda que apenas podía controlar y que le empezaba a doler bastante la cabeza.

A Charlie, sin embargo, la desilusión no le había restado un ápice de su habitual clarividencia, y supo que su madre jamás sería famosa por descubrir la tumba de Nefertiti. A menos, claro estaba, que ellos le echasen una mano, porque para algo tenían una capa del tiempo. Sólo debían descubrir qué diablos había pasado desde que dejaron a Angie al pie de la tumba hasta que volvieron para explorarla. Todo lo que estaba ocurriendo no hacía más que confirmar que debían encontrar todas las anillas que mencionaba el profesor en su carta, por si hubiera alguna que les ayudase a comunicarse con las gentes que visitaban.

El niño miró con cautela a Lisa y se percató de que no era el mejor momento para comentarlo con ella. Lo más prudente era esperar a que se calmase un poco y pudiera pensar con claridad.

Ajena a las consideraciones de su hermano, Lisa seguía moviendo la linterna de un lado a otro, empeñada en encontrar cualquier cosa.

Fue entonces cuando Charlie se dio cuenta. Estaban tan obsesionados por descubrir los tesoros y la momia de la pobre reina, que ninguno de los dos estaba prestando atención a los detalles.

–Lisa, ¿no te parece que esta tumba es muy rara? –preguntó, quitándole la linterna a su hermana para pasearla por las paredes.

–Porque está vacía, ¿quizá? –respondió Lisa con sarcasmo.

Su hermana buscaba pelea, pero Charlie se arriesgó a compartir con ella su descubrimiento.

–Fíjate en las paredes y dime qué ves –insistió.

–Nada, Charlie, no veo nada. Como en el resto de la tumba.

–¡Exacto! ¿Y no te das cuenta de que eso es muy raro? Debería haber algo...

–Sí, claro –le interrumpió Lisa, a quien su enfado le impedía, siquiera, considerar lo que él intentaba decirle–. Debería haber un sarcófago, tesoros, estatuas...

–Y pinturas en las paredes –apostilló Charlie–. Pero no hay nada de nada, ni una sola pintura de la reina, algún jeroglífico... algo.

La muchacha se mantuvo en silencio para no tener que dar la razón a su hermano.

–Vamos, Lisa, los egipcios pintaban absolutamente todo; hasta los puentes. Acuérdate cómo estaba el templo y el palacio. En todos los libros siempre aparecen las pinturas con las que adornaban todo y sin embargo...

–Y sin embargo, ¿qué? Eso no quiere decir nada.

Ahora el que se mantuvo en silencio fue Charlie.

–Algo quiere decir, Lisa, pero no sabemos qué –dijo por fin, al no poder encontrar una conclusión de mayor peso–. El hecho de que no haya pinturas puede ser una pista.

–¿Y con ella qué hacemos, Charlie? ¿Se lo decimos a mamá para que venga aquí y se haga famosa por encontrar una tumba en la que no hay nada? “La doctora Margaret Wilford ha descubierto la tumba de la reina Nefertiti, creemos, porque está totalmente vacía y no hay nada que así lo certifique” –dijo imitando al locutor de un telediario–. “Pero así lo aseguran sus hijos, a quien se lo comentó la hija de la fallecida reina, hace algo más de 3.000 años...”

Charlie soltó una carcajada al escuchar a su hermana.

–Pues no le veo la gracia –respondió ella furiosa–. Si no hubieras...

Lisa había dado un paso en falso al hacer aquella insinuación. Una buena discusión tal vez sirviera para liberar la tensión que había acumulado, la rabia que provocó en ella encontrar la tumba vacía; tal vez incluso para aliviar el dolor de cabeza que no sólo no se le iba, sino que aumentaba cada vez más. Pero no para ayudar a que Charlie siguiera dominando sus nervios.

–Si yo no hubiera, ¿qué? –preguntó el niño, desafiante.

Ahora era él quien buscaba pelea, casi tanto como Lisa.

–Si no hubieras estropeado la pulsera. Hubiéramos venido cuando yo decía y estaría todo en su sitio. ¡Pero tú nunca me haces caso!

–YO siempre te hago caso. Eres TÚ quien nunca me hace caso a mí, Lisa. A pesar de que YO lleve razón y TÚ, no –replicó Charlie–. Siempre hay que hacer lo que dices, porque no eres capaz de escuchar a los demás.

Lisa se quedó en silencio sin saber qué decir. No se sentía mejor y la cabeza le dolía un poco más. Sin embargo, Charlie ya no podía parar.

–No tienes en cuenta mis opiniones, lo único que haces es mandar y mandar. Y para eso prefiero viajar en el tiempo yo solito; no me haces falta para nada.

–Pues yo diría que te hago mucha falta, enano. Si no es por mí todavía estarías buscando palabritas en el diccionario de latín de papá –respondió Lisa en tono burlón–. Por no hablar de encontrar la capa o las anillas. O la cantidad de veces que has metido la pata.

En ese mismo instante supo que se había excedido y lamentó haber hablado de aquella manera. La cara de Charlie le confirmó que estaba muy molesto por no haberle reconocido ningún mérito desde que iniciaron su aventura.

–Vamos, Charlie, no te enfades. Sé que me he pasado un poco, pero no es para ponerse así. Tampoco hacemos tan mal equipo...

–Mientras me sigas llamando enano o tratándome así, esto no es un equipo ni es nada –contestó furioso el niño, mientras se agarraba a su hermana–. Y abrázate a mí porque yo me marcho –añadió, disponiéndose a girar la manecilla de su pulsera.

• • •

Maggie se sorprendió al ver que los chicos no se alegraban de que llegase pronto aquella tarde. Los dos estaban muy serios y parecían enfadados, aunque ninguno le explicó qué es lo que les pasaba. Ella miró a Marcus con cara de preocupación, sintiéndose bastante culpable por pasar tan poco tiempo en casa. Los cálidos ojos de Marcus le devolvieron una sonrisa cómplice y consoladora. Habían hablado mucho sobre ese tema cuando estaban a solas y él siempre la animaba a seguir adelante con sus investigaciones.

“Sólo será por un tiempo más”, le decía él. “Es un hallazgo demasiado importante como para que lo dejes pasar”.

Maggie se encerró en la cocina y preparó una buena cena, ignorando los efectos que causó en Charlie la última vez que lo había hecho.

Cuando estuvo lista, todos se sentaron en torno a la mesa y dio la noticia a sus hijos.

–Mañana me tengo que ir a París –dijo, casi disculpándose–. Voy al Louvre, a revisar con ellos sus fondos, por si el papiro estuviera allí. Tal vez tengamos suerte... Volveré el viernes.

Los chicos no dijeron nada y Marcus volvió a sonreír a su mujer con la mirada.

–Estaremos bien, mamá –dijo con voz de pito, como si imitara a uno de los chicos–. Esperamos que tengas suerte y lo encuentres.

Luego intentó animar un poco la conversación, preguntándole a sus hijos cosas sin importancia, por si alguno de ellos decidía seguirle la corriente. Pero apenas tuvo éxito. Sólo Lisa le explicó que había tenido un día bastante malo y que le dolía la cabeza. Charlie ni siquiera se molestó en dar tantas explicaciones.

CAPÍTULO XIII: Anjesenpaatón

Anjesenamón se separó del cortejo fúnebre unos instantes y se acercó al lugar donde se encontraban las ofrendas para su esposo, los alimentos y bebidas que el faraón precisaría en su camino a la otra vida. A pesar de los esfuerzos que hicieron los sacerdotes para disponerlos adecuadamente, el conjunto estaba apelotonado y presentaba un aspecto desordenado debido al reducido espacio de aquel cubículo.

En efecto, el rey había muerto de forma inesperada cuando aún no contaba veinte años de edad y hubo que acomodarle en una tumba que no estaba en absoluto a la altura de su rango real.

La joven reina se quedó de pie, inmóvil, mirando aquellos manjares, mientras sus pensamientos escapaban de allí a toda velocidad para revivir su vida en un instante.

Los años dichosos de su infancia volvieron a ella y se vio rodeada de toda su familia. Eran tiempos en los que su madre, la hermosa reina Nefertiti, era feliz junto a su padre, el faraón Akenatón. Él aún era un reformador valiente y soñador, que pretendía liberar a su pueblo del yugo que sobre él ejercía el clero de Amón; pero también era un hombre orgulloso y sin habilidad suficiente para enfrentarse a las enormes resistencias que unos cambios tan profundos provocarían. Cada dificultad, cada problema, cada contratiempo fueron minando paulatinamente su carácter, hasta convertirlo en un gobernante temeroso de ser traicionado, en un ser arrogante, un déspota que no escuchaba a nadie. Ni siquiera a su esposa, a la que empezó a despreciar por bendecirle con seis bellas y afectuosas hijas, pero ningún hijo varón.

Poco a poco, el rey le volvió la espalda a su esposa, a su familia, a su pueblo. Sólo atendía a los aduladores y a los cortesanos serviles que aplaudían sus cada vez más erráticas decisiones, y le ocultaban los verdaderos problemas que acuciaban al país.

Anjesenpaatón todavía era una niña cuando la muerte llegó a sus vidas y, con ella, el dolor y la desgracia, que se aferrarían a su familia para no abandonarla jamás. En poco más de dos años se llevó a tres de sus hermanas: a las dos benjaminas y a la querida Meketatón.

El dolor consumía a la bella Nefertiti, abandonada por su marido, cercada por la enfermedad y la desdicha. La reina se convenció de que ella era la responsable de todo aquello, pues tanta desgracia sólo podía ser un castigo de los dioses por haberles ofendido al negarles su derecho a existir y a ser venerados por los hombres, como se venía haciendo desde el principio de los tiempos.

Ella había apoyado a su marido; había secundado su decisión de prohibir el culto a ninguna otra deidad que no fuese Atón, el Dios Sol; había participado activamente en todos los ritos y adoraciones que el faraón hizo. En verdad, ella nunca trató de disuadirle, aunque en su alma y en su corazón sabía que aquello era un terrible disparate. Y ahora los dioses la castigaban, negándole el hijo varón que ella y su esposo deseaban desesperadamente, arrebatándole a las hijas que tanto

amaba. Debía hacer algo para detener tanta desgracia. Y debía hacerlo pronto.

En el mayor de los secretos contactó con el alto sacerdote de Amón de la ciudad de Tebas, quien mantenía sus actividades en la clandestinidad. Él le ayudó a congraciarse de nuevo con los dioses, a obtener su perdón, a hacer un pacto que cambiaría la vida de su familia y la de todo el pueblo egipcio. Los dioses concederían a la hermosa reina un varón, el heredero que la acercaría de nuevo a su esposo. A cambio, ella se comprometía a hacer que aquel niño restituyera el culto a todos los dioses que su esposo había declarado proscritos y en especial, al gran Amón.

Pero algo salió mal y, antes de que la reina pudiese concebir aquel niño, el faraón descubrió su traición. Cegado por la ira, sopesó cuidadosamente el castigo que su mujer debía recibir, hasta escoger el que sin duda sería más cruel y humillante: Nefertiti sería confinada en el Palacio del Norte, alejada de la corte y privada para siempre de sus hijas. Su única compañía sería Tutankatón, único hijo varón del faraón, que había sido concebido con una esposa secundaria. Durante el resto de su vida, la malograda reina estaría obligada a ver la imagen de su fracaso, al heredero que ella fue incapaz de darle a su esposo.

Pero, lejos de ser una tortura, aquel niño se convirtió en la tabla de salvación que la ayudaría a mantener la cordura. Con él compartió tardes de juegos, su visión de la vida y su más profundo cariño. Meses después de su destierro, la reina murió; pero para entonces ya había dejado en el futuro rey una profunda huella que marcaría su vida para siempre.

Sin darle tiempo a recuperarse de su dolor, la muerte asestó un nuevo golpe a la familia real y se llevó a dos princesas más. Sólo quedaba Anjesenpaatón, la última persona viva con sangre real pura, fruto de la unión del faraón y la gran esposa real. Un codiciado tesoro que otorgaría legitimidad real a quien la desposara; toda una tentación para cualquier hombre ambicioso y una terrible maldición para sí misma.

Obsesionado por la pureza de su linaje, el primero en desposarla fue su propio padre, el demente Akenatón, que también moriría unos meses después. Luego la casaron con su hermanastro, el príncipe Tutankatón, que por entonces sólo contaba nueve años de edad, cinco menos que ella. Los hombres fuertes de la corte estimaron que aquella pareja real sería fácilmente manipulable mientras ellos se repartían el poder en la sombra, lo que ocurrió durante los primeros años de reinado. Pero, a medida que el *faraón niño* fue creciendo y madurando, también lo hizo su empeño por gobernar y ser él quien dirigiera los designios de su país. Al contrario que su padre, Tutankatón era un muchacho paciente y diplomático, que nunca olvidó las enseñanzas de la reina Nefertiti ni las promesas que le hizo antes de su muerte.

Con gran habilidad, el joven rey convenció a sus consejeros sobre la conveniencia de devolver la capitalidad a Tebas y abandonar la ciudad maldita que su padre levantó en mitad del desierto. El culto a los dioses ancestrales de Egipto fue restituido oficialmente y la familia real pudo expulsar de su vida al dios Atón, que tanta desgracia había traído, para abrazar de nuevo al dios Amón. El rey y la reina modificaron sus nombres para simbolizar este cambio, dejando de ser Tutankatón y Anjesenpaatón, renaciendo como Tutankamón y Anjesenamón.

El faraón también consiguió ganarse el corazón de su hermanastra, que para entonces era una joven distante y desengañada de la naturaleza de los hombres, a los que sólo les importaba su

linaje. Tutankamón la trató con ternura y amabilidad, la pidió consejo en asuntos de estado y consideró sus opiniones por encima de las de todos los demás. Con pequeños y grandes gestos fue conquistando a su esposa, ganándose su afecto y transformándolo en amor sincero.

Uno de ellos y tal vez el más importante, fue el mandato de construir una tumba apropiada para la reina Nefertiti y sus hijas en la necrópolis tebana que había en el margen occidental del Nilo, y la de trasladar allí sus restos una vez estuvo terminada.

Anjesenamón disfrutó de nuevo de la felicidad, enturbiada tan sólo por la imposibilidad de tener descendencia con su esposo. En sus años de matrimonio sólo dio a luz a dos niñas, que nacieron muertas. Aunque el faraón la animaba diciéndole que aún eran jóvenes, ella sospechaba que todo cuanto sucedía era culpa suya. Tal vez los dioses la castigaban por haber participado junto a sus padres en los ritos al antiguo dios Atón o quizás cometió algún error fatal cuando los enviados divinos vinieron a buscarla años atrás.

La joven reina siempre sospechó que los dioses se llevaban a aquellos que habían cumplido su misión en esta vida. A los bondadosos, para que dejaran de sufrir con las traiciones y engaños de este mundo, y disfrutasen de los placeres y la serenidad de la vida eterna, como les habría sucedido a su madre y a sus hermanas. Y a los malvados, para que su corazón fuese devorado por la bestia Ammit y fueran castigados a vagar eternamente, como sin duda le habría sucedido a su odiado padre. La repentina muerte de su esposo, el faraón Tutankamón, le hizo concluir que estaba en lo cierto, y que los dioses se llevaban a los justos para que recibiesen su recompensa cuanto antes.

Las lágrimas brotaron de sus ojos y, al limpiárselas, volvió al presente, delante de las ofrendas que los sacerdotes dejaron preparadas para su joven esposo muerto. Lentamente, la reina viuda abrió un pequeño cofre de oro que trajo consigo y cogió un fino pañuelo de lino, en el que había envuelto el delicioso manjar que los enviados divinos compartieron con ella cuando les condujo ante la tumba de su madre mucho tiempo atrás. Había conservado aquel alimento sagrado desde entonces, sin probarlo, pues por algún motivo no se sentía merecedora de ello. Pero su marido sí lo era, y sabía que él se alegraría de poder disfrutarlo en presencia del dios Amón.

Con cuidado colocó el pequeño cofre en el centro, junto a las demás ofrendas, mientras se preguntaba qué misión podía haberle reservado Amón para mantenerla aún con vida, sola, separada de todos sus seres queridos. Fuera la que fuese, esperaba que llegara pronto y estar a la altura de sus expectativas para que el dios la permitiera reunirse de nuevo con su esposo, su madre y todas sus hermanas. Seguramente sería una misión difícil, pues ella era la última mujer con sangre real pura, que otorgaría legitimidad real a quien la desposara. Un tesoro para quien ambicionase el trono; una maldición para sí misma.

CAPÍTULO XIV: *Yersinia pestis*

La señora Rotherwick llevaba toda la tarde clasificando y ordenando los papeles acumulados en su escritorio. Desde que el papiro se descubrió, hubo que consultar una cantidad ingente de documentación, dando al traste con el impecable orden que habitualmente reinaba en su despacho.

Tras un par de horas de arduo trabajo, se dirigió a la entrada de la habitación para contemplar desde allí los resultados. La mujer sonrió satisfecha al comprobar que todo estaba despejado y en su sitio, a excepción de un par de detalles que había pasado por alto.

En un rincón quedaron olvidados varios archivadores, que guardó presta en un armario. Luego se acercó a su escritorio y recogió una pequeña pila de libros que estaban amontonados a un lado. La mujer los tumbó con mimo sobre su antebrazo y se dirigió a la estantería, donde fue colocándolos uno a uno en su sitio. Al levantar el penúltimo volumen, el que seguía apoyado sobre su brazo se balanceó y cayó, chocando violentamente contra el suelo. Con el golpe, un papel salió disparado de su interior para posarse a un metro y medio de distancia de la mujer.

–¡Vaya por Dios! –lamentó ella, mientras estiraba con los dedos las esquinas del libro dobladas por el golpe. Desde la portada, el busto de Nefertiti la miraba sonriente y ajena al impacto.

La señora Rotherwick avanzó para recoger el papel y lo examinó con curiosidad. Ella nunca dejaba nada dentro de los libros, pues aquella era la mejor manera de estropearlos y de perder lo que se había guardado en ellos. Al mirarlo, vio que se trataba de un mapa con la palabra *"Amarna"* escrita en letras mayúsculas. El libro que lo contenía era el que había prestado a los hijos de Maggie así que, tal y como ella dijo, parecía que los chicos estaban llevando a cabo su propia investigación.

La señora Rotherwick lo contempló divertida y se sorprendió al comprobar que estaba dibujado con mucho detalle. Junto a principales edificios, incluso, había anotaciones que parecían corresponder a las coordenadas geográficas de cada uno de ellos. La letra era pequeña y bastante pulcra, excepto la de una anotación escrita a un lado, sobre un redondel ahuevado y algo desproporcionado, que era mucho más grande e infantil. El punto estaba colocado junto a las montañas del norte, algo retirado de la zona en la que se habían encontrado las tumbas de algunas personalidades de la corte del faraón Akenatón. La señora Rotherwick leyó las palabras escritas sobre el redondel con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

–"*Tumba de Nefertiti*".

Luego dobló el papel con cuidado y lo guardó para entregárselo a Maggie cuando ésta regresara de París.

• • •

Al volver de la escuela, Lisa informó a su padre de que los dolores de cabeza continuaban.

Marcus se inquietó al comprobar que no habían cesado en las últimas veinticuatro horas y decidió llamar al médico.

–Me ha dicho el Doctor Rogers que te tomes esto –le dijo, dándole una medicina–. Según dice, no parece nada importante al no tener otros síntomas pero, si los dolores persisten, mañana iremos a visitarle.

Sin embargo, poco antes de cenar, Lisa sintió escalofríos, bastante malestar y le había subido la fiebre. Aquellos eran algunos de los síntomas que mencionó el Doctor Rogers cuando intentó tranquilizar a Marcus.

"Si sólo le duele un poco la cabeza, no parece importante", le dijo. "Lo preocupante sería si tuviera fiebre, dolor corporal, rigidez o alguna molestia más. En ese caso sería urgente que un médico la reconociera".

Marcus se alarmó al recordar sus palabras y decidió llevar a su hija al hospital para que alguien la examinara esa misma noche.

Charlie seguía enfadado con su hermana y, aunque sintió verla postrada en el sofá, se aseguró de mantener cierta distancia para no tener que ser amable con ella. Un dolor de cabeza sazonado con algo de fiebre y una exagerada preocupación paterna no podían ser suficientes para perdonar la afrenta de la tarde anterior.

Entretanto, su padre telefoneaba insistentemente a la señora Davis sin conseguir dar con ella pues, al parecer, alguien debía cuidarle mientras Marcus llevaba a Lisa al hospital. Después de varios intentos, le oyó hablar bastante nervioso con alguien, y supuso que aquella noche acabaría viendo algún programa tonto en la tele junto a su canguro mientras devoraban un bol de palomitas. No estaba mal para un miércoles por la noche, se dijo. Pero su padre se encargó de chafarle el plan rápidamente.

–Coge lo que tengas que llevar al cole mañana –le dijo nada más colgar–. Yo te preparo la ropa y el cepillo de dientes, y tú te encargas de lo demás. Salimos en cinco minutos.

Charlie se quedó mirando sin comprender y sin hacer lo que su padre le había dicho.

–¡No te quedes ahí como un pasmarote! –le regañó Marcus.

–Pero, ¿a dónde vamos? –preguntó el niño.

–Nosotros al hospital. Tú a dormir a casa de la señora Rotherwick –le informó con algo de brusquedad–. Y date prisa; he quedado con ella en la puerta del museo dentro de diez minutos.

Charlie necesitó unos segundos para decidir si aquel cambio de planes era bueno o malo. "Un tremendo golpe de suerte", se dijo. Tenía que aprovecharlo como fuera.

Luego se dirigió a las escaleras pensando en todas las cosas que debía llevarse.

• • •

La señora Rotherwick acomodó a Charlie en la habitación de invitados. El niño apenas tuvo tiempo para instalarse y fisgar en un par de cajones, cuando la mujer le avisó que la cena estaba

lista. Charlie cogió el papel con los versos en latín que él y Lisa encontraron junto a la anilla del tiempo, y lo guardó en un bolsillo. Durante la cena se las apañaría para pedirle a su anfitriona que los tradujera, y tal vez incluso conseguiría desviar la conversación para averiguar a qué sitio conducían las pistas de los versos. Antes de salir de su casa, ocultó dentro de la pequeña maleta que su padre había preparado, la capa, la pulsera y algunas cosas que le serían de utilidad. Si era lo suficientemente hábil y la suerte le acompañaba, podría ir a buscar la tercera anilla esa misma noche y tal vez dar con ella.

De esa forma le demostraría a la bocazas de su hermana que no hacía ninguna falta en el equipo, que él solo se las apañaba perfectamente para encontrar todas las anillas e, incluso, la tumba de la reina Nefertiti. A buen seguro ella le suplicaría para que la readmitiera en el equipo y quién sabe si conseguiría ablandar su corazón... Tal vez volvería a aceptarla, pero sólo si prometía no volver a darle órdenes ni a quitarle el mérito de los logros que juntos conseguían.

Charlie se lavó las manos y fue al salón, donde sonaba una melodía clásica.

–Parece que le gusta la música, señora Rotherwick –dijo al entrar–. Siempre que la veo, la está escuchando.

–Llámame Helen, querido –respondió la mujer, sonriendo ante la observación de Charlie.

–¡Qué mesa tan bonita! Se parece a la que pone mi madre cuando hay invitados.

–Es que hoy tengo un invitado de honor –contestó ella, inclinado ligeramente la cabeza para indicarle que se refería a él.

Charlie colocó la servilleta de hilo sobre sus piernas y trató de exhibir sus mejores modales para impresionar a su anfitriona. En un principio, ella le hizo las preguntas de rigor sobre el colegio y la marcha de sus estudios, pero enseguida pasó a temas más amenos para ambos, como la exposición sobre Nefertiti. Más por intuición que por un frío cálculo, Charlie siguió la conversación animadamente, sin prisas. Todo cuanto la señora Rotherwick le iba contando era realmente interesante y podría serle útil para conocer más detalles sobre la reina y su época. Además, ir tomando ciertas confianzas con la mujer y mostrarle sus encantos durante la cena, allanaba el terreno para cuando se decidiera a pedirle que tradujera los versos.

Por su parte, la señora Rotherwick estaba disfrutando muchísimo con la charla y estaba impresionada por la simpatía, la curiosidad y, sobre todo, por los conocimientos de su invitado, que eran verdaderamente amplios para tener sólo once años.

–... Y muchas de esas piezas se encontraron entre los restos de la ciudad o en las tumbas que había en las necrópolis de las afueras –explicaba la señora Rotherwick.

–¿Y en la exposición se va a poder ver la momia del faraón Akenatón? –preguntó el niño.

–Bueno, verás, nunca se encontró la tumba de Akenatón. Existe la sospecha de que una de las momias encontradas en el Valle de los Reyes, en Tebas, sea suya, pero no se tiene la certeza.

–¿En Tebas? –preguntó Charlie extrañado–. Yo creía que al faraón no le gustaba Tebas y por eso mandó construir la ciudad de Amarna en mitad del desierto.

–Y estás en lo cierto, querido –dijo la mujer complacida.

Realmente Maggie podía sentirse orgullosa por todo lo que sabía aquel niño.

–Y entonces, ¿por qué hizo construir su tumba en Tebas y no en Amarna? –preguntó Charlie.

–Se cree que en un principio enterraron al faraón y a otros miembros de la familia real en Amarna pero, debido a la amenaza de los saqueadores de tumbas, los trasladaron al Valle de los Reyes, donde estaban más vigiladas.

–¡Pues claro! –exclamó Charlie.

Aquella podía ser la explicación de que la tumba de Nefertiti estuviese vacía.

–¿Y no sabrá usted cuándo se los llevaron, verdad? –inquirió el niño.

–Se cree que pudo ser unos años después de su muerte, cuando la capital del reino se volvió a trasladar a Tebas.

–Oiga, Helen. ¿Y sabe si alguna vez se han encontrado tumbas sin pintar? –preguntó Charlie en un intento de entender lo que había ocurrido en la tumba de la reina.

–¿Sin pintar?

–Sí, ya sabe, sin pinturas en las paredes ni nada de eso.

–Lo preguntas por tus investigaciones, ¿verdad? –dijo la mujer, recordando el comentario que hizo Maggie la tarde anterior.

El niño se quedó helado al escucharla. ¿Cómo podía saber la señora Rotherwick que él estaba investigando?

–¿Mis investigaciones? –preguntó.

–Sí, las investigaciones que Lisa y tú estáis haciendo sobre la reina Nefertiti –intentó aclarar ella.

Charlie estaba petrificado. ¿Cómo diablos se había enterado?

–¿Cómo sabe que estamos investigando sobre ella? –preguntó, casi sin querer.

–Me lo dijo tu madre, querido. Espero que no te importe.

–¿Mi madre lo sabe? –preguntó Charlie cada vez más sorprendido–. Yo no le he contado nada, iba a ser una sorpresa –dijo, pensando en el momento en el que él y su hermana le darían a Maggie las pistas para encontrar la tumba de la reina.

–Puede que se lo dijera Lisa, o que no hayáis sido muy cuidadosos con vuestro secreto y tu madre lo haya descubierto. No olvides que es una mujer muy inteligente.

Charlie puso cara de no entender a qué se refería. Entonces, la señora Rotherwick cogió el plano de Amarna y se lo entregó, segura de que el niño recordaría que lo dejaron olvidado en el libro. En lugar de eso, Charlie creyó que su hermana se lo había mostrado a su madre y ésta a la señora Rotherwick. Típico de Lisa, que ni era considerada con los secretos de los demás ni con

los suyos propios. Todo lo que tenía de cotilla, lo tenía de chismosa.

Pero, si su madre sabía todo, ¿porqué no le dijo nada, aunque sólo fuera que debían tener cuidado? ¿Acaso a ella le parecía bien que viajaran en el tiempo siempre que fuesen juntos, como cuando la iban a visitar al museo? Conociendo a Lisa, le habría contado una pequeña y bien escogida parte de la verdad y, como siempre, su madre se habría tragado el anzuelo. Seguro que sólo le habría hablado de los palacios y las obras de arte, pero ni una palabra de guardas ni, por supuesto, de dinosaurios.

–Y mi madre, ¿qué dice? –preguntó con curiosidad–. ¿Le parece bien?

–No sólo le parece bien, querido. Está realmente orgullosa de vosotros, y te aseguro que si yo fuera ella también lo estaría –explicó la mujer, pensando en lo educados que eran y lo mucho que sabían aquellos chicos.

–¿A usted también le parece bien? ¿No le importa que investiguemos por nuestra cuenta?

A la señora Rotherwick le extrañó la pregunta. Era evidente que no podía haber nada de malo en que ellos intentasen aprender sobre Nefertiti y su vida; y jugar a resolver el enigma de su tumba era mucho mejor y más instructivo que cualquier videojuego. Pero la buena de Maggie siempre insistía en que, sin la ayuda de la señora Rotherwick, nunca habría descubierto la importancia del papiro que encontró en el museo, y siempre se aseguraba de que quedase reconocido el mérito de ambas. Tal vez por eso aquel niño mezclaba fantasía y realidad, y de alguna manera se sentía en la obligación de pedirle permiso también a ella.

–No sólo no me importa, sino que estoy tremendamente complacida –dijo conmovida–. Y no dudes en acudir a mí si necesitas ayuda con tus investigaciones.

Charlie se quedó alucinado. Estaba claro que había juzgado mal a su madre y a la señora Rotherwick. Y quizás, también a su padre. El hecho de que ya no fuera un secreto, le restaba bastante emoción a la misión, pero no había duda de que también tenía sus ventajas.

–Pues, ahora que lo dice, sí necesito su ayuda –afirmó confiado–, porque la investigación está en punto muerto.

–¿En punto muerto? –preguntó la señora Rotherwick con curiosidad. Sería delicioso saber cómo aquellos dos muchachos jugaban a ser arqueólogos.

–Sí, entramos en la tumba de Nefertiti y está vacía.

–¿Vacía? –preguntó la mujer para conocer los detalles del juego.

–Totalmente vacía, no había nada de nada. El muro exterior estaba roto y también los demás que había dentro: el de la entrada a la tumba y el de la cámara funeraria. Pero, lo más curioso, es que no había ni una sola pintura ni una escultura. Nada, no había nada. Un poco extraño para la tumba de una reina, ¿no le parece?

La señora Rotherwick escuchaba sorprendida, de nuevo, por los amplios conocimientos de un niño de once años, y por lo rara que era la historia que su hermana y él se habían inventado.

–Por eso le preguntaba lo de las pinturas, porque a mí desde luego me extrañó bastante –continuó Charlie–. Pero ahora veo que es una tontería hacer una tumba con pinturas y todas esas cosas si luego piensas llevarte todo a Tebas. Seguramente es lo que intentó explicarnos Angie.

–¿Angie? –preguntó la señora Rotherwick, suponiendo que los muchachos tenían un tercer compañero de juegos.

–Quiero decir Anjesenpaatón –dijo el niño–. ¿Sabe usted quién es?

–Sí, claro –respondió la mujer, pensando que lo verdaderamente increíble es que Charlie también lo supiera–. Era la tercera hija de Akenatón y Nefertiti, y gran esposa real de Tutankamón, junto a quien reinaría durante unos pocos años.

–Esa misma –respondió Charlie con naturalidad–. Yo la llamo Angie porque es más sencillo, aunque claro, cuando yo la conocí todavía era una princesa y no debía importarle. Nos hicimos muy amigos, ¿sabe?

Charlie miró a su anfitriona y pensó que tal vez no creía que hubiera trabado amistad con la princesa; así que un poco por presumir y otro poco por convencerla, sacó de su bolsillo la cinta que la niña egipcia le había regalado cuando se despidieron y se la enseñó a la mujer. La señora Rotherwick la miró atónita: era muy parecida a otras que había en el museo. Su primera reacción fue preguntarse si los niños no estaban llevando aquel juego demasiado lejos, sospechando que quizás la habrían cogido del despacho de Maggie en alguna de sus visitas. Luego reparó en que el tejido estaba perfectamente conservado e incluso parecía nuevo. Los colores eran vivos y brillantes, no estaban apagados por el paso del tiempo. Tal vez fuera una imitación, pero requería unos conocimientos artesanales demasiado complejos para un simple juego de niños.

Mientras la señora Rotherwick hacía estas consideraciones, Charlie seguía contando los detalles de su historia con una imparable verborrea.

–Anjesenpaatón y yo nos llevábamos muy bien, y nos entendíamos sin problemas aunque no hablásemos el mismo idioma. Cuando nos fuimos, me regaló su cinta y me dio un beso, y a Lisa sólo le dijo adiós con la cabeza. No quisimos entrar en la tumba de su madre estando ella delante, así que nos volvimos. Entonces decidimos entrar en la tumba una semana antes, pero la pulsera se atascó y sólo pudimos volver nueve años después, en 1327 a.C. Curioso, ¿no? Y cuando regresamos, resulta que la tumba estaba vacía, no tenía pinturas ni nada.

La señora Rotherwick seguía escuchando la historia pero, sin saber por qué, empezó a intuir que se trataba de algo más que un simple juego imaginario de niños.

–Entonces Lisa me echó la culpa, como si yo pudiera controlar lo que hacían los antiguos egipcios o que la pulsera funcione cuando le da la gana –continuó Charlie, encogiéndose de hombros.

–La pulsera –dijo la mujer, en un intento de aclarar a qué se refería ahora el niño.

–Exacto, porque no sabemos la mitad de las cosas que explica el libro de instrucciones al estar en latín, y encima estamos yendo a todas partes sólo con dos anillas y no con las cuatro que dijo el profesor.

La señora Rotherwick sintió que el corazón le daba un vuelco. Sabía con total certeza que el niño se refería al profesor Conwell. En algún punto de la conversación, sus palabras hicieron creer a su invitado que ella sabía algo, algo que en realidad desconocía pero que había sospechado durante mucho tiempo. Un secreto que Horatio Conwell ocultó siempre y que los hijos de Maggie parecían haber averiguado, ahora que vivían en la vieja casa del profesor. Algo relacionado con los versos en latín que tradujo para ellos con anterioridad y que aquel niño, inocentemente, estaba a punto de revelarle.

Entonces supo que debía ser muy cauta y seguir la charla con cuidado, desgranando suavemente cada dato, tirando con suma delicadeza de cada hilo hasta descubrir, por fin, el misterio. Se mantuvo callada, evitando dar un paso en falso. Charlie estaba confiado, así que dejó que fuese él quien llevase la iniciativa en la conversación. Tan sólo se limitó a asentir, dándole la razón.

–Y ahí es donde necesito su ayuda, porque Lisa y yo nos hemos enfadado.

–Desde luego, querido –dijo la mujer midiendo sus palabras–. ¿Y qué necesitas?

–Que me traduzca los versos –respondió Charlie, sacando la hoja del bolsillo y entregándosela a la señora Rotherwick.

La mujer la cogió aparentando absoluta normalidad, intentando que no le temblasen las manos y que los latidos de su corazón volvieran a su ritmo normal, como si temiese que Charlie pudiera oírlos. Durante unos segundos se quedó callada para dominar sus emociones, que se dispararon al volver a ver la letra de su querido profesor Conwell.

–¿Tiene algo para apuntar? –preguntó Charlie, ajeno a lo que estaba ocurriendo–. Resulta muy útil tener a mano la traducción de los versos cuando estás buscando la anilla.

–Por supuesto –respondió la mujer mientras se levantaba a coger un papel y un bolígrafo, que entregó al niño.

Luego carraspeó y dictó lentamente la traducción. De vez en cuando hacía una pausa y repetía lo que había dicho para que él pudiese apuntar todo. Charlie no debía sospechar nada.

• • •

Marcus volvió a mirar el reloj que había en la pared de la sala de espera del hospital. En condiciones normales, los chicos estarían acostados y llevarían dormidos bastante tiempo. Luego cogió su móvil y vio tres nuevas llamadas perdidas de Maggie. Antes de marcar su número, carraspeó y dio un trago a la botella de agua que acababa de comprar.

–Hola, cariño –dijo en cuanto ella hubo respondido–. ¿Qué tal te están tratando?

–¡Marcus! –respondió Maggie con voz adormilada–. ¿Qué es lo que pasa? Os he llamado a casa un montón de veces y nadie contestaba. Y te he llamado al móvil otras tantas...

–Lo siento, acabo de darme cuenta. Creo que el teléfono de casa se ha estropeado y no he oído el móvil. Los chicos se quejaron porque no llamabas, pero yo pensaba que a lo mejor habrías salido a cenar con la gente del museo.

–Me lo propusieron, son buenos anfitriones, pero estaba demasiado cansada. Así que he preferido cenar en el hotel y meterme en la cama.

–Siento haberte despertado. ¿Algún progreso?

–Aún no.

–Todavía es pronto.

–¿Por allí hay alguna novedad? ¿Los chicos están bien?

–Todo tranquilo, por aquí no ocurre nada emocionante –mintió Marcus–. Mañana te llamaré para que puedas hablar con ellos. Que descanses.

–De acuerdo, cariño. Te quiero.

–Yo también te quiero.

• • •

Como si quisiera limpiarlo, Charlie pasó la mano sobre el papel en el que acababa de escribir la traducción de los versos y lo leyó en voz alta:

"Superaban mil trescientos

cuando entraron cuarenta ladrones,

todos ellos ilustres, algunos excepcionales.

La hija de Zeus les da la bienvenida

no tanto por su riqueza

como por su indispensable sabiduría.

Quince peldaños y diez más

te conducirán al lugar donde descansa

el aprendiz de ladrón de alma pura,

que uno de los cuarenta escribió

con absoluta maestría."

–¿El profesor estuvo alguna vez en la cárcel? –preguntó al terminar.

–¡Por supuesto que no, querido! –contestó la señora Rotherwick algo incómoda por la pregunta.

Charlie trató de explicarse.

–Verá, todas las anillas han aparecido en las bibliotecas donde el profesor pasaba mucho tiempo. En unos versos decía que eran sus lugares preferidos.

La mujer asintió con la cabeza, el niño estaba en lo cierto.

–O sea, que tenemos que averiguar a qué biblioteca se refiere y, como dice que hay tantos ladrones, pues... –añadió Charlie para justificar su pregunta.

–Me temo que se trata de su club, el club social al que pertenecía –contestó ella–. El profesor iba allí casi todas las tardes.

–¿En su club había ladrones? –preguntó Charlie, un tanto confundido–. Yo creí que allí habría personas importantes, gente de dinero.

La señora Rotherwick soltó una pequeña carcajada.

–Y estás en lo cierto. El profesor Conwell era socio del Club The Athenaeum, uno de los más prestigiosos de todo Londres. Se creó no tanto para hombres de elevada posición económica como para intelectuales de primer orden, los más destacados en el campo de las letras, las ciencias o el arte. Se llama así en honor de Atenea, diosa de la sabiduría, las artes y las letras, e hija de Zeus. Verás, en algunos momentos el club atravesó por ciertas dificultades financieras, así que, para resolverlas, se amplió el número de socios. Durante la segunda ampliación, cuando contaba con 1.360 socios, se vio que era insuficiente y se decidió admitir a cuarenta más, siendo este grupo conocido como el grupo de 'los cuarenta ladrones'. Pero, como bien dice el profesor en sus versos, lo integraban personajes tan ilustres como Charles Dickens o Charles Darwin.

–¿Y en el club había una biblioteca? –preguntó Charlie.

–Desde luego. El Athenaeum posee una de las mejores bibliotecas privadas de toda la ciudad.

–Pues, qué bien. Y no sabrá la dirección ni el horario que tienen.

La mujer se acercó al escritorio y buscó los datos en Internet.

–107 Pall Mall y cierra a las once de la noche.

La señora Rotherwick consultó su reloj y descubrió horrorizada lo tarde que era. Se le había pasado el tiempo volando.

–¡Dios Santo! ¡Son las once menos cinco! Si tus padres se enteran que estás levantado a estas horas...

–No se preocupe, no les diré nada. Además, es el momento perfecto para visitar el Athenaeum.

–No lo entiendes, querido. Es muy tarde, mañana tienes que madrugar, y...

–Oiga Helen, no le gustaría acompañarme, ¿verdad? –interrumpió el niño–. Creo que me vendría muy bien un poco de ayuda para encontrar la anilla.

La mujer no supo qué contestar. Por un lado, sabía que Charlie debería estar durmiendo pero por otro, se moría de ganas de desvelar el misterio, de ver con sus propios ojos de qué se trataba todo aquello y posiblemente no tendría otra oportunidad de hacerlo.

–Ahora mismo vuelvo –dijo Charlie, otorgando el mismo significado al silencio de la mujer que a una respuesta afirmativa–. Voy un momento a coger unas cosas y vuelvo.

El niño entró presuroso en su cuarto y sacó la capa de la maleta. Luego cogió el GPS de

Marcus y metió la dirección del Club Athenaeum para obtener sus coordenadas. Con sumo cuidado, las introdujo en la pulsera, corrigiendo la posición para asegurarse de aparecer dentro del edificio y no en mitad de la calle, y después se la ajustó a la muñeca. Por último se puso la capa, cogió la linterna y fue al salón en busca de la señora Rotherwick.

• • •

Marcus empezaba a desesperarse por no haberse llevado lectura con la que apaciguar sus nervios, cuando un hombre alto ataviado con una bata blanca y una amable sonrisa irrumpió en la sala de espera.

–¿Señores Milford? –preguntó.

Marcus miró a su alrededor buscando una respuesta imposible: él era el único que esperaba en la sala.

–¿Familiares de Elisabeth Milford? –volvió a preguntar el hombre de la bata blanca.

–Es Wilford –contestó Marcus aliviado. Por fin llegaban noticias de su hija.

–Disculpe –dijo el hombre, mientras garabateaba el nombre correcto en una de las hojas que llevaba prendidas a un portapapeles–. Soy el doctor Price.

–¿Cómo está Lisa? –preguntó Marcus, ofreciendo su mano al doctor para presentarse–. Soy Marcus Wilford, su padre.

El hombre asintió.

–Está estable. Sigue teniendo fiebre y dolor de cabeza. Le hemos hecho pruebas y, afortunadamente, hemos podido descartar algunas patologías graves, como la meningitis.

Marcus no consiguió relajarse del todo, consciente de que el doctor aún tenía más noticias que darle.

–Pero debe quedar ingresada –continuó el doctor Price–, hasta que tengamos un diagnóstico claro. Le estamos haciendo más pruebas y tal vez mañana podamos ser más precisos.

–¿Puedo verla? –preguntó Marcus visiblemente preocupado.

–Puede quedarse a pasar la noche junto a ella, si lo desea. Su habitación es la 1504.

Marcus se dispuso a coger sus cosas cuando el doctor se giró para hacerle una última pregunta.

–Disculpe, ¿su hija o alguna persona de su familia han realizado un viaje al extranjero recientemente?

–No. Bueno, mi esposa está en París, pero todavía no ha regresado. ¿Por qué lo pregunta?

–Puro formalismo –respondió el doctor antes de marcharse.

• • •

Robert Newman acababa de empezar el turno de noche y ya estaba somnoliento. Su compañero

Dennis le había cambiado el turno y, como siempre, lo había hecho a última hora. Era increíble que Dennis hiciese y deshiciese a su antojo los cuadrantes trazados hacía semanas sin que nadie le pusiera en su sitio.

Robert llevaba más de diez días seguidos trabajando, sin ninguno de descanso, y se sentía agotado para enfrentarse a otra larga noche de guardia en aquél caserón maldito. Y mientras tanto, el juerguista de Dennis estaría disfrutando de una noche de fiesta con alguna de sus muchas novias, amparándose en un inoportuno resfriado.

Sentado en la mesa que había a un lado del amplio hall de entrada, Robert intentó distraerse con un diario deportivo, pero sus ojos se cerraron con obstinación mientras mantenía a duras penas la cabeza apoyada en una mano. De cuando en cuando, el sueño le vencía y la cabeza saltaba pesadamente al vacío para volver a colocarse con torpeza en su posición original. Andaba castigando a su cuello con aquella penosa danza, cuando un ruido le hizo espabilarse. Robert detestaba aquel viejo edificio que crujía como los huesos de una vieja mujer; pero aquel sonido fue distinto a los demás, más seco e intenso, y acompañado de una extraña presencia. Al escucharlo, Robert abrió los ojos y, sin saber por qué, dirigió su mirada hacia la escalera.

Entonces los vio allí, en el primer rellano. Una mujer mayor y un niño abrazado a ella. La mujer llevaba un abrigo negro, tenía los ojos cerrados y parecía algo aturdida. El niño vestía una capa que le cubría todo el cuerpo y le miraba con una media sonrisa que le produjo un tremendo escalofrío. Robert dio un respingo sobre su silla y se frotó los ojos antes de intentar verificar tan terrorífica visión. En ese instante, el fantasma del niño le sonrió de un modo que jamás podría olvidar y, tras despedirse de él con la mano, se abrazó a la pobre mujer que aún seguía con los ojos cerrados y los dos desaparecieron.

• • •

Charlie miró el elegante hall y dedujo con gran satisfacción que estaban dentro del Athenaeum. Había practicado mucho con la pulsera y había adquirido gran pericia en su manejo. Podía calcular, sin riesgo a equivocarse, cuánto debía variar las coordenadas para aparecer dentro de un edificio y, una vez allí, cuánto girarlas para avanzar más o menos metros e ir en una u otra dirección. También había aprendido que, para subir o bajar de una planta a otra, debía aparecer en las rampas o escaleras que las comunicaban, igual que hacía cuando caminaba.

Unos metros más adelante había una hermosa y señorial escalera de mármol que conducía al piso de arriba, y un cartel que indicaba que allí estaba la biblioteca. El único problema es que también había un guardia de seguridad sentado en una mesa, con la cabeza apoyada en una mano. El edificio tenía vigilancia nocturna, algo con lo que no había contado.

Por suerte, el hombre no les había visto y, además, parecía dormido. La señora Rotherwick estaba aún bajo los efectos aturdidores de la capa y seguía con los ojos cerrados, ignorando por completo el riesgo que corrían de ser descubiertos.

Charlie decidió no achantarse y seguir adelante. Sólo tenía que aparecer y desaparecer en las escaleras rápidamente para llegar hasta la planta de arriba. Si lo hacía deprisa y con sigilo, ni el guardia ni la señora Rotherwick se darían cuenta de lo que estaba sucediendo en realidad. Y si las

cosas se ponían feas, sólo tendría que usar la capa para regresar a la casa de ésta y tal vez enfrentarse a una pequeña reprimenda. Valía la pena intentarlo.

El niño ajustó las manecillas y apareció con la señora Rotherwick en el primer rellano de las escaleras. La mujer seguía mareada y mantenía los ojos cerrados. Charlie también miró al guardia y comprobó que aún dormía. Todo en orden. Luego calculó la distancia a la que estaba el segundo tramo de escaleras, que conducían a la planta superior, y ajustó las ruedecillas de su pulsera. Pero, en el preciso instante que iba a girar la manecilla, el guardia de seguridad abrió los ojos y se les quedó mirando. Su mirada bovina se llenó de auténtico terror y se puso pálido como si hubiese visto a dos fantasmas. A buen seguro, aquel pobre hombre habría considerado la posibilidad de que en el edificio entrasen intrusos, tal vez ladrones, pero nunca un niño y una mujer de cierta edad. Eso sólo ocurría en las pesadillas... en pesadillas de fantasmas.

Charlie se quedó paralizado unos instantes. Les habían descubierto y, en esas circunstancias, lo lógico era cambiar las ruedecillas para volver al salón de la señora Rotherwick. Pero entonces ella, que no se había enterado de nada, querría saber qué había pasado. Y contárselo no ayudaría en nada, porque entonces podría considerar que la capa entrañaba ciertos peligros. No, lo mejor era ofrecer sólo el lado amable de la capa, totalmente exento de cualquier amenaza.

Además, no sabía por qué, pero aquel hombre no le causaba demasiado respeto. El uniforme no conseguía neutralizar la expresión bobalicona de su cara que, mezclada con el miedo, resultaba realmente cómica. Al contemplarlo, Charlie se envalentonó un poco más y dejó escapar una mueca burlona. Luego se aseguró de poner la sonrisa más macabra que pudo, levantó la mano para despedirse del asustado hombrecillo y giró la manecilla de la pulsera para subir con la señora Rotherwick a la planta de arriba.

• • •

Robert, el guardia de seguridad, necesitó varios minutos para reponerse del susto antes de usar la radio.

–¿Alfa 2? Aquí Alfa 1. Responda, Alfa 2.

Alfred Sullivan, el guardia que estaba en la planta de arriba, contestó con fastidio. En más de veinte años de profesión, nunca le habían tocado unos compañeros tan nefastos. Uno era un juerguista impenitente, que faltaba al trabajo cuando le daba la gana. El otro, un bobo de remate que creía que ser un guardia de seguridad era lo más parecido a ser agente de los servicios secretos de Su Real Majestad.

–¿Qué quieres, Robert? –preguntó asegurándose de dejar patente su malestar.

Al otro lado, Robert no supo qué contestar. Si le mencionaba algo sobre fantasmas al viejo Alfred, todos los compañeros se burlarían de él sin piedad. Siempre que podían, lo hacían, y casi siempre sin motivo. Y si ahora él se lo servía en bandeja, no habría una sola persona en toda la empresa que dejara pasar la ocasión de reírse a su costa.

–Me ha parecido oír algo –dijo al fin–. Posibles intrusos en el edificio, mantente alerta.

–Este edificio tiene más de ciento cincuenta años, Robert. En gran medida está hecho de

madera, y la madera cruje. ¿Cómo no vas a oír algo? –contestó el veterano guardia de seguridad–. No vuelvas a molestarme con tus tonterías.

• • •

Charlie miró las cuatro paredes de la habitación en la que acababan de aparecer y vio que había estanterías con libros. Aquella era la tercera sala que visitaban en su breve pero accidentado periplo por las dependencias del Club Athenaeum.

Tras dar esquinazo al guardia de seguridad, habían llegado a la planta de arriba e, inmediatamente después, saltaron a otra habitación que parecía un salón de tertulias con cómodos sofás de cuero para los socios del club. Todas las estancias estaban iluminadas con la tenue luz de los pilotos de emergencia y alguna que otra lámpara desperdigada que había quedado encendida. Las salas eran muy grandes y tenían un aspecto señorial. Desde el salón de tertulias pasaron a una habitación llena de mesas y grandes cortinas que adornaban unos ventanales enormes. Luego aparecieron en lo que debía ser el restaurante y por fin, justo cuando la señora Rotherwick empezaba a tambalearse, llegaron a una gran sala con más sillones de cuero y algunas estanterías con libros, aunque no tantos como para que aquella fuese una de las mejores bibliotecas de Londres.

La señora Rotherwick abrió un ojo y casi a tientas consiguió sentarse en uno de los sillones.

–¡Oh, Dios Santo! –dijo lastimosamente, mientras tapaba su cara con las dos manos–. ¿Qué ha pasado?

–No se preocupe, al principio uno se marea un poco, pero luego te vas acostumbrando. Yo casi ya no siento nada.

La mujer dio un hondo suspiro y luego se destapó la cara. Aquello era imposible, no podía creer lo que sus ojos estaban viendo.

–¡El Athenaeum! –exclamó con incredulidad–. ¡Hemos entrado! ¿Ccc...Cómo lo has hecho?

Charlie la sonrió sin decir nada y ella recordó que no debía seguir preguntando si no quería levantar sospechas. Ignoraba cuánto debía saber sobre todo aquello y, si formulaba una pregunta equivocada, el niño se daría cuenta de que todo había sido una farsa, un enorme malentendido. Lo mejor era seguirle la corriente y observar todo cuanto ocurría.

Por el momento, lo que sucedía era realmente fantástico, por no decir increíble. El niño la había llevado al mismísimo Club Athenaeum, pero no a las puertas del edificio, sino al interior de una de sus salas de lectura. Y aparentemente lo había hecho con la única ayuda de una capa de terciopelo. Una capa con poderes para transportar personas de un sitio a otro y hacer otras muchas cosas, ya que durante la cena Charlie había hablado de la visita a una de las hijas de Nefertiti.

–Es una sensación increíble, aunque no supuse que me iba a marear tanto –añadió la mujer intentando disimular.

–Enseguida se le pasará. Bien, empecemos a buscar –dijo Charlie, mientras sacaba el papel con la traducción de los versos.

La señora Rotherwick movió la cabeza afirmativamente. Debían centrarse en encontrar la anilla que el niño había mencionado y que parecía estar relacionada con la capa y el profesor Conwell. Así podría reunir un poco más de información sobre todo aquel asunto.

–De acuerdo –dijo la mujer.

–Aquí habla de quince peldaños –comentó el niño en alusión a los versos–. Supongo que se refiere a la escalera que hay en la entrada y hay que subir para venir a la biblioteca. Aunque a mí me parecía que tenía muchos más escalones.

–Ésta no es la biblioteca, querido. Es una de las cuatro salas que la complementan. Están todas comunicadas, así que creo que debe ser por ahí –dijo la señora Rotherwick, a la vez que señalaba una puerta al fondo de la enorme sala.

Charlie sacó la linterna de uno de los bolsillos y juntos caminaron hasta ella.

–Helen, si usted no es socia, ¿cómo es que conoce este sitio tan bien?

–El Athenaeum se puede visitar y vine a verlo varias veces. Además, tengo un libro sobre los clubs más prestigiosos de Londres y, por supuesto, habla ampliamente sobre éste.

Al llegar a la puerta, la mujer intentó abrirla, pero estaba bloqueada.

–Vaya, creo que está cerrada con llave –dijo.

–Me temo que tendremos que volver usar la capa –respondió Charlie–. Pero son unos metros de nada, ya verá cómo esta vez no nota nada.

• • •

El viejo Alfred Sullivan continuaba sentado en la mesa que había al fondo del pasillo, en la planta superior del Athenaeum. Tras la interrupción del zoquete de su compañero consiguió leer la sección de Economía sin novedad. El hombre desplegó con cuidado su enorme periódico y pasó la página para doblarla con mimo, procurando que todas las esquinas quedasen juntas y el ejemplar mantuviese un aspecto pulcro y ordenado a pesar de su enorme tamaño.

Casi cuando había completado la operación y se disponía a dar cuenta de la sección de Sociedad, algo volvió a interrumpirle. Y esta vez no era el bobo de Robert.

El viejo Alfred se puso de pie y agudizó el oído. Oía voces, y parecían ser de una mujer y de un niño. Tal vez fueran de un aparato de radio que hubiese traído Robert, a pesar de que estaban prohibidos. Pero curiosamente las voces no provenían de la planta de abajo, donde su compañero realizaba la guardia, sino de la Drawing Room, que estaba en el primer piso, a unos metros de su mesa.

Alfred cogió la radio para confirmar la posición de su compañero.

–¿Dónde diablos estás, Robert? –preguntó con sequedad.

Al escuchar la pregunta, Robert supo que Alfred también se había topado con ellos.

–E...e... en mi sitio, aquí abajo –respondió tragando saliva.

–¿Has encendido algún transistor?

–No, Alfred, aquí no tengo ninguno. Según el punto 7.2 del Reglamento Interno, están totalmente prohibidos.

El viejo Alfred escuchó la respuesta con fastidio mientras se dirigía a la sala de la que provenían las voces. La puerta estaba cerrada con llave y, antes de abrirla, pegó la oreja para comprobar si aún las escuchaba o si todo eran imaginaciones suyas. En ese momento, un tembloroso Robert llegó hasta él. Alfred sabía que su compañero no tenía madera de vigilante nocturno, pero ahora estaba pálido y asustado como nunca antes lo había visto.

–¿Qué diablos pasa, Robert?

–Tú también los has visto.

El guardia no respondió.

–A la mujer y al niño. Los has visto –afirmó Robert, atropelladamente.

–No, pero los he oído, están ahí dentro –contestó el viejo Alfred, al tiempo que buscaba la llave para abrir la puerta.

–Ten cuidado, Alfred. Son..., no son... Estaban en la escalera y ¡puf!, de pronto desaparecieron.

–¿Qué diablos intentas decirme, muchacho?

El hombre metió la llave en la cerradura, contrariado y algo nervioso por aquel comentario. Luego abrió la puerta despacio, asomando la cabeza por el hueco. Robert sentía que su corazón latía a toda velocidad y, sin darse cuenta, se agarró con fuerza al brazo de su compañero antes de dar un paso.

–Pero, ¿qué demonios estás haciendo? –le regañó el viejo Alfred, tirando del brazo para librarse de él.

Robert le soltó, avergonzado, y los dos entraron juntos en la estancia.

• • •

Charlie dirigió la linterna hacia las paredes de la sala para verla con mayor claridad. Aquello sí era una biblioteca, la biblioteca más hermosa que había visto jamás. Todas las paredes estaban recubiertas por altísimas y estilizadas estanterías de madera de, por lo menos, doce o trece metros de altura. El techo estaba adornado con unas elegantes molduras de escayola y del centro pendía una lámpara redonda de formas clásicas. En un lateral, unas escaleras conducían a una plataforma de metal y madera que había adosada a los estantes que, lejos de afearla, otorgaba un aire mágico a la estancia e invitaba a recorrerla. Dos enormes sillones de piel descansaban junto a una chimenea de mármol y otras tantas mesas de lectura, engalanadas con bustos de miembros ilustres del club, se repartían por toda la sala. Aquella era una biblioteca especial, distinta a todas las que conocía; tenía alma.

Charlie estaba impresionado y se prometió en silencio que, cuando fuese mayor, se haría socio

del Athenaeum.

La señora Rotherwick le miró con sonrisa cómplice.

–Es magnífica, ¿verdad?

El niño respondió moviendo la cabeza afirmativamente. Luego recordó lo que les había llevado hasta allí y al guardia de seguridad que estaba en la planta de abajo. Tenían que darse prisa en encontrar la anilla y marcharse cuanto antes.

–¿Cree que los escalones que menciona el verso se refieren a esa escalera? –preguntó.

–Tal vez, querido. Déjame hacer sólo una comprobación –respondió la señora Rotherwick, al tiempo que le cogía la linterna de las manos.

En vez de dirigirse a las escaleras, la mujer se acercó a un enorme mueble que había a un lado de la estancia y que tenía innumerables cajoncitos con letreros en el frontal. La señora Rotherwick paseó la luz de la linterna por los cajones de la fila más alta y se detuvo en el que tenía un cartel con el texto *"Dav–Drew"*. Luego lo abrió y rebuscó entre las fichas que había guardadas, pasándolas con los dedos a una velocidad increíble.

–Aquí está –dijo al sacar una de ellas–. *"Oliver Twist"*, de Charles Dickens. Estantería 25.

–¿Cómo lo sabe? –preguntó Charlie.

–*"Oliver Twist"* relata la historia de un pobre niño que sufrió grandes calamidades, entre ellas la de tener que robar para un hombre malvado. Afortunadamente, tiene un final feliz. Es una obra maestra de la literatura inglesa, escrita por el gran Charles Dickens.

–Uno de los cuarenta ladrones. La historia del ladrón con alma pura que uno de los cuarenta escribió con maestría –añadió Charlie en alusión a los versos del profesor.

La señora Rotherwick asintió complacida, sin duda Charlie era un niño muy listo. Después se acercó hasta los estantes de la planta baja e iluminó una pequeña chapa blanca con un número que estaba situada en la parte superior.

–Aquí están las estanterías con los números más bajos, la 25 tiene que estar por ahí arriba.

La mujer comenzó a subir las escaleras y Charlie se dispuso a seguirla. Pero de pronto, sin decir nada, se dio la vuelta y fue hacia la puerta.

• • •

Robert y Alfred avanzaron muy despacio por la enorme y alargada habitación. Aparentemente estaba vacía, total y absolutamente vacía. Los hombres la recorrieron de un extremo a otro, revisando los rincones y los espacios que quedaban entre los muebles.

Según caminaba, el viejo Alfred se sentía más y más estúpido. Se estaba sugestionando con aquella absurda historia con ayuda del más bobo de todos los guardias de seguridad que había conocido en cuarenta largos años de profesión. Era cierto que él había oído voces, voces de un niño y una mujer, pero el zoquete de su compañero aseguró haberlos visto y que eran auténticos fantasmas. Y lo peor era que Robert no sabía permanecer callado; tarde o temprano se lo contaría

a los demás compañeros, les diría que él y Alfred habían recorrido el club en busca de dos almas en pena, y encima lo haría como si fuera el mismísimo agente Mulder de Expediente X. Las mofas durarían años, tendría que soportarlas hasta que se jubilara.

–¡Aquí no hay nadie, maldita sea! –dijo refunfuñando–. ¡Todo esto no son más que bobadas!

–Pero, Alfred, tú mismo dijiste que...

–¡Bobadas! ¡Adelantaremos la ronda de las doce y Santas Pascuas! Vuelve a tu puesto y recorre la planta de abajo. Y ni una palabra de fantasmas, ¡a nadie!

Robert se quedó mirando al vacío, sin decir nada, lo que hubiera contentado al viejo Alfred si no fuera porque el gesto de su compañero parecía más atolondrado que nunca.

–Alfred –dijo Robert–. Hay luces en la biblioteca.

El viejo Alfred se dio la vuelta como un rayo y clavó la mirada en la puerta del fondo, de doble hoja y con cristales a media altura, que dejaban ver el interior de la estancia contigua. En efecto, una luz, posiblemente de una linterna, se movía dentro de la biblioteca. Ahora no cabía la menor duda: dentro había alguien, ya fuese de este mundo o del más allá.

• • •

Charlie se agachó junto a la puerta y se asomó con cuidado. Había oído algo al otro lado, la voz de un hombre hablando bastante alterado. También vio un haz de luz moverse de forma desordenada, apuntando hacia los cristales de la puerta de entrada de la biblioteca.

Por fortuna, la señora Rotherwick estaba inmersa en la aventura de encontrar la anilla y, a juzgar por la expresión de su cara, se lo estaba pasando pipa. Aquella noche parecía haber rejuvenecido veinte años. Los ojos le brillaban radiantes y no dejaba de sonreír en ningún momento. Ya había subido el primer tramo de las escaleras y casi estaba terminando el segundo. Era fantástico verla, pero realmente aterrador oírla contar los escalones en voz alta, queriendo confirmar a Charlie que los versos se referían a la escalera de la biblioteca y no a la de entrada al club, como si aquello importase en ese momento.

–Veintitrés, veinticuatro y veinticinco. ¡Es aquí! –exclamó la mujer–. ¡Ahora hay que encontrar el libro!

Charlie sonrió con desgana. Luego, con sumo cuidado, fue levantando la cabeza muy despacio para ver qué ocurría al otro lado de la puerta. Horrorizado, vio al guardia al que había asustado hacía un rato, con la misma mirada de pasmado, pero acompañado de otro hombre de mayor edad que parecía bastante más listo. El hombre mayor parecía muy enfadado y no dejaba de regañar al pasmado. Charlie no entendía lo que decía, aunque por suerte el hombre gesticulaba mucho e hizo ademán de que debían marcharse. El niño suspiró aliviado. Estaba demasiado lejos de la señora Rotherwick para poder marcharse a toda prisa si esos dos entraban, y con la capa no podría llegar hasta ella, pues la escalera era tan estrecha que sería imposible atinar la posición exacta.

De nuevo se asomó para cerciorarse de que los dos hombres se iban. Pero algo parecía haber cambiado: ambos miraban hacia la puerta fijamente y hablaban entre sí. Luego comenzaron a

caminar muy despacio en dirección a la biblioteca.

Charlie dio un respingo y se giró para comprobar los progresos de la señora Rotherwick. La mujer había llegado hasta la estantería 25, había localizado el volumen de *"Oliver Twist"* y lo sostenía entre sus manos para revisar las hojas interiores. No estaba nada mal para ser una principiante. No obstante, aún le quedaba la parte más difícil, la de dar con el escondrijo exacto de la anilla; una operación que podía durar un instante o un buen rato, dependiendo de la suerte y lo inspirado que uno estuviera.

Al otro lado, los guardas avanzaban hacia la puerta con paso firme pero lento. Agazapado, el niño estudió sus rostros. Estaban asustados, aunque cada uno lo demostraba a su manera. El más joven era casi presa del pánico y el viejo parecía hacer un gran esfuerzo por controlar el miedo, como si pensase que el deber siempre tenía que quedar por encima de los sentimientos. El niño les miró preocupado, consciente de que no tenían mucho tiempo. Había que dar el todo por el todo y hacerlo con rapidez.

Corriendo, se separó de la puerta y se dirigió a los pies de la estantería en la que estaba la señora Rotherwick.

–¿Ha encontrado algo? –preguntó susurrando.

–Todavía no –dijo la mujer, que intuitivamente respondió entre susurros.

–Busque un sobre oculto en algún escondite que pueda resistir el paso del tiempo, algo parecido a una trampilla secreta, igual que en las películas de espías –explicó Charlie–. Recuerde que el profesor era muy astuto y sabía lo que hacía.

–Eso puedes jurarlo.

–Yo necesito ir al baño, pero vuelvo ahora mismo.

–En ese caso te acompaño, querido.

–Créame Helen, hay cosas que debe hacer uno solo –contestó Charlie antes de darse la vuelta.

La mujer sonrió al oír la contestación del niño y luego siguió buscando el escondite que éste había descrito. Entretanto, Charlie volvió a hurtadillas junto a la puerta, giró las anillas de su pulsera y desapareció.

• • •

El viejo Alfred apartó de un manotazo a su compañero mientras sacaba las llaves de su bolsillo.

–¡Quítate, hombre! ¿No ves que está cerrada con llave?

Luego metió la llave en la cerradura y la giró un par de veces. Justo cuando su mano iba a bajar la manilla para abrir la puerta, escuchó una voz detrás de ellos que a punto estuvo de provocarle una parada cardíaca.

–¡Buenas noches!

Los dos guardias se dieron la vuelta de inmediato. A unos metros de ellos vieron el rostro delgado de un niño de unos once años de edad. Estaba totalmente cubierto por una capa, tan negra, que se confundía con la oscuridad de la estancia y creaba la ilusión de que la cabeza flotaba en el aire, sin un cuerpo que la sostuviera. La visión era tan aterradora que ninguno de los dos hombres supo qué contestar. Entonces el niño desapareció delante de sus narices para aparecer en otro punto de la habitación.

Robert ahogó un grito de terror.

–¿¿¿Lo ves???– increpó a su compañero– ¡¡¡Te dije que eran fantasmas!!!

Charlie hizo un esfuerzo por mantener serio su semblante: aquel guardia bobalicón le había dado la clave para manejar la situación.

–Oigan, ¿aquí están ustedes solos o hay más gente?

Los dos hombres tragaron saliva, incapaces de contestar. Entonces el niño desapareció delante de sus narices para volver a aparecer en otro punto de la habitación.

El viejo Alfred le miró sin contestar, temiendo que le daría un ataque al corazón. Estaba demasiado mayor para enfrentarse a fantasmas y salir airoso del encuentro

–¿Más gente? –preguntó Robert.

–Sí, más gente además de ustedes.

–¿Por qué quieres saberlo? –dijo Alfred, temeroso de que la pregunta fuera una estratagema para saber si había efectivos suficientes capaces de evitar aquello que los fantasmas se propusieran hacer.

–Es un detalle importante para un fantasma –respondió el niño tras aparecer en otro punto de la sala–. No se lo tomen a mal. Este sitio es muy bonito pero, si no hay gente a la que asustar, resulta muy aburrido. No sé si nos quedaremos.

Aunque para entonces era evidente, el hecho de que el niño reconociera que era un fantasma aterrorizó un poco más a los dos hombres.

–¿Si os quedaréis? –preguntó Alfred.

–Mi abuela y yo. Ella es un fantasma de biblioteca y está muy contenta porque dice que ésta es muy bonita.

Los guardias asintieron mientras el niño volvía a desaparecer y a aparecer en otro extremo del salón.

–Pero a mí no me gusta leer, así que, si no hay nadie a quien asustar, me aburro.

–Pues por las noches esto está muy tranquilo, ¿verdad Alfred?

–Y también durante el día, es un club con muy pocos socios –respondió el guardia–. Está muy viejo y es muy caro.

–¡Vaya, hombre! –dijo Charlie, intentando aparentar decepción y que no se le notara lo mucho

que se estaba divirtiendo con todo aquello.

–Yo creo que es mejor que vayáis al Reform Club –sugirió el viejo Alfred–. Tiene muchos más socios y la biblioteca es mucho mejor que ésta.

–Y no hace tanto frío por las noches y el restaurante es excelente –añadió Robert para aportar alguna otra razón de peso.

–¡Cállate, Robert! Los fantasmas no tienen frío ni hambre –le regañó su compañero.

–¿Y tú cómo lo sabes?

–Pues porque están, están... –Alfred evitó terminar la frase para no ofender al niño, mientras con muecas daba a entender que los fantasmas estaban muertos. Pero, al ver que su compañero le miraba con cara de besugo, trató de zanjar el asunto–. ¡Pues porque no!

–¿Y saben si queda muy lejos? –preguntó el niño.

–¡Qué va! Está aquí al lado, en el 104 –respondió Alfred–. Además cierra más tarde que nosotros, así que por las noches hay mucha más gente que en este club.

–Sí, a estas horas aquí sólo quedamos nosotros, y no es que no nos deis miedo, pero enseguida nos acostumbraríamos a vosotros, así que...–dijo Robert, que no pudo terminar la frase al recibir un fuerte codazo del viejo Alfred, justo en el vientre.

–Oh, sí, entiendo –dijo el niño–. Entonces voy a avisar a mi abuela antes de que le coja el gusto a esta biblioteca. Tiene por costumbre quedarse hasta que se ha leído todos los libros.

El niño comenzó a caminar hacia la puerta de entrada y los dos hombres se apartaron temerosos, abriéndole paso hasta ella. Pero entonces el niño se detuvo de golpe, sin llegar a tocarla siquiera.

–Muchas gracias, han sido ustedes muy amables –dijo.

Y luego se esfumó.

Los hombres se acercaron instintivamente a la puerta de la biblioteca, aunque no se atrevieron a abrirla. Con la cara pegada al cristal, le vieron caminar por la sala contigua y subir las escaleras hasta donde estaba el fantasma de su abuela.

–¿Lo ha encontrado? –preguntó Charlie entre susurros para que los guardias no pudieran oírle.

–Oh, sí ya lo tengo –contestó ella, totalmente ajena a lo que estaba sucediendo, mientras le mostraba un sobre con un reloj de arena grabado en el dorso–. Te estaba esperando mientras hojeaba algunos libros. Aquí hay verdaderas reliquias, primeras ediciones de obras maestras... un verdadero tesoro.

–No le importará si nos vamos, ¿verdad? Es que tengo un poco de sueño... –dijo Charlie, asegurándose de que su cuerpo tapaba la vista de la puerta.

–Claro, querido. Es muy tarde –respondió la mujer–. Me he entretenido y no me he dado cuenta de ir a buscarte.

Charlie sonrió para disculparla. Luego se abrazó a ella y los dos desaparecieron juntos, para regresar al salón de la señora Rotherwick.

Al otro lado de la puerta, Robert y el viejo Alfred suspiraron aliviados al verlos marchar. El Reform Club ya tenía sus propios fantasmas.

• • •

Charlie abrió el sobre que contenía la tercera anilla, mientras la señora Rotherwick se recuperaba de los efectos del viaje en su cómodo sofá.

–*"Indumentum anulus"* –dijo el niño, ojeando un cuadernillo de instrucciones que había junto a la anilla.

–La anilla de la indumentaria –tradujo la señora Rotherwick, aún aturdida.

–Casi todo lo que pone está en latín, igual que los demás.

–¿Los demás?

–Sí, los cuadernillos que venían con cada anilla. No sabemos muy bien lo que dicen.

–Tal vez os pueda ayudar a traducirlos –se ofreció la señora Rotherwick, pues verlos le ayudaría a comprender cómo funcionaba la capa.

–Eso sería estupendo –respondió Charlie entre bostezos, a quien parecía haberle entrado sueño de repente.

La señora Rotherwick miró su reloj y se ruborizó al ver lo tarde que era.

–¡Dios Santo, querido! Tú vete a la cama y déjame el cuadernillo para traducirlo. Mañana te cuento lo que dice.

–¿Usted no se acuesta?

–Enseguida, antes voy a tomarme una infusión. Deja también la capa y la pulsera, tal vez los necesite –añadió la señora Rotherwick con aire desinteresado.

Ahora que sabía el enorme poder que tenía aquella capa y que Charlie podía ir donde deseara con ella, quería impedirlo; al menos mientras el niño fuese responsabilidad suya.

–Le dejo todo menos la pulsera, Lisa me hizo jurar que no se la daría a nadie –contestó confiado el niño–. Pero no se preocupe, en el cuadernillo hay un dibujo que explica cómo funciona.

La mujer asintió. Tenía la capa, que parecía la pieza fundamental para poder trasladarse de un sitio a otro; y eso era suficiente, al menos por esa noche.

Charlie se despidió y se marchó a su cuarto dando grandes bostezos. Al verlo alejarse, la mujer no pudo evitar sentirse culpable. Sabía lo que tenía que hacer, pero el niño aún era demasiado pequeño para poder comprenderlo; confiaba totalmente en ella y por eso sentiría que todo había sido una enorme traición. Tendría que transcurrir mucho tiempo antes de que pudiera perdonarla; tanto, que seguramente nunca volvería a disfrutar de la amistad de aquel encantador

muchacho.

–Que descanses, querido –le dijo apenada.

Luego se dirigió a la cocina para prepararse una infusión.

Absorta en sus pensamientos, puso a calentar una tetera con agua y preparó una taza con un sobrecito de tila. Acto seguido, cogió cuatro cajas de medicinas de un cajón, que dejó abierto, extrayendo una pastilla de cada una de ellas. Una a una, fue colocando las píldoras de colores junto a la taza sin volver a guardar las cajas en el cajón, que quedaron desperdigadas sobre la mesa.

La mujer realizaba cada movimiento de forma mecánica, mientras intentaba rememorar todo cuanto Charlie le había contado aquella noche. Sabía que cada palabra, cada detalle era importante para comprender aquel magnífico enigma, para entender en qué consistían exactamente los poderes de la capa y cómo los habrían utilizado Charlie y Lisa. Sumida en sus cavilaciones, no escuchó al niño entrar en la cocina. Tan sólo su voz detrás de ella.

–Tiene que guardarlo aquí, con los otros, no sea que se estropee –dijo Charlie, mientras le entregaba el Libro del Tiempo.

Al escucharle, la señora Rotherwick se sobresaltó y volvió inmediatamente a la realidad. No quería que él viera sus medicinas, de hecho había esperado a que él se acostara para tomárselas. Como si leyera sus pensamientos, el niño reparó en todas aquellas cajas y en los blisters con las pastillitas de colores que habían quedado diseminados por la mesa.

–¿Qué le pasa? ¿Está enferma? –preguntó con curiosidad, aunque sin darle a aquello demasiada importancia.

–No..., no me pasa nada –respondió la señora Rotherwick, titubeante y visiblemente incómoda por la situación.

–Pues toma muchas medicinas para no estar enferma –añadió el niño, mirándolas con más detenimiento.

En ese instante, la señora Rotherwick barrió las cajas con la mano y las hizo caer sobre el cajón, que cerró inmediatamente empujándolo con la rodilla. Luego se apoyó en la encimera, ocultando con su cuerpo la taza y las pastillas que había dejado junto a éstas.

–¡He dicho que no me pasa nada! –sentenció con brusquedad.

A Charlie le pareció que esa era una reacción demasiado tajante para que no pasase nada, y tuvo que morderse la lengua para no hacer esa observación en voz alta. Estaba claro que la señora Rotherwick no se lo contaría aunque se lo preguntara, y que aquello le incomodaba más de la cuenta. De hecho, era la primera vez que la veía perder la compostura.

Todo aquello resultaba realmente intrigante y merecía una investigación detallada para averiguar el motivo de tanto secretismo. Ya encontraría el momento para indagar para qué servían todos aquellos medicamentos. Entretanto, y para evitar que ella adivinase sus intenciones, disimuló sonriendo y dando un pequeño bostezo.

–Aquí están todos los cuadernillos, guarde dentro el que hemos encontrado –dijo–. Si le parece bien, mañana me cuenta lo que ponen.

–Desde luego, querido –respondió la señora Rotherwick, mientras intentaba tranquilizarse.

Entonces, Charlie se acercó a ella y se puso de puntillas para besar su mejilla.

–Muchas gracias, Helen. Mi madre se queda corta cuando dice que es usted un verdadero encanto.

Luego se dio la vuelta y se fue derecho a la cama.

La señora Rotherwick se quedó en la cocina, inmóvil, sosteniendo el libro que el niño le había entregado y sintiéndose absolutamente miserable por traicionar su confianza.

Mientras, detrás de ella, la tetera silbaba insistentemente para que una mano caritativa la retirase del fuego.

• • •

La señora Rotherwick estaba aparcando el coche delante de la escuela de Charlie cuando su móvil comenzó a sonar.

–Buenos días, Marcus –saludó la mujer nada más descolgar.

–Hola, Helen –respondió una voz preocupada–. ¿Has dejado ya a Charlie en la escuela?

–Todavía no, querido, estaba aparcando el coche.

–¡Gracias a Dios! Ven con él de inmediato al hospital, entra por la puerta de urgencias y pregunta por el doctor Price. Os estaremos esperando.

–¿Qué ocurre, querido?

–Os lo contaré en cuanto hayáis llegado. Y por el amor de Dios, venid derechos al hospital, sin entreteneros ni hacer ninguna parada.

• • •

Al llegar al hospital, Charlie y la señora Rotherwick fueron recibidos por el doctor Price y Marcus, que les pasaron inmediatamente a una sala. Los dos tenían el gesto serio, hasta el punto de que Charlie no recordaba haber visto así a su padre con anterioridad. Ni él ni la señora Rotherwick se atrevieron a preguntar qué ocurría ni qué le pasaba a Lisa, sino que esperaron pacientemente a que ellos se decidieran a contárselo.

Marcus carraspeó antes de comenzar a hablar, como si necesitara liberar la tensión acumulada en su garganta.

–Charlie, Lisa está enferma... No es nada serio, pero podía haber sido algo realmente grave. Por suerte, hemos detectado la enfermedad a tiempo, antes de que se desarrollara, así que se recuperará enseguida.

Marcus hizo una breve pausa.

–Esa enfermedad la transmiten las pulgas, las pulgas de las ratas.

La señora Rotherwick abrió mucho los ojos, aunque no dijo nada. Sólo había unas pocas enfermedades a las que Marcus se pudiese estar refiriendo y todas ellas eran graves. Si había algún resquicio de duda en su interior, éste había desaparecido de golpe al escuchar la noticia.

–Lisa nos ha dicho que encontrasteis un gato callejero cerca del Museo –continuó Marcus–, y que lo estuvo acariciando; pero que no está segura de si tú también lo hiciste.

Marcus, el doctor y la señora Rotherwick miraron al niño, esperando oír una respuesta. Pero Charlie estaba tan confuso por lo que debía o no decir, que ni siquiera se dio cuenta de que aquello era una pregunta.

–Charlie, ¿has tocado tú ese gato? –insistió su padre.

El niño se quedó callado. Los únicos animales a los que su hermana y él se habían acercado, eran los caballos con los que huyeron de Amarna, pero ni siquiera estaba seguro de si los caballos podían tener pulgas.

–¿Cómo se llama la enfermedad que tiene Lisa? –preguntó, mientras pensaba la respuesta que debía dar.

–Peste bubónica –respondió el doctor Price–. La causa una bacteria, la *Yersinia pestis*, que es trasmitida por las pulgas de las ratas. Suele darse en climas cálidos y húmedos, por lo que su presencia en Londres es extremadamente rara y más aún en esta estación del año. También lo es que el trasmisor haya sido un gato, pero tal vez haya estado en contacto con alguna rata infectada. Por eso es importante saber si tú también lo tocaste.

–No, yo no lo toqué. Es más, le dije a Lisa que no se le ocurriera acariciarlo porque tenía pinta de estar enfermo –mintió Charlie.

–Los gatos no tienen la peste –dijo su padre–. Como mucho pueden ser los portadores de las pulgas, que son las que transmiten la enfermedad.

–Pues tendría la rabia, pero a ese gato le pasaba algo –insistió el niño.

–Afortunadamente, la enfermedad está en una fase muy inicial, en la que no es posible el contagio de persona a persona, pues la bacteria no le ha llegado a los pulmones –explicó en doctor Price–. No obstante, como tú estabas con ella cuando tocó al gato, debemos hacerte la prueba a ti también. Tranquilo, ya tendrías que tener algunos de los síntomas si te hubieras contagiado.

Charlie asintió con la cabeza, como si diera permiso al médico, que pulsó un botón para avisar a la enfermera. Ésta apareció unos minutos más tarde portando una bandejita en la que había una inyección, una goma elástica y unos tubitos de ensayo. La mujer ató la goma al brazo del niño sin decir nada, después le clavó la aguja y le extrajo muchísima más sangre de la que a Charlie le pareció razonable.

• • •

Pasado un tiempo, que a Charlie se le hizo interminable, el doctor Price regresó con los resultados.

–Tal y como suponíamos, estás limpio jovencito –le dijo al niño sacudiéndole el flequillo, que siempre parecía atraer la mano de los adultos cuando querían celebrar una buena noticia.

Después, el doctor se marchó a atender a otros pacientes.

–Bueno –dijo Marcus–, os acompañaré a la salida.

Los tres salieron de la sala y se dirigieron hacia el ascensor. La señora Rotherwick observó a Marcus caminar a paso lento, con la espalda ligeramente curvada y luciendo una incipiente barba.

–¿Por qué no te vas a casa a tomar una ducha y descansar un rato, querido? – le preguntó la mujer.

–Tengo que quedarme con Lisa.

–No te preocupes, yo puedo quedarme aquí hasta que regreses. Vamos, vete; si ocurre algo, te avisaré.

–Así podemos visitarla –añadió Charlie–. El médico ha dicho que su enfermedad no es contagiosa.

–Por suerte la hemos cogido a tiempo, y no lo es –contestó Marcus–. Pero no la atosigues, está un poco cansada.

–Márchate entonces –insistió la señora Rotherwick–. Yo cuidaré de los chicos hasta que regreses.

Marcus se quedó pensativo unos instantes. Debía volver a pasar la noche en el hospital, junto a Lisa, así que le vendría muy bien poder asearse y cambiarse de ropa. Todavía no le había contado nada a Maggie, a la espera de confirmar si Charlie estaba o no enfermo, pero ahora debía llamarla e informarle de lo que estaba ocurriendo. Además, debía contactar con la señora Davis para pedirle que cuidase de del niño hasta que Maggie regresara... Todo estaba sucediendo muy deprisa y Marcus sintió que la situación se le escapaba de las manos.

–Y no te preocupes por Charlie –añadió la señora Rotherwick, como si le hubiera leído el pensamiento–. Puede quedarse en mi casa todo el tiempo que haga falta. Es un gran muchacho y estoy disfrutando mucho con su compañía.

Marcus dio un breve suspiro.

–Te lo agradezco de corazón, Helen. No supones la gran ayuda que me estás prestando.

La mujer le respondió con una dulce sonrisa.

–No es nada, querido.

–No tardaré –dijo Marcus, casi disculpándose.

Luego se despidió, dándole un beso a Charlie.

–Me alegro de que no tocases aquel gato –le dijo.

Antes de marcharse, miró a la señora Rotherwick para pedirle un último favor.

–Maggie aún no sabe nada. La llamaré en cuanto haya llegado a casa y me haya despejado un poco.

La señora Rotherwick entendió el significado de aquellas palabras.

–Descuida, si hablo con ella, no le diré nada.

• • •

La habitación de Lisa era luminosa y bastante amplia, aunque a Charlie le pareció que tenía la calefacción demasiado alta. Al entrar vio a la muchacha recostada en la cama, devorando unas cuantas revistas para adolescentes que su padre le había comprado.

–¡Hola! –saludó Lisa al ver su hermano, para cambiar inmediatamente a una entonación mucho más formal cuando reparó que estaba acompañado–. ¿Cómo está, señora Rotherwick?

–¿Cómo te encuentras, querida? –preguntó ella con amabilidad.

–Bien. Anoche me empezaron a dar antibióticos, así que hoy me encuentro mejor.

–¿Anoche ya sabían lo de la peste? –preguntó Charlie.

–No, hasta esta mañana no lo han averiguado, pero lo hicieron de forma preventiva, porque en cuanto vieron los análisis supieron que tenía algún tipo de infección –explicó su hermana–. ¿Y cómo estás tú?

–Yo estoy bien. No tengo nada porque yo no toqué al bicho ese –dijo Charlie en alusión a la falsa historia que había contado Lisa para encubrir su estancia en Amarna.

A pesar de que el niño había hablado sobre ello con la señora Rotherwick la noche anterior, creía que lo mejor era secundar la versión de su hermana para mantener una imagen lo más inocente y segura posible de la capa.

Por su parte, Lisa había improvisado aquella historia cuando el doctor Price le preguntó insistentemente si días atrás había estado en contacto con algún roedor o algún animal salvaje. Aunque no podía decirlo, la muchacha tenía la certeza de que se había contagiado en los calabozos de la guardia del faraón. No llegó a ver ratas, pero en todo momento tuvo la sensación de que algo se movía junto a ella en la oscuridad.

–Es una gran noticia –dijo satisfecha, al ver que su hermano había corroborado su coartada.

–Y no es la única –añadió Charlie exultante–. Hemos encontrado la *"Indumentum anulus"*, la anilla de la vestimenta.

Lisa sintió que el corazón le daba un vuelco. La noche anterior, a pesar de la fiebre y de lo enferma que se sentía, estuvo mintiendo a su padre y a aquel médico para ocultar todo lo ocurrido para que nadie supiera nada sobre sus viajes en el tiempo, sobre la existencia de la capa o sobre cualquier otra cosa que estuviera relacionada con ella. ¡Y ahora su hermano se ponía a hablar de

anillas delante de la señora Rotherwick como si tal cosa!

–Que has, ¿qué? –preguntó furiosa, intuyendo lo que su hermano había hecho la única noche que ella le había dejado solo.

–La hemos encontrado, Lisa. Helen y yo. Estaba en el Club del profesor Horatio. En la biblioteca, por supuesto –explicó Charlie bajando la voz en la última frase, como si estuviera haciendo una confidencia.

–¡Helen y tú! –dijo Lisa al ver que su hermano llamaba a la señora Rotherwick por su nombre de pila.

Estaba claro de que lo ocurrido era peor de lo que ella alcanzaba a imaginar.

–¿Qué demonios has hecho, Charlie? –preguntó enfurecida.

La señora Rotherwick supo que había llegado el momento de intervenir.

–No ha hecho nada, Lisa. En realidad...

–En realidad Helen se enteró porque tú le contaste todo a mamá –interrumpió Charlie con un claro tono de protesta–. Y claro, mamá se lo contó a ella...

–Yo no le conté nada a mamá –dijo Lisa, haciendo una breve pausa entre palabra y palabra de modo que no pudiese quedar ninguna duda–. Absolutamente nada. No sé cómo se ha enterado, pero te aseguro que no ha sido por mí.

El gesto contestatario de Charlie desapareció para ser sustituido por una expresión de absoluto asombro, mientras sus ojos se volvían hacia la señora Rotherwick para exigir una explicación. Por increíble que pareciese, el niño se había quedado sin palabras.

–¡Dios Santo! –dijo Lisa, a la vez que movía la cabeza en un claro signo de desaprobación–. Una noche, sólo he faltado una noche...

–Pero ella lo sabía, tenía el mapa de Amarna con las coordenadas, me dijo que mamá le había contado lo de nuestras investigaciones sobre Nefertiti y que estaba orgullosa –intentó defenderse Charlie–. Dígaselo, Helen.

Lisa miró a la señora Rotherwick, esperando una aclaración sobre aquel tremendo embrollo.

–Vuestra madre mencionó que estabais investigando sobre Nefertiti cuando me devolvió el libro que os presté, pero se refería a leer sobre ella y cosas por el estilo. Yo encontré el mapa dentro el libro y pensaba entregárselo a vuestra madre para que ella os lo diera. Pero, cuando Charlie vino a casa, se lo enseñé. Y hablamos sobre ello, cada uno entendiendo una cosa distinta, y una cosa llevó a la otra y al final...

–Al final acabaron los dos juntos yendo a visitar el club del profesor para buscar la anilla –les reprochó Lisa.

–Sí, algo así –dijo la señora Rotherwick, que empezaba a sentirse como una adolescente a la que su madre hubiese sorprendido regresando de una cita inapropiada.

La habitación quedó en silencio unos instantes.

–¡Asunto aclarado! –exclamó Charlie para relajar un poco el ambiente.

–No, todo no está aclarado –afirmó Lisa, mientras clavaba su mirada en la señora Rotherwick.

La muchacha intuía que la mujer no les guardaría el secreto.

–Entiéndelo, Lisa. Ellos deben saberlo –confesó la señora Rotherwick–. En vista de lo que te ha ocurrido, de lo que vi cuando Charlie me llevó al Club Athenaeum, de lo que leí en el libro que Charlie me dio anoche... Es demasiado poder para unos niños... para unos muchachos como vosotros y yo no puedo ocultárselo.

–Lo que me ha pasado no tiene nada que ver con la capa –mintió Lisa–. Fue aquel gato.

–Vamos, Lisa. Se sospecha que hubo un brote de peste en Amarna que causó la muerte a casi todos los miembros de la familia real en unos pocos años. Y los tres sabemos que estuvisteis allí, seguramente en la misma época.

–Le digo que fue el gato –respondió Lisa con firmeza–. El propio doctor Price me dijo que hay lugares en los que la enfermedad sigue activa, reservorios lo llamó él. El gato estaba en una zona muy turística, una zona a la que acuden personas de todo el mundo que podían haber traído alguna pulga...

–Sea como fuere, no puedo asumir el riesgo, querida.

–Pero ya le dije que en Amarna sólo vimos a la princesa, y le aseguro que mientras estuvimos con ella no se rascó ni una sola vez –dijo Charlie, tratando de avalar la versión de su hermana–. Es imposible que tuviese pulgas, ni siquiera piojos. Luego estuvimos en la tumba, pero estaba tan vacía que no había ni ratas. Y yo mismo le conté lo del gato al médico cuando me ha preguntado esta mañana.

–Creo que no fue exactamente así, querido –respondió la señora Rotherwick, evitando entrar en más discusiones.

Aquello le estaba resultando mucho más difícil de lo que había imaginado.

–Señora Rotherwick, nosotros sólo queremos ayudar a mi madre a encontrar la tumba de la reina, nada más –dijo Lisa con solemnidad, en un intento desesperado de convencer a la mujer–. Si usted se lo cuenta, no nos dejará seguir investigando porque para ella sería como hacer trampas y puede que incluso abandone el proyecto al enterarse. Pero usted misma nos dijo que el descubrimiento de la tumba sería un gran hallazgo, del que no sólo se beneficiaría mi madre, sino todo el Museo Británico. Dijo que sería tan importante que le ayudaría a recobrar todo su esplendor, que volvería a colocarle a la cabeza de la Arqueología a nivel mundial. Creí que el museo le importaba, que haría cuanto estuviera en su mano para que su prestigio fuera mayor; y ahora que le pedimos ayuda, nos la niega.

La señora Rotherwick escuchaba sudorosa las palabras de Lisa. La joven había encontrado su punto débil y se estaba cebando en él utilizando toda su elocuencia.

–Sabes que no puedo... –intentó justificarse.

No obstante, todo en ella mostraba que el discurso de Lisa le había hecho mella, así que Charlie decidió tomar el relevo y pasar también a la acción.

–Vamos, Helen, sólo por esta vez... Déjenos intentarlo, por la reina Nefertiti, por el museo, por la pobre Anjesenpaatón.

–Lo que me pedís es imposible –dijo la mujer con poco convencimiento.

–Defina imposible –respondió Charlie con una sonrisa pícara, creyendo que ya la tenían en el bote.

Al ver aquella expresión, la mujer se dio cuenta de que estaba a punto de ceder y, sintiéndose acorralada, decidió emprender la huida antes de que fuera demasiado tarde.

–Voy a por un refresco, ¿alguien quiere que le traiga otro?

Luego cogió su bolso y salió de la habitación a toda prisa.

• • •

Después de la ducha, Marcus se tumbó en la cama pensando cómo le contaría a Maggie lo que había pasado y en lo mucho que ella se enfadaría por no haberlo hecho antes. Su mujer apenas llevaba un día fuera de casa y su hija ya estaba ingresada en el hospital.

Marcus cerró los ojos unos instantes, imaginando cómo darle la noticia, pero el sueño le atrapó sin que apenas pudiera darse cuenta. Todavía tenía su teléfono móvil en la mano cuando sintió que vibraba y escuchó el timbre de llamada.

–¿Diga? –respondió adormilado.

–¡Hola, cariño! –saludó Maggie al otro lado.

Marcus miró la hora en el despertador de su mesilla. Ni siquiera eran las doce y media de la mañana, muy pronto para recibir una llamada de su mujer.

–Llamas temprano. ¿Va todo bien?

–Sí y no. Hay buenas y malas noticias.

–¿Qué ha pasado?

–Hemos revisado el diario de Louis Costaz, uno de los secretarios del Instituto de Egipto que Napoleón fundó en El Cairo –explicó Maggie, obviando los amplísimos conocimientos de Historia de su marido–. Pues bien, hay una parte dedicada a comentar con todo lujo de detalles la presentación que hizo Vivant Denon a los miembros del Instituto después de recorrer durante ocho meses los territorios del Alto Egipto junto a las tropas del general Desaix.

–¿Y dice algo importante en ella?

–Más que eso. Menciona que Denon regresó con varias antigüedades, entre ellas tres estatuillas y dos papiros, que compró a un comerciante local de Tebas. Según les explicó Denon,

el vendedor aseguró que eran objetos robados en una tumba de la antigua necrópolis tebana.

–¿Se los compró a un ladrón de tumbas?

–Eso parece. Y aquí viene lo mejor, dice que una estatua representaba a un hombre con la cabeza rasurada, luciendo varios brazaletes de oro y vestido con una piel de leopardo.

–¡Un sumo sacerdote! –respondió Marcus, que sabía que sólo ellos podían llevar tal atuendo.

–Las otras dos eran de un hombre con barba, que llevaba un tocado con dos largas plumas y un círculo en su base.

–¡Estatuas del dios Amón! –dijo Marcus–. ¿Y estaban todas en la misma tumba?

–Según el comerciante, sí. Y no sólo eso. También le dijo a Denon que en las paredes había pinturas en las que se representaba al hombre con piel de leopardo haciendo ofrendas al que lleva el tocado. Por desgracia, Denon no pudo ir a ver la tumba porque el general Desaix ordenó que el ejército francés abandonara la ciudad apresuradamente.

–¡Dios Santo! Entonces sólo puede tratarse de la tumba de un sumo sacerdote de Amón en Tebas –añadió Marcus–. ¿Y dice algo sobre los papiros?

–En el diario menciona que Denon los numeró con un lápiz por la parte trasera con la marca "VD 1/2" y "VD 2/2". Pero no hay ninguna otra descripción, al menos no la hemos encontrado aún. Esa es una de las malas noticias.

–¿Mala? ¡Yo no diría eso! Tenéis un documento que explica el origen de los papiros, que los relaciona con la tumba de un Sumo Sacerdote de Tebas y que, además, describe la marca que tiene el papiro que tú has encontrado.

Maggie escuchaba a su marido, intentando consolarse con sus razonamientos.

–¿Hay algún dibujo de las estatuas o se sabe qué fue de ellas? –preguntó Marcus.

–Creemos que dos de ellas, las de los sacerdotes, están en el Louvre. Parece que fueron traídas por los sabios cuando consiguieron que las tropas inglesas les dejasen quedarse con sus documentos y algunos objetos que no consideraron de gran valor. Estamos cotejando el diario con los registros de la época para confirmar que se trata de las mismas estatuas.

–¡Vamos, Maggie! ¿Es que no te das cuenta? Si puedes demostrar que esas estatuas guardan relación con los papiros y además datar su antigüedad en los tiempos de Nefertiti, podrás apoyar tu teoría.

–Sí, lo de las estatuas era una de las buenas noticias. Pero tú mismo lo has dicho, me servirían para apoyar mi teoría, no para probarla. No puedo demostrar fehacientemente que los papiros hablen de la reina Nefertiti, ni siquiera que el que hay en el Británico sea uno de los que menciona Costaz en su diario.

Marcus no supo qué decir, pues Maggie estaba en lo cierto. Con lo que tenía hasta ahora podía elaborar una teoría que daría una visión nueva sobre la reina Nefertiti. Una teoría bastante sólida y única hasta la fecha, pero jamás podría demostrarla.

–Has dicho que en el Louvre hay dos estatuas, pero que Denon compró tres –dijo, intentando hallar alguna línea de investigación que su mujer pudiera seguir–. ¿Hay alguna pista sobre la otra?

–Estamos buscando en los registros algún rastro sobre ella y sobre el segundo papiro, por si consiguieron traerlos a París. Pero aparentemente no están aquí. Parece que los eruditos sólo pudieron sacar dos estatuas y la otra se quedó en el Instituto de Egipto de El Cairo, junto con los dos papiros de Nefertiti.

–Pero, si fue así –continuó Marcus–, las tropas inglesas de Hutchinson debieron requisarlos y llevarlos a Londres. La estatua de Amón y los dos papiros deberían estar en el Británico, y sin embargo sólo habéis encontrado el primero.

–Lo sé, y esa es la última de mis malas noticias. Como aún no sabíamos de la existencia de las estatuas, nos centramos en buscar el segundo papiro. Pero te aseguro que hemos puesto los fondos del Británico patas arriba y no está allí –dijo Maggie pesarosa–. La única posibilidad es que se produzca un milagro y aparezca en el Louvre, o por lo menos algún documento que indique su paradero.

–Quizás alguien hizo una copia del papiro, como pasó con la piedra Rosetta. Tal vez aparezca en el diario... o en algún otro sitio –intentó animarla Marcus–. No seas tan pesimista. Tienes muchas pistas abiertas, ya verás cómo alguna te conduce a alguna parte.

–Cariño, tal vez encuentre la información hoy mismo, o tal vez me lleve un par de días...

–No te preocupes, quédate el tiempo que necesites –respondió Marcus, sintiéndose del todo incapaz contarle a su mujer lo que le había ocurrido a Lisa. A fin de cuentas su hija estaba bien y todo se estaba resolviendo.

–¿Os apañáis bien sin mí? –preguntó Maggie, a la que era fácil adivinar su sentimiento de culpabilidad por no regresar a casa cuando estaba previsto.

–¡Perfectamente! Aquí nos no haces ninguna falta –respondió Marcus en tono burlón–. Te estás acercando, nena. Eres una gran investigadora.

–Gracias, cariño –respondió Maggie más animada–. Voy a llamar a Helen para contarle todo. Le aseguré que sería la primera en enterarse de cualquier descubrimiento, pero necesitaba decírtelo a ti antes.

–Me alegro de que lo hayas hecho. Omite todo eso sobre malas noticias. Todo lo que me has contado es estupendo y estoy seguro de que todavía vas a encontrar algo más.

En cuanto colgó el teléfono Marcus escribió un SMS tan deprisa como pudo.

"Maggie va a llamar para dar noticias. No le cuentes nada". Luego apretó el botón de enviar, rezando para que Helen Rotherwick lo recibiera antes de que su mujer hiciera la llamada.

...

La señora Rotherwick entró en la habitación de Lisa justo antes de recibir la llamada de Maggie.

–¡Maggie, querida! –dijo mientras hacía señas para que los chicos se mantuvieran en silencio–. ¿Qué tal va todo por ahí?

Charlie y Lisa oían la vocecita de su madre como un pequeño murmullo que escapaba del oído de la señora Rotherwick. Hablaba muy deprisa y parecía tener muchas cosas que contar.

–¡Cielo santo, querida! –exclamó la señora Rotherwick luciendo una sonrisa que no auguraba nada bueno.

La vocecita de Maggie proseguía sus explicaciones.

–¡No me digas! ¡El sumo sacerdote! –dijo la señora Rotherwick, que parecía estar cada vez más contenta.

Y según escuchaban la vocecita de su madre dando los detalles de sus pesquisas, un profundo sentimiento de desasosiego iba creciendo en los chicos.

–Ya verás cómo aparece algo, querida. Tiene que estar todo documentado y afortunadamente hemos mandado a nuestra mejor investigadora para encontrar la pieza que falta –la animó la señora Rotherwick.

Al parecer su madre había hecho progresos, pero no los suficientes. Tal vez hubiera alguna oportunidad para ellos.

–Oh, sí, desde luego. Llámame a cualquier hora, en cualquier momento. Espero tus noticias con impaciencia.

Cuando colgó el teléfono, los dos hermanos miraban a la mujer, esperando una sentencia como dos reos que fuesen a ser condenados a muerte.

–Vuestra madre ha encontrado una pista que puede conducirle al papiro –explicó–. En estas circunstancias, creo que no va a ser necesaria vuestra ayuda.

Charlie y Lisa tragaron saliva al mismo tiempo.

–De momento no le diré nada a vuestro padre, el pobre tiene demasiadas cosas encima. Pero, en cuanto vuelva Maggie, les contaré todo y entonces ellos decidirán lo que crean más conveniente para vosotros.

• • •

Charlie salió del hospital con un hondo sentimiento de derrota. Él y Lisa habían estado a punto de convencer a la señora Rotherwick, seguramente lo habrían hecho si hubiese insistido un poco más en lugar de hablar más de la cuenta. Y, si ahora la mujer les contaba a sus padres lo de la capa, ya podía olvidarse de sus viajes en el tiempo.

Juntos hicieron el trayecto de regreso en total silencio, así que la señora Rotherwick puso un poco de música para relajarse mientras conducía.

–¿Mozart? –preguntó Charlie, que ya se iba familiarizando con los gustos musicales de su anfitriona.

–Es "*La flauta mágica"* –respondió ella–. La última ópera que Mozart compuso.

–No está mal.

–Es fantástica –afirmó la mujer con vehemencia–. La estrenó dos meses antes de su muerte y se convirtió en un gran éxito desde ese momento.

–¿Y eso fue hace mucho tiempo?

–Bastante, sí. La ópera se estrenó el 30 de septiembre del 1791, en el *Teatro an der Wien* de Viena.

Charlie se esforzó en grabar aquella frase en su cabeza. Lisa y él no habían perdido la guerra; todavía quedaba una batalla que librar, una batalla que decidiría todo. Y, gracias a aquella música, él había urdido la estrategia que les haría invencibles.

CAPÍTULO XV: “La flauta mágica”

Charlie se encerró en el baño llevando el libro del tiempo bajo el brazo. La noche anterior la señora Rotherwick lo dejó sobre su escritorio, al lado de la capa, que dejó apoyada en el respaldo de la silla. Aquella tarde, al regresar a casa, se puso a preparar la cena y no tuvo la precaución de guardarlos, confiando en que sus órdenes serían acatadas sin más o tal vez creyendo que no había riesgo estando ambos a la vista. Un descuido propio de alguien que no convive con niños, pensó Charlie, mientras lo cogía con disimulo. Ninguno de sus padres habría cometido jamás un error semejante.

Una vez en el baño, el niño se sentó en una pequeña silla que había junto al radiador y buscó el cuadernillo de la anilla de la indumentaria.

–¡Bingo! –exclamó al ver que, además de los habituales textos en latín, había varias ilustraciones para explicar su funcionamiento.

Gracias a ellas pudo concluir que la anilla de la vestimenta proporcionaba al viajero del tiempo distintos ropajes, de modo que éste pudiese elegir el más adecuado para la ocasión. Las opciones estaban asociadas a una división social bastante básica, pero apta para casi todas las épocas y lugares que pudiera visitar: clero, ejército y tres niveles sociales: alto, medio y bajo.

Sin dudarlo, Charlie movió la anilla hasta fijarla en el nivel social alto. Luego escondió el libro debajo de su jersey y tiró de la cadena antes de salir del baño como forma de justificar su estancia allí.

Con el máximo sigilo entró en su habitación y cerró la puerta. Después abrió su maleta, ocultó en ella el libro del tiempo y sacó el GPS de su padre, en el que hizo una búsqueda de todos los teatros de Viena. Con suerte, el que la señora Rotherwick había mencionado seguiría aún en pie. Uno a uno fue leyendo los nombres de la lista que mostró el aparato, hasta reconocer el a*n der Wien*. Todo le estaba saliendo a pedir de boca. Con cuidado de no equivocarse, metió las coordenadas del teatro en la pulsera y la fecha del estreno de *“La flauta mágica”*, que había memorizado durante el trayecto a casa. Por último, salió de la habitación sin hacer ruido, se acercó al escritorio y cogió la capa, que seguía apoyada en el respaldo de la silla. Tras colocársela y abrochársela, se dirigió presto a encontrarse con su acompañante.

Ella estaba en la cocina, sirviendo en un par de platos unos *spaghetti* que olían a las mil maravillas. Era una lástima tener que irse sin probarlos, aunque quizás pudiera hacerlo a su regreso.

–Helen, ¿le apetecería salir esta noche? –preguntó cuando estaba cerca de la señora Rotherwick, un instante antes de abrazarla.

La mujer se volvió mostrando en su cara una sonrisa que se borró de inmediato al ver que el niño llevaba la capa puesta.

–¿Qué diablos te propones, jovencito? –inquirió, justo antes de sentir que el suelo y todo a su alrededor giraba a una velocidad de vértigo.

• • •

Cuando consiguió abrir los ojos, vio sus manos sobre una delicada falda de seda color verde botella. Charlie la había acomodado en una butaca de terciopelo rojo que había a uno de los lados del enorme hall, y esperó a su lado pacientemente a que a ella se le pasase el mareo. Él apenas sufría ya ningún efecto cuando viajaba en el tiempo, como mucho se tambaleaba un poco durante unos segundos al llegar al punto de destino; pero a la señora Rotherwick aquello parecía afectarle más de lo normal, se mareaba mucho y necesitaba varios minutos para recuperarse.

La mujer suspiró resignada, dispuesta a descubrir qué había tramado el pequeño diablo que tenía hospedado en su casa. Al levantar la vista para mirar a su alrededor, tuvo la sensación de que llevaba algo pesado y voluminoso sobre la cabeza. En cuanto vio a Charlie, recordó la breve conversación que mantuvieron en el coche, de regreso del hospital, y supo a qué lugar y época le había transportado aquella noche. El niño la había desafiado utilizando la capa de nuevo, pero no podía evitar sentir una alegría inmensa de que lo hubiera hecho.

Charlie llevaba una peluca empolvada en color blanco, con dos bucles a ambos lados de su cara y una coleta recogida con un gran lazo de raso. Bajo su capa asomaba una hermosa casaca de seda azul celeste con ricos bordados de oro y plata, unos pantalones a juego, una camisa con chorreras y unos zapatos adornados con una enorme hebilla dorada. Parecía recién salido de una película de época, una película que transcurriese en la Viena Imperial del mismísimo Mozart.

–¡Eres un diablo! –exclamó la señora Rotherwick, consciente de que aquello sonaba más a una frase de aprobación que a una verdadera regañina.

Charlie soltó una carcajada.

–Está usted guapísima –le dijo, cogiéndola de la mano y haciéndola una pequeña reverencia–. La dama más elegante de toda Viena.

La señora Rotherwick inclinó la cabeza para agradecer el comentario con cuidado de que no se le moviese el tocado. Luego se puso de pie y se acercó a un espejo dorado de enormes dimensiones que había frente a ellos para comprobar su aspecto. El niño no la había mentido, estaba imponente. Su vestido de lana gris se había transformado en un espectacular vestido de seda verde; el delantal de cocina, en una capa de seda con remates de marta cibelina; y su discreto collar de perlas, en un impresionante collar con una gran esmeralda en forma de lágrima. El peso que sentía en la cabeza estaba provocado por un elegante tocado de plumas y lazos de seda verde, que se las apañaba para permanecer sujeto a una peluca con tirabuzones empolvada en color blanco. Incluso las libras que tenía en los bolsillos se habían transformado en florines de la época. Era evidente que Charlie había aprendido a utilizar la anilla de la indumentaria sin su ayuda.

–Me siento como Cenicienta después de la visita de su hada madrina –dijo la mujer, emocionada.

Un grupo de damas que había próximo a ella la miraban, cuchicheando entre ellas,

contemplando con envidia su ropa y sobre todo sus joyas. Charlie las observó divertido y luego se acercó a la señora Rotherwick, dándole la mano ceremoniosamente.

–Vamos a ver si hay algún palco libre en el que podamos colarnos.

Los dos cruzaron el hall y subieron las escaleras del teatro, mientras hombres y mujeres se volvían para admirarles y preguntarse quién era aquella dama tan distinguida.

En la puerta de cada palco había un empleado del teatro que debía acomodar a los espectadores. Charlie y la señora Rotherwick pasearon con disimulo, caminando de un lado a otro para ver si había alguno vacío.

–¡Dios Santo, querido! –exclamó la mujer–. Nunca me he colado en ningún sitio, ¡jamás en toda mi vida!

–Siempre hay una primera vez para todo –respondió el niño–. Y piense que si nos pillan, al menos no la reconocerá nadie.

La mujer sonrió al oír el comentario de Charlie, aunque no consiguió tranquilizarse. Sabía lo que estaba haciendo no era correcto, porque aquel viaje contravenía sus órdenes y porque no tenían entrada para la representación de aquella noche. Pero también sabía que el niño la había llevado a ver el estreno de *"La flauta mágica",* y no el de cualquier temporada de ópera en el Covent Garden, sino a la primera representación de toda la historia, la que dirigió el propio Mozart el 30 de septiembre de 1791. Al igual que le ocurrió al pobre Adán con la manzana, aquella era una tentación demasiado fuerte para resistirse a ella.

–Parece que ese palco está vacío –indicó Charlie, mientras ajustaba su pulsera para que les llevase dentro.

Los dos aparecieron en un pequeño recibidor que daba a un palco enorme y totalmente desierto. La señora Rotherwick contempló boquiabierta el abarrotado patio de butacas, incapaz de articular palabra. Los músicos afinaban sus instrumentos en el foso, mientras en la platea los espectadores más rezagados se abrían paso hasta su asiento. En los palcos, las familias aristócratas se espiaban unas a otras con sus pequeños anteojos dorados y se saludaban con una sonrisa y una leve inclinación de la cabeza.

Charlie y la señora Rotherwick acababan de tomar asiento, cuando un caballero y una dama irrumpieron en la estancia.

–Disculpadme señora, pero creo que este es mi palco –dijo el caballero con una reverencia.

Charlie se quedó helado al escucharle. No sabía una palabra de alemán, pero podía adivinar lo que el hombre estaba diciendo. La señora Rotherwick también se quedó paralizada unos instantes al ver que les habían pillado *'in fraganti'*, mientras el caballero y su esposa la observaban con gran detenimiento. Era la mujer con la que se habían cruzado en el vestíbulo. No la conocían y sabían que no era vienesa, pero sus ropas y sus joyas revelaban que era una gran dama perteneciente a la alta aristocracia y, antes de entrar en el palco, habían especulado sobre su identidad con otros conocidos. El caballero miró disimuladamente los dedos de la dama con la esperanza de hallar algún anillo con un escudo familiar que les diera alguna pista, pero sólo

llevaba uno con una gran esmeralda que competía en tamaño con la de su espectacular collar.

–Le ruego nos disculpe, caballero. Parece que ha habido una confusión –respondió la dama desconocida en perfecto alemán. Tenía un ligerísimo acento, pero ni el hombre ni su esposa supieron identificarlo.

Charlie sonrió aliviado al escucharla; gracias a Dios la señora Rotherwick sabía alemán. Ella le hizo una señal y se dispuso a salir del palco. Aunque le estaba resultando una situación de lo más embarazosa, levantó la cabeza con gesto altivo, procurando mantener la dignidad. Pero entonces, la esposa del caballero la cortó el paso.

–Permitidme que me presente, madame –dijo con gran pompa–. Soy la Baronesa de Zweibrücken y éste es mi esposo, el Barón. Sería un gran honor para nosotros que nos acompañase en nuestro humilde palco esta noche.

La señora Rotherwick sonrió levemente e inclinó la cabeza aceptando la invitación.

–Soy Lady Helen Rotherwick, Duquesa de Arlington, y este es mi joven nieto, el Honorable Charles Edward Wilford, Marqués de Northampton. El honor es nuestro.

Charlie hizo una pequeña reverencia al oír su nombre unido a un título nobiliario, mientras la dama vienesa ahogaba un grito de satisfacción.

–¿No sois prima de Rey Jorge? –preguntó la mujer.

La señora Rotherwick sonrió sin responder y la Baronesa asumió que así era.

Con los ojos indicó a su esposo que acomodase a su ilustre invitada y a su nieto en la parte exterior del palco, donde todos pudiesen verles. Todas las familias aristócratas de Viena asistían al estreno de aquella noche y todas ellas habían reparado en aquella misteriosa dama. Nadie sabía quién era, pero era evidente que tanto su linaje como su fortuna eran muy elevados. Pero, por un increíble golpe de suerte, había aparecido en su palco, aceptando compartir la velada con ellos; y lo había hecho delante de todo el mundo. Ahora todos creerían que la dama era en realidad su invitada y supondrían que entre ellos había algún grado de parentesco o una relación de amistad.

Aquella sería la comidilla de la ciudad durante las próximas semanas. Y ella, la Baronesa de Zweibrücken, sería la mujer más pretendida de toda Viena e indispensable en cualquier reunión social del momento.

• • •

Charlie intentó seguir el argumento de la obra en cuanto se levantó el telón. La música que había escuchado en el coche no estaba mal y el título resultaba sugerente. El comienzo, en el que un príncipe era perseguido por una serpiente para comérselo, le pareció prometedor; pero la obra se echó a perder rápidamente cuando el hombre, en vez de luchar por su vida, se desmayaba. La cosa se fue convirtiendo en un lío endemoniado de extraños personajes que entraban y salían del escenario, sin que nada de lo que ocurría tuviese demasiado sentido. Tres damas, un hombre disfrazado de pájaro, una reina vestida de negro, una princesa, un hombre que parecía ser el malo...

La señora Rotherwick, sin embargo, estaba disfrutando de lo lindo. La mujer se emocionó cuando Mozart hizo su aparición y comenzó a dirigir la orquesta. Al principio trató de explicar al niño cuanto iba ocurriendo, pero desistió enseguida al ver que era demasiado complicado y que, además, carecía de interés para él.

De cuando en cuando, la dama del palco la importunaba intentando mantener algo de conversación; pero la señora Rotherwick sofocaba todos sus intentos con una respuesta tan breve como educada.

Charlie intentó distraerse fijándose en la gente, aunque se cansó pronto y se quedó dormido de puro aburrimiento. Cuando volvió a abrir los ojos se sintió un poco apurado, pero se relajó al ver que la obra también había causado un efecto soporífero en el hombre del palco.

La señora Rotherwick debió de percatarse del abatimiento del niño al ver que la reina de negro seguía cantando sobre el escenario.

–Ya está terminando, querido. Enseguida nos marchamos –le dijo, poniéndole una mano sobre el hombro.

Charlie esperó pacientemente, mientras pensaba en lo difícil que es contentar a las mujeres y trataba de espabilarse; debía estar en plenas facultades para afrontar con ciertas garantías lo que le quedaba de noche.

Al cabo de un rato, la música terminó y el público se puso en pie para aplaudir de una forma que le pareció bastante exagerada. Se había fijado en la gente y había visto a bastantes personas tanto o más aburridas que él mismo.

Los actores salieron a saludar al escenario, y enseguida abrieron paso a un hombre con una peluca blanca y un traje como el suyo, pero con unos cuantos bordados menos.

–¡Es Mozart! –exclamó la señora Rotherwick mientras aplaudía como una verdadera loca.

Charlie clavó sus ojos en aquel hombre, recordando lo que ella le había dicho en el coche: apenas le quedaban dos meses de vida. El niño intentó encontrar algún signo de enfermedad en su rostro, pero sólo parecía cansado.

El señor del palco, que se había despertado con los aplausos, se levantó y ayudó a ponerse la capa a la señora Rotherwick con grandes reverencias y después a Charlie, con bastantes menos.

–Permitidnos que la acompañemos en nuestro coche, Alteza –dijo la Baronesa de Zweibrücken, elevando el rango a su invitada.

–Oh, no se preocupe, querida, hemos traído el nuestro –respondió la señora Rotherwick con amabilidad.

Luego se acercó a Charlie, que ya la esperaba en el pequeño recibidor del palco con la pulsera en posición para hacer el viaje de regreso.

Contrariada, la dama vienesa se volvió hacia su marido. El muy tarado estaba cogiendo su capa tan tranquilo, sin darse cuenta de que la ilustre invitada se marchaba. Su esposa le regañó

para que terminase de una vez. Debían ir tras ella e interrogar a su cochero para saber dónde se alojaba. Pero, cuando se giró dispuesta a seguirla, la dama y su nieto se habían esfumado.

Completamente enfurecida, salió del palco con la intención de darles caza, pero tampoco los halló en el pasillo ni bajando las escaleras.

–¿Dónde está? –preguntó al empleado del teatro que le había abierto la puerta del palco.

–¿Quién, madame? –respondió el hombre, un poco confuso.

–¡La Duquesa de Arlington, estúpido! Ha salido de mi palco hace sólo un minuto.

–Disculpad, madame. Vos habéis sido la primera persona en abandonarlo.

• • •

La señora Rotherwick se dejó caer sobre su sofá exhibiendo una sonrisa de oreja a oreja.

–¡Ha sido una noche magnífica! –exclamó exultante. Luego se acercó a Charlie y le dio un beso en la mejilla–. Es el mejor regalo que me han hecho en toda mi vida. Muchas gracias, querido.

El niño se sintió un poco culpable al recibirlo. Aquel viaje no había sido un regalo desinteresado, sino una artimaña para persuadirla de que se uniera a ellos sin informar a sus padres sobre la existencia de la capa. Un rugido de sus tripas le instó a intentar convencerla durante la cena.

–¿Cree que ahora nos podríamos comer esos spaghetti? –preguntó.

La señora Rotherwick asintió con una sonrisa. La emoción le había hecho olvidar que todavía no habían cenado y, por suerte, estaban de regreso en el mismo momento de su partida. Volvían a ser las ocho de la tarde, la hora de la cena.

Los dos se sentaron a la mesa y comenzaron a charlar animadamente.

–¿Había visto antes esa ópera? –preguntó Charlie.

–Sí, varias veces.

–¿Y esta le ha gustado más o menos?

–¡Oh, querido! ¡Esta representación ha sido incomparable a ninguna otra! ¿Sabías que Mozart compuso la música de las piezas más importantes después de oír cantar a los actores? Hizo la melodía a su medida, adecuándola al timbre de su voz y a sus dotes técnicas. Era un genio –añadió moviendo la cabeza.

–Yo me he perdido algunas partes, así que no puedo opinar mucho...

–Supongo que te has aburrido, pero verás cómo cuando seas más mayor te gusta la ópera.

–Mañana por la noche podríamos ir a ver algún número del Gran Houdini; seguro que es más divertido.

La señora Rotherwick sonrió levemente. Luego, de un modo casi imperceptible, su expresión

se tornó pesarosa.

–Tu madre llamó esta tarde, cuando estabas en el baño, para decir que regresa mañana.

–¿Tan pronto?

–Han comprobado que el papiro no está en el Louvre, parece que los eruditos franceses regresaron de Egipto sin él.

–¿Y eso es bueno o malo? –preguntó el niño, que carecía de los conocimientos históricos de su padre.

–Malo, querido. Mucho me temo que tu madre ha perdido la única pista que teníamos –respondió la mujer, bastante afligida.

–¡No se preocupe, Helen! –exclamó el niño–. ¡Nosotros encontraremos una nueva! Hacemos un buen equipo... Porque, ahora se unirá a nuestro equipo, ¿no?

La señora Rotherwick temió verse envuelta en una nueva discusión sobre aquel asunto y trató de zanjarlo rápidamente.

–Charlie... Sé que para vosotros es difícil entender que... Mañana cuando llegue tu madre le contaré todo, querido.

–¡Pero, si lo hace, nunca más volveremos a viajar en el tiempo! –protestó Charlie.

Aquello era increíble. A pesar de que todo había cambiado, de que su madre volvía a necesitar ayuda, la postura de la señora Rotherwick se mantenía invariable.

–Lo siento, querido. Es lo que debo hacer –dijo la mujer muy seria, casi solemne.

El niño sintió que la rabia y la impotencia se adueñaban de él. Era la segunda vez que daba por hecho que la señora Rotherwick les ayudaría, y la segunda vez que les fallaba en el último momento. Demasiados desengaños en un solo día.

–Vamos, Helen, piénselo durante unos días...

–Ya lo he pensado, querido –le interrumpió ella, cada vez más incómoda por la situación.

–Pero, usted sabe que mi madre no dejará que la ayudemos. Lisa no mintió al decir que para ella sería como hacer trampas, que no...

–Sigo pensando lo mismo que esta mañana y me ratifico en todo lo que os he dicho a ti y a Lisa en el hospital –le cortó la señora Rotherwick de modo tajante–. La decisión está tomada y no hay más que hablar.

Charlie la miró rabioso. A pesar de lo que había hecho por ella, de lo bien que lo habían pasado juntos, la señora Rotherwick se pasaba al bando contrario sin contemplaciones. No importaba lo bien que se llevaban ni la relación de confianza y amistad que había surgido entre ellos. Ella, simplemente, lo ignoraba todo y se comportaba como cualquier otro adulto. Además, no le había dejado explicarse y mucho menos suplicarle. Y eso era lo que peor le sentaba, porque el niño sabía que nadie en el mundo podía resistirse a sus súplicas... Su padre era el único capaz

de hacerlo, y sólo de vez en cuando.

–Piénselo sólo esta noche, tal vez mañana se dé cuenta de que... –dijo, intentándolo de nuevo.

–He dicho que no –repuso ella, con tal firmeza, que a Charlie le pareció rayana en la grosería.

Entonces el niño la miró despechado y, sin mediar palabra, se levantó y fue derecho a la cocina. La noche anterior, y de manera puramente casual, cada uno había descubierto un secreto sobre el otro. Pero, a diferencia de la mujer, él no tenía intención de contárselo a nadie. Si ahora ella le traicionaba, él haría lo mismo, o cuando menos haría creer a su anfitriona que estaba dispuesto a hacerlo. Era una maniobra un tanto rastrera, pero no le había dejado otra salida.

La mujer le siguió con la mirada, sin salir de su asombro ante aquella reacción. Oyó un cajón que se cerraba y supuso que el niño habría ido a buscar algún cubierto o alguna servilleta, aunque en la mesa no faltaba nada. En unos instantes, Charlie estaba de vuelta llevando algo en una mano que no acertaba a ver. La señora Rotherwick se mantuvo intrigada unos segundos más, hasta que el niño dejó algo en la mesa, junto a ella.

Eran sus medicinas.

La noche anterior no había sabido reaccionar con naturalidad ante él y, obviamente, Charlie era un niño demasiado sagaz e inteligente para no darse cuenta de que ella intentaba ocultar algo.

–Tenga, no se olvide sus medicinas –dijo Charlie con fría amabilidad.

La señora Rotherwick le miró sin saber qué hacer. Lo único que tenía claro era que debía mantener la calma y no darle a aquello la importancia que en realidad tenía. Mientras miraba al niño de frente, alargó la mano y cogió las cajas de los medicamentos.

Charlie también tenía sus ojos clavados en ella, estudiando su reacción atentamente. Aquello se había convertido en un duelo, en el que los contendientes estudiaban con cuidado los movimientos del contrario antes de lanzarse al ataque.

–Gracias, querido –dijo la señora Rotherwick.

–Toma usted muchas pastillas. ¿Me dirá ahora para qué son? –preguntó, a sabiendas de que ella no lo haría.

–Para nada importante –contestó la mujer flemáticamente–. Supongo que me estoy haciendo mayor.

–Entonces se lo preguntaré a mi madre; he memorizado los nombres de las medicinas –amenazó él–. Seguro que a ella también le entra curiosidad por saberlo. También puedo buscar en internet para qué sirven y decirle a mi madre qué enfermedad tiene usted.

La estocada había sido certera, a juzgar por la expresión de la señora Rotherwick. Charlie tragó saliva, esperando recibir un terrible ataque. Sin embargo, con lo que no contaba es con que no hubiera ninguno.

–No le dirás nada de esto a tu madre, querido. Ni a nadie. Ya lo haré yo a su debido momento –dijo la mujer.

Sus palabras eran firmes, pronunciadas con un tono aséptico y neutro. Charlie no estaba seguro de si eran una amenaza o una súplica.

–Por supuesto que no –respondió el niño suavemente–. Todos tenemos nuestros secretos...

La señora Rotherwick asintió.

–...También los niños –añadió Charlie con cautela. Parecía que aquello la había dejado totalmente desarmada y no debía provocarla de nuevo.

La mujer frunció el ceño, como si comprendiera.

–¡Por Dios Santo, Charlie! ¿Me estás haciendo chantaje?

–Le estoy pidiendo un favor. Únase a nuestro equipo. Usted sabe mucho y podría ayudarnos a encontrar otra pista que mi madre pueda seguir. Vamos, Helen, piénselo antes de decir que no. Sólo hasta que encontremos otra pista. Le prometo que haremos todo lo que usted nos diga.

Charlie observó la expresión de la señora Rotherwick. No era suficiente, debía emplearse más a fondo y suplicar un poco más, ahora que podía hacerlo.

–Hágalo por el Museo, para que vuelva a ser importante...

–Vamos, querido, el Museo ya es importante.

–Sí pero esto lo hará aún más importante, lo dijo usted misma –rebatió el niño–. Dijo que este descubrimiento lo pondría por delante de todos los demás, que haría historia. ¿O es que Lisa llevaba razón al decir que a usted el Británico ya no le importa? ¿Acaso no le gustaría ver cómo vuelve a ser el museo más importante del mundo? ¿No decía que estaba dispuesta a hacer cuanto pudiera para conseguirlo?

–Es peligroso, querido. Ya has visto lo que le ha pasado a tu hermana –dijo la mujer.

–Pero eso no tiene nada que ver con la capa, sino con tocar un bicho asqueroso en pleno centro de Londres –rebatió Charlie, que ya casi empezaba a creerse aquella excusa–. Usted me ha acompañado dos veces y no ha pasado nada. Además, ya ha visto lo fácil y rápido que se puede regresar si es necesario.

La señora Rotherwick bajó la vista y se quedó en silencio. Charlie decidió insistir un poco más, seguro de que estaba yendo por buen camino.

–O si no, hágalo por la pobre Nefertiti. Si encontramos el papiro podremos explicar cómo fue su vida y cambiar la imagen que la gente tiene de ella.

La mujer suspiró. Era el momento de asestar el golpe final.

–O por mi madre. Yo sé que la aprecia mucho y usted misma dijo que una oportunidad así sólo se presenta una vez cada cien años. Ella necesita nuestra ayuda, Helen, y usted lo sabe. Y nosotros también necesitamos que nos ayude, hasta que encontremos otra pista.

–Sabes ser muy persuasivo, querido.

Charlie se concentró en no sonreír; aquello no debía parecer una victoria.

La señora Rotherwick le miró fijamente y luego bajó la mirada, meditando durante unos instantes lo que iba a hacer.

–Está bien, jovencito, me has convencido. Os ayudaré –dijo por fin–. Pero entérate bien. Todo se hará como yo diga, sin excepciones.

–Sí, Helen.

–Habrá normas, normas que deberéis seguir... Todavía no he pensado cuáles, pero ten por seguro que lo haré.

–De acuerdo, Helen.

–Si no seguís las normas o no hacéis lo que os diga y cuando yo os diga, se acabó el trato.

–No se preocupe, las cumpliremos todas.

–Y sólo por un tiempo, sólo hasta que encontremos otra pista que tu madre pueda seguir. Después le contaremos todo. Y por Dios que espero que nos perdone.

El niño se acercó dócilmente hasta la señora Rotherwick y le dio un beso en la mejilla.

–Descuida, Helen. Se hará todo como tú digas.

CAPÍTULO XVI: Millas y leguas

Aquella mañana, Max Wellington esperó pacientemente a que su secretario terminase de servirle el café y abandonase su despacho antes de abrir su ordenador portátil.

Esa semana tampoco había encontrado ninguna carta que indicase algún movimiento del viajero del tiempo. Max analizó la situación mientras el ordenador cargaba las aplicaciones y conectaba con la página web de la red de informadores, su 'central de inteligencia' particular.

Apenas habían trascurrido dos semanas desde que recibió la última pista, el aviso del chocolate hallado en la tumba de Tutankamón. No era demasiado tiempo, así que tal vez el viajero no habría hecho una nueva incursión al pasado después de su visita al Antiguo Egipto. O tal vez sí, pero quizá en esta ocasión no habría perdido nada, dejado tras de sí una pista fácilmente rastreable.

Todo aquello era posible, pensó, pero su instinto le decía que no era cierto. Él era un cazador experimentado, capaz de dibujar el perfil de su presa a partir de unos pocos indicios, y casi nunca se equivocaba.

Y en este caso, Max sabía que el individuo que buscaba era descuidado con los detalles, negligente para controlar los efectos que sus viajes causaban, incauto para evitar correr riesgos. Además, por algún motivo, parecía tener prisa por viajar en el tiempo. Algo inusual cuando uno tiene toda la vida para poder hacerlo.

La página de inicio se desplegó en su pantalla y Max cogió el ratón para revisar las novedades de los últimos días. La información estaba organizada por titulares según las principales zonas geográficas del mundo.

Primero revisó los de América del Norte, sin que nada llamase su atención. Después, América del Sur, donde todo estaba dentro de lo habitual. En Europa, nada que destacar...

Pasó a la página de Asia pero, antes de que se terminasen de cargar las principales noticias, tuvo una corazonada y con un movimiento rápido del ratón pulsó para regresar a la anterior. Los titulares de Europa aparecieron de nuevo ante sus ojos y Max hizo una lectura rápida hasta que encontró el que buscaba.

"El Departamento de Salud Británico comunica un caso de infección por Yersinia pestis a la OMS", leyó.

Luego lo pinchó para conocer más detalles de la noticia.

• • •

Lisa entró en la biblioteca y se acercó a su padre con una leve sonrisa.

–Papá, Charlie y yo nos vamos al Museo a dar una vuelta –dijo intentando trasmitir toda la

naturalidad del mundo.

Sin embargo, Marcus levantó la mirada del teclado en el acto, como si al pronunciar aquella frase, su hija hubiese pulsado un resorte invisible para captar toda su atención de forma inmediata.

–¿No es demasiado pronto? –preguntó inquieto–. Has tomado muchos antibióticos y aún estás débil.

–Vamos, papá –protestó la muchacha–. Llevo un montón de días encerrada y necesito salir un rato.

–Este fin de semana iremos a algún sitio todos juntos, pero será mejor que te quedes en casa hasta entonces.

–Pero es que no aguanto más... se me cae la casa encima. Anda, papá, por favor, volveremos pronto –contestó ella con tono lastimero.

–Hace frío y ya casi ha anochecido. ¿Por qué no lo dejas para mañana?

–Te prometo que volveremos enseguida... Venga, papá. El Museo está aquí al lado... –insistió la muchacha.

Marcus relajó la expresión de su frente y Lisa supo que se había dado por vencido. Su pobre padre era incapaz de resistirse a sus súplicas, una presa fácil de convencer.

–Está bien –respondió Marcus–. Pero prométeme que no tocarás ningún gato.

• • •

La noticia era ciertamente sorprendente. Cumpliendo con los protocolos internacionales vigentes, las autoridades sanitarias británicas habían informado a la OMS de un caso aislado de peste bubónica en Inglaterra. Algo verdaderamente insólito, ya que no se recordaba la última vez que se produjo un contagio por *Yersinia pestis* en aquel país.

El hecho de que ni el paciente ni las personas de su entorno hubiesen viajado a ninguno de los focos endémicos situados en otros continentes, que viviera en unas condiciones higiénicas óptimas y que el contagio se hubiese producido en un lugar con una climatología adversa para la enfermedad, hacían que fuese un caso de lo más anómalo.

Por suerte, las autoridades sanitarias habían actuado con la máxima eficacia. El diagnóstico y el tratamiento habían sido ejemplarmente acertados y realizados en una fase muy inicial de la enfermedad. Gracias a ello, la posibilidad de contagio entre humanos fue eliminada, el sujeto infectado experimentó una mejoría vertiginosa y el periodo de hospitalización fue realmente breve.

Al parecer el sujeto se había contagiado por contacto con un gato silvestre, por lo que de inmediato se procedió a desratizar y desinfectar de manera intensiva una amplia zona, asegurando que el hábitat del animal quedaba cubierto.

Los hospitales de la red sanitaria fueron alertados de inmediato para detectar cualquier nuevo caso aunque, por fortuna, no se produjo ninguno.

Todo había sido realizado de forma diligente y segura, por lo que la crisis estaba resuelta antes de haberse producido. Aquello había sido un episodio aislado y debía tratarse con la mayor discreción posible para evitar crear cualquier alarma. Las autoridades británicas habían conseguido cumplir con sus obligaciones y, a la vez, neutralizar la noticia para impedir que saliera a la luz

Max sabía que la información sobre la identidad del paciente y su enfermedad estaría fuertemente custodiada, que todo habría sido ocultado bajo sendos nombres en clave. Sería imposible hacer cualquier averiguación a través de los canales convencionales. Aquel era un trabajo para un profesional, para uno de los mejores.

Después de leer la noticia completa, llamó a Jeff Carter por uno de sus teléfonos móviles.

–Tengo un encargo –dijo nada más escuchar el saludo de su interlocutor–. Rastrear un caso de peste bubónica en Gran Bretaña. Quiero conocer todos los detalles: el lugar donde se ha producido, el hospital donde se atendió al paciente, la fecha de ingreso... Si además consigue su nombre y dirección, sus honorarios serán duplicados. Y manténgame puntualmente informado sobre cualquier progreso que haga.

• • •

Al llegar al Museo Británico, los chicos se dirigieron directamente al despacho de la señora Rotherwick. Los dos estaban ansiosos por verse con ella, en lo que sería su primer encuentro desde que la mujer había asumido el mando. Aquella ya no era una de las distendidas reuniones que solían celebrar en su Cuartel General, sino que esa tarde se sentían como dos soldados rasos que acudiesen a la Cancillería para entrevistarse con el mariscal de campo.

La señora Rotherwick les saludó con amabilidad y les invitó a sentarse, para después emplear varios minutos en recoger y guardar los documentos con los que estaba trabajando. Luego extrajo de uno de los cajones una delgada carpeta de cartón azul celeste, que dejó sobre la mesa. Los chicos la miraban expectantes, observando en silencio la secuencia de cada uno de sus actos, esperando impacientes a escuchar sus primeras indicaciones.

–Veamos –dijo la mujer, ajustándose las gafas y abriendo la carpeta que había frente a ella.

La señora Rotherwick hizo una nueva pausa para releer las anotaciones que había escrito de manera pulcra y ordenada en un folio blanco. Lisa y Charlie la miraron deferentes, aguardando a que retomara la palabra de nuevo.

–Como sabéis, nuestra asociación tiene como fin encontrar el papiro de Nefertiti o una pista que conduzca hasta él...

Los hermanos asintieron con una mueca al mismo tiempo.

–No obstante, su duración será limitada en el tiempo y estará sujeta al desarrollo de los acontecimientos.

Charlie no supo si había comprendido la frase exactamente, pero volvió a mover la cabeza de manera afirmativa, por si acaso.

–Yo dirigiré cualquier paso que demos, y sólo yo decidiré su conveniencia. Mis decisiones son imperativas e indiscutibles.

Charlie afirmó de nuevo con la cabeza, mirando de reojo a su hermana para asegurarse de que ella se estaba enterando de todo.

–Quiere decir que la obedeceremos en todo, sin discusiones –aclaró Lisa, al percibir que su hermano empezaba a perderse.

–¡Ah! –dijo el niño.

–Más adelante decidiremos cómo y cuándo le contamos a vuestros padres lo de la capa –continuó la señora Rotherwick–. Pero no os quepa la menor duda de que, llegado el momento, lo haremos.

Charlie soltó un pequeño suspiro al escucharla: se sentía como si estuviera en el despacho del director de su colegio.

–Bien, una vez aclarado esto, nos centraremos en el funcionamiento de la capa –dijo la señora Rotherwick–. ¿Qué sabéis acerca de ello?

–Pues que funciona con la pulsera –dijo Charlie encogiéndose de hombros.

–Y que la pulsera funciona con una serie de anillas, cada una con una función diferente –añadió Lisa–. El profesor dijo que había escondido cuatro y que debíamos encontrarlas con las pistas que nos iba dando.

–Que por desgracia están todas en latín, igual que el manual de instrucciones de la capa –prosiguió Charlie.

–Entonces, supongo que no habéis comprendido el manual en profundidad y que tampoco lo habéis traducido, ¿no es cierto? –preguntó la señora Rotherwick.

–Nosotros no sabemos latín y no queríamos enseñárselo a nadie para que no supiera que teníamos la capa –contestó Lisa–. Aprendimos a usarla y a saber para qué servía cada anilla gracias a los dibujos que hay en cada cuadernillo.

La mujer asintió.

–Justo lo que sospechaba –dijo–. Sin embargo, debéis de saber que en los cuadernillos hay una información realmente importante sobre el funcionamiento de la capa que tenéis que conocer. Charlie, dadas las circunstancias, creo que lo más prudente es que estudies latín a fondo. Y también Historia, querido.

Al oír aquello el niño abrió los ojos de golpe, como si le acabaran de dar un susto.

–La capa se rige por una serie de normas, normas muy importantes y muy estrictas –continuó explicando la señora Rotherwick–. No quisiera aburriros hoy con todos los detalles, pero sí es necesario que al menos os hable de algunas de ellas. A continuación os voy a explicar las más importantes:

»Primera. La capa permite a su dueño viajar en el tiempo y en el espacio, pero sólo si tiene

además el anillo y la pulsera con sus correspondientes anillas.

»Segunda. Sólo quien tenga en su mano el anillo es dueño de la capa, y lo será durante toda la vida, hasta su muerte. Sólo unas horas antes, nueve para ser exactos, el anillo saldrá de su dedo » .

Charlie puso expresión de asombro y con más miedo que vergüenza, procedió a comprobar que el anillo aún se resistía a salir de su dedo anular.

–Imagínate si llega a salir ahora, menudo susto me pega –comentó con alivio, al ver que el anillo no se movía.

La señora Rotherwick sonrió y prosiguió con sus explicaciones.

–Tercera. El poder de la capa no se trasmite de una persona a otra, no se puede heredar. Sólo quien se ponga el anillo después de que su antiguo propietario haya fallecido, será su nuevo dueño.

» Cuarta. La capa sólo obedece a su dueño. Charlie, verás que su tamaño, incluso se irá ajustando a tu estatura. No obstante, la capa que posees tiene ciertas peculiaridades, como transportar personas y seres vivos contigo. También permite viajar con objetos inertes que no superen las 90 libras de peso, cuando el límite normal es de 8 onzas. Además los objetos que transportéis permanecerán invariables, ya que la anilla de la indumentaria sólo modifica la ropa, los complementos y el dinero que llevéis encima.

»Quinta. Sin embargo, la capa también tiene limitaciones, como la de no poder viajar nunca a tu propio pasado. Además, en el caso concreto de esta capa, una vez se ha visitado una época, sólo se puede avanzar en el tiempo saltando, como mínimo, tres trienios. Este condicionamiento termina si transcurren nueve semanas sin que se haya hecho ningún viaje » .

–Eso no lo entiendo –dijo Charlie.

–Quiere decir que si has visitado una época, no puedes viajar más atrás en el tiempo. Sólo puedes ir hacia adelante y dejando, por lo menos, nueve años de separación entre la época que has visitado primero y la siguiente. Únicamente, si dejas de usar la capa durante nueve semanas, puedes empezar de nuevo –aclaró Lisa–. Eso explica por qué no pudimos regresar a Amarna una semana antes de haber conocido a Anjesenpaatón, y la única fecha que pudimos seleccionar en la pulsera era nueve años más tarde de nuestra primera visita.

Charlie asintió con la cabeza y la señora Rotherwick continuó con los demás puntos.

–Sexta. Cada anilla tiene una función específica –dijo–. Una sirve para viajar en el tiempo, otra para escoger el lugar donde se viaja... Pero hay anillas que tienen una función básica y otras que las complementan, perfeccionando y ampliando las funciones de las anillas básicas. En el libro no explica cómo encontrar más anillas, pero tal vez podamos averiguarlo más adelante.

»Séptima. Las anillas pueden funcionar de manera conjunta o individual. Por eso puedes viajar en el espacio sin viajar en el tiempo, o llevar tu ropa actual sin usar la anilla de la indumentaria. Sin embargo, las anillas sólo funcionan si están dentro de la pulsera.

»Octava. Si viajas con un acompañante, este disfrutará de las mismas ventajas que tú, pero

siempre que se haya abrazado a ti cuando pusiste en marcha las anillas de la pulsera. Por tanto, Lisa, irás vestida, entenderás los mismos idiomas y viajarás a los mismos lugares que tu hermano, siempre que te abraces a él en cada cambio que efectúe con la pulsera.

»Novena. El dueño de la capa es también su custodio. Esto es especialmente importante, querido. Capa, pulsera y anillo deben estar bajo tu tutela. Ello no supone que deban estar en el lugar donde tú estás, pero sí bajo tu responsabilidad y custodia. No puedes perder ninguno de ellos y, si ello ocurriera, sólo tienes setenta y dos horas para recuperarlos. De lo contrario, la capa no volverá a obedecerte nunca, aunque seguirás siendo su dueño durante el resto de tu vida».

–Caray, Helen. Menos mal que cuando me quitaste la capa, la recuperé enseguida –dijo el niño–. Si no, la hubiéramos fastidiado.

La señora Rotherwick sonrió levemente y siguió leyendo.

–Décima. Hay otras capas. No especifica cuántas, pero sí que hay distintos tipos, con distintas posibilidades. Lo cual también implica que hay otros viajeros del tiempo.

»Y undécima. Debes utilizar la capa sólo si gozas de una buena salud y tienes un corazón fuerte. Tu organismo se habituará rápidamente a los efectos que causa y pronto dejarás de sentirlos por completo. Pero sólo si estás sano; de lo contrario, la capa será nociva para ti y agravará tu estado».

Al escuchar el último punto, Charlie comprendió por qué él ya no se sentía mal cuando viajaba. También entendió por qué a la señora Rotherwick parecía afectarle tanto, mucho más que a él y a su hermana cuando comenzaron a usar la capa. Hasta ese momento, la enfermedad de la mujer sólo había sido una baza para conseguir que les ayudase, un asunto incierto y poco amenazador que ahora se le antojaba más grave de lo que había creído en un principio. Y fuera lo que fuese lo que ella tuviera, se habría agravado al haberle acompañado en sus viajes. El niño la miró a los ojos, disculpándose en silencio por ello, pero la señora Rotherwick le sonrió con dulzura.

–Tienes en tu poder un artilugio increíble, jovencito –le dijo–. Y me siento muy honrada de que lo hayas compartido conmigo. Nunca olvidaré a Mozart dirigiendo la orquesta, ni te agradeceré lo suficiente que me hayas llevado a ver el estreno de *"La flauta mágica"*.

Lisa se revolvió sobre la silla al escucharla. Estaba claro que su hermano y la señora Rotherwick habían hecho más salidas sin contar con ella.

– ¿De qué está hablando? –inquirió.

–Llevé a Helen a ver una ópera de Mozart –contestó Charlie, mientras sonreía agradecido a la señora Rotherwick por lo que acababa de decir.

–¿Y cuándo fue eso? –volvió a preguntar Lisa, visiblemente molesta.

–La última noche que estuve en su casa –respondió su hermano.

–¡Quiero decir a qué fecha exacta viajasteis, tonto! –le espetó la muchacha.

–30 de septiembre de 1791 –respondió la señora Rotherwick.

–O sea, que sólo podemos ir a buscar el papiro a partir del 30 de septiembre de 1800 –dijo Lisa con un evidente tono de reproche–. ¡Esto es estupendo!

• • •

Jeff Carter, el investigador contratado por Max Wellington para encontrar al enfermo anónimo de peste bubónica, abrió el correo electrónico que acababa de recibir con los datos sobre el caso. A pesar de que la información inicial era escasa y bastante difusa, Jeff sonrió satisfecho.

Adoraba aquellos trabajos. No sólo estaban bien pagados, sino que su grado de dificultad era enorme. Para poder resolverlos era preciso entrar en los sistemas informáticos de importantes organismos públicos y privados que, en teoría, estaban blindados por los mejores especialistas del mundo. Jeff los estudiaba sin descanso hasta encontrar una fisura, un punto débil por donde atacarlos. Cuando finalmente lograba acceder a ellos, se sentía como un caballero entrando triunfante en el castillo enemigo después del asedio.

Aquellas victorias silenciosas eran todo un regalo para su cambiante autoestima. Los sistemas de seguridad no eran los únicos que se rendían ante su inteligencia y astucia superiores; también lo hacía la sociedad entera y Jeff sentía que, al acceder a los datos personales de millones de individuos, los tenía completamente a su merced.

Nada más leer la noticia que Max le había enviado, tuvo un inmediato subidón de adrenalina. Su ágil cerebro ya estaba trabajando.

Extendió el brazo para coger un cuaderno de espiral con cuadrícula y un boli rojo mordisqueado por el extremo. Con caligrafía grande y rápida escribió los pocos datos que le ayudarían a trazar su estrategia.

“Gran Bretaña

Hospitales

Desratización y desinfección muy intensivas”

Después de mirar la hoja durante unos instantes, trazó un enorme círculo alrededor del último punto y se puso a trabajar.

• • •

La señora Rotherwick intentó aplacar los ánimos de Lisa.

–No es tan terrible como parece, querida –dijo–. En realidad no tiene ninguna importancia.

–Yo no diría eso –respondió la muchacha, que aún seguía enfadada.

–Verás, tu madre averiguó que Vivant Denon, uno de los sabios franceses, compró los dos papiros y tres estatuillas a un comerciante de Tebas, seguramente un saqueador de tumbas. Creemos que corresponden a la tumba del sumo sacerdote de Amón, por la descripción que el hombre hizo de la tumba y porque las estatuas representan a un sacerdote y a ese dios.

La mujer mostró unas fotos de las figuras para que los chicos supieran a qué se refería.

–Estas son sólo dos de ellas y están en el Louvre, pero sabemos que Denon depositó las tres estatuas y los dos papiros en el Instituto de Egipto de El Cairo en agosto de 1799 –explicó.

Lisa se relajó un poco al escuchar la fecha, pero todavía debía demostrar su enfado.

–Eso es un año antes de la fecha a la que podemos viajar –puntualizó.

–Lo sé, querida. Pero hasta septiembre de 1801, las tropas inglesas no incautaron las piezas a los sabios franceses. Y eso nos deja un margen de dos años para que podáis ir a buscarlos al Instituto.

–En este caso hemos tenido suerte –refunfuñó Lisa–. Pero estas salidas fuera de guión deben terminarse.

–Te lo prometo –dijo la señora Rotherwick.

Charlie miraba a una y otra como si estuviese presenciando un partido de tenis cuyo resultado no le importase en absoluto. Hacía rato que se había perdido en una marea de datos y fechas que sólo habían logrado impacientarle.

–¿Y si vamos al grano? –propuso–. Entonces, ¿qué es lo que vamos a hacer?

–Charlie, querido. Como he dicho antes, es imprescindible que estudies y conozcas la Historia –respondió la mujer–. Vas a viajar al pasado, y por tanto debes saber todo lo que puedas sobre el momento y el lugar que visitas. No hacerlo sería como ir de turismo a una ciudad desconocida sin contar al menos con un mapa con el que guiarte.

El niño y Lisa la escucharon en silencio, admitiendo que la señora Rotherwick estaba en lo cierto. Apenas habían preparado ninguno de sus viajes anteriores, y eso les había llevado a cometer errores y a llevarse sorpresas poco agradables.

–Pues yo sigo creyendo que antes de hacer otro viaje debemos encontrar la última anilla –dijo Charlie con convencimiento–. Es lo que el profesor dijo que debíamos hacer y cada vez está más claro que llevaba razón.

La señora Rotherwick apoyó la cabeza sobre su mano, valorando la propuesta del niño durante unos instantes. Lisa, por el contrario, resopló sonoramente para mostrar su disgusto.

–Eso sólo nos hará perder más tiempo –objetó la muchacha.

–O ganarlo. Si Helen le va a contar a mamá lo de la capa, prefiero reunir todas las anillas antes, no vaya a ser que luego no pueda hacerlo –argumentó su hermano.

La señora Rotherwick miró a ambos y evitó pronunciarse en aquel momento. Si iban a por la anilla y luego al Instituto de Egipto en El Cairo, tendrían que hacer al menos dos viajes más, algo que ella no había considerado. Pero la postura de Charlie era sensata, máxime cuando iba a estar unido a aquella capa de por vida.

–Se está haciendo tarde y creo que lo mejor es que os vayáis a casa –dijo la mujer–. Esta noche pensaré qué es lo más adecuado y mañana os comunicaré mi decisión. Os espero a la misma

hora que hoy. Y por cierto, Lisa, ahora que nuestra asociación es firme, creo que puedes llamarme por mi nombre de pila, e incluso tutearme.

• • •

En las siete horas que llevaba pegado al ordenador, el investigador Jeff Carter se había comido dos pizzas familiares, medio bote de helado y se había bebido casi dos litros de Coca–cola. Durante este tiempo, además, había hecho importantes progresos que había dejado documentados en su cuaderno de espiral con cuadrícula.

En concreto, había conseguido averiguar que la empresa Absolute Pest Eradication recibió un encargo excepcional y de máxima prioridad de las autoridades sanitarias británicas consistente en desinfectar y desratizar de manera urgente una amplia zona alrededor del Museo Británico, en pleno corazón de Londres.

• • •

Después de cenar, la señora Rotherwick examinó la nota en la que el profesor dejó escritas en latín las pistas que conducían a la última anilla. La mujer hizo una primera lectura y sonrió complacida. Luego se sentó en su escritorio y anotó en un papel los versos traducidos al inglés para entregárselos a los chicos en su próxima cita.

"Aunque reúnas los requisitos

sólo podrás entrar

si formulas el juramento.

Todas las palabras publicadas

encuentran allí su morada

y jamás la abandonarán.

También las mías propias,

que no sólo contienen mis conocimientos

sino la última pieza

de mi preciado secreto."

Luego abrió su ordenador y le escribió a Maggie un breve correo electrónico.

"Me ha surgido un asunto personal que no admite demora. Mañana por la mañana no iré al Museo. Nos vemos después del almuerzo.

Un saludo,

Helen"

• • •

A la tarde siguiente, los chicos llegaron puntuales a su cita.

–Buenas tardes, Helen –dijo Lisa, mientras cerraba la puerta y tomaba asiento.

–Hola, querida –respondió la señora Rotherwick con una amplia sonrisa.

La mujer les ofreció un poco de chocolate caliente y unas galletas primorosamente colocadas en una bandeja.

–Dadas las circunstancias, coincido con Charlie sobre la conveniencia de reunir todas las anillas –dijo–. La verdad es que no sé cómo reaccionarán vuestros padres con todo este asunto de la capa. Y, dado que vas a estar unido a ella de por vida, creo que es mejor que tengas todas las anillas antes de que se lo cuente.

Lisa aceptó las explicaciones de la señora Rotherwick, consciente de que era la postura más lógica, y Charlie asumió aquella pequeña victoria con discreción.

–El profesor ocultó la cuarta anilla en la Biblioteca Bodleian de Oxford –anunció la mujer–, en un ejemplar de la obra que escribió y que está allí depositado.

–¿Cómo lo sabe? –preguntó Charlie sorprendido.

–Anoche traduje los versos –dijo la mujer, a la vez que les entregaba el papel en el que los había transcrito para que los chicos pudieran leerlos–. Veréis, la Bodleian es una de las cinco bibliotecas que almacenan un ejemplar de cada libro editado en el Reino Unido.

–Por eso dice aquí que es la morada de todas las palabras publicadas –interrumpió Charlie, mientras leía la traducción de los versos.

–En efecto, querido –respondió la señora Rotherwick.

–¿Y cómo sabes que es esa y no alguna de las cuatro restantes? –preguntó Lisa.

–Porque sólo en la Bodleian es obligatorio que los nuevos lectores formulen un juramento en el que se comprometen a cuidar los libros, y porque éstos sólo se pueden leer *'in situ'*, pero jamás se prestan. A nadie, ni siquiera al rey Carlos I se le permitió llevarse un libro prestado.

–Pues sí que se lo toman en serio –observó Charlie.

–Y, si lo he entendido bien, el profesor escribió un libro que está en esa biblioteca –dijo Lisa–. Y supuestamente escondió la anilla en ese libro.

–En efecto, así es –respondió la señora Rotherwick–. Sois unos excelentes detectives, chicos. Ahora entiendo que pudieseis encontrar la capa y las anillas vosotros solos.

–Sí, pero en este caso no sé cómo vamos a encontrar un libro en una biblioteca en la que debe haber miles –añadió la muchacha algo intranquila.

–Millones, querida –puntualizó la señora Rotherwick, mientras abría un cajón de su mesa.

–Pues para ser la última anilla, ya nos podía haber puesto un escondite más sencillo –dijo Charlie en alusión al profesor.

–Helen, creo que necesitaremos tu ayuda para averiguar en qué estantería está el libro –dijo Lisa–. Y en qué lugar exacto está esa estantería... aquello debe ser enorme.

–No creo que sea necesario –contestó la mujer dejando en la mesa, justo delante de ellos, un sobre con varias dobleces y el inconfundible sello de lacre con un reloj de arena grabado.

Los dos hermanos la miraron asombrados.

–Esta mañana fui a la Bodleian y pedí consultar el libro del profesor –explicó la señora Rotherwick con expresión radiante–. El sobre estaba oculto en el lomo, en una especie de doble fondo.

–¡Pues sí que le ha resultado fácil! –dijo Charlie.

–Bueno, ser la Responsable de Documentación del Museo Británico tiene que servir de algo –contestó la mujer a la vez que le guiñaba un ojo.

• • •

Jeff Carter había buscado inútilmente el documento sobre el trabajo de desinfección para ver si aportaba algún dato adicional de interés, como el nombre de los operarios que la habían realizado o si se había actuado también en algún domicilio particular. Pero simplemente no estaba en el sistema, todo había sido borrado u omitido.

Jeff sabía que podría llegar a ellos de otra manera, aunque sería algo lento y tedioso, y le obligaría a tratar con personas, cuando él prefería hacerlo con ordenadores.

Estaba claro que debía agarrarse a otro fleco de la investigación para dar con aquella información. Algo malhumorado, echó un vistazo a sus primeras notas sobre el caso.

"Gran Bretaña

Hospitales

Desratización y desinfección muy intensivas"

Jeff mordisqueó el extremo de boli rojo durante unos instantes. Luego, con un movimiento rápido de muñeca, tachó la primera y la última línea. Había llegado la hora de rebuscar en los hospitales de Londres, aunque antes informaría a su cliente de que aquella era la ciudad en la que se habían producido los hechos.

• • •

Lisa abrió el sobre que la señora Rotherwick había dejado sobre la mesa, y sacó de su interior una anilla y un cuadernillo.

–*"Anulus lingua"* –leyó–. ¿Quiere decir que es la anilla del lenguaje?

–Así es, querida –respondió la señora Rotherwick.

–¡Entonces Charlie estaba en lo cierto! –exclamó Lisa–. ¡Con ella podremos hablar con la gente de la época que visitamos!

El niño respondió con un gesto de autosuficiencia.

–A ver si aprendes a confiar un poco más en mí –dijo.

–Como de costumbre, está todo en latín –añadió la muchacha, mientras entregaba cuadernillo a la señora Rotherwick.

La mujer lo hojeó por encima.

–Esta anilla os permite comprender y hablar cualquier lengua que escuchéis –explicó–. ¡Es verdaderamente increíble!

–O sea, que con esto queda resuelto el problema del latín. Ya no hace falta que lo estudie, basta con ponerme la pulsera –observó Charlie.

La mujer sonrió ante la rapidez de reflejos del niño.

–¡Ni el francés! Tampoco tendré que estudiarlo, ni que hacerme chuletas –añadió el niño, pensando en el colegio.

–¿Acaso piensas presentarte al examen con la capa? –le preguntó su hermana con ironía.

La expresión de alegría desapareció repentinamente de la cara de Charlie.

–Bueno, por lo menos puedo usarla para hacer los deberes –dijo el niño.

La señora Rotherwick escuchaba divertida la conversación de los chicos mientras repasaba las páginas una y otra vez, como si intentase encontrar algo.

–Lo que no me queda claro es si sólo sirve para hablar y comprender los idiomas que escuchéis –señaló.

–Pero eso ya es bastante bueno, ¿no crees? –dijo Charlie con convencimiento–. Ojalá la hubiera tenido cuando estuve con Angie.

–Me refiero a que no dice nada sobre comprender las lenguas escritas –explicó la mujer.

–Pero, Helen, nosotros ya sabemos leer –respondió el niño para aclarar tamaña obviedad.

–Tal vez, querido, pero no conocéis más que el alfabeto latino. Únicamente comprenderíais los idiomas que estén escritos con él, pero sólo si al leer los pronunciáis correctamente.

Charlie se quedó callado unos instantes; aquella tarde parecía que a sus acompañantes sólo les importaba aguarle la fiesta.

• • •

Max Wellington leyó el correo electrónico que Jeff Carter le acababa de enviar. No era mucho, de momento, pero estaba seguro de que pronto habría más. En cualquier caso, aquel dato era suficiente para ayudarle a estrechar un poco el cerco.

Max se conectó a la intranet de su agencia de noticias y escribió un aviso dirigido a los informadores que trabajaban en ella.

"Establecida preferencia para cualquier noticia ocurrida en la zona metropolitana de Londres y alrededores. De especial interés serán las relacionadas con sucesos paranormales de todo tipo producidos en lugares históricos o populares, tanto en el presente como en épocas

pasadas.”

Luego le dio al botón de enviar.

Una de las debilidades típicas de los viajeros del tiempo era la de visitar los lugares turísticos o de los que habían oído hablar durante toda su vida para ver cómo eran en épocas pasadas. Si el viajero, como parecía ser el caso, no era una persona cautelosa, solía verse envuelto en situaciones poco agradables, apareciendo súbitamente en algún sitio inadecuado o delante de otras personas. Y con más frecuencia de lo deseable, las cosas se acababan complicando, así que el viajero tenía que desaparecer precipitadamente, dejando tras de sí un rosario de testigos confundidos.

En efecto, los viajeros del tiempo eran los principales responsables de los encuentros con supuestos fantasmas y otros sucesos paranormales de la historia. Y el que Max estaba buscando era tan descuidado que, a buen seguro, ya habría protagonizado más de uno.

• • •

La señora Rotherwick entregó a Lisa la anilla del lenguaje y el cuadernillo, y luego sacó una carpetilla anaranjada que dejó encima de la mesa.

–Bien, haced una prueba justo antes de vuestro viaje para averiguar las posibilidades de la anilla del lenguaje –indicó a los chicos–. Ahora debemos centrarnos en la misión.

Charlie y Lisa asintieron al unísono.

–¿Cuándo nos iremos? –preguntó la muchacha–. Apenas quedan cinco semanas para que se inaugure la exposición, no nos queda demasiado tiempo.

Charlie echó la cuenta y luego se volvió a su hermana.

–Eso es más de un mes –dijo–. Tenemos tiempo de sobra.

–Sí, pero mamá tiene que encontrar antes el papiro –observó Lisa.

–Y sería fantástico presentarlo sabiendo lo que dice, habría que hacer una primera traducción para presentar una visión distinta sobre la reina Nefertiti –añadió la mujer–. Lisa está en lo cierto, apenas nos queda tiempo.

–¿Y por dónde empezamos a buscar?, ¿qué tenemos que hacer? –preguntó Lisa.

–Creo que lo mejor es que vayáis a El Cairo en la primera fecha posible, el 30 de septiembre de 1800, justo nueve años desde nuestra visita a la ópera de Viena –respondió la señora Rotherwick–. En estos papeles tenéis las coordenadas y la fecha que debéis seleccionar. Escoged la indumentaria de clase social media, para no llamar mucho la atención.

–Sí, porque en Viena todo el mundo nos miraba –dijo Charlie–. La verdad es que ibas guapísima, Helen.

La señora Rotherwick sonrió y luego continuó hablando.

–El lugar exacto al que vais es el Instituto de Egipto, fundado por Napoleón para que el grupo

de sabios que le acompañó pudiese desarrollar sus labores. Éste es el plano del edificio, en el que he marcado con una cruz la estancia donde se almacenaban las piezas que se estudiaban y en la que debería estar el papiro. En este recuadro os he apuntado las coordenadas en las que he calculado que estaría el almacén y las de la calle en la que está el Instituto. También he incluido otros datos importantes que podéis necesitar.

–¡Caramba, Helen! Lo tienes todo organizado, así da gusto –comentó Charlie al ver los datos que la mujer había apuntado–. Se parece a las fichas que Lisa se hace cuando estudia.

La mujer inclinó la cabeza para agradecer el comentario y siguió con sus explicaciones.

–Cuando estuvo en el Louvre, vuestra madre consultó el diario de Louis Costaz, el secretario del Instituto. Pues bien, según Costaz, los papiros fueron adquiridos junto con tres estatuas por Vivant Denon, que los dejó depositados en el Instituto para su estudio. Sólo puedo enseñaros las fotos de dos de las estatuas, ya que tampoco hemos podido encontrar la otra.

–Pero, ¿no estamos buscando los papiros? No querrás que encontremos todo... –dijo Charlie un poco confuso con tal aluvión de fotos y datos.

–Paciencia, querido –respondió la señora Rotherwick con suavidad–. Ya sabes que has de documentarte a fondo sobre el lugar y la época que visitas. Una vez allí no podrás averiguar nada que no sepas de antemano. Si conoces las circunstancias en la que se hallaron los papiros, tal vez puedas encontrarlos más fácilmente.

–Si vemos las estatuas, será lógico pensar que también están allí los papiros –dijo Lisa.

–Exacto –afirmó la señora Rotherwick–. Tal vez estén almacenados por separado, o tal vez estén juntos al tener el mismo origen. Recordad que, según dijo Denon, todos pertenecían a la tumba de un sacerdote.

–Reconocer las estatuas será fácil, lo que me preocupa es cómo vamos a identificar el papiro que buscamos –observó Lisa–. Espero que tus sospechas no se cumplan y la anilla del lenguaje sirva también para entender otras escrituras.

La señora Rotherwick asintió, pues los temores de la muchacha eran fundados.

–Como sabéis, creemos que el papiro que tenemos en el Museo es el primero de una pareja. Por tanto, lo lógico es que los dos estén guardados juntos –respondió.

–¿Y cómo los reconoceremos? –preguntó Lisa–. Todos los papiros se parecen mucho.

La señora Rotherwick rebuscó entre los documentos de la carpeta y les enseñó una nueva foto, en la que había señalado varios signos con un rotulador fosforescente.

–Prestad atención. Esta es una foto del papiro que tenemos nosotros –explicó–. Pues bien, hay dos rasgos que os ayudarán a reconocerlo. El primero es este conjunto de signos: una cruz junto a una mujer, este símbolo en forma de río, tres cruces más y una mujer. Significa “bella de bellas” y es el nombre con el que se refieren a la mujer en el papiro.

–¡A Nefertiti! –exclamó Charlie.

–Exacto. Creemos que usan un nombre parecido al suyo, aunque no el verdadero, tal vez para proteger su identidad –respondió la mujer–. Pero es casi seguro que estarán en los dos papiros, porque en sus escritos los antiguos egipcios solían repetir los nombres de las personas continuamente. Además, es demasiado peculiar para que esté en otros papiros, no hay riesgo de equivocarse.

–¿Y la otra pista que nos ayudará a reconocerlos? –preguntó Charlie.

–El que tenemos lleva escrito en su parte trasera *"VD 1/2"*, así que el segundo debería tener un *"VD 2/2"*. Aunque es mejor que verifiquéis también los signos que os he explicado, por si los sabios hubieran enumerado otros papiros de la misma forma.

–Y cuando lo hayamos encontrado, ¿lo traemos? –preguntó Lisa.

–Llevaos la cámara y fotografiadlo. Después tratad de ocultarlo dentro de alguna de estas piezas –respondió la señora Rotherwick, al tiempo que les mostraba unas fotos de otros tantos objetos.

Los niños la miraron sin comprender aquella respuesta.

–Todas ellas han llegado hasta nuestros días –explicó la mujer–. Unas están en el Británico y otras en el Louvre. Tenéis varias opciones para que lo guardéis en la primera que encontréis y luego me decís en cuál está.

–¿Y no sería más fácil traerlo con nosotros? –preguntó Charlie.

La señora Rotherwick permaneció en silencio unos instantes.

–Sí, aunque no sé si debemos –respondió–. Quiero decir, tengo mis dudas para saber hasta qué punto debemos alterar las cosas simplemente porque nos conviene.

–Pero, si lo escondemos, también las estamos alterando. No lo entiendo –añadió el niño.

–Es difícil saber dónde poner los límites, querido. Pero creo que esta es la forma más apropiada de hacerlo.

Charlie se encogió de hombros y Lisa no dijo nada. No entendía la posición mojigata de la señora Rotherwick, ni la compartía; así que, una vez en El Cairo, haría lo que le parecía que tenía más sentido, que no era otra cosa que traerse el papiro consigo.

–¿Qué os parece si vamos mañana? –propuso la muchacha–. Iremos a El Cairo justo cuando volvamos del colegio, y como estaremos de regreso a la misma hora que nos vamos, aún tendremos tiempo para venir a contarte cómo nos ha ido.

–Me parece excelente –respondió la señora Rotherwick–. Os espero mañana a la misma hora. Y traeré una merienda especial para celebrarlo.

• • •

Al día siguiente, de regreso a su despacho tras la hora del almuerzo, la señora Rotherwick se pasó por la pastelería para comprar la merienda que les había prometido a los chicos. "*The Old Bakery*" era uno de sus sitios favoritos, un establecimiento decorado al más puro estilo tradicional

inglés, repleto de encanto y buen gusto. Allí había todo lo que un niño o un adulto con debilidad por los dulces podían soñar; entrar en él era como zambullirse en el cuento de *"Hänsel y Gretel"* sin la amenaza de ser devorado por una bruja malvada. En *"The Old Bakery"* había un amplísimo surtido de casitas de chocolate, tartas decoradas con preciosas figuras de azúcar, dulces tan hermosos que era una pena darles un mordisco y, por supuesto, deliciosos pasteles y bizcochos.

La señora Rotherwick se paseó por las vitrinas, más por admirar los productos expuestos, que por necesidad de comprobar el surtido disponible antes de hacer su elección. Ya tenía decidido que aquella tarde compraría *brownies* y una caja de bombones hechos a mano; a los chicos les encantaba todo lo que llevaba chocolate y aquel era el mejor de toda la ciudad.

Mientras la dependienta preparaba su pedido, la señora Rotherwick tuvo que tomar asiento en una de las mesitas que había a uno de los lados. Era la tercera vez que se sentía indispuesta aquel día.

La mujer pidió un vaso de agua, que la dependienta le sirvió en una pequeña bandeja plateada con una pasta de té y una chocolatina. También le dejó en la mesa la bolsa de papel con su encargo y un platito con la cuenta.

La señora Rotherwick bebió un trago de agua y mordisqueó la chocolatina sin que sus pensamientos le permitieran disfrutar de ella. Sabía que no podía retrasarlo más, que no podía seguir ignorando aquellas señales por más tiempo. Tras apurar el vaso entre suspiros, hizo una breve llamada para hablar con la consulta de su médico, el doctor Harris. Después pagó la cuenta, se despidió de la dependienta y abandonó el establecimiento.

• • •

Charlie y Lisa aparecieron en una enorme sala repleta de objetos de arte egipcio que estaban repartidos en varias estanterías, situadas en las paredes y en el centro de la habitación. Las coordenadas facilitadas por la señora Rotherwick habían sido tan precisas como el resto de su informe y los chicos se encontraban justo en el centro del almacén del Instituto de Egipto.

A pesar del limitado espacio que había para guardar todas las piezas que allí había, era evidente que habían sido colocadas con un mimo rayano en la reverencia, capaz de sobrecoger a cualquier visitante. El intenso sol de la tarde luchaba por abrirse paso a través de un enorme paño que cubría un ventanal de grandes proporciones. Algunos rayos de luz lograban colarse por las rendijas y agujeros del tejido, iluminando pequeñas motas de polvo que flotaban en el aire con una lenta y errática coreografía, y finalmente rebotaban contra el suelo de piedra para desperdigarse por toda la estancia. Los hermanos admiraron maravillados la habitación, dejándose atrapar por su atmósfera mágica y llena de encanto, muy diferente de la distante frialdad de los museos modernos.

De casi todos los objetos pendía un cordel con un pequeño letrero, en el que había escrito lo que parecía ser un número identificativo. Al verlo, Lisa supo que lo primero que debían hacer era dar con el libro de registro, en el que, con suerte, habría anotada una breve descripción de cada pieza y su número correspondiente. De ese modo, podrían localizar rápidamente los que buscaban.

La muchacha revisó unos estantes repletos de libros y documentos, intentando encontrarlo en

alguna de ellas. Debían darse prisa, pues aún era de día y podrían ser descubiertos si alguien entraba en la sala.

–Mírala, está aquí –dijo Charlie, tirando una pieza de tela amarillenta que cubría una gran piedra negra–. La piedra Rosetta. No sé por qué, pero aquí me parece más bonita que cuando la veo en el Museo.

Lisa se acercó para acariciar su superficie con la mano, un gesto que jamás podría realizar en su tiempo.

–No entiendo nada de lo que dice, en ninguno de los tres idiomas. ¿Y tú? –preguntó.

–Yo tampoco –respondió su hermano–. Entonces, Helen estaba en lo cierto y la anilla no sirve con la escritura.

–Cúbrela y busca las fotos de las estatuas –dijo Lisa, a la vez que señalaba la bolsa de tela en la que se había convertido su mochila.

La anilla de la indumentaria había trasformado las ropas de los chicos en el atuendo que vestirían un niño y una muchacha árabe de su misma edad. La vistosa mochila naranja de Charlie era ahora una bolsa de tela con un dibujo artesanal igualmente colorido, pero ninguno de los objetos guardados en su interior había sido modificado por la anilla. Charlie abrió la bolsa, sacó la carpetilla que les había entregado la señora Rotherwick y rebuscó entre los papeles hasta encontrar las fotos de las estatuas. Con ellas en la mano comenzó su búsqueda por toda la estancia, mientras Lisa revisaba los datos históricos que la mujer les había apuntado sobre el plano del edificio.

–Denon trajo las estatuas y los papiros en agosto de 1799 –dijo la muchacha, al tiempo que se acercaba a una estantería en la que había varios libros.

Lisa los observó, intentando encontrar algún indicio que le permitiera averiguar si alguno de ellos podía ser el libro de registro. Las fechas escritas en el lomo de uno de los volúmenes le dieron la pista.

–1798, 1799... tiene que estar aquí –dijo, extrayéndolo y colocándolo sobre una mesa que había unos metros a la derecha.

La muchacha comenzó a pasar las páginas a toda prisa, saltando abruptamente de una fecha a otra, de enero a marzo, de marzo a junio, julio, agosto... Cada vez se sentía más inquieta por los ruidos que llegaban del exterior que, aunque lejanos, indicaban que había actividad en el edificio.

Charlie paseaba comparando las estatuas que había en las estanterías con las de las fotos, ajeno al nerviosismo de su hermana.

–¿Y en qué idioma estaremos hablando? –preguntó el niño–. ¿Tú qué crees?, ¿que será francés, inglés o árabe?

Lisa le oía pero no le prestaba atención. Su cerebro estaba concentrado en detectar cualquier ruido sospechoso y en entender el significado de los datos anotados en el libro del registro. No sólo estaban escritos en francés, un idioma que conocía pero que desde luego no dominaba;

también estaban anotados a mano, con una caligrafía que le parecía casi tan ininteligible como los jeroglíficos egipcios.

–Aquí están –dijo de pronto, mientras sentía que el pulso se le disparaba–. *"Fecha de depósito: 10 de agosto de 1799. Piezas 99–203 a la 99–207. Objetos de la colección de Monsieur Vivant Denon. Dos papiros y tres pequeñas esculturas originarios de una tumba antigua de la ciudad de Tebas, en el Alto Egipto."*

–Repite los números –dijo Charlie.

Pero Lisa no respondió, o mejor dicho, lo hizo con un silencio tan elocuente, que alarmó al niño.

–¿Qué pasa? –preguntó mientras se acercaba a ella.

–Hay más –respondió su hermana, con un tono de voz que no auguraba nada bueno–. *"Fecha de salida: 17 de agosto de 1799. Piezas 99–204 y 99–207. Retiradas por Monsieur Vivant Denon."*

–Hemos venido el 30 de septiembre de 1800, así que se las llevaron hace ya más de un año –observó Charlie.

–No lo entiendo –dijo Lisa pensativa–. ¿Por qué depositó las piezas si pensaba llevárselas sólo siete días más tarde?

–No lo sé –dijo Charlie encogiéndose de hombros–. Ese Denon debía de creer que esto era un banco en vez de un instituto.

–Bien, según esto, aquí quedan tres de las cinco piezas que trajo. Tal vez tengamos suerte y el segundo papiro sea una de ellas. Busca las que estén enumeradas con el 99–203, el 99–205 y el 99–206, mientras yo fotografío y apunto todo.

El niño obedeció y revisó de nuevo las estanterías en las que estaban almacenados los objetos antiguos.

–Están aquí –dijo pasados unos minutos–. Pero sólo hay dos estatuas, las mismas de las fotos que nos dio Helen.

–Son las que están en el Louvre –dijo Lisa, que se había acercado a ellas para fotografiarlas–. Dentro de un año, los sabios franceses las ocultarán para conseguir llevárselas a Francia.

Después apuntó el número de registro de cada pieza en las fotos que les había entregado la señora Rotherwick.

–Vamos a buscar los papiros –indicó.

–Si las cuentas no me fallan, mucho me temo que sólo vamos a encontrar uno –dijo Charlie–. Denon trajo cinco piezas y se llevó dos; y se supone que estas son dos de las tres que quedan.

–Lo sé, pero tenemos que comprobarlo, deprisa –respondió su hermana, cada vez más nerviosa.

Lisa volvió junto a la estantería en la que había encontrado el libro de registro y, al revisar lo que había en ella, vio dos grandes carpetas cerradas con unas cintas anudadas en el borde de las tapas.

–Tienen que estar aquí. Tú mira esa y yo miro esta –ordenó Lisa mientras entregaba una de las carpetas a Charlie.

El niño la apoyó con bastante dificultad sobre la mesa y la abrió.

–Aquí sólo hay dibujos –explicó, volviéndola a cerrar.

Lisa puso la suya sobre la mesa y comenzó a comprobar lo que había en su interior.

–Es la de los papiros –dijo pasándolos con gran delicadeza.

Entre unos papiros y otros, había un papel con la fecha y el número de registro de cada uno. La muchacha se detuvo en una de las hojas y leyó en voz alta.

–"10 de agosto de 1799. 99–203 (papiro enumerado 'VD 1/2') y 99–204 (idem 'VD 2/2'). Retirado por Monsieur Denon el 17 de agosto de 1799." ¡También se lo ha llevado!

Luego, suspiró, pasó la página con las anotaciones y se preparó para enfrentarse a la cruda evidencia. El papiro que tenía delante de sí era el mismo que su madre encontraría doscientos quince años más tarde en los fondos del Museo Británico. Era idéntico al de la foto que les había entregado la señora Rotherwick y tenía los signos que correspondían al nombre con el que se había apodado a la reina Nefertiti. Pero el segundo papiro no estaba; Monsieur Denon lo había retirado a los pocos días de haberlo depositado, sin que los chicos pudieran hallar una explicación lógica para ello.

Lisa miró el papel con las notas unos instantes más, asegurándose de ser ella quien dominaba su hondo sentimiento de decepción y no a la inversa. La última vez que no fue capaz de hacerlo, en la tumba vacía de Nefertiti, acabó pagándolo con su hermano.

Después, fotografió todo con el rigor propio de un investigador profesional.

–Dejemos todo como estaba –dijo–. Es la única manera de asegurarnos de que al menos, lo que hay aquí, llegará a nuestros días y mamá podrá encontrar el primer papiro.

Los chicos volvieron a colocar cada cosa en su sitio, revisándolo varias veces para asegurarse de que aquella visita furtiva no cambiaría el curso de los acontecimientos. También comprobaron con minuciosidad que habían guardado la cámara y todos sus papeles en la bolsa de tela, y no se dejaban nada. Finalmente, se dispusieron a regresar a su tiempo, decepcionados y con las manos vacías. Pero, justo cuando Charlie iba a abrazar a su hermana, ella se separó de él repentinamente.

–¡Espera! –exclamó la muchacha–. ¡Se me ha ocurrido una idea!

• • •

Jeff Carter había descartado los centros de menor importancia para concentrarse en los grandes hospitales de Londres. En ellos quedarían cubiertos la mayoría de los casos graves de la

ciudad y, además, lo lógico era pensar que el paciente acudiría o sería remitido por su médico a alguno de éstos. Centrar su búsqueda en los grandes hospitales suponía aumentar enormemente las posibilidades de éxito.

Aquel caso le estaba resultando verdaderamente difícil, lo que le irritaba sobremanera. El principal obstáculo para acceder a la información que buscaba no radicaba en tumbar los sistemas de seguridad de cada hospital, sino que alguien se había tomado muchas molestias en mantener la confidencialidad del caso. Palabras como "peste", "*Yersinia pestis*" o "enfermedad infectocontagiosa" no aparecían por ningún sitio. Tenían que estar ahí, en el sistema informático de algún hospital de la ciudad, aunque ocultas bajo un ridículo código alfanumérico que habría ideado algún médico con deseos de destacar y que ocultasen el nombre real de la enfermedad y del paciente.

Así que Jeff tuvo que abrir varias búsquedas paralelas para otros términos relacionados con la peste bubónica, pero también con otras enfermedades que eran mucho más habituales, como "insecto", "bubón", "ganglios", "pulga"... y que ralentizaban tremendamente su investigación.

Mientras pensaba de manera obsesiva que aquel encargo merecía una gratificación económica por encima de lo habitual, y que así lo exigiría, abrió varias sesiones en el único ordenador que le quedaba disponible. En ellas buscó información detallada sobre la enfermedad y sobre el funcionamiento del Servicio Británico de Salud.

Al cabo de un rato de leer tediosas explicaciones relativas a la organización administrativa, Jeff sonrió satisfecho, mientras echaba mano de su boli mordisqueado y de su cuaderno de espiral con cuadrícula. Por suerte, había una agencia gubernamental encargada de coordinar los posibles casos de enfermedades contagiosas que pudieran suponer una amenaza para la población. Una agencia que no guardaría con tanto celo los datos del paciente ni de la enfermedad, un organismo oficial que tendría un sistema de seguridad con las mismas debilidades y fisuras que los de otros tantos en los que había conseguido entrar. Su próximo objetivo estaba claro.

• • •

–¿Qué ocurre? –preguntó Charlie aún sobresaltado–. Tienes que dejar de hacer eso, Lisa, o cualquier día volveré a irme sin ti sin darme cuenta. Y piensa que esta vez no podré volver a buscarte hasta que pasen nueve años.

Lisa le miró inquieta. Hasta ese momento no había reparado en que aquello podía llegar a ocurrir y que no tenía ninguna gracia. Para su hermano sería un viaje de ida y vuelta, todo transcurriría en unos segundos; pero, si ella se quedaba atrás, tendría que subsistir nueve años sola en un lugar y una época desconocidos. Y eso sin entrar a considerar cómo conseguirían encontrarse una vez pasado ese tiempo.

–Es cierto, pero es que todavía no podemos marcharnos –respondió–. Y por favor, si volviera ocurrir, preferiría que les dijeras a mamá y a papá que me he escapado de casa y vuelvas a buscarme pasadas nueve semanas. Cualquier castigo será mejor que quedarme atrapada nueve años sabe Dios dónde.

–Lo tendré en cuenta. Pero tú deja de hacer eso.

–Vale, pero es que se me acaba de ocurrir que quizás el papiro y las estatuas no estén en el Instituto, pero tal vez sigan aquí, en El Cairo. Tenemos que intentar encontrar alguna pista o los perderemos para siempre.

Charlie asintió, aunque no tenía ni idea de por dónde podían empezar a buscar.

–La señora Rotherwick llevaba razón cuando dijo que conocer a fondo la época y la historia del momento que visitamos, nos podría ayudar enormemente –continuó Lisa–. Si queremos hacer bien las cosas, debemos estar mejor preparados.

–Sí, pero teníamos que haberlo hecho antes de venir, Lisa. Ahora ya no podemos hacer nada.

–Una vez dijiste que estamos rodeados de personas mayores que saben mucho –explicó la muchacha, mientras abría la carpetilla con documentación que les había entregado la señora Rotherwick–. Por suerte les gusta compartir sus conocimientos con nosotros y, aunque muchas veces me ha parecido un rollo, ahora me alegro de que lo hayan hecho. Verás, esto es lo que haremos.

• • •

Monsieur Costaz estaba en su despacho intentando poner al día el papeleo atrasado. Como Secretario del Instituto de Egipto, era el responsable de que las actividades, reuniones y decisiones relativas a la institución quedasen debidamente documentadas, a pesar de que le supusiera una carga administrativa y burocrática casi insoportable. Monsieur Costaz sabía que su misión y la de los sabios que trabajaban en el Instituto, era realmente elevada. Todos ellos habían seguido al general Bonaparte hasta aquel país dejado de la mano de Dios para realizar grandes descubrimientos científicos, rescatar su glorioso pasado del olvido e introducir los avances propios de una sociedad moderna. Estaban allí para hacer historia. Una misión importante que exigía ciertos sacrificios, y que él estaba dispuesto a realizar con toda su alma. Lo único que no podía soportar, de ninguna manera, era aquel calor denso y húmedo que le asfixiaba, y le hacía sudar de tal forma que su ropa estaba mojada en todo momento.

–Tiene una visita, *monsieur* Costaz –anunció su ayudante, después de llamar a su puerta con dos golpecitos.

–Hoy no espero a nadie –respondió él–. ¿De quién se trata?

–Es una joven –dijo el ayudante–. Ha venido preguntado por *monsieur* Denon y, cuando le he dicho que no estaba, ha preguntado por usted.

–¿Ella le ha dado mi nombre? –inquirió el señor Costaz un tanto extrañado.

–Sí, señor.

–Hágala pasar entonces.

El ayudante salió del despacho y en unos pocos minutos regresó con una joven vestida al uso local y con el rostro cubierto. Monsieur Costaz sólo podía ver sus extraordinarios ojos, verdes e intensos como dos esmeraldas, y una pequeña porción de su tez blanca y pálida. Un aspecto inusual en aquellas tierras lejanas.

–¿Qué deseas? –preguntó a la muchacha sin ofrecerle asiento–. Me han dicho que has preguntado por *monsieur* Denon antes de hacerlo por mí.

–Así es, señor –respondió ella con humildad, aunque en un francés perfecto–. Me envía mi tío, el señor Yusuff. Hace algo más de un año vendió a *monsieur* Denon unas estatuillas y unos papiros que pertenecían a una tumba de la antigua ciudad de Tebas.

–Lo sé –respondió el hombre, que había asistido a la presentación que Vivant Denon hizo al grupo de sabios a su regreso de la expedición por el Alto Egipto.

–Monsieur Denon encargó a mi tío que le avisase si podía ofrecerle alguna otra pieza que fuese interesante –dijo Lisa, manteniendo el engaño–. Es por eso por lo que he pedido hablar con él.

–Monsieur Denon no está aquí.

–¿Y sabe usted su dirección?, ¿dónde puedo encontrarle? –preguntó la muchacha, casi suplicando–. Mi tío se disgusta mucho cuando sus encargos no se cumplen. Es importante que le vea, señor.

–Entiendo, pero *monsieur* Denon se ha ido.

Lisa permaneció en silencio unos instantes, pensando en la forma en que debía proseguir la conversación para averiguar el paradero de Denon sin levantar sospechas. Hasta ese momento, todo estaba saliendo bien; Costaz no había dudado de sus palabras, pero no podía descuidarse y dar un paso en falso.

–Debo darle el mensaje de mi tío, señor –dijo con un tono cercano a la súplica–. Le ruego que me diga dónde puedo encontrarle.

–No lo comprendes, muchacha. Monsieur Denon no está en El Cairo –respondió Costaz–. Regresó a Francia hace ya un año; no podrás verle, ni creo que tu tío vuelva a hacer más tratos con él. Pero, tal vez le complazca saber que el Instituto de Egipto siempre está interesado en adquirir piezas de arte antiguo, si el precio que nos pide es justo.

Lisa asintió agradecida. Ahora debía averiguar si, como parecía, el señor Denon se había llevado el papiro consigo.

–Bien, ¿qué puede ofrecernos tu tío? –preguntó el señor Costaz.

–Mi tío es un hombre difícil, *monsieur*. Me ordenó que comprobase que hablaba con la persona correcta antes de entrar en detalles. Su profesión le hace ser extremadamente desconfiado.

–Sí, supongo que saquear tumbas no es un oficio muy seguro –respondió el hombre con ironía–. Y, ¿qué debes comprobar?

–Debo ver las estatuas y los papiros que mi tío vendió a *monsieur* Denon, para asegurarme de que tratamos con las mismas personas.

–Entiendo, pero tendrás que conformarte con ver sólo unos pocos. Monsieur Denon nos dejó algunos objetos para que los estudiásemos, pero se llevó otros consigo. Dijo que eran una

nimiedad que con las que apenas podría agradecer las maravillas que había visto, pero aun así se los llevó.

Lisa se esforzó en parecer indiferente, aunque se sentía tremendamente agitada. Ahora sabía por qué el segundo papiro no aparecía ni en el Británico ni en el Louvre. Monsieur Denon se lo había llevado a Francia un año antes de que las tropas inglesas requisasen las antigüedades del Instituto de Egipto, y esa era la pista que debían seguir para encontrarlo. Seguro que la señora Rotherwick sabría qué hacer con aquella información. Había llegado el momento de dar la entrevista por concluida y de encontrarse con su hermano, que le esperaba a la entrada del edificio. Pero el interés del señor Costaz era bien distinto.

–Bien, ¿me dirás de qué se trata? –preguntó–. ¿Qué puede vendernos tu tío?

–Bueno, se trata de una simple momia –dijo Lisa, con la idea de que aquello no sería demasiado atractivo.

Sin embargo, en aquellos tiempos, una momia auténtica era un objeto menos conocido y habitual que en el siglo XXI, por lo que la sola idea de hacerse con aquel botín era extremadamente apetecible para *monsieur* Costaz. Una gran oportunidad que no estaba dispuesto a dejar escapar.

–El Instituto estará interesado en verla –dijo, intentando parecer comedido.

–Así se lo haré saber a mi tío. Muchas gracias por recibirme –se despidió Lisa, inclinando ligeramente la cabeza y dándose la vuelta para marcharse.

Luego salió presurosa de la estancia sin reparar en que el señor Costaz la seguía.

–¿Cómo puedo ver a tu tío? –preguntó el hombre, mientras se esforzaba en alcanzarla de camino a la salida.

–Él vendrá a verle –respondió ella, al tiempo que aligeraba más la marcha.

–¿Cuándo? ¿Acaso está en El Cairo? –insistió Costaz–. Dile que estaré aquí trabajando, que venga a verme esta noche. O mejor, voy contigo ahora y averiguo si la pieza nos interesa.

Lisa miró al hombre de soslayo y comprendió que su determinación de acompañarla era absoluta. Los dos llegaron hasta la puerta de salida del edificio y sintieron que el calor de la calle les golpeaba con todas sus fuerzas. Lisa vio a Charlie esperándole con gesto intranquilo en la acera de enfrente. La entrevista se había alargado mucho más de lo esperado; tenía que finalizarla como fuese y lograr quitarse de encima a ese hombre tan persistente.

–Yo le daré su recado, *monsieur*, no tenga cuidado –dijo la muchacha, volviéndose a Costaz y dando un paso para salir del edificio–. Mi tío está fuera de El Cairo, a unas millas de distancia. Pero él vendrá a verle mañana por la mañana, puede estar tranquilo.

El señor Costaz se quedó paralizado unos segundos, como si de pronto comprendiera. Tenía que haberse dado cuenta antes; los ojos de aquella muchacha, el color de su piel, todo en ella resultaba demasiado extraño.

–¿Millas? –preguntó–. ¡Querrás decir leguas!

Lisa no se volvió al escucharle, sino que siguió caminando hasta su hermano tan deprisa como le era posible. Al ver su cara, Charlie presintió que algo iba mal, aunque no tuvo tiempo de reaccionar antes de que Costaz comenzase a gritar al otro lado de la calle y a correr en dirección a ellos.

–¡Espías ingleses! ¡Ayuda, ayuda! –chilló el hombre.

Al oír los gritos, Lisa corrió hasta su hermano, le cogió de la mano y, tirando de él, comenzó a correr por una calle angosta y en cuesta que había a su derecha. Monsieur Costaz les seguía, subiendo la pendiente a duras penas, incapaz de mover su pesado cuerpo a la misma velocidad que los chicos. De pronto, Charlie se paró en seco.

–¡La bolsa! –exclamó–. ¡Me he dejado la bolsa!

Lisa se volvió y miró el lugar al que señalaba su hermano. La bolsa estaba apoyada en la pared, al final de la calle, justo en el sitio en el que Charlie la había estado esperando. Detrás de ellos, a unos diez metros de distancia, Costaz corría jadeante, intentando darles alcance.

–¡Tenemos que volver a recogerla! –suplicó Charlie sin moverse del sitio–. ¡La capa está dentro! ¡Si alguien la coge, nos quedaremos aquí atrapados para siempre!

Lisa permaneció inmóvil unos instantes, intentando analizar la situación. Luego volvió a apretar con fuerza el brazo de Charlie y siguió corriendo calle arriba.

–¡Corre! ¡Corre tan deprisa como puedas! –exclamó–. ¡Tenemos que despistarle!

–Pero... ¡la bolsa! –dijo Charlie, resistiéndose a obedecerla.

–¡La calle es demasiado estrecha! ¡No podemos pasar sin que Costaz nos coja! –respondió la muchacha–. ¡Tenemos que quitárnoslo de encima!

Charlie obedeció a su hermana, intentando controlar sus nervios. Los dos subieron la pendiente a toda velocidad y se metieron por la primera callejuela a la derecha. Monsieur Costaz les perseguía cada vez a mayor distancia, sin lograr alcanzarles. Después de unos minutos, el buen hombre tuvo que detenerse y tomar aire. En cuanto hubo recuperado el aliento, giró la esquina para adentrarse en una calle estrecha y corta, que encontró completamente vacía. El hombre reinició la carrera a duras penas, con la esperanza dar con ellos más adelante. Al oír sus pisadas perderse en la lejanía, los chicos supieron que podían abandonar su escondite. En lugar de huir y tratar de encontrar otra calle que les llevase de nuevo a la plaza, Charlie y Lisa optaron por ocultarse en la entrada de una casa y esperar a que su perseguidor pasara de largo.

Luego retrocedieron sigilosamente por el mismo lugar por el que habían huido, caminando deprisa y tratando de divisar la plaza para ver si la bolsa seguía donde la habían dejado. Pero el trazado irregular de la calle se lo impedía; no podrían descubrirlo hasta que llegasen a la misma plaza.

–Por favor, por favor, por favor –rogaba Charlie para que nadie se hubiera llevado la bolsa.

Lisa le oía, esforzándose en no contagiarse con la angustia de su hermano, mientras trataba de recordar cuánto tiempo dijo la señora Rotherwick que tenían para recuperar la capa antes de que Charlie perdiera su control sobre ella para siempre. ¿Eran cuarenta y ocho o setenta y dos horas? La muchacha lamentó no haber estado más atenta a todos los detalles, a pesar de que la mujer les advirtió que eran importantes.

Juntos avanzaron unos metros y la plaza en la que estaba el Instituto de Egipto apareció, por fin, ante ellos. Ambos la recorrieron con la mirada, sin dejar de caminar, hasta localizar el punto exacto en el que Charlie estuvo esperando a su hermana. Pero la bolsa de tela ya no estaba allí. Simplemente había desaparecido.

• • •

Los chicos entraron presas del pánico en la plaza, mirando en todas direcciones para intentar encontrar la bolsa. El sol de la tarde brillaba todavía con mucha intensidad, cegándoles y aumentando su desconcierto.

Charlie apoyó la mano derecha en la frente a modo de visera. Como si fuera un vigía improvisado, oteó la plazuela de un extremo a otro, hasta que divisó un niño egipcio que sostenía la bolsa en sus manos y se disponía a marcharse por una calle adyacente.

–¡Allí! –dijo señalando con el dedo.

Charlie corrió enfurecido, dispuesto a arrebatarle a aquel ladrón lo que era suyo. Lisa le siguió, rezando para que los poderes de la capa se mantuvieran a pesar de que ya no estaba bajo la custodia de su hermano.

–¡Oye, tú! ¡El de la bolsa! –gritó Charlie mientras corría hacia el ladronzuelo–. ¿Es que estás sordo o qué te pasa?

El niño que llevaba la bolsa se detuvo en seco para darse la vuelta. En ese momento, Charlie reparó que su contrincante era algo más alto que él y bastante más corpulento. Y que su expresión no era en absoluto amistosa.

–¿Qué quieres? –preguntó el niño con brusquedad.

–La bolsa –dijo Charlie sin amilanarse–. Es mía.

–La he encontrado yo. Así que ahora es mía.

Lisa se acercó despacio, valorando si valía más la pena mediar en la disputa o arrebatar la bolsa al chico sin más; pero éste la tenía bien asida y su mirada era claramente desafiante. Ninguna de las dos opciones sería fácil.

–Pero es que la necesito –dijo Charlie, procurando que aquello no sonase a súplica.

–¿Y a mí qué? –contestó el chaval.

Charlie respiró hondo, intentando controlar la rabia y las ganas de partirle la nariz a su adversario. Era una pena que no hubiera una anilla capaz de proporcionar súper poderes para vencer en todas las peleas.

–Tal vez te la podamos cambiar por algo –propuso Lisa.

–No tenéis pinta de tener nada que yo quiera –afirmó el niño con desdén, al tiempo que abría la bolsa para calcular el valor de su mercancía.

Lisa se palpó las ropas. Recordaba que había salido de casa con dinero en los bolsillos. Dos billetes de cinco libras y unas cuantas monedas. No recordaba la cantidad exacta, pero debía tener más que suficiente. Aquel pillo tenía pinta de ser una buena pieza, así que más valía andarse con ojo para que no les desplumara por completo. La muchacha metió la mano en el bolsillo, agarró unas pocas monedas y las sacó para enseñárselas al chico.

–Tengo dinero –afirmó.

El niño egipcio miró la mano con cierto recelo y luego volvió a revisar el contenido de la bolsa. Dentro había una prenda negra que brillaba a luz del sol y cambiaba de color pasando de negro a azul oscuro, de azul oscuro a azul cobalto. Nunca había visto un tejido ni remotamente parecido, aunque intuía que sería bastante valioso.

–Con eso no tienes ni para comprarme la bolsa –dijo, dándose la vuelta inmediatamente–. Me voy a mi casa.

–¡Espera! –gritó Lisa, agarrándole del brazo–. Está bien, subiré mi oferta. Te doy esto por la bolsa.

La muchacha sacó todo el dinero que llevaba y se lo mostró al niño. El pilluelo sonrió con picardía y lo cogió para guardarlo en el bolsillo.

–¡Un momento! –espetó Charlie bastante nervioso–. ¡Dale la bolsa a mi hermana!

Sin dejar de sonreír, el chaval tiró de la capa hasta sacarla y después le entregó la bolsa a Lisa.

–Pero, ¿qué haces? –preguntó Lisa horrorizada.

–En el precio has incluido sólo la bolsa, pero no has dicho nada de esta tela, así que sigue siendo mía –respondió el niño con chulería–. Si la quieres, tendrás que pagarla aparte.

–¡Te voy a...! –exclamó Lisa enfurecida, mientras apretaba el puño para soltarle un derechazo en la nariz al niño.

Pero Charlie la sujetó el brazo, indicándole que se calmara.

–Mira –dijo con la vista puesta en la calle por la que habían bajado. Costaz caminaba por ella, resoplando y completamente empapado en sudor. No pasaría demasiado tiempo antes de que les viera.

–Está bien, ¿qué quieres? –preguntó Charlie con firmeza.

–¿Qué tienes? –inquirió el niño, disfrutando con el control que tenía sobre ellos.

Charlie dudó unos segundos mientras veía a Costaz entrar en la plaza y encaminar sus pasos hacia el Instituto de Egipto. Por suerte parecía que el hombre no les había visto.

–No tengo dinero, aunque tal vez esto te interese –contestó Charlie, mientras sacaba la linterna de su bolsillo.

Aquel objeto permanecía inalterado, pues la anilla de la indumentaria podía transformar únicamente la ropa, los complementos y el dinero; y la linterna no correspondía a ninguna de las tres categorías.

El niño egipcio la miró sin decir nada. Aunque le intrigaba bastante, no podía mostrar su interés si quería conservar su ventaja negociadora sobre esos dos pardillos. Lisa le miró, haciendo un esfuerzo por controlar la tensión; y luego a Costaz, que caminaba por la plaza arrastrando los pies y con gesto distraído. Charlie también se fijó en su rival y en el maldito gesto impasible que exhibía. Así que pulsó el botón de encendido y apuntó directamente a la cara de aquel listillo.

–¡Y la luz se hizo! –exclamó.

–¡Por Alá! ¿Qué estás haciendo? –gritó el niño egipcio, dando un paso hacia atrás.

–En la oscuridad se ve más –explicó Charlie–. Igual que la luz de las velas o de una antorcha.

El niño extendió la mano hacia la linterna, como si necesitara cogerla para poder observarla con más detenimiento.

–Antes la capa –exigió Charlie, mientras ocultaba la linterna tras su espalda, consciente de que estaba negociando con un tramposo.

–Y rapidito, que tenemos prisa –añadió Lisa, pegándole un pequeño codazo a su hermano.

Los gritos del pilluelo parecían haber llamado la atención de *monsieur* Costaz, que se había detenido a unos metros de la entrada del Instituto y miraba en distintas direcciones para buscar de dónde provenían. Parecía no haberles visto, y de ser así, no parecía haberles reconocido; al menos por el momento.

Charlie volvió a sacar la linterna para que el chico la viera, encendiéndola y apagándola una vez más. No estaba seguro de si quedaba mucha pila, así que optó por ser prudente.

–Ya has oído a mi hermana, tenemos prisa –dijo al tiempo que extendía una mano para que el chico le diera la capa y con la otra sujetaba la linterna con todas sus fuerzas.

El niño egipcio le miró a los ojos, le entregó la prenda y cogió la linterna en cuanto Charlie abrió la mano para indicar que el trato estaba cerrado. Acto seguido salió corriendo a toda velocidad por la callejuela que había a unos metros de distancia.

Charlie sonrió con suficiencia al ver escapar a su contrincante con el rabo entre las piernas. Luego se volvió a su hermana, esperando encontrar una expresión de satisfacción en su cara. Pero Lisa no parecía satisfecha, ni siquiera un poco contenta. Más bien se la veía tensa, por no decir desencajada.

–¡Maldita sea! –farfulló, cogiendo la capa para colocarla en los hombros de su hermano.

Charlie miró en dirección al Instituto de Egipto, seguro de encontrar al causante de esa

reacción. En efecto, *monsieur* Costaz caminaba hacia a ellos dando grandes zancadas.

–¡Tenemos que volver! ¡Deprisa! –exclamó Lisa, mientras abrochaba los botones de la capa–. ¡Cambia las anillas de la pulsera!

–¡La cambié mientras te esperaba! –contestó el niño, agachándose para recoger la bolsa que había quedado en el suelo–. ¡Cuando acabes nos vamos!

Costaz observaba a los chicos, preguntándose por qué diablos no huían de él. En lugar de eso, estaban muy agitados y discutían, mientras la muchacha vestía al niño con una espesa capa negra a pesar de terrible calor de la tarde. Estaba claro que había algún desacuerdo importante entre ellos o que estaban tramando algo. En cualquier caso, no tendría mejor ocasión para atraparles, así que, a pesar de estar sofocado y completamente exhausto, consiguió reunir sus últimas fuerzas y empezó a correr hacia los chicos.

Lisa abrochó el último botón de la capa y cogió a su hermano del brazo para comprobar la posición de todas las anillas. Luego levantó la mirada y se cruzó con la de Costaz, que ya estaba a unos pocos metros de ellos.

El hombre se esforzaba en dar unas zancadas más cuando les vio fundirse en un abrazo, quizás rindiéndose al ver que no tenían escapatoria. Y, justo cuando se disponía a estirar el brazo para agarrarles, ocurrió algo increíble y totalmente inesperado: los chicos desaparecieron delante de sus narices, esfumándose como un espejismo en pleno desierto.

Costaz siguió corriendo unos metros, empujado por la inercia y sin fuerzas para ordenar a sus piernas que se detuvieran. Cuando consiguió pararse, se frotó fuertemente los ojos sin comprender lo que había ocurrido. Aquella tarde hacía mucho calor, de eso no había ninguna duda. Estaba agotado, totalmente empapado en sudor y al parecer también había empezado a sufrir alucinaciones.

• • •

Charlie se separó de Lisa y se dejó caer en el suelo del desván.

–¡Casi nos pilla! –dijo en alusión a Costaz.

–Prefiero no pensar qué hubiera ocurrido si llega a agarrarnos –comentó Lisa–. ¿Crees que la capa le hubiera traído aquí con nosotros?

–¡Menudo lío! –respondió Charlie bastante divertido con la idea–. Sería gracioso que la casa se nos empezase a llenar de gente de otras épocas. ¿Qué crees que diría mamá si le traemos a cenar a un personaje de sus historias? Doctor Livingstone, mi madre. Mi madre, el Doctor Livingstone –continuó, simulando una presentación imaginaria.

–¡Por Dios Santo! ¡Prefiero no pensarlo! –contestó su hermana, divertida y a la vez horrorizada ante aquella posibilidad–. Será mejor que guardes la capa, no sea que entre papá.

–Por cierto, ¿qué le dijiste a ese hombre para que se enfadara tanto? Te estaba sonriendo y de pronto se puso muy serio, y empezó a gritar que éramos espías.

–No lo sé –respondió Lisa pensativa–. No estoy segura si fue por lo de la momia o por las millas.

Charlie se encogió de hombros, sin comprender.

–¿Y qué hay del papiro? –preguntó.

–Denon se lo llevó, como decía en el registro. Se marchó con él a Francia hace más de un año, quiero decir, en agosto de 1799.

La muchacha cogió la mochila naranja de su hermano, que había recobrado su forma original, y sacó la cámara de fotos.

–Vamos a ver a Helen y se lo contamos. Seguro que ella sabe por dónde tenemos que seguir la pista –dijo–. No le digas nada de lo que ha pasado, ni que he hablado con Costaz ni que tenemos las fotos. Si cree que hemos corrido algún tipo de peligro, le contará a mamá lo de la capa y no podremos ir a Francia a buscar el papiro.

Los chicos salieron del desván y entraron a la biblioteca para decirle a su padre que se iban al Británico. Pero antes de marcharse, Lisa no pudo resistirse a dejar su curiosidad insatisfecha y se volvió hacia su padre.

–Oye, papá, ¿en la antigüedad se usaban las leguas o las millas? –preguntó.

–Eso depende del sitio en el que estuvieras. Las dos son unidades de medida antiguas, pero la milla se utilizaba y se sigue utilizando en países con tradición anglosajona. La legua se utilizaba en muchos países europeos, pero desapareció cuando se introdujo el Sistema Métrico Decimal.

–O sea, que se podía deducir qué procedencia tenía una persona por la medida que utilizara –concluyó Lisa–. Si usaba la milla era inglés y si usaba la legua era de algún otro país, como por ejemplo, Francia.

–Bueno, esa podía ser una forma de averiguarlo –afirmó Marcus.

Lisa suspiró al escucharle. Era obvio que la señora Rotherwick llevaba razón al decir que debían prepararse y estudiar todo lo que pudieran para preparar sus viajes. Y no sólo se trataba de saber Historia, sino de conocer perfectamente la época que visitaban. Cualquier detalle, cualquier palabra de más, podía delatarles. Y tanto ella, como en especial su hermano, tenían una irrefrenable predisposición a hablar más de la cuenta.

CAPÍTULO XVII: E. Milford

Jeff Carter reunió los datos que tenía hasta ese momento. A través de los correos electrónicos de la agencia gubernamental había podido averiguar que el enfermo de peste bubónica fue tratado en el Hospital St. Thomas de Londres, donde ingresó a través del servicio de urgencias. Pero, por más que había indagado, en el sistema informático del hospital no quedaba ningún rastro sobre el paciente ni su enfermedad. Todo parecía haber sido eliminado para asegurar la confidencialidad de aquel asunto, seguramente mediante la utilización de una clave alfanumérica para referirse a su nombre o a su enfermedad.

Sin embargo, sabía por experiencia que, por muy bien que se intentasen hacer las cosas, siempre se producía un desliz y se dejaba algún fichero olvidado en la inmensidad cibernética con algún dato susceptible de ser rastreado. Sólo había que tener la paciencia y la inteligencia necesarias para encontrarlo.

El St. Thomas contaba con un sofisticado sistema informático que, entre otras utilidades, proporcionaba al cuadro médico una información ágil y precisa sobre el estado del paciente. El laboratorio trabajaba a pleno rendimiento las 24 horas del día, haciendo *in situ* todo tipo de análisis clínicos y presentando los resultados en un documento '.pdf' que el facultativo podía consultar desde cualquier terminal con tan sólo introducir sus claves y nombre de usuario.

El investigador sonrió maliciosamente, convencido de que aquel era el eslabón perdido, el descuido en el que nadie había reparado. El nombre real del enfermo estaría en los resultados de su análisis de sangre. Nadie lo habría sustituido por el nombre en clave que le habían dado a conocer su diagnóstico; simple y llanamente porque, un documento '.pdf' era como una foto del original, así que una vez creado, no se podían modificar los textos.

Antes de empezar a buscarlo, comprobó la fecha de ingreso del paciente indicada en los correos de la agencia gubernamental. Acto seguido abrió la pizza Margherita que acababa de recibir y se dispuso a leer, uno a uno y por orden cronológico, todos los análisis de sangre que se habían hecho en el Hospital St. Thomas desde aquel día.

• • •

Lisa y Charlie entraron en la '*Cancillería'* sin que en sus rostros se reflejase el dulce sabor de la victoria.

–Hola, Helen –saludó Charlie al entrar–. Tenemos una noticia mala... y otra mala. ¿Cuál quieres oír primero?

Al escucharle la señora Rotherwick sonrió, aunque la situación no tenía ninguna gracia. Los chicos parecían llegar con las manos vacías y ella sabía que se estaba acabando el tiempo.

–Empecemos por las malas –contestó con amabilidad–. ¿Qué ha pasado?

–Sólo hemos encontrado el papiro que tenemos en el Británico –anunció Lisa–. El segundo no estaba allí, *monsieur* Denon se lo había llevado un año antes.

La muchacha lamentó en silencio la visita de su hermano y la señora Rotherwick a la ópera de Viena. Aquel viaje les había negado la posibilidad de hacerse con el segundo papiro y entregárselo a su madre, pero se abstuvo de hacer ningún reproche en voz alta. Aquello ya era inevitable y una nueva discusión podía echar a perder las cosas. La sola idea de que hiciesen un nuevo viaje incomodaría tremendamente a la señora Rotherwick, así que era mejor dejar que todo transcurriera de la manera más relajada y natural posible.

–Sí –apostilló Charlie–. Ese Denon se lo llevó a Paris, junto con la estatua que tampoco encontráis.

–Vimos el libro de registro del Instituto –explicó Lisa–. El señor Denon depositó las piezas el 10 de agosto de 1799 y las retiró el día 17 del mismo mes, sólo siete días más tarde. Curioso, ¿no? Quiero decir, que no tiene mucho sentido registrarlos para llevárselos una semana después.

–¿Has dicho el 17 de agosto de 1799? –preguntó la señora Rotherwick–. ¡Dios Santo! ¡Pues claro!

Los chicos la miraron expectantes; sin duda la mujer conocía perfectamente los hechos históricos y aquella fecha tenía pleno significado para ella.

–El 22 de agosto de 1799, Napoleón embarcó en el puerto de Alejandría en el mayor de los secretos para evitar ser capturado por la flota británica –dijo la mujer–. La campaña de Egipto parecía alargarse y Francia tenía otros frentes abiertos en el Continente, donde las cosas no marchaban demasiado bien. Así que Napoleón dejó al general Kléber al mando de las tropas y regresó a París con algunos hombres, entre los que se encontraba Vivant Denon. Como os he dicho, este viaje se organizó con gran secreto, así que, cuando Denon depositó las piezas en el Instituto, aún no debía de saber que regresaría a Francia unos días más tarde.

–O sea, que tenemos que encontrar al tal Denon en París para dar con el papiro –afirmó Lisa, intentando anticiparse a la jugada.

La señora Rotherwick se quedó en silencio, aunque su gesto serio dejaba claro que aquella propuesta no le gustaba nada.

–Vamos, vamos, Helen. No pongas esa cara, estamos muy cerca de conseguirlo –añadió Charlie con tono desenfadado–. Ya has visto que hemos ido a El Cairo y no ha pasado nada. Si tú planificas el viaje, todo irá sobre ruedas, te lo aseguro.

La mujer suspiró profundamente. No deseaba abrir una nueva discusión con los chicos, se sentía demasiado cansada para enfrentarse a ellos. También ansiaba que dieran con el papiro o con una pista que permitiese a Maggie encontrarlo, y poder celebrar el hallazgo junto a los Wilford.

–Está bien –respondió resignada–. Pero este será vuestro último viaje en el tiempo. Después, sea cual sea el resultado, se lo contaremos a vuestros padres. Y me gustaría que os comprometierais a respetar este acuerdo.

Los chicos bajaron la vista aceptando las condiciones.

–Venid a verme el lunes. Para entonces tendré preparada la información necesaria –prosiguió la mujer–. Espero que esta vez tengamos más suerte.

–¡Pues claro, Helen! –contestó Charlie–. Ya verás cómo encontramos el papiro y todo sale bien. Contigo en el equipo, nada puede salirnos mal.

La mujer miró con cariño a aquel niño flaco y pecoso. Realmente le divertían sus comentarios, llenos de desparpajo y simpatía.

–No me has dicho cuál era la segunda de tus malas noticias, querido –dijo sonriendo.

–¡Ah, bueno! –contestó él, encogiéndose de hombros y estirando la mano para alcanzar otro *brownie*–. Tal y como dijiste, no entendemos otros idiomas escritos. Un fastidio, supongo.

• • •

Jeff Carter cerró el documento que acababa de leer y pasó al siguiente; el número 588, según sus cuentas. Primero dio un vistazo rápido a los indicadores habituales para mirar con más detenimiento otros más específicos. No había leído más que un par de ellos cuando propinó un puñetazo en la mesa. Ahí estaban, por fin había encontrado los análisis de sangre en los que la presencia de la bacteria *Yersinia pestis* era positiva. Y lo que era aún mejor; tal y como había sospechado, el nombre del paciente era el auténtico, no estaba camuflado bajo un estúpido código alfanumérico. Había llegado el momento de dar aquel trabajo por terminado y de mandar un correo con sus conclusiones a su cliente, John Smith, el seudónimo utilizado habitualmente por Max Wellington.

"Estimado señor Smith,

El paciente se llama E. Milford, y fue ingresado en el Hospital St. Thomas de Londres a través del servicio de urgencias el 4 de marzo. Tres días más tarde fue dado de alta.

Como era previsible, su identidad ha sido totalmente suprimida en los sistemas informáticos del hospital y protegida bajo el código A95LT. Dar con él ha supuesto un esfuerzo más que considerable, que he dejado debidamente reflejado en la minuta adjunta.

Si desea que le facilite cualquier otra información sobre E. Milford, hágamelo saber, aunque dicho encargo será considerado independiente de éste.

Le ruego se sirva abonar mis servicios en la cuenta corriente habitual.

Un saludo,

Jeff Carter"

Quince minutos más tarde Max Wellington había leído la misiva.

Max sabía que la profesionalidad de Jeff Carter estaba fuera de toda duda. Era uno de los mejores hackers del mundo y su orgullo no le permitiría, jamás, realizar un trabajo incompleto o errado. Pero, según sus conclusiones, las iniciales del enfermo serían "E.M." y no se corresponderían con las letras "C.W." que estaban grabadas en la brújula encontrada en la

excavación del paleontólogo Oswald Butler.

En este punto, sólo cabían dos explicaciones posibles. La primera era que se tratase de dos personas distintas, dos viajeros ciertamente descuidados que hubiesen entrado en escena al mismo tiempo. La segunda, mucho más plausible, era que se tratase de un solo individuo y hubiera alguna explicación para aquella discordancia.

En cualquier caso, contaba con una pista bastante sólida que podía seguir para aclarar las cosas.

Max escribió un e–mail con su respuesta:

"Estimado Sr. Carter,

Sus honorarios serán abonados inmediatamente.

Quisiera encargarle la lista de personas residentes en Londres y alrededores que respondan al nombre E. Milford, incluyendo su nombre de pila, dirección y número de teléfono.

Cordialmente,

John Smith"

• • •

El lunes a la hora del almuerzo, la señora Rotherwick optó por quedarse en su despacho para terminar varios asuntos que no admitían demora. Estaba redactando un informe a ritmo vertiginoso, cuando su teléfono móvil la interrumpió bruscamente. La mujer contestó al aparato mientras salvaba el documento, sin mirar quién efectuaba la inoportuna llamada.

–¿Dígame? –preguntó.

–Buenas tardes, Helen –respondió una voz con un timbre dulce y maneras amables.

Sin embargo, la señora Rotherwick se sobresaltó al reconocer a su interlocutor.

–Soy Suzanne, la enfermera del doctor Harris –se presentó la voz.

–Buenas tardes, Suzanne. ¿Qué desea? –dijo la señora Rotherwick, intentando serenarse.

–El doctor Harris me ha pedido que le pregunte si podría venir a vernos esta tarde –contestó la enfermera–. Para el día que tienen cita, le ha surgido la oportunidad de asistir a unas conferencias en las que está muy interesado y nos haría un gran favor si pudiésemos cambiarlo.

–Cuánto lo lamento, pero esta tarde tengo una visita que no puedo cancelar –dijo la señora Rotherwick–. Pero, dígame, ¿han recibido ya los resultados de mis pruebas? No quisiera ir si aún no los tienen...

–Sí, por suerte los hemos recibido esta mañana –respondió la enfermera con suavidad–. ¿Y mañana? ¿Podría usted acercarse por aquí?

–Bueno, es que... –trató de resistirse la señora Rotherwick.

–El doctor Harris le quedaría muy agradecido –le interrumpió la enfermera con cortesía–.

Para él es un asunto importante.

–Está bien, iré mañana –capituló la señora Rotherwick.

–Excelente, Helen, muchas gracias. ¿Le viene bien sobre las diez?

–Será mejor por la tarde.

–¿A las tres?

–Mejor sobre las cuatro y media.

–Bien, hasta mañana entonces. Y gracias de nuevo –dijo la enfermera, justo antes de colgar el teléfono.

Luego se giró hacia el doctor Harris, que había seguido toda la conversación a su lado.

–Arreglado, doctor. Viene mañana por la tarde –le dijo–. Realmente, esa mujer es un hueso duro de roer.

• • •

Poco después de regresar de su visita semanal a la oficina de correos James Farley, Max recibió el encargo que le hizo a Jeff Carter un par de días atrás: la *lista Milford*. El nombre completo, la dirección y el teléfono de las quince personas que respondían al nombre E. Milford y residían en Londres o en sus alrededores. También incluía su número de teléfono, por lo que sería fácil poder contactar con todas ellas.

Max los revisó y se puso manos a la obra. Tenía prisa por averiguar cuál de ellos era su misterioso viajero.

• • •

Los chicos llegaron puntuales a su cita con la señora Rotherwick. A pesar de que en aquella ocasión tampoco había nada que celebrar, la mujer tenía preparada una merienda igual de magnífica que en su última visita. Charlie tomó la iniciativa, cogiendo uno de los pastelillos que había sobre una pequeña bandeja y exponiendo los detalles de su próximo viaje.

–Bien, entonces iremos a París para ver al señor Denon el 30 de septiembre de 1809 –dijo para impresionar a sus acompañantes.

La señora Rotherwick le sonrió complacida.

–Muy bien, querido –respondió–. Aunque no tendréis oportunidad de verle.

El niño la miró intrigado, sin comprender a qué se refería.

–Veréis, éste es Dominique Vivant Denon –explicó la mujer, mostrándoles la foto de un retrato–. Un hombre muy culto y polifacético que a lo largo de su vida tuvo ocupaciones tan variadas como la de diplomático, escritor, artista o coleccionista de obras. Pero en 1809 era, además, el Director del Museo Napoleón, conocido en la actualidad como el Museo del Louvre.

Charlie escuchó toda aquella explicación preguntándose qué tenía que ver con lo que él había

dicho.

–Entre sus muchas responsabilidades, el señor Denon era el encargado de ampliar los fondos del Museo, a menudo con piezas confiscadas en los países que Napoleón conquistaba –explicó la mujer–. Por ello, en 1809, Denon se marchó para seguir la Campaña de Austria y no regresó a París hasta el 26 de noviembre de aquel año.

–Pues mucho mejor, porque así podemos ir a su casa y buscar el papiro entre sus cosas con tranquilidad, sin peligro de ser sorprendidos –observó Charlie.

–Bueno, yo no diría eso, querido –dijo la mujer–. Es previsible que su casa esté bien vigilada, porque estaba dentro del museo. Era uno de los privilegios de su cargo.

–No creo que tenga demasiada importancia –añadió Lisa–. Nuestra visita será breve y, por supuesto, tendremos el mismo cuidado que en ocasiones anteriores.

–En esta carpeta os he preparado la documentación habitual, una copia con la foto del papiro, un plano con las coordenadas detalladas del apartamento de *monsieur* Denon y otro del Louvre. Utilizad la indumentaria de clase alta. Si alguien os sorprende, creo que provocará menores reticencias.

Lisa cogió la carpeta y hojeó su interior rápidamente.

–Iremos mañana por la tarde y vendremos después a contarte cómo nos ha ido –dijo.

–Mañana por la tarde debo hacer algunas gestiones y no vendré al Museo, querida –respondió la mujer–. Pero nos veremos pasado mañana, si os viene bien. Lo mejor será que mañana os dediquéis a preparar el viaje y vayáis a París pasado mañana por la tarde. En cuanto estéis de regreso, venid a verme.

–De acuerdo –dijo la muchacha con sonrisa relajada–. Hasta el miércoles entonces.

Luego se levantó y se dispuso a marcharse. Charlie la miró confuso, bastante sorprendido por la corta duración de la visita. Todo iba bien, aparentemente. Lisa parecía llevarse bien con la señora Rotherwick y aceptaba por completo las instrucciones que la mujer les daba. Sin embargo, conocía a su hermana demasiado bien para saber cuándo estaba fingiendo. Y esa tarde había fingido todo el tiempo, aunque no alcanzaba a adivinar qué motivos tenía para ello.

• • •

A pesar de la diferencia horaria, Max Wellington había hecho importantes averiguaciones sobre cinco de las quince personas de la lista.

Edgar Milford era un jubilado de 73 años con una dolencia renal crónica diagnosticada dieciocho meses atrás. Aquella enfermedad le descartaba por completo pues, si en su estado hubiese visitado la Prehistoria y la época de Tutankamón, ya estaría muerto. Los dos viajes se habían hecho a épocas remotas y dejando un lapso de tiempo muy corto entre uno y otro, por lo que sólo una persona con buena salud podía haberlos realizado.

Emily Milford, una mujer de 40 años, con dos hijos, deportista y con un estilo de vida

saludable; un perfil óptimo para ser una viajera del tiempo. El único inconveniente era que en la fecha en la que se produjo el ingreso del paciente infectado con *Yersinia pestis*, Emily estaba fuera del país por motivos profesionales. Descartada.

Eric Milford, un bebé de siete meses. Descartado.

Esther Milford, una mujer diabética de 25 años. Controlar su enfermedad y viajar en el tiempo sería un gran reto, pero no una situación insalvable. Sin embargo, no tenía demasiado sentido que viajase llevando chocolate consigo. Posible pero improbable.

Edward Milford, un hombre de 37 años, soltero, profesor de Historia en un colegio de la capital, culto y distinguido. Era un buen candidato y gozaba de una excelente salud, hasta el punto de que el señor Milford no dejó de impartir ninguna de sus clases ni de asistir al centro escolar en el que trabajaba durante los últimos quince días, incluyendo las fechas en las que el enfermo de peste estaba ingresado en el hospital. Corroborado por la secretaria de la escuela y la jefa de estudios. Descartado.

Max miró el siguiente nombre de la lista y se dispuso a hacer una nueva llamada.

• • •

Antes de bajar a cenar, Charlie entró en la habitación de Lisa para averiguar sus verdaderas intenciones. El niño la encontró sentada en la cama, revisando la documentación que la señora Rotherwick les había entregado.

–¿Qué haces? –preguntó.

–Preparar el viaje –respondió ella sin levantar la vista de los papeles.

–¿Y por qué no lo haces mañana, como nos ha dicho Helen?

–Porque mañana no tendremos tiempo –contestó la muchacha.

Charlie la miró a los ojos, invitándola a que compartiera sus planes con él.

–No tiene ningún sentido esperar a pasado mañana, ni ir en la fecha que nos ha dicho ella –dijo Lisa–. Iremos mañana por la tarde, pero lo haremos al 30 de noviembre de 1809, cuando Denon ya había regresado a París.

–¿Y para qué quieres hacer eso? –preguntó su hermano.

–Primero iremos a la casa de Denon a buscar el papiro –explicó Lisa, creciéndose según iba dando explicaciones–. Pero, si no lo encontramos, yo misma iré a verle para sonsacarle información sobre su paradero. Y si no consigo averiguarlo, el miércoles podemos hacer otro viaje, justo antes de ir a ver a Helen. O le decimos que no hemos podido ir por cualquier motivo y la convencemos para ir a París en la siguiente fecha posible.

–Pero se va a enfadar con nosotros. Prometimos hacer lo que ella nos dijera.

–Se lo va a contar todo a mamá y a papá, Charlie. ¿O es que no te das cuenta? Si en vez de tener una sola oportunidad para encontrar el papiro podemos tener dos, debemos aprovecharlas.

El niño sopesó las palabras de Lisa, consciente de que tenía razón. Sin embargo, no podía evitar sentir que estaba traicionando a la señora Rotherwick.

–No tiene por qué enterarse. No se enfadará si no le decimos nada, de hecho le hemos ocultado un montón de cosas sobre nuestros viajes. A mí también me cae bien –afirmó Lisa, intentando persuadir a su hermano–, y sé que sólo intenta protegernos. Pero estamos a punto de conseguirlo y debemos actuar de la manera más lógica posible.

El niño continuó en silencio, aunque Lisa sabía que ya le había convencido.

–No te apures –añadió–. Seguiremos sus instrucciones... prácticamente. Tan sólo haremos algunos cambios sin importancia.

CAPÍTULO XVIII: Charlot D'Artagnan

Al día siguiente y tan pronto regresaron del colegio, Charlie y Lisa se reunieron en el desván.

–Esto es lo que haremos –explicó la muchacha–. Viajaremos al Louvre un mes más tarde de lo que Helen nos ha dicho, cuando *monsieur* Denon esté de regreso en París. Primero iremos a su casa, siguiendo las coordenadas que Helen nos ha dado, para buscar allí el papiro. Si lo encontramos, nos volvemos y vamos a verla mañana, como si acabásemos de regresar de nuestro viaje.

–¿Y si no lo encontramos? –preguntó Charlie.

–Entonces nos entrevistamos con el señor Denon –explicó Lisa–. Nos hacemos pasar por los hijos de un adinerado comerciante y decimos que estamos interesados en comprar unos papiros. Le preguntaremos si sabe cómo podemos adquirirlos y si él tiene alguno a la venta o sabe de alguien que pueda venderlos. Tal vez así podamos averiguar dónde tiene el papiro o qué ha hecho con él.

–¿Y si no conseguimos averiguar nada? –volvió a inquirir Charlie.

–Entonces volveremos a buscarlos mañana, aunque eso suponga regresar nueve años más tarde. Prepararemos nuestro viaje y nuestra estrategia en función de lo que averigüemos hoy.

–Pero Helen se dará cuenta de que hemos hecho otro viaje cuando vea que no podemos viajar hasta el año 18... –Charlie se quedó pensativo, calculando la fecha en la que podrían regresar a París.

–Recuerda que dijo que éste sería nuestro último viaje –respondió Lisa suavemente–. Va a contárselo a mamá, lo sabrá todo antes de que llegue el fin de semana.

Charlie se quedó callado. Todavía no había asimilado que sus aventuras en el tiempo tenían los días contados. Estaba unido a aquella capa de por vida pero, seguro que cuando sus padres se enterasen de su existencia, se abriría un paréntesis de duración incierta en el que no volvería a viajar.

–Bueno, vámonos ya –dijo Lisa, mientras terminaba de ajustar las anillas de la pulsera–. Nos llevamos el dossier que Helen nos ha preparado; es bastante completo, aunque también he anotado la fecha a la que viajamos. Esta vez no nos podemos olvidarnos de nada, no debemos cometer ningún fallo.

–Bien –contestó Charlie muy serio.

Luego se abrazó a su hermana y giró la manecilla de la pulsera.

• • •

Max Wellington aprovechó la reunión mensual de la Orden de los Caballeros del Tiempo para

dar una buena noticia a su amigo y mentor Emanuel Gentile. Estaba preocupado por las dificultades a las que debía enfrentarse su amigo para mantener su autoridad dentro de la organización, y de la factura que ese enorme esfuerzo estaba pasándole a su delicada salud. Sin duda saber que estaba sobre una nueva pista le levantaría el ánimo y le ayudaría a sobrellevar la situación.

-Estoy siguiendo una pista bastante fiable de una capa extraviada –le anunció en un discreto encuentro antes de que llegaran los demás asistentes.

-¡Bravo, muchacho! –exclamó el anciano visiblemente satisfecho-. Tan sólo espero que tus investigaciones no se dilaten mucho.

-Apenas he tardado en descubrir que se mueve por Londres o sus alrededores. Será bastante fácil dar con él, parece que se trata de un viajero bastante descuidado.

-O que tiene la desgracia de ser la próxima presa de uno de los mejores cazadores que he conocido –añadió Emanuel Gentile mientras felicitaba a su protegido propinándole una cariñosa palmada en la espalda.

Después se encaminaron juntos hacia el interior de la villa, donde de nuevo se celebraría un tenso y disputado encuentro de los Caballeros del Tiempo.

• • •

La enfermera del doctor Harris recibió a la señora Rotherwick con su habitual cortesía.

–Buenas tardes, Helen –dijo, mientras la conducía al despacho de su jefe–. Pase, el doctor la está esperando.

Al verla entrar, el doctor Harris se puso en pie, la saludó afectuosamente y la ayudó a sentarse. Luego la ofreció un té con la misma cordialidad que en todas sus visitas, aunque la señora Rotherwick sabía que aquella ocasión era diferente. Llevaba muchos años tratando con aquel hombre y le conocía demasiado bien como para saber que no había ninguna conferencia a la que él deseara asistir y que, lo que en realidad le urgía, era hablar con ella cuanto antes.

–Tengo malas noticias, Helen –le dijo el doctor a la vez que le entregaba la taza–. La enfermedad ha avanzado vertiginosamente en muy poco tiempo, aunque no me explico cuál puede ser la causa.

La señora Rotherwick asintió como si esperase recibir aquel diagnóstico.

–¿Está segura de que no ha viajado, no ha realizado una actividad física demasiado exigente o un esfuerzo extraordinario?

–Creo que lo único que he hecho ha sido vivir con más intensidad durante las últimas semanas, pero esto lo considero un privilegio y no un perjuicio –dijo la mujer sonriendo.

–Tal vez haya llegado el momento de dejar de trabajar, Helen, de que lleve una vida reposada. Su nivel de actividad actual sólo puede perjudicarla –dijo el doctor, intentando que aquella vieja demanda sonara como si fuese efectuada por primera vez.

–No lo crea, doctor Harris –contestó ella–. Es lo que me ayuda a sentirme viva. De hecho, hacía tiempo que no me sentía tan feliz.

–Entonces, sométase al tratamiento. Tal vez así podamos demorarlo un poco – le dijo el doctor, casi suplicando.

–Es un precio demasiado alto, querido, ya hemos hablado de ello –respondió la señora Rotherwick con suavidad.

–Vamos, Helen, sea razonable. ¿No se da cuenta de que el final está ya próximo? El tratamiento es la única forma de retrasar lo inevitable –insistió el doctor, tratando persuadirla en aquella ocasión.

–El tratamiento me permitirá vivir más tiempo, pero no como yo deseo hacerlo. El desenlace será más suave, pero también más largo, y vivir encadenada a una cama es algo que no deseo hacer –respondió ella con serenidad–. No tengo un motivo para alargar mi vida a costa de hacer ese sacrificio; no hay nadie que me necesite verdaderamente a su lado, así que prefiero disfrutar con plenitud de mis últimos momentos y tener un final rápido.

El doctor Harris bajó la mirada sabiendo que no podría convencerla.

–No se preocupe, querido. Estoy preparada –le dijo ella sosegadamente, mientras ponía la mano encima de la suya–. Sólo dígame cuánto tiempo tengo.

–Es imposible saberlo con certeza –respondió el doctor apesadumbrado–. Tal vez antes me hubiera aventurado a hacer una estimación, pero los resultados de las últimas pruebas lo cambian todo... El mejor consejo que puedo darle es que ponga las cosas en orden. Y que lo haga cuanto antes.

• • •

Lo primero en lo que reparó Charlie fue en su hermana. Su ropa se había transformado en un precioso vestido azul celeste con delicados bordados en color crudo. Aunque no era un traje de noche como el que la señora Rotherwick lució en Viena, era un vestido precioso, y con él su hermana estaba verdaderamente elegante y la hacía parecer mucho mayor de lo que era. Pequeños detalles, como un delicado pero soberbio collar de perlas blancas y grises, unos pendientes a juego y un gracioso sombrero de paja con un lazo del mismo color que su vestido, le conferían un aspecto muy distinguido, propio de una joven y refinada dama.

–¡Caramba, Lisa! ¡Estás impresionante! –dijo Charlie admirado–. Es una pena que no hayas nacido en esta época para poder vestirte así siempre.

–No creas, esto es bastante incómodo –contestó la muchacha complacida por el comentario–. Tú también estás muy guapo.

Una vez cruzados los cumplidos, pasaron a fijarse en el lugar en el que habían aparecido. Estaban en una habitación amplia con varias estanterías repletas de libros, unos cuantos objetos de arte y un ordenado escritorio colocado a uno de los lados. Sin duda, era la biblioteca de *monsieur* Denon.

La puerta de la estancia estaba cerrada, aunque se escuchaban algunos ruidos y una voz que canturreaba una melodía. Había alguien en la casa y Lisa se dirigió a la puerta para averiguar quién era, mientras le hacía señas a su hermano para que estuviera en silencio.

La muchacha giró el picaporte muy despacio y entreabrió la puerta. Primero acercó su rostro para observar con cautela lo que ocurría al otro lado, luego sacó la cabeza completamente y después salió de la biblioteca para regresar segundos más tarde.

–Hay una criada en la casa –le dijo a su hermano susurrando, mientras volvía a cerrar la puerta–. Está planchando en la cocina, así que debemos darnos prisa, por si acaso entra aquí.

El niño asintió y luego miró a su alrededor, intentando decidir por dónde empezar. Lisa le imitó, tratando de encontrar alguna pista.

–Era más fácil cuando buscábamos las anillas –comentó Charlie–, al menos teníamos las pistas en los versos del profesor.

–Mira esas carpetas –señaló Lisa–. Son como las que vimos en el Instituto de Egipto que contenían los papiros.

Lisa cogió una de ellas, la colocó la primera en el suelo y la abrió frente a ellos, pasando las hojas con delicadeza. Una sucesión de grabados, guardados con el mimo propio de un coleccionista, desfiló ante ellos, mostrando lugares tan diversos como Egipto, Nápoles, Venecia o Florencia. Los chicos fueron pasando uno a uno con sumo cuidado, hoja tras hoja, carpeta tras carpeta, pero no hallaron ningún papiro en ellas.

Tras colocarlas en su sitio, revisaron las estanterías y vieron otro juego de carpetas más pequeñas, que también comprobaron. Pero sólo había más grabados, esta vez de personas de diversas clases sociales y procedencias geográficas.

–No creo que el papiro esté aquí –dijo Charlie–. Tal vez Denon lo haya guardado en el Louvre. Creo que hemos hecho bien en venir un mes más tarde de lo que Helen nos ha dicho para poder ir a preguntarle.

Lisa, sin embargo, no respondió. Una cosa rara cuando se trataba de que alguien le diese la razón. Charlie la observó y vio que la joven estaba contemplando una serie de grabados enmarcados y colgados en torno a la chimenea. Junto a la puerta había otro pequeño conjunto de cuatro grabados y una serie de seis más a ambos lados de la ventana.

–Tal vez lo haya enmarcado y lo haya colgado en alguna parte de la casa, como el salón o el comedor –dijo la muchacha–. Será mejor que vayamos a verlo.

–¿Y la criada? –preguntó Charlie.

–Está en la cocina; si vamos con cuidado, no nos verá.

Lisa abrió nuevamente la puerta y se deslizó por el pasillo, seguida de su hermano. Los dos caminaron de puntillas hasta la esquina desde la que Lisa había divisado a la mujer para confirmar que seguía planchando. Pero unos ruidos a sus espaldas les indicaron que ya había terminado y estaba en la otra punta de la casa ocupada en otras tareas.

De pronto, escucharon unas pisadas dirigiéndose a ellos. Al oírlas, Charlie agarró a su hermana y salió corriendo buscando un lugar donde esconderse. Los dos entraron en la cocina, mientras las pisadas se acercaban a ellos, así que Charlie volvió a tirar de Lisa y se metió en un cuartito que había a un lado. Era la despensa.

–Tenemos dos opciones –susurró el niño.

Lisa se giró hacia él, indicando con una mueca que se callara. Las pisadas se oyeron detrás de la puerta. La criada estaba en la cocina y podía entrar en la despensa en cualquier momento. Charlie miró a su hermana a los ojos y luego acercó los labios a uno de sus oídos. Debían urdir un plan antes de que la joven les descubriera.

• • •

Charlie sacó la linterna e iluminó los productos que había en la despensa.

–No sé qué llevarme –susurró.

–Esta cesta con huevos –propuso Lisa.

–No sé, tal vez la reconozca.

–¿El saco con legumbres?

–Parece muy pesado –objetó el niño–. Mejor me llevo estos paquetes de aquí.

Charlie señaló un par de objetos envueltos con algo parecido a unas hojas verdes de gran tamaño y anudados con un tallo seco. Lisa cogió uno de ellos para comprobar qué era.

–¡Puaajjj! ¡Es queso! –exclamó y lo soltó con repulsión–. ¡Odio el queso!

–Pues a mí me parece que huele fenomenal –dijo Charlie–. Bien, yo la distraigo y tú buscas por la casa. Nos vemos en la biblioteca en cinco minutos.

–Mete estas coordenadas, cámbiate de ropa y esconde la capa en la bolsa –dijo su hermana–. Y asegúrate de que no te ve nadie.

Charlie asintió con la cabeza. Luego ajustó las anillas de la pulsera, giró la manecilla y desapareció. Instantes después, el sonido de una campanilla anunciaba que alguien llamaba a la puerta. La criada interrumpió sus quehaceres y fue abrir, mientras Lisa salía de la despensa con sigilo y comenzaba a recorrer la casa en busca del papiro.

La sirvienta abrió la puerta confiada, sin preguntar quién llamaba; vivían en el edificio del museo, así que era impensable que pudiera tratarse de algún intruso. Sin embargo, al ver el aspecto de su inesperada visita, no pudo evitar sentirse conmovida. Se trataba de un niño de unos once años, pálido y terriblemente flaco, aunque su expresión era viva y alegre. Sus ropas revelaban que era de clase muy humilde aunque estaban limpias y cuidadas, al igual que el resto de su aspecto. Su pobre madre parecía hacer lo imposible para cuidar bien de él, pero era obvio que no conseguía impedir que pasase hambre.

El niño sostenía unos quesos así que, aunque era la primera vez que le veía, la joven dedujo que era uno de los chicos que *monsieur* Leblanc utilizaba para servir a domicilio los pedidos de

sus clientes.

–Buenas tardes –dijo la criada con amabilidad–. ¿Qué deseas?

–Buenas tardes, madame –dijo el niño–. Vengo a traerle estos quesos.

–Dile a *monsieur* Leblanc que debe tratarse de un error –contestó ella–. No he le hecho ningún encargo.

Charlie se quedó parado unos instantes, pensando algo con lo que proseguir aquella conversación y ganar tiempo para que Lisa pudiese inspeccionar toda la casa.

–Son de regalo –dijo–. Por ser tan buenos clientes.

La muchacha le miró pensando en que, si alguien en todo París necesitaba que le regalasen algo de comida, era aquel niño con aspecto famélico.

–Es que estamos haciendo una promoción para fidelizar a nuestros clientes –dijo Charlie, imitando los anuncios que veía en la tele–... Porque ustedes lo valen.

El niño vio que la joven le miraba sorprendida, mientras su hermana pasaba de puntillas por detrás de ella y le hacía señas para que la entretuviese un poco más.

–Pero le garantizo que la calidad de nuestros productos es la misma de siempre –añadió el niño mientras agitaba el dedo índice y hacía gala de sus mejores dotes comerciales.

–Por supuesto, los quesos de *monsieur* Leblanc tienen fama de ser los mejores de toda Francia –aseveró la criada–. Pero, claro... tú nunca los has probado, ¿verdad?

–No, señora, pero huelen de maravilla –dijo Charlie, sonriendo y moviendo la cabeza, sin otorgarle a aquello ninguna importancia.

Sin embargo, la muchacha se sintió más conmovida aún. Tenía que ser una tortura terrible pasarse el día llevando viandas a las casas más ricas de la ciudad, cuando uno estaba tan necesitado.

–¿Y no te gustaría probarlos? –le dijo a la vez que acercaba su cara a la del niño y le golpeaba suavemente la nariz con el dedo.

Charlie abrió los ojos y se encogió de hombros. Con las prisas no había merendado y no le importaría nada comer un poco de aquel queso que olía tan bien.

–¡Vale! –respondió, exhibiendo una de sus mejores sonrisas.

La joven le invitó a pasar y le condujo hasta la cocina. Mientras, Lisa entraba en una sala elegantemente decorada en la que había un piano, varias butacas y un mueble con una pareja de relojes de bronce. En las paredes había colgadas otras tantas series de grabados, pero ningún papiro. La muchacha inspeccionaba aquellos objetos, mientras oía a su hermano conversar con la criada. Era impresionante, Charlie acababa de batir uno de sus mejores records al meterse a aquella muchacha en el bolsillo en menos de tres minutos. Siempre la había intrigado qué diablos tenía su hermano para caerle tan bien a la gente en tan poco tiempo, pero, aquella tarde, su capacidad de seducción estaba resultando verdaderamente increíble.

En la cocina, la criada disfrutaba viendo al niño zamparse en unos cuantos mordiscos el bocadillo de queso que le había preparado. Era obvio que el pobre necesitaba comer un poco y la joven se sentía feliz con su pequeña buena obra.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó, sonriéndole.

–Charles –respondió él, mientras terminaba de tragar lo que tenía en la boca.

–Entonces supongo que todo el mundo te llamará Charlot, ¿no es cierto? –dijo la criada, con la convicción de que a un niño tan flaco sólo se le podía llamar por su diminutivo.

El niño no supo qué contestar, así que sonrió y se encogió de hombros.

–Yo soy Colette –añadió la muchacha.

–Muchas gracias por la merienda, Colette. Está riquísima.

–¿Quieres un poco más?

–No, muchas gracias, debo irme ya –contestó el niño.

La joven le acompañó hasta la puerta de servicio.

–La próxima vez utiliza esta entrada. No llames a la principal, está reservada para *monsieur* Denon y sus visitas.

Charlie abrió mucho los ojos y se tapó la boca con una mano, como si quisiera dejar claro que no se había dado cuenta.

–Espero que no se haya enfadado –dijo.

–No te preocupes, está trabajando en el museo, así que no se ha enterado –respondió Colette–. Guardaremos el secreto, pero la próxima vez procura no equivocarte.

–Desde luego –contestó Charlie–. Gracias, Colette, que tengas un buen día.

–Adiós, Charlot, hasta otro día –se despidió la criada.

El niño hizo ademán de marcharse pero, en cuanto la muchacha hubo cerrado la puerta, se puso la capa e introdujo en la pulsera las coordenadas de la biblioteca para encontrarse allí con su hermana.

–¡Dios Santo, Charlie! ¡Estás horrible! –dijo Lisa al verle aparecer con una indumentaria mucho más humilde que cuando se marchó–. No me extraña que esa mujer te haya dado algo de comida. Con esas ropas y con lo flaco que estás, das verdadera lástima.

–¿Has encontrado el papiro? –preguntó el niño.

–No está aquí. Quizá, como dices, *monsieur* Denon lo guarde en el museo –respondió Lisa–. Cámbiate de ropa y vámonos; a ver si conseguimos que nos reciba.

• • •

El secretario de *monsieur* Denon observó a los visitantes con detenimiento. Su atuendo

revelaba que pertenecían a una familia muy adinerada y distinguida. El niño era todo lo normal que un niño podía resultar, aunque la capa de terciopelo negro que vestía era algo sombría para su edad. La muchacha, sin embargo, era arrebatadoramente hermosa y elegante, pero había algo extraño en ella que no sabría precisar. Tal vez era la forma en la que se había presentado ante él, solicitando con gran cortesía ver a *monsieur* Denon pero sin dar su nombre ni el de su familia en ningún momento; un gesto obligado en personas de su categoría. Y luego estaba ese intenso olor a queso, casi inexplicable.

–Y, ¿a quién debo anunciar? –preguntó el hombre, sin poder dejar de admirar la belleza de la joven.

Lisa se quedó en blanco. Antes de entrar, había repasado con Charlie lo que iban a decir, la coartada que iban a utilizar para sonsacarle a *monsieur* Denon dónde estaba el papiro. También sacudió su vestido para quitar la harina con la que se había manchado en la despensa, le limpió la cara a su hermano e incluso le aleccionó para que no dijera más palabras de las necesarias. Pero, increíblemente, se le olvidó pensar con qué nombre se presentaría. Y ahora no lograba que ninguno le viniera a la cabeza, mientras veía a aquel hombre mirarla fijamente, esperando una respuesta.

–D'Artagnan –dijo Charlie con gran pompa–. Isabelle y Charles D'Artagnan. Queremos hablar con *monsieur* Denon sobre papiros.

Lisa se quedó lívida al escucharle. Sólo a su hermano se le podía ocurrir una respuesta semejante.

–Pero, ¿qué haces? –le inquirió en cuanto el secretario se hubo marchado para anunciarles–. ¿Cómo te ocurre dar ese nombre?

–¿No querrás que le diga que soy Charlot? ¡Suena a broma! Charlie pase, pero ¡Charlot!

–¡No me refiero al nombre, sino al apellido D'Artagnan! –respondió Lisa bastante alterada–. ¡Se darán cuenta de que todo es una farsa!

–Era el único que se me ocurría, Lisa –respondió el niño–. Ése, el del hombre que le vende los quesos y el de Bonaparte. Y me ha parecido que éste era el menos sospechoso de los tres.

–¡Dios mío, Charlie! –exclamó su hermana–. ¡Te dije que estuvieras callado!

–Uno de los dos tenía que contestar y estaba claro que tú no te habías preparado la respuesta. Además, no se ha debido leer el libro, porque no ha dicho nada.

–Tal vez Dumas no lo haya escrito aún, al menos eso espero –contestó Lisa intentando tranquilizarse.

El hombre regresó en unos minutos para informarles que serían recibidos y les acompañó hasta un despacho. Al entrar, un caballero de maneras refinadas, pelo canoso y gesto amable, se levantó a saludarles. El parecido con el retrato que les había enseñado la señora Rotherwick era absoluto.

–*Mademoiselle* D'Artagnan –dijo el caballero cortésmente, a la vez que se inclinaba a besar

la mano de Lisa.

–Monsieur Denon –respondió ella ruborizada.

–Jovencito –añadió el hombre, dirigiéndose a Charlie e inclinando la cabeza ante él.

–Encantado de conocerle, señor –respondió el niño con un desparpajo que alarmó a su hermana.

–Muchas gracias por recibirnos –dijo Lisa, intentando ser ella quien llevase la iniciativa en la conversación–. Le ruego que nos disculpe por presentarnos sin previo aviso, pero hemos venido a París de manera un tanto imprevista.

–Mi querida *mademoiselle*, me agasajáis con vuestra visita y por ello sólo puedo sentirme agradecido –respondió *monsieur* Denon, mientras contemplaba la belleza de la joven. Su secretario no había exagerado un ápice al respecto, más bien se había quedado corto al describirla.

Charlie le escuchaba preguntándose por qué aquel hombre se dirigía únicamente a su hermana y a él le ignoraba por completo, como si no estuviera allí presente.

–Decidme, ¿en qué puedo ayudaros? –preguntó el hombre al tiempo que ayudaba a Lisa a tomar asiento, para dar después la vuelta a su escritorio y sentarse en su butaca.

Charlie le miró y, viendo que a él no pensaba ofrecerle asiento, se puso a empujar una silla que había a un lado para seguir la conversación junto a ellos.

–Veréis, *monsieur* –respondió Lisa, elevando la voz por encima del ruido que hacía su hermano–. Nuestro querido padre cumplirá pronto cincuenta años y lo celebrará por todo lo alto. Para tan dichoso evento querríamos hacerle un regalo muy especial, único diría yo. Algún objeto de arte del Antiguo Egipto, del que es un gran apasionado. Tal vez alguna estatuilla o quizás un papiro.

–Entiendo –dijo el señor Denon.

–Sin embargo, al no ser unos entendidos en la materia, he querido aprovechar nuestra estancia en París para pedirle consejo. Mi padre os profesa una gran admiración, *monsieur*. Dice que sois un erudito en la materia, que nadie ha visto tanto ni sabe tanto sobre el Antiguo Egipto como vos –añadió Lisa con vehemencia.

–Gracias, querida –contestó el hombre, visiblemente halagado–. La fortuna hizo que pudiese acompañar a nuestro Emperador hasta aquellas tierras y que mis ojos se deleitaran al contemplar sus maravillas.

–Entonces, ¿nos podríais ayudar, *monsieur*? –solicitó la muchacha con calculada coquetería–. He sabido que sois un gran coleccionista de arte y quizás estaríais interesados en vendernos alguna de vuestras piezas.

–Oh, bueno, en realidad el arte egipcio no tiene un lugar destacado en mi colección personal, querida *mademoiselle* –respondió Denon con amabilidad–. Aunque en el Museo sí hemos

preparado una sección con algunos objetos interesantes.

–Si pudieseis enseñármela y darme algunos consejos... –dijo Lisa melosamente, mientras jugueteaba con la cinta de su sombrero–. Soy una joven totalmente inexperta en la materia y algún vendedor avispado podría querer aprovecharse de mí.

Monsieur Denon suspiró, cautivado por el encanto y la belleza de la joven, dejándose tentar por la posibilidad de impresionarla con sus conocimientos.

–Lo cierto es que estoy esperando una visita, el Superintendente de los Edificios de la Corona viene para discutir algunos asuntos conmigo –contestó Denon, con poca convicción.

–¡Oh, *monsieur*! Partimos de París al amanecer. Os lo suplico, será sólo un momento –le rogó Lisa.

–Está bien, jovencita –accedió el hombre, como si hubiese decidido aceptar las súplicas de la muchacha antes de que ésta las efectuase.

–No os importará si mi hermano nos espera aquí –dijo Lisa con aire desinteresado–. Así no tendré que preocuparme de él y podré poner toda mi atención en vuestras explicaciones.

Charlie le miró atónito, sin poder dar crédito a lo que su hermana estaba diciendo.

–En absoluto, querida –contestó *monsieur* Denon, hipnotizado por el encanto de la joven, mientras salía del despacho para darle algunas instrucciones a su secretario.

Lisa se levantó para seguirle, pero antes se dio la vuelta y se dirigió a Charlie.

–Pórtate bien y no toques nada, que yo volveré enseguida –dijo la muchacha en voz alta para que Denon y su secretario pudieran oírla, mientras indicaba por señas a su hermano que aprovechase su ausencia para buscar el papiro.

El niño comprendió la estrategia de Lisa y le guiñó un ojo con complicidad. Ella le sonrió y luego salió de la habitación para acercarse a su anfitrión.

–Cuando llegue el Superintendente, hacedle pasar a mi despacho –ordenó *monsieur* Denon a su secretario–. Decidle que un asunto importante ha requerido mi atención, pero que estaré de vuelta enseguida.

Luego abrió la puerta galantemente para que Lisa saliera y se marchó con ella.

• • •

Denon recorrió las salas del museo ilustrando a su bellísima acompañante con minuciosas explicaciones acerca de los objetos de la muestra y Lisa le escuchaba pensando en que la fama de erudito de aquel hombre era más que merecida. Aparentemente lo sabía todo acerca de los principales artistas del pasado y del presente, sobre el uso de las proporciones en la pintura y la escultura, las posibilidades de la perspectiva, la aplicación del dramatismo y la teatralidad para causar el efecto deseado en el espectador, el papel de la luz, la utilización de símbolos y figuras mitológicas en el Arte... Sin embargo, sus conocimientos sobre el Antiguo Egipto parecían ser mucho más limitados y no iban más allá de apreciaciones bastante genéricas sobre su arquitectura.

Mientras contemplaban las piezas de la entonces reducida colección egipcia, Lisa reconoció las dos estatuas que habían visto en el Instituto de Egipto. Al parecer, los sabios franceses habían conseguido llevarlas hasta París. Por suerte para la muchacha, cuando *monsieur* Denon las vio, su relato tomó un giro inesperado y se centró en las peripecias que vivió junto al General Desaix en su expedición por el Alto Egipto.

Lisa respiró aliviada al escucharle. No había ido hasta allí con el propósito de ampliar sus conocimientos sobre arte, sino para averiguar qué fue del papiro que aquel hombre se había llevado de El Cairo nueve años atrás. La muchacha le escuchó hablar pacientemente, esperando el momento adecuado para lanzar sus preguntas sin levantar sospechas. Pero cuando *monsieur* Denon anunció que la visita había terminado y que emprendían el camino de vuelta, la joven comenzó a ponerse nerviosa.

Afortunadamente, después de haberle contado sus aventuras en lugares maravillosos como Dendera, Esna, Asuán, Edfú y la Isla de File, le llegó, por fin, el turno a la ciudad de Tebas. Lisa se calmó al oír aquel nombre, pues fue allí donde *monsieur* Denon compró los papiros y las estatuillas. Había llegado el momento de sonsacarle tanta información como pudiera y de hacerlo deprisa, antes de que llegasen a su despacho.

–Hasta tres veces estuve en Tebas –relataba el hombre–, pero sólo en la última pude visitar el Valle de los Reyes y entrar en las tumbas.

–¿Entrasteis en las tumbas? –preguntó la muchacha con exagerada admiración.

–Sí, pero por desgracia fue una visita muy breve –respondió Denon.

–Dicen que los objetos que hay en ellas tienen poderes mágicos. ¿Es cierto? ¿Tuvisteis alguno en vuestras manos?

–Por suerte pude adquirir algunas estatuillas y unos papiros de una tumba, aunque nunca me han parecido que tengan más virtud que el de pertenecer a un fascinante capítulo de la Historia.

Lisa sintió que el corazón le daba un vuelco. Sin duda se refería a los papiros de Nefertiti y a las estatuas que había comprado junto a ellos. Tenía que asegurarse de que estaba en lo cierto y averiguar su paradero.

–¡Oh, *monsieur*! ¡Me encantaría poder ver los papiros! –exclamó, agarrándole de una mano y deteniéndose para ganar un poco de tiempo–. Decidme, ¿podríais enseñármelos ahora?

Pero, lejos de entretenerse, *monsieur* Denon aprovechó la pausa para consultar su reloj de bolsillo y, aunque no hizo comentario alguno, su rostro reflejó una gran inquietud al ver la hora que marcaba.

–Me temo que ya no los conservo, querida –respondió, justo antes de soltar su mano y reanudar la marcha–. Por desgracia, las tropas británicas requisaron uno de ellos en El Cairo.

Era evidente que aquel hombre se refería al papiro que su madre había encontrado en el Británico. Pero tenía que descubrir qué había pasado con el otro, el que ella estaba buscando.

–¿Uno de ellos? ¿Y qué fue de los otros? ¿Por qué había más de un papiro, no es cierto? –

preguntó con impaciencia.

Pero *monsieur* Denon ya no la escuchaba. Se había distraído demasiado tiempo con el encanto y la belleza de aquella joven, y era realmente tarde. Debía dar por finalizada aquella visita de placer y retomar sus obligaciones.

–Disculpadme, querida –dijo el hombre cuando estaban a unos metros de la puerta de su despacho–, pero el Superintendente me espera.

–Tal vez entonces podáis contarme el fin de vuestra historia más tarde –repuso la muchacha, volviendo a echar mano de sus encantos. Sin embargo, *monsieur* Denon parecía haberse vuelto totalmente inmune a ellos.

–Tal vez –contestó él desinteresadamente, mientras abría la puerta.

• • •

Vivant Denon saludó a su secretario con una mueca y entró de manera apresurada en su despacho para descubrir que estaba totalmente vacío.

–¿Dónde está Costaz? –preguntó a su asistente de forma un tanto brusca–. ¿Es que no ha venido?

Lisa se quedó helada al escuchar aquel nombre.

–¿Costaz? –preguntó titubeante al secretario.

–Louis Costaz, el Superintendente de los Edificios de la Corona –contestó él con amabilidad, obviando la pregunta que había hecho su jefe.

–¿El mismo Louis Costaz que fue Secretario del Instituto de Egipto en El Cairo? –dijo Lisa, rogando en silencio un 'no' por respuesta.

–El mismo, *mademoiselle* –contestó el joven, impresionado por los conocimientos y la belleza de aquella joven–. Recientemente ha sido nombrado Superintendente de los Edificios de la Corona.

–¿Y bien? –inquirió *monsieur* Denon, bastante molesto por la situación–. ¿Es que nadie va a contestarme?

–Llegó a los pocos minutos de marcharos, así que le hice pasar a vuestro despacho –explicó el secretario–. Allí estuvo charlando animadamente con el joven D'Artagnan sobre quesos, mosqueteros y otros tantos asuntos; pero, como Vuestra Excelencia no llegaba, se fueron a palacio para ver al Emperador.

–¿Mi hermano se fue con él? –preguntó Lisa horrorizada.

–¿Ha ido a ver al Emperador sin esperarme? –inquirió Denon visiblemente enfadado.

–Así es –contestó el secretario encogiéndose de hombros–. A Costaz le pareció tan simpático, que se ha llevado al niño consigo. Dijo que les esperaban allí.

• • •

Vivant Denon salió de su gabinete con paso rápido. Era una persona demasiado discreta y educada para mostrar sus sentimientos en público, pero la longitud y la frecuencia de sus zancadas evidenciaban que no estaba de buen humor. El hombre recorrió apresuradamente pasillos y escaleras hasta llegar a la salida. Una vez allí, pidió un carruaje para cruzar en el menor tiempo posible la amplísima explanada que separaba el museo y el Palacio de las Tullerías, la residencia imperial.

Lisa le seguía a duras penas, intentando no tropezarse con su vestido y que la enorme angustia que sentía no la paralizase por completo. Todo lo que estaba ocurriendo era una auténtica pesadilla. Justo cuando estaba a punto de averiguar dónde estaba el segundo papiro, *monsieur* Denon se había enfurecido hasta el punto de que ella no se atrevía a volver a sacar el tema. Además, su hermano se había marchado con el mismo hombre que les acusó de ser espías británicos, les persiguió por las calles de El Cairo y vio cómo se esfumaban después de ponerse una capa negra en una ciudad en la que hacía un calor insoportable. Y para terminar de complicar las cosas, se había ido con él a palacio para ver al Emperador, al mismísimo Napoleón Bonaparte.

–¡Por Dios Santo, Charlie! ¿En qué diablos estabas pensando? –se lamentó entre susurros, mientras veía al coche de caballos parar junto a ellos.

–¿Cómo decís, querida? –preguntó *monsieur* Denon, al tiempo que abría la puerta para que la joven entrase.

–Nada, *monsieur*. Que lamento de corazón causaros tantas molestias –contestó ella, intentando tranquilizarse.

Pero fue *monsieur* Denon quien se calmó al escucharla. Aquella encantadora joven no era responsable de nada. El hombre se acomodó frente a ella y, mientras veía la fachada del museo alejarse, se sintió en la obligación de disculparse por haberla tratado tan bruscamente.

–No me estáis causando ninguna molestia, querida –dijo, retomando el tono amable y caballeroso que había empleado con ella toda la tarde–. Más bien todo lo contrario, hoy he disfrutado enormemente con vuestra visita.

Lisa suspiró e hizo un esfuerzo por controlar su disgusto. En cuanto llegase a palacio, debía encontrar a Charlie y salir de ahí a toda velocidad. A pesar de que el aspecto de su hermano no había variado desde la última vez que Costaz le había visto, el hombre parecía no haberle reconocido; seguramente por encontrarse en París, en unas circunstancias muy distintas a las de El Cairo y transcurridos nueve años. Pero, si ahora les veía a los dos juntos, tal vez les recordase. Y si volvía a acusarles de espionaje, esta vez dentro del palacio imperial, se verían en un grave aprieto.

La muchacha intentó deshacerse de sus miedos y se centró en mantener aquella conversación con *monsieur* Denon, segura de que no tendría otra oportunidad antes de marcharse.

–Bueno, entonces quizás podáis contarme cómo acaba vuestra historia –dijo, luciendo la más dulce de sus sonrisas.

–¿Qué historia? –preguntó Denon, sin saber exactamente a qué se refería.

En ese momento el coche se detuvo y el cochero abrió la puerta, ayudando a bajar a los dos ocupantes, que fueron inmediatamente recibidos por los mayordomos de palacio.

–Excelencia –saludó uno de ellos, inclinándose ante *monsieur* Denon.

–El Emperador me espera –respondió él.

El mayordomo asintió y luego les guió por las dependencias imperiales, atravesando hermosas galerías y grandes salones lujosamente decorados. Lisa se esforzó en proseguir la conversación en el mismo punto en que la habían dejado.

–En el museo me dijisteis que adquiristeis varios objetos de una tumba, pero que ya no conserváis ninguno. ¿Qué fue de ellos? –preguntó.

–Cuando regresé a París, traje dos de ellos conmigo –contestó *monsieur* Denon–. No eran gran cosa, unas bagatelas comparadas con las maravillas que había visto; pero de alguna forma mostraban mi entusiasmo por haber participado en la que, sin duda, ha sido la mayor aventura de mi vida.

Lisa sintió que la tensión la hacía enrojecer. Aquellas palabras eran prácticamente idénticas a las pronunciadas por *monsieur* Costaz en El Cairo, cuando le dijo que Denon se había llevado algunos objetos al regresar a Francia. Y ahora, nueve años después, el propio Vivant Denon volvía a formularlas casi de la misma manera. Aquello no podía tratarse de una simple coincidencia.

–¿Qué queréis decir? –preguntó la muchacha.

En ese momento, el mayordomo abrió una puerta y entraron en un gran salón repleto de cortesanos.

–Permitidme que os lo cuente después de saludar a una buena amiga –respondió Denon, sonriendo cortésmente.

Luego se dirigió hacia un lado de la estancia, en el que había una dama que reía alborozada mientras veía a un perrito jugar con un niño flacucho, con el pelo alborotado y una capa negra. Era Charlie, aunque por suerte Costaz ya no estaba con él. Respecto a la mujer, Lisa no estaba segura de quién podía ser, aunque sus lujosos ropajes y sus joyas dejaban entrever que se trataba de alguien importante.

Charlie hizo un comentario que Lisa no consiguió escuchar y la dama soltó una nueva carcajada. Luego alzó la mirada y se levantó para saludarles.

–¡Querido Barón Denon! –dijo, mientras *monsieur* Denon se inclinaba para besarle la mano.

–Majestad, estáis radiante, como siempre –saludó el hombre–. Permitidme que os presente a *mademoiselle* Isabelle D'Artagnan.

Lisa se sintió impresionada. Aquella mujer de elegantes maneras y hermosa voz era la Emperatriz Josefina en persona. La muchacha se inclinó ante ella e hizo una reverencia bastante

aceptable.

–Es un honor, Majestad –dijo, con un tono de voz tan bajo, que los demás apenas escucharon un murmullo.

–Entonces sois... –contestó la Emperatriz.

Justo en ese momento, Charlie se acercó a ella, consciente de que su hermana era bastante torpe manejando ese tipo de situaciones. La pobre Lisa siempre se empeñaba en tratar a la gente con la distancia y el rigor debidos, sin considerar que sólo eran personas.

–Es mi hermana Isabelle, Majestad –aclaró el niño con desparpajo.

–No me habías dicho que tenías una hermana tan guapa, Charlot –respondió la Emperatriz.

–Disculpadme, Majestad –dijo Denon–. Creo que el Emperador me espera.

–Mucho me temo que Costaz se os ha adelantado, querido Barón –repuso la mujer con picardía–. Llegáis tarde, algo comprensible cuando se está en tan buena compañía.

Lisa volvió a ruborizarse y esta vez se puso colorada como un tomate. Los halagos y piropos que *monsieur* Denon la había dispensado durante toda la tarde, apenas la habían importunado; su comportamiento coqueto tan sólo había sido un arma para conseguir sonsacarle información sobre el papiro. Sin embargo, el comentario de la Emperatriz había hecho que se sintiera incómoda delante de todas aquellas personas.

En ese instante, dos hombres entraron por el extremo de la sala y caminaron hacia ellos. Los cortesanos interrumpieron sus respectivas conversaciones para inclinar la cabeza a su paso. Al mirarles, Lisa les reconoció inmediatamente. El primero era Napoleón Bonaparte, inconfundible a pesar de que aquella era la primera vez que le veía en persona. El segundo era Louis Costaz, el hombre con el que se había entrevistado en El Cairo, aunque ahora tenía algunos kilos y unos cuantos años más.

La muchacha les vio acercarse e intentó parecer tranquila, mientras se repetía una y otra vez que era prácticamente imposible que él les reconociera. En El Cairo ella y Charlie iban vestidos al modo egipcio y ella llevaba parte del rostro cubierto. Además, habían pasado nueve años, pero sin embargo su aspecto y el de su hermano seguía siendo el mismo. Sólo un loco podía pensar que se trataba de las mismas personas.

–Vaya, parece que ya no huele tanto a queso, aunque ahora, el olor a regaliz es casi insoportable –bromeó Napoleón al llegar junto a ellos.

Todos los presentes soltaron una ruidosa carcajada, aunque muchos no sabían por qué el emperador hacía aquel comentario.

–¿Quieres un poco más, joven D'Artagnan? –preguntó Bonaparte a Charlie.

–Sí, señor –contestó él como si fuera un pequeño soldado–. La verdad es que está muy rico.

Napoleón rebuscó en sus bolsillos y entregó un poco más de regaliz al niño.

–Mucho me temo que has acabado con mis reservas –dijo.

Luego levantó la vista y clavó los ojos en Lisa.

–Mi hermana, Isabelle –la presentó Charlie.

Lisa se volvió a inclinar, tratando de repetir con un poco más de soltura la reverencia que le había hecho a Josefina minutos atrás.

–Tenéis un gran estratega en la familia –afirmó Napoleón en alusión a Charlie–. Si me dierais vuestro permiso, sustituiría a algún general por vuestro hermano Charlot. Fijaos, además de ser listo, consigue que incluso las bestias le obedezcan –añadió, mientras señalaba al perrito, que no se había despegado del niño.

–Es porque él todavía huele el queso, Majestad –dijo Charlie visiblemente divertido–. O el regaliz.

Todos se volvieron a reír y Lisa se calmó un poco, pero sólo por unos segundos. Aunque la muchacha evitó mirarle directamente, reparó en que *monsieur* Costaz apenas le quitaba la vista de encima y, cuando lo hacía, era para clavarla en Charlie y en la capa negra que llevaba puesta. La muchacha intentó actuar con naturalidad, pero su instinto le decía que estaban en peligro.

–Creo que debemos marcharnos, Charlot –dijo con suavidad.

Charlie asintió con la cabeza y se separó un instante para recoger la bolsa de tela que habían traído.

–¿Os vais a marchar sin haber escuchado el final de mi historia? –preguntó *monsieur* Denon a Lisa.

–¿Qué historia? –dijo Josefina intrigada.

–Le hablaba sobre mi expedición por el Alto Egipto –respondió Denon.

Al oírlo Lisa supo que aquel comentario avivaría cualquier sospecha que Costaz tuviera; debían irse enseguida.

–Tal vez en otra ocasión, *monsieur*. Mañana partimos de viaje y se está haciendo muy tarde. Pero quizás regrese algún día para escucharla –contestó con una sonrisa e intentando dejar una puerta abierta para su próxima visita.

–¿Os interesa Egipto? –preguntó Costaz con gesto serio.

–Más bien el arte egipcio –dijo Denon contestando por ella.

–Decidme, *mademoiselle* –volvió a preguntar Costaz, mirándola fijamente–. ¿Habéis estado alguna vez en El Cairo?

–No, *monsieur*, pero me hubiera encantado –respondió Lisa muy despacio, sin poder evitar mirarle a la cara–. Ahora, si nos disculpáis...

La muchacha hizo una reverencia y Charlie la imitó, consciente de lo que estaba ocurriendo. Luego se dieron la vuelta y encaminaron sus pasos hacia la puerta de salida.

Costaz les veía marcharse aunque todavía se sentía turbado. Esos ojos de color verde

inigualable; la bolsa de tela y la capa de terciopelo negro; la muchacha y el niño juntos, exactamente igual que en El Cairo... Todo parecía encajar, pero era simplemente imposible.

–¿Qué quería saber sobre Egipto? –preguntó, volviéndose hacia Vivant Denon.

–Tenía un gran interés por saber qué fue del papiro y la estatua que traje conmigo –respondió él.

Costaz volvió la vista hacia la puerta, sin importarle ya que aquello no tuviese ninguna lógica. Pero el niño y la muchacha se habían marchado. Y aunque sólo habían transcurrido unos segundos, sabía a ciencia cierta que ya no les encontraría.

• • •

La señora Rotherwick regresó caminando a su casa mientras las últimas palabras del doctor Harris resonaban en su cabeza. Hacía tiempo que sabía lo que iba a ocurrir y se había preparado para ello; sus asuntos estaban arreglados y ya no sentía dolor ni rabia. Sin embargo, en los últimos meses dos acontecimientos habían hecho que su vida cambiara de forma imprevista.

Uno de ellos era la exposición de la reina Nefertiti y su accidentada organización. Todo hacía augurar que se convertiría en un enorme fiasco, la más amarga de las despedidas después de toda una vida dedicada al museo. Pero entonces llegó el descubrimiento del primer papiro y, con él, el anhelo de conseguir algo grande, un hecho histórico protagonizado por la institución que tanto amaba. Y ahora deseaba con todas sus fuerzas que ese pequeño milagro sucediera y poder estar allí para verlo.

Por otro lado, las visitas más o menos anunciadas de los hijos de Maggie habían pasado a ser todo un acontecimiento para ella, pinceladas de luz y color en su vida gris y anodina. Disfrutaba realmente en compañía de aquellos chicos y los días que Charlie vivió en su casa habían sido para ella los más felices y divertidos de los últimos diez años.

La verdad era que adoraba a aquel niño zalamero e inteligente como ningún otro, simpático, terco hasta resultar irritante, y absolutamente encantador. Hubiera deseado pasar junto a él algo más de tiempo y lamentó que el final estuviera tan próximo.

Nada más llegar a su casa, puso *"La flauta mágica"* y sintió que la música la transportaba a aquella maravillosa velada en Viena, en la que pudo ver a su admirado Mozart dirigiendo la orquesta. El diablillo de Charlie le había hecho el mejor regalo de su vida y ahora deseaba devolvérselo.

Por otra parte, estaba la promesa que hizo y no estaba dispuesta a romper de ninguna manera. Pero su cuerpo no había dejado de alertarla, de mandarle señales instándole a que se preparase para lo que iba a ocurrir, y que lo hiciera de la manera más responsable y coherente posible.

La mujer tomó asiento y escribió una primera carta, que dejó cerrada frente a ella. Luego cogió una nueva hoja en blanco y comenzó la segunda. Las palabras fluían de su pluma una tras otra, sin que necesitara pararse a pensar en ellas. Había meditado mucho en todo lo que debía decir y en cómo decirlo para causar el efecto deseado. Al terminar, dobló el papel primorosamente, lo metió en un sobre y en el dorso escribió *"Para Charlie Wilford"*.

Después cogió otra hoja y garabateó unas líneas, aunque se detuvo enseguida. Esta carta era mucho más difícil; resultaba mucho más complejo explicar, y sobre todo justificar, su participación en todo aquel asunto.

CAPÍTULO XIX: Un terrible suceso

Siguiendo las prioridades que le había marcado la agencia de noticias para la que trabajaba, Gregg Foster llevaba varios días centrado en recabar información sobre hechos paranormales acaecidos en Londres recientemente. En una ciudad con más de siete millones de habitantes se producían noticias para todos los gustos, pero aquella semana no había nada sobre fantasmas, espíritus o visiones del más allá que pudiera sustentar una simple reseña periodística. Así que, después de haber agotado sus fuentes habituales, Gregg decidió peinar otras menos solventes aunque sí bastante jugosas, como eran los foros y los blogs dedicados a la materia.

Allí encontró un amplio intercambio de información sobre diversas vivencias más o menos terroríficas con el otro mundo. Muchas de ellas tenían un curioso parecido con escenas de películas conocidas, que delataban una trágica falta de imaginación de quienes aseguraban ser sus protagonistas. Otras pocas, sin embargo, resultaban bastante convincentes y originales, así que Gregg se dedicó a indagar cuanto pudo sobre aquellas experiencias. Durante varios días utilizó sus alias habituales en estos foros hasta cribar y completar las que le parecían más interesantes. Finalmente, decidió quedarse sólo con un par de historias que darían bastante juego en manos de un periodista con algo de oficio.

Después de haber revisado los datos que había recopilado, redactó las noticias y las colgó en la intranet de la agencia.

"*Experiencia paranormal en el corazón de Londres. Un guardia de seguridad asegura haber mantenido una breve conversación con un fantasma en el edificio histórico en el que trabaja. El episodio se produjo durante el turno de noche y en presencia de su compañero. Aunque el encuentro fue distendido e incluso amistoso, el espíritu no dudó en exhibir sus poderes sobrenaturales. Fuente: The ghosty experience".*

"Avistamiento de naves espaciales a las afueras de Londres. Un joven y su novia afirman haber visto tres objetos circulares volando por la noche. Su tamaño no era mayor que el de un helicóptero y volaban a una altura similar. Eran de color gris oscuro, casi negro, y a pesar de la oscuridad, podían ser visibles. "Tenían una especie de camuflaje nocturno", aseguró uno de los testigos. "Volaban perfectamente sincronizados, con un movimiento parecido al de las libélulas", afirmó el otro. Fuente: That's UFO".

Luego los salvó y se dispuso a leer las noticias dejadas por los demás informadores.

• • •

Charlie y Lisa conversaban animadamente mientras recorrían la distancia que separaba su casa de la parada del autobús que les traía de la escuela. La tarde anterior, tras su regreso de París, habían acordado regresar a la capital francesa para entrevistarse con *monsieur* Denon. Lisa estuvo a punto de averiguar qué había ocurrido con el papiro en un par de ocasiones, lo que indicaba que

el señor Denon no tenía ningún inconveniente en compartir esa información con ella.

Por fortuna, los chicos pudieron averiguar dónde estaría el erudito francés cuando fuesen a verle, gracias a la biografía que la señora Rotherwick había incluido en el dossier que les entregó. En 1815, *monsieur* Denon presentó su dimisión de los cargos públicos que ocupaba y se retiró para dedicarse por completo a su colección privada de arte y a sus grabados. El lugar elegido para ello fue la residencia que había adquirido años atrás, un piso sito en el número 5 de Quai Voltaire, en París.

Lo único que les quedaba por decidir era la fecha concreta a la que viajarían, y ambos coincidieron en elegir la más temprana, el 30 de noviembre de 1818, nueve años justos desde su visita anterior. También resolvieron que sólo Lisa debía presentarse ante *monsieur* Denon, ya que a ella se le notaría mucho menos que a Charlie que para ellos no había transcurrido tal periodo de tiempo.

–Lo único que espero es no volver a toparme con el señor Costaz –dijo Lisa–. Estoy segura de que nos reconoció.

–Pues, si lo hizo, no dijo nada –contestó Charlie–. Supongo que no se atrevió porque hubiera quedado como un bobo o un loco delante de Napoleón.

–Ayer no me terminaste de contar a qué venía tanta broma con el regaliz y el queso –dijo la muchacha.

–Es porque Napoleón siempre lleva regaliz en los bolsillos y, como yo olía tanto a queso, pensó que lo mejor era darme un poco –explicó el niño–. Fue muy simpático conmigo, en persona no es tan fiero como le pintan en los cuadros.

–¿Y el perrito con el que jugabas? –preguntó Lisa.

–Es Fortune, el perro de Josefina –respondió Charlie–. Es muy listo, aunque creo que al Emperador no le gusta mucho.

Los chicos se internaron en el callejón en el que estaba su casa.

–Vamos, démonos prisa –dijo Lisa acelerando el paso–. Tengo el presentimiento de que hoy va a ocurrir algo importante.

• • •

Max Wellington había conseguido descartar a trece de los quince integrantes de la lista *"Milford"* por motivos de edad, salud o tras comprobar dónde estaban los días en los que el enfermo de peste estuvo hospitalizado en el St. Thomas. Ninguno de ellos podía ser el viajero del tiempo, aunque todavía quedaban dos individuos con los que no había logrado contactar.

Después marcar sus números de teléfono y no conseguir hablar con ninguno de ellos, decidió conectarse a la intranet de la agencia de noticias para ver si había alguna novedad interesante. Una a una fue revisando las reseñas dejadas por los informadores, interrumpiendo su lectura en las primeras líneas y saltando a la siguiente. Su olfato estaba bien entrenado y le bastaban unas pocas palabras para detectar si una noticia estaba relacionada con algún viajero.

Entonces una reseña llamó su atención, consiguiendo no sólo que la leyese de principio a fin, sino que lo hiciera un par de veces. Al parecer, su misterioso viajero había tenido un encuentro fortuito con unos guardias de seguridad en Londres y no había dudado en hacer una demostración de sus poderes delante de ellos.

A esas alturas Max Wellington había visto de todo; un amplio abanico de viajeros del tiempo con todo tipo de apetencias, esquemas morales y personalidades. Ya nada podía sorprenderle. Aunque, en verdad, nunca se había cruzado con ningún viajero que fuera tan incauto y estuviera tan decidido a poner su vida en peligro.

• • •

Nada más abrir la puerta pudieron sentirlo. Aquella tarde los sonidos de la casa eran sordos y caían como un mazazo en los oídos, el olor era denso y extraño, y el reflejo de la luz molestaba en los ojos como alfileres que se clavasen en sus retinas. Todo en apariencia estaba igual pero todo era distinto, como si la casa quisiera advertirles de que algo terrible había sucedido e intentase prepararles para la noticia que estaban a punto de recibir.

Su intuición se convirtió en una angustiosa certeza en cuanto vieron a su madre. Ella no debía estar allí a esas horas, no con la inauguración de la exposición de Nefertiti tan próxima, no con aquella expresión grave en su rostro. También estaba Marcus, en un segundo plano y sin llamar la atención, pero listo para dar su apoyo a quien lo necesitase. Al verles, los chicos pensaron que le había ocurrido algo a uno de sus abuelos.

–¿Qué es lo que ha pasado? –preguntó Lisa, incapaz de esperar a que sus padres tomasen la iniciativa para contárselo.

–Sentémonos en la cocina –dijo Marcus.

Aquella frase sólo podía confirmar que estaban en lo cierto. Charlie y Lisa tomaron asiento en torno a la mesa, completamente acongojados. La angustia les oprimía el pecho, pero ninguno de los dos estaba seguro de querer recibir la noticia. Los chicos adoraban a sus cuatro abuelos; todos eran unos seres únicos, maravillosos y totalmente imprescindibles en su vida.

–Ha ocurrido algo terrible –dijo Maggie.

Charlie escudriñó los ojos de sus padres, intentando adivinar de quién se trataba. Su padre estaba afligido pero no había llorado; su madre, en cambio, sí lo había hecho. Sólo podía tratarse del abuelo Henry o de la abuela Louise, los padres de Maggie. El niño tragó saliva, preparándose para saber cuál de los dos era.

–Helen Rotherwick ha muerto –continuó Maggie, a la vez que intentaba contener el llanto.

Charlie creyó sentirse aliviado al saber que sus abuelos estaban bien, pero nada más oír aquel nombre, las lágrimas manaron de sus ojos y sintió que una tristeza inmensa se apoderaba de él.

Maggie también se secó las lágrimas que habían comenzado a caer por su mejilla.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Lisa.

–Esta mañana no vino a trabajar –respondió su madre–. Ella siempre avisa si no puede venir o si se retrasa, así que nos preocupamos. Al principio sólo un poco, pero cuando vimos que no contestaba a nuestras llamadas, fuimos a su casa. El portero nos abrió la puerta; Helen le había dado permiso para hacerlo si algo así sucedía.

Charlie y Lisa la miraron extrañados. ¿Acaso Helen esperaba que aquello ocurriera?

–Estaba muy enferma –prosiguió su madre–. No se lo dijo a nadie, pero sabía que le quedaba muy poco tiempo.

Aquellas palabras cobraron un nuevo significado para los chicos. La señora Rotherwick había dicho en más de una ocasión que se les estaba acabando el tiempo, pero siempre interpretaron que hablaba de la exposición y no de ella misma.

–La pobre se desvaneció cuando estaba sentada en su escritorio. Fue algo repentino, no sufrió ni se enteró de nada –dijo Maggie, mientras sus ojos se volvían a llenar de lágrimas–. Estaba escribiendo unas cartas para despedirse de nosotros.

Maggie hizo una pausa, intentando contener la emoción, mientras sacaba un sobre cerrado de uno de sus bolsillos.

–Toma, hijo –prosiguió, entregándoselo a Charlie–. Creo que te cogió un gran cariño; tu carta y la de su abogado fueron las primeras que escribió.

El niño la cogió y se marchó a su cuarto para leerla a solas. Lisa se quedó mirando a su madre, aunque no se atrevió a preguntar.

–Creo que no tuvo tiempo de escribir la tuya –dijo Maggie al verla–. Cuando se desvaneció me estaba escribiendo a mí, aunque apenas tuvo tiempo de terminar unas líneas. Estoy segura de que tu carta era la siguiente.

–Entiendo –respondió Lisa–. ¿Y dices que no terminó la tuya?

–No, cariño, ojalá lo hubiera hecho –contestó Maggie afligida–. Había comenzado la carta disculpándose por algo, pero no sé por qué.

Lisa comprendió enseguida. No quería parecer insensible, pero tenía que cerciorarse.

–Pero entonces, ¿por qué se disculpaba? –preguntó la muchacha.

–Me temo que no lo sabré nunca, cariño –respondió su madre–. Sólo escribió unas pocas palabras, pero te aseguro que Helen Rotherwick nunca hizo nada que pudiera molestarme. Todo lo que hizo fue ayudarme.

Lisa se levantó y le dio un beso en la mejilla a su madre. Sentía con todo su corazón la muerte de la señora Rotherwick y era consciente de que aquella disculpa misteriosa afectaría a Maggie durante un tiempo. Pero la muchacha sabía que la mujer intentaba pedirle perdón por haberles ayudado a buscar el papiro y que lo siguiente que iba a contarle era la existencia de la capa. Y, por suerte o por desgracia, el destino se había encargado de impedírselo.

...

Max se leyó de cabo a rabo los comentarios dejados en el foro *"The ghosty experience"*. El guardia de seguridad había ocultado su identidad bajo el nickname *"Ghostbuster"*, poniendo de manifiesto su más que reducida imaginación. El hombre no entraba en demasiados detalles, tal vez debido a su evidente inexperiencia con los espíritus. Sin embargo, había dos cosas que probaban la veracidad de su relato. La primera era la forma en la que describía al espíritu apareciendo y desapareciendo a unos metros de él. La segunda, y más importante, que mencionase que al principio creyó estar viendo una cabeza cortada flotando sola en la oscuridad, hasta que se dio cuenta de que, en realidad, era un efecto óptico bastante aterrador causado por la capa negra que el espíritu llevaba puesta y que le cubría todo el cuerpo.

Max dejó un mensaje con la esperanza de que el hombre estuviese conectado y quisiera chatear con él.

"Hola Ghostbuster", escribió. *"Mi hermano me habló de una experiencia muy parecida a la tuya y tengo curiosidad por saber si puede tratarse del mismo espíritu. Mándame un mensaje cuando estés conectado para charlar un rato contigo. Saludos, Sleepy Hollow."*

• • •

Antes de meterse en la cama, Lisa se pasó por la habitación de Charlie. El niño no dijo palabra durante la cena ni quiso probar bocado. Sus ojos estaban enrojecidos, mostrando que había llorado y que la noticia de la muerte de la señora Rotherwick le había afectado mucho más de lo que ella supuso en un principio.

–¿Cómo estás, enano? –le preguntó cariñosamente.

–Bien –respondió él, mientras se le volvían a saltar las lágrimas–. Es sólo que, cuando pienso en ella, me pongo a llorar sin poder evitarlo.

–Es normal, Charlie –dijo Lisa–. Se veía que estabais muy unidos. Creo que te cogió mucho cariño los días que estuviste en su casa. Supongo que se sentía muy sola.

–Perdona que me fuera con ella a Viena sin contar contigo –se disculpó el niño–. Sé que no estuvo bien.

–Yo te traté de forma injusta en la tumba de Nefertiti. Es lógico que estuvieras enfadado y te pido disculpas por ello.

–Está olvidado –contestó Charlie.

–Está olvidado –repitió Lisa, dándole a continuación un beso en la frente y disponiéndose a marcharse.

Al verla, Charlie frunció el ceño.

–¿Te vas a ir sin preguntarme qué pone en la carta? –preguntó extrañado.

–Eso pensaba.

–Pero, ¿es que no quieres saberlo?

–Ya sabes que sí, Charlie, pero es un asunto personal tuyo –contestó Lisa–. Si alguna vez

quieres enseñármela, la leeré encantada, pero sólo con tu permiso.

El niño miró a su hermana atónito. Lisa era la mayor cotilla del reino, su interés por saber lo que le dejó escrito la señora Rotherwick estaba fuera de toda duda. Y, aunque lo reconocía abiertamente, parecía dispuesta a no meter las narices y a respetar su intimidad. Un hecho increíble.

–Toma, puedes leerla –dijo el niño, entregándole la carta que había guardado debajo de su almohada.

Lisa la abrió y la leyó en silencio, y Charlie vio que su hermana se emocionaba al hacerlo.

–Es preciosa –le dijo, doblándola con cuidado y entregándosela de nuevo–. Está claro que se había encariñado mucho contigo.

CAPÍTULO XX: La vajilla egipcia

Lisa intentó convencer a Charlie en varias ocasiones para ir a ver a *monsieur* Denon, pero él siempre le daba largas diciéndole que aún no estaba animado para emprender un nuevo viaje. La muchacha aceptaba con disgusto aquellos aplazamientos, lamentando que su hermano ya no ansiara encontrar el papiro o que el mundo conociera la verdad sobre Nefertiti. Y lo peor es que no era el único.

Su madre tampoco parecía tener ya ilusión por conseguir que la exposición de la reina fuera un gran éxito, ni recordar lo mucho que aquello significaba para la señora Rotherwick.

La muerte de su amiga había sumido a Charlie y a Maggie en una nebulosa de tristeza e inapetencia, y ninguno de ellos se daba cuenta de que el mejor tributo que podían rendirle era hacer que su sueño se convirtiera en realidad.

Lisa veía los días pasar con disgusto, pero el jueves por la tarde aquel sentimiento se transformó en verdadera impotencia. Quedaban tres semanas justas para que se inaugurase la exposición de Nefertiti y la investigación estaba paralizada y en punto muerto.

Después de preguntar a su hermano cuándo se irían y que él le contestase con un poco comprometedor "No sé, ya veremos", Lisa se refugió en el sofá de cuero que había en la biblioteca. Lamentaba de veras que hubiera sido su hermano y no ella quien hubiese encontrado el anillo que gobernaba la capa, obligándola a tener que esperar a que él quisiera viajar al pasado sin poder hacer nada. La muchacha soltó un suspiro cargado de resignación y rabia a partes iguales.

Entonces decidió pasar a la acción. No podría visitar a *monsieur* Denon mientras Charlie no se decidiera a acompañarla, pero sí podía aprovechar el tiempo. Y la mejor forma de hacerlo era siguiendo el consejo más importante que la señora Rotherwick les había dado: debían saberlo todo acerca del personaje y el momento histórico que visitaban. Y Lisa pensaba estudiar tanto como le fuera posible sobre Vivant Denon y su época, y llevarse toda aquella información consigo cuando fueran a verle.

–Papá, tengo que hacer un trabajo de Historia –anunció durante la cena–. Necesitaría que me prestases tu ordenador durante unos días.

Marcus suspiró y, justo cuando iba a ofrecer una sufrida resistencia, Maggie le quitó la palabra de la boca.

–Mañana te traeré el mío –dijo–. Papá tiene bastante trabajo atrasado y yo puedo utilizar el de Helen.

Lisa asintió y miró Charlie. Aunque el niño sabía cuáles eran las verdaderas intenciones de su hermana, siguió comiendo sin inmutarse, como si aquello no tuviera nada que ver con él. Sin embargo, su indiferencia no molestó a la muchacha. Le conocía perfectamente y sabía que pronto

volvería a ser el mismo. Y, cuando eso ocurriera, ella tendría todo dispuesto para ir en busca del segundo papiro.

• • •

Marcus ayudó a su hija a instalarse en la biblioteca. Entre los dos empujaron el viejo sofá de cuero hacia un lado y colocaron una mesita auxiliar cerca de las estanterías para que la muchacha pudiese trabajar en el ordenador y consultar cualquier libro que precisara.

–¿De qué va a tratar tu trabajo? –preguntó Marcus, mientras terminaba de conectar los cables del portátil.

–De la época de Napoleón Bonaparte –respondió ella, pensando que aquella respuesta era tan vaga, que justificaría que pudiera buscar información sobre un gran abanico de hechos y personas.

–Hmmm, muy interesante, pero quizá demasiado amplio –dijo Marcus frotándose el mentón con una mano–. Abarca un periodo bastante extenso y, para hacerlo bien, tendrás que tratar muchos temas. ¿Por qué no te centras en un plazo de tiempo algo más corto o en la vida de Napoleón?

–Ya veré –contestó Lisa–. De momento voy a buscar información en general, y si encuentro algún personaje que me guste especialmente, tal vez decida centrarme sólo en él.

Luego le sonrió y se puso manos a la obra.

• • •

Poco después de comenzar sus pesquisas, Lisa encontró un dato revelador. A pesar de su excelente preparación, *monsieur* Denon no fue aceptado para viajar a Egipto al considerarse que su edad no le permitiría soportar las fatigas y exigencias de la misión. Sólo gracias a la insistencia de Josefina Bonaparte, gran amiga suya y esposa de Napoleón, pudo unirse al grupo de sabios que integrarían la expedición al país africano.

La muchacha se detuvo unos instantes, recordando las palabras pronunciadas por Louis Costaz en El Cairo y que Vivant Denon repetiría en París en términos parecidos. Costaz mencionó que Denon se había llevado el papiro y la estatuilla para agradecer las maravillas que había visto. Y el propio Vivant le dijo, cuando estaban entrando en el palacio de las Tullerías, que con aquellos objetos pretendía mostrar su gratitud y entusiasmo por haber participado en aquella aventura. ¿Acaso se trataba de eso? ¿Aquellas piezas eran, en realidad, regalos para agradecer a Josefina su mediación para que él fuese incluido en la expedición a Egipto?

Lisa se sintió tan agitada con aquel hallazgo que a punto estuvo de salir corriendo para compartirlo con su hermano. Pero no llegó a hacerlo. En lugar de eso, se quedó mirando el retrato de *monsieur* Denon que había en uno de los libros de su padre. Mejor sería no decirle nada a Charlie, de momento, y seguir estudiando por si encontraba algún otro indicio que fuera importante. Primero terminaría de repasar la vida de Vivant Denon para centrarse, a continuación, en la de Josefina Bonaparte.

• • •

Robert Newman, el guardia de seguridad del Athenaeum Club, estiró el brazo para coger su

reloj y comprobar qué hora era. Llevaba siete días seguidos trabajando, sin ninguno de descanso, por culpa de los continuos cambios de turno de su compañero Dennis. Y estaba totalmente reventado, hasta el punto de que había dormido dieciocho horas seguidas y malgastado por completo su único día libre.

El hombre se levantó de la cama aún atontado, caminó dando tumbos hasta la mesa para encender el ordenador y se metió en la ducha. Quince minutos más tarde estaba sentado delante del teclado con un copioso desayuno, aunque el reloj de la pantalla indicaba que eran las siete de la tarde. Mientras daba cuenta de unos huevos revueltos con beicon, abrió internet y se conectó a su sitio favorito. En "*The ghosty experience*" había encontrado personas que habían vivido situaciones parecidas a la suya y podían comprender lo que sintió cuando se encontró con aquel espíritu. O al menos era lo que él esperaba, porque ningún internauta le había preguntado por sus experiencias ni había hecho alusión a los comentarios que había publicado. Hasta ese día.

Robert sintió tanta emoción al leer el mensaje de Sleepy Hollow, que a punto estuvo de atragantarse con una tostada. Después de limpiarse la grasa de los dedos en la camiseta limpia que se acababa de poner, se dispuso a contestar a su primer admirador.

"Hola Sleepy (espero que no te importe que te llame así ;) Si se trata del mismo espíritu, tu pobre hermano vivió una experiencia terrorífica. Yo pude enfrentarme a ello gracias a mi preparación profesional. Nuestro entrenamiento es muy exigente y no está al alcance de cualquiera, pero nos adiestra para reaccionar en todo tipo de situaciones. Lo siento por tu hermano, supongo que para él fue duro. Hoy estaré muy ocupado, aunque, si te conectas, avísame, y si puedo charlaré un rato contigo. Saludos. Ghostbuster."

Después salvó el mensaje y siguió comiendo con la mirada clavada en la pantalla. No veía llegar el momento en que Sleepy Hollow le contestara.

• • •

La vida de la Emperatriz Josefina resultó ser de lo más azarosa. Al leer su biografía, Lisa descubrió que la mujer de maneras amables que reía junto a su hermano en el palacio de las Tullerías, había sido toda una superviviente en la convulsa época en la que le tocó vivir.

Natural de la isla de Martinica, a los diecisiete años llegó a París para casarse con el joven aristócrata y oficial de la armada, Alejandro de Beauharnais. Aquel matrimonio, acordado por las familias de los esposos, fue desgraciado y estuvo plagado de incidentes. De él obtuvo dos hijos, Eugène y Hortensia, y muchas penalidades económicas. Tras su separación legal, la mujer se marchó a su Martinica natal, pero la sublevación de los esclavos le obligó a embarcarse apresuradamente, sin equipaje ni dinero, y volver a París en plena revolución francesa.

Mientras su todavía marido, Alejandro de Beauharnais, ocupaba importantes cargos militares en el nuevo gobierno, Josefina no dudaba en mediar por muchos de sus amigos de la nobleza que habían sido encarcelados y corrían el riesgo de ser ajusticiados. Aquello, unido a su origen aristocrático, creó bastantes dificultades a Alejandro, hasta que por fin, en la Era del Terror comandada por Robespierre, fue encarcelado en represalia por la derrota de la ciudad de Mainz, cuya defensa había corrido a su cargo. Semanas más tarde, Josefina era enviada a la misma cárcel

que su esposo, en la que los prisioneros debían soportar un terrible hacinamiento y la amenaza de protagonizar las numerosas ejecuciones que se realizaban a diario.

Cinco días antes de la caída de Robespierre, Alejandro era guillotinado. Josefina fue más afortunada al ser liberada cuando cayó el tirano. Ahora era viuda legalmente, aunque, de nuevo, tuvo que enfrentarse a nuevas penurias económicas. Por fortuna, estaba muy bien relacionada con importantes personalidades del nuevo gobierno, como Barras, quien le ayudaría financieramente y le presentaría a su futuro esposo, el General Bonaparte. Aquel matrimonio la convertiría en emperatriz de Francia en 1804, aunque, en 1810, se disolvería con el primer divorcio legal del país al no poder darle un heredero a su esposo. Josefina se retiró en Malmaison, un castillo de su propiedad donde coleccionaba flores y animales exóticos, pinturas, momias y objetos traídos de los viajes de Napoleón. Allí moriría en 1814, a los cincuenta años de edad, por las complicaciones derivadas de un constipado. En ese momento Napoleón ya había abdicado y vivía desterrado en la isla de Elba.

Lisa leyó de cabo a rabo la biografía de aquella mujer, impresionada por las incontables dificultades que tuvo que superar. Pero sin duda, lo que más la impactó, fue que, una vez convertida en Emperatriz de Francia y estando en lo más alto de la escala social, su marido la repudió por no poder darle un heredero. Un curioso parecido con la vida de la Gran Reina Nefertiti.

A la muchacha tampoco se le escapó que Josefina coleccionaba momias y objetos conseguidos en las campañas de su esposo, ni que era una persona fiel y leal a sus amigos que, a buen seguro, le corresponderían en igual medida. Lo cierto es que era la candidata ideal para recibir el segundo papiro de manos de su buen y agradecido amigo Vivant Denon.

Lisa guardó los libros que acababa de consultar. Después se conectó a internet para buscar imágenes de cualquier objeto relacionado con la vida de la Emperatriz.

• • •

Después de leer el mensaje de Ghostbuster, Max miró el contador de visitantes. Aunque *"The ghosty experience"* no era un foro demasiado popular, había demasiados testigos conectados en ese momento. Diecisiete, para ser exactos.

Antes de empezar a chatear con el guardia de seguridad, contactó con Nick Johnson, otro de sus hackers de confianza. Max solía distribuir los encargos entre distintos 'profesionales' del ramo, de modo que ninguno de ellos llegara a tener una visión completa de las pistas y progresos que iba logrando en sus investigaciones.

Max le dio a Nick sus indicaciones: *"Bloquea el acceso para todos los usuarios menos para Ghostbuster y Sleepy Hollow. Y mantente a la espera de nuevas instrucciones."*

El hacker le respondió pasados unos segundos con un escueto *"Estáis solos"*.

Max miró el contador y vio que sólo marcaba dos visitantes. Podía iniciar la conversación.

Sleepy Hollow: *"Hola Ghostbuster. Efectivamente, mi hermano estuvo muy afectado y nunca llegó a superarlo. Celebro que a ti no te haya pasado lo mismo, aunque para eso hace*

falta tener los nervios de acero."

Ghostbuster: *"No dejar que te afecte va un poco con el temperamento. Mi compañero, el viejo Alfred, aún sigue muy impresionado. Supongo que ya es mayor para soportar estas cosas."*

Sleepy Hollow: "*Es lógico. ¿Qué pasó para que se asustara tanto?"*

Ghostbuster: *"El espíritu aparecía y desaparecía moviéndose de un lado a otro de la sala. Incluso llegó a atravesar una puerta"*

Sleepy Hollow: *"¿La atravesó o apareció a otro lado?"*

Ghostbuster*: "Apareció al otro lado, fue algo espeluznante."*

Sleepy Hollow: *"Desde luego. Y dime, ¿cómo iba vestido?"*

Ghostbuster: *"Él llevaba una capa que le cubría todo el cuerpo"*

Sleepy Hollow: *"¿Él?"*

Ghostbuster: *"Y la mujer, un abrigo gris."*

Sleepy Hollow: *"Entonces, ¿eran dos fantasmas?"*

Ghostbuster: *"Sí, aparecieron los dos juntos, abrazados, algo terrorífico."*

Sleepy Hollow: *"Pero sólo uno llevaba una capa."*

Ghostbuster: *"Sí, sólo el niño, llevaba puesta una capa negra."*

Max se detuvo unos instantes, intentando controlar su ansiedad.

¡El viajero era un niño que portaba ni más ni menos que una capa *Palatina*!

Aquello explicaba muchas cosas y a la vez las hacía mucho más difíciles. Casi siempre se había enfrentado a viajeros codiciosos, necios y peligrosamente negligentes, a quienes arrebatar la capa no sólo era fácil sino obligado para evitar que causaran un desastre histórico de consecuencias impredecibles. Pero jamás en toda su larga trayectoria había tenido que eliminar a un niño que, por añadidura, suponía una auténtica bomba de relojería al utilizar una capa tan poderosa de una forma tan inconsciente.

Después de dar un largo suspiro, Max siguió escribiendo.

Sleepy Hollow*: "¿Qué edad tenía?"*

Ghostbuster: *"¿Cómo saber qué edad tiene un fantasma? Por lo que dijo, debían llevar cientos de años vagando por el mundo."*

Sleepy Hollow: *"Por supuesto. Pero, ¿qué edad dirías que aparentaba si fuese un niño normal?"*

Ghostbuster*: "Unos once años. Estaba realmente flaco, ¿sabes?"*

Sleepy Hollow: *"¿Y la mujer?"*

Ghostbuster: *"Era bastante mayor. El niño nos dijo que era su abuela y, aunque era un fantasma, se la veía un poco cascada, como si no se sintiera bien."*

Sleepy Hollow: *"Comprendo. ¿Y dices que habló con vosotros?"*

Ghostbuster: *"Cuando me hice con él resultó ser bastante simpático. Dijo que eran fantasmas de biblioteca, que se quedaban en las bibliotecas hasta que su abuela se había leído los libros. De hecho la vieja ya había comenzado a leer uno."*

Sleepy Hollow: *"¿Y qué pasó entonces?"*

Ghostbuster: *"Tuve que convencerle de que se marchara a otra biblioteca. Ya sabes, lo primero es la clientela."*

Sleepy Hollow: *"Sí, claro. Bueno, amigo, ahora tengo que marcharme. Tal vez podamos chatear otro día."*

Ghostbuster: *"Cuando quieras."*

Max dio la conversación por finalizada y facilitó nuevas instrucciones a Nick Johnson.

"Borra todo el diálogo y cualquier registro de Ghostbuster que haya en la red. Bloquea su sistema hasta que te avise, para que no pueda mandar más mensajes."

Después reconsideró toda la información que había obtenido. El niño viajaba con quien parecía ser su abuela, aunque ninguna de las personas de la lista Milford encajaba con su descripción y mucho menos con la del niño. No obstante, haría una nueva comprobación, para lo que decidió mandar un nuevo correo electrónico al hacker Jeff Carter.

"Necesito el año de nacimiento de todas las personas de la lista Milford. Saludos, John Smith."

Luego apagó el ordenador y se quedó pensativo, mirando su reflejo en la pantalla negra. Su deber era recuperar la capa, lo que inevitablemente suponía la eliminación de su propietario. Pero también había que mantener la existencia de las capas del tiempo en el más absoluto secreto, por lo que un caballero, además, estaba obligado a eliminar a toda persona ajena a la Orden que supiera de ellas.

Sin duda aquella sería una de las misiones de recuperación más difíciles de su vida. Sólo esperaba que aquel muchacho insensato dejase de invitar a las personas de su entorno a viajar con él, como si de una salida inocente a la bolera se tratara.

• • •

No se podía negar que Internet era una herramienta increíble. Lisa comprendía las reticencias de su padre y las cautelas que tomaba para protegerles de las malas acciones cometidas por personas al amparo del anonimato que ofrecía y de los errores que ella misma había cometido hacía no mucho tiempo. Sin embargo, la herramienta también tenía un aspecto positivo y casi mágico. Un simple ordenador y una conexión ADSL bastaban para visitar los museos del mundo, ver el patrimonio cultural y artístico de uno o varios países, leer documentos históricos... Todo

estaba allí, al alcance de la mano. Sólo había que tener mucho tiempo y mayor paciencia para encontrar lo que se buscaba.

En dos tardes de trabajo intensivo, Lisa había paseado por las habitaciones del Castillo de Malmaison, contemplado los objetos personales de Josefina, sus retratos y los de su familia, e, incluso, su tumba. Aquella mujer, nacida casi doscientos cincuenta años atrás, empezaba a caerle simpática y a resultarle mucho más cercana que cuando la vio en carne y hueso en el Palacio de las Tullerías.

La mayor parte de la información estaba mostrada con todo lujo de detalles en una página web dedicada en exclusiva a la Emperatriz, en la que, entre otras cosas, se podían ver sus muebles, vestidos y joyas, y se indicaba, además, el lugar donde estaban expuestos.

La muchacha contemplaba una sucesión de imágenes, ampliándolas para verlas en detalle, cuando una pieza llamó su atención. Se trataba de un reloj que tenía una tapa con una bucólica estampa del Nilo y tres pirámides al fondo. La pieza estaba unida a una cadena de oro en cuyo extremo había una cruz con una forma singular, pero que le resultaba extrañamente familiar. Sus brazos eran cortos aunque muy altos y tenía una esfera abultada en su base. Dentro de ésta, había un pequeño retrato de Josefina del que salían tres cadenas más, todas ellas rematadas por una pequeña cruz idéntica a la primera, pero cada una hecha con un material distinto: una era de coral rojo, la otra de azabache y la tercera de lapislázuli. Aquel objeto parecía un amuleto, y había algo en él que le resultaba conocido, aunque no sabía concretar qué era.

Entonces se dio cuenta.

Los elementos representados en aquella joya eran una cruz, una mujer, un río y otras tres cruces. La representación jeroglífica del nombre que supuestamente se había dado a Nefertiti en el papiro.

La muchacha sintió que la sangre se le subía a la cabeza de golpe. Con un movimiento rápido se giró hacia la maraña de papeles que había amontonados junto a ella y comenzó a rebuscar, hasta que encontró la foto del papiro que les había entregado la señora Rotherwick. Lisa comprobó los signos que la mujer había marcado con rotulador fosforescente y que les ayudarían a identificar el papiro de Nefertiti. Una cruz, una mujer, un río, tres cruces con una esfera en su base y otra mujer.

En la joya de Josefina faltaba la representación de la segunda mujer, aunque tal vez no era un detalle importante. La muchacha volvió a mirar la pantalla del ordenador y entonces vio que había otra imagen de la misma que aún no había abierto. Con un movimiento rápido de ratón la pinchó y una foto de la parte trasera de la joya se desplegó ante ella. Lisa contuvo la respiración. En el anverso del retrato de Josefina había otro, el de una santa. “No deja de ser una mujer”, pensó Lisa, mientras lo cerraba y pinchaba el enlace para leer las explicaciones que había sobre la pieza.

“Reloj de la Emperatriz realizado en oro de 18 quilates, con tres pequeñas cruces de coral rojo, azabache y lapislázuli. La tapa muestra una escena idealizada del río Nilo. La base de la cruz de mayor tamaño, también realizada en oro de 18 quilates, contiene un retrato de Josefina en el anverso y otro de Santa Helena en el reverso.”

Lisa grabó el enlace en la carpeta de ‘*Favoritos’* y se sentó en el sofá de cuero para tomarse

un descanso. No estaba segura de lo que había encontrado, de si aquello era la evidencia de que Josefina había recibido aquel papiro y se había inspirado en el supuesto nombre de Nefertiti para diseñar de la joya. Era bastante enrevesado, pero guardaba cierta lógica.

Por desgracia, no podía acudir a ninguna de las dos personas que podían ayudarle a aclarar aquel embrollo. Josefina Bonaparte había muerto el 29 de mayo de 1814, cuatro años antes de la primera fecha a la que podían viajar en el tiempo; y Helen Rotherwick, su guía y consejera, el 18 de marzo de 2014.

Si, como creía, aquello era una pista, debería averiguarlo ella misma.

• • •

Charlie se paseó varias veces por la biblioteca e incluso se acercó en un par de ocasiones a las estanterías para coger algún libro. En todas ellas, Lisa le saludó cortésmente e incluso se ofreció a alcanzarle los volúmenes colocados en los estantes más altos, pero no le lanzó ninguna indirecta por haber abandonado la misión ni le pidió ayuda para finalizarla.

Su hermana mantenía un reciente y escrupuloso respeto hacia sus sentimientos que ya empezaba a fastidiarle. Pero cuando vio el brillo de sus ojos, supo que ella había encontrado algo y, aunque seguía triste por la muerte de la señora Rotherwick, no estaba dispuesto a perdérselo de ninguna manera.

–Dime que no estamos siendo unos insensibles –dijo al sentarse en el sofá, al lado de su hermana–. Si seguimos con nuestra vida como si nada, parece que no nos importa lo que le ha pasado.

Lisa comprendió inmediatamente.

–Yo sé que siento mucho lo que le ha pasado –contestó suavemente–, y que tú lo sientes más aún. Pero no pienso consentirlo, Charlie, no voy a dejar que todo se vaya por la borda. Helen luchó hasta el último momento por la exposición, porque para ella era lo más importante. ¿O es que no te das cuenta?

–Sí, pero no puedo evitar sentir que la estamos traicionando –repuso el niño.

–No si lo que persigues es hacer realidad sus sueños –añadió Lisa–. Creo que ella lo aprobaría. Para ella esta exposición y este descubrimiento eran realmente importantes, de lo contrario no nos habría ayudado, ¿no crees?

El niño hizo una breve pausa, como si con ello se quedara en paz consigo mismo, y luego formuló la pregunta que le estaba rondando.

–Has encontrado algo, ¿verdad?

–No estoy segura –respondió Lisa–. He visto un reloj de Josefina que tiene los mismos elementos que el nombre con el que se referían a Nefertiti en el papiro, como si se hubieran basado en él para diseñarlo.

–¿Estás de broma? –preguntó Charlie–. ¿Y cómo es que Josefina tenía el papiro?

–Ven, te explicaré todo desde el principio.

• • •

Mientras su hermana documentaba sus hallazgos y preparaba las biografías abreviadas de Josefina y Vivant Denon al más puro estilo "Rotherwick", Charlie se zambulló de lleno en la vida de Napoleón Bonaparte bajo la mirada atónita de su padre.

Los chicos siempre estuvieron bastante interesados en la Historia, pero sólo si había sido previamente digerida por su madre y transformada en amenos relatos que ella les contaba en la cena, en la cama o cuando viajaban en coche.

Sin embargo, ver a sus hijos leer compulsivamente libros históricos que hubieran resultado tediosos para muchos adultos, le resultó chocante y un poco aterrador. Quizá, lo que pretendía ser una forma de despertar en ellos la inquietud por saber, se les estaba yendo de las manos y les estaba convirtiendo en unos chicos raros.

Una inesperada consulta de Charlie hizo que temiera estar en lo cierto.

–Papá, ¿qué opinión te merece la figura de Napoleón Bonaparte?

Marcus se quedó frío, no sólo por el fondo de la pregunta sino por la forma en la que el niño la había formulado. Sin responderle, consultó la hora en su reloj para ver si estaba a tiempo de llegar a cualquier tienda en la que comprarle al niño una consola Play Station y una *tablet* a su hermana. Charlie aprovechó el desconcierto de su padre para explicar por qué lo decía, aunque jamás habría pronunciado aquellas palabras si hubiese podido leerle la mente.

–Es que no estoy seguro de lo que debo pensar sobre él –dijo el niño–, de si me sigue cayendo bien.

Marcus consideró que aquella era una curiosa forma de explicarse y, en cierto modo, le resultó enternecedora.

–Por un lado estaba claro que se le ocurrían unas ideas buenísimas para ganar todas las batallas y que era un genio de las guerras.

–Sí, fue un brillante estratega militar –puntualizó su padre.

–Y bueno, ya sé que una guerra es siempre una guerra, pero a mí eso de las estrategias y los batallones, me gusta –continuó Charlie, encogiéndose de hombros–. Quiero decir, que me gusta todo eso de los héroes y las luchas, aunque luego esté esa parte mucho más triste de los muertos.

–Está claro –respondió Marcus–. Las guerras tienen una faceta épica que siempre resulta atractiva, pero también tienen otra dramática que las ensombrecen.

–Sí, eso. Pues a mí me gusta la parte épica –explicó el niño–. Y yo me estaba divirtiendo un montón con la parte épica de Napoleón, que era como en las historias de Alejandro Magno o de Julio César que nos cuenta mamá... Hasta que he visto la otra parte menos divertida.

–En las guerras napoleónicas ambas facetas concurrieron –dijo Marcus–, pero también en las que libraron César y Alejandro Magno. Napoleón, sin embargo, nos es mucho más contemporáneo

que ellos, y para nosotros no es lo mismo saber que invadió lugares que nos son fácilmente reconocibles como Austria, España o Bélgica a que nos hablen de otros más difusos como la Galia, la Germania, Persia o la Bactriana.

Charlie sopesó durante unos instantes las explicaciones de su padre.

–Cuanto más cercano es un hecho histórico a nuestra época, mayor es el grado de implicación que tenemos con éste –trató de aclarar Marcus–. O sea, que siempre serás menos severo con César que con Napoleón, aunque estés juzgando comportamientos parecidos.

–Pero no es sólo con las guerras, me pasa un poco con todo –confesó el niño–. Napoleón hizo muchas cosas buenas, como alcantarillas y carreteras. O que los científicos pudieran investigar y lograr descubrimientos, los artistas hacer sus obras de arte, hacer que todo el mundo fuera igual ante la ley o que los niños estudiaran a pesar de que sus padres fueran pobres.

–Sí, todo ello era importante –dijo Marcus, sonriéndose por el orden de importancia que su hijo confería a cada uno de ellos.

–Pero luego lo estropea con cosas como que invadiera todos los países que conocía; que pusiera a su familia a dirigirlos, aunque no fueran tan listos como él; o que dijera que todo el mundo podía votar, pero sin incluir a las mujeres; que luego se nombrara Emperador para toda la vida, con lo que la gente ya no podía votar a nadie... Por no hablar de cómo trató a Josefina. Así que no sé qué pensar de él.

–Acabarás formándote una opinión sobre él –respondió Marcus–. Pero, si quieres juzgar a alguien en su justa medida, debes considerar que todas las personas, absolutamente todas, tenemos virtudes y defectos. Por muy buenas que sean las primeras, no podemos olvidar los segundos, y viceversa. Y que no hay mejor abogado defensor ni fiscal más severo que los actos que esa persona ha cometido.

Charlie se quedó pensativo, intentando formarse una idea sobre Bonaparte. Estaba claro que su padre no pensaba darle la solución, sino que quería que la encontrase por sí mismo, porque se fue a la cocina para ayudar a Maggie a preparar la cena.

Al ver a su padre salir de la biblioteca, Lisa soltó un suspiro.

–¡Menos mal! ¡Pensaba que no ibais a terminar nunca! –exclamó–. Podías dejar estas discusiones históricas para más adelante, cuando hayamos terminado la misión.

El niño la miró sorprendido, sin entender qué mosca la había picado.

–Ven, tengo que enseñarte algo –dijo la muchacha al tiempo que señalaba la pantalla del ordenador.

Charlie se acercó a ella.

–Después de la expedición de Egipto, todo lo que tenía que ver con aquel país se puso de moda. El propio Napoleón se encargó de potenciarlo, pues aquello era una propaganda magnífica para los éxitos militares que había conseguido allí –explicó Lisa.

–Me parece que a ti no te cae muy bien –dijo el niño.

–Incluso, siendo Primer Cónsul de Francia, mandó hacer una vajilla con escenas de batallas y estampas típicas de Egipto, más conocida como "la vajilla egipcia" –continuó Lisa, sin responder al comentario de su hermano–. Mira, fíjate en esta pieza.

La muchacha le mostró la foto de un plato de color azul cobalto. La base estaba ocupada por el retrato de un hombre barbudo con un turbante en el centro y rodeada por dos hileras concéntricas de signos jeroglíficos pintados en oro y rematados por una fina greca exterior. Charlie se concentró en el hombre, por si se trataba del maldito Costaz que tenía obsesionada a su hermana. Pero entonces Lisa amplió la imagen y movió el ratón para señalar unos cuantos signos.

–Una cruz, una mujer, un río, tres cruces, otra mujer –dijo, mientras sonreía con visible satisfacción.

–Y aquí también –añadió, abriendo otra foto con tazas, jarras y más platos de la vajilla.

Charlie se quedó patidifuso. Él también recordaba lo que significaba aquella sucesión de signos.

–Y aquí –continuó su hermana, mostrándole una imagen más.

Esta vez no era de ningún objeto de porcelana, sino de una habitación amplia y lujosa, posiblemente de un palacio. Charlie centró su atención en una de las paredes, en la que había dibujado un paisaje egipcio con un ridículo toque infantiloide, enmarcado por unas franjas de pretendidos signos jeroglíficos.

–¿Qué es eso? –preguntó el niño.

–La sala egipcia de la Villa de San Martino, la residencia de verano de Napoleón durante su exilio en Elba –respondió ella–. Él mismo encargó los frescos a un tal Pietro Ravelli.

–Pues le ha puesto una nariz a la esfinge y la ha pintado con cara de dibujo animado –observó el niño.

–Sí, pero fíjate en los signos que hay a este lado –contestó Lisa, señalándolos con el cursor–. Una cruz, una mujer, un río, tres cruces y una mujer.

–¡Caramba, Lisa! ¡Eres una investigadora de primera! –exclamó Charlie sorprendido.

La muchacha agradeció el cumplido con una sonrisa.

–Mi teoría es que, bien Josefina, bien Napoleón, tenían el segundo papiro. Denon pudo regalárselo a cualquiera de ellos por haberle dejado participar en la expedición a Egipto, o a los dos, que para eso estaban casados –dijo la muchacha algo exaltada–. Y el papiro les sirvió de ejemplo para copiar todos esos signos, aunque los del nombre de Nefertiti debieron llamar mucho su atención, porque son los únicos que se repiten y siempre en el mismo orden.

–Quizás fue por las cruces, porque tenían algún significado para ellos –supuso Charlie–. Tú dijiste que era como un amuleto.

–Eso mismo creo, y puedes estar seguro de que lo averiguaremos –contestó su hermana–. Sólo

hay dos personas que, con total seguridad, conocen la respuesta a esa pregunta. Una es Josefina, pero ya no podemos preguntárselo, porque murió en 1814 y nosotros sólo podemos viajar a cualquier fecha a partir del 30 de noviembre de 1818.

–A menos que queramos esperar nueve semanas para que la capa nos permita volver a elegir cualquier fecha –dijo el niño.

–Y desde luego, es algo que no vamos a hacer, porque la exposición de Nefertiti se inaugura en poco más de dos semanas. Así que se lo preguntaremos a la otra persona que puede saberlo, que no es otro que el mismo Napoleón Bonaparte.

Charlie asintió tranquilamente, pues para él aquello no entrañaba ninguna dificultad ni suponía ningún mérito. El corso y él habían hecho buenas migas cuando estuvo en las Tullerías, y no le importaría volver a comer el regaliz que el Emperador guardaba siempre en sus bolsillos.

–Aunque va ser un poco difícil explicarle que hayan pasado nueve años y yo no haya crecido –observó Charlie–. Tal vez a ti no te caiga bien, pero te aseguro que es muy listo.

–Créeme, hermanito, esta vez no importa. Cuando vayamos a verle, estará confinado en la isla de Santa Helena. Allí vivía en Longwood House, una granja situada en un lugar inaccesible, en el que era absolutamente imposible entrar o salir sin ser visto. Por eso, los soldados que le custodiaban estaban siempre fuera de la casa. Si Napoleón da la voz de alarma, tendremos tiempo más que de sobra para marcharnos antes de que alguien llegue a socorrerle.

–¿Cuándo nos vamos? –preguntó el niño.

–Si me da tiempo a terminar el dossier, mañana mismo.

Charlie asintió.

–Esta vez todo tiene que salir bien. Mucho me temo que será nuestra última oportunidad –dijo Lisa.

CAPÍTULO XXI: Santa Helena

Max se reunió con Emanuel Gentile para ponerle al tanto de sus últimas averiguaciones. Como si se tratara de un oficial reportando los avances en la batalla a su general, le facilitó los detalles de la situación de una forma fría y escueta, sin opiniones ni sentimentalismos. En ningún momento lamentó en voz alta el hecho de que el poseedor de la capa fuese un niño, aunque estaba convencido de que al Gran Maestre le afligiría tanto como él aquella circunstancia.

–¡¡Una *Palatina*!! –estalló entre carcajadas el señor Gentile–. ¡¡Menudo golpe de suerte, muchacho!! –añadió golpeando animadamente la espalda de Max.

Max mantuvo la compostura, ocultando su asombro y su indignación. Quería a aquel hombre como a un padre, pero le decepcionaba tremendamente que sólo valorara las ventajas que para ellos podía suponer hacerse con la capa. Celebrarlo abiertamente, sin considerar lo que aquello suponía para un niño inocente, era un comportamiento del todo inapropiado.

–¡¡Y su propietario es un niño!! –exclamó Emanuel Gentile con una gran sonrisa.

Max tragó saliva, concentrado en mantener un gesto completamente inexpresivo, aunque el corazón golpeaba furiosamente su pecho.

–Es justo lo que necesitamos para poder nombrarte mi sucesor. Nadie podrá competir con una *Palatina* y con las demás capas que posees. Por fin un poco de suerte –continuó hablando el anciano.

Max siguió caminando junto a él, sin decir palabra.

–Has de averiguar urgentemente la identidad de ese mocoso –afirmó con severidad el anciano–. Es un blanco demasiado fácil y valioso. Cualquier alimaña puede descubrirle y adelantársenos.

Max le miró sin responder. Aunque no le faltaba razón, no aprobaba el término despectivo que su mentor había utilizado para referirse a sus enemigos y mucho menos aún para el niño. La posición del Gran Maestre dentro de la Orden era muy delicada desde hacía tiempo y Max sabía que en los últimos meses le fallaban las fuerzas. Pero su comportamiento era del todo indigno. Aquella falta de humanidad era imperdonable en el que sin duda era el hombre más poderoso del mundo. Quizás sólo se trataba de un desliz causado por la tensión del momento. O quizás Emanuel Gentile no era el gran hombre que Max creía, ni era muy diferente de los hombres a los que combatía.

–Ponte manos a la obra –ordenó el anciano–. Y tráeme la identidad de ese niño o su maldita capa.

–Bien –respondió Max lacónicamente.

Y después se marchó para cumplir con su cometido.

...

Los chicos aparecieron en una sala de dimensiones muy reducidas en la que una mesa de madera, dos sillas y una cama de hierro ocupaban todo el espacio disponible. En una de las paredes había dos pequeñas ventanas por las que entraba la luz de la luna, iluminando levemente la reducida estancia. El silencio era absoluto, tan sólo roto por algún crujido de la estructura de la casa o por las ráfagas de viento que se estrellaban de manera intermitente contra la fachada.

Lisa indicó a su hermano que no hiciera ningún ruido. Según había podido averiguar, en la casa dormían otras personas además de Bonaparte. Luego abrió la bolsa de tela en la que se había convertido la mochila de Charlie y sacó una linterna y el dossier que había preparado. El niño lo miró atónito. Su hermana se había tomado su papel de investigadora realmente en serio. No se había limitado a acumular hojas dentro de una carpetilla más o menos presentable, sino que estaban perfectamente encuadernadas y tenían marcadores adhesivos de colores para localizar rápidamente la información que se precisara.

Lisa lo puso sobre la mesa, lo abrió por la página que tenía el marcador con la palabra *"Plano"* y el croquis de la casa apareció delante de ellos.

–Ese es el dormitorio de Napoleón –dijo susurrando y señalando una de las puertas–. Entra a hablar con él y yo me quedo aquí vigilando.

Charlie asintió con la cabeza. Luego cogió un papel y un bolígrafo de la mochila y, tras ajustar levemente la anilla del lugar en su pulsera, desapareció.

La sala en la que apareció era del mismo tamaño que la anterior aunque, al estar menos amueblada, parecía algo más grande. Una chimenea situada en la pared del fondo mantenía caliente la habitación y hacía lo imposible por darle un aspecto distinguido. Tres retratos y un busto de mármol situados sobre ella le ayudaban en tan difícil tarea, sin conseguirlo del todo. Junto a la chimenea había un pequeño diván y un velador, indicando que aquel era un rincón destinado a la lectura. En la izquierda, y pegada a la única puerta de entrada, había una cama de hierro en la que Napoleón Bonaparte dormía.

El niño le observó de pie, desde el centro de la estancia, mientras se rascaba la cabeza y pensaba una frase con la que despertarle. Pero, como no se le ocurría nada brillante, se acercó a ver los retratos colgados junto a la chimenea en busca de inspiración. Entretanto, en la sala contigua, Lisa intentaba enterarse de cuanto ocurría con la oreja pegada a la puerta, aunque no oía absolutamente nada. Así que decidió abrirla un poco para seguir en directo los progresos de su hermano. La muchacha giró el picaporte muy despacio, sin hacer ruido, y tiró de la puerta hacia ella. Al hacerlo, la madera abombada por la humedad soltó un ahogado quejido y despertó a Bonaparte, que tenía el sueño ligero como una pluma.

–¿Sois vos, Las Cases? –preguntó el hombre, incorporándose ligeramente.

Lisa contuvo la respiración.

–No, Majestad, soy Charlot D'Artagnan –contestó Charlie intentando ser correcto–. Siento haberos despertado.

Napoleón se quedó paralizado, mirando fijamente al niño.

–¡¿D'Artagnan?! ¡Dios Santo! –exclamó frotándose los ojos y sin poder dar crédito–. ¿Cómo has entrado? ¡Este lugar es inexpugnable!

–Perdonad que me presente a estas horas de la noche sin avisaros, pero es que tengo que preguntaros algo importante –se disculpó Charlie mientras se acercaba a Bonaparte.

El hombre se quedó perplejo al verle. Le recordaba perfectamente, jugando con el perrito de Josefina y comiéndose su regaliz. Siempre tuvo una facilidad extraordinaria para retener los nombres y las caras pero esta vez, si cabía, era más fácil que nunca, pues aquel niño seguía exactamente igual que la última vez que lo vio, nueve años atrás.

–¡No has cambiado desde que te vi en Palacio! ¡No has crecido! –exclamó incrédulo mientras se incorporaba para verle mejor–. No sé si eres un ángel o un fantasma, aunque en las penosas circunstancias en las que me encuentro, prefiero suponer lo primero.

Lisa se relajó un poco. Aunque sorprendido, Bonaparte parecía aceptar la visita de su hermano sin asustarse ni dar la voz de alarma.

–¿Qué es lo que os pasa, Majestad? –preguntó Charlie con cautela, para no parecer entrometido.

–Padezco fuertes dolores de estómago, creo que acabarán por matarme –respondió Napoleón.

–A mi abuelo le pasa lo mismo y se toma unas pastillas amarillas que le sientan estupendamente. Es una pena no haberlas traído –dijo el niño, tratando de consolarle, a pesar de que sabía que Napoleón estaba en lo cierto. Aquellos dolores se agravarían y le acompañarían hasta su muerte, que le sobrevendría en poco más de dos años.

–Yo tampoco tengo el regaliz que te gustaban tanto, aquí he tenido que abandonar muchas de mis buenas costumbres –contestó el corso–. Y bien, dime, ¿a qué has venido?

–Majestad, he de haceros una pregunta –respondió Charlie con determinación–. A la Emperatriz Josefina le gustaban los objetos egipcios, ¿verdad?

–Sí, claro. Coleccionaba momias, estatuillas...

–Y también papiros.

–Sí, tenía varios papiros –contestó Bonaparte, que empezaba a sentirse bastante intrigado.

–Pero yo quería preguntaros por uno en concreto –continuó el niño, sacando el papel y el lápiz, y comenzando a garabatear unos signos–. Uno que tiene una cruz, una mujer, un río...

–... Tres cruces y una mujer –dijeron los dos al unísono.

Lisa se incorporó hacia adelante, empujada por la tensión y la excitación. Bonaparte había reconocido aquellos signos, lo que indicaba que estaba familiarizado con el papiro.

–¡Dios Santo! –exclamó Napoleón–. ¡Entonces es cierto!

–¿Qué es cierto? –preguntó Charlie.

–Ella decía que era una especie de amuleto protector relacionado con Santa Helena, la emperatriz de Constantinopla, y con la leyenda de las Tres Cruces y la Cruz Verdadera –explicó el corso–. Así que puso aquellos signos por todas partes, diciendo que traerían buena suerte: en un buró que mandó hacer para su dormitorio, en la vajilla egipcia, incluso diseñó un reloj joya con aquellos signos... Cuando supe que Josefina había muerto, yo mismo mandé pintarlo en la sala egipcia de mi palacio de Elba en recuerdo suyo. Es curioso, yo siempre me reía de aquella superstición tonta; le decía que el papiro y Santa Helena eran de épocas distintas y que era imposible que estuviesen relacionados de ninguna manera, que la Santa no la protegería por poner aquellos signos por todas partes... E, irónicamente, voy a terminar mis días en la isla que lleva su nombre. Parece una burla del destino.

–Majestad, y no sabréis dónde puede estar ese papiro, ¿verdad?

–¿Por qué quieres encontrarlo, muchacho? ¿Qué le hace ser tan importante?

–Porque cuenta la vida de una reina de Egipto a la que la Historia no ha hecho justicia. El mundo tiene una opinión equivocada sobre ella y, si ese papiro se pierde, nunca se sabrá la verdad.

"¡Bravo!", pensó Lisa. Aquello tocaría la fibra sensible de Bonaparte.

–Es el precio que los poderosos hemos de pagar –respondió Napoleón con un tono un tanto taciturno–. Gobernar exige sacrificio y responsabilidad, valentía para tomar decisiones y valor para aplicarlas. A menudo el pueblo no las comprende y por eso juzga equivocadamente a sus gobernantes, pero no por ello son erradas.

–Mi padre dice que no hay mejor abogado defensor ni fiscal más severo que nuestros propios actos –dijo Charlie, entendiendo que aquello venía muy a cuento–. Y que para juzgar de forma justa a una persona, hay que considerar sus virtudes y defectos, independientemente de lo bien que nos caiga.

Lisa le escuchaba llevándose las manos a la cabeza. Y aquella disertación filosófica, ¿a cuento de qué venía? ¡Diablos! El hombre había admitido que Josefina tenía papiros, reconoció los signos que tenía el que estaban buscando e incluso que su mujer estaba obsesionada con ellos. Y hasta se solidarizaba con la reina maltratada de la que hablaba. Pero, su hermano, en lugar de rematar la faena y persuadirle para que le ayudara a limpiar la memoria de la pobre mujer, se metía en una conversación trascendente que, además, le venía grande.

–No creo que tu padre esté en lo cierto, hijo –respondió Bonaparte–. Los actos no siempre muestran la conveniencia ni la necesidad de realizarlos y un gobernante no puede ni debe dar explicaciones para justificarlos.

–Pues precisamente eso es lo que le pasó a la reina egipcia de la que le hablo, Majestad –contestó Charlie, intentando salir de aquel lío–. Que nadie entendió por qué hizo lo que hizo, y no se les ha ocurrido pensar que si lo hizo es porque tenía buenos motivos para hacerlo, pero claro, ella no se podía poner a explicarlos porque para eso era una reina, así que se lo contó a una persona de su confianza que, a su vez, lo escribió todo en el papiro...

Lisa oía la peregrina explicación de su hermano con la cabeza metida entre las manos. Todo era un enorme despropósito.

– O sea, que en ese papiro están recogidas sus memorias –concluyó Napoleón.

–Sí, eso es –dijo Charlie, asintiendo a la vez con la cabeza y con el dedo–. Son sus memorias.

–Verás, Josefina conservaba ese papiro con verdadero celo –dijo Bonaparte–. Lo guardaba en el buró que mandó hacer, que tenía incrustaciones con aquellos signos jeroglíficos y unos leones alados idénticos a los de la mesa de mi despacho.

Lisa asintió al escucharle. Recordaba perfectamente la mesa del emperador porque cuando la vio le pareció muy hermosa. También recordaba el buró de Josefina, con los leones adosados a sus cuatro esquinas, y que el mueble estaba en Malmaison, el palacio que la emperatriz compró tras casarse con Bonaparte, donde la emperatriz vivió después de su divorcio y hasta su muerte.

La muchacha se acercó a la mesa para buscarlos en el dossier mientras su hermano proseguía las investigaciones.

–Debes buscar un compartimento secreto que hay oculto tras la moldura que está en la parte de arriba –continuó el corso–. La reconocerás porque es la única que no tiene una cenefa con hojas de laurel doradas. La moldura esconde un cajón muy estrecho que, a su vez, tiene un doble fondo. Encuéntralo y hallarás el papiro que buscas.

–¿Y creéis que seguirá aún allí? –preguntó el niño.

–Posiblemente –afirmó Napoleón–. No es fácil dar con ese compartimento si no se sabe que está allí, y éramos muy pocos los que conocíamos su existencia.

–¿Y dónde está el buró?

–En las dependencias de Josefina, en castillo de Malmaison –respondió Bonaparte–. Supongo que seguirá allí, pues ninguno de sus hijos compartía su gusto por la moda egipcia. Encuéntralo, Charlot, y asegúrate de que se le hace justicia a esa reina.

–Os lo prometo, Majestad –dijo Charlie, haciéndole una reverencia para marcharse.

Luego recordó que debía hacer algo más antes de irse.

–Tomad –dijo, al tiempo que entregaba a Napoleón un pañuelo bordado que sacó del bolsillo–. Me lo regaló Josefina cuando estuve en las Tullerías, pero tal vez deseéis conservarlo vos. Era una mujer muy simpática y muy amable...

–Lo era –afirmó Bonaparte, cogiendo el pañuelo con las dos manos y acercándoselo a los labios–. Ahora sé que sois un ángel, Charlot D'Artagnan. Y os agradezco profundamente vuestra visita.

Charlie inclinó la cabeza al escuchar el cumplido. Luego hizo una nueva reverencia y salió de la estancia para encontrarse con Lisa.

• • •

A primera hora de la mañana, Max Wellington recibió la segunda versión de la lista Milford incluyendo, esta vez, la fecha de nacimiento de todas las personas cuyo nombre era E. Milford y vivían en Londres o alrededores. A esas alturas tenía una idea bastante aproximada, si no exacta, de la edad que tenían todos ellos, a excepción de los dos individuos con los que todavía no había podido contactar. Pero ahora podía afirmar, con total seguridad, que ninguno de ellos tenía entre ocho y once años, el rango de edad que Max estableció en previsión de que no fuese correcta la estimación hecha por el guardia de seguridad que se había topado con el viajero. Del mismo modo, tampoco ninguno de ellos podía tratarse de la abuela que había descrito Ghostbuster.

Una vez más los datos parecían no encajar, apuntando a la teoría de que C.W., el propietario de la brújula extraviada en el Cretácico, y E. Milford, el enfermo de peste, eran en realidad dos personas distintas. Quizás fuesen dos viajeros que se habían cruzado en su camino al mismo tiempo por una simple casualidad. O tal vez, E. Milford era un desafortunado ciudadano que se había contagiado de peste en 2014 en pleno corazón de Londres y nada tenía que ver con los viajes en el tiempo.

Aunque algunos aspectos estaban confusos, también había otros meridianamente claros. El guardia de seguridad dijo que vio dos fantasmas, pero sólo uno de ellos vestía una capa negra. Se trataba de una *Palatina*, una capa muy rara y enormemente codiciada, que podría ser clave para convertirse en la próximo Gran Maestre. A pesar de tener algunas limitaciones, una capa *Palatina* ofrecía grandes ventajas como la de viajar en el tiempo en compañía de otras personas y transportar objetos grandes, de un peso muy considerable. Esto podría explicar la inconsistencia entre el apellido Milford y las iniciales 'C.W.' ya que el viajero parecía viajar acompañado.

Sea como fuere, había una cosa clara: el propietario de aquella maravilla era un niño flaco de unos once años de edad, una presa aterradoramente fácil para quien quisiera arrebatársela. Debía, pues, darse prisa y apoderarse de ella antes de que otro cazador se le adelantara. No podía permitirse un nuevo error. Si no conseguía aquella capa, perdería todas las opciones para suceder a Emanuel Gentile.

Respecto a si existía alguna relación entre aquel niño y el enfermo de peste, sólo había una forma de averiguarlo, y era preguntándoselo directamente al médico que había atendido a este último.

Max mandó un nuevo mensaje a Jeff Carter.

"Consigue el nombre del doctor que atendió a E. Milford y sus turnos de trabajo para esta semana y la que viene. Es urgente."

• • •

Mientras seguía la conversación de su hermano con Bonaparte, Lisa puso el dossier sobre la mesa y lo abrió por el apartado de Malmaison. Con la satisfacción que da contemplar el trabajo bien hecho, pasó las hojas hasta llegar a la foto del buró y lo observó unos instantes. Era tal y como Napoleón lo había descrito, e incluso pudo localizar la moldura que ocultaba el compartimento secreto. La pieza había sido encargada por Josefina para su apartamento, lugar en el que permanecería desde entonces.

La muchacha sonrió complacida al comprobar que su estrategia era perfecta. Una vez averiguado el paradero del papiro, irían a buscarlo directamente desde Santa Helena, aún en 1818 y sin regresar a su época. En cuanto lo encontrasen, se lo llevarían para colocarlo en el año 2014 en el mismo sitio o en otro parecido, de forma que su madre pudiera hallarlo. Para saber las coordenadas del lugar al que debían dirigirse, bastaba con consultar aquel mismo dossier en el que también había incluido información precisa sobre todos los lugares relacionados con Napoleón y Josefina.

La muchacha pasó las hojas buscando el plano de Malmaison, que debía estar al final del apartado dedicado al castillo, justo antes del apartado de Las Tullerías... Entonces sintió que la sangre se le subía de golpe a la cabeza y le faltaba el aire.

¿¿¿Dónde diablos estaba???

Lisa intentó tranquilizarse. Estaba segura de haberlo incluido; el croquis de Malmaison con las coordenadas, no sólo del castillo, sino de cada una de sus habitaciones, pues para eso Internet y Google Earth eran las mejores herramientas del mundo.

Cuando Charlie llegó a su lado, la encontró pasando las hojas de su extensísimo y grueso dossier hacia adelante y hacia atrás.

–¿Qué haces? –le preguntó susurrando–. ¡Tenemos que irnos!

–¡No encuentro el plano con las coordenadas! –contestó su hermana bastante nerviosa.

–¿Qué plano?

–El de Malmaison –respondió ella sin dejar de pasar las hojas–. Mira, este es el buró y está en el apartamento de Josefina, como él te ha dicho. Pero no encuentro el plano con las coordenadas para ir a buscarlo.

–Lisa, no podemos quedarnos aquí. Napoleón está despierto y, si se levanta y nos ve aquí, sabrá que no soy un ángel.

–Para eso no hace falta que se levante –dijo Lisa, intentando que aquello sonase a broma.

De la habitación contigua llegó un ruido. Parecía que Bonaparte se había levantado y estaba moviéndose por ella.

–¡Ay, que nos pilla! –exclamó Charlie–. Y si no lo hace él, lo harán los otros, porque está empezando a amanecer. Lisa, tenemos que irnos ya, a donde sea.

La muchacha siguió pasando las hojas sin querer escucharle, aunque era perfectamente consciente de que su hermano llevaba razón. Una solución sería saltar a París y apañárselas para llegar hasta Malmaison con el dinero y los recursos que tenían, pero le pareció una empresa demasiado arriesgada e incierta como para atreverse siquiera a mencionarla en voz alta. Entonces se detuvo y volvió al principio para releer la historia del castillo.

–Los hijos de Josefina mantuvieron la propiedad hasta 1828 –dijo–. Nos vamos a casa e iremos a Malmaison en 1826. Lo peor que puede pasar es que tengamos que esperar nueve

semanas para ir a buscarlo en la época que más nos convenga. Lo siento por mamá, pero no pienso ponernos otra vez en peligro.

Luego le indicó a su hermano que pusiera todas las anillas en la posición correcta para regresar al lugar y a la época de partida, y se marcharon dándose un abrazo.

• • •

Max leyó el correo electrónico que le acababa de enviar Jeff Carter. El nombre del doctor era Andrew Price y su turno de guardia en el Hospital St. Thomas comenzaba al día siguiente, a partir de las cuatro de la tarde.

Max cerró el ordenador. Luego abrió su caja fuerte y extrajo una capa de terciopelo gris antracita. También cogió una pulsera de bronce con unas cuantas anillas insertadas e introdujo las coordenadas de su próximo destino. Debía hacerse con una acreditación de un empleado de la OMS para hacer su visita mucho más creíble.

• • •

Lisa se sentó en el escritorio del desván sin poder ocultar su rabia.

–¡No te pongas así! –le dijo su hermano mientras guardaba la capa en el armario–. En realidad no tiene ninguna importancia.

–¡Maldita sea, Charlie! ¡Lo tenía todo preparado para poder ir donde fuera sin tener que hacer un nuevo viaje que nos obligue a avanzar otros nueve años! Ahora tendré que ponerme a buscar información para comprobar si había alguien en Malmaison en 1826. Y te aseguro que no va a ser nada fácil.

–No necesariamente.

–Más vale que lo haga si no queremos llevarnos una sorpresa –afirmó Lisa, cada vez más alterada–. ¿Y si hay alguien viviendo en el Castillo? ¿Y si...?

–Escucha, Lisa –le interrumpió Charlie, intentando apaciguarla–. El buró está en el apartamento de Josefina, ¿no?

–Sí.

–Pues esta noche nos vamos a buscarlo y listo.

–Pero te digo que no sé si había alguien viviendo en 1826 y no sé si me dará tiempo a investigarlo...

–¿Y qué nos importa quién hubiera en 1826? –dijo Charlie sonriendo–. Nosotros vamos esta noche y comprobamos si sigue allí guardado. Si está, lo dejamos allí y se lo decimos a mamá para que vaya a buscarlo; y si no lo encontramos, pues entonces nos metemos en todo ese lío de investigar si había alguien viviendo en el castillo.

Lisa sonrió al comprender lo que su hermano intentaba decirle.

–¡Pues claro! –exclamó aliviada–. No necesitamos viajar en el tiempo, iremos a Malmaison

pero lo haremos hoy, el 9 de abril de 2014. Si estaba tan bien escondido como asegura Napoleón, tal vez siga allí. Iremos esta misma noche y lo averiguaremos. ¡Eres un genio, hermanito!

Charlie sonrió.

–Pues, si vamos a ir esta noche, más vale que encontremos el plano que has perdido –dijo.

Y los dos salieron del desván para dirigirse a la biblioteca.

• • •

Al llegar a casa, Maggie saludó cariñosamente a Marcus y a los chicos. Luego se cambió de ropa y se puso a cocinar. A dieciséis días de la inauguración, los preparativos de la exposición estaban prácticamente finalizados, al menos en lo que a sus competencias se referían. Lo único que podía cambiarlo era la súbita aparición del segundo papiro, pero tanto las pistas que podían conducirle hasta él como su compañera de investigaciones, habían desaparecido de un plumazo. Así que, al menos de momento, había desistido de seguir buscándolo.

En lugar de eso, hacía lo posible por llegar pronto a casa para pasar más tiempo con su familia y compensarles por haberse volcado casi por completo en su trabajo durante los meses pasados. Y una forma de hacerlo era recuperando el ritual de las cenas, en el que la familia se reunía delante de sabrosos platos y comentaba cómo habían ido las cosas aquel día.

Aquella tarde, mientras Lisa buscaba el plano de Malmaison entre todos los papeles que tenía acumulados en la biblioteca, Charlie pudo percatarse de dos sucesos realmente inquietantes.

El primero fue que su madre le pidió a su padre que fuese a la cocina con la excusa de ayudarle en algo que no concretó. Allí estuvieron hablando, con la puerta cerrada, durante unos minutos. Al salir, su padre le miró y le sonrió de un modo que le resultó bastante forzado, aunque no dijo nada. No parecía enfadado ni disgustado pero, fuera lo que fuese, la conversación tenía que ver con él, a pesar de que no se le ocurría ningún motivo por el que hubiesen podido llamar a sus padres del colegio o de algún otro sitio.

El segundo suceso fue, si cabe, más preocupante. Con la excusa de beber agua, Charlie entró en la cocina y vio que Maggie estaba preparando pizza a los dos quesos, con pepinillos, salchichas, anchoas y beicon; el plato preferido del niño, que, inexplicablemente, era despreciado por el resto de la familia. Que su madre se expusiera a recibir los reproches de Marcus y muy especialmente de Lisa, sin que tan siquiera él le hubiese pedido que lo pusiera para cenar, dejaba más que claro que había pasado algo. Y que sus padres estaban preparando el terreno para contárselo durante la cena.

Lisa interrumpió las cavilaciones de su hermano para darle una buena noticia.

–He encontrado el plano de Malmaison –le dijo, al tiempo que le enseñaba un papel con un croquis lleno de numeritos–. Esta noche pondré el despertador a las dos e iremos a buscar el papiro. No podemos esperar al viernes a que venga la señora Davis o mamá no tendrá tiempo para encontrarlo y traducirlo antes de la exposición.

Charlie asintió.

–Me parece que quieren contarnos algo –dijo en alusión a sus padres–. Están muy raros.

–Bueno, ya nos enteraremos –contestó su hermana–. Ven, ayúdame a preparar todo. Tenemos mucho que hacer antes de irnos.

• • •

Maggie cortó la primera porción de pizza y se la sirvió a su hijo.

–Tengo algo que contaros –anunció.

El niño miró a su hermana al comprobar que sus presagios eran ciertos.

–Es sobre Helen –continuó su madre–. Hoy me ha llamado su abogado para contarme que en el último momento cambió su testamento. Charlie, te ha dejado sus libros, sus discos, muebles y objetos de gran valor, además de una buena suma de dinero. No tenía familia, así que os ha dejado sus bienes a ti y al museo.

Charlie no supo qué decir. Realmente no necesitaba todo aquello, aunque le complacía la idea de que Helen Rotherwick le hubiera elegido a él entre todas las personas que conocía y tener algunos objetos personales que le recordasen a su amiga.

Como le había dicho ella en su carta, el mundo estaba lleno de momentos y cosas magníficas que llegaría a apreciar. La música, los libros, la buena compañía... Cosas que para él no tenían ningún valor, que incluso le resultaban un verdadero latazo, pero que en un futuro no muy lejano enriquecerían enormemente su vida.

Entonces lamentó que su amiga ya no estuviera para compartir todo aquello con él y sintió que se le hacía un nudo enorme en la garganta y la emoción le abrumaba.

–Parece que te había cogido muchísimo cariño, Charlie –dijo su madre–. Mucho más del que yo había imaginado.

• • •

Al ver el dosel con la corona y el águila dorada, Lisa reconoció inmediatamente la estancia. Era el dormitorio que Josefina Bonaparte tenía en el castillo de Malmaison.

Casi sin moverse, la muchacha miró hacia el techo buscando el piloto de un detector de movimiento o alguna cámara que pudiese alertar a los guardias de seguridad. En pocos segundos halló ambos, aunque, por suerte, no habían aparecido dentro del radio de acción de ninguno de ellos.

–Hay una cámara ahí, sobre la puerta –le dijo a su hermano, al tiempo que le agarraba con fuerza para que no se moviera–. Y allí un detector de movimiento. No podemos acercarnos a la puerta ni cruzar la habitación andando o nos descubrirán.

Charlie asintió.

–Bien, miremos si el buró está por aquí –dijo Lisa mientras comenzaba a mover la linterna por la pared que quedaba a su derecha.

–Cuidado con la cámara –le advirtió Charlie.

–Tranquilo –respondió Lisa, concentrada en lo que estaba haciendo.

–Deberíamos venir mañana y hacer la visita turística, como en Amarna –sugirió el niño–. Cuando veamos el buró, cogemos las coordenadas y volvemos por la noche sin dar tantas vueltas.

–Ya que estamos aquí, vamos a intentarlo. Y si no lo encontramos, hacemos lo que dices. Vayamos a la sala de al lado. Aquí tienes las coordenadas.

Charlie las metió en la anilla del lugar y los dos aparecieron en la estancia contigua, en la que no había cámaras de seguridad pero sí un detector de movimiento. La habitación estaba amueblada de manera mucho más sencilla, sin la ostentación ni el lujo del dormitorio de la Emperatriz.

–¡Mira! ¡Está allí! –dijo Lisa, señalando un mueble que había en la pared de enfrente, junto a la ventana.

–No podemos ir andando o el detector saltará. Habrá que ir con la capa.

–¿Podrás hacerlo? Debe de haber tres metros y medio o tal vez cuatro.

–Quizás –respondió Charlie, mientras ajustaba las manecillas de la anilla del lugar–. Yo lo calculo siempre a ojo.

Lisa miró el pilotito rojo del detector.

–Pues, como no aciertes, nos pillan –afirmó.

–Lisa, esto no es casualidad, es ciencia –dijo su hermano, agarrándose a ella y girando la manilla de la pulsera.

Inmediatamente aparecieron al otro lado de la habitación, a un palmo de distancia del buró. Lisa se volvió para comprobar si la luz del detector parpadeaba a la misma velocidad de antes o si había captado su presencia.

La luz roja se encendió y apagó con normalidad. Todo iba bien y por suerte parecían estar fuera del radio de detección del aparato.

–Mira, esa es la moldura –dijo Lisa, a la vez que le entregaba la linterna a su hermano–. Alúmbrala mientras yo busco el compartimento secreto.

El niño cogió la linterna y apuntó hacia la moldura que había descrito Bonaparte, la única que no tenía una cenefa con hojas de laurel doradas. El pulso le temblaba, poniendo en evidencia que los nervios y la tensión empezaban a hacerle mella.

Lisa tiró de la pieza con cuidado y muy despacio, tanto, que Charlie creyó que iba a sufrir un ataque de impaciencia. Unido a la moldura había un compartimento parecido a un cajón muy estrecho. Una vez lo hubo extraído completamente, Lisa depositó el compartimento con suavidad en el suelo y los chicos vieron que su interior estaba completamente vacío.

–Dijo que había un doble fondo –afirmó Charlie, antes de que la decepción cayera sobre ellos.

Su hermana asintió y luego cogió su navaja de explorador. Con cuidado sacó el filo e introdujo

la punta en la ranura que quedaba entre una de las paredes del compartimento y el fondo.

–Ten cuidado, Lisa, que es una antigüedad –dijo su hermano.

En ese momento, una delgada tabla de madera se levantó, dejando al descubierto el verdadero fondo del estrecho cajón. Los chicos la levantaron juntos, muy despacio, con mimo. En los últimos meses habían vivido situaciones similares cuando trataban de localizar el escondite de la capa o de las anillas. Pero ningún hallazgo suponía tanto ni era tan importante para ellos como el que les ocupaba en ese momento.

–¡Dime que está ahí! ¡Aunque sea mentira! –exclamó Charlie, al tiempo que se tapaba los ojos para no ver lo que estaba ocurriendo, como hacía cuando no soportaba las escenas de tensión de alguna película.

Pero su hermana no le contestó, simplemente no podía.

Charlie se descubrió la cara lentamente, intentando prepararse para un enorme desengaño. Entonces vio a Lisa sujetando el papiro con las dos manos y mirándolo con gesto incrédulo.

–Una cruz, una mujer, un río, tres cruces, una mujer –dijo la muchacha con la voz entrecortada–. El segundo papiro de Nefertiti. Lo hemos encontrado.

Charlie carraspeó al sentir que la emoción se le contagiaba.

–Y, ¿cómo vamos a conseguir que mamá lo encuentre? –preguntó–. Hay que admitir que a Josefina se le daba bien esconder las cosas.

–Creo que sé cómo conseguirlo –respondió su hermana, mientras volvía a colocar en su sitio el papiro, la fina tela blanca que lo cubría y la tabla del falso fondo encima–. Si no funciona, mañana vendremos a buscarlo y lo pondremos en otro sitio.

Con la navaja hizo unas cuantas muescas en la madera del falso fondo, justo por donde había metido el filo para levantarlo. Luego mojó el dedo en saliva y sometió las marcas a un rápido pero efectivo proceso de envejecimiento. Por último, metió el compartimento en el mueble, asegurándose de que una de las esquinas sobresalía unos milímetros y la moldura se veía ligerísimamente torcida.

–Apunta las coordenadas por si tenemos que volver a por él y vámonos a casa –le dijo a Charlie–. Después te cuento lo que se me ha ocurrido.

• • •

La enfermera hizo una señal con el dedo al hombre que estaba al otro lado del mostrador para indicarle que esperase mientras ella contestaba el teléfono. En un gran hospital como el St. Thomas se veía toda clase de gente, pero aquel tipo había conseguido captar su atención en unos pocos segundos. No debía tener más de cuarenta años, era guapo, iba bien vestido y hablaba con acento americano.

Sin dejar de mirarle, contestó las preguntas de la colega que la había telefoneado con una amabilidad afilada aunque difícilmente reprobable, que dejaba clara su autoridad en todo

momento. Una vez concluida su demostración de fuerza, colgó para atender a su atractivo visitante.

–Buenas tardes –dijo con un tono de voz seco y una sonrisa cínica–. ¿Qué puedo hacer por usted?

–Mi nombre es Jonas Walker –se presentó Max–, y quisiera ver al doctor Price.

–Pues cuánto lo siento, porque el doctor Price no está en el hospital –contestó la enfermera, como si disfrutara con aquella negativa.

–Creí que su turno empezaba hoy a partir de las cuatro –repuso Max con gesto impasible.

–No nos está permitido dar información sobre los horarios del cuadro médico –afirmó la enfermera sin perder su falsa sonrisa.

Max metió la mano en uno de sus bolsillos y mostró una tarjeta que le identificaba como empleado de la OMS.

–Permítame que me presente –dijo con firmeza pero sin levantar la voz–. Soy el doctor Walker, Director del Área de Alerta y Respuesta de Epidemias y Pandemias de la OMS. Y necesito hablar con el doctor Price.

En el acto, la sonrisa tiránica de la mujer se volvió solícita y servil.

–Verá, doctor Walker –explicó–. El doctor Price se ha tenido que marchar a toda prisa porque su padre ha sufrido una caída.

–Espero que no sea nada grave. Y no sabe cuándo regresará, ¿verdad?

–Su familia vive en Edimburgo, así que estará fuera varios días.

–Comprendo.

–Si me dice lo que necesita, tal vez yo pueda ayudarle –se ofreció la enfermera, intentando compensar su torpeza inicial con tan distinguida visita.

–Sí, desde luego –contestó Max, mientras apuntaba un número de teléfono en una tarjeta de visita a juego con la identificación de la OMS que había mostrado minutos antes–. Avíseme cuando el doctor Price esté de regreso. Estaré visitando otros hospitales del país, así que llame a este número de móvil y no al de mi oficina.

–Así lo haré, doctor Walker –dijo la mujer, mientras Max se daba la vuelta para marcharse.

• • •

Lisa ocupó su puesto delante del ordenador de su madre y preparó la documentación que iban a necesitar. Luego le hizo la señal pactada a su hermano para que la representación comenzara.

–¿Sabes, papá? –dijo la muchacha–. Voy a hacer mi trabajo sobre la Emperatriz Josefina y su influencia en la vida de Napoleón.

–Hmmm, ¿de veras? –respondió Marcus mientras tecleaba velozmente en su portátil.

–Creo que tengo bastante documentación y que será bastante completo, ¿quieres verlo? –le preguntó Lisa.

–¡Oh, sí, desde luego! –contestó su padre–. Pero dame un poco de tiempo para que pueda terminar lo que estoy haciendo.

–¿Y tú, mamá? –preguntó Lisa.

–¡Me encantaría! Pero tengo que ordenar estos papeles del museo –dijo Maggie, al tiempo que sacaba una carpeta repleta de papeles y se sentaba en el sofá para disponerse a colocarlos–. Cuando papá termine, nos lo enseñas a los dos juntos. ¿Te parece bien, cariño?

Lisa se quedó en silencio sin saber qué decir. Quizás era porque pensaba enseñarles el escondite en el que estaba el papiro, pero lo cierto es que esperaba más entusiasmo por parte de sus padres.

–Enséñamelo a mí, Lisa –dijo Charlie, guiñándole un ojo para que le siguiera la corriente–. Porque luego os ponéis los tres a hablar y yo no me entero de nada.

Lisa le miró dando a entender que aquello no serviría de nada, pero su hermano le devolvió una sonrisa confiada.

–Está bien –accedió ella, indicándole que se sentase a su lado, frente al ordenador–. Te haré un resumen para que no te aburras.

–Verás –explicó Lisa–, Napoleón Bonaparte y Josefina de Beauharnais se casaron en 1796. Para él era su primer matrimonio, pero para Josefina era el segundo, al haber estado casada anteriormente con Alejandro de Beauharnais, un noble que murió en la Revolución Francesa con el que tuvo dos hijos.

Charlie abrió mucho los ojos. Su hermana se había imbuido completamente en su papel y parecía dispuesta a soltarle un aburridísimo sermón académico sobre la vida de Josefina Bonaparte.

–Oye, Lisa –le interrumpió el niño–. ¿Y no tendrás por ahí algunas fotos?

Marcus se sonrió al escuchar la petición de su hijo y Lisa no supo qué decir.

–Ya sabes, una imagen vale más que mil palabras –argumentó el niño.

–¡Oh, sí, claro! –respondió su hermana, como si recordara de repente el verdadero propósito de aquella conversación.

Sin embargo, la muchacha se quedó parada delante del ordenador, sin saber cómo hilar tantos detalles puramente anecdóticos con importantes acontecimientos históricos y conseguir así llegar hasta el papiro. Así que Charlie cogió el ratón y se puso a pinchar las imágenes.

–Veamos cuánto sabes –dijo con desparpajo–. Ésta es Josefina, ¿no?

–Sí –contestó la muchacha, algo temerosa ante la determinación de su hermano.

–¿Y éste? –volvió a preguntar.

–Napoleón –respondió Lisa, segura de que aquello se les terminaría yendo de las manos.

–¿Y ésta?

–Leticia Bonaparte, una de las hermanas de Napoleón.

–¿Y esta otra?

–Su madre –contestó Lisa–. Ella y Josefina se llevaban fatal.

–No me extraña, no parece demasiado simpática –dijo el niño, cerrando la foto y abriendo otra.

Marcus y Maggie se sonrieron al escucharle.

–¿Y estas fotos de aquí? –preguntó Charlie pasándolas todas seguidas.

–Son de la expedición a Egipto que organizó Napoleón –explicó su hermana–. Además de su ejército, se hizo acompañar de un grupo de sabios, que debían estudiar diversos aspectos en aquel país.

–¿Y este tipo? –inquirió Charlie para cortar las innecesarias explicaciones de su hermana.

–Vivant Denon –respondió Lisa, pensando que ella habría dejado esa foto para el final–. Uno de los sabios que fueron con Napoleón a Egipto.

–Pues parece un poco viejo para hacer un viaje tan largo –comentó su hermano.

–Y lo era –contestó la muchacha, entendiendo el camino que quería seguir el niño–. Pero también era muy amigo de Josefina que, para entonces, ya estaba casada con Napoleón. Así que ella convenció a su marido para que dejase participar a Denon en la expedición a Egipto.

–O sea, que Denon fue a Egipto por enchufe –concluyó Charlie, enfatizando bien aquellas palabras para que quedaran manifiestamente claras–. Pues ya podía estarle agradecido a Josefina.

–Bueno, es verdad que era un enchufado, pero no por ello fue un inútil –dijo Lisa, emulando la conversación que sobre aquel hombre mantuvieron con Helen Rotherwick–. En realidad hizo cosas muy importantes, como acompañar a los soldados franceses por todo Egipto para visitar las ruinas y los monumentos antiguos. De hecho, fue el primer erudito que estuvo en Tebas –prosiguió, recalcando el nombre de la ciudad en la que se habían adquirido los papiros de Nefertiti.

Charlie le hizo un guiño en señal de aprobación. Aquello pondría a sus padres sobre la pista.

–También fue el autor de la primera obra dedicada a Egipto –comentó Marcus–, precursora de la "*Descripción de Egipto",* una obra de nueve volúmenes dedicada en exclusiva a aquel país, que se publicaría años más tarde.

–Y también el director del Museo Napoleón, conocido en nuestros días como el Museo del Louvre –añadió Maggie.

El primer intento había sido fallido al no otorgar sus padres suficiente importancia a la amistad que mantenían Denon y Josefina. No obstante, había servido para comprobar que, aunque ocupados, prestaban atención a todo lo que ellos dos hablaban.

–Además de amigo, Denon compartía con Josefina su afición por las antigüedades egipcias y solía asesorarla cuando adquiría objetos de arte –prosiguió Lisa, intentando reconducir la charla.

–¿A Josefina le gustaban las antigüedades egipcias? –preguntó Charlie, poniendo un gran énfasis en cada una de sus palabras.

–Sí, en su castillo de Malmaison coleccionaba momias y otras cosas, como estatuillas o papiros. Mira esta estatua de aquí, está en el salón de música del castillo –dijo la muchacha al tiempo que mostraba la estatua que, según suponían, Denon había regalado a Josefina a su regreso de Egipto, junto al segundo papiro de Nefertiti.

–¡Pues qué bien! –exclamó el niño, lamentando que sus padres no sintieran curiosidad por verlas.

–Ese gusto por lo egipcio se aplicó a muchos de los objetos que Josefina encargó, como joyas, muebles, vajillas, objetos de decoración... –prosiguió su hermana–. Te enseñaré algunos.

La muchacha cogió el ratón y abrió varias imágenes a la vez.

–La vajilla egipcia de Napoleón, en la que se muestran escenas de la Campaña de Egipto.

–¡Menudos signos jeroglíficos! –exclamó Charlie–. ¡No tenían ni idea de cómo pintarlos y los han llenado de cruces, como si eso fuera antiguo egipcio!

Marcus y Maggie sonrieron como única reacción al comentario de su hijo, aunque ninguno de los dos se molestó en corregirle y en explicarle que el signo con una cruz y un círculo en su base correspondía al sonido *–nfr–*.

–Este es un reloj de Josefina –dijo Lisa, cada vez más nerviosa–. Aquí pintaron una escena típica del Nilo.

–Y también le pusieron cruces –explicó Charlie, sin atreverse a desvelar todo lo que sabía ni a relacionarlo con la figura de Santa Helena.

–Egipto también sirvió de inspiración para la decoración de palacios, como la sala egipcia de la Villa de San Martino –continuó Lisa.

–¡Madre mía! ¡Qué mal dibujaban! Menuda esfinge han pintado... Y otra vez esos signos jeroglíficos llenos de cruces –dijo Charlie elevando un poco la voz, convencido de que había llegado el momento de jugarse el todo por el todo–. Una cruz, una mujer, agua, tres cruces y una mujer. ¿Qué clase de signos son esos?

Los chicos esperaron unos instantes antes de proseguir, suplicando que esa pista inconfundible hiciera reaccionar a sus padres. Y, antes de que pudieran darse cuenta, los dos se habían puesto de pie de un salto para colocarse a sus espaldas y mirar la pantalla del ordenador.

–¡Enseñadme esa sala! –dijo Maggie con la voz contenida.

Aquella sucesión de signos significaba “la bella de bellas”, el nombre con el que en el papiro se referían a Nefertiti. Y Maggie sabía que era demasiado peculiar como para que lo hubieran pintado igual por simple casualidad. Tampoco tenía sentido que estuviera en el palacio de

Bonaparte en Elba, a menos que el segundo papiro de Nefertiti se hubiese conservado en el entorno del Emperador francés.

–Enséñamela, cariño –volvió a pedir.

Pero Lisa intuía que, si la obedecía, estaban perdidos, pues aquella pista lo era todo pero, en realidad, no conducía a ninguna parte.

–Un momento, mamá, termino de enseñárselo a Charlie y ahora empiezo desde el principio –contestó la muchacha, esforzándose en parecer tranquila–. Antes quiero que vea la mesa de despacho de Napoleón. Fíjate en los leones de las patas, son iguales que las del buró personal de Josefina. También están inspirados en Egipto y, según he leído, en esa época los muebles solían tener compartimentos secretos para ocultar cartas y otros documentos. Por lo visto, algunos son realmente difíciles de encontrar.

Maggie escuchaba a su hija atentamente, tratando de reproducir en su cabeza la sucesión de datos, casualidades y carambolas que la había oído contar unos minutos atrás. Lo que hasta ahora le habían parecido meras anécdotas, empezaban a recobrar un nuevo sentido y a esbozar ante ella una nueva teoría sobre el paradero del papiro.

–Sí, pero mira este mueble, Lisa –añadió Charlie–. Hay un defecto, fíjate bien. Es como si alguien se hubiese olvidado de poner la cenefa justo en esta moldura, todas las demás la tienen pero esta no. Y fíjate en las incrustaciones, parecen los mismos signos jeroglíficos de antes.

–¡Por Dios Santo! –exclamó Maggie mientras agarraba a Marcus de la mano–. ¡Amplía la imagen, Lisa! ¡Justo aquí, en las incrustaciones!

Lisa amplió la imagen, pero todos los detalles aparecieron pixelados.

–Espera un momento –dijo la muchacha–. Tengo guardado el enlace de la página donde encontré la foto.

Al cabo de unos instantes, el buró de Josefina volvía a estar en pantalla, esta vez con una resolución magnífica. Maggie cogió el ratón y amplió la imagen para ver los signos mientras contenía la respiración.

–Una cruz, una mujer, un río, tres cruces, una mujer. El símbolo con el que se referían en el papiro a Nefertiti... ¡No puede tratarse de una simple casualidad! –dijo, cada vez más convencida–. Cariño, necesito que vuelvas a explicarle a tu hermano todo otra vez, desde el principio.

• • •

Después de comprobar las explicaciones de su hija, Maggie sacó el teléfono móvil de su bolso, seleccionó uno de los números que tenía grabados en la agenda y se metió en la cocina para hablar desde allí. Los chicos la veían pasear nerviosamente de un lado a otro, mientras esperaba que alguien respondiera a su llamada.

–¿Monsieur Chartier? –dijo al fin–. Soy Margaret Wilford. Disculpe que le moleste, pero tengo una nueva hipótesis sobre el papiro de Nefertiti y necesito su ayuda.

...

Max Wellington había regresado a su despacho de Nueva York para continuar con sus obligaciones a la espera de recibir noticias de la enfermera Sally Michaels del Hospital St. Thomas.

Aunque se consideraba a sí mismo un hombre con los nervios templados, debía admitir que en aquella ocasión la impaciencia le estaba consumiendo. La sola idea de que una *Palatina* estuviera en manos de un niño de once años le resultaba casi aterradora. Pero lo más trágico era que ni el chico ni su entorno parecían darse cuenta de que el poder de aquella capa era tan grande como irresistible, y no tenían reparos en exhibirlo delante de cualquiera, poniéndose en peligro de una forma absurda.

Él apenas había necesitado unas pocas semanas para detectarle y presentía que estaba muy cerca de averiguar su identidad. Y, aunque era uno de los cazadores más experimentados de la Orden, tenía mejores medios y más talento que sus adversarios, Max sabía que no podía menospreciarles ni bajar la guardia ante ellos.

El niño parecía haber dejado un rosario de pistas tras de sí con las que sus rivales también podían haberse topado. Si así había sido, estarían ya al acecho y la caza sería tan despiadada como de costumbre, pues no había más que un premio; un premio que sólo sería para quien que llegase el primero. En este caso, además, era singularmente valioso y extraordinario, la llave que abriría a quien se hiciera con la capa la posibilidad de convertirse en el futuro Gran Maestre de la Orden de los Caballeros del Tiempo. Cabía esperar cualquier comportamiento para hacerse con ella y, aunque no tenía ninguna prueba, Max sabía que sus más directos oponentes carecían de escrúpulos y que no solían guardar el código de honor que juraron cumplir.

El móvil que había comprado en Londres interrumpió sus cavilaciones. El terminal que hacía la llamada aparecía oculto, aunque sólo había una persona en todo el mundo a la que Max había dado aquel número.

–Buenas tardes, doctor Walker –dijo una voz con un tono exageradamente amable–. Soy la enfermera Michaels, del Hospital St. Thomas.

–¡Oh, sí, Sally! –respondió Max fingiendo sorpresa–. Dígame, ¿qué desea?

–Ha llamado el doctor Price. Su padre se ha fracturado el peroné izquierdo. Está bien, aunque, ya sabe, a esa edad todo se hace un mundo.

–Desde luego.

–El doctor Price ha pedido unos días de permiso y vendrá a trabajar el jueves por la tarde, a las cuatro –informó la mujer.

–Muchas gracias por avisarme, Sally. Intentaré ajustar mi agenda para ir a verle ese día; pero no le diga nada, por si finalmente no me fuese posible.

–Bien, doctor.

–¡Ah! Una cosa, Sally –añadió Max–. Tal vez alguien de mi oficina haya intentado contactar

con el doctor Price, o quizás alguna otra persona de alguna otra organización sanitaria o de algunos laboratorios farmacéuticos...

–No, doctor. Nadie más ha preguntado por él.

–Entiendo –dijo Max simulando cierto desinterés–. Si alguien lo hiciera, ¿querría coger su nombre y avisarme? Le rogaría total discreción; ya sabe que estos asuntos institucionales exigen gran prudencia para no herir susceptibilidades.

–Descuide, doctor. Le avisaré si se produce cualquier novedad.

• • •

Maggie entró en Malmaison escoltada por el señor Chartier, director general del Louvre, y por el señor Armand, director del Departamento de Antigüedades Egipcias del mismo museo. Allí fueron recibidos con gran pompa y diligencia por André Guillou, Conservador Jefe del castillo y su guía durante la visita.

Malmaison había sufrido varias fases de restauración recientes con el objeto de acometer importantes labores de conservación y mantenimiento, pero también para presentar de la manera más fidedigna posible las estancias, el mobiliario y los objetos que pertenecían a la Emperatriz Josefina. Los visitantes iniciaron el recorrido en el gran vestíbulo, atendiendo con gran interés las prolijas explicaciones de *monsieur* Guillou.

Maggie escudriñaba todo cuanto veía, sin saber dónde buscar exactamente. Había ido hasta allí siguiendo una corazonada e incluso había arrastrado a un hombre tan importante y ocupado como *monsieur* Chartier. Y no era la primera vez que lo hacía, por lo que un nuevo fracaso acabaría pasándole factura y dañando gravemente su reputación, labrada durante años de buen hacer profesional.

Desde el vestíbulo pasaron a la sala de billar, de ahí al fastuoso salón dorado y finalmente a la sala de música.

–A su derecha pueden contemplar el arpa de la emperatriz Josefina –explicaba *monsieur* Guillou–, realizada en madera de caoba tallada y ricamente decorada con bronces dorados y motivos alegóricos del dios Apolo y la diosa Minerva... El resto del mobiliario está igualmente hecho en madera de caoba. Los sillones se han tapizado en paño de lana roja con remates de terciopelo negro...

–Disculpe, monsieur Guillou –interrumpió Maggie–. ¿Qué es esa pequeña estatua que hay sobre aquella repisa?

–¿Aquella estatua? –repitió el hombre algo confuso–. Pertenece a la colección personal de la Emperatriz, muy dada a coleccionar objetos antiguos, obras de arte y otras curiosidades de las campañas del Emperador Bonaparte.

–Y no sabrá usted si hay algún documento que recoja su procedencia –dijo Maggie, acercándose a la estatuilla para observarla con detenimiento.

Los demás hombres la siguieron.

–Bueno, tras la muerte de la Emperatriz se hizo un inventario de todas sus posesiones que puede servirles de ayuda –contestó el señor Guillou.

–¿Me permite? –le preguntó Maggie, mostrando unos guantes de látex para indicar que deseaba examinarla de cerca.

El conservador miró a *monsieur* Chartier, como si necesitase su conformidad para permitir que un personal ajeno al museo tocase una pieza de la colección, y el director del Louvre asintió con la cabeza.

–Adelante –dijo el conservador.

–Tal vez podamos confirmarlo con la ficha del objeto y, si fuera preciso, con un análisis más exhaustivo –dijo Maggie–. Pero yo diría que es una estatuilla auténtica del dios Amón. Fíjense en la corona con las dos plumas, dividida cada una en siete partes y sosteniendo el símbolo *anj* en una de sus manos.

–Sí, eso parece –corroboró *monsieur* Armad, el experto egiptólogo del Museo del Louvre.

–Según el diario de Costaz, Vivant Denon adquirió tres estatuas en Tebas y dos papiros –explicó Maggie–. Un papiro llegó al Británico tras ser requisado por Hutchinson, donde se encuentra en la actualidad. Dos estatuillas fueron traídas a París por los sabios franceses y depositadas en el Louvre.

–Correcto –asintió *monsieur* Chartier.

–Pero no hemos conseguido localizar la tercera estatuilla, aunque por las detalladas descripciones recogidas en el diario de Costaz, sabemos que representaba al dios Amón –explicó Maggie–. También sabemos la estrecha relación de amistad que había entre Denon y la Emperatriz Josefina y que, gracias a la influencia de ésta, él pudo acompañar a Bonaparte a Egipto.

Todos asintieron, intuyendo la conclusión que Maggie iba a plantearles, pero ninguno de ellos quiso interrumpirla.

–Mi teoría, señores, es que Denon regaló a Josefina esta estatuilla y también el papiro –afirmó Maggie categóricamente–. Por eso no lo encontramos ni en el Louvre ni en el Británico. Sé que parece bastante casual e improbable pero, si lo piensan bien, es perfectamente plausible.

–Sí, podría ser como usted dice –respondió *monsieur* Guillou, el conservador del castillo–, pero no hay ningún indicio al respecto. ¿Cómo puede estar tan segura?

Maggie miró a *monsieur* Chartier, a quien ya había explicado su hipótesis con todo detalle, y él volvió a asentir en señal de que podía confiársela, ahora, a aquel hombre.

–Mire estas fotos –dijo Maggie, al tiempo que le mostraba una copia de los mismos objetos que Lisa le había enseñado a ella–. La vajilla egipcia de Napoleón Bonaparte. Estos símbolos ampliados de aquí son los mismos que hay en el papiro del Británico y creemos que con ellos se refieren a la reina Nefertiti.

El hombre cogió la foto para observarla con detenimiento. Maggie prosiguió sus

explicaciones, cada vez más apasionadas, haciendo sentir a aquellos hombres que estaban a punto de participar en un gran descubrimiento.

–Mire ahora este fresco de Villa de San Martino –continuó, mientras enseñaba más fotografías–. Sabemos que Napoleón lo mandó pintar y que Josefina ya había muerto, pero los signos se repiten exactamente, demostrando que él los conocía. Y este buró, el buró personal de la Emperatriz Josefina, también tiene estos mismos signos...

–Sí, es cierto –confirmó el conservador de Malmaison–. El buró está en la antecámara de la Emperatriz; les llevaré ante él.

El hombre les condujo por escaleras, salas y corredores a una velocidad de vértigo, hasta que todos quedaron arremolinados frente al mueble en cuestión.

–La cruz, la mujer, el río, las tres cruces y la mujer –dijo Maggie, acariciando involuntariamente los signos jeroglíficos incrustados en la madera, como si no pudiese dar crédito a lo que estaba viendo.

–El buró se encargó al mismo tiempo que la mesa del emperador Bonaparte para el despacho que tenía en las Tullerías –explicó el conservador del castillo–, y que casualmente está expuesta en la biblioteca de nuestro Castillo.

–Y dígame, ¿sabe si hay algún compartimento secreto? –dijo Maggie sin ser del todo consciente de que formulaba aquella pregunta, mientras miraba fijamente el buró. El comentario de Charlie era cierto, parecía que alguien se hubiese olvidado de poner la cenefa de hojas de laurel en la moldura de arriba.

–Estos dos de aquí –respondió el conservador, empujando dos cajoncitos ocultos en el borde del sobre–. Aunque quizás sean demasiado visibles para considerarlos un escondite secreto, ¿no creen?

Maggie ni siquiera lo miró, ni sonrió cortésmente ante el comentario de su anfitrión, como hicieron los demás visitantes. No podía quitarle ojo aquella moldura. Había algo extraño en ella, parecía estar ligeramente torcida por uno de sus lados. Sin decir nada ni pedir el obligado permiso, tiró de ella, ante el estupor del conservador y la expectación de los demás hombres, hasta extraer por completo el compartimento que ocultaba.

–*¡Mon Dieu!* –exclamó el señor Guillou.

Maggie sostenía el compartimento secreto en las manos, sin saber qué hacer con él.

–Disculpe mi atrevimiento, *monsieur* Guillou, se lo ruego –se disculpó Maggie, como si acabara de despertar de un episodio hipnótico–. Me gustaría... le quedaría profundamente agradecida si me permitiera examinar esto.

El conservador de Malmaison afirmó con la cabeza, volviéndose inmediatamente hacia un lado y hacia otro para encontrar un lugar adecuado en el que apoyar la pieza. Finalmente, el director del Louvre le dio la solución, quitándose la chaqueta y cubriendo el buró con ella para protegerlo.

–Permítanme –dijo *monsieur* Chartier con solemnidad, mientras ponía el estrecho cajón encima de la chaqueta.

Maggie se ajustó los guantes de látex, sacó de su enorme bolso una gran lupa de aumento con luz incorporada y la paseó por el interior del compartimento.

–¿Ha visto esas muescas? –dijo *monsieur* Chartier, señalando con el dedo las marcas que Lisa había hecho un par de noches atrás.

–Sí –respondió Maggie entregándole la lupa para que él pudiera verlas–. ¿Cree usted que...? ¿Cree que puede ser un falso fondo?

–Sí, Maggie, lo creo –contestó el director del Louvre–. Pero saldremos de dudas inmediatamente. ¿Tiene usted algo que podamos usar como palanca?

Maggie asintió, a la vez que rebuscaba en su bolso. Segundos después sacaba un pequeño estuche, del que extrajo una herramienta fina y estrecha de metal que entregó a *monsieur* Chartier. El hombre la cogió para dársela inmediatamente a conservador de Malmaison.

–*Mon ami,* le ruego que haga usted los cumplidos –le dijo.

El señor Guillou tomó la pequeña herramienta, intentando disimular el temblor de sus manos. Con sumo cuidado introdujo la punta por la ranura que había entre la pared del compartimento y el fondo. Apenas tuvo que hacer palanca para que la madera del fondo se levantara de su sitio. El hombre continuó elevándola lentamente hasta que *monsieur* Chartier no pudo evitar salir en su ayuda, agarrando la madera con las dos manos y tirando de ella hacia arriba. Al levantarla, el verdadero fondo del compartimento quedó a la vista. Sobre él, cuidadosamente colocado, descansaba un papiro protegido por una sencilla tela de batista blanca que el señor Guillou retiró.

Los ojos de Maggie se movieron rápidamente entre todos los signos representados, como si intentase resolver una original sopa de letras.

–Una cruz, una mujer, un río, tres cruces y una mujer –dijo mientras señalaba con el dedo los signos que iba nombrando.

Maggie levantó la mirada hacia *monsieur* Chartier, esforzándose en contener las lágrimas, y le sonrió para agradecerle su confianza y su ayuda. Después, sin decir nada, sacó el móvil para informar a su familia.

Habían encontrado el segundo papiro de la Gran Reina Nefertiti.

• • •

Max Wellington se acercó al mostrador de la enfermera Sally Michaels, que esta vez le atendió inmediatamente.

–¡Doctor Walker! –le saludó afectuosa–. Avisaré al doctor Price de que tiene una visita.

La mujer hizo la llamada y luego salió del mostrador para buscar un lugar apropiado donde Max pudiera esperar.

–Venga conmigo –le indicó–. Puede verle en la sala de enfermeras. Les traeré un té y daré

instrucciones para que no les molesten.

–Muchas gracias, Sally –respondió Max.

Minutos después, estaba sentado delante de una taza de té y del doctor Price.

–Buenas tardes, soy el doctor Walker –se presentó Max–, Director del Área de Alerta y Respuesta de Epidemias y Pandemias de la OMS.

–Encantado, soy el doctor Andrew Price.

–Tuve noticias del desgraciado accidente de su padre –dijo Max–. Espero que se esté recuperando sin más complicaciones.

–Sí, muchas gracias. Ya sabe, todo es más difícil a partir de ciertas edades, pero está evolucionando bien –contestó el doctor Price, apreciando las palabras consideradas de aquel hombre.

–Verá, el motivo de mi visita no es otro que poder comentar con usted algunos detalles del caso de *Yersinia pestis* que detectó hace algunas semanas –explicó Max–. Para empezar, quisiera felicitarle por su diagnóstico, rápido y certero, que ayudó a evitar complicaciones mayores.

–No tiene ninguna importancia –respondió el doctor Price modestamente.

–Yo no diría eso. Muy pocos médicos habrían sospechado que se trataba de esa enfermedad.

–Un médico de urgencias de una de las principales capitales del mundo tiene que estar preparado para todo. Y también tener un poco de suerte...

–¿Han tenido nuevas noticias del paciente A95LT...? –preguntó Max mientras abría una carpeta para simular que consultaba unos documentos–. ¡Dichosas claves alfanuméricas! Son útiles en las situaciones en las que hay que establecer una confidencialidad total, pero parece que hablamos de máquinas y no de personas. Permítame que me refiera al paciente por su verdadero nombre, E. Milford.

–Desde luego, pero es Wilford, Elisabeth Wilford –aclaró el doctor Price–. Hubo una confusión inicial con su apellido, y supongo que no se corrigió en los expedientes al decidirse que se utilizaría un nombre en clave para referirnos a ella

–Entiendo –dijo Max, comprendiendo que había malgastado el tiempo investigando a todos los integrantes de la lista Milford. Entre ellos nunca se encontraría el viajero que buscaba.

Era obvio que el niño flacucho que describió el guardia de seguridad no se podría llamar ‘Elisabeth’, aunque la inicial del apellido ‘Wilford’ sí coincidía con la ‘W’ grabada en la brújula. Quizás Elisabeth era el nombre de pila de su abuela y el nombre del niño empezaría por ‘C’.

–Después del alta volví a ver a la paciente una vez más, para asegurarnos de que se había recuperado totalmente –continuó el doctor Price, interrumpiendo las cavilaciones de Max–. Y su estado de salud era bueno, yo diría que excelente. Es increíble la velocidad con la que sanan los chicos.

–¿Los chicos? ¿Qué edad tenía la paciente?

–Catorce años –respondió el galeno.

Max sintió una punzada en el estómago y deseó que aquello sólo fuera una pista falsa. Si Elisabeth Wilford tenía alguna relación con el niño que buscaba, también estaba condenada.

–Y después de este caso no volvieron a detectar ningún otro, ¿no es cierto? –preguntó al doctor Price.

–No, ninguno.

–Ni siquiera en el entorno de la enferma.

–No, la enfermedad estaba en su fase inicial, así que no cabía posibilidad de contagio de persona a persona –explicó el doctor–. Y parece que ella fue la única que estuvo en contacto con aquel gato, o al menos así lo ratificó su hermano.

–¿Su hermano? –inquirió Max.

–Sí. Le hicimos las pruebas para asegurarnos, pero dio negativo, así que ni siquiera tuvimos que ingresarle.

–¿Era menor que ella? ¿Recuerda su edad?

–Tenía once años. No recuerdo su nombre, pero sí que es el niño más flaco que he visto en toda mi vida. La pesadilla de cualquier médico. Sus análisis eran perfectos, pero me sentí verdaderamente aliviado al ver que no se había contagiado –contestó el doctor Price, moviendo la cabeza.

Max se puso en pie dando su visita por concluida. Ya fuera para su fortuna o para su desgracia, tenía todo lo que necesitaba.

–Bien, doctor, veo que tiene todo bajo control. Le felicito una vez más por su excepcional labor– dijo, dándole un buen apretón de manos.

–Muchas gracias, doctor Walker.

–¡Oh, por cierto! –dijo Max antes de marcharse–. Quería alertarle... Al parecer se ha producido una filtración con este asunto y hay algunos periodistas intentando obtener información sobre el caso utilizando identidades falsas de médicos, personal de laboratorios, investigadores...

–¿De veras? –preguntó el doctor, contrariado.

–Le ruego que extreme las precauciones. El manejo de este caso ha sido ejemplar y sería una lástima que se desvelase cualquier dato sobre el paciente, máxime tratándose de una menor...

–¡Desde luego! –afirmó el doctor Price, bastante enojado con la idea de que algo así pudiera llegar a ocurrir–. No se preocupe, estaré alerta.

–Si se diera el caso, le ruego que me avise para investigarlo –le dijo Max, extendiéndole una tarjeta en la que había apuntado el mismo número que le había facilitado a la enfermera Michaels–. Llámeme a este móvil. Es un tema tan delicado que prefiero mantener una confidencialidad total, incluso entre el personal de mi oficina. Nunca se sabe de dónde puede

venir una filtración.

Después de despedirse del galeno y de la enfermera Michaels, Max se marchó a toda prisa. Era urgente contactar con Jeff Carter para que le consiguiera cuanta información pudiese sobre Elisabeth Wilford y su esquelético hermano.

CAPÍTULO XXII: *In Memoriam*

Max visitó nuevamente a Emanuel Gentile para ponerle al tanto de sus averiguaciones. En ocasiones anteriores, no hubiera dudado en compartir con él todos los detalles de su investigación, facilitándole la identidad y toda la información que disponía sobre su próxima víctima. Pero, por primera vez en su vida hizo algo que jamás había siquiera osado a imaginar: mentir a su Gran Maestre y traicionar el voto de obediencia que había jurado mantener.

Lamentablemente era demasiado tarde para ocultar que el dueño de la capa era un niño y que residía en Londres. Pero no para contar que tenía una hermana de catorce años que también debía morir, al igual que toda su familia. Emanuel Gentile sólo sabía de la existencia de la abuela, así que Max le habló de un niño sin más familia que ella. También le facilitó un nombre diferente, Carl Watson, coincidente con las iniciales de la brújula. La pista Milford era falsa y por eso no había ningún niño en la lista de personas que había investigado. Todo aquel embrollo había sido causado por una confusión en el papeleo del hospital, un lamentable error administrativo que había quedado aclarado.

Aquello convenció al anciano, quien sin embargo percibió cierta distancia en su hombre de confianza. Conocía demasiado bien a aquel muchacho y a la condición humana. Y aunque no sabía cuál era la causa, no se le escapaba el hecho de que Max no estaba relajado aquella tarde y que se esforzaba en disimular que todo transcurría con normalidad. Emanuel Gentile le escuchó con atención, escrutando cada palabra, cada gesto, cada pausa que su interlocutor hacía. Sus envejecidos ojos grises le estudiaron, intentando penetrar en él y encontrar la razón de su forzado comportamiento.

-¿Cuándo recuperarás la capa? –preguntó.

-Estoy ultimando los detalles –afirmó Max-. No puede quedar nada al azar, es demasiado arriesgado.

-No disponemos de demasiado tiempo –afirmó Emanuel Gentile-. Aún tienes que presentar la capa al Gran Consejo y postularte como candidato a sucederme. Y hay que dar un plazo de 7 días para que otros caballeros puedan postularse también. Después hay que elegir al candidato y todo ello debe ratificarse por el Gran Consejo y todo ello lleva mucho tiempo, Max. No disponemos de...

-Se trata de un niño y de su anciana abuela –le interrumpió Max con brusquedad.

-Se trata de un mocoso y de una mujer estúpida que no debería permitirle usar algo que no comprenden. Es tu deber acabar con ellos y conseguir esa maldita capa, Max. Te lo ordeno.

-Lo sé –respondió Max, esforzándose en ocultar sus sentimientos-. Pero debe parecer un desagradable accidente, si se descubre que es un crimen, se puede levantar mucho revuelo. Y no conviene que esto se convierta en un espectáculo mediático que fuerce una exhaustiva

investigación policial.

Emanuel Gentile asintió con un movimiento de cabeza. Quizás el temor a ser descubierto era lo que preocupaba a Max. O tal vez la edad de su presa le hacía vacilar por primera vez en su vida.

-Nunca he corrido ningún riesgo, ni lo haré ahora que estamos tan cerca –afirmó Max con rotundidad-. Eso es lo que me ha llevado a convertirme en uno de los mejores cazadores de viajeros.

"Pero no en el único", pensó en silencio el Gran Maestre. Luego se despidió de su pupilo considerando si estaba apostando por mejor candidato de todos.

Si Max no le traía resultados pronto, consideraría alguna de sus otras opciones. No eran tan prometedoras y ni seguramente tan fiables, aunque quién sabía si Max lo era completamente.

Si en el plazo de una semana no tenía el resultado que deseaba, le daría a otro caballero el nombre del niño que Max le había confiado. Y sería otro quien mataría al mocoso, Carl Watson, y quien se convertiría en el próximo Gran Maestre de la Orden de los Caballeros del Tiempo.

• • •

Los días posteriores al descubrimiento del papiro fueron una verdadera locura. Por un lado, hubo que poner en marcha la enorme maquinaria diplomática e institucional para convencer a las autoridades francesas de que permitieran que el segundo papiro de Nefertiti fuese expuesto en el Museo Británico, donde sería presentado al mundo. Una pretensión inaudita, por no decir descabellada

Finalmente, las palabras de *monsieur* Chartier, el director del Louvre, fueron decisivas para lograrlo.

–*Mes amis* –dijo, haciendo gala de la más pura galantería francesa–. Sin la ayuda de la Doctora Wilford, jamás hubiéramos encontrado este papiro. Consientan que ella lo exponga ahora, mientras nosotros hacemos los preparativos para exhibirlo después en el Louvre, junto al primer papiro de Nefertiti y la piedra Rosetta que, a buen seguro, nuestros amigos británicos aceptarán prestarnos.

Sorteado ese primer obstáculo, también era preciso conseguir una traducción que diera idea del contenido del segundo papiro y, por ende, de la verdadera historia de la reina egipcia. Para lograrlo en tan breve plazo de tiempo, se enviaron fotos del documento milenario a expertos y a departamentos de Egiptología de universidades de todo el mundo para que cada uno descifrara un pequeño fragmento, mientras un equipo de trabajo ponía todo en común y lo unificaba para darle sentido.

Por último, se debía presentar la pareja de papiros en un escenario apropiado, capaz de transmitir la enorme importancia del hallazgo. Increíblemente, algo que normalmente tardaba en proyectarse y materializarse varios meses, estuvo terminado en unos pocos días.

La exposición gafada de la reina Nefertiti había sido tocada por la suerte.

Sin embargo, Maggie no estaba satisfecha por completo. Aunque le congratulaba ver que el Británico se beneficiaba con el hallazgo, consideraba que el mérito de aquel logro debía recaer en una persona de carne y hueso, y no sólo en la institución. Así, aprovechando el enorme prestigio y la relevancia que había adquirido tras el descubrimiento, no dudó en plantear sus demandas a la dirección del museo.

Tras varias discusiones, el director del museo, el señor Clark, acabó accediendo a los requerimientos de Maggie de que se colocase en la entrada de la exposición una placa con un mensaje en el que el Británico manifestaba su gratitud y reconocimiento por el hallazgo a la persona que lo hizo posible. Además, por si no fuera suficiente, la placa debía ser descubierta solemnemente en el acto de inauguración de la exposición ante cientos de invitados.

• • •

Max volvió a mirar las fotos de los miembros de la familia Wilford que le había mandado uno de sus informadores y recordó las palabras del doctor Price. En efecto, Charles Wilford era el niño más flaco que había visto nunca. Después revisó la documentación que tenía sobre él.

Se hallaba, sin duda, ante la misión más difícil de toda su vida, pues debía recuperar la capa eliminando a su propietario y a todo aquel que supiera de su existencia. Revisó una vez más el plan que había trazado: era tan aterrador como eficiente, jamás se descubriría quién estaba detrás de la muerte de la familia Wilford.

Lamentablemente, este caso presentaba demasiados interrogantes, lo que exigía actuar con total contundencia, sin dejar lugar a la clemencia. Sabía que el niño había viajado con su hermana y con una de sus abuelas, pero no con cuál de ellas ni si lo había hecho con otros miembros de su familia. Respecto a Margaret y Marcus Wilford, estaba claro que eran personas muy cultas y con un profundo conocimiento de la Historia, por lo que sería improbable que conocieran o que aprobaran los viajes al pasado que estaba haciendo su hijo. No obstante, todo aquello eran conjeturas y Max sabía que no valía la pena correr riesgos y dejar cabos sueltos.

Su deber era asegurarse de que aquel desagradable asunto se cerraba con todas las garantías, aunque ello supusiera sacrificar más vidas de las estrictamente necesarias. No importaba cometer un error con tal de garantizar la seguridad de la capa y de la Orden de los Caballeros del Tiempo. Aquel caso era tan excepcional que Max sabía que nadie pondría en tela de juicio ninguno de sus actos. Por muy crueles que pudieran ser las decisiones que debía tomar un caballero, todas ellas estaban justificadas y eran imperativas para proteger a la humanidad. Era terrible acabar con la vida de un niño y de toda su familia, pero sería mucho más terrible que el mundo conociera de la existencia de las capas del tiempo. O que una persona carente de escrúpulos, de suficiente preparación o responsabilidad se hiciera con una de ellas.

En este caso, además Charles Wilford planteaba demasiadas incertidumbres y suponía un riesgo inaceptable para la Orden de los Caballeros del Tiempo. No sólo porque era un niño, sino porque su capa era demasiado poderosa, lo que hacía preciso mantenerla bajo un control férreo. Era tanto su poder que incluso sería un peligro si caía en manos de alguno de sus rivales, de otros caballeros más ambiciosos y menos dispuestos a cumplir el código de la Orden.

Max recogió los documentos con parsimonia, sin prisa, como si quisiera retrasar la llegada de aquel momento. Antes de guardarlos en la caja fuerte, introdujo en su pulsera las coordenadas de la casa de los Wilford, que en ese momento ya debía de estar vacía, lo que le brindaba la oportunidad perfecta para llevar a cabo su plan. Por último, cogió la capa de terciopelo granate y se dispuso a colocársela sobre los hombros.

Pero entonces, y a pesar de que con ello sólo haría las cosas mucho más difíciles, entró en el vestidor y se puso uno de sus esmoquin. Después se acercó a su escritorio, de donde cogió una invitación para asistir a la fiesta de inauguración que tendría lugar aquella tarde en el Museo Británico de Londres.

• • •

Los Wilford subieron la escalera de entrada al edificio, engalanada para la ocasión con una gran alfombra roja y completamente atestada de fotógrafos y cámaras de televisión de todo el mundo. La expectación era enorme, pues se sabía que aquella tarde se haría público un importante descubrimiento arqueológico que la dirección del Británico había logrado mantener en el más absoluto secreto.

En cuanto entraron en el hall, fueron recibidos por el director del Museo, el señor Clark, que asió a Maggie de un brazo y se la llevó consigo para que saludase a distintas personalidades y asistentes. Maggie siguió el protocolo pacientemente y conversó con los invitados que el director le iba presentando pero, en cuanto tuvo ocasión, se zafó de su compañía para regresar junto a su familia, que la esperaba tomando un refrigerio. Quería que todos estuvieran en primera fila cuando se descubriera la placa.

El acto de inauguración dio por fin comienzo. La pequeña orquesta que amenizaba la velada dejó de tocar y los asistentes se arremolinaron en torno a la entrada a la exposición, donde había una gran tela de raso negro cubriendo uno de los laterales. El señor Clark se subió a una pequeña tarima que había junto a ella y carraspeó brevemente antes de tomar la palabra.

–Damas y caballeros –dijo–. Es para mí un gran honor darles la bienvenida a nuestra ilustre institución en una velada que me atrevería a calificar de histórica. En la exposición que hoy se inaugura, dedicada a la enigmática reina Nefertiti, el Museo Británico se enorgullece en presentar un importantísimo descubrimiento: una pareja de papiros que permiten desvelar la historia secreta de esta gran reina egipcia.

Un murmullo invadió la sala. El director Clark sonrió al ver el efecto que sus palabras tenían en la audiencia y continuó.

–Este extraordinario hallazgo no sólo nos permite reconstruir los últimos años de vida de la reina. Gracias a él, también podemos conocer su verdadera historia y cuál fue, en realidad, su destino final. Por si esto fuera poco, los papiros también nos dan las claves que sin duda nos ayudarán a localizar su tumba, algo que no ha sido posible a pesar de los esforzados intentos que se han realizado hasta la fecha. De momento les desvelaré que los restos de la reina descansan en el Valle de los Reyes y que fue el joven faraón Tutankamón quien ordenó trasladarlos allí para que la bella Nefertiti fuese enterrada con la dignidad y los honores propios de su linaje, algo que el

esposo de ésta, el faraón Akenatón, le había negado para castigarla.

Los murmullos resonaron de nuevo, esta vez acompañados de exclamaciones.

–Diversas teorías sobre la figura de Nefertiti nos la han presentado como una mujer fría y manipuladora, que sólo ambicionaba el poder –añadió el señor Clark–. Sin embargo, gracias a los papiros que hoy presentamos al mundo, podemos probar que fue, en realidad, una madre y esposa abnegada, leal mientras pudo a su esposo Akenatón, hasta que el fanatismo de éste terminó por destruir a su familia.«

»Han sido muchas las personas que han trabajado con dedicación para que hoy les pueda mostrar este importante descubrimiento. Pero permítanme destacar la labor de dos de ellas, dos personas sin las cuales nada de esto hubiera sido posible. La primera es el ilustre *monsieur* Chartier, director del Museo del Louvre, a quien quiero agradecer no sólo su colaboración incondicional, sino también su gran generosidad al permitir que el segundo papiro de Nefertiti, propiedad de su museo, sea presentado en la exposición que inauguramos esta tarde».

El público rompió en aplausos mientras el señor Clark invitaba a Monsieur Chartier a subir a la tarima.

–Del mismo modo –prosiguió el director–, en nombre de la institución a la que represento y del mío propio, quisiera expresar nuestra más sentida gratitud a una de las expertas con la que hemos tenido la fortuna de contar en este Museo. Una gran persona que supo reconocer la enorme importancia que tenía el primer papiro y que no cejó en su empeño hasta lograr que el segundo fuese descubierto, consiguiendo de ese modo completar la sorprendente historia de la reina Nefertiti.

El director hizo ademán de tirar de un cordón para descubrir la placa, pero se detuvo para girarse y buscar a Maggie entre los invitados. Ella le miró, con los ojos brillantes de emoción, y asintió con una mueca casi imperceptible.

El señor Clark tiró entones del cordón y las cortinas se abrieron suavemente, dejando al descubierto una gran fotografía, en la que Helen Rotherwick aparecía radiante y sonriente. Al verla, Charlie la recordó aquella noche, volviendo de ver la ópera de Mozart. El niño agarró la mano de su madre y leyó en silencio una placa de bronce que había colocada a los pies de la fotografía.

“In memoriam

Helen Rotherwick

(1949 – 2014)

Su inagotable tesón y la luz de sus conocimientos

siempre hicieron brillar este Museo.”

–Lamentablemente, hoy Helen no está entre nosotros –añadió el director–, aunque su corazón y su espíritu siempre estarán vivos en nuestra gran institución, a la que tanto amó y a la que dedicó su vida... Ahora, si me acompañan, pueden pasar a ver la muestra.

Los invitados rompieron de nuevo en aplausos. Después, volvió a sonar la música de la orquesta y las puertas de entrada a la exposición se abrieron. Todos los asistentes entraron, impacientes por ver aquellos magníficos papiros. Todos menos los Wilford, que permanecieron en silencio ante la placa conmemorativa, rindiendo tributo a su amiga durante unos instantes más.

Finalmente, Marcus apoyó la mano en el hombro de su mujer y empujó suavemente a sus hijos para conducirles al interior del recinto.

–Disfrutemos de la exposición, muchachos –les dijo.

• • •

Charlie y Lisa caminaron exultantes por la sala. Aquella exposición era el colofón de su gran aventura, aunque sólo ellos sabían la verdad de lo ocurrido y que sus viajes en el tiempo habían sido cruciales para descubrir los papiros. O, al menos, así lo creían.

Los dos estaban tan emocionados, que no prestaron atención a los demás invitados ni repararon en uno de ellos: un distinguido hombre de unos cuarenta años, atractivo pero discreto, que cargaba en su antebrazo con una capa de terciopelo granate a pesar de que en la entrada había servicio de guardarropa.

El hombre, sin embargo, no levantaba la vista de los chicos, siguiéndoles de cerca, escrutando cada uno de sus gestos, escuchando sus comentarios.

Charlie y Lisa recorrieron despreocupados la exposición, ajenos a la presencia de aquel hombre, mientras contemplaban los objetos expuestos. Todo estaba allí: estelas en las que Nefertiti aparecía junto a su marido, el faraón Akenatón, y a sus seis hijas; el busto de la reina que ilustraba la portada del libro de la señora Rotherwick; una maqueta con una representación casi prefecta de Aketatón, la ciudad que el faraón se empeñó en construir en el desierto. También estaba expuesta la máscara funeraria de Tutankamón y un trono en el que aparecía junto a su esposa y hermanastra Anjesenpaatón, que pretendía mostrar al público la relación que había entre dos de las figuras más conocidas del antiguo Egipto: Nefertiti y el malogrado Tutankamón.

Los chicos llegaron hasta la gran vitrina que albergaba los dos papiros de Nefertiti y sus correspondientes traducciones. Un resumen daba detalles de la, hasta entonces, desconocida vida de la reina, de su convencimiento de estar siendo castigada por los dioses al negarle el hijo varón que deseaba. También explicaba que, desesperada, optó por pedir ayuda al dios Amón y a su clero, y que al descubrir su traición, su esposo la confinó en el palacio del Norte, donde moriría unos meses más tarde. El mundo por fin sabía que Nefertiti no había sido una fanática religiosa ni una manipuladora, sino una víctima más de los delirios del faraón.

Charlie observó satisfecho la vitrina. Tal y como le prometió a Napoleón, a la reina se le había hecho justicia.

Finalmente, los hermanos contemplaron el apartado dedicado a relatar el descubrimiento del papiro, que se abría con los retratos de Bonaparte, Denon, Costaz y otros integrantes de la expedición de Egipto. También se mostraba el reloj de Josefina con aquella bucólica estampa del Nilo y otras joyas de inspiración egipcia que pertenecieron a la Emperatriz, piezas escogidas de

la vajilla egipcia de Napoleón, una foto mural del fresco de la Villa de San Martino con la esfinge que tenía sonrisa de dibujo animado, el buró en el que se encontró el papiro y un precioso retrato de Josefina.

–Están todos aquí –dijo Lisa, aludiendo a que en la exposición aparecían representadas las personas que, de un modo u otro, habían participado en su aventura.

–Sólo falta un Tyrannosaurus –contestó Charlie con complicidad.

–Lo hemos conseguido, enano –dijo Lisa sonriéndole.

–Eso parece.

En ese momento sus padres aparecieron detrás de ellos.

–Bueno –dijo Maggie–, es hora de marcharnos.

Los chicos asintieron y acompañaron a sus padres hasta el guardarropa. Después de retirar sus abrigos, salieron juntos del museo y fueron paseando sin prisa hacia su casa.

• • •

Max caminaba a varios metros de distancia de los Wilford. Aunque no podía ver sus gestos ni oír su conversación reparó en otros detalles, como que Charlie iba de la mano de su madre o que los comentarios de Marcus hacían reír al resto de la familia. Max les observó, reprochándose a sí mismo ser espectador de aquella escena pero sin renunciar a contemplarla en ningún momento. Sabía que no debía estar allí, ni tener contacto alguno con sus víctimas. Ello no sólo hacía más amarga su tarea, sino que además le ponía en grave riesgo en caso de que su muerte se pudiese relacionar de alguna forma con ellos.

Minutos más tarde, los Wilford se detenían ante la entrada de su vivienda. Maggie abrió su pequeño bolsito y sacó la llave para abrir la puerta, mientras Lisa le hablaba entusiasmada de la exposición. Marcus esperaba detrás de ellas, junto a Charlie, bromeando con el niño y sacudiéndole el flequillo con la mano.

Oculto entre las sombras del callejón, Max permaneció mirándoles, viendo cómo entraban en la casa y cerraban la puerta tras de sí.

• • •

Marcus abrió el microondas y sacó la bolsa de palomitas haciendo malabares para no quemarse, mientras Maggie terminaba de servir las bebidas. Charlie fue el primero en bajar, en pijama y zapatillas, tal y como habían convenido. Previsiblemente, a Lisa le llevaría bastante más tiempo cambiarse de ropa.

–¿Puedes traer el Monopoly? –le pidió Marcus al verle.

Charlie asintió y luego entró en la biblioteca, se dirigió a la estantería donde estaban apilados los juegos de mesa y, tras coger la caja correspondiente, se dispuso a marcharse por donde había venido.

Pero entonces, y por primera vez en muchos meses, se detuvo frente al retrato de Horatio

Conwell. Desde el día que puso un pie en aquella casa, siempre tuvo la sensación de que el profesor le miraba desde lo alto del lienzo para desaprobar cuanto hacía, hasta que llegó un momento en el que no quiso saber qué opinión le merecían al viejo sus actos. Pero aquella noche era distinta, de algún modo necesitaba reconciliarse con él, saber si el profesor estaba conforme con lo que había hecho desde que encontró la capa.

El niño levantó los ojos hacia el cuadro, lentamente, temiendo conocer el veredicto. Entonces se topó con la mirada del profesor Horatio y le pareció que el viejo carcamal le sonreía, como si quisiera felicitarle.

–¿Qué haces ahí parado? –preguntó Lisa al ver a su hermano de pie, mirando el retrato–. Te estamos esperando.

–Nada –respondió Charlie, devolviéndole la sonrisa a la pintura.

Los chicos salieron de la biblioteca y entraron en la cocina. Una vez allí, Charlie abrió la caja y extendió el tablero del Monopoly sobre la mesa. Lisa empezó a repartir el dinero, Maggie colocó las fichas en la casilla de salida y su padre puso el recipiente de palomitas justo en el centro.

...

Un repentino golpe de viento atravesó el callejón y se estrelló contra la fachada de ladrillo rojo. Lejos de inmutarse, Max Wellington permaneció contemplando la peculiar forma del edificio, con una de sus mitades curva y la otra recta.

Tras permanecer oculto en las sombras durante largo tiempo, se subió el embozo de su capa y dio media vuelta. No estaba dispuesto a convertirse en el próximo Gran Maestre si ello suponía renunciar a sus ideales. Estaba decidido a conciliar lo que era correcto con lo que era imperativo y sabía cómo conseguirlo.

El Gran Maestre de la Orden de los Caballeros del Tiempo tenía la potestad de invitar a un individuo a ingresar en ésta sin el acuerdo expreso del Gran Consejo, algo que normalmente no se hacía para evitar tiranteces entre los responsables de la sociedad. Pero Max sabía que, a pesar de su comportamiento durante las últimas semanas, Emanuel Gentile le quería como a un hijo. Además, Max era su única baza pues no confiaba en ningún otro caballero para sucederle ni disponía de tiempo para preparar a otro candidato alternativo. Por eso, estaba obligado a hacer cualquier cosa que Max le exigiera, incluso aunque fuera algo tan descabellado como permitir el ingreso de un niño en la Orden. Un niño del que, por suerte, desconocía su verdadera identidad.

Los demás miembros protestarían airadamente pero sus rivales y enemigos terminarían por aceptarlo, pues aquella concesión supondría una enorme oportunidad para eliminar a Max, quien tendría que responder por el niño con su propia vida. Ése, sin duda, sería el talón de Aquiles de Max que sus enemigos jamás consiguieron encontrar.

Quizás así Charlie Wilford tendría una oportunidad, aunque debía darse prisa y reclamar sus derechos antes de que otro caballero se le adelantara. Sólo esperaba que aquel niño y su familia fuesen lo suficientemente sensatos para aceptar su destino y que la decisión que acababa de tomar

no le costase la vida.

Justo cuando Max se alejaba de allí, Charlie lanzó los dados sobre el tablero del Monopoly. Aunque aún no lo sabía, para él había comenzado otra partida, mucho más importante y crucial que la que se celebraba en su cocina.

Una partida que se disputaría en lugares y tiempos lejanos y que le mantendría unido a aquel desconocido durante el resto de su vida.